1917 De febrero a Octubre



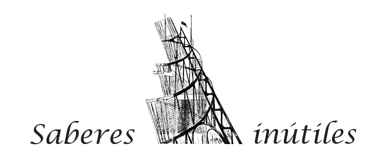
Eudaldo Casanova

1917 De Febrero a Octubre



1917 De Febrero a Octubre

Eudaldo Casanova



FICHA CATALOGRÁFICA

CASANOVA, Eudaldo
1917 De Febrero a Octubre/Eudaldo Casanova.
Zaragoza, 2016
540 p. : 22 cm. (*Saberes inútiles*; 5).

CDU
Rusia 947; Revolución 323.2.

ISBN 978-84-617-5944-6

Venta y distribución: WWW.Amazon.es

El pasado nunca muere… ni siquiera es pasado.
Willian Faulkner

Puesto que el pasado ha dejado de aclarar el futuro,
la mente camina entre tinieblas.
Alexis Tocqueville

Introducción

Hace un tiempo, un colega me comentó que la Historia hoy se mueve al calor de las efemérides. Lo cierto es que no le faltaba razón. Los aniversarios de los grandes acontecimientos activan el trabajo de los historiadores de cara a congresos y simposios, las editoriales se movilizan para poner en el mercado nuevas publicaciones e incluso las teleseries encuentran en la fecha señalada motivos que las alimentan para ofrecer al gran público peculiares versiones de los hechos que se celebran.

En el caso de que el acontecimiento esté vinculado de algún modo significativo al devenir de un Estado, el recuerdo se convierte en una conmemoración que despliega sus fastos para celebrar esa fecha. Si el aniversario es secular, la redondez de la cifra hace que la conmemoración cobre un relieve y una magnitud particulares. El mismo Estado se implica y compromete en las celebraciones, financiando y potenciando los eventos e intentando proyectarlos a nivel internacional. Eso fue lo que ocurrió con el bicentenario de la proclamación de independencia de los Estados Unidos en el año 1976 o con el bicentenario de la Revolución Francesa en 1989.

En ocasiones, como en el centenario de la Revolución Francesa en 1889, el hecho moviliza las ideologías que se reclaman deudoras del mismo, y pueden dar pie a nuevos acontecimientos que con el tiempo serán también efemérides. En el París de 1889 representantes del socialismo alemán y francés, reunidos para conmemorar lo acontecido en aquella capital cien años antes, acordaron dar vida a una Internacional de los Trabajadores que, por suceder en sus aspiraciones a la extinta AIT, paso a llamarse muy pronto Segunda Internacional. Así la celebración del centenario de la Revolución Francesa dejó como saldo otro hecho histórico en sí mismo, aunque de menor envergadura.

Dentro de muy poco tiempo se cumplirán cien años de lo acontecido en Rusia en 1917. En el cincuenta aniversario de esos mismos acontecimientos, la existencia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que era entonces una gran potencia mundial, permitió conmemorar esa fecha con honores de Estado, es más, la fecha fue celebrada, de un modo u otro, por todo el movimiento comunista a nivel mundial. Transcurridas cinco décadas las efemérides del centenario se auguran muy distintas. La URSS ha desaparecido y el movimiento comunista sufre el cerco de la rampante ideología neoliberal que pugna por confinarlo en la isla de Utopía.

En esta coyuntura resulta arriesgado, y muchos dirán que testimonial, pretender conmemorar que fue la revolución rusa del año 1917. Sin embargo, esos hechos, no sólo determinaron la historia del siglo XX, sino que siguen gravitando sobre la misma realidad presente. Su importancia, como la de cualquier otro hecho histórico, ha sufrido la erosión de la materia de la que se compone la Historia: el tiempo. Pero a pesar de eso la revolución del año 1917 continúa teniendo una relevancia difícil de obviar incluso en las lecturas más interesadas.

1917 De Febrero a Octubre, quiere conmemorar, de algún modo, ese acontecimiento relatando una vez más los hechos. Pero también pretende algo más. El maestro Josep Fontana encarecía hace un tiempo la necesidad de seguir estudiando la Revolución Rusa de 1917 para poder comprender mejor nuestro presente actual. Fontana explicaba que el siglo XX comenzó con unas sociedades muy desiguales, pero que esta situación empezó a cambiar en la primera mitad de la centuria, cuando se inició un reparto mucho más equitativo de la riqueza. Esta situación se mantuvo aproximadamente hasta 1980. A partir de entonces, el profesor Fontana nos recuer-

da que volvieron a crecer los índices de desigualdad. En cualquier explicación que se quiera dar de ese hecho no se puede obviar el papel que, durante décadas, desempeñó la revolución del año 1917.

Entre la burguesía de Occidente existía un miedo real a la generalización de revoluciones “a la rusa”, y los sindicatos, y la misma socialdemocracia, aprendieron a usarlo para negociar con más eficacia las condiciones de trabajo y los salarios. Como bien apuntaba Fontana, las mejoras que se produjeron en el terreno de la desigualdad no se podrían explicar sin el pánico al fantasma del comunismo, que ya no recorría Europa sino el mundo. Existía un miedo real a que las ideas y movimientos comunistas se extendiesen por los países occidentales, y eso hizo que hubiera políticas que favorecían un reparto más equitativo de los beneficios de la producción y un aprovisionamiento más amplio de servicios sociales universales y gratuitos. Fueron los años del Estado del bienestar que ahora paulatinamente se desmonta mientras que teóricamente se cuestiona.

Fue a partir de 1968 cuando se empezó a ver que no había motivos para temer ningún tipo de amenaza revolucionaria, porque ni los mismos partidos comunistas parecían proponérsela. Por eso a mediados de los setenta los sectores empresariales empezaron a reaccionar. Sabemos además que la ofensiva a nivel político empezó en tiempos de Carter y siguió con intensidad con Reagan y Thatcher. Como consecuencia, los datos demuestran que empezó a crecer de nuevo la desigualdad, que se alimentaba de la rebaja gradual de los costes salariales y fiscales de las empresas. Podríamos decir que el miedo al comunismo internacional, a la subversión revolucionaria, había desaparecido, mientras se nos hacían ver como evidentes las maldades de un sistema que terminó por desaparecer en el mismo lugar donde se originó.

Nada importaba que el sistema que desapareció poco tuviera que ver con la revolución que estuvo en su origen y con los propósitos que la animaron, lo que contaba era su hundimiento final. Sin embargo, la idea que dio vida a esa revolución, la idea de superar la desigualdad económica y social, o al menos de corregirla y atemperarla, sigue viva como uno de los grandes problemas al que se enfrenta la humanidad en el futuro.

En ese sentido, este libro pretende no sólo el recuerdo de unos hechos cruciales sino la reflexión sobre sus consecuencias en una secuencia temporal de larga duración.

Por otra parte, *1917 De Febrero a Octubre,* es al mismo tiempo una obra de envergadura modesta. Se ha construido en su mayor parte con material de segunda mano, aunque se ha hecho el esfuerzo de consultar buena parte de la última bibliografía sobre el tema. El relato que presenta se mueve en el plano de la *«histoire événementielle»,* tan denostada y sin embargo tan común. Se centra en un sólo escenario de los acontecimientos: la ciudad de Petrogrado. Es cierto que fue un escenario privilegiado, sin embargo, se debe reconocer que este enfoque es muy limitado. Así mismo, abarca un breve período de tiempo de sólo ocho meses, no obstante, en esa corta secuencia temporal se produjeron una serie de hechos que marcaron la historia de Rusia y de todo el siglo, llevando al poder una opción política que nunca hasta entonces había conseguido esto. Relatar y recordar cómo se pudo producir eso es lo sustancial del libro.

Cuenta también con un capítulo dedicado a interpretaciones y debates historiográficos sobre la revolución de 1917. Así mismo, al final de la obra, el lector encontrará un apéndice con apuntes biográficos de los principales personajes que aparecen en el relato, así como una pequeña cartografía con mapas y planos sobre los principales escenarios donde se desarrollaron los acontecimientos, y también una sucinta bibliografía comentada para orientar la profundización en el tema de los más interesados.

En esta introducción también conviene señalar dos problemas menores que se presentan al abordar el tema de este libro que son: el referente al calendario y el relativo a la transliteración de los caracteres cirílicos.

Antes de la Revolución, y en los inicios de la misma, el calendario vigente en Rusia era el juliano, que suponía un retraso de trece días con respecto al gregoriano que imperaba en toda Europa. Por eso, el día que comenzó la revolución en Petrogrado (23 de febrero) las obreras de la ciudad celebraban el Día de la mujer trabajadora (8 de marzo) y la toma del poder por los bolcheviques no fue en el mes de octubre sino en noviembre. Nosotros hemos optado por seguir el calendario vigente en Rusia en aquellos momentos, aunque en las fechas más relevantes citamos el gregoriano entre paréntesis.

El problema de la transliteración reside en que existen diferentes escuelas que ofrecen resultados distintos, —a lo que hay que sumar las

adaptaciones fonéticas a la propia lengua por las que optan los traductores—. Nosotros nos hemos basado en el sistema ISO/R 9, establecido en 1954 y actualizado en 1968, que fue la adopción de la transliteración científica por la Organización Internacional de Estandarización (ISO). No obstante, también hemos hecho alguna pequeña modificación como la de transcribir "ий" por "y" en vez de "ij", o "Ч" por "ch", en vez de "č" con la finalidad de aproximarnos a transliteraciones más comunes en muchas traducciones.

Sin embargo, en las citas bibliográficas hemos respetado la usada por el traductor que citamos, así "Suhanov", pude estar citado como "Sujanov", "Suchanov" o "Sukhanof". En los apuntes biográficos del final de la obra hemos optado por utilizar también el nombre y apellido, —no el patronímico, que hemos omitido— en caracteres cirílicos.

I
Tsarkoie-Selo
El Febrero de la Corte

Rusia celebró la entrada del último año del siglo XIX rigiéndose por el calendario juliano entonces en vigor para todo el Imperio, eso suponía 13 días de retraso respecto al calendario gregoriano vigente en el mundo occidental. El 1 de enero de 1900, un intenso repiqueteo de campanas en las numerosas catedrales e iglesias del Imperio congregó a los feligreses que, puestos de rodillas, participaron en liturgias y ofrecieron tedeums en acción de gracias por el nuevo año que comenzaba. Para la familia real era una fiesta especialmente solemne ya que en el día de Año Nuevo se recibía a los representantes extranjeros y a las altas dignidades del reino.

Desde primeras horas de la mañana, comenzaron a llegar carruajes al Palacio de Invierno, residencia del emperador en San Petersburgo. A la Sala de Conciertos iban entrando flemáticos dignatarios del Estado y cortesanos luciendo resplandecientes uniformes bordados en oro y plata. En la grandiosa Sala de Nicolás estaba formada la guardia de honor. En la antesala, a ambos lados de una enorme alfombra, se alineaban los comandantes del Ejército y la Marina. En la parte izquierda de la Sala de Armas, se agrupaban las damas, vistiendo atavíos rusos de distintos colores y hechuras; a la de-

recha, los altos funcionarios con su preceptivo uniforme civil; y a lo largo de las ventanas, el Regimiento Cosaco de la Guardia Imperial de Su Majestad. En la Gran Sala de Mariscales de Campo se congregaban representantes de los *zemstvos*, órganos electivos de la administración local, junto con hombres de negocios rusos y extranjeros, entremezclando los uniformes con los fraques. Y de nuevo guardia de honor, ahora del Regimiento de Caballería de la Guardia.

A las once se efectuó la salida del cortejo imperial de los aposentos interiores para dirigirse a la catedral del palacio. Abrían la procesión los furrieles y pajes con uniformes de gala rojos. Tras los cortesanos avanzaban Nicolás II, autócrata de toda Rusia, y su esposa Alexandra, princesa alemana Alix von Hesse. El edecán, al hacer su aparición el soberano comenzó a declamar la letanía de sus títulos: «Nicolás Alejandrovitch, Señor, Emperador y autócrata de todas las Rusias, zar de Moscú, Kiev, Vladimir, Nóvgorod, Kazán y Astrakán, zar de Polonia, Siberia, Quersoneso y Táuride, zar de Georgia, Señor de Pskov, Gran Duque de Smolensk, de Lituania, de Polodia y Finlandia…», y así hasta más de cincuenta títulos que abarcaban toda la geografía del Imperio y aún la desbordaban.

El zar vestía el uniforme de coronel del Regimiento de Caballería de la Guardia, cuya madrina era su propia madre. Como a todos los Romanov, al emperador le gustaba la parafernalia militar y creía ser un gran jefe, pero sólo era coronel cuando ocupó el trono de Rusia y ya nadie le podía conceder un grado superior. La emperatriz apareció, como era debido, con vestido ruso tradicional. Los pajes de la Corte le sostenían cuidadosamente la cola. A los cónyuges imperiales les acompañaban el barón Frederiks, Ministro de la Corte imperial y general ayudante; el conde Géndrikov, jefe de la cancillería de la zarina; el príncipe Dolgoruky, maestro de ceremonias; Obruchev, general ayudante de la guardia del séquito de Su Majestad, el contraalmirante Lomen y el segundo ayudante, conde Sheremétiev, y tras ellos marchaba casi toda la familia de los Romanov: los grandes duques y duquesas.

El emperador y la emperatriz saludaban a los congregados pasando de una sala a otra, mientras se aproximaban a la catedral, donde fueron recibidos por el clero de la Corte, presidido por el archipresbítero, padre Yánishev. El zar besó la cruz que se le ofreció y entró en el sagrado recinto. Dos coros vestidos con trajes de gala carmesí, comenzaron a entonaron los cánticos que iniciaban la liturgia.

Terminada la ceremonia religiosa, la procesión se dirigió primero a la Sala de San Jorge, donde se habían reunido los representantes del cuerpo diplomático. Con sus felicitaciones y el nuevo paseo ceremonial por las salas del palacio hacia los aposentos interiores, se dieron por terminadas las solemnidades oficiales con motivo del Año Nuevo de 1900.

Diecisiete años después, el 1 de enero de 1917 en Rusia era domingo, y terminaba con él la semana 127 desde el inicio de la Gran Guerra. Nicolás volvía a recibir al cuerpo diplomático, en esta ocasión en Palacio de Alexander en Tsarkoie-Selo, la residencia de verano a las afueras de San Petersburgo, que por patriotismo había rusificado su nombre pasando a llamarse Petrogrado. El marco era igualmente esplendoroso, aunque este Trianon nórdico era un escenario menos ostentoso y más apropiado a las circunstancias que el mundo estaba viviendo. No obstante, el gran salón de techos dorados acogía igualmente de modo magnífico los llamativos uniformes de los embajadores y dignatarios de la Corte. Sin embargo, para Charles de Chambrun, primer secretario de la embajada de Francia, en aquella ceremonia, mucho más sencilla que las de antes de la guerra, a la que él asistía por primera vez, reinaba un ambiente extraño, casi opresivo, aunque indefinible para un recién llegado a la Corte imperial. Los invitados hablaban en voz muy baja transmitiéndose no se sabe qué confidencias entre murmullos, como en un funeral. De golpe los susurros se detuvieron: el zar había hecho su entrada. Llevaba el uniforme de cosaco y tenía una expresión amable, pero su rostro se veía demacrado, sus ojos hinchados y su mirada cansada.

El emperador cruzó unas palabras de bienvenida con los que se acercaron a presentar sus votos. Hablaba sin expresión y parecía no escuchar lo que le respondían. Enseguida se retiró, pero antes hizo un ademán dubitativo; un destello fugaz apareció en su mirada, enderezó su cuerpo y con su mano extendida, como queriendo comunicar algo a los presentes, atrajo la atención de los cortesanos y los embajadores que callaron y prestaron atención ansiosos de escuchar que podía decir, pero sólo fue un gesto antes de abandonar el recinto sin pronunciar palabra. Charles de Chambrun pensó «Este no es un autócrata, es un autómata»

La guerra, y reciente acontecimientos acaecidos que afectaban a la familia, sin duda pesaban sobre Nicolás, que no obstante seguía cumpliendo con el boato cortesano. Todo este ceremonial, más ostentoso o más sobrio

debido a las circunstancias, nos llevaría a pensar en la existencia de una poderosa clase nobiliar que daría soporte a la Corte y al zar, como siempre había ocurrido en las viejas monarquías absolutas, pero en Rusia no era exactamente así.

La nobleza rusa (*dvorianstvo*) sufría un declive imparable. Algo más de un millón (1.220.000 en el censo de 1897), los *dvorianes* habían visto disminuir paulatinamente su influencia en las últimas décadas. Es cierto que desde el 862, año de la fundación de Rusia, la nobleza había sido siempre su armazón dinámica. Príncipes varegos descendientes del legendario Rurik y nobles sin título formaron durante los cuatro primeros siglos las dos capas nobiliarias del Estado. Mientras Iván el Terrible destruía el poder de los boyardos, el ensanchamiento de fronteras y la reunificación de las tierras rusas en torno de Moscú durante los siglos XV y XVI, habían de superponer, a aquella estructura simple, las noblezas de los príncipes lituanos (Golitsyn, Kuratin, Trubetskoy), de los príncipes tártaros (Yusúpov y Urusov) y de los príncipes caucásicos (Bagration). En cambio, el condado había de ejercer un papel preponderante en el transcurso de los siglos XVIII y XIX. Algunas familias condales eclipsaron a las prolíficas ramas de los príncipes de antaño, evitando los casamientos desiguales, consolidando sus fortunas, levantando ejércitos, otorgando fabulosos empréstitos a la Corona y protegiendo las artes. Los Sheremétiev, los Tolstoy o los Stroganov, habían contribuido también a construir el Imperio.

Pero los zares, desde el siglo XVI, consiguieron reducir a la obediencia a los grandes señores y propietarios. Tras una resistencia que duró hasta mediados del siglo XVII, los terratenientes fueron finalmente vencidos. En general, abandonaron los asuntos públicos y se refugiaron en sus fincas. Catalina la Grande aumentó más aún su alejamiento de las cuestiones políticas desligándolos de toda obligación para con el Estado. A mediados del siglo XIX los terratenientes estaban en su mayoría apartados de los asuntos públicos, y no poseían como clase ninguna prerrogativa especial. Sólo eran detentadores de nombres ilustres y propietarios, en algunos casos, de inmensos dominios.

Todas aquellas noblezas, estratificadas en el curso de los sucesivos reinados, vivían entremezcladas en estos años de principios del siglo XX. Sin embargo, al lado de Nicolás II sólo algunas excepciones le seguían prestando servicio, como era el caso de su ayudante de campo, príncipe Dolgoruky,

descendiente del jefe Rurik, fundador del Estado ruso, o de Tatichev, procedente de la primera nobleza sin título. Y es que, en 1861, la aristocracia había sufrido un rudo golpe cuando el zar Alejandro II abolió la servidumbre y decretó la distribución, entre los campesinos liberados, de una parte de las tierras que cultivaban.

Alejandro II, coronado a comienzos de 1855, en un discurso pronunciado un año después ante la nobleza de Moscú, declaró que era mejor emancipar a los siervos desde «arriba» que esperar a una manumisión desde «abajo», y no le faltaba razón. Entre los años 1845 y 1855 se registraron 400 explosiones de violencia campesina y otros tantas entre los años 1855 y 1860. Entre 1835 y 1861, fueron asesinados 283 terratenientes o encargados suyos, tal era el descontento entre el campesinado.

Pero esta no era la única razón para la reforma. Tras la Guerra de Crimea (1853-1856), el propio Estado se veía abocado a modernizar el país, si quería seguir desempeñando un papel como gran potencia europea. En tanto que las presiones ejercidas por los grandes terratenientes del sur, —cuyas abundantes cosechas comenzaban a hacer acto de presencia, con pingües beneficios, en los mercados internacionales— también contribuyeron a la adopción de la medida liberalizadora. No obstante, poco antes de aprobarse el decreto de emancipación, al discutirse el documento en el Consejo de Estado, Alejandro II declaró, con sentida sinceridad, que se había hecho todo lo posible «para salvaguardar los intereses de los terratenientes».

En sí misma la emancipación de la servidumbre era más bien ventajosa para los propietarios, pues los campesinos venían obligados a comprar las tierras que trabajaban a unos precios extraordinariamente altos. En las provincias meridionales, donde la fértil «tierra negra» valía más que la mano de obra y donde se crearon y desarrollaron grandes haciendas agrícolas, que terminaron organizadas con métodos modernos, la diferencia se concretó en 341 millones de rublos frente a 284 millones. En las provincias septentrionales, por el contrario, donde los frutos eran relativamente escasos y donde, por esta causa, los campesinos eran más valorados por su mano de obra, el precio del rescate fue de 340 millones de rublos contra un valor medio de las tierras de 180 millones. Únicamente en las provincias occidentales las cifras respectivas coincidieron en líneas generales, pero, precisamente aquí el régimen quiso favorecer abiertamente a los campesinos en perjuicio de los terratenientes polacos, que constituían el factor principal

del movimiento nacionalista en Polonia. Así, los campesinos debían pagar al gobierno y a los terratenientes cerca de dos mil millones de rublos, mientras que a precio de mercado, la tierra que quedó en sus manos, valía en 1861 poco más de quinientos millones.

Además, y en espera de que los campesinos estuvieran en condiciones efectivas de amortizar lo adeudado, el Estado adelantó a los propietarios estas sumas. Como los lotes distribuidos a cada familia campesina eran a todas luces insuficientes, los cultivadores buscaron alquilar parcelas suplementarias. Los propietarios que consintieron en efectuar esta operación se hicieron pagar mediante prestaciones de trabajo. De esta forma, los dominios reservados a los grandes propietarios siguieron cultivándose sin el menor gasto para sus dueños. Por otra parte, la imperativa necesidad de modernización no impidió que el Estado siguiera otorgando a sus terratenientes un trato de privilegio, por ejemplo en la tributación fiscal. Los impuestos sobre la tierra de las grandes propiedades nobiliarias venían prácticamente fijados por los mismos propietarios, y, no obstante, en 1896 se acordó reducirlos a la mitad. A comienzos de siglo una hectárea de tierra campesina tributaba 37 kopeks, la nobleza sólo pagaba 19 y la perteneciente a la casa real 11 kopeks; y en 1895 se redujo también el parco impuesto de sucesión, que había sido instituido, después de vivas controversias, en 1882.

Por tanto podemos considerar que para los terratenientes la reforma fue un buen negocio. Pero en la práctica representó, a pesar de todo, el comienzo de una profunda crisis para esta clase, crisis que se había ido incubando tiempo atrás, cuando ya dos tercios de los nobles propietarios de siervos se encontraban prácticamente en bancarrota.

La reforma supuso que la organización social tradicional se quebrase definitivamente. Rusia estaba entrando de esta forma en el circuito general capitalista y los señores iban a sufrir bien pronto las consecuencias de este importante hecho. Cada vez circulaba más el dinero, y los aristócratas, que vivían plegados sobre sí mismos, no pudieron ignorar este movimiento por mucho tiempo. Para mantener un determinado tipo de vida gastaban grandes sumas y para hacer frente a sus crecientes necesidades, tuvieron que vender una parte de los productos de sus tierras en mercados lejanos.

A finales del siglo XIX Rusia se había convertido en uno de los primeros exportadores de cereales del mundo. Cerca de dos tercios de lo produ-

cido en las grandes fincas se comercializaba en el extranjero, mientras que los pequeños campesinos, que producían apenas para subsistir, ponían en circulación un quinto de sus cosechas, absorbido principalmente por el mercado local. En cambio, los señores vendían en el mercado mundial más de la mitad de su producción. Ahora bien, como la competencia era muy fuerte y los precios fluctuaban de un año para otro, las finanzas de la aristocracia quedaron ligadas estrechamente a la suerte que pudieran correr las exportaciones, cuyas variaciones eran temibles. En 1892, Europa tuvo cosechas muy malas y el trigo ruso se vendió a 9 rublos el quintal; al año siguiente, la cosecha europea fue excelente en todas partes y el trigo ruso cayó a un rublo por quintal.

Por esta razón, los nobles se vieron sometidos a las perpetuas y dramáticas alzas y bajas del mercado. Algunos consiguieron adaptarse a la nueva situación siguiendo el ejemplo de los junkers prusianos y organizando granjas modelo. Ciertos propietarios, principalmente ucranianos, se dedicaron al cultivo intensivo de la remolacha azucarera; en Jerson surgieron fincas para la cría racional del ganado caballar. Se desecaron varios distritos de Podolia, ensayándose en ellos nuevos sistemas de rotación de cultivos. Pero los terratenientes que emprendieron este camino fueron la excepción; la mayoría de los aristócratas no quisieron proceder a esta reconversión. Sólo les quedaba, pues, una salida: la venta progresiva e ineluctable de sus bienes.

De 1900 a 1910, los grandes propietarios enajenaron una media de 800.000 hectáreas cada año. En 1861, la propiedad privada rural, en conjunto, representaba en Rusia una cifra de 120.000.000 de hectáreas, pertenecientes casi en su totalidad a la aristocracia terrateniente, o sea, un poco más de la mitad de los 219 millones de la Rusia europea por debajo de las tierras heladas del norte. En 1905 la nobleza aún disponía de 79.300.000 hectáreas, pero en 1914 sólo poseían ya 35.000.000, y dado que de las mismas sólo una tercera parte eran tierras de cultivo, la porción de terreno productivo correspondiente a los nobles —realmente el fondo de la cuestión— era en 1914 inferior a un décimo. En Perm y Viatka, las propiedades de los nobles representaban solamente al 0,4 por ciento de las tierras de cultivo. Así, en un proceso imparable, esta clase perdía cada vez más tierras, —su principal fuente de recursos— sin saber contener esa sangría. Se hacía patente como el feudalismo agonizaba cuando el capitalismo en Rusia aún era balbuceante.

No obstante, en 1914, al comenzar la Primera Guerra Mundial, las familias de grandes propietarios representaban aún una cifra aproximada de un millón de personas y su importancia se seguía debiendo a sus posesiones. En estas fechas todavía existían algunos latifundios espectaculares, 699 con más de 2000 hectáreas. La mayoría de ellos abarcaban enormes extensiones de montes y bosques, como las 240.000 hectáreas de la familia Orlov-Davidov, o las apenas menos fabulosas posesiones de los Beloselski-Belozerski, los Golitsyn o los Yusúpov, aunque en algunos casos estas familias estaban transfiriendo sus intereses inmobiliarios a las ciudades (los Beloselski-Belozerski eran propietarios de la isla de Vasilievsky, en el río Neva, en San Petersburgo). Las tierras de los Ronikier o los Czetwertyriski, donde se cultivaba remolacha azucarera, eran auténticos imperios, con negocios que se extendían desde las minas de carbón hasta las destilerías. Pero, por lo general, la agricultura de los nobles estaba en decadencia, al igual que en todos los lugares de Europa.

La propiedad noble llevaba décadas erosionándose, como lo testimonia *El jardín de los cerezos* de Chéjov, que muestra la decadencia de los *dvorianes* frente a una burguesía que comenzaba a jugar un papel dominante. La aristocracia aceptaba con mucha dificultad el cambio, pero era impotente para oponerse con coherencia al mismo. No disfrutaba de ninguna simpatía o adhesión en el campo, cuyos habitantes la rechazaban; y era incapaz de aspirar a otra cosa que a la mezquina defensa de sus intereses particulares y locales. Muchos de estos grandes propietarios repartían su tiempo entre viajes al extranjero, donde residía aproximadamente un 30% de la nobleza rusa, y estancias más o menos prolongadas en sus tierras, donde vegetaban.

Por todo esto, y para defenderse, la aristocracia se lanzó a recuperar un lugar de privilegio en la vida pública. Las reformas facilitaron esta nueva reconversión. Alejandro II había asignado a las asambleas de distrito y de cantón —los *zemstvos*— un papel administrativo importante; el sistema electoral vigente favorecía a los nobles, pues éstos tenían derecho a ocupar la mitad de los escaños. Mediante esta preponderancia conferida a la aristocracia, las autoridades pretendían en realidad precaverse frente a las reivindicaciones de los campesinos. A los grandes propietarios, esta medida, que dimanaba del poder, les vino pintiparada, puesto que les regalaba una tribuna pública. Cuando el gobierno instituyó un sistema de tarifas aduaneras encaminadas a proteger el desarrollo de la industria, los exportadores de

trigo manifestaron su descontento y su temor a que los mercados exteriores se les cerraran como represalia. Los nobles hicieron votar entonces, en los *zemstvos*, mociones de censura y de protesta. De esta forma, la oposición al régimen encontró sorprendentes y activas simpatías entre los grandes propietarios. El descontento de los aristócratas era visible, y se manifestó en un espíritu levantisco y en críticas cada vez menos disimuladas al zar, bien en clave ultraconservadora o bien en clave liberal.

Al lado de esta aristocracia terrateniente encontramos otro tipo de nobleza, vinculada a la realización o ejercicio de determinadas funciones. Si los grandes propietarios de tierras constituían, en este supuesto, la aristocracia; en conjunto, la nobleza nutría en Rusia las filas de los altos funcionarios. Pedro el Grande, deseoso de asegurarse un control estricto de los agentes de su poder imperial, creó una jerarquía nobiliaria exclusivamente con esta intención, jerarquía que configuraba la cúspide del aparato burocrático, el *chinovninchestvo*.

El término *chin*, evoca un origen chino y recuerda el sistema burocrático del mandarinato en el que se inspiraba la Tabla de Rangos que instituyó Pedro el Grande. Los funcionarios quedaban repartidos en catorce rangos, a manera de otros tantos escalones burocráticos. El *chin* constituía una escala jerárquica en vigor tanto en la administración como en el ejército y abarcaba desde el simple inspector de colegio hasta el cargo de canciller del Imperio, en la administración civil, y desde el grado de alférez o abanderado, hasta el de mariscal de campo, en el ejército. A partir del octavo grado en una y otra jerarquía, su titular tenía derecho, automáticamente, a que se le otorgara un título de nobleza.

La burocracia era uno de los pilares en los que se apoyaba el zarismo. Sin una formación intelectual e incluso técnica, los *chinovniks* eran reclutados sin otros criterios específicos de competencia que no fueran el de la obediencia al zar. Su nivel cultural era en muchas ocasiones muy bajo, y a finales del siglo XIX, un 80% de los funcionarios de las provincias no habían cursado ni siquiera estudios primarios. Pero los cuatro primeros rangos estaban en principio reservados a la nobleza hereditaria. Los 3765 titulares que registraba el censo ya eran nobles antes de ocupar el cargo, a menos que hubieran sido nombrados específicamente para una función dentro de esos rangos superiores.

Un burócrata que no fuera de origen noble debía prestar funciones doce años antes de ser promovido al décimo cuarto rango, mientras que un noble de nacimiento sólo requería de un año de ejercicio antes de integrarse en el escalafón. Partiendo del estado llano hacían falta al menos veinticuatro años para alcanzar el quinto rango. Los *chinovniks* del octavo al quinto se convertían en nobles pero no podían pasar el título a sus hijos.

Al revés de lo que ocurría en los países occidentales, esta nobleza estaba abierta teóricamente a todas las clases, y algunos hijos de campesinos o de artesanos llegaron a la cima del escalafón obteniendo un título de nobleza por los servicios prestados. Estas notables ventajas quedaban compensadas por innumerables inconvenientes. Rusia se enorgullecía de tener uno de los presupuestos mejor equilibrados de Europa; la razón de esto hay que buscarla en la insignificancia de sus gastos y, por consiguiente, en la pésima retribución de sus funcionarios. De donde se derivaba una deshonestidad y corrupción no menos generalizadas. A su vez, la población los recompensaba con su más encendido desprecio. Cada escalafón jerárquico tenía sus exigencias y era del dominio público que a tal o cual grado jerárquico de la administración correspondía sobornarlo con uno u otro color de los billetes de banco. Las posibilidades de ascenso estaban ahí, pero los cargos disponibles eran escasos. El censo de 1897 registraba 400.000 funcionarios. El censo francés de igual fecha, con una población tres veces inferior, arrojaba un número de funcionarios dos veces y media superior.

Junto a los privilegiados por sus posesiones o por sus cargos se encontraban las altas dignidades de la Iglesia Ortodoxa, otro de los pilares del régimen zarista. La Iglesia Ortodoxa nacida en 1054 producto de un cisma con Roma, que separó a las iglesias del Imperio Bizantino y al Patriarcado de Constantinopla, era una Iglesia dependiente del Estado, y el clero ruso no detentaba grandes propiedades. En 1914, entre sacerdotes y monjes, no poseían juntos el 1% de la tierra cultivable, no obstante gozaba de un enorme poder en el imaginario social, y su jerarquía era venerada y respetada como tal. En 1589, los rusos habían conseguido que el metropolitano de Moscú fuese elevado al rango de patriarca cuando las restantes sedes patriarcales seguían sometidas al yugo otomano. Por eso, Rusia era el único bastión independiente de la Iglesia oriental, y el joven Estado se sentía por esta razón altamente orgulloso en su calidad de defensor de la fe. Al comprobar la enorme influencia del clero en su Imperio, Pedro el Grande decidió someter y, a la vez, utilizar en su provecho esta considerable potencia.

Ni Pedro ni sus sucesores tuvieron grandes preocupaciones teológicas. Dejaron a los sacerdotes plena libertad en el campo de la fe; pero en el plano disciplinario, obtuvieron de ellos una obediencia total. Controlada por un Santo Sínodo que, en realidad, era una emanación del Estado y sometida a unas reglamentaciones muy minuciosas, esta Iglesia no fue, finalmente, otra cosa que una institución de funcionarios. Las altas dignidades eclesiásticas gozaban de una auténtica situación de privilegio. También los monasterios, algunos muy venerados por la devoción popular, contaban con abundantes recursos, pero el sacerdote de aldea era un pobre, en todos los sentidos del término. Vivía entre los campesinos. Efectuaba junto a éstos diversos oficios y se ocupaba tanto de las cuestiones relativas al estado civil como de administrar los sacramentos. Se veía obligado a depender de sus feligreses en lo relativo a su subsistencia; y en un país con una circulación monetaria todavía muy reducida, los campesinos sentían en sus carnes la obligación de pagar un subsidio al pope.

Pero ninguno de estas clases y grupos privilegiados, exceptuando unos pocos altos funcionarios, estaban vinculados a la Corte. En Rusia resultaba muy difícil encontrar a la nobleza junto a los zares, salvo algunas excepciones y siempre en las ceremonias solemnes. Jamás los soberanos rusos intentaron agrupar en su entorno a las principales familias del Imperio. El tímido y receloso Nicolás II, más dichoso en medio de los suyos que en el boato imperial, acentuó aún más esta tendencia. La Corte rusa fue un medio cerrado, restringido y casi familiar; junto a los deudos personales del soberano —un centenar de personas, aproximadamente— sólo vivían unos cuantos altos cargos y ministros. Si se consultaba el *Tabel o Rangakh* (Tabla de Rangos), en 1900, se contaban algo más de cuarenta grandes duques y grandes duquesas, a los que había que sumar unas centenas de altos personajes que poblaban la Casa del emperador y la emperatriz.

Esta «camarilla» sí que ejercía en el terreno político una influencia considerable. Las contradicciones de la política zarista serían incomprensibles para nosotros si olvidásemos las diversas corrientes que se entrecruzaban en este pequeño y cerrado mundo. No obstante, desde el punto de vista de la sociedad rusa, la Corte no representaba prácticamente nada, pero en ella se adoptaban las grandes decisiones y en ellas la familia tenía su influencia.

El zar tenía un hermano menor, el gran duque Mihail, que jugará un papel secundario en la historia hasta que algunos barajen su nombre para

sustituir a su hermano Nicolás. También contaba con cuatro tíos y una serie de primos que desempeñaban distintas actividades. Sus tíos ofrecían una imagen vívida de la nobleza rusa de aquel momento. Tres de ellos, Vladimir, Alexis y Pablo, llevaban una vida sibarítica y mundana, dedicados a los placeres o al mecenazgo, en la Corte o en París. Sólo el tío Sergio se entregó al servicio del Estado, siendo gobernador de Moscú hasta que fue víctima de un atentado en 1905.

Los primos de Nicolás le rodeaban igualmente, y entre ellos había de todo, destacando el gran duque Nicolaievitch, Nicolacha para el emperador, que dirigió los ejércitos del zar al comienzo de la Gran Guerra y disponía de una autoridad que no compartía con nadie. La familia imperial le tenía celos, y la zarina lo odiaba. Desde 1915, por temor a que llegara a ser más popular que él, y empujado por su esposa Alexandra, Nicolás II le retiró el mando, ya que en definitiva él era el autócrata y teóricamente todo el poder residía en su persona.

El zarismo era una monarquía absoluta que se proclamaba como autocracia (*samoderzhanie*). El zar, es decir el emperador, ejercía un poder ilimitado. El origen de su nombre, sus poderes y su título provenían de Bizancio. Iván III (llamado el Grande), se casó en segundas nupcias, con Sofía Paleólogo, sobrina del último emperador bizantino antes de la conquista turca de Constantinopla en 1453. La palabra zar venía de *Caesar*, cesar, y el escudo de armas, el águila bicéfala era también de origen bizantino. Los métodos de gobierno tampoco eran una excepción a esa tradición. Las intrigas de la Corte, el secreto, la omnipotencia de la burocracia y el culto al zar aparecían como sus manifestaciones más llamativas.

El zar no era responsable ante nadie y se constituía como la fuente de toda la legislación. En 1894, al recibir la corona Nicolás II, oyó del metropolita de Moscú, la siguiente declaración: «Este ornamento visible es el símbolo de la coronación invisible que se verifica en ti, como jefe del pueblo de todas las Rusias, por medio de Nuestro Señor, Jesucristo rey de la Gloria, con su bendición, para conferirte el poder soberano y supremo sobre tu pueblo».

Aquella fórmula fue acogida con tal convicción que dejaba de ser un símbolo para convertirse en la viva realidad de una misión auténtica y de un poder verdadero. El zar Nicolás II se consideraba «jefe» del Estado y de la nación, como encarnación del poder divino.

En un sistema así, la personalidad de los zares era importante. Nicolás II, nacido en 1868, se convirtió en zar en 1894. Su padre, Alejandro III (zar 1881-1894) era un gigante autoritario que había criado a su hijo con dureza y alejado de las tareas de gobierno. Fruto de esta educación, Nicolás manifestará a lo largo de su vida una falta de confianza en él mismo y un acusado desinterés por los asuntos públicos, refugiándose en la vida familiar para huir de ellos. Tenía una conciencia fatalista y consideraba que había nacido con mala estrella. Distintos acontecimientos ocurridos a lo largo de su vida le servían para corroborar esa aprensión supersticiosa. Siendo joven, en un viaje al Lejano Oriente, un japonés trató de matarlo y, en su coronación en 1893, en la explanada de Khodyenka, al producirse una avalancha humana entre la multitud que aguardaba para recibir un regalo con motivo del festejo, se produjo la muerte de casi 1400 personas.

Simple y poco inteligente, todo su hacer político se reducía a que el zar debía gobernar ejerciendo su poder omnímodo, con el apoyo de la burocracia, el ejército, la policía y la Iglesia Ortodoxa. Fue animado en esto por la zarina Alexandra Feodorovna, una nieta de la reina Victoria de Inglaterra, que no sabía ni siquiera ruso en el momento de su matrimonio. Depués de tener cuatro hijas, la pareja imperial, finalmente, tuvo un niño en 1904, pero Alexis, que debía ser el heredero, padecía hemofilia. Al principio quisieron ocultar la enfermedad, pero terminó siendo de dominio público. Esta circunstancia agudizó las tendencias neurasténicas de la zarina que acabó sufriendo constantes depresiones y refugiándose en el misticismo, lo que no le impedía jalear a su marido para que adoptara siempre las medidas más conservadoras y reaccionarias.

Nicolás II dejó un diario íntimo, en él que podemos apreciar sus preocupaciones reales y el alcance de las mismas. Junto a la mención de las audiencias que concedía y las visitas que realizaba, ampliamente evocadas, los detalles de su vida familiar, también minuciosamente descritos, nos revelan sus actividades preferidas: deportes y juegos al aire libre, en los que trataba de distraerse con sus perros, con la equitación, con el patinaje y, sobre todo, con la caza donde residía su verdadera pasión.

Pero este hombre, que aparecía como esposo amante y buen padre de familia, era capaz de desplegar una despiadada crueldad siempre que se cuestionara su poder. Vyrubova, dama de honor de la zarina y su estrecha confidente, escribió en su diario este juicio sobre Nicolás: «Se ha dicho que es

muy cruel, pero no es cierto, no es cruel, simplemente está loco. Por ejemplo, es capaz de palidecer si se le da una patada a un gatito, pero si la conversación que está manteniendo versa sobre gentes que no le agradan, pude decir: "Es preciso fusilarlos"». La anécdota va más allá de la opinión displicente de una antigua amante despechada.

En 1895, al año siguiente de su subida al trono, Nicolás telegrafiaba a un Regimiento de Granaderos que se había distinguido en el aplastamiento de unos desórdenes obreros: «Altamente satisfecho por la conducta tranquila y valiente de las tropas durante los tumultos en la fábrica». Y en diciembre de 1905, escribía a su madre, comentando la represión de los campesinos rebeldes del Báltico: «El terror debe ser combatido con el terror. Orlov, Richter y los otros están haciendo una gran labor. Han sido dispersadas muchas bandas de sediciosos, y sus casas y propiedades han sido quemadas». Poco después, al enterarse de la toma de Riga y de que «el capitán Richter no sólo había fusilado a los principales agitadores, sino que también los había colgado, el zar comentó: «¡Un tipo estupendo!». Lo mismo que se tratara de huelguistas que de tribus rebeldes, la respuesta del zar era siempre la misma.

El zar, tenía una especial animadversión hacia los judíos. Cuando en 1905 se desataron por toda Rusia una serie de pogromos (matanzas indiscriminadas de judíos por parte de civiles) Nicolás II se expresó sobre estos hechos en una carta a su madre: «El pueblo se ha indignado con la insolencia y la audacia de los revolucionarios y los socialistas, y como las nueve décimas partes son judíos, todo el odio se ha dirigido contra ellos, de ahí los pogromos judíos. Es sorprendente con qué unidad y conjunción se ha extendido este odio por todas las ciudades de Rusia y de Siberia. En Inglaterra se dice, naturalmente, que estos desórdenes han sido organizados por la policía; como siempre ¡es un viejo cuento ya conocido!».

No sin razón el zar se había inscrito en la organización antisemita Unión del Pueblo Ruso, estrechamente ligada al grupo terrorista de extrema derecha las Centurias Negras; la mantenía económicamente y recibía, como amigo, a su presidente, el Dr. Dubrovin. Nicolás, jamás sintió la menor compasión por las víctimas de los pogromos, por el contrario, vio en ellos un acto de repulsa del buen pueblo ruso.

La primera gran prueba durante el reinado de Nicolás sobrevino el año 1905. Cuando un país se encuentra con dificultades de régimen interno, y el zarismo las tenía, el gobierno puede intentar desviar la atención del pueblo comprometiéndolo en algún conflicto internacional. Así, en 1904, los ministros reaccionarios convencieron a Nicolás II de que una «pequeña guerra victoriosa» aplacaría en cierto modo el gran descontento que imperaba en Rusia, e incluso podría evitar una revolución.

La península de Corea parecía un buen lugar para llevar a cabo este plan y Rusia decidió ocuparla —con gran disgusto de los japoneses que secretamente abrigaban la misma idea—. El resultado fue la guerra con el Japón; guerra relativamente «pequeña», pero que distó mucho de ser «victoriosa», puesto que desde el primer momento tanto el ejército como la armada del Japón vapulearon a los rusos. Los japoneses desembarcaron tropas en Corea y bloquearon Port Arthur. A continuación, sus divisiones se introdujeron en Manchuria para rechazar a las tropas que el zar había mandado al Pacífico en el ferrocarril transiberiano.

Durante varios meses Rusia sufrió graves pérdidas. Y, naturalmente, la desafortunada guerra en vez de aplacar al pueblo ruso, lo enfureció más contra su gobierno. En enero de 1905, Port Arthur cayó en manos de los japoneses; en mayo del mismo año, la anticuada flota rusa, que con muchas dificultades había navegado doce mil millas para combatir a la armada japonesa, fue casi totalmente destruida en el mar del Japón.

Todo esto contribuyó a aumentar el malestar en el conjunto de la población y de modo especial entre la clase trabajadora que padecía unas lamentables condiciones de vida y laborales. La policía se había dado perfecta cuenta de que organizaciones clandestinas en defensa de los trabajadores estaban haciendo una enérgica propaganda y decidió adoptar un procedimiento singular para contrarrestar estas influencias. Atrajo secretamente a un sacerdote conocido por el nombre de «el pope Gapón», cuya tarea consistiría en controlar a los obreros por medio de una especie de asociación sindical. La policía esperaba que esto sirviera para canalizar el descontento sin que llegara a convertirse en un verdadero problema.

El pope Gapón, para dramatizar las demandas en pro de mejoras en las condiciones de trabajo, decidió organizar una demostración pacífica para suplicar ante «el padrecito» zar esas medidas. El domingo 9 de enero de

1905, una impresionante manifestación marchó sobre el Palacio de Invierno de San Petersburgo, llevando estandartes religiosos y cantando canciones patrióticas. Su intención era presentar al zar un pliego de súplicas, pero la marcha pacífica fue dispersada a tiros por los guardias del zar y la policía, ocasionando más de ciento cincuenta muertos y varios centenares de heridos. El zar, que ni siquiera estaba en la ciudad sino en su residencia de Tsarkoie-Selo, escribió en su diario ese mismo día 9: «Día penoso. Se han producido serios desórdenes en Petersburgo, a causa del deseo de los obreros de llegar hasta el Palacio de Invierno. Las tropas han tenido que disparar en diversos puntos de la ciudad. Ha habido muchos muertos y heridos. Señor, qué penoso y doloroso es todo esto. Mamá ha llegado a la ciudad justo a la hora del servicio. Hemos comido en familia. He paseado con Mihail. Mamá se ha quedado a pasar la noche con nosotros».

El día 10 anotaba: «No ha pasado nada... He decidido nombrar al general Trépov gobernador de la ciudad. Una diputación de cosacos del Ural me ha enviado caviar».

Cuando la noticia de esta matanza se extendió por Rusia, se levantó un enorme clamor de protesta. Nicolás no se dio cuenta, en absoluto, de que había provocado un estallido revolucionario. Un grupo de trabajadores fue conducido a palacio para implorar su perdón por la manifestación de «el Domingo Sangriento», como se llamó al 9 de enero. El zar les recriminó por su insensato comportamiento, amenazándoles si se producían acontecimientos semejantes en el futuro, y redactó un manifiesto en el cual incitaba a todos los rusos leales a que dieran su apoyo a la autocracia.

Pero entonces el zar tuvo uno de los súbitos virajes que revelan su débil y vacilante personalidad. Influido por sus consejeros, ofreció a la nación algo con lo que hasta entonces tan sólo soñaban los reformistas rusos: una asamblea nacional de representantes, que iba a recibir el nombre de Duma Imperial. Sin embargo, cuando en agosto el gobierno anunció sus planes referentes a la Duma, hubo una gran decepción. El derecho de elección se reservaba principalmente a la nobleza, la burguesía urbana, los propietarios de la tierra y los campesinos que actuaban a través de los *zemstvos*. Importantes sectores de trabajadores y minorías como los judíos, eran excluidos, y la nueva institución tendría un carácter meramente consultivo. El zar y sus ministros podrían aceptar sus consejos o simplemente ignorarlos.

En octubre de 1905 se produjo una huelga general, acompañada de las demandas de una Asamblea Constituyente, libertades civiles y jornada laboral de ocho horas. A estas demandas se añadieron pronto otras exigencias más radicales como: república democrática, amnistía política y desarme de la policía y las tropas. Todos los establecimientos que podían cerrar sus puertas lo hicieron: bancos, tiendas, oficinas del gobierno y aun las farmacias y hospitales. Los periódicos, la electricidad, el gas y, en algunos lugares, el agua, cortaron sus servicios; y se levantaron barricadas en muchas ciudades. El país estaba verdaderamente paralizado.

Una organización conocida con el nombre de Soviet de Diputados de los Trabajadores de San Petersburgo se reunió por primera vez en octubre de 1905. Al principio el Soviet sólo tenía treinta o cuarenta delegados, pero a finales de noviembre tenía casi seiscientos. El 17 de octubre de 1905, el zar Nicolás II publicó un manifiesto que parecía transformar a Rusia en una monarquía constitucional. Garantizaba las libertades civiles básicas, prometía ampliar el derecho de voto a la Duma del Estado y aumentaba la autoridad de ese organismo.

El Soviet de San Petersburgo decidió no hacer caso del manifiesto de octubre y llevar a cabo una huelga general. El gobierno estaba parcialmente paralizado, la policía tenía poca fuerza y el ejército estaba empeñado en la guerra, pero al firmar la paz con Japón, el gobierno se recuperó de su parálisis momentánea y se impuso con mano dura, proclamando el estado de emergencia y enviando expediciones para reprimir las revueltas.

A comienzos de diciembre de 1905 fueron arrestados y exiliados los principales jefes del Soviet, y los dos años siguientes conocieron una brutal represión. Entre 1906 y 1907 fueron condenadas a muerte por «crímenes» políticos 5735 personas, es decir, una sexta parte del total de los que fueron juzgados en un proceso político; fueron ejecutadas 3741 personas. Durante el periodo de 1825 a 1905, es decir, durante los 80 años que precedieron a la revolución, no fueron condenados a muerte en Rusia más que un total de 625 «políticos», y ejecutados, tan solo 191. Así pues, durante los cinco primeros años de la era «constitucional», la cifra de condenados a muerte se elevó en 180 veces.

La monarquía había sobrevivido prácticamente intacta y el orden social también había salido inalterado del torbellino, así la autocracia no aprendió

la lección y el resultado de la crisis se tradujo en un mayor aislamiento de la familia real.

Nicolás II pasaba cada vez más tiempo en Tsarkoie-Selo, aunque hubiera preferido vivir en Livadia, en Crimea, en el nuevo palacio que se había hecho construir. Ahí se distendía, jugaba al tenis, se bañaba, unas auténticas vacaciones. Pero debiendo atender sus obligaciones imperiales Tsarkoie-Selo terminó por convertirse en su residencia favorita. Le gustaba ese pequeño Versalles donde él y su consorte, establecieron en el Palacio Alexander su hogar, decorándolo en el estilo del burgués rico de la época, sin demasiado buen gusto. Su extraordinaria afición por la fotografía daba aún más fuerza al escenario doméstico. Ni un solo mueble del ala imperial se salvaba de estar adornado con la fotografía de algún miembro de la familia y el cuarto de baño no era una excepción. Se contrató un buen fotógrafo únicamente para revelar y sacar copias de las fotos imperiales. Este culto por la imagen familiar denotaba su alejamiento de la vida política y la sustitución de ésta por la vida privada.

El conde Polovtsev, escribía: «Viviendo recluidos en Tsarkoie-Selo, el pequeño «pueblo del zar», situado a algunos kilómetros de San Petersburgo no perciben lo que ocurre en el país más que en pequeños fragmentos... No hay una política conducida con una idea directriz, o razonada, en ningún campo, sea el que sea. Todo se hace repentinamente, como fortuitamente por una intervención personal o tras una intriga».

El gobierno de un imperio inmenso con más de 21.000.000 de kilómetros cuadrados estaba vinculado a la voluntad de un hombre pusilánime o a las propuestas de la emperatriz, de los grandes duques y de todos los intrigantes que poblaban una Corte en la que el esoterismo estaba causando furor.

Después de 1905, entre la alta aristocracia se había difundido la moda de dar crédito a toda suerte de magos, peregrinos, o santones, que una vieja superstición rusa quiere considerar entre los «simples de espíritu». Ocultismo y misticismo estaban en boga. En la Corte estos fenómenos eran más manifiestos que en otras partes. Se confiaba la propia salvación a cuanto había de más irracional.

Se organizaban reuniones místicas y se practicaban ritos que procedentes del fondo del campo ruso habían llegado a la capital y se habían expan-

dido entre la aristocracia. Ni la emperatriz ni el zar participaban en estas reuniones, pero eran notorias en la Corte e influyeron en la familia. La salud del heredero se había convertido en una obsesión. Una hemorragia podía ser mortal, y Alexandra llevaba sobre sí esta responsabilidad, lo que se añadía a su angustia como madre. Se constituyó entonces un pequeño círculo de místicos, predicadores e hipnotizadores en torno a la emperatriz: un tal Felipe, su discípulo Papus, y enseguida Rasputín.

Este personaje era una especie de monje mendicante, un *starets*, o sea, alguien que sin haber tomado hábitos sagrados, decía haber visto la verdadera luz de Dios, y predicaba que primero había que pecar para poder luego obtener el perdón. El 1 de noviembre de 1905 escribió el zar en su diario: «Hemos conocido a un hombre llamado Grigory, de la provincia de Tobolsk». Rasputín encantó a la pareja imperial con su sencillez y su original modo de expresarse. Cuando hablaba, les parecía a los monarcas estar oyendo la voz auténtica de la Rusia campesina, la Rusia que amaba el zar.

Introducido por una de las damas de compañía de la zarina, Anna Vyrubova, Rasputín tenía además poderes de magnetizador o de hipnosis, y lograba muchas veces apaciguar los dolores del pequeño zarévich cuando sufría alguna caída y se producía una hemorragia interna. Para la zarina, ya muy creyente, se trataba de una especie de milagro operado por el hombre santo, por ello su misticismo no hacía más que aumentar, y el poder de Rasputín crecía de día en día. Nombrado *lampadnik* imperial, Rasputín tenía a su cargo el cuidado de las lámparas constantemente encendidas ante los santos iconos. Así, estaba permanentemente en palacio.

El círculo de la familia imperial se estrechaba cada vez más. En realidad aparte de los parientes y servidores (y excepto los tutores y las nurses, ninguno de los servidores era íntimo) sólo quedan dos nombres. Uno el de Anna Vyrubova y otro el de Rasputín. Anna Vyrubova se había convertido en la confidente más intime de la zarina, y en su diario se puede apreciar las relaciones que mantenían ella, Rasputín y Alexandra con Nicolás. Los tres reforzaron en el monarca la idea de que la Duma era el enemigo del zarismo, y que aceptar un gobierno que pudiera ser responsable ante la asamblea constituía una auténtica capitulación. La presencia de Rasputín, que encarnaba a la vez a la Iglesia, al *mujik* y a la Santa Rusia a los ojos del zar, tranquilizaba a ese pequeño mundo desamparado que no encontraba apoyo ni en la ciudad, ni en la Corte, donde los grandes duques y los príncipes refunfuñaban contra un zar incapaz.

De 1906 a 1917 Rusia llevó a cabo su primera experiencia de parlamentarismo pseudoconstitucional. Pero Nicolás, una vez restablecido el orden entre las masas rebeldes no tenía la más mínima intención de dejar en manos del pueblo nada de su poder.

El sistema electoral no iba a consistir exactamente en el voto universal, igual, secreto y directo, que la oposición había reclamado. Incluso antes de que las elecciones tuvieran lugar, y antes de que la nueva Duma se convirtiera en una realidad, el zar impuso un buen número de medidas que reducían mucho los derechos de la asamblea. Finalmente, el 22 de mayo de 1906, el zar publicó una nueva versión de las Leyes Fundamentales del Estado ruso, en la cual daba respuesta a una cuestión ampliamente debatida a partir del Manifiesto de octubre, la de si el poder del zar había sido reducido. La respuesta era: no.

El documento decía: «El emperador de todas las Rusias tiene el supremo poder autocrático. El mismo Dios ordena que su autoridad debe ser respetada, no sólo por temor, sino por genuino sentido del deber». El gobierno del Imperio no iba a variar en los siguientes años hasta que estalló la Gran Guerra en 1914.

Fue precisamente con la declaración de guerra cuando el patrioterismo de algunos proporcionó al zar una de sus últimas alegrías. El 20 de julio (2 de agosto) San Petersburgo se transformaba en Petrogrado y presenciaba una escena extraordinaria. Declarada la guerra contra Alemania la víspera, el zar Nicolás II y su familia salieron a un balcón del Palacio de Invierno después de un Te Deum ante una muchedumbre de diez mil personas que cantaba el himno nacional y permanecía fervorosamente arrodillada. El símbolo del zar «ungido del Señor» parecía recobrar vida en medio de una atmósfera de entusiasmo patriótico.

Pero en cuanto llegó la derrota —y ésta se perfiló al cabo de un año—, en cuanto se reveló la incapacidad de la economía para abastecer al ejército, y en cuanto se acentuó la penuria, la situación se deterioró aceleradamente. La decisión del zar de asumir personalmente la dirección del ejército contribuyó de modo poderoso a ese deterioro.

Al inicio del conflicto el primer impulso de Nicolás fue asumir personalmente el mando de las tropas. Pero sus ministros arguyeron que su prestigio como zar no podría sobrevivir a los reveses; además, ¿quién regiría el

país? Así pues, Nicolás cedió, enojado y mohíno. «No tenéis idea de cuán deprimente es no estar en el frente —dijo a Pierre Gilliard, tutor francés del zarévich—. Aquí es como si todo minara las energías... Sólo anhelo el momento de estar con mis soldados».

Al frente de las tropas se encontraba el gran duque Nicolás, un gigante de casi dos metros que inspiraba respeto y confianza a generales y tropa, pero el zar tenía celos de él. Envidiaba su prestancia y que supiera arengar a los soldados, mientras que cuando el emperador hacía discursos, un ministro tenía que sostener su texto, escondido tras su gorro. A eso había que sumar que los éxitos personales del gran duque inquietaban a la zarina, que no le perdonaba, sobre todo, su desprecio por Rasputín.

En agosto de 1915, sin consultar con nadie y pese a las protestas y súplicas de sus ministros, el zar decidió asumir el mando efectivo del ejército y se instaló en el Cuartel General, conocido por el nombre de *Stavka*, palabra rusa que significa «campamento militar de un jefe». Estaba situado en Mohilev, a un lado de la línea férrea Moscú-Varsovia, cerca de la bifurcación polaca de Baranovichi. En un bosque de pinos y abedules se habían dispuesto unos vagones de ferrocarril, y en un amplio claro, vigilado por tres filas de centinelas, el gran duque Nicolás y sus oficiales vivían en doce vagones colocados en semicírculo.

El daño provocado por esta decisión no hubiese sido tan considerable si Nicolás II no hubiera estimado oportuno confiar la dirección política a la zarina. Su naturaleza exaltada y mística, sus ideas retrógradas, su camarilla reaccionaria, oscurantista, todo cooperaba a que su gestión fuera catastrófica. Por otra parte, la salud física y mental de Alexandra había empeorado visiblemente; padecía toda clase de dolencias, se quejaba de que su rostro se hallaba como electrizado de dolor, recibía diariamente a su dentista —y a menudo varias veces al día—; pero no por ello dejaba de entrometerse en todo, es decir, en problemas para los que no tenía capacidad alguna: cuestiones de suministros, de transportes, nombramientos administrativos, políticos, militares, etc.

En todas estas decisiones intervenía Rasputín. Antes de la guerra ya había conseguido ejercer creciente influencia en la marcha de los asuntos de Estado, pero su autoridad se acrecentó considerablemente cuando Nicolás II se dejó sustituir por la zarina al frente del gobierno.

Este régimen, basado durante generaciones en el oscurantismo, se sumió en un clima de misticismo y de supersticiones que rayaban en la demencia. La emperatriz, dueña del poder, recomendaba al zar en carta del 15 de septiembre de 1915: «No te olvides, antes de celebrar Consejo de Ministros, de sostener entre tus manos el pequeño icono regalado por nuestro Amigo (Rasputín) y peinarte varias veces con su peine».

La designación de Protopopov como Ministro del Interior fue obra del *starets*. Este «amigo» de Rasputín, era realmente un desequilibrado. El mismo Protopopov confesó a Kérensky que se sentía incapaz de adoptar decisión alguna sin consultar con uno de sus iconos, y, después de la muerte del monje, sustituyó su presencia en el Consejo de Ministros por largas y frecuentes sesiones de espiritismo en las cuales imploraba los consejos del difunto.

En realidad, la Corte dominada por Rasputín era solamente el símbolo y la expresión de la agonía histórica de todo el sistema. La sofocante atmósfera de intrigas, debida a la influencia de las «fuerzas oscuras», como se dirá más tarde en las encuestas sobre la familia real, no sería imaginable si no hubiera sido ya imposible para el zarismo gobernar Rusia en guerra. La inestabilidad ministerial fue la prueba más clara. En poco más de dos años, desde el momento en que comenzó el conflicto, se sucedieron en el poder cuatro presidentes del Consejo —Goremikin, Shtiurmer, Trépov y Golitsyn—, seis ministros del Interior, tres ministros de la Guerra y tres de Asuntos Exteriores. Se confiaban al santón porque ya no sabían cómo controlar el país.

La nobleza próxima a la Corte y la misma familia imperial estaba espantada del sesgo que tomaban los acontecimientos, y reaccionaron siguiendo la más pura tradición de complots y asesinatos propia de la Corte zarista. Una princesa de la casa real, a comienzos de 1916, confió al entonces Ministro del Interior, Chvostov, que para el asesinato de Rasputín podían ser puestos a su disposición «medios ilimitados». Finalmente el príncipe Yusúpov, marido de una sobrina de Nicolás II, junto con algunos miembros de la alta sociedad petersburguesa, se decidieron a actuar.

En las consideraciones para explicar su acto, el príncipe expuso, crudamente, el punto de vista familiar: se lamentaba que los Romanov hubieran preferido la compañía de un *mujik* a la de sus primos, que el *starets* tuviera

las puertas abiertas en Tsarkoie-Selo; y a Yusúpov le daba rabia que esta influencia se hubiera traducido en el nombramiento de gobernadores y ministros. Con su crimen quería desembarazar a Nicolás II de su perniciosa influencia, decapitar el «partido alemán», derribar al hombre cuyas intrigas y costumbres deshonraban la dinastía.

El 17 de diciembre de 1916, el príncipe Yusúpov invitó a Rasputín a una velada en su casa, donde junto con otros conjurados pretendían darle muerte. Tras haber ingerido el *starets* veneno como para matar a un caballo, hubo que abatirlo a tiros, y el monje aún se levanto amenazante cuando todos lo creían ya muerto. Rasputín era indudablemente una potencia de la naturaleza y un temperamento temible.

Pero la desaparición del «monje corrompido», nada evitó. El problema radicaba en el mismo Nicolás II y en su concepción autocrática del poder. Dos testimonios recogidos a comienzos de 1917 nos permiten apreciar hasta qué punto el zar vivía de espaldas a la realidad.

El embajador inglés George Buchanan, cuya influencia en la Corte era notoria, aprovechó las felicitaciones del Año Nuevo para hablar al emperador acerca de las inquietudes del país:

—Asociad más los representantes del pueblo a vuestros asuntos — le dijo el británico.

—Me decís, Excelencia, que debo merecer la confianza de mi pueblo. ¿Acaso no será más bien el pueblo quien deba ganarse la mía?

El 10 de febrero, Rodzânko, presidente de la Duma del Estado, rico terrateniente, y una especie de intermediario entre el Palacio y los grandes propietarios rurales, le pidió al zar la destitución de Protopopov como Ministro del Interior, y le advirtió: «no va a pasar tres semanas antes del estallido de una revolución que derrocará el trono».

Nicolás II le contestó: «¿De dónde saca usted esa información?» En sus memorias, Rodzânko apunta cual fue su respuesta: «Del curso general de los acontecimientos… Usted, Señor, cosechara lo que ha sembrado». A lo que el zar le respondió: «Será lo que Dios quiera».

La nobleza más consciente, y próxima a la Corte, estaba desesperada. Ellos también intuían que el descontento generalizado podía dar pie a un

estallido popular y desde hacía tiempo suplicaban algunos cambios, o conspiraban para lograr otros de mayor envergadura.

Sin duda, la aristocracia estaba siendo, por lo general, víctima de los acontecimientos. Su principal fuente de ingresos, la exportación de cereales, se había agotado como resultado del bloqueo que la guerra había impuesto. El descontento de muchos terratenientes era visible, y se manifestó en un espíritu levantisco y en críticas cada vez menos disimuladas al zar. Quienes propagaban los rumores concernientes a la traición de las personas que rodeaban al zar eran precisamente estos círculos.

A fines de 1916, la nobleza se reunió en Congreso extraordinario, en Petrogrado, en presencia del diputado de extrema derecha Vladimir Purischkévich y del príncipe Kuratin, que presidía los debates. De esta reunión surgió un último intento por conseguir que el zar se alejase de las influencias perniciosas. Bazilevevsky, mariscal de la nobleza de Moscú, fue el encargado de expresar esta demanda a Nicolás, que se limitó a agradecerle el interés que se tomaba por la suerte de la patria, al tiempo que le advertía: «que era necesario guardar los rangos».

Ante esa contestación, los mecanismos para activar un complot palaciego se pusieron en marcha. El «complot de diciembre», como se le denominó, tendente a derrocar al zar a favor de una regencia, nació de ese congreso de la nobleza. La abdicación tenía partidarios decididos. Entre ellos, el gran duque Nicolás Mihailovich y los principales jefes del Ejército, Alekseev, Brusílov, Ruzsky, Gurko, Krymov y los almirantes Kolchak y Nepenin. Pero Protopopov, Ministro del Interior, vigilaba, y el gran duque Nicolás Mihailovich fue confinado en el departamento de Jerson, en el mar Negro.

Para muchos conspiradores se trataba ante todo de desembarazarse de Alexandra, considerada responsable de todas las desgracias de Rusia y acusada abiertamente de ser germanófila. El reinado de la zarina se había hecho insoportable para la misma familia imperial. La anciana emperatriz viuda, madre del zar, había jurado que no volvería a poner los pies en Tsarkoie-Selo mientras Alexandra estuviera ahí, y en una carta suplicaba en vano a su hijo: «Alexandra Feodorovna debe ser alejada. Yo no sé cómo puede lograrse esto, pero debe lograrse. Puede que se vuelva loca por completo, que ingrese en un convento o que desaparezca».

El 10 de febrero de 1917, en presencia de Alexandra y de Mihail, el gran duque Alejandro dijo al zar que no veía ninguna otra solución que nombrar un Primer Ministro aceptable para la Duma. «Me hace usted reír. Nicolás es una autócrata, no tiene que compartir nada con la Duma», respondió la zarina. Entonces el gran duque estalló: «Vos estáis dispuesta a reventar con vuestro marido. Pero, cuidado, no queremos seguiros en vuestra loca ceguera... No tenéis el derecho de arrastrarnos a todos a este desastre».

El complot pretendía exilar a Alexandra en Crimea, y a actuar en coordinación con el ejército y las organizaciones sociales que alentaba el político liberal Gutchkov, para confiar la regencia al gran duque Nicolás, o a Mihail, hermano del zar.

En Año Nuevo, por mediación del alcalde de Tiflis, se propuso al gran duque Nicolás, relegado al mando de las tropas del Cáucaso, que sucediera a Nicolás II en cuanto la conspiración cuajara. El gran duque rechazó el ofrecimiento, estimando que «en plena guerra, el país no lo entendería», pero no le pareció mal la idea y no avisó al emperador.

Según Maurice Paléologue, embajador de Francia, que vio al zar a principios de 1917, éste ya no tenía moral, y sentía que estaba cada vez más solo: su madre y sus tíos estaban contra él, y la extrema derecha aplaudía el asesinato de Rasputín.

De acuerdo con los recuerdos del general Dubensky, historiógrafo del zar, el general Spiridovitch, antiguo jefe de seguridad, había ido urgentemente a Crimea, donde residía una parte de la familia imperial, para alertar a su antiguo jefe, el general Voiekov sobre los rumores de un complot que habían hecho eco en Livadia. El general Voiekov no le dio ninguna importancia. Pero el zar tuvo la intuición de que se tramaba algo, al menos en el ejército, cuando su hermano Mihail lo alertó del descontento que reinaba en la *Stavka* ante sus prolongadas ausencias.

Algunos de los complotados preparaban un plan para arrestar al emperador en uno de sus viajes entre la capital y el cuartel general durante el mes de marzo. Se proponían detener el tren imperial en un próximo desplazamiento y obligar a Nicolás a que abdicase a favor de su hijo, confiando la regencia a su hermano menor, el gran duque Mihail. Pero tal conspiración caminaba más lenta que la misma revolución

A finales de febrero, el día 22, el zar abandonó Tsarkoie-Selo para dirigirse a Mohilev. Mientras el tren imperial se deslizaba a través de las grises y heladas llanuras de Rusia, una de las colas del pan en Petrogrado, compuesta principalmente por mujeres, rompió filas y entró a saco en una panadería. Nicolás II, llegado a Mohilev el jueves 23 de febrero (8 de marzo), no supo nada de lo que había pasado.

El general Khabalov, jefe militar del distrito de Petrogrado, había enviado detalles de los primeros tumultos, mientras que Protopopov, el Ministro del Interior, también había telegrafiado informando que se habían tomado medidas para reprimir los desórdenes.

En principio pareció a todos que solo se trataba de unos altercados más que pronto se extinguirían. De hecho, el 25 de febrero, cuando las protestas iban in crescendo, la zarina le transmitió a Nicolás, en una carta remitida al Cuartel General, su displicente punto de vista sobre lo que estaba ocurriendo. «¡Tesoro querido, inapreciable! Hay 8 grados bajo cero, y cae un poco de nieve; por el momento duermo bien, pero me es imposible decirte lo mucho que me aburro sin ti, mi amor. Las huelgas y los disturbios en la ciudad son obra de provocadores... Esto es un movimiento de gamberros; jóvenes corren, gritando que no tienen pan, sólo para producir desconcierto, y unos obreros impiden trabajar a otros. Si el tiempo fuese más frió, tal vez todos estuvieran metidos en sus casas. Esto pasará y se tranquilizará, siempre y cuando la Duma se porte bien».

Pero, Nicolás II, a eso de las 9 de la noche del mismo 25 de febrero, telegrafió a Khabalov el siguiente mensaje: «Ordeno que mañana se ponga fin a los desórdenes de la capital, pues son inadmisibles en estos difíciles tiempos de guerra con Alemania y Austria. Nicolás». Al tiempo que comunicaba a la zarina su regreso, en un par de días, a Tsarkoie-Selo.

La orden cursada por el zar recrudeció la represión en la capital, las tropas dispararon sobre los manifestantes provocando decenas de muertos y precipitando que las protestas se convirtieran en revolución. Cuando Rodzânko el presidente de la Duma le mandó un telegrama urgente al zar informándole de los disturbios y terminando con estas palabras: «Ojalá no se culpe de ello a quien ostenta la corona», Nicolás lo echó a un lado diciendo: «Otra tontería del gordo de Rodzânko».

El domingo día 26 (11 de marzo), según el general Dubensky, transcurrió «tranquilo» en el Cuartel General. El zar siguió leyendo *La guerra de las Galias* de Julio César, y por la tarde, tomó su te, como de costumbre.

Al día siguiente, el 27 (12 de marzo), Nicolás recibió noticias de Khabalov pidiendo refuerzos urgentes. La antevíspera no había querido oír nada de los generales Ruzsky y Brusílov, que le recomendaban formar un gobierno con Rodzânko. Por la noche de ese mismo día el zar decidió nombrar «dictador» al general Ivanov, al tiempo que anunciaba su inmediata salida hacia Tsarkoie-Selo.

El 28 (13 de marzo) por la mañana, cuando toda la capital estaba ya en manos de los sublevados, el viejo general Ivanov, el «dictador», dejó Mohilev. Contaba con llegar en ferrocarril hasta Tsarkoie-Selo con un batallón de Caballeros de San Jorge. Allí, examinaría la situación con la zarina, mientras esperaba los refuerzos que le tenían que llegar de Pskov o de Revel.

Una vez llegado a Tsarkoie-Selo, el Regimiento de San Jorge, con fama de ser el más leal, le hizo saber al «dictador» que en caso de conflicto con los habitantes de la ciudad, se mantendría neutral, pues su juramento le comprometía a no defender más que «la persona del zar». Ahora bien, el zar no estaba ahí. El regimiento izó entonces una bandera blanca, y de acuerdo con la zarina, Ivanov consideró que era mejor replegarse, para esperar a las tropas frescas que necesitaba.

A falta de tropas frescas Ivanov recibió dos telegramas del Cuartel General, uno del generalísimo Alekseev, el otro de Nicolás II: ambos le ordenaban suspender sus operaciones y esperar la llegada del zar. Al detenerse en la localidad de Semrino, el general «dictador» reclamó una nueva locomotora y los ferroviarios le dieron una, cogida al azar. Una hora más tarde, un poco más allá de Semrino, el tren del «dictador» se detuvo, por falta de agua y ya no volvió a salir.

A las cinco de la mañana del 28 (13 de marzo), Nicolás se dirigió a la estación de Mohilev. Era aún de noche, cuando el «tren cero» penetró en los grandes bosques que rodean la ciudad. Mohilev-Tsarkoie-Selo era un viaje de setecientos kilómetros que seguía una línea completamente recta hacia el Norte y duraba cerca de veinticuatro horas. El zar telegrafió a su mujer durante el trayecto: «Siempre contigo en el pensamiento. Espero que todos estéis bien y tranquilos. Espero estar en casa mañana por la mañana. Niki».

Al mismo tiempo, el zar recibía un telegrama firmado por veintidós miembros del Consejo del Imperio, entre los que estaban el conde Tolstoy y el príncipe Trubetskoy que aconsejaban «respetuosamente a Su Majestad que cambiara radicalmente la política interior, y que eligiera un presidente del gobierno que contara con la confianza del país».

De momento la política no se cambió, pero sí el itinerario del tren en el que viajaba el zar. Estando cerca de Malaia Vichera, en la línea Moscú-Petrogrado, a las dos de la madrugada del día 1 (14 de marzo) subió al convoy un oficial que informó a los ayudantes de campo de Nicolás que los soldados revolucionarios con ametralladoras y artillería se encontraban a pocos kilómetros de la vía. Nicolás fue despertado, y tras una breve discusión decidió ir a Pskov, que se halla muy al Oeste, en la línea Varsovia-Petrogrado, a orillas del lago Peipus, y que era el Cuartel General del frente Norte, comandado por el general Ruzsky,

Durante todo el día 1, en el convoy imperial, «se evitaba hablar de los acontecimientos». «Qué humillación», apuntaba solamente Nicolás II en su diario, «imposible llegar a mi palacio de Tsarkoie-Selo, pero mi corazón y mis pensamientos están todo el tiempo ahí; qué penoso debe ser para mi pobre Alix vivir sola todos estos acontecimientos».

Por fin, a las 20 horas de la tarde, del 1 de marzo, el zar llegaba a Pskov. Impaciente, el general Ruzsky, comandante de los ejércitos del Norte, le esperaba en el andén de la estación: durante todo el día, se habían ido acumulando los telegramas de Rodzânko, de Alekseev y de Ivanov, esperando cada uno de ellos una respuesta urgente.

«Primero, vamos a cenar», propuso el zar.

La escasa inteligencia y el grado de soberbia autocrática de Nicolás, se puede apreciar en la postura que seguía manteniendo en aquellos momentos. Cuando Ruzsky le habló de un gobierno responsable, el zar rechazó la sugerencia: «No actuaré en contra de mi conciencia», dijo.

Cuando a las 11 de la noche llegó un telegrama del general Alekseev, pidiéndole igualmente la formación de un gobierno responsable, el zar acabó cediendo, pero en el Manifiesto se reservaba el derecho a nombrar los ministros de Guerra y de Asuntos Exteriores. El general Ruzsky volvió a la carga cuando recibió un llamamiento de Rodzânko. Le dijo enseguida

que el zar lo iba a nombrar presidente del gobierno, pero el presidente de la Duma respondió: «Está claro que ni Su Majestad ni usted saben cuál es la situación aquí. Sólo la abdicación permitirá salvar la situación».

La abdicación aún tardó en llegar. Sólo cuando el general Alekseev se puso en contacto con todos los jefes de los distintos frentes, invitándoles a pronunciarse sobre la permanencia de Nicolás en el trono, y las respuestas recibidas fueron prácticamente unánimes a favor de la renuncia por el «bien de la nación», fue cuando Nicolás, manifestó su disposición a dejar la corona al zarévich. Eran las primeras horas de la tarde del día 2 de marzo. Casi al mismo tiempo partían de San Petersburgo para Pskov dos delegados de la Duma, Gutchkov y el diputado monárquico Šulgin, con el encargo de conseguir del emperador el acta de abdicación.

No obstante, cuando a las nueve de la noche llegaron los dos representantes de la Duma, Nicolás había cambiado de opinión. Consciente de la enfermedad de su hijo, había decidido abdicar a favor de su hermano Mihail. Por último, dispuso también nombrar generalísimo al gran duque Nicolás Nicolaievich, a quien destituyera en setiembre de 1915.

Esa misma noche el autócrata destronado anotará en su diario: «Por Rusia y para que las tropas sigan su lucha, he decidido dar este paso... He salido de Pskov a la una de la madrugada. A mi alrededor no veo más que traición, cobardía y engaño».

Pero el episodio definitivo de la caída de la dinastía se desarrolló en San Petersburgo en la mañana del 3 de marzo, en el número 12 de la calle Millionaya, residencia del gran duque Mihail, hermano y heredero de la corona dejada por el que había sido Nicolás II. Allí se reunieron todos los miembros del Gobierno Provisional surgido de la revolución. El gran duque no se distinguía por sus dotes intelectuales, ni tampoco era precisamente un hombre valiente y no le costó mucho persuadirse sobre la conveniencia de renunciar al trono. La fórmula de la renuncia fue honorable: el hermano de Nicolás se atenía a la elección que hiciera entre monarquía y república la Asamblea Constituyente que se debía convocar, y permanecía en espera de dicha elección. Lo sucedido no se prestaba a equívocos: era el fin, después de tres siglos de ininterrumpido imperio, de la dinastía de los Romanov y de su absolutismo.

Nadie de la nobleza esbozó el menor gesto para salvar la monarquía. La aristocracia abandonó al zar unánimemente. Desde fines de febrero sus miembros iniciaron un movimiento de deserción que duraría todo el año. El gobierno había confiado a unos cuantos grandes propietarios una serie de cargos en principio electivos, principalmente la presidencia de los *zemstvos*. En el campo, la mayoría de los asuntos de trámite, administración local y justicia estaban en manos de la aristocracia. En las provincias, los altos funcionarios hubieran podido romper ese movimiento de deserción, prestar al soberano su apoyo, reclamar, por lo menos, el mantenimiento de la monarquía; ninguna tentativa de este género se produjo. Todos los funcionarios aceptaron la proclamación de la República que de facto se había producido. Por su parte, algunos aristócratas, se encerraron en sus dominios para poner de manifiesto el desprecio que les merecían los políticos de la capital; también, algunos otros, se presentaron en Petrogrado para participar en las manifestaciones mundanas de primavera.

El zar había sido completamente olvidado. Tras el asesinato de Nicolás II, los privilegiados del Antiguo Régimen descubrieron de pronto las virtudes del ex-soberano y le atribuyeron méritos eminentes; pero, lo cierto es que la aristocracia se eclipsó absolutamente en el momento en que su intervención hubiera sido más oportuna para la monarquía.

Como dijo el inglés Chamberlin «muy contrariamente a lo ocurrido en la Revolución inglesa y en la francesa, en Rusia no existió un verdadero movimiento contrarrevolucionario que se declarase a favor de la monarquía...». Pero con el fin de ésta, y con los acontecimientos que se fueron sucediendo, también sobrevino el fin de la nobleza rusa como clase. Muchos de sus miembros comenzaron en época temprana a exiliarse al extranjero, otros retrasaron su salida. Muchos de estos emigrados pudieron mantener un elevado tren de vida gracias a las joyas que pudieron sacar el país, o a los depósitos realizados en su momento en distintos bancos europeos. Otros, menos afortunados, pudieron comprobar cómo sus títulos no les servían de nada en los países de acogida, viéndose obligados a desempeñar distintos trabajos para poder sobrevivir. La leyenda recreada por Hollywood los convirtió en taxistas o camareros en París o Nueva York. Lo cierto es que el noble ruso terminó fagocitado por la nueva sociedad que estaba surgiendo en los países de acogida. También hubo casos, algunos muy notables, que

permanecieron en Rusia y que se adaptaron a la nueva realidad que iba a aparecer con la revolución.

Pero lo que se trataba de ver en aquellos momentos era, por encima de todo, si el fin de los Romanov y la salida de escena de la nobleza como clase traería consigo el final de un régimen al que la Revolución de Febrero había infligido un duro golpe, pero no había destruido; un régimen del cual la autocracia zarista había sido únicamente la expresión política y el sostén de una superestructura que tenía sus más profundos anclajes en una realidad económico-social que seguía prácticamente intacta.



F. Tuttner «El zar Nicolas II pide al cielo que desciendan sus reclutas a los que siempre ha tratado tan bien» (1916)

II
Petrogrado
El Febrero de los trabajadores

El escenario donde se desarrollaron los principales acontecimientos que derrocaron al zarismo fue la ciudad de San Petersburgo, rebautizada en 1914 como Petrogrado. El origen de esta ciudad se remontaba al año de 1700, cuando estalló la guerra entre Rusia y Suecia, conocida como Guerra del Norte. En el curso de dicha guerra el zar Pedro I ordenó levantar una fortaleza en una isla situada en el delta del Neva. Así, en 1703, se echaron los cimientos de la Fortaleza Pedro y Pablo y esa fecha puede considerarse como la de fundación de la nueva ciudad, a la que el zar dio el nombre de San Petersburgo, en honor a su santo patrón.

Tan sólo un año después, protegidas por los cañones de la fortaleza, aparecieron las primeras calles, y Pedro I decidió trasladar las instituciones de gobierno de Moscú a San Petersburgo, que pasó a ser capital de Rusia. La ciudad se edificó a tal ritmo que transcurridos 20 ó 30 años podía rivalizar ya con las capitales más importantes de Europa. Decenas y centenares de miles de campesinos deportados a la desembocadura del Neva soportaron sobre sus espaldas la tarea de levantarla.

Desde el comienzo la edificación de San Petersburgo se supeditó a un plan único. Se reglamentó no sólo la dirección y la anchura de las avenidas principales, sino también el aspecto arquitectónico de las viviendas. San Petersburgo, durante el siglo XVIII y comienzos del XIX, fue la expresión urbanística del orden autocrático imperial y se desarrolló siguiendo una calculada planificación. El centro fue dotado de grandes avenidas, conjuntos arquitectónicos, líneas de construcción comunes, con materiales uniformes y diseños similares.

La periferia quedó sujeta a los avatares del desarrollo económico y social, ya que en sus orígenes, San Petersburgo, se conformó también como puerto marítimo y centro industrial. A fines del siglo XVIII se concentraba en ella casi todo el comercio marítimo exterior de Rusia. Los astilleros, las fábricas de armas y pólvora, y las grandes manufacturas localizadas en la urbe fueron las primeras empresas industriales del país.

Por eso, al tratar de visualizar las revoluciones de 1917 en Petrogrado, se debe tener presente que, durante los más de doscientos años desde su fundación, la capital imperial de Rusia, como París u otras grandes ciudades europeas, sufrió el impacto de la industrialización y se fue estructurando urbanísticamente en distritos nítidamente definidos, en función de las diferentes realidades socioeconómicas que albergaban. En términos generales, el centro de la ciudad, que abarcaba la parte sur de la isla Vasilievsky, la zona conocida como Petersburgo, en la orilla derecha del Neva, y gran parte de la margen izquierda, que se extendía desde el río hasta el Canal Obvodny, estaba poblado por las clases altas, mientras que la mayoría de la clase obrera y las clases populares vivía y trabajaba en los arrabales industriales de la periferia.

En el centro se alzaban lujosos palacios en estilo rococó o neoclásico, poblados por la familia real y la alta aristocracia, enormes edificios que servían como sede a la burocracia imperial, las imponentes catedrales de San Isaac y Nuestra Señora de Kazan, y un conjunto de canales y paseos que hacían de San Petersburgo una de las más bellas ciudades de Europea. Allí, también, se concentraban espacios privilegiados de la cultura rusa, como el Real Teatro Mariinsky, sede de la ópera y del ballet imperial; el teatro Alexandrinsky, o el Conservatorio de Petersburgo, en cuyo escenario habían interpretado los más grandes músicos de la época. También se encontraban, en la orilla izquierda del Neva, los principales bancos de la capital, oficinas

y centros de negocios, y las mejores zonas residenciales que se iban trocando en más modestas conforme se alejaban del Almirantazgo, para terminar transformándose en bloques de viviendas en los que residía la clase media.

Arrancando del Almirantazgo, dominado por su imponente torre de aguja, se extendía la perspectiva Nevsky, la avenida más amplia y suntuosa de San Petersburgo, en la que se abrían las tiendas más lujosas y de moda, mientras que cruzando el Neva, al norte, en el muro de contención del extremo oriental de la isla Vasilievsky, se ubicaban algunos de los edificios más distintivos de la capital, como la Universidad, la Academia Rusa de Ciencias y la Academia de Bellas Artes, tres símbolos de Rusia intelectual y artística, acogiendo también este espacio la Bolsa de Valores, testimonio material del reciente desarrollo del capitalismo en la Rusia de los zares.

Esta zona de la ciudad era el marco privilegiado de una intensa y rica vida artística y social. El arte ruso estaba de moda. Diaghilev y Chaliapin eran aplaudidos en París, que se entusiasmaba con los ballets de Nijinsky y la Pavlova, al tiempo que se escandalizaba con el estreno en 1913 de *La consagración de la primavera* compuesta por el genial Stravinsky. En correspondencia el magnate ruso Riabushinskii montaba en San Petersburgo exposiciones de pintura cuyas estrellas eran Van Gogh, Rouault y Braque.

En el invierno de 1917, el hecho de que hubieran transcurrido ya más de dos años de guerra, había cambiado muy poco la vida de la capital. Las embajadas extranjeras, el Club Británico y la ópera, mostraban la misma dinámica que antes del conflicto. Desde luego, se veían más uniformes militares y las luces de las calles estaban muy amortiguadas y espaciadas por el peligro de los zepelines que venían de Alemania. Las colas para los alimentos eran cada vez más largas y frecuentes, y preocupaba algo el creciente número de atracos y robos en las calles. Pero los tranvías seguían funcionando, los largos y ornamentales pasillos del Almirantazgo y del Palacio de Invierno eran más frecuentados que nunca y los teatros funcionaban todas las noches, incluso los domingos.

En las veladas de verano la capital había seguido viviendo una noche de noctámbulos, fosforescente y excitada, tumultuosa y voluptuosa con sus cinema-teatros y sus luna-parks, sus duelos al alba, y sus capitalistas rápidamente enriquecidos. Todo contribuía a dar a la ciudad un aspecto irreal. La primera bailarina Karsavina bailaba el *Lago de los Cisnes*, de Chaikovsky, en

el teatro Mariinsky, y se disputaba con la Kschessinskaya, antigua amante del zar, ser considerada la mejor. Chaliapin cantaba en la Narodny Dom. Se celebraban carreras de caballos en el campo de Semenovsky, y la Bolsa funcionaba con normalidad para las cuarenta mil personas que estaban inscritas como agentes de cambio.

La mayoría de los mejores cuadros del museo del Hermitage habían sido trasladados a Moscú para mayor seguridad, pero las tiendas y los restaurantes distinguidos, como el Ernest o el Constant, donde una botella de vino costaba 200 rublos, estaban siempre animadísimos y la guerra no impedía que un duque o un embajador celebrase una fiesta de gran estilo. Hasta entonces nada había sufrido daños por bombardeos, y aparte de la nieve, la capital presentaba un grácil aspecto italianizante que recordaba con frecuencia a los viajeros el encanto de Venecia.

Pero, ya a principios del siglo, San Petersburgo era también la fábrica del cincuenta por ciento de la producción química del país, de la cuarta parte de la producción de maquinaria y de la sexta parte del textil. El tardío desarrollo industrial en Rusia, vinculado a la iniciativa estatal y a la inversión extranjera, había encontrado en la capital su más importante cabecera de puente.

En la década de 1870 había signos evidentes de una fase inicial en el proceso de industrialización ruso, y este proceso se había desarrollado aceleradamente. Entre 1830 y 1860, la proporción de obreros en Rusia respecto a la población total no llegaba a pasar del 1%, en 1887 había ya 1.400.000 obreros para una población de 110 millones, y en 1917, el país contaba ya con 18 millones de asalariados, de los cuales tres millones y medio eran obreros industriales. Los datos de la producción industrial mostraban también un aumento semejante. En 1860 la producción de hierro alcanzaba en el país las 321.000 toneladas; mientras que en 1913, Rusia era capaz de producir más de 130.000 millones de toneladas de acero. Además, se habían asentado los primeros elementos de un sistema bancario y crediticio y de un mercado de capital.

Todas estas transformaciones se hicieron sentir de modo particular en San Petersburgo, y se vieron acrecentadas por el fenómeno de la guerra. Después de la humillante derrota sufrida por Rusia frente a Japón en 1905, el gobierno zarista, cediendo a las presiones de Francia, su aliada, comenzó

a fortalecer activamente una política de armamento. Las empresas que trabajan en la producción bélica fueron desbordadas por los pedidos, lo que dio origen a que aparecieran otras nuevas en número considerable, y muchas de ellas se instalaron en la capital del Imperio. Este crecimiento industrial se vio potenciado con el estallido de la Gran Guerra en 1914.

En 1917 las empresas cuya producción estaba fundamentalmente orientadas a la producción bélica eran más de cinco mil en toda Rusia y en ellas trabajaban unos dos millones de obreros, muchos de los cuales lo hacían en Petrogrado. Así, la ciudad y sus arrabales, acogía a 546.000 trabajadores. De ellos, 392.000 eran obreros fabriles y cerca de dos tercios de estos eran metalúrgicos.

Este crecimiento industrial supuso que la población de San Petersburgo pasara a ser en 1910 de más de dos millones de habitantes, experimentando un incremento de un tercio en cinco años. Sus industrias se multiplicaron hasta llegar a la cifra de 856 fábricas dentro de los límites de la ciudad, y 48 fuera de ella. Esta concentración dio origen a un curioso fenómeno. La competencia por el espacio industrial hizo que en las zonas fabriles el suelo valiese 200 rublos el *sazhen* (0,324 km^2), mientras que en la isla de Vasilievsky, zona residencial de clase media, costaba sólo 50.

Las principales fábricas de Petrogrado estaban ubicadas en los barrios que rodeaban el centro, concentrándose en los distritos de Narva, Moscú, y Nevsky en la orilla izquierda del Neva. Las chimeneas de las fábricas poblaban el paisaje y el humo salía alrededor de algunos de los mejores ejemplos de la arquitectura de finales del XVIII o principios del XIX. La construcción en todas partes estaba condicionada por el proceso especulativo del suelo y la modernización afectaba incluso a la perspectiva Nevsky, que no podía escapar a una arquitectura llamativa y a los anuncios del moderno comercio.

En la margen derecha del Neva, y en las zonas más alejadas de la isla Vasilievsky, se extendían los distritos Okhta,Vyborg y Petrograd. Estos suburbios periféricos se habían desarrollado durante las fases iniciales de la industrialización rusa en el último tercio del siglo XIX, cuando el suelo cerca de los ríos y canales era aún relativamente barato y abundante. Allí, en barriadas sucias y superpobladas, se habían construido apresuradamente barracones de ladrillo de varios pisos y casuchas de madera intercaladas entre

las fábricas humeantes, y con ellas los especuladores habían obtenido enormes ganancias.

En 1913, Andrey Biely escribía: «Un anillo de fábricas con humeantes chimeneas, ha ceñido Petersburgo, y en la mañana el gran enjambre humano se arrastra hacia ellas...».

Viviendas de mala calidad habían surgido en respuesta a la escasez de alojamiento, y en ellas se apiñaban la mayor parte de los trabajadores de Petrogrado, un gran porcentaje de ellos recién llegados del campo.

Como en todo proceso de industrialización el proletariado procedía del mundo campesino. La liberación de los siervos en 1861 y los cambios operados en el *mir*, la comuna rural, propiciaron una intensa migración a los centros industriales, aunque la población urbana en Rusia siguió siendo baja y las actividades agrarias continuaban empleando a la mayor parte de la población. La provincia de San Petersburgo era la única que tenía una proporción más alta de obreros urbanizados, sin que esto supusiera una ruptura total de estos nuevos trabajadores con el medio agrario del que procedían. Por su origen, la mayor parte de la clase obrera rusa estaba formada por personas de extracción campesina en su primera generación, y sólo en menor medida en segunda generación. En 1917 la proporción más elevada de obreros permanentes —casi nueve décimas partes— se daba en la región fabril de Petrogrado

Debido a las particularidades del usufructo de la tierra, muchos obreros conservaban no sólo los lazos de parentesco, sino también las relaciones económicas con el medio rural. Existía, en efecto, una enorme y rudimentaria masa de trabajadores que dependían de un empleo irregular y un salario bajo, y con bastante frecuencia erraban de la ciudad al campo. En 1900 casi los dos tercios de los habitantes de San Petersburgo eran «ajenos» a la provincia, y la gran cantidad de idas y venidas que se producían cuando los trabajadores del campo regresaban en el verano se ponía de manifiesto en el tráfico ferroviario. En enero, se registraban unas 110.000 entradas y salidas de viajeros; en agosto, ascendían a unas 320.000. Este fenómeno de migración estacional por parte de los obreros era mayor en la industria de la alimentación y en la textil, y menor en la metalúrgica.

Por otra parte, la mayoría de los trabajadores eran extraordinariamente jóvenes; según una fuente de 1905, aproximadamente el 50%, tenía entre

los veinte y los veintinueve años. A finales de la década de 1890, quizá, sólo la mitad formaba un proletariado hereditario en el sentido occidental, eso es, eran hijos de obreros industriales. La clase trabajadora aumentaba en gran parte debido a un constante proceso de incorporación de campesinos, y no por crecimiento natural.

Otro rasgo notable de la economía rusa en su proceso de industrialización era la concentración en grandes empresas. En 1866 las fábricas de mil obreros o más empleaban un 27% del total de la mano de obra de la producción fabril, en 1890, ya era el 46%. El resultado de esta tendencia se traducía en la existencia de una serie de factorías gigantescas, que en Petrogrado se concentraba en gran parte en la orilla derecha del Neva, sobre todo en el distrito de Vyborg, aunque la mayor empresa, la fábrica Putílov donde trabajaban 24.449 personas, estaba en el otro extremo de la ciudad en el barrio de Narva.

Algunas de estos centros fabriles eran gigantes industriales. En la fábrica de Tuberías, había 19.000 trabajadores; en la Treugólnik, 15.338; en la Obújov, 10.600 y en la Ojdnski, 10.200. Se puede afirmar que un 80% de los obreros petrogradeses estaban ocupados en empresas que contaban con más de 500 trabajadores, superando en esto a los países más desarrollados. Era en San Petersburgo donde se realizaba una gran parte de la metalurgia y la ingeniería rusas. En otras partes de Rusia seguía habiendo el mismo «gigantismo», aunque bastante a menudo se daba el caso de que los propietarios de las empresas instalaran sus fábricas algo más alejadas de las ciudades, cerca de una mina de carbón o de un centro rural.

Esta concentración obrera e industrial condicionaba la fisonomía de la capital en la que coexistían dos mundos que apenas entraban en contacto. Por un lado, un centro urbano rico y esplendoroso, y una periferia deprimida con escasos servicios. La precaria situación de estos suburbios obreros se explica en buena medida por la política municipal de la ciudad.

El ayuntamiento estaba controlado por las clases dominantes. En 1900, sólo 8000 hombres tenían derecho de voto para elegirlo, y la mayoría de ellos se abstenían. Su presupuesto era sensiblemente inferior al de ciudades mucho más pequeñas. Los fondos para la educación eran una cuarta parte de los de Viena, y los adelantos de la modernidad se encontraban con numerosos problemas. A causa del exceso de competencia, los tranvías eléc-

tricos no comenzaron a funcionar con regularidad hasta 1907, con lo que la concentración urbana se mantuvo mucho más alta que en cualquier otro lugar de Europa. Los reglamentos de sanidad eran rudimentarios, y los canales constituían una reconocida cloaca; por tanto, no puede extrañar que los brotes de tifus en San Petersburgo aumentaran desde 1880 a 1914 en vez de disminuir, y que esta enfermedad, u otras como el cólera, causaran un número de víctimas comparable al de las grandes epidemias del siglo XIX. De hecho la ciudad tenía la reputación de ser una de las capitales más insanas de Europa. Contribuye a explicarlo que anualmente se gastaban doscientos cincuenta mil rublos en limpiarla, lo que suponía solamente una cuarta parte de la cifra que gastaba Berlín, y una octava parte de la de París.

En San Petersburgo la vivienda típica de la clase obrera era un edificio monstruosamente superpoblado que se levantaba en los barrios periféricos. Las casas de alquiler del príncipe Vyazemsky estaban ocupadas por 6000 personas, muchas de las cuales vivían en un rincón (*ugol*). Los informes oficiales describían habitaciones en que «la atmósfera está intolerablemente cargada debido al gran hacinamiento de gente. Las viviendas son húmedas e increíblemente sucias. En dos habitaciones hay oscuridad total. El techo es tan bajo que un hombre alto no puede permanecer de pie derecho». En los pisos, la media de personas por habitación era de 1,7; en las habitaciones de los sótanos de 3,9, y en los albergues nocturnos (*nochlezhni dom*) la proporción era de cinco hombres por cada cama de tablas, con las plazas separadas por marcas de tiza.

El problema de la especulación en la construcción era tal que en un año no se levantaron más de 700 casas, mientras que afluían miles de personas a la ciudad. Los especuladores tenían buenas razones para demorar la construcción de viviendas cuando les resultaba fácil vender el suelo a mejor precio para la instalación de fábricas. Entretanto la escasez hacía subir las rentas. En la capital con los salarios más bajos de la Europa industrial, los alquileres eran más altos que en cualquier otra ciudad importante. Esto hacía que sólo un tercio de los trabajadores del metal vivieran con su familia. Si el trabajador industrial apenas podía mantenerse con un salario medio ¿cómo iba a mantener a su mujer, y mucho menos a una familia? El obrero no especializado llevaba una vida de soltero en las barracas de la fábrica; o, si estaba casado, vivía separado de la familia, que había dejado en su comunidad natal.

Si para la clase obrera de Petrogrado las condiciones de vida eran penosas, no eran mejores las condiciones laborales. Para la autocracia zarista un patrono y un obrero no podían ser iguales ante la ley. En el caso de no recibir su salario, el obrero tenía que demandar en jurisdicción civil a su patrono, lo que resultaba prácticamente imposible. En cambio, si, por ejemplo, un obrero abandonaba su empleo antes de la fecha de expiración del contrato, eso se consideraba un delito que entraba dentro del Código Penal.

En 1882, se había aprobado la primera legislación laboral importante, que prohibió el trabajo de niños menores de doce años y limitó las horas de trabajo de los comprendidos entre doce y quince años, prohibiéndoseles también el trabajo nocturno, pero a los dieciséis años ya podían enfrentarse a las jornadas normales por salarios de subsistencia.

Las estadísticas de la inspección de trabajo fijaron en 1905 el salario medio un poco por debajo de los 200 rublos anuales. Naturalmente, hay que distinguir oficios y regiones. Las remuneraciones en la metalurgia, unos 35 rublos al mes, eran superiores a las de la química y la minería; en el textil eran realmente bajas, entre los 16 y 17 rublos. En las grandes ciudades, Moscú y San Petersburgo, se alcanzaban, naturalmente, los índices de mayor remuneración. En cambio, en puertos como el de Odessa, los salarios eran lamentables y en el campo aún eran más bajos; el salario diario rara vez excedía los 80 kopeks al día, unos 20 rublos al mes. La revolución de 1905 fue seguida de un período de dura represión y de recesión en varias ramas industriales, razón por la cual los salarios cayeron vertiginosamente hasta 1910, para remontar después y, en 1914, llegaron a un 10 y hasta un 15% por encima del nivel de 1905.

La media salarial en 1906 era la mitad de la cifra alemana, que a su vez era un tercio más baja que la británica. Un estudio de los presupuestos obreros entre 1908 y 1910 muestra cómo sólo el obrero especializado o semiespecializado, que ganaba unos 400 rublos, podía mantener una familia. Esto ayuda a comprender como había en la ciudad más de 30.000 niños expósitos.

Los accidentes laborales no eran raros. En 1904, en las minas alcanzaban el 11,1%; y en las fábricas, el 4%. Las condiciones de trabajo no sólo eran peligrosas sino también antihigiénicas; la jornada laboral era muy larga: once o doce horas; los castigos corporales estaban permitidos, y se impo-

nían multas por toda clase de infracciones. El único alivio lo constituía el gran número de fiestas: casi una cuarta parte del año, desde el día de la Circuncisión del Señor a Navidades.

A finales del siglo XIX cualquier intento de los obreros para mejorar su posición por su propia iniciativa era una infracción de la ley. La huelga era ilegal; era ilegal la formación de un sindicato o cualquier otra organización colectiva, y, en los pocos casos en que existían, las sociedades de ayuda mutua quedaron fuera del control de los obreros. Pero a pesar de las prohibiciones fue surgiendo un incipiente movimiento obrero que se originó a principios de la década de 1890 en la parte occidental del imperio: en Polonia y entre el proletariado judío de Vilna. Algunos años después, alcanzó San Petersburgo, y pronto se manifestó en las primeras huelgas generales rusas: las huelgas del textil de 1896 y 1897.

Como respuesta a estas movilizaciones, las autoridades aumentaron las fuerzas de policía en los distritos industriales. El gobierno estableció una nueva proporción de un policía por cada 250 trabajadores, y en algunas zonas fabriles, los mismos patronos, contrataron policías pagándolos a su costa.

Si la policía era insuficiente, siempre se podía echar mano del ejército. Nada habla más elocuentemente del creciente deterioro de las relaciones industriales en Rusia como el empleo de tropas para reprimir huelgas y manifestaciones. Cada vez se acudía al ejército con mayor frecuencia: 19 veces en 1893, 50 en 1899, 33 en 1900, 271 en 1901 y 522 en 1902. En mayo de 1901 hubo un encuentro especialmente sangriento en la fundición de acero Obújov de San Petersburgo; para aplastar una huelga, la policía y las tropas tuvieron que sitiar la planta.

Tras la revolución de 1905, una ley de marzo de 1906 legalizó la formación de sindicatos, pero, un año después, el presidente del gobierno Stolipin redujo por decreto el número de trabajadores con derecho a voto; y, desde su mismo nacimiento, los sindicatos se vieron gravemente limitados. La burocracia tenía que aprobar los estatutos de cada sindicato, y una prohibición especial impedía que los sindicatos se unieran entre sí para formar unidades mayores. Eso sin contar con el continuado hostigamiento policial a su normal desarrollo y crecimiento. Resulta significativo que en 1907 funcionasen en San Petersburgo 44 sindicatos con 51.782 afiliados; en tanto que en 1908, ya sólo había 28 sindicatos y 29.300 afiliados.

Al comienzo de la Gran Guerra el sindicato más numeroso de la ciudad era el de los metalúrgicos, con unos 10.000 afiliados, lo que suponía menos de un 15% del personal empleado en ese sector. Esta escasa afiliación no impedía las frecuentes movilizaciones del proletariado que estaba experimentando como empeoraban sus condiciones de vida a raíz del estallido del conflicto.

En el año 1915, centrada por completo en la producción de bienes destinados a la defensa, la economía rusa no pudo seguir haciendo frente a las necesidades civiles. En unos meses comenzaron a faltar en la retaguardia productos fabricados. Imposibilitados para conseguir productos manufacturados, los campesinos disminuyeron sus entregas a las ciudades. A partir de entonces, en los grandes centros urbanos los precios agrícolas subieron tan rápidamente como los precios industriales. Subieron tanto que en 1917 habían triplicado, y hasta quintuplicado, su valor de 1914. Pero los salarios seguían muy de lejos a los precios, máxime cuando la masa de trabajadores procedentes del campo ejercía un contrapeso a las reivindicaciones de los obreros. En las fábricas Novyi Lessner de Petrogrado no llegaban al 10% los obreros que, en enero de 1917, recibían un salario igual al mínimo vital, es decir, doscientos rublos al mes. La mitad cobraba menos de cien rublos.

Ese deterioro del salario real no sólo era producto de la inflación, que había crecido de modo exponencial desde el inicio del conflicto, sino que se veía agravado por la competencia que suponía el empleo de mano obrera casi esclava constituida por prisioneros de guerra, a los que había que sumar contingentes de peones chinos que trabajaban por salarios de miseria.

Al empeoramiento general de las condiciones de vida se añadía, como factor de descontento, la preocupación constante sobre el propio destino del obrero. La movilización general afectaba a todos los jóvenes trabajadores en edad militar, pero las autoridades, a petición de los empresarios deseosos de mantener una mano de obra cualificada, habían concedido un número considerable de prorrogas al servicio de armas, evitando así la incorporación a filas de muchos; lo que no impedía que sobre una buena parte de ellos pesara, como una espada de Damocles, la cancelación de la misma y su envío al frente si se mostraban díscolos.

En el invierno de 1917, a esta agobiante situación que vivía la clase trabajadora de la capital, venían a sumarse los problemas de escasez en el abas-

tecimiento de productos básicos como la harina. Las cosechas de 1914 y 1915 habían sido iguales o mayores que las de antes de la guerra, pero la producción de grano en 1916 descendió un 20% respecto a la media de antes del conflicto. Las fábricas de harina, debido a la escasez de combustible, trabajaban en diciembre de 1916 sólo a un 40% de su capacidad. También a causa de los defectuosos sistemas de transporte, la mala distribución de los alimentos provocaba que las amas de casa, con excesiva frecuencia, tuvieran que esperar durante horas para obtener simplemente pan. No había una escasez absoluta, pero a pesar de que la gente más pobre no se moría de hambre, se sentía sistemáticamente irritada por las privaciones y molestias de la guerra.

La combinación de todos estos factores propició el aumento de la conflictividad laboral. En conjunto, en 1915 hubo en las fábricas controladas por la Inspección, 1034 huelgas, de las que 819 tuvieron objetivos económicos y 215 objetivos políticos. En 1916 no se redujo la tensión; el número de huelgas se elevó a 1410 (1167 económicas y 243 políticas). Las huelgas políticas predominaron durante la primera parte del año, y las económicas hacia final del mismo. La conmemoración del Domingo Sangriento en enero de 1916 sacó a la calle a 67.000 hombres de 55 fábricas de Petrogrado. A todas luces resultaba evidente que el movimiento había cobrado fuerza. Los metalúrgicos de Petrogrado siempre habían jugado un papel importante en este tipo de movilizaciones y fueron los más numerosos cuando se produjo la gran huelga general de Petrogrado del 9 de enero de 1917, con 145.000 obreros en paro que conmemoraban el doce aniversario del Domingo Sangriento.

Animando estas protestas se encontraban distintas formaciones políticas a las que hoy denominaríamos de «izquierdas» y que el poder autocrático consideraba como peligrosas. Podríamos citar en primer lugar a los socialrevolucionarios (SR o «eseristas»), un partido heredero del terrorismo populista que había protagonizado la lucha contra la autocracia en el último tercio del siglo XIX. El partido nació a finales de 1901 como resultado de la unificación de varios grupos de tendencia neo-populista que se habían constituido en la década de 1890 en Rusia y en la emigración.

Hasta su primer Congreso celebrado a finales de 1905 el partido socialrevolucionario no tenía un programa oficial. No eran marxistas pero se proclamaban socialistas y aspiraban a forjar una alianza entre el campesi-

nado, el proletariado y los intelectuales, para luchar contra sus explotadores: los terratenientes, la burguesía y la burocracia. Creían que, dada la terrible debilidad del capitalismo ruso, un colapso de la monarquía conduciría automática y directamente al socialismo. Continuaban creyendo en el campesinado como el principal motor de la revolución y mantenían su fe en el terror como un arma políticamente efectiva. Esta fe en el terrorismo era el principal vínculo que ligaba al partido, que en lo demás estaba muy débilmente cohesionado.

Los marxistas, por el contrario, creían que el terror no sólo era inútil, sino pernicioso. La primera organización marxista de Rusia, el grupo Emancipación del Trabajo, fue fundada en 1883 por Georgy Plehanov, al que se consideraba el «padre del marxismo ruso». En 1895 el movimiento había progresado lo suficiente para dar un paso más. Fue en este año cuando unas veinte tertulias marxistas, literarias y de discusión, de la zona de San Petersburgo, bajo la jefatura de Lenin (cuyo verdadero nombre era Vladimir Ilych Ulianov) y de Mártov (Julius Tsederbaum), se unieron para constituir la Unión de Lucha para la Liberación de la Clase Trabajadora. La discusión intelectual se combinó entonces con la actividad práctica y la Unión centró su labor en la agitación entre el proletariado.

El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR) nació de este núcleo inicial, y celebró su II Congreso en 1903, con un programa que fue asumido por las veintiséis organizaciones constituyentes. El programa socialdemócrata era doble: máximo y mínimo. El máximo se refería a los últimos objetivos de la socialdemocracia: la abolición del orden capitalista y el establecimiento, por la vía revolucionaria, de una nueva sociedad socialista bajo la «dictadura del proletariado». El programa mínimo se centraba en las tareas inmediatas y en la estructura y tácticas de las que debía dotarse el partido. Los objetivos inmediatos eran: el derrocamiento de la autocracia zarista, el establecimiento de una república democrática, y la jornada laboral de ocho horas entre otros, incluyendo la restitución a los campesinos de las tierras que, en opinión de éstos, les habían sido negadas con la emancipación de 1861.

Pero la unificación que parecía haberse logrado en 1903 sólo fue aparente. Una cuestión crucial —la pertenencia como miembro del partido— condujo al POSDR a una división en dos grandes ramas: los bolcheviques o mayoritarios y los mencheviques o minoritarios; aunque en el plano teó-

rico, las diferencias entre mencheviques y bolcheviques nunca se formularon con claridad.

En términos generales, los bolcheviques tenían una particular preocupación organizativa. Lenin quería que el partido se compusiera de gentes cuyas vidas estuvieran completamente dedicadas a la revolución. Los mencheviques se conformaban con que los posibles reclutas fueran meros «simpatizantes»; por lo que aceptaban a cualquiera que apoyase intelectualmente el movimiento, sin tener que participar personalmente en él. A esta diferencia fundamental vinieron a sumarse con el tiempo otras que supusieron un mayor distanciamiento entre ambas tendencias, lo que condujo a que en 1912, en un congreso celebrado en Praga, los bolcheviques optaran por funcionar como un partido independiente aunque siguieron denominándose POSDR (fracción bolchevique).

La guerra que se inició en agosto de 1914 contribuyo a que se produjeran realineamientos en todas estas formaciones. Los bolcheviques desde el primer momento denunciaron lo que consideraban una guerra imperialista y se posicionaron en contra de la misma. La posición antibelicista de los bolcheviques en San Petersburgo llegó al extremo de que su dirección local decidiese seguir llamándose Comité de Petersburgo, no aceptando el cambio de nombre de la capital que el zarismo había impuesto para eludir su origen germano.

Por el contrario los mencheviques y los socialrevolucionarios se dividieron entre los que apoyaban el conflicto como una actitud defensista frente a la agresión de los Imperios centrales (Alemania y Austro-Hungría) y los que estaban en contra de ella y denunciaban la guerra.

La autocracia zarista no hacía distingos y perseguía por igual a todas estas organizaciones a las que consideraba subversivas, valiéndose para ello de todos los medios represivos a su alcance, sobre todo de la temible policía política llamada Okhranka.

En la Okhranka de San Petersburgo, se amontonaban varias decenas de millares de fichas que no solamente concernían a los revolucionarios, sino a los simpatizantes, sus familias y amigos. La eficacia de la Okhranka, complementada por el célebre Gabinete Negro (que abría cada día de tres a cuatro mil cartas privadas depositadas en el correo), la convertía en temible, sobre todo gracias a la labor de toda una legión de confidentes e infil-

trados que llegaron a ocupar puestos de responsabilidad, a veces en muy altos cargos, en la jerarquía de las organizaciones clandestinas.

A pesar de todo, en los años que precedieron a la Gran Guerra, los bolcheviques habían logrado consolidar una cierta influencia entre el proletariado de la ciudad. En otoño de 1912, en las elecciones a la IV Duma, los bolcheviques salieron victoriosos en seis de las nueve circunscripciones obreras que incluían las principales áreas industriales. En agosto de 1913 arrebataron a sus oponentes mencheviques el control del sindicato del metal, el más fuerte de San Petersburgo, en enero de 1914 alcanzaron por votación una posición dominante en la sección obrera de la administración de los comités de seguros del Estado establecidos en 1912; y, en la víspera de la Gran Guerra, los bolcheviques dominaban la mayoría de los sindicatos de la capital. No obstante, el partido no era una organización poderosa, sus efectivos, en enero de 1917, se estimaban en sólo 23.000 miembros en toda Rusia, y el conflicto armado, que había contribuido a recrudecer la represión, debilitó aun más la organización.

En el frente interno la autocracia se lanzó a una doble ofensiva. Por un lado, contra los bolcheviques, suprimiendo, en lo que estaba a su alcance, toda manifestación de actividad revolucionaria. Durante los primeros meses de guerra, el partido actuaba siguiendo la tesis de Lenín, que denunciaba «el chauvinismo monárquico zarista». El periódico bolchevique *Pravda* (Verdad) fue prohibido desde el inicio de las hostilidades y los cinco diputados bolcheviques de la Duma fueron detenidos, a finales de 1914, acusados de subversión, y condenados a exilio en Siberia. Del mismo modo, el régimen endureció su política con los trabajadores, prohibiendo cualquier agitación que pretendiera una mejora de su situación. Se puso en vigor la ley marcial en las empresas importantes; y se envió a los huelguistas al exilio o al frente; prohibiendo la prensa obrera y los sindicatos. En marzo de 1916 el jefe militar de Petrogrado ordenó a los patronos el cierre de las fábricas si los huelguistas se negaban a volver al trabajo en las condiciones ofrecidas por las empresas.

Los informes locales presentados en una reunión del Comité petrogradés del POSDR el 15 de enero de 1917, dejaban claro que la dura represión estaba creando dificultades a la organización bolchevique en la capital. De hecho los principales dirigentes habían sido diezmados. La policía había sorprendido en una reunión secreta, celebrada en noviembre de 1914 en las

cercanías de Petrogrado, a varios dirigentes del partido, entre ellos a Lev Kámenev, que fue deportado a Siberia; por eso la capital sólo contaba con cuadros dirigentes que en aquellos momentos se podían considerar de segunda fila, como era el caso del joven Viacheslav Mólotov.

Para sustituir a Kámenev, detenido casi al mismo tiempo que los cinco diputados bolcheviques, la dirección había enviado a Petrogrado a un militante íntegro y con una larga experiencia: Šlâpnikov, encargándole crear un buró del Comité Central y difundir los escritos contra la guerra en las fábricas y el ejército.

Šlâpnikov fue uno de los mejores representantes de esos cientos de cuadros surgidos del proletariado ruso que formaron la espina dorsal del partido, permitiendo a éste escapar a la disgregación del socialpatriotismo en 1914. Pero cuando estalló la guerra, Šlâpnikov se dejó arrastrar por la corriente de patrioterismo que asoló el movimiento obrero ruso, y en agosto de 1914, declaró ante Krestinsky: «Si estuviera yo en el puesto de Jules Guesde, hubiera actuado cómo actuó él y, la verdad, de encontrarme en Francia, me hubiera alistado voluntario en la legión extranjera». Pero esta fiebre patriótica no duró y Šlâpnikov fue en Rusia el fiel agente de enlacé de Lenin hasta el estallido de la revolución de febrero. Dirigente del buró ruso del Comité Central, reorganizado a fines de 1916, junto con Mólotov y Zalutsky, Šlâpnikov terminó, como sus colegas, siendo sobrepasado por los acontecimientos que se iban a suceder.

Así pues, a comienzos de 1917 la situación para el partido no era fácil. En el momento de la revolución, los bolcheviques en Petrogrado tenían alrededor de 3000 miembros en 110 células, localizadas principalmente en las fábricas. La inmensa factoría Putílov contaba sólo con 150 bolcheviques, entre sus más de 20.000 empleados, aunque es cierto que el bolchevismo gozaba de la simpatía de los trabajadores más conscientes que, en su mayor parte, eran «pravdistas», nombre que llevaban con orgullo desde 1912, año de la fundación por Lenin del periódico *Pravda*. El feudo territorial del partido en Petrogrado se localizaba en el distrito obrero de Vyborg donde bajo la dirección de Kalinin y Mólotov, militaban unos 500 bolcheviques.

La reconversión de la industria para hacer frente a las necesidades militares había permitido desde luego acelerar la fabricación de los equipamientos necesarios para la guerra, aunque como veremos no de modo

suficiente. Pero su precio había sido muy alto, ya que se produjo un frenazo casi total en la producción de bienes de consumo, cuya escasez afectó a los precios. El campesinado, sobre todo, no podía comprar nada a cambio de lo que vendía, y de forma natural tendía a consumir las cosechas en su propio entorno o a reducir sus esfuerzos. La movilización que había arrancado a los campesinos de la tierra también contribuyó a limitar la producción. Lo mismo que los precios industriales, los precios agrícolas subían, mientras los salarios permanecían relativamente estables.

La penuria y el descenso del nivel de vida, no afectaba sólo a la población obrera, sino también a capas sociales hasta entonces más protegidas. Clases medias y funcionarios, que en 1905 habían permanecido al margen del movimiento obrero, sin embargo en 1917 van a verse, en vista de las crecientes dificultades materiales, implicadas en las protestas.

Al comenzar el mes de febrero de 1917 los stocks de harina para las panaderías de la capital podían cubrir las necesidades durante sólo doce días, lo que llevó a las autoridades a considerar la posibilidad de establecer cartillas de racionamiento. El rumor de que se iba a adoptar esta medida produjo un fuerte impacto en el imaginario popular y contribuyó a exasperar los ánimos.

Ante el malestar creciente las autoridades respondieron con medidas que lo incrementaron aún más. El Ministro del Interior, Protopopov reforzó la guarnición de la ciudad con tropas y policía supuestamente seguras, y también ordenó, en la noche del 26 a 27 de enero, la detención de los miembros mencheviques del Comité de Industrias de Guerra. Este organismo, que se había creado por iniciativa de la burguesía rusa para coordinar esfuerzos frente al caos organizativo que reinaba en la administración gubernamental, había integrado a representantes de los trabajadores pertenecientes a la fracción menchevique del POSDR, que se habían prestado a colaborar en el esfuerzo de guerra. La absurda detención de estos trabajadores llevó a que la dirección del Comité de Industrias de Guerra, compuesta por significados empresarios y políticos liberales, protestara por el apresamiento, señalando que estos mencheviques estaban participando activamente en el esfuerzo militar del país y que con su labor habían contribuido a «la prevención de movimientos huelguísticos entre los trabajadores de las industrias de defensa. Oponiéndose muy resueltamente a los excesos a los que algunos elementos querían empujar a los obreros».

Finalmente, el 15 de febrero de 1917 se racionó el pan. El frío, que rondaba los cuarenta grados bajo cero, había paralizado casi toda la circulación ferroviaria. 1200 locomotoras habían quedado convertidas en témpanos de hielo, y los 57.000 vagones destinados al aprovisionamiento estaban bloqueados en las vías. La población de la capital presa del pánico, se precipitó a las panaderías. Largas colas se extendían delante de estos establecimientos, mientras un invierno más duro de lo habitual llenaba las calles de hielo. Temblando de frío, y mal vestidos, sobre todo mujeres y ancianos, esperaban largas horas para obtener una ración de pan y con frecuencia se iban a casa con las manos vacías. La escasez de alimentos provocaba una gran agitación entre la población, y la Okhranka informaba que las colas estaban desempeñando un papel similar al de las reuniones revolucionarias.

El 18 de febrero los trabajadores del taller de troquelado de cureñas de la factoría Putílov exigieron un aumento salarial y el regreso a la fábrica de unos compañeros que la administración había despedido, víctimas de una huelga anterior. Al anunciar la dirección que cerraría la planta si los trabajadores no volvían de inmediato a las máquinas, la protesta se generalizó. Hasta entonces sólo se trataba de un conflicto laboral localizado y no de mucha importancia. Pero la atmósfera de repente cambió. Aunque no eran más de 486 las personas que trabajaban en la sección de cureñas de un total de más de 24.000, el resto de los trabajadores decidió apoyar sus demandas.

Se llevaron a cabo asambleas masivas en las que se discutían los salarios, el costo de la vida, la escasez de pan, la guerra sin fin, y la existencia de la autocracia. La huelga, que había estallado en unos talleres muy concretos, amenazaba con convertirse en una huelga general y a la «italiana», es decir, con los obreros ocupando la fábrica sin trabajar. La respuesta de la dirección fue el *lock-out*, lo que supuso el despido en masa de los más de veinte mil hombres que formaban la plantilla. Ante esta medida, piquetes de trabajadores se desplazaron a otras fábricas para demandar solidaridad.

En aquellos momentos las trabajadoras de Petrogrado ya estaban preparando una jornada de lucha para celebrar el 23 de febrero (8 de marzo) que era el Día Internacional de la Mujer Trabajadora. En 1910 la Segunda Internacional, en una Conferencia que había tenido lugar en Copenhague había decretado honrar a las obreras una vez al año, el día 8 de marzo, rea-

lizando distintos actos y manifestaciones. La guerra y la carestía de la vida habían afectado gravemente a la situación de las mujeres trabajadoras de Petrogrado. Muchas de ellas tenían maridos en el frente, debían mantener un puesto de trabajo y cuidar de sus hijos, así como hacer frente a la escasez de pan y de otros productos básicos.

Los bolcheviques habían creado un Círculo de Mujeres de la ciudad cuya tarea era llevar a cabo «la organización y la propaganda entre el proletariado fabril femenino». Su dirigente, la camarada Shalaginova, más conocida por el sobrenombre de Fedorova, junto con otros círculos de mujeres, propusieron conmemorar la fecha organizando una movilización. No obstante, la dirección bolchevique en la capital, no consideraba oportuno que las manifestaciones durante el Día de la Mujer desembocaran en huelga. En un folleto editado en el mes de enero por el Comité de Distrito de Vyborg se prevenía contra explosiones de descontento incontroladas. Lo prioritario en aquellos momentos, según el partido, era fortalecer la organización, y concentrar las fuerzas para la jornada de lucha del 1º de Mayo, por eso, la organización bolchevique envió oradores a las reuniones de las trabajadoras en distintas fábricas.

En la tarde del 22 de febrero (7 de marzo) se celebró un mitin femenino en la fábrica textil Lesnoy para preparar la manifestación del día siguiente, y se decidió adoptar dos sloganes: «Abajo la autocracia» y «Abajo la guerra». Pronunció un discurso en este mitin el obrero metalúrgico Kaûrov, que había organizado una de las células bolcheviques del distrito de Vyborg. No era un gran cuadro dentro del partido pero sí de mucha importancia en aquel momento en que la mayor parte de los dirigentes bolcheviques se hallaban en el exilio.

Kaûrov aconsejó a las mujeres que no hicieran ningún acto de provocación contra la fuerza pública. Probablemente les dio este consejo porque las manifestaciones espontáneas pierden en seguida toda su fuerza y acaban siendo manejadas fácilmente por la policía. Pero las mujeres no querían oír consejos prudentes. A la mañana siguiente la mayoría de las fábricas textiles, en que trabajaban casi sólo mujeres, se declararon en huelga y pronto se unieron a los grupos de hombres que habían sido despedidos de los talleres Putílov. Con ello formaron masas de manifestantes que extendieron las protestas por la ciudad.

Esa mañana del 23 el primer sorprendido por lo que estaba sucediendo fue el propio Kaûrov. El bolchevique comprendió al instante que si no podía impedir que continuara la movilización, lo mejor que podían hacer él y otros organizadores, era ponerse a la cabeza de las manifestaciones para orientarlas. Y así, sobre la marcha, Kaûrov formó en el barrio un pequeño comité de huelga junto con un menchevique y un socialrevolucionario. Fue de ese modo como todos los obreros, hombres y mujeres, recibieron la orden de salir a la calle. Las columnas de huelguistas marcharon de fábrica en fábrica convocando al paro general y gritando «¡Dadnos pan!».

El bolchevique Alexander Taimi describió una reunión política celebrada ese mismo día en una fábrica de maquinaria de precisión, reunión que refleja muy bien cuál era el estado de ánimo de los trabajadores. Al principio la gente habló sobre el Día Internacional de la Mujer, pero cuando Taimi, tomó la palabra, e hizo mención a la carestía de pan, y a la guerra, «el auditorio se transformó y comenzó a agitarse. Cuando propuse que nos uniéramos a otras fábricas en huelga y saliésemos a la calle, se alzaron cientos de manos. En pocos minutos se vació la fábrica y los obreros se dirigieron a la perspectiva Nevsky».

Manifestaciones espontáneas demandando «pan» se produjeron en distintas partes de la ciudad. Los informes y despachos de la policía del 23 de febrero anotaron que multitud de mujeres y jóvenes, exigiendo «pan» y cantando canciones revolucionarias, habían marchado a lo largo de algunas calles del centro. Al mediodía, se produjo un grave altercado en Philippov, la principal panadería de Petrogrado, ubicada en la perspectiva Nevsky. Al colgar el cartel de que ya no quedaba pan, los que componían la cola asaltaron el establecimiento y procedieron a saquearlo.

En muchos barrios el transporte fue interrumpido. Los trabajadores se hacían con las llaves de funcionamiento de los tranvías, obligaban a descender a los pasajeros e inmovilizaban los vehículos. Algunos tranvías fueron conducidos a cocheras, y otros fueron volcados.

Los manifestantes del distrito de Vyborg marcharon hacía el puente Liteiny, que comunicaba el barrio con el centro de la ciudad, mientras gritaban: «¡A la perspectiva Nevsky!». Esa misma tarde se hicieron dos intentos de cruzar el Neva para penetrar en el centro, pero la policía los rechazó ambas veces. Las tropas y la policía habían recibido la orden de mantener

los puentes a toda costa y no permitir que la multitud los cruzara. Sin embargo, el crudo invierno había cubierto de hielo el río, y los trabajadores comenzaron a atravesarlo dirigiéndose a la otra orilla. Allí se unieron a sus compañeros de la margen izquierda, y marcharon hasta la Catedral de Kazan cantando rítmicamente «¡Dadnos pan!». Mientras avanzaban algunas panaderías fueron asaltadas. No obstante, ese día los manifestantes solo lograron llegar a la perspectiva Nevsky en pequeños grupos.

Un hecho que llamó la atención a algunos manifestantes fue la actitud adoptada por los cosacos encargados de reprimir las manifestaciones. Tradicionalmente, este cuerpo policial que actuaba a caballo, había desplegado la mayor contundencia frente a cualquier tipo de protestas, y se le consideraba uno de los pilares más firmes del aparato represivo zarista. Sin embargo, ese día algunas unidades cosacas se mostraron remisas a actuar como era habitual, limitándose a impedir el avance de los manifestantes pero sin cargar contra ellos.

La bolchevique Irina Kruglova, trabajadora en la fábrica Promet, describió como había sido el encuentro de la manifestación en la que ella participaba con el Regimiento de Cosacos Novocherkassk. Cuando el oficial que mandaba el escuadrón increpó a los manifestantes por dejarse guiar por una «vieja bruja», Irina Kruglova le espetó: «No soy una vieja bruja, sino la hermana y la esposa de unos soldados que luchan en el frente». Ante estas palabras los cosacos bajaron sus rifles… mientras alguien de entre la masa gritaba: «cosacos, sois nuestros hermanos, no podéis dispararnos...». Fue entonces cuando los jinetes volvieron grupas y se alejaron.

Según los datos que recogió la inspección de fábricas, la administración de las distintas empresas, la policía y la misma Okhranka, fueron más de 128.000 los trabajadores que participaron en la huelga del 23 de febrero. A lo largo de la jornada no hubo víctimas y se produjeron solamente veintiuna detenciones. De hecho, como la consigna más coreada fue la de «¡pan!», esto llevó a las autoridades zaristas a caracterizar el movimiento como un «motín del hambre», sin darle mayor importancia. La única medida que se adoptó fue fijar pasquines por las calles asegurando que el suministro de alimentos estaba garantizado. El mismo día, el embajador británico, Buchanan, informaba a Londres: «Hoy han ocurrido algunos desórdenes, pero nada serio».

Nadie, y menos los revolucionarios pensaron que aquellas protestas fueran el inicio de una revolución. Pero la policía secreta de Petrogrado lo veía de modo muy distinto. El informe de uno de sus agentes, con fecha 23 de febrero, decía que «la escasez de pan está impulsando a las masas trabajadoras a las calles, y la idea de que un levantamiento es el único medio para escapar de la crisis alimentaria se está volviendo más y más popular entre las gentes. Ahora todo el mundo en la calle y en las colas considera el levantamiento como inminente e inevitable, soldados, marineros, y los círculos intelectuales están hablando de ello».

En la noche del 23 de febrero, buró del Comité Central del POSDR bolchevique se reunió secretamente en un apartamento de la calle Serdobolsk en el barrio de Vyborg, para hacer un balance de lo acontecido y posicionarse sobre lo que podía ocurrir.

Con posterioridad, el máximo responsable en la ciudad, Šlâpnikov, escribió: «Entonces no consideramos que el movimiento que había comenzado el 23 de febrero fuera el inicio del asalto definitivo al zarismo. Pero valoramos, y tuvimos en cuenta, las condiciones objetivas de aquel momento. La situación económica de los trabajadores había empeorado drásticamente, la gente no estaba satisfecha con la guerra, a la burguesía le disgustaba no haberla ganado ya. También tuvimos presente el desastre económico que estábamos padeciendo y el recrudecimiento de la reacción. Todo esto nos llevó a considerar que un huracán revolucionario podía surgir incluso de un viento insignificante. Por tanto observamos el movimiento del 23 de febrero con extremo cuidado y atención, acordando que todas las organizaciones dirigieran y potenciaran las posibles movilizaciones sin limitarlas, dejando a un lado lo que estaba previsto para aquellos momentos».

El 24 de febrero (9 de marzo) fue una repetición de lo ocurrido el día anterior. Los carteles pegados por orden de Khabalov habían sido arrancados al alba; hacia las diez, toda la ciudad estaba en pie y se hacía patente el papel que empezaban a desempeñar las organizaciones.

Los trabajadores volvieron a las fábricas por la mañana, pero en lugar de incorporarse al trabajo comenzaron a formar grandes grupos con la intención de reanudar las protestas por las calles. Los manifestantes procedentes del distrito de Vyborg partieron de las empresas dirigiéndose hacia

el centro de la ciudad. La policía de nuevo intentó bloquear el paso por los puentes, pero por ellos, o cruzando el rio helado, lograron atravesar el Neva en número mucho mayor de lo que lo habían hecho la jornada anterior. Así el movimiento logró extenderse a otros distritos, y atrajo a diferentes elementos de la población.

Durante todo el día grupos de manifestantes marcharon de una parte a otra de la ciudad. La policía y destacamentos de caballería del ejército, ocasionalmente ayudados por soldados de infantería, pudieron mantenerlos dispersos. En la calle Bogomoloskaya, cuatrocientos obreros con pañuelos rojos atados a la punta de garrotes y, cantando *La Marsellesa*, avanzaron hacia la puerta de Narva. Un destacamento de policía arremetió contra ellos, golpeando a diestro y siniestro, pero las filas volvieron a formarse. Al llegar a la puerta de Narva, miles de obreros de la factoría Putílov se sumaron al cortejo.

Los gritos de «¡Abajo la autocracia!» y «¡Abajo la guerra!» empezaban a dejarse oír más que el de «¡Queremos pan!». La perspectiva Nevsky, la principal de la capital, se llenó de gente, primero trabajadores que entonaban canciones revolucionarias, luego gente de clase media y grupos de estudiantes que se sumaban a la protesta o la veían con simpatía.

Los manifestantes se habían dirigido a la Catedral de Kazan, y en la plaza, frente al imponente edificio, se pronunciaron algunos mítines improvisados pidiendo el fin de la guerra y del zarismo; aunque los mítines más multitudinarios tuvieron lugar en la plaza Zamenskaya donde los primeros grupos de manifestantes llegaron sobre las 3 de la tarde, concentrándose junto a la estatua ecuestre de Alejandro III. La policía montada trató en vano de dispersarlos, siendo recibida con una lluvia de piedras y de todo tipo de objetos contundentes.

La policía era universalmente detestada y la multitud les lanzaba piedras, trozos de hielo y todo lo que tenían a su alcance. Pero los trabajadores hicieron lo posible por tratar con tacto y amistosamente a los cosacos. Los cosacos, considerados en la historia de Rusia como el brazo fuerte de un régimen despótico, estaban también cansados de la guerra y como eran los primeros en ser enviados a los lugares de peligro, escuchaban complacientes los ¡vivas! que a su paso lanzaban los manifestantes. Eso no significaba que hubiera inclinaciones revolucionarias entre ellos. No eran campesinos, sino

respetables terratenientes muy orgullosos de sus singularidades, y más bien conservadores. Pero los gritos pidiendo pan y el final de la guerra comenzaban a hacer mella en sus escuadrones.

Kaûrov relata un incidente muy significativo. Los trabajadores de la factoría Erikson, una de las fábricas más grandes de Vyborg, se habían lanzado a la calle en gran número, cerca de 2500, cuando chocaron con un destacamento de cosacos en un angosto pasaje. Los oficiales emplearon sus caballos como punta de lanza para abrirse paso entre la multitud; en el pasillo abierto entre los trabajadores pasó una larga hilera de cosacos sin graduación. Kaûrov, testigo presencial, dijo que «algunos de estos sonrieron y otros hicieron guiños a los obreros». Como los oficiales repitieran esta maniobra tres o cuatro veces, en un esfuerzo inútil para dispersar a la multitud, los oficiales terminaron por alinear a sus jinetes cerrando la calle. Pero tampoco esta medida dio resultado; ya que los cosacos, sentados en sus monturas, no impidieron que los manifestantes se deslizaran uno a uno entre las patas de sus caballos.

Esta conducta en los defensores tradicionales de la autocracia acrecentó la confianza de los manifestantes, que veían como los cosacos con sus caballos cubiertos de espuma, caracoleaban entre los obreros, apartándose para dejarles paso y luego cerrando de nuevo sus filas tras ellos. Esas actitudes propiciaron que se comenzara a decir que los cosacos no dispararían y algunos manifestantes intentaron entablar conversación con ellos.

El obrero bolchevique, Iván Gordienko, relató más tarde que en uno de estos encuentros, fueron las mujeres las que tomaron la iniciativa. Rodearon a los cosacos diciéndoles: «Tenemos maridos, padres y hermanos en el frente. Aquí hay hambre, explotación y atropellos. Vosotros también tenéis madres, esposas, hermanas e hijos... Estamos exigiendo pan y el fin de la guerra». Los oficiales, por temor a la influencia de estas palabras dieron la orden de cargar al galope. Pero los manifestantes se mantuvieron firmes, y los cosacos pasaron entre ellos hasta volver a su posición anterior; por lo que fueron aclamados por la multitud con «¡Vivas!».

Hasta entonces casi no había habido disparos y los obreros no habían empleado nada más contundente que las piedras. En los días 23 y 24, veintiocho policías fueron golpeados, pero el comandante militar de Petrogrado, general Khabalov, ordenó que no se abriera fuego. No es que fuera blando, sino simplemente que el plan trazado no exigía disparar.

En la noche del 24, sorprendidos por lo que estaba ocurriendo— o por lo menos, por la amplitud de lo que acontecía— los dirigentes políticos de izquierdas comenzaron a reaccionar. La *mezhrainonka* convocó una huelga general de tres días, desplegando la agitación de un modo particular entre los tranviarios —una acción muy eficaz para paralizar la ciudad—. La *mezhrainonka* o Comité Interdistrital, era una organización autónoma, no muy numerosa, pero sí muy activa, que reunía a obreros delegados, procedentes de distintos distritos industriales de la capital. Inspirada en las posiciones ideológicas de Trotsky, que entonces seguía aún exiliado en Estados Unidos, pretendía continuar con la tradición del Soviet de 1905.

Esa misma noche también se reunió el comité de distrito bolchevique mejor organizado, el del barrio de Vyborg. Pyotr Sveshnikov escribió más tarde: «Todos los miembros del comité estaban presentes, y a él se sumaron los camaradas Moiseev y Medvedev. El ambiente estaba animado, pero se apreció la falta de una dirección coordinada y de información más precisa de lo que ocurría en otros distritos; solicitando que el buró del Comité Central marcara las directrices».

Aunque la jornada se saldó con casi la mitad de los obreros industriales en paro, el Ministro del Interior Protopopov anunció en el Consejo de Ministros celebrado al atardecer de ese mismo día, que algunos «gamberros habían incitado a un motín», pero que la policía estaba haciendo frente al asunto con facilidad. Sin embargo en la reunión del mismo Consejo al día siguiente, el presidente Golitsyn, a pesar de las seguridades que pretendía dar Protopopov, consideró que los disturbios populares asumían cada vez un carácter más amenazante y que se debían tomar medidas.

El día 25 (10 de marzo), la huelga avanzó a pasos agigantados al seguir sumándose a ella grandes centros de trabajo. La empresa más grande en la isla de Vasilievsky, la Planta de Tuberías, se declaró en huelga. La factoría pertenecía al Estado, y su director pidió la intervención de un batallón de la reserva del Regimiento Filiandisky. Los trabajadores trataron de persuadir a los soldados para que no abrieran fuego. Pero un oficial disparó a un obrero que se había acercado a la tropa causándole la muerte. El asesinato provocó una reacción fulminante entre los trabajadores de la isla. Otras fábricas como la de Herramientas Downing, o la factoría Obújov se declararon en huelga y se unieron al movimiento. A las 9 de la mañana, unos catorce mil trabajadores, se dirigieron hacia el centro de la ciudad ondeando

banderas rojas y gritando «¡Abajo la autocracia ¡Viva la república democrática!». En aquel momento el movimiento revolucionario abarca ya a todos los distritos de Petrogrado.

Un gran número de pequeñas empresas estaban ahora en paro, las tiendas habían cerrado sus puertas y los tranvías no circulaban, y durante el día se unieron a la movilización los estudiantes de las escuelas superiores. De nuevo se volvieron a producir choques entre la policía y los manifestantes procedentes del distrito de Vyborg que querían cruzar el puente Liteiny. En esta ocasión, el jefe del destacamento fue derribado de su caballo y apaleado por la multitud, mientras la unidad policial hostigada por el lanzamiento de todo tipo de proyectiles se veía obligada a retroceder, logrando finalmente los manifestantes cruzar el puente y dirigirse hacia la perspectiva Nevsky.

Una vez más los principales centros de concentración fueron la Catedral de Kazan y la plaza Zamenskaya, donde la multitud formaba una masa imponente. Al mediodía, el capitán de la policía en aquella zona trató de dispersar a la multitud que se agolpaba junto al monumento de Alejandro III y arrebatar la bandera roja que agitaban los trabajadores, pero el oficial recibió un sablazo en el brazo que le propinó un cosaco. Aunque en esta ocasión la policía montada terminó disparando, y uno de los oradores cayó herido al suelo. Fue entonces cuando algunos individuos de entre la masa empezaron a disparar también; un inspector de policía resultó muerto y el jefe de la policía y algunos números fueron heridos.

La noticia de lo ocurrido corrió como la pólvora, reforzando la convicción entre las gentes sobre la actitud pasiva e incluso cómplice de los cosacos frente a las protestas. El rumor sobre el cosaco que había atacado a un guardia finalmente fue recogido en una informa policial. Fuera cierto o no, los «faraones», nombre despectivo con el que el pueblo había bautizado a la policía, comenzaron a eclipsarse y a desaparecer de las calles. Temerosos de convertirse en víctimas de la ira popular algunos de ellos ocultaron sus uniformes con abrigos militares e incluso los cambiaron por ropa de civil. No se veía a ningún policía por parte alguna, y su lugar comenzó a ser ocupado por las tropas, que empezaban a entrar en acción.

Los enfrentamientos se multiplicaron y los manifestantes se mostraban cada vez más audaces. Al enterarse de que unos sesenta trabajadores detenidos habían sido confinados en el patio del número 46 de la perspectiva

Nevsky, numerosos obreros se concentraron frente al inmueble y empezaron a exigir su liberación inmediata. Finalmente irrumpieron en el patio y liberaron a los detenidos.

Los primeros caídos entre los obreros en las calles del centro de Petrogrado, se produjeron cerca del ayuntamiento en la perspectiva Nevsky, cuando soldados del 9º Regimiento de Caballería de la reserva abrieron fuego contra la multitud, matando a nueve personas e hiriendo a otras tantas.

Por la tarde del 25 de febrero, como el día anterior, Petrogrado quedó en silencio. Farolas tenuemente iluminadas alumbraban unas calles que se iban quedando desiertas, mientras se oían disparos aislados. No obstante la alta sociedad petrogradesa seguía dando la espalda a lo que estaba sucediendo y en el Teatro Alexandrinsky, esa misma noche, se estrenó *La mascarada* de Lermontov, muy celebrada por su esplendida escenografía, magnífico vestuario y rica puesta en escena.

También aquella noche volvió a reunirse buró del Comité Central del POSDR para valorar la situación en los distintos distritos de Petrogrado. Se votó la prosecución de la huelga, y en el marco del Comité Local, el periodista Olminsky, viejo bolchevique, redactó una proclama llamando a extenderla: «Formad comités de lucha, comités de libertad. ¡Vale más perecer gloriosamente combatiendo por la causa obrera, que morir en el frente defendiendo los beneficios de los capitalistas!».

Los responsables de las organizaciones se mantenían a la expectativa, todavía sorprendidos por la envergadura de los acontecimientos, mientras que los simples militantes lo estaban por la incapacidad de sus direcciones para darles una salida política. «No llegaba ninguna consigna de los centros del partido (bolchevique) —escribió más tarde Kaûrov—. El comité de Petrogrado estaba encarcelado y el máximo responsable del Comité Central, Šlâpnikov, no estaba capacitado para dar directrices para el día siguiente...». En cuanto a los otros partidos, estaban aún más desorientados.

No obstante, estas reuniones no pasaban desapercibidas al poder. En un memorando de la policía sin fechar, pero presumiblemente del mismo 25 de febrero, se decía: «La organización de Petrogrado del POSDR (bolchevique) tras los dos días disturbios que han tenido lugar en la ciudad, se ha posicionado por apoyar el movimiento como la mejor forma para avan-

zar en la consecución de sus objetivos, haciéndose cargo de la dirección de las masas que participan en el mismo, para así darle una dirección claramente revolucionaria. Con este fin la citada organización ha propuesto: (1) la publicación de un folleto (adjunto); (2) la convocatoria del comité para la mañana del 26 a fin de tratar cual es la estrategia más adecuada para controlar a trabajadores en huelga, todavía poco organizados. Por otra parte, también se propuso que el lunes 27 se comenzaran a levantar barricadas y se cortaran los suministros eléctricos, telefónicos y de agua en los centros oficiales».

A las 17 horas del 25 de febrero, el general Khabalov envió el primer telegrama al Cuartel General del zar: «Informo que en los días 23 y 24 han estallado huelgas en muchas fábricas, debido a la escasez de pan; el 24 unos 200.000 obreros se hallaban en paro e intentaban impedir que trabajaran los que querían hacerlo. Los obreros han detenido tranvías y algunos manifestantes han invadido la perspectiva Nevsky, pero han sido desalojados...».

Fue entonces cuando el zar contestó con un telegrama en el que decía que los desordenes debían cesar de inmediato. Con posterioridad Khabalov declaró que se quedó estupefacto ante la orden del zar. «¿Cómo podían ser detenidas las manifestaciones al día siguiente? Cuando la gente pide «Dadnos pan» se les da pan y eso pone fin a las protestas. ¿Pero cuando las inscripciones en las pancartas decían «abajo la autocracia», ¿qué tipo de pan podría calmarlos?». Las autoridades militares de la ciudad decidieron que sólo podían llevar a cabo la orden del zar recurriendo a las tropas, y si era necesario disparando contra los manifestantes.

La misma noche del 25 un centenar de activistas fueron detenidos, entre ellos cinco miembros del Comité Local bolchevique, impidiendo que tuviera lugar la reunión de este organismo prevista para el día siguiente. Así mismo los ministros aprobaron medidas militares para acabar con los trastornos, y en el ayuntamiento, Protopopov arengó a los defensores de la autocracia afirmando «Dios no permitirá que nuestra justa causa sea derrotada… Recen y tengan esperanza en la victoria».

El 26 de febrero era domingo (11 de marzo). El centro de Petrogrado estaba tranquilo y vacío. Las tiendas estaban cerradas y los tranvías no funcionaban. Pero esa aparente tranquilidad, que podía achacarse a la festividad de la jornada, respondía a que la ciudad estaba militarmente tomada. El ejército se había desplegado ocupando los principales edificios y los puntos

clave de la capital. Unidades de transmisiones con teléfonos de campaña estaban situadas en lugares estratégicos y patrullas montadas recorrían las principales arterias de la ciudad. Toda la guarnición de Petrogrado se encontraba en estado de alerta.

Pero mientras el orden reinaba en el centro, la agitación bullía en los suburbios obreros. De nuevo los trabajadores se lanzaron a las calles y plazas donde arrancaban de las paredes las proclamas de Khabalov en las que se advertía que las tropas abrirían fuego «sin detenerse ante nada». Las comisarías de policía fueron cercadas o asaltadas por la multitud.

Al mediodía numerosas manifestaciones comenzaron a dirigirse hacia la perspectiva Nevsky, reproduciéndose los enfrentamientos en los puentes que comunicaban con el centro. Pero en esta ocasión los grupos que lograron cruzar se encontraron con el fuego de las ametralladoras que la policía había colocado en los tejados o en los campanarios de las iglesias. La gente corría despavorida, mientras las primeras ambulancias se apresuraban a lo largo de la perspectiva Nevsky para retirar a los muertos y heridos.

El Regimiento Volinsky recibió la orden de impedir las asambleas en la plaza Zamenskaya, pero resultaba difícil llevar a cabo esa orden. Una multitud de personas rodearon las patrullas y entablaron conversaciones con sus miembros pidiéndoles que no dispararan contra la gente. Pero finalmente el capitán Lashkievich, comandante del destacamento, dio la orden de abrir fuego. Como algunos soldados dispararon al aire, los oficiales enfurecidos, arrancando los fusiles de sus manos, dispararon ellos mismos contra los manifestantes. Después de varias descargas la multitud se disperso dejando a sus muertos y heridos tendidos en el suelo de la plaza.

Algunos manifestantes, escondidos tras las esquinas de los edificios próximos contestaron al fuego disparando a las tropas con armas cortas. Rápidamente se extendió a través de la ciudad la consigna de que había que desarmar a la policía y apoderarse de su armamento.

Un soldado del regimiento implicado relató: «Los soldados esperaban que se les hubiera hecho venir para impresionar, para intimidar simplemente. Pero cuando el reloj de la estación señaló mediodía se disiparon las dudas: se dio la orden de tirar. Se disparó una salva. Los obreros se dispersaron; las primeras salvas no habían causado víctimas, pues los soldados se habían puesto tácitamente de acuerdo para disparar al aire...

"Pero ¿qué forma de tirar es ésa? Que haga fuego uno tras otro, para que yo los vea tirar; hay que apuntar al corazón", gritaba un oficial, que corría entre las filas, agarraba el fusil de uno, luego el de otro, y disparaba él mismo... Pero he aquí que la ametralladora, con el cañón colocado en dirección a la multitud por los oficiales, se puso a crepitar y la sangre obrera enrojeció la nieve de la explanada. Los manifestantes se precipitaron desordenadamente sobre los portales de las casas aplastándose unos a otros».

En la plaza Zamenskaya hubo cuarenta muertos y cuarenta heridos; y durante toda la jornada, más de ciento cincuenta.

Por la tarde del día 26 los enfrentamientos cesaron en el centro de Petrogrado y los manifestantes se retiraron a los barrios obreros. El gobierno decidió entonces decretar el estado de alarma.

Como en los días anteriores, los miembros del buró del Comité Central del POSDR bolchevique, y otros trabajadores del partido como, Chugurin, Kaûrov, Lebedev, o Búbnov, se reunieron en el apartamento del militante Pavlovs para discutir la estrategia a seguir. La primera cuestión que se abordó fue: ¿quién debería sustituir a los dirigentes detenidos? Era imposible organizar una nueva dirección con la lucha en pleno apogeo. Finalmente se propuso que el comité de Vyborg, el más fuerte y mejor organizado, asumiera esas funciones en la dirección del movimiento.

Muchos propusieron que el partido entregara armas para defenderse, pero esta petición, que se había formulada al máximo responsable local Šlâpnikov, había sido ya denegada, razonando que ni aun con las armas que se podían entregar había la más mínima posibilidad de poder vencer a las tropas. La estrategia que se debía seguir era convencerlas políticamente para que secundaran las reivindicaciones populares.

Los dirigentes de los partidos, exasperados más que desanimados, y temiendo una provocación, sentían que sobre ellos pesaba una gran responsabilidad. ¿Qué había que hacer al día siguiente? Las octavillas «unitarias» y «bolcheviques» llamaban a los soldados a fraternizar. ¿Era esto suficiente? Toda la noche del 26 al 27 se discutió en el cuartel general de los bolcheviques, en Vyborg.

Por la tarde del 26 Kaûrov sólo veía como evidente una cosa: «la revolución se liquida. Los manifestantes están desarmados y nadie puede ya dar

una respuesta al gobierno, que ha tomado medidas decisivas». Pero no todos compartían este pesimismo, y había muchos que querían continuar. Se redactó una octavilla en la cual se llamaba a la continuación de la lucha. Había que «continuar el trabajo de propaganda» para ganarse a los soldados y paralizar al zarismo. Parecía evidente que luego de lo ocurrido aquella jornada, el posicionamiento que adoptase el ejército en los días sucesivos iba a ser crucial. La disciplina todavía no estaba quebrantada, y un ejército sigue siendo un ejército mientras esté controlado por las autoridades. Esto planteaba la necesidad de intensificar la confraternización con los soldados para ganarse a las fuerzas armadas del zarismo, o al menos para neutralizarlas.

Ahora el destino de la revolución dependía de las tropas. Los soldados ya no podían mantenerse al margen.



Cartel propagandístico del Partido Socialista Revolucionario (1917)

III
Trincheras y cuarteles
El Febrero de los soldados

Los soldados de cuya actitud dependía la marcha de la revolución en Petrogrado estaban encuadrados en un ejército que llevaba en guerra dos años y medio, y en agosto de 1914, cuando se inició el conflicto, ejercía un embrujo sobre Europa que se encargaba de alimentar la prensa francesa y británica con escaso fundamento.

La historia de ese ejército desde hacía más de un siglo no alentaba al optimismo. Había sido el invierno ruso, y no el ejército, quien había obligado a Napoleón a retirarse de Moscú en 1812; años después ese mismo ejército había sido derrotado por una coalición franco-inglesa en Crimea, en tanto que los turcos, en 1877, lo habían vencido técnicamente en el cerco de Plevna; y no hacía ni una década los japoneses lo habían vuelto a derrotar en Manchuria. Sin embargo, se había creado en torno a él un mito sobre su invencibilidad que sólo se apoyaba en su enorme capacidad de movilización basada en el potencial demográfico del país. Eso dio vida a la leyenda del «rodillo» ruso, leyenda que prestaba confianza y valor a su aliada Francia, y atemorizaba a los alemanes. Ese pretendido «rodillo», unido a las «salvajes

cargas de la caballería cosaca» de las que hablaban los periódicos, impresionaban de tal modo a las mentes europeas que a comienzos de la guerra todos imaginaban un ejército ruso que nada tenía que ver con la realidad.

Desde las reformas de 1874, el servicio militar se había convertido en obligatorio para todos los varones rusos entre los veinte y los cuarenta y tres años. Los hombres considerados aptos prestaban servicio activo en alguna unidad o como reservistas. Durante dieciocho años el movilizado estaba en activo, cinco de ellos los pasaba como uniformado en los distintos destinos, y los trece restantes en la reserva. Dada la enorme población del país, sólo los jóvenes designados por sorteo eran encuadrados efectivamente en filas, el resto sólo era movilizado en caso de guerra, aunque existían dispensas por razones de salud, familiares o de otro tipo. Cada año se venían a reclutar entre 270.000 y 290.000 hombres que nutrían un ejército permanente de un millón y medio de soldados, que podía elevarse rápidamente a los 2.5000.000 efectivos si el presupuesto lo permitía, y en el momento de la movilización general se podía contar con una reserva de otros dos millones, lo que posibilitaba disponer de una fuerza de 5.500.000 hombres.

Como resultaba lógico, en un país con una economía fundamentalmente agraria, eran millones de austeros *mujiks* los que constituían el núcleo central de ese ejército. Esa inmensa masa de campesinos reclutables, cincuenta años después de su emancipación apenas había mejorado sus condiciones de vida.

Unos treinta mil terratenientes seguían poseyendo nada menos que unos 70 millones de *desiatinas* (1 *desiatina*=10,925.4 m²) de tierra. La comparación con los 75 millones de *desiatinas* que poseían los 10,5 millones de campesinos censados era a todas luces escandalosa. Un tercio del campesinado no poseía tierra alguna. Esta enorme desigualdad se veía aún más agravada por los cada vez más fuertes tributos anuales que el campesino debía pagar a los terratenientes (aproximadamente entre 400 y 500 millones de rublos-oro al año).

Más de la mitad de las haciendas hipotecadas por el «Banco de la nobleza» las tenían en arriendo los campesinos en condiciones diversas, pero eran casi las mismas de las de la época feudal. La parte que se llevaba el terrateniente era a menudo el cincuenta por ciento de la cosecha. Medio siglo después de la «emancipación» oficial de los siervos, la situación de servi-

dumbre persistía en la práctica en muchos lugares. El clamor para que se redujesen las rentas impuestas por los terratenientes y la abolición efectiva de los rescates de la «servidumbre» era cada vez más insistente.

Todo esto se traducía en que la gran masa de la población del Imperio, estaba sumida en un estado de irredimible pobreza. Es verdad que de esta masa se había separado un pequeño estrato de campesinos ricos, los llamados *kulaks*, pero la inmensa mayoría vivía precariamente entre la pobreza y la verdadera indigencia. El campesino se hallaba en un callejón sin salida: si compraba o arrendaba tierras, se endeudaba; si entraba en una fábrica, era explotado; si trabajaba como jornalero durante el verano, ganaba escasamente lo necesario para sobrevivir durante el invierno.

El nivel técnico de la agricultura seguía siendo increíblemente bajo. Según el censo de 1910 solamente había 4,2 millones de arados de hierro y menos de medio millón de traíllas también de hierro, frente a diez millones de arados y veinticinco millones de traíllas de madera. La tracción mecánica era prácticamente desconocida. En más de una tercera parte de las granjas no tenían ningún tipo de herramientas agrícolas específicas, y en el 30% de las mismas ni una sola cabeza de ganado. El número de campesinos sin caballo, en una economía rural en la que el caballo era casi la única fuente de energía, se convertía en el indicador más claro de su pobreza. Entre 1888 y 1905, el número de campesinos sin caballo en las provincias de Riazán, Tula, Tambov, Oriol y Vorónezh no sólo no disminuyó sino que aumentó del 24% al 28,8% del total.

No hay pues que sorprenderse de que en los años inmediatamente anteriores a la guerra el rendimiento cerealista medio por hectárea fuese sólo una tercera parte del obtenido por los granjeros alemanes y la mitad del que obtenían los campesinos franceses.

Cualquier género de índices ilustra la pobreza del campesino ruso. Su consumo de productos alimenticios ordinarios era inferior al de cualquier otro país europeo. El consumo anual de trigo, centeno, cebada, levadura y maíz era 235,2 kilos per cápita antes de la guerra; frente a los 420,4 de Alemania, o los 274,3 de Italia.

Las condiciones de vida del campesino y su atraso afectaban a la tropa. En 1903, Kuropatkin, el comandante en jefe del ejército, no sólo temía la pobreza rural por sus efectos sobre la moral, sino también porque «el em-

pobrecimiento se refleja al mismo tiempo en el bajo nivel físico de los nuevos reclutas».

El recluta que no podía liberarse del servicio de armas sufría en los cuarteles un trato degradante que pretendía aislarle por completo del pueblo y de educarle en el espíritu de fidelidad sin reservas a la monarquía. Baste decir, por ejemplo, que a los reclutas los destinaban para hacer su servicio militar a no menos de mil kilómetros de sus lugares de nacimiento, para dificultar al máximo el contacto de los soldados con la población local.

Soldados y marineros, separados de su ambiente familiar, eran sometidos a una intensa captación ideológica, en la que ocupaba un lugar importante la educación religioso-moral. En los cuarteles se cultivaba el espíritu de servilismo ante el superior, la ciega obediencia, los chivatazos y el acecho mutuo. La menor falta bastaba para que los soldados fueran apaleados, ya que para colmo, todavía se usaba a veces la flagelación como castigo militar.

Cuando un soldado recibía una orden, no respondía: «sí, señor» o «sí, mi teniente o mi capitán». Era imprescindible que dijera: «Me alegro de intentarlo Vuestra nobleza», si se dirigía a un mando subalterno, «Vuestra alta nobleza», si lo hacía a un coronel, y «Vuestra excelencia», si era un general. Además, no podía contestar «sí», «no» o «no sé» si un oficial le preguntaba algo sino que debía responder: «eso es» y «no puedo saberlo». Y no podía saberlo porque no tenía derecho a ello. En la estupidez autocrática se suponía que si un soldado contestaba «no sé» se elevaba de condición social y nunca podía contestar que sí, sino de un modo indirecto para que no pareciese que un simple soldado podía saber algo. Su papel era sencillamente el de un lacayo mudo e idiota.

Se prohibía a los soldados viajar en tranvía, comer en restaurantes públicos a no ser en las cantinas de las estaciones o sitios similares, recibir libros o periódicos sin permiso de sus oficiales, pertenecer a cualquier organización, o asistir a conferencias o representaciones teatrales sin un permiso especial.

Para velar por esta disciplina irracional estaba el cuerpo de los oficiales rusos, reclutado principalmente entre los propietarios rurales, que tenía una fuerte mentalidad de casta y había sido educado en el espíritu de la devoción al trono. Así en el ejército se reproducía el eterno contraste de clases del

campo ruso. El soldado, que en el noventa por ciento de los casos era un campesino, veía en su comandante al señor, que en su aldea poseía la tierra que a él le era negada.

Los suboficiales procedían de los diez millones de pequeños propietarios que malvivían al margen de los grandes latifundios. El clima cruel y la terrible rudeza de esta vida tan primitiva producían un tipo especial de soldado, endurecido y estoico, pero sin iniciativa y, desde luego, analfabeto. Incluso entre los suboficiales pocos sabían leer y escribir; los signos y las identificaciones militares más corrientes se reconocían de modo rutinario y las órdenes se daban verbalmente. Hay que tener en cuenta que la mitad de los generales rusos no habían alcanzado en sus estudios el cuarto grado.

Como el ejército era empleado cada vez con más frecuencia para reprimir las protestas sociales, los soldados vivían con especial desasosiego ese tipo de misiones. En 1906-1907 soldados campesinos habían sido utilizados a menudo para reprimir el descontento en el medio rural, lo que había provocado en ocasiones amotinamientos y el aumento de la agitación revolucionaria en las filas del ejército. Sólo el rápido licenciamiento de los veteranos y el reclutamiento acelerado de soldados más jóvenes permitió recuperar la disciplina de 1909 en adelante. Sin embargo, la movilización en 1914 de todos los reservistas, hasta la edad de cuarenta y tres años, supuso que de los 5.350.000 de hombres llamados a filas, casi 1,8 millones hubieran servido ya entre 1904-1907.

La resistencia a la recluta llevó a algunos campesinos a amputarse los dedos índice y anular de la mano derecha para ser dados por inútiles. Cuando se decreto la movilización general en 1914 se produjeron amotinamientos y para desconcierto de las autoridades durante ese verano se casaron dos millones de campesinos para eludir momentáneamente la llamada a filas.

El general Danilov, refiriéndose a la escasa moral entre esas tropas, incluso al principio del conflicto, escribió: «Al comienzo de la movilización se produjeron disturbios en varios lugares entre las unidades de reserva. Algunos, como en Barnaul, fueron bastante graves y tuvieron que ser reprimidos por la fuerza de las armas. La explicación que solía darse a estos desórdenes, la embriaguez, no es satisfactoria, porque existía una orden imperial que prohibía la venta de bebidas alcohólicas. Parece más correcto

creer que un activo fermento de desintegración se estaba infiltrando en las masas. Los grupos de reservistas se dejaban arrastrar por un sombrío presentimiento… El pueblo ruso no estaba psicológicamente preparado para la guerra. Las grandes masas de campesinos no acababan de entender por qué razón se les llamaba a filas. Los *mujiks* fueron a la guerra porque estaban acostumbrados a plegarse a la voluntad de las autoridades. Pasivos y pacientes, estaban habituados a llevar su cruz hasta el día del juicio final».

La sagacidad de este general zarista se correspondía con los análisis que algunos revolucionarios venían haciendo desde hacía años. En 1904, en un artículo que llevaba el significativo título de *El desmoronamiento de la Autocracia*, el socialdemócrata Parvus ya había hecho hincapié en «la contradicción entre las condiciones de la guerra y la materia prima social del ejército ruso». «¿Dónde estaban las escuelas nacionales y las libertades políticas —se preguntaba Parvus— necesarias para crear un soldado práctico, reflexivo e independiente»? ¿Cómo se podía conciliar el movimiento de tropas y la dirección del ejército con el «atraso administrativo» ruso?

Esta contradicción fundamental entre la real naturaleza del ejército y su imponente apariencia tenía su corolario en el mando que lo dirigía, ya que el favoritismo y la antigüedad colocaban y mantenían a muchos incompetentes, fracasados, propietarios arruinados, burócratas de todas clases y, en los grados superiores, favoritos de la Corte, grandes duques, y oficiales caducos, ocupando los puestos más altos. El Cuerpo de oficiales estaba repleto de generales ya viejos, cuyo ejercicio intelectual más pesado era jugar a los naipes, pero que por su prestigio y posición en la Corte eran mantenidos en activo sin pasar a la reserva. La edad media era de 69 años. Muchos oficiales eran nombrados y ascendidos por recomendación, y aunque entre ellos había soldados capaces, el sistema que imperaba impedía que fueran los mejores los que ocuparan los cargos de mayor responsabilidad.

Después de la vergonzante derrota infringida por Japón, un gran número de oficiales había presentado la dimisión o habían sido licenciados a la fuerza. En un solo año, 314 generales, casi tantos como había en todo el ejército francés, y 400 coroneles fueron licenciados por inútiles. Sin embargo, el ejército ruso continuaba siendo el mismo, como lo demostró la permanencia al frente del Ministerio de la Guerra, del general Sujomlinov, un hombrecillo tan corrupto como incapaz, que detentó ese cargo de 1909 a 1915.

Durante una reunión de instructores de Estado Mayor, el Ministro de la Guerra les reprochó mostrar interés por las armas de fuego anteponiéndolas al sable, la lanza y la carga a la bayoneta. «La guerra como ha sido siempre, así será siempre... Todas esas cosas son meras innovaciones viciosas. Fíjense en mí, por ejemplo: no he leído un solo manual militar durante los últimos veinticinco años». Sujomlinov se había ganado y conservado la gracia imperial cultivando la amistad de Rasputín. Como resultado de todo ello, resistió a todas las acusaciones de corrupción e incompetencia hasta bien iniciado el conflicto.

Con todo, aunque la mayoría de sus jefes eran muy parecidos a Sujomlinov, el ejército ruso podía presentar cada año un formidable desfile militar que impresionaba a los agregados militares de las embajadas extranjeras. A estos les parecía una «apisonadora», un «rodillo»; tal vez lento en ponerse en marcha, pero imposible de detener una vez hubiese adquirido velocidad. El enigma de su capacidad real era uno de los problemas que se planteaban en todos los ejercicios teóricos alemanes y austríacos. Sin embargo, para los franceses, cuyos generales estaban consagrados a la doctrina de la ofensiva y convencidos de que el «vigor y la tenacidad eran más importantes que la habilidad táctica», esa inmensa masa de soldados que componían el ejército ruso era de vital importancia.

«Todo el mundo, en la política francesa, estaba altamente impresionado por la creciente fuerza de Rusia y sus tremendos recursos, así como por su potencial y riqueza», observó sir Edward Grey cuando visitó París en abril de 1914. Y él personalmente compartía esta impresión. «Los recursos rusos son tan enormes, que a la larga Alemania quedará agotada sin que nosotros tengamos necesidad de ayudar a Rusia», le dijo al presidente francés Poincaré.

Sin embargo, el simple análisis de algunos datos venía a desmentir ese optimismo. Para que el «rodillo» ruso aplastara al enemigo había que ponerlo en movimiento y la red de comunicaciones en Rusia presentaba serias carencias. En Alemania había 6,5 kilómetros de vía por cada kilómetro cuadrado de territorio; en Rusia, sólo 0,6. La distancia media que tenía que recorrer por ferrocarril un recluta ruso desde su punto de embarque hasta el centro de movilización era de 1000 a 1.100 kilómetros; en Francia y Alemania era de 260. Había seis líneas de vía doble y dos líneas de vía simple entre el meridiano de San Petersburgo y las zonas de concentración, pero

los movimientos laterales (es decir, de un frente a otro) eran casi imposibles. Por consiguiente, el parque de vagones de un sector determinado quedaba en la práctica inmovilizado en esa zona por toda la duración de la campaña. Los vagones de mercancías no disponían de frenos automáticos, para equiparlos se hubiera necesitado un crédito de 20 millones de rublos, que nunca fue aprobado. Incluso en sus propios sectores, o sea operando en sentido radial, el recorrido medio diario de un tren militar era de 325 kilómetros, comparado con los 650 en Francia y Alemania.

Tampoco en el terreno de la producción militar Rusia se encontraba a la altura. La necesidad de reequipar a la marina y al ejército, tras las calamidades de la guerra ruso-japonesa se convirtió en una prioridad, pero Rusia no poseía una industria de armamento especializado comparable a Vickers (Gran Bretaña), Krupp (Alemania) o Schneider-Creusot (Francia). Su lugar lo ocupaban los cárteles y consorcios de maquinaria y construcción naval, que querían sacar provecho de las grandes sumas dedicadas a la fabricación de armamentos. El rearme dio un ímpetu al desarrollo económico y se impuso a las objeciones y quejas del Ministro de Hacienda. El presupuesto militar aumentó de 420 millones de rublos en 1900 a 647 millones en 1910 y a 861 millones en 1913, es decir, al 21,1% del total de gastos consignados en el presupuesto nacional; no obstante, las fábricas de armas rusas producían menos de dos terceras partes de lo que se había calculado como necesario si se entraba en conflicto, tanto de granadas y obuses de artillería como de cartuchos para la infantería, de los que no se llegaba a producir ni la mitad.

Pero los aliados franceses querían ignorar todas las posibles carencias ya que no les interesaba un éxito ruso en el campo de batalla. A sus ojos, lo esencial era que durante las primeras semanas de guerra los rusos efectuasen un movimiento, de la clase que fuera, por más inútil que pudiera parecer. El zar disponía de existencias aparentemente inagotables de una materia prima fundamental para la guerra: sangre. Si acertaba a gastarla en cantidad suficiente y con la suficiente rapidez, los franceses creían que eso les permitiría alcanzar la victoria en el Oeste.

El espíritu que reinaba en San Petersburgo era muy favorable al punto de vista francés. Anhelantes de restablecer la mancillada gloria de sus armas, los rusos dieron prestamente su consentimiento para lanzar simultáneamente la ofensiva con Francia en cuanto se iniciara el conflicto. Tan pronto

como sus fuerzas de combate estuvieran en línea, sin esperar a terminar su concentración, los rusos atacarían cruzando la frontera de la Prusia oriental. «Hemos de pegar en el propio corazón de Alemania. El objetivo que todos hemos de perseguir es Berlín», reconocía el zar en un documento que firmó.

Si los ejércitos zaristas pudieron emprender la ofensiva en agosto de 1914, contra alemanes y austrohúngaros, fue debido sobre todo a que el potencial bélico germano se había volcado contra Bélgica y Francia, tratando de lograr una rápida victoria en Occidente. Sólo así los rusos lograron avanzar en la Prusia oriental recreando la leyenda del «rodillo compresor», que la prensa francesa y británica explotó con celo tenaz durante los primeros días de guerra.

Pero ya el 30 de agosto, los refuerzos alemanes permitieron al mariscal Hindenburg alcanzar la resonante victoria de Tannenberg, y el ejército zarista perdió trescientos mil hombres en esta campaña. También es cierto, que mientras que en el Norte, los rusos se veían obligados a retirarse de la Prusia oriental, en la Galitzia alcanzaban éxitos apreciables contra los austrohúngaros. Así ocuparon casi toda esta provincia polaca que pertenecía a los Habsburgo y no se detuvieron hasta llegar a la vista de Cracovia; y a pesar de la ofensiva alemana, permanecieron dueños de Varsovia, tan codiciada por Hindenburg.

No obstante, estos éxitos relativos, fueron adquiridos a costa de inmensas pérdidas, ya que los rusos adoptaron pronto la costumbre de oponer al potencial de fuego del ejército enemigo la única fuerza real de que disponían: la masa humana de sus campesinos movilizados al servicio del zar. Por otra parte los logros fueron efímeros: en mayo de 1915, se había perdido ya toda la Galitzia; en agosto, los alemanes se apoderaron de Varsovia y de extensos territorios en los límites de Polonia y Rusia, y, en septiembre, era atacado el propio territorio ruso, sin que el ejército zarista consiguiera otra cosa que frenar el avance alemán ante los pantanos de Pinsk y a las puertas de Riga. La situación era tal que el gobierno incluso empezó a preparar la evacuación de Petrogrado.

Las campañas rusas de 1914, 1915 y 1916 tuvieron un resultado catastrófico y su estrategia estuvo siempre subordinada a la de las potencias occidentales. Cada una de estas operaciones era emprendida en respuesta a la presión occidental, que tenía poco o nada en cuenta la falta de preparación

rusa. En 1914, la ofensiva contra Prusia oriental sirvió para salvar a París de un ataque alemán; la de 1915, respondió a los ruegos franceses para que se llevara a cabo un contraataque que aliviara la presión sobre el frente occidental; y en 1916 la ofensiva del general Brusílov en Galitzia fue debida al peligro en que se hallaban los ejércitos italianos, fuertemente presionados por Austria-Hungría.

La subordinación de Rusia a las exigencias militares aliadas siguió caracterizando la política militar rusa aun después del derrocamiento del zarismo. La dependencia también se extendía a la participación rusa en la asignación de suministros militares: así, en 1916, el esfuerzo francés para lograr el envío de 400.000 soldados rusos a Francia, en sucesivas expediciones de 40.000, puso de manifiesto el papel de Rusia como reserva de carne de cañón para el agotado ejército galo.

Pero el ejército ruso no se benefició de los hombres que tenía a su disposición, ya que estaba muy mal equipado. Una de las claves fundamentales para explicar estas derrotas era la falta de armamento y equipamiento necesarios. El general Yanushkevich, jefe del Estado Mayor, tan deseoso de entrar en la guerra que había cortado los cables del teléfono para impedir que el zar anulara la orden de movilización, escribió consternado al Ministro de la Guerra Sujomlinov en fecha tan temprana como diciembre de 1914: «Ninguna ciencia nos ha enseñado a hacer la guerra sin municiones, sin fusiles y sin cañones… Las municiones escasean de modo alarmante. Los alemanes... dicen que estamos acabados porque no contestamos a su fuego». Y en otra carta aquella misma semana: «Los soldados no tienen botas y se les congelan las piernas. No tienen zamarras ni ropa interior gruesa y se resfrían… ¿Por qué hemos de morir de hambre y de frío, sin botas? La artillería guarda silencio y nosotros caemos como perdices».

El mantenimiento de varios millones de hombres en armas exigía recursos muy superiores a los que Rusia tenía a su disposición. Cada día de lucha suponía un gasto de 25'7 millones de rublos en 1915, al año siguiente la cifra ascendía ya a 41'7 millones. Sólo con sus propios recursos Rusia no podía hacer frente a gastos tan elevados; el gobierno se vio forzado a recurrir a empréstitos de otros países y pronto su deuda ascendió de modo vertiginoso.

Por eso faltaban botas, mantas, medicamentos... pero faltaban, sobre todo, armas. En los campamentos de instrucción militar, los instructores

no podían distribuir más que un fusil para cada tres soldados. La falta de municiones y fusiles llegó a tal punto, que las reservas de infantería que se mandaban al frente debían contar sólo con los equipos de sus camaradas muertos o heridos. Todavía en 1915 se daba el caso de unidades en las cuales 25% de los soldados iba al asalto sin armas: las instrucciones eran de recoger los rifles de los caídos... «Nosotros, señor, no tenemos más arma que el pecho de los soldados» — le dijo un infante ruso al historiador inglés Pares, cuando éste visitó el frente en 1915—. Escaseaban incluso cosas tan elementales como el calzado, pero el intento de organizar una conferencia para examinar las necesidades del ejército, especialmente la mejora en el suministro de botas, fue tachado por el alto mando de subversivo.

El gobierno intentaba compensar sus radicales carencias en material bélico movilizando a su enorme población. El Estado Mayor ruso, como el francés, era un fanático de la «ofensiva a ultranza» y parecía no importarle el despilfarro del «material» humano. Quería a toda costa romper las defensas enemigas y se limitaba a lanzar ofensivas sin la menor preparación logística. Oleadas de hombres sin fusiles, a veces hasta con simples armas blancas, eran arrojadas una y otra vez sobre las líneas enemigas. Con una resignación asombrosa los campesinos rusos aceptaban precipitarse hacia una muerte segura. En 1914 se lanzó una verdadera marea humana, sin preparación de artillería, sin las armas suficientes, con la esperanza de sumergir al alemán. La artillería y las ametralladoras enemigas mataron a 500.000 soldados en sólo cinco meses de 1914. Nadie protestó, ni en el Estado Mayor, ni en la prensa.

Añadamos a ello que el aprovisionamiento de las tropas era también deficiente por la escasez de las vías de comunicación, y que los servicios sanitarios se hallaban en tal estado que el número de enfermos no atendidos era muy superior al de heridos y muertos. Los primeros 18.000 heridos de las batallas de Lodz y Berezina fueron transportados en trenes de mercancías a la estación Varsovia-Viena en Varsovia y dejados en los andenes «bajo la fría lluvia, sobre el barro, sin siquiera un colchón de paja». Sus llantos y quejidos «llenaban el aire». Únicamente les atendían las enfermeras y médicos polacos.

El tifus, la gripe, la gangrena, se cobraron así muchas vidas. De enero de 1915 a febrero de 1917 el ejército tuvo 1.500.000 muertos más, y dos millones de prisioneros. En dos años y medio de guerra había perdido, entre

muertos y prisioneros, cuatro millones de soldados. Hindenburg, que no era precisamente un observador sensiblero, sintió horror de la carnicería del frente oriental. «...A veces, en nuestros combates con los rusos — escribió en sus memorias —, teníamos que quitar los montones de cadáveres enemigos de delante de nuestras trincheras a fin de poder ver con claridad a las nuevas oleadas de asaltantes».

Nadie se alzó contra la masacre de soldados rusos; los que más tarde acusaron al régimen bolchevique de ignorar el valor de la persona, consideraban normal sacrificar al puro azar dos o tres regimientos. Este desprecio por la existencia humana, tanto en los jefes como en los ejecutantes, merece señalarse porque ilustra uno de los aspectos más importantes de la historia contemporánea rusa. La llamada opinión pública no se conmovió ante semejante carnicería. La guerra se hacía fuera del territorio nacional. A muchos comerciantes y campesinos no movilizados les iba mejor que antes de la guerra por la subida de los precios, y las clases medias de las ciudades no lo pasaron demasiado mal hasta fines de 1916, cuando empezaron a sufrir la escasez, principalmente en Petrogrado.

El ejército padeció también una grave crisis de mando. Generoso con la sangre de la tropa, el alto mando lo fue también con la de la oficialidad. En tiempo de paz, el número de oficiales de baja graduación, unos 40.000 para un ejército de dos millones, era escaso. En los últimos cinco meses de 1914 cayeron 60.000 oficiales. Fue necesario sacar de las academias promociones anuales de 35.000 oficiales que apenas alcanzaban a cubrir las bajas; por eso fue preciso ascender soldados de tropa al rango de suboficiales y oficiales. A finales del año, en proporción, las bajas sufridas por la oficialía eran aún más numerosas que las de tropa. El escogido Regimiento de la Guardia Preobrazhensky perdió cuarenta y ocho de sus setenta oficiales, y en la 18º División sólo quedaron 40 oficiales de los 370 con que contaba. Se puede decir que la flor de la aristocracia rusa pereció en los primeros cuatro meses de guerra.

En 1915 era muy difícil encontrar un regimiento (3000 hombres en el frente) con más de 12 oficiales. Esa crisis de mando explica en gran parte el derrumbe del ejército en 1917. Al finalizar el año 1916, los cuadros del ejército zarista de 1914 habían sido renovados tres veces, esto dio lugar a un cambio decisivo en las fuerzas armadas. El antiguo cuerpo de oficiales, generalmente nutrido de las clases superiores, fue reemplazado en gran parte

por plebeyos. Además, había 20.700 oficiales de la reserva movilizados que habían servido como «voluntarios» antes de la guerra. Los voluntarios eran principalmente jóvenes de las clases educadas que deseaban escapar de la conscripción. Cumplían su servicio con plazos más cortos de entrenamiento (sólo seis meses para los graduados universitarios), y pasaban a la reserva para ser llamados sólo en tiempos de guerra. Así, muchos civiles educados con ideas progresistas entraron en el cuerpo de oficiales de guerra, y jugarán un papel significativo en los comités de soldados que aparecerán en 1917.

El gobierno podía confiar en el ejército en tiempo de paz; pero el ejército en tiempo de guerra, engrosado por aquellos reclutas de los pueblos, se identificaba más con las masas civiles del país —es decir, los campesinos y los trabajadores— que con las autoridades oficiales. Por otra parte, los fracasos, las «carnicerías», las carencias de lo más elemental, y los cambios en el mando, se tradujeron rápidamente en desmoralización, y los primeros en sufrirla fueron los responsables de todo aquello.

En sus memorias el general Brusílov escribió: «En un año de guerra, el ejército regular había desaparecido, reemplazándole un ejército de ignorantes». El efecto destructivo de la guerra sobre la moral de los mandos militares se puede ver en una afirmación del general Polivanov, nuevo Ministro de la Guerra, hecha después del 6 agosto de 1915, al día siguiente de la caída de Varsovia, que desarticuló todo el ejército ruso.

El ejército ya no «retrocede, huye —informó el Ministro, al Consejo—. Se ha destruido toda la confianza en su fuerza... El Cuartel General ha perdido totalmente la cabeza. Órdenes contradictorias, vacilaciones aquí y allá, febriles cambios de jefes y confusión general están acabando con la tranquilidad de los más valientes... La confusión en el alto mando ya no es ningún secreto y desmoraliza aún más al ejército. Nuestra única esperanza se basa en las grandes distancias, los caminos impracticables y la gracia de San Nicolás, patrono de la Santa Rusia».

En estas circunstancias, no era extraño que las deserciones adquirieran proporciones considerables y que a menudo los soldados se rindieran en masa al enemigo, a veces por iniciativa de sus oficiales. Unos cosacos que lograron rescatar a 500 prisioneros se vieron increpados por éstos: «¿Quién os pidió que lo hicierais, hijos de perra? No queremos volver a pasar hambre y frío».

En mayo de 1916, se contaban ya más de un millón y medio de desertores. El proceso de descomposición comenzado en el ejército después de las primeras derrotas se agravaba con la prolongación de la guerra, como lo atestiguan cartas de combatientes: «Hace frío. La suciedad nos invade. Los parásitos nos devoran... Sólo nos dan de comer una vez al día, a las diez de la noche: ¡lentejas negras que no se comerían los cerdos! Aquí, en el Ejército, cunde la efervescencia. ¡Estamos hartos de la guerra! En varias ocasiones se nos ha ordenado pasar a la ofensiva, pero los soldados no salen de las trincheras, no quieren saber nada».

En un documento oficial de origen policíaco fechado en octubre del año 1916, se decía: «Todos cuantos han mantenido contactos con el ejército se hallan convencidos de que nos encaminamos a una completa desmoralización. Hace ya mucho tiempo que los soldados exigen la paz, y nunca como ahora se ha hecho con tanta franqueza y energía. En cuanto a los oficiales, no es raro que se nieguen a dar la orden de atacar porque, de hacerlo, temen ser muertos por sus propios hombres».

La censura zarista, que abría las cartas provenientes del frente, estableció que el 60% de los soldados se expresaba en tono derrotista. La lectura de las cartas retenidas por los censores, y encontradas más tarde en los archivos de los estados mayores, aclaran muy bien el estado de ánimo que reinaba entre las tropas. He aquí un fragmento: «He estado en el ataque cuatro veces, pero no he servido para nada. Nuestros regimientos se han negado a avanzar. Algunos salieron de las trincheras, otros no; entonces yo tampoco me moví». Muchos describían casos de rebelión individual, y a veces colectiva. Secciones enteras se negaban a ir al asalto. Hubo casos de amotinamiento, así como de oficiales asesinados por sus mismos soldados. La tasa de víctimas, sin precedentes, ocasionada por la ofensiva Brusílov en otoño de 1916, dio lugar a una serie de motines de regimientos y divisiones enteras que fueron reprimidas por la fuerza y por las ejecuciones sumarias.

A todo ello contribuía también la propaganda revolucionaria en las filas del ejército. Muchas organizaciones bolcheviques habían sido desmanteladas poco antes de la guerra y durante sus primeros meses millares de obreros activistas fueron encarcelados. No obstante, las organizaciones bolcheviques recomendaban a los miembros del partido no eludir la movilización. Se daban casos frecuentes en que los bolcheviques se alistaban voluntarios al ejército. Así, en junio de 1915, los agentes de la Okhranka zarista informa-

ron que los socialdemócratas letones habían decidido alistarse voluntariamente al servicio militar, contabilizándose en Petrogrado y en Riga el enganche de más de 200 militantes revolucionarios. Pero lo más normal era que los comités bolcheviques encomendaran el trabajo entre la tropa, principalmente, a los miembros del partido llamados a filas por su participación en el movimiento huelguístico, así como a los reclutados por la movilización general.

Muchos de los bolcheviques que marcharon al frente seguían manteniendo enlace con sus organizaciones partidarias, de las que recibían literatura antibélica, instrucciones, etc. En 32 meses de guerra —desde finales de julio de 1914 hasta marzo de 1917— las organizaciones bolcheviques imprimieron, por los datos que se tienen, más de 600 textos con una tirada de unos 2 millones de octavillas, cuya mayor parte fue a parar al ejército y a la Marina de Guerra. Las octavillas llegaban a las trincheras con paquetes y regalos que traían los propios soldados que se incorporaban de los hospitales y los que regresaban de permiso.

La llamada a filas en otoño de 1915 de reservistas padres de familia provocó graves disturbios que se repitieron al año siguiente cuando fueron movilizados los mayores de cuarenta y cinco años. Estos últimos se convirtieron en un elemento particularmente turbulento. El mando opinaba que los reservistas que llegaron al frente a finales de verano de 1916 «eran, en el aspecto de la moral, mucho peores que todos sus predecesores», estando sus mentes «envenenadas por la propaganda».

Las condiciones más propicias para el trabajo revolucionario se daban en las unidades de reserva y complemento que, como regla, estaban acantonadas en grandes ciudades. En éstas, los soldados se relacionaban más de cerca con los civiles y percibían el descontento del pueblo por la guerra y sus calamidades. La labor de los bolcheviques en estas unidades tenía especial importancia, por la razón de que estaban encargadas, en caso de necesidad, de apoyar a la policía en operaciones de represión ante las protestas de los civiles, como ocurrió a finales de febrero en Petrogrado.

Al finalizar la jornada del día 26 de febrero en la capital del Imperio, se podía decir que la disciplina de las tropas todavía no estaba quebrantada, ya que las masas trabajadoras habían sufrido la brutal represión del ejército aquel mismo día. Sin embargo, en los cuarteles se comenzaba a operar un acusado proceso de descomposición.

Los regimientos apostados en la ciudad y sus alrededores, incluidos aquellos que formaban parte de la Guardia, estaban ya casi exclusivamente compuestos por reclutas y reservistas movilizados a raíz de la guerra, en su mayoría campesinos, a los que la disciplina militar les era extraña y cuyo mayor deseo era volver a casa tan pronto como fuera posible.

El gobierno había concentrado a fines del verano de 1916 a más de 160.000 hombres en Petrogrado. El grueso de esa guarnición lo constituían dieciséis batallones afectos a los regimientos de la Guardia y seis regimientos de infantería de la reserva, que servían de remplazo para los que se hallaban en el frente. Los regimientos de la Guardia encuadraban entre 4.500 y 7.500 hombres cada uno, mientras que los seis regimientos de infantería de reserva eran más numerosos y oscilaban entre 10.000 y los 19.000 efectivos. Entre estos últimos figuraban dos regimientos de ametralladoras, uno de los cuales, el 1º Regimiento de Oranienbaum, estaba acuartelado en el distrito de Vyborg. Terminaban de componer la guarnición de la capital el 1º y 4º Regimiento de Cosacos del Don y varias Academias militares.

En febrero de 1917 es muy posible que el número de tropas acantonadas en la ciudad y sus alrededores superase los 300.000 hombres, algunos de ellos profesionales con experiencia y muy preparados, pero estaban también acuartelados miles de reclutas y soldados cabezas de familia que vegetaban inactivos, temiendo que cualquier día los enviaran a combatir. En las trincheras las condiciones de vida eran diferentes, pero esa multitud de reclutas, casi sin oficiales, en los cuarteles, una vez cubierto el servicio, no tenía nada que hacer sino fumar y platicar. Mal alimentada, mal atendida y casi desocupada, la tropa abandonaba los acuartelamientos para pasearse por las calles o merodear por la ciudad.

Que la asociación entre soldados y obreros descontentos estaba socavando la fiabilidad de la guarnición no escapó a la atención de las autoridades. Una señal definitiva de que las tropas ya no eran el brazo sumiso de la monarquía que había sido en 1905 apareció a mediados de octubre de 1916, cuando varios cientos de soldados del 181º Regimiento de Infantería de la Reserva acuartelado en el distrito de Vyborg ayudaron a los trabajadores en huelga de la fábrica de automóviles Reno a defenderse de la policía.

En enero de 1917, una comisión bajo el mando del general Khabalov había redactado un plan preciso para reprimir todo lo que pudiera conside-

rarse como un levantamiento. La Región Militar de Petrogrado dejó de pertenecer al Frente Norte, y la ciudad fue dividida en distritos que, a su vez, fueron subdivididos. Cada subdivisión tenía asignadas fuerzas armadas. El desarrollo de la operación estaba perfectamente planeado: en primer lugar, la policía había de actuar sola, luego aparecerían los cosacos con sus látigos. Solamente en caso de verdadera necesidad las tropas entrarían en acción con fusiles y ametralladoras. Este plan se había concebido teniendo en cuenta lo sucedido durante la revolución de 1905, y su diseño en sí no era malo; lo defectuoso era el propio material humano para llevarlo a la práctica.

Los dos primeros días de revueltas Khabalov se atuvo a lo establecido: el 23, la policía actuó por su cuenta y el 24 la caballería fue sacada a la calle con instrucciones de emplear solamente los látigos y las lanzas. La infantería y las armas de fuego se mantuvieron preparadas en «previsión de acontecimientos». Pero estos acontecimientos, como ya sabemos, se precipitaron con inusitada rapidez.

Para los manifestantes, a pie y sin armas, el empleo de tropas de infantería supuso la inestimable ventaja de no tener que enfrentarse a jinetes. Aunque fueran ciertos los rumores que corrían entre los trabajadores acerca de los cosacos y sus amistosas inclinaciones, hay algo imponente e inaccesible en un hombre a lomos de un caballo. Pero los soldados ordinarios iban a pie, por lo que la confraternización con ellos resultaba más fácil, más natural, menos peligrosa. Aquí las mujeres desempeñaron un papel muy importante; era mucho menos arriesgado para ellas caminar atrevidamente ante los soldados, e incluso apoderarse de sus armas e implorarles que se pasaran a su lado.

Los trabajadores, en las ocasiones en que se confrontaron con la tropa, les dirigían la misma pregunta mirándoles a los ojos: «¿Qué vais a hacer?» Las respuestas de los soldados expresaban diversos matices de culpabilidad, vergüenza e indecisión. Se estaba produciendo un cambio profundo en las relaciones entre las dos fuerzas decisivas del levantamiento de febrero: la clase trabajadora y el ejército.

Pero el apoyo de los soldados hasta ese momento había sido provisional y tímido, es más, su intervención durante la jornada del 26 de febrero había contribuido a la represión sangrienta de las manifestaciones. Como

ya sabemos, en la tarde de ese mismo día 26, en una reunión del comité de Vyborg del partido bolchevique se discutió la posibilidad de poner fin a la huelga. El hecho de que decenas de manifestantes hubieran sido alcanzados por los disparos dio súbitamente la impresión de que la gigantesca escalada del levantamiento resultaba extremadamente peligrosa. Sin embargo, horas antes, se había desarrollado un hecho que iba a resultar determinante: un motín en la 4ª Compañía del Regimiento Pavlovsky de la Guardia Imperial. La policía dio una explicación inequívoca de su causa: la «indignación» contra el grupo de instrucción del mismo regimiento que, estando de servicio en la Nevsky, había disparado contra la multitud.

Alrededor de las dos de la tarde, un grupo de trabajadores entró en el cuartel del regimiento haciendo un indignado relato del tiroteo del que habían sido testigos: «Hemos visto a soldados con vuestro uniforme en la Nevsky; ya podéis decir a vuestros camaradas que los soldados de este regimiento también están disparando contra nosotros...». Ante esta denuncia todos los acuartelados se quedaron consternados.

Este hecho nos indica que los contactos entre los soldados y los obreros eran ya de tal entidad que los trabajadores corrientes consideraban que la visita al cuartel podía ser fructífera. Y lo fue, porque, a las seis de la tarde, la 4ª Compañía abandonó el acuartelamiento sin permiso de sus superiores, bajo el mando de un anónimo oficial sin destino, y marchó a la Nevsky para enfrentarse a su propio grupo de instrucción.

Los amotinados, salieron a la calle con escaso armamento y casi sin munición, y marcharon a lo largo del Canal Ekaterinsky hacia perspectiva Nevsky. Al otro lado del canal, cerca de la plaza Mihailovskaya, un escuadrón de la policía montada avanzó con la intención de cortar el paso a los soldados del Pavlovsky. Por encima de la barandilla del canal la policía disparó una descarga contra la tropa, que se tiró al suelo y devolvió el fuego, matando a un caballo y a un policía e hiriendo a otro. El escuadrón de la policía volvió grupas y se alejó, pero poco después los amotinados se encontraron frente a todo un destacamento del Regimiento Preobrazhensky enviado para reducirlos. Este enfrentamiento entre soldados fue un momento dramático. Dos destacamentos, uno armado y el otro prácticamente sin armas, avanzaron uno sobre otro. Los amotinados del Pavlovsky gritaron: «¡No disparéis, hermanos!», y a pesar de las ordenes de los oficiales la tropa no abrió fuego.

No obstante, poco después, aislados y sin una idea clara de que podían hacer, la mayor parte de los hombres de la 4ª Compañía del Regimiento Pavlovsky, decidieron volver al cuartel, pero 21 soldados desertaron llevándose sus armas.

Los oficiales trataron de calmar a todos los efectivos del acuartelamiento y les comunicaron que se había recibido una orden por la cual se retiraban todas las patrullas del regimiento de las calles. Pero al caer la noche, la 4ª Compañía empezó a sufrir las represalias. La tropa fue aislada y encerrada en sus barracones, se les vaciaron los armeros, y un cordón de la guardia rodeo la dependencia donde se alojaba la unidad. A pesar de que los mandos pensaron inicialmente arrestar a todos los hombres y someterles a un consejo de guerra, finalmente se limitaron a arrestar a los cabecillas de la perturbación. Diecinueve soldados de la 4ª Compañía fueron conducidos a la Fortaleza de Pedro y Pablo y encarcelados.

Este hecho fue uno de los momentos decisivos en la defección del ejército y su adhesión al campo insurrecto, ya que en algunos cuarteles aquella noche se estuvo hablando de lo que había ocurrido.

El día 27 (12 de marzo), la chispa encendida por la 4ª Compañía saltó a todos los batallones de la Guardia de reserva. Desde primeras horas de la mañana, uno detrás de otro, siguieron el ejemplo de la 4ª Compañía. El primero fue el Regimiento Volinsky que había disparado sobre la multitud en la plaza Zamenskaya. He aquí el relato de un soldado de lo que ocurrió aquella mañana en ese regimiento:

«El suboficial Kirpichnikov nos leyó las órdenes: formar el destacamento al día siguiente a las siete. Mientras tanto, en un rincón apartado y oscuro, dieciocho hombres que se habían reunido decidieron que por la mañana harían las cosas a su manera. Hasta fijaron un plan de acción: formar el destacamento no a las siete, sino a las seis, y utilizar ese margen para convencer a todos los hombres. Era ya el alba cuando los confabulados regresaron a sus puestos. A las 6 de la mañana del 27 la sección, compuesta por trescientos cincuenta hombres, estaba ya formada. Kirpichnikov tomó la palabra y dijo cómo había que actuar. Fue casi inútil dar explicaciones: los soldados, ya trabajados por la propaganda, querían pasarse de parte de los obreros. "No tiraremos más sobre los nuestros", decían...

Se oyó, en aquel momento, un sonido de espuelas y entró el cadete Kokolov, un ex-estudiante llegado hacía poco al regimiento. A su saludo

todos respondieron como estaba prescrito. Pero cuando, detrás de él, entró el capitán Lashkievich, a su saludo todos respondieron como se había convenido, con un "¡Hurra!". Lashkievich, sospechando algo, repitió el saludo: de nuevo le respondió el mismo impresionante "¡Hurra!". Furioso, el capitán preguntó al suboficial Márkov qué significaba todo eso. Con voz firme, apuntándole al pecho la bayoneta, Márkov respondió: "Hurra es una señal para desobedecer sus órdenes." Las culatas de los fusiles golpeaban el suelo y crepitaban los cargadores. "¡Firmes!" trató de ordenar Lashkievich. "Vete mientras estás vivo", le gritaron los soldados. Perdida toda esperanza de restablecer el orden, Lashkievich y Kolokolov salieron a la carrera. En el corredor encontraron al alumno oficial Vorontsov-Veliaminov y los tres se dieron a la fuga. Márkov y Orlov se precipitaron a las ventanas, abrieron los postigos y, cuando los oficiales estuvieron a tiro, oímos dos disparos. Lashkievich cayó cuan largo era bajo el pórtico. Los otros dos lograron escapar y corrieron a informar de la insurrección al estado mayor del regimiento».

Toda la sección, comandada por Kirpichnikov, se precipitó al patio. Varios hombres se dirigieron a otras unidades del batallón con la intención de ganarlas para la insurrección. Pronto la 4ª Compañía salió, seguida por las unidades de instrucción de la 1ª y 2ª Compañías. Los soldados abrieron la armería y se distribuyeron rifles y cartuchos. Enseguida los soldados armados llenaron todo el patio del cuartel. Los cornetas tocaban arrebato y algunos hacían disparos al aire en tanto resonaba un atronador «¡Hurra!». Así comenzó la salida a la calle del Regimiento Volinsky.

A las siete de la mañana un comandante del batallón telefoneó a Khabalov, al que comunicó las alarmantes noticias: el grupo de instrucción —la unidad especializada en la represión de motines, palanca principal contra el levantamiento— se había negado a acatar las órdenes y había asesinado a su comandante.

De esta manera, los soldados del Regimiento Volinsky habían dado el paso final hacia la insurrección. Se habían amotinado y, al hacerlo, habían quemado sus naves. Tenían que hacer algo para protegerse a sí mismos y, dadas las circunstancias, su única defensa era unir a su motín a cuantos regimientos fuera posible.

Toda una serie de prestigiosas unidades tenían sus acuartelamientos en el centro de la ciudad, muy próximas unas a otras, lo que facilitó el contagio.

Los rebeldes del Volinsky se agolparon ante los cuarteles de los Regimiento Litovsky y Preobrazhensky para «hacer salir» a los soldados, justamente como los huelguistas habían «hecho salir» a las calles a otros trabajadores para sumarse a la huelga. Khabalov pronto recibió un nuevo informe que decía que el Regimiento Volinsky no sólo se había negado a entregar sus fusiles cuando se lo ordenó su general, sino que, junto con los regimientos Litovsky y Preobrazhensky, habían derribado las barreras de la policía. El ejército había cruzado definitivamente el Rubicón y los batallones de la Guardia de reserva ya no podían volverse atrás; si el levantamiento fracasaba, sus cabezas serían cortadas.

El primer momento de abierta confraternización entre los trabajadores rebeldes y los soldados amotinados tuvo lugar en los cuarteles de los regimientos Volinsky y Preobrazhensky, que eran edificios casi anejos. Hubo breves discursos y saludos, y la gente en las aceras se entremezclaba con las filas de soldados, coreando sus gritos con entusiasmo. Alguien dijo que el zar podría enviar tropas desde el frente, pero un miembro del Regimiento Preobrazhensky respondió: «Son como nosotros… ahora nadie puede resistirse al pueblo». Los soldados se confundían con los trabajadores, y este momento señaló el punto de inflexión en la revolución que se había desencadenado días atrás. Como escribió Kaûrov más tarde, olvidando sus aciagos pronósticos del día anterior: «Sucedió lo inevitable. Los soldados se unieron a nosotros. Las masas revolucionarias habían triunfado».

El soldado Olegv Sipol del 6º Batallón de Ingenieros de la Reserva, recordaba que en la mañana del 27, cuando su unidad se estaba preparando para la formación, como de costumbre, oyeron una descarga de fusilería y gritos de «¡Hurra!» que llegaban desde la calle lanzados por soldados que se acercaban a su cuartel diciendo: «¡Salid, camaradas!». Los ingenieros tuvieron que esperar mucho tiempo antes de que las puertas del recinto se abrieran. «Los que habían llegado corriendo al acuartelamiento gritaban: ¡Hurra!, compañeros, coged los fusiles, las herramienta y cartuchos». Finalmente las puertas de los almacenes fueron descerrajadas, y los ingenieros se unieron a la insurrección. Una vez en la calle, precedidos por su banda marcharon al son de la música hacia la perspectiva Liteiny.

Pero durante aquella mañana, no todas las unidades tuvieron claro sumarse a la revuelta desde el principio. El Regimiento Moskovosky de la Guardia estaba enclavado en el barrio de Vyborg, los trabajadores del dis-

trito y elementos de las unidades amotinadas se presentaron delante del acuartelamiento pidiendo que sus soldados se sumaran al levantamiento y gritando «¡Salid, uniros al pueblo!. ¡Abajo la guerra!». Pero la unidad de instrucción se posicionó ante las puertas del cuartel e impidió el paso al recinto. Un oficial amenazó con disparar si los manifestantes no se dispersaban. Durante un tiempo se mantuvo un enfrentamiento verbal entre unos y otros, hasta que la multitud que estaba en la calle logró derribar la valla de madera que rodeaba el cuartel, haciendo posible que los manifestantes entraran en el patio. La unidad de instrucción entregó sus armas a los trabajadores, pero el comandante aún hizo un último intento para detener la avalancha disparando su revólver. Inmediatamente fue derribado al suelo, mientras los obreros armados disparaban sobre la plana mayor del regimiento, y gritaban: «todo el mundo fuera de los barracones». Se forzó la puerta del polvorín y pronto toda aquella multitud estuvo armada, facilitando así que los soldados del Moskovosky se pudieran sumar al resto de las unidades rebeldes.

Curiosamente, otra unidad que ofreció resistencia para sumarse a la revuelta también estaba enclavada en el barrio de Vyborg. Era el Batallón de Ciclistas que tenía su acuartelamiento en la avenida Samsonievsky. Cierto número de manifestantes obreros, se aproximaron al cuartel de esta unidad, considerada tradicionalmente como conservadora. Algunos ciclistas se reunieron en la puerta. Cuando los obreros les preguntaron por qué no se sumaban a ellos, los soldados sonrieron, «pero no con una sonrisa franca», señala uno de los participantes, y permanecieron en silencio. Los oficiales ordenaron a los trabajadores que se marcharan. Algunos obreros y soldados amotinados se colocaron junto a la valla que protegía el cuartel. Corrió el rumor de que se habían enviado carros blindados para sacar a los ciclistas del cuartel. No parecía que hubiese otra solución, ya que los ciclistas habían emplazado ametralladoras. Durante algunos momentos trabajadores encaramados a la valla del cuartel arengaron a los soldados del interior, pero fueron respondidos por el fuego de las ametralladoras y se produjo un intercambio de disparos. La mayor parte de la tropa se encontraba encerrada en sus barracones y sólo pequeños grupos se habían constituido en la guardia de todo el recinto. El asedio del cuartel de los ciclistas por parte de los manifestantes continuó hasta la noche pero con escasos resultados.

También las cárceles se encontraban entre los objetivos más importantes de los trabajadores rebeldes y de los soldados amotinados. Las cárceles y comisarías de policía de Petrogrado estaban a rebosar cuando la revolución estalló. La prisión de Kresty (Cruces) diseñada para 4000 prisioneros, albergaba a 7600 presos, de los cuales 2400 estaban aislados. En la prisión preventiva había otros 958 reclusos y 1436 en la prisión de los condenados a trabajos forzados.

Kresty cayó en manos de los sublevados sin disparar un solo tiro; quedaron así libres centenares de presos políticos. Entre ellos, un bolchevique de treinta y siete años, Nicolai Ilich Podvojsky, revolucionario activo desde los dieciséis años, que cumplía varios años de condena. El Comité bolchevique le acogió triunfalmente y Šlâpnikov le nombró jefe de la Comisión Militar del Comité del partido.

También fue tomado por asalto el arsenal. Esto facilitó que una gran cantidad de armas estuvieran al alcance de todos. En una hora se distribuyeron cerca de cuarenta mil fusiles. Los manifestantes que controlaban las calles comenzaban ahora a aparecer con un fusil en la mano y una cartuchera en bandolera. Los fusiles, tan deseados, por fin habían aparecido, y los obreros, empeñados en la lucha desde hacía días, sabían mejor que los soldados cómo había que emplearlos. Se preocuparon ante todo de atacar los puestos de policía. Eliminaban así al adversario más odiado, liberaban a los arrestados de los días anteriores y conseguían nuevas armas.

Muy pronto, la masa, formada por trabajadores y soldados, se volcó sobre el río helado, dirigiéndose hacia el centro de la ciudad. Unidades del Regimiento Moskovosky estaban apostadas desde la mañana, con sus ametralladoras, guardando el puente Liteiny. Cuando la muchedumbre llegó hasta él, hubo algunos forcejeos, algunas riñas, pero muy pronto también aquellos soldados, contagiados por el ejemplo de sus compañeros del cuartel, se pasaron del lado de los insurrectos y con ellos atravesaron el puente ya expedito, dirigiéndose hacia el corazón de Petrogrado.

Las autoridades se vieron particularmente alarmadas cuando sobre las 11 de la mañana se enteraron de que las tropas rebeldes se movían a lo largo de la perspectiva Liteiny. Khabalov aceptó el ofrecimiento que le hizo el coronel Kutepov perteneciente al Regimiento Preobrazhensky, y que estaba de permiso en la ciudad, para ponerse al frente de un destacamento y so-

meter a los sublevados. Con unos cientos de hombres Kutepov se limitó a hostigar a los manifestantes en la Liteiny, y otros puntos de la ciudad disparando a camiones llenos de trabajadores y matando a algunos. Esta fuerza punitiva hizo estragos durante unas horas, pero todo fue en vano. Los trabajadores llenaban todo el distrito y los hombres de Kutepov comenzaron a desertar. El coronel intentó llamar a Khabalov para pedir refuerzos, pero las comunicaciones habían sido cortadas. Por la noche, casi sin fuerzas con las que seguir sembrando el terror, Kutepov abandonó a sus soldados y se refugió en lugar seguro.

Poco después de mediodía toda la ciudad se había convertido en un gran campo de batalla, Se oían disparos en diversos barrios. Nadie conocía bien el cuadro global de la situación. La insurrección no tenía un centro único de mando y organización. Y sin embargo se advertía que ganaba terreno rápidamente. Varías comisarías de policía habían sido incendiadas. Los obreros armados y los soldados se estaban adueñando gradualmente de la capital.

Hacia la una del mediodía apareció a lo lejos una humareda negra: era el tribunal civil que ardía. A las dos de la tarde todos los puentes habían quedado francos. El inmenso cortejo de los soldados del Regimiento Volinsky llegó a su vez a la avenida Liteiny, donde tuvo un encuentro con los del Semenovsky, que habían permanecido fieles. Este regimiento célebre por el brutal papel que desempeñó en el aplastamiento de la insurrección de Moscú en 1905, terminó uniéndose también a los amotinados y, junto con otro de cazadores, se dirigieron a última hora de la noche a «llamar» a los soldados del Regimiento Izmailovsky, que estaban literalmente encerrados en su cuartel por sus comandantes.

Durante toda la tarde, Petrogrado se convirtió, una vez más, en un campo de acción militar, confusa y mal dirigida. Los fusiles y las ametralladoras podían oírse por todo el centro de la ciudad, pero el objetivo de todo ello era imposible de discernir. Algunos edificios del distrito centro estaban ardiendo, así como varias comisarías de policía; y el humo lo envolvía todo.

A bordo del crucero *Aurora*, anclado en la desembocadura del Neva, a la altura del astillero franco-ruso, los quinientos setenta hombres de la tripulación se encontraban de servicio de limpieza. El aseo del crucero era una labor penosa. 126 metros de eslora, 18 de manga, armado de 14 cañones

de 6 pulgadas, el barco permanecía inmóvil, prisionero de los hielos, con las tres altas chimeneas apagadas. Arrastrados por un grupo que salió del astillero, obreros y soldados subieron a bordo y tomaron el puente por asalto, sin que los oficiales tuvieran tiempo de reaccionar. Los marineros se habían hecho dueños del crucero y los oficiales quedaban consignados en sus camarotes.

A esas alturas de la jornada Khabalov aun quiso jugar una baza para aplastar la revuelta, se trataba de movilizar un escuadrón de la reserva de vehículos blindados. Pero las tripulaciones de los carros resultaban ser poco fiable, y el comandante adujo que los blindados, resultarían escasamente eficaces frente a la multitud. Ante esa negativa a movilizarse, Khabalov ordenó que se inutilizaran los vehículos y amenazó con ejecutar al comandante del escuadrón si uno solo caía en manos de los rebeldes. El escritor Victor Shklovsky, que estaba sirviendo en el escuadrón de blindados, comentó después como se desmontaron piezas esenciales y se intentó trasladarlos al garaje Mihailovsky, pero la multitud se presentó ante el cuartel para exhortar a los soldados a unírseles. También aquí fue abatida, y en parte quemada, la empalizada que separaba a las tropas de la calle. Los barracones sufrieron la misma suerte. El comandante de la unidad resultó muerto, y otros oficiales se dieron a la fuga. Los camiones y carros blindados, en manos de los soldados y obreros, dieron a los insurrectos un refuerzo decisivo y rápidamente se trasladaron a la perspectiva Nevsky para apoyar la insurrección.

Las letras «RSDRP» (*Rossijskaja Social-Demokraticheskaja Rabochaja Partija*) fueron pintadas en el acero gris de uno, y un banderín rojo ondeó sobre él. Estos mismos vehículos blindados fueron los que ayudaron atacar el edificio de teléfonos.

Mientras tanto, el gobierno zarista se había reunido en el Palacio Mariinsky. Las noticias de las diversas zonas de la capital se hacían más alarmantes de hora en hora. Una sección de mil hombres, mandada contra el Regimiento Volinsky apenas se supo su amotinamiento, fue primero bloqueada y luego absorbida por la muchedumbre, en un amplio proceso de fraternización. Había comenzado así el fenómeno típico de aquellos días: las tropas consideradas más fieles por las autoridades, y por ello enviadas contra los insurgentes, se disolvían apenas entraban en contacto con éstos, pasándose de bando.

A las dos de la tarde, Beliaev, Ministro de la Guerra, presentó un informe oficial sobre los amotinamientos entre la tropa. Los ministros criticaron severamente Protopopov por haber engañado al gobierno con sus declaraciones tranquilizadoras. Protopopov se defendió, diciendo algo que era cierto: los disturbios habían comenzado siendo espontáneos y nadie podía prever lo que estaba sucediendo. El peligro inminente para la autocracia alarmaba profundamente a los ministros del zar. Este organismo, siempre apático y pasivo, de repente comenzó a dar señales de vida, pero ya era demasiado tarde. El Consejo destituyó a Protopopov y puso Petrogrado bajo la ley marcial. La ciudad pasó a manos del mando militar. Pero poco después de adoptar estas resoluciones, el gobierno volvió a caer en la catatonía.

El general Khabalov al decretarse el estado de guerra se convertía en la máxima autoridad. Pero tuvo mil dificultades para hacer imprimir la proclama donde se anunciaba la medida, porque la tipografía de la policía estaba ya en manos de los insurrectos. Cuando finalmente estuvieron listos un millar de ejemplares, gracias a los servicios del Almirantazgo, resultó imposible fijarlos en los muros. Los policías que lo intentaron fueron atacados por la multitud. Khabalov había telegrafiado al Cuartel General para pedir el envío de tropas seguras a la capital sin obtener respuesta.

La última reunión del gobierno zarista de Rusia se inició a las 19 horas del día 27 en el mismo Palacio Mariinsky, pero no se tomaron decisiones. Aterrorizados, los ministros estaban reducidos a esperar una salvación que no sabían bien de qué parte podría llegarles. Se ha hecho famoso un episodio, que expresa todo su abatimiento. Apenas se oyeron unos disparos en las cercanías del palacio, todas las luces fueron apagadas por el temor a un ataque. Cuando se volvieron a encender, uno de los miembros del gobierno —lo refirió él mismo— se encontró «sin saber cómo, bajo la mesa».

Al caer la noche, puede decirse que la guarnición zarista apenas existía. A la mañana siguiente, día 28 (13 de marzo), Khabalov, después de conseguir encontrar cierto número de unidades que creía dignas de confianza, comenzó a enviarlas una por una con órdenes inconexas, pero enérgicas. No hay ningún informe de lo que ocurrió con ellas. Era como si se hubieran fundido al calor del levantamiento. Por ejemplo, un regimiento mixto de unos 1000 hombres se desvaneció. Los regimientos enviados para castigar a los insurrectos y restaurar el orden, se hundieron literalmente en el mar

del levantamiento. Cuando los soldados marchaban, eran rodeados por una densa masa de trabajadores, jóvenes, mujeres y compañeros amotinados y se integraban en la amorfa masa humana.

A medida que iban llegando informes de una sublevación militar tras otra, llovían en la comandancia de Khabalov las peticiones para que fueran enviadas tropas «dignas de confianza» para defender la central o de Teléfonos, el Palacio Mariinsky y otros lugares vitales. Khabalov no sabía que la insurrección ya había ganado a las guarniciones vecinas de los arrabales de San Petersburgo, y cuando pidió telefónicamente tropas a la fortaleza de Kronstadt, el comandante le dijo que temía por la suerte de la misma fortaleza, y fue lo último que pudo decir.

Kronstadt era el antepuerto de Petrogrado. Edificado al sudeste de la isla de Kotlin, fue el orgullo de Pedro el Grande, quien emprendió trabajos formidables levantando treinta fuertes y baterías. Kronstadt era a la vez una ciudad, un arsenal y un puerto de guerra inexpugnable, pero también era un foco tradicional de sublevación.

La Marina rusa contaba con 137.000 marinos, 80.000 de los cuales componían la escuadra del Báltico. Las unidades estaban en su mayoría en la rada de Helsingsfors, hoy Helsinki, ciudad de 90.000 habitantes, puerto avanzado de la marina rusa, a la entrada del gran ensanchamiento del golfo de Finlandia, protegida por la potente fortaleza de Sveaborg. Pero los marinos más díscolos eran enviados a Kronstadt, donde su custodia resultaba más fácil entre los recintos fortificados. Pero su número no había cesado de aumentar. En todas las unidades existían células dirigidas por colectivos de tres o cuatro agitadores enlazados con los movimientos de Petrogrado. Los hombres de las ciudadelas sólo esperaban el pretexto para sublevarse contra su gobernador militar, Robert Nicolaievich Viren, a quien detestaban. Finalmente la marinería se sublevó y se apoderó de la base naval.

En Helsingsfors, las cosas también se precipitaron. Había llegado un grupo de militantes de Petrogrado, y se habían puesto en contacto con el colectivo del acorazado más activo, el *Pavel I*. Se convino que el *Pavel I* daría la señal de la revuelta, encendiendo el farol rojo del palo mayor. Las otras unidades deberían responder de la misma manera para detener y desarmar a los oficiales. Una tras otra, las claridades rojas iluminaron la noche y antes del alba toda la flota se había unido a la sublevación.

Khabalov, desesperado quemaba sus últimos cartuchos, y estaba dispuesto a convertir el Palacio de Invierno en una fortaleza contra el levantamiento. Aún logró reunir algunas unidades leales frente al palacio. Eran unos mil hombres con escasa munición y sin casi provisiones. Los soldados se limitaron a patear en la plaza del Palacio y a acurrucarse para defenderse del frío. Khabalov informó de la situación al Consejo de Ministros pero no sabía cómo actuar. Al caer la noche, las tropas que habían estado esperando pasivamente comenzaron a dispersarse para dirigirse a sus cuarteles. La plaza del Palacio quedó casi vacía.

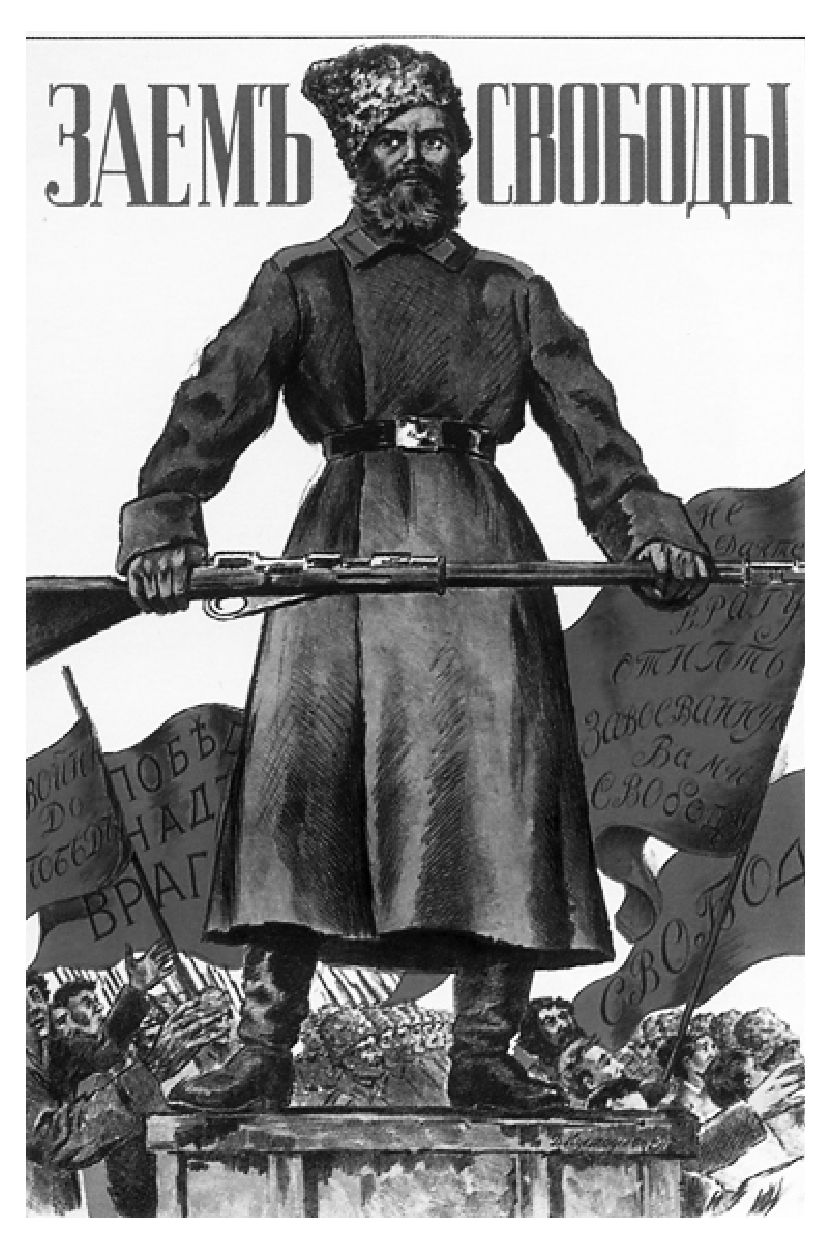
El último grupo de tropas dignas de confianza fue transferido al Ministerio de Marina. Aproximadamente a las 19 horas y procedentes de los distritos militares se trasladaron allí un batallón de reserva del Regimiento Izmailovsky, un escuadrón del 9º Regimiento de Caballería, y dos baterías de artillería de la Guardia. En total, unos seiscientos hombres, con doce piezas de artillería y cuarenta ametralladoras montadas. Los oficiales decidieron no desplegarse en la explanada del Almirantazgo y las tropas se atrincheraron dentro del edificio, cerrando todas las entradas y salidas; bloqueando todas puertas con montones de madera, y apostando guardias. Así intentaron convertir el Almirantazgo en una fortaleza, pero se encontraron sin el necesario avituallamiento. No había nada con que alimentar a los soldados hambrientos y la espera con los estómagos vacíos terminó por socavar la moral. Al día siguiente, el propio Khabalov fue arrestado.

En cinco días el antiguo orden se había desmoronado y Petrogrado se encontraba en manos de los insurrectos. El conde de Chambrun, agregado en la embajada francesa, el mismo que semanas antes había calificado al zar de «autómata», estaba siendo testigo presencial de lo que acontecía, y escribió a su prometida, que vivía en Francia:

«Mientras arde el Palacio de Justicia, el Regimiento Pavlovsky sale de sus cuarteles con la banda de música a la cabeza. Miro cómo pasan en apretadas filas esos batallones conducidos por suboficiales. Instintivamente los sigo. Para asombro mío, se dirigen hacia el Palacio de Invierno, entran en él saludados por los centinelas, lo invaden, lo ocupan. Espero unos instantes y veo cómo desciende lentamente el pabellón imperial, tirado por una mano invisible. Poco después, frente a esa plaza nevada en la que estoy solo, mi corazón se encoge al contemplar un trapo rojo ondeando sobre el palacio».

Las violencias terminaron y toda la ciudad se consagró a expresar su alegría. En la perspectiva Nevsky, invadida por la muchedumbre, no se veía un solo carruaje. Se formaban grupos que cantaban *La Marsellesa*; la gente se abrazaba y lloraba de alegría. Era el 1 de marzo. Era primavera.

La tarde anterior, los soldados, que habían sido determinantes en el triunfo de la revolución, buscando una dirección política volvieron sus ojos a la Duma. Sabían que habían violado su juramento al zar y buscaban aprobación a sus actos en lo que consideraban como una institución legitimada para ello. Los oficiales que habían unido su suerte a la de los soldados, y a la masa de la población, al apoyar la insurrección, querían que la Duma sancionara su rebeldía. Así, al comienzo de la tarde del día 27, una primera columna de soldados y trabajadores se dirigió a la sede de este pseudoparlamento ubicada en el impresionante Palacio Táuride.



Boris Kustodiev «El garante de la libertad» (1917)

IV
El Palacio Táuride
El Febrero de la burguesía

El Palacio Táuride era un impresionante edificio mandado construir por Catalina II a finales del siglo XVIII en el más puro estilo neoclásico entonces de moda. Al este de la ciudad, el aspecto exterior del palacio, de sobrio diseño, resultaba imponente por sus dimensiones reflejadas en una galería de 75 metros con columnas que daba a un no menos imponente jardín. En este enorme espacio había encontrado su asiento desde el año 1906 la Duma del Estado, convertida a su vez en el caballo de batalla de la burguesía liberal rusa que desde su debilidad histórica aspiraba a reformar el Estado zarista.

Ya en 1885 Alexander Herzen había señalado la inexistencia de burguesía como un rasgo distintivo de la estructura social rusa, y años después, Pavel Milûkov, uno de sus más prominentes representantes, declaraba que el liberalismo ruso no era «burgués, sino intelectual».

Ambas afirmaciones eran ciertas. El desarrollo económico en Rusia había retardado más que en otros países europeos la aparición de una burguesía poderosa, y por eso las ideas liberales que acompañan el afianza-

miento de esta clase habían tenido que penetrar en el Imperio por la acción de otros segmentos sociales; y el primero de ellos en abrazarlas fue el ejército.

Los militares, después de la guerra de 1812 se sentían los salvadores de la patria, los primeros hombres de Rusia. Su marcha triunfal hasta París tras la derrota de Napoleón, les permitió conocer países extranjeros, de los que sólo tenían referencias, y ese orden de cosas distinto al ruso les hizo a algunos de ellos revolucionarios.

Los más valientes llegaron a la idea de acabar con el sistema y europeizar, en el aspecto político, a Rusia. Si añadimos que en la guerra «patriótica» toda la juventud intelectual sin excepción se había incorporado al ejército, comprenderemos por qué ya en 1825 la oficialidad y la *intelligentsia* estaban unidas y quisieron poner fin a la autocracia por medio de un pronunciamiento militar que fracasó.

Los decembristas, que así fueron conocidos los sublevados, eran, en sus nueve décimas partes, oficiales del Ejército, pero también estaban vinculados al embrionario capitalismo ruso. El jefe del complot de San Petersburgo, el poeta Kondrati Ryléev, era editor y director administrativo de la Compañía ruso-americana, la mayor empresa comercial e industrial en la Rusia de entonces, dedicada a la explotación de Alaska. Ryléev estaba muy bien relacionado con la incipiente burguesía de San Petersburgo, y en Moscú era allegado a los decembristas el tipógrafo y editor Selivánovsky, que publicó el primer diccionario enciclopédico de Rusia.

El fallido golpe de los decembristas fue la primera y última acción revolucionaria de la burguesía rusa. Esta clase no dejó de soñar en una Constitución, pero confió todos sus anhelos a la magnanimidad del zar. La burguesía convirtió en su credo las palabras del profesor Konstantin Kavelin, uno de sus más destacados pensadores: «Toda restricción del poder supremo en Rusia que no proceda del mismo poder será imposible y, como toda ilusión y obcecación, perniciosa».

Esta debilidad estructural de la burguesía se explica por el tardío desarrollo del capitalismo en ese país. El capital comercial había surgido ya en la época de Moscovia y de Nóvgorod sobre la base de la exportación de artículos de lujo: pieles preciosas, sedas, etc. Y Rusia empezó a exportar objetos de amplio consumo después de la guerra del Norte, cuando se adueñó de una serie de puertos en el mar Báltico.

Después de la Guerra de los Siete Años (1756-1763) empezó a decirse que el exportable natural de Rusia era el trigo, pero sólo desde la emancipación de los siervos estas exportaciones se hicieron importantes, y adquirieron su máxima relevancia en vísperas de la guerra de 1914. La exportación de cereales, principalmente, dio un impulso extraordinario y definitivo al capital comercial ruso.

También la industrialización rusa contaba con una base sobre la que levantarse. Durante varios siglos, había existido una industria metalúrgica a una escala bastante considerable. En Moscú, había toda una red artesanal, y los comerciantes moscovitas tenían una larga historia. Por eso, cuando en la década de 1880 pasaron a fabricar textiles con métodos modernos, los Poliakov, Riabushinskii, Morozov, Shchukin, Stajeiev sabían lo que se traían entre manos y contaban con una abundante mano de obra en la que apoyarse.

Sobre esta infraestructura histórica vino a incidir la reforma de 1861. La emancipación de los siervos afectó a los diversos ramos de la industria de modo diferente. Habría sido de cándidos suponer que el capital comercial y su aliado, el latifundista, se entregarían sin lucha a la industria rusa. Con la reforma, los viejos magnates se llevaron la parte del león, mientras que la burguesía industrial recibió lo que le correspondía o tal vez un poquito menos. No obstante se había puesto en marcha la gran transformación.

El que fue decano de los historiadores soviéticos, el profesor Pokrovsky, trazó una síntesis magistral de esta dialéctica histórica. «La propiedad agraria provocó el nacimiento del ferrocarril, a fin de acceder al mercado europeo, más amplio y provechoso. El ferrocarril hizo nacer la industria metalúrgica, que creó el sector más revolucionario del proletariado, el cual termino por enterrar al progenitor de todo el sistema: la propiedad de la tierra».

Es cierto que en los años inmediatamente posteriores a la emancipación de los siervos, la industria rusa retrocedió en lugar de avanzar, aunque con el tiempo la situación se normalizó. Se cumplió cabalmente la predicción que los publicistas del zarismo hicieron antes de la reforma de 1861: el trabajo libre resultó incomparablemente más productivo que el trabajo del siervo. Antes de la emancipación (a finales de los años cuarenta del siglo XIX) la cosecha rusa de los cuatro cereales básicos (trigo, centeno, cebada

y avena) oscilaba entre los 438.613.000 y los 438.712.000 quintales; después de la emancipación, en los años setenta, era ya superior a los 629.730.000 quintales.

Este mayor rendimiento de la hacienda campesina potenció las exportaciones e hizo inevitable el desarrollo del ferrocarril. También el aumento de la producción fue elevando paulatinamente el poder adquisitivo de las masas populares, y tras un pequeño retroceso, la industria textil avanzó asimismo rápidamente. En 1861 las fábricas textiles procesaban algo más de 30.951 toneladas de algodón; y en 1910, eran ya 360.371 las toneladas de algodón transformadas.

Pero es cierto que la construcción de los ferrocarriles, planificada por el Estado, fue la determinante, y generó una demanda de hierro y acero de enormes proporciones. Antes de la emancipación, Rusia tenía menos de 1066 kilómetros de vía férrea; y en 1914 el imperio contaba ya con 70.000 kilómetros, incluyendo el Transiberiano. Con los ferrocarriles creció de modo exponencial la industria siderometalúrgica (suministradora de raíles principalmente; ya que las locomotoras y otros equipos durante mucho tiempo siguieron adquiriéndose en el extranjero). En 1861 la producción de arrabio era en Rusia de 327.610 toneladas; en 1901 alcanzó las 2.833.825 toneladas. Ese año la siderurgia rusa rebasó a algunos países del Oeste europeo, concretamente a Francia, que diez años antes también había sido superada por Rusia en la fabricación de tela de algodón.

En todo este periodo, el gobierno prestó un decidido apoyo a la naciente industria rusa, aunque su primera atención se concentró en los ferrocarriles. Fue el ferrocarril lo que permitió tanto la penetración de capital extranjero como el crecimiento de una burguesía industrial autóctona. Los contratos del Estado desempeñaron un papel de suma importancia en ese desarrollo industrial. Se calcula que en 1899 casi las dos terceras partes de la producción metalúrgica se hallaban en manos del Estado; y durante la novena década del siglo, el gobierno compró casi todas las líneas férreas que eran propiedad de las compañías pequeñas, y fomentó la compra, por parte de algunas empresas privadas de cierta magnitud, de otras compañías de segunda categoría. Estos ferrocarriles funcionaban a veces de forma lujosa, siendo el orgullo del Estado, y se autofinanciaban con bastante facilidad, dado que al otro extremo de la línea existían yacimientos de minerales en profusión, especialmente en Ucrania y el Donbass.

Un progreso semejante fue el que se registró respecto a la producción petrolera. En la región del Cáucaso, su capital, Bakú, aumentó su población de 46.000 a 108.000 habitantes. La producción de petróleo crudo que era de 5.000.000 de pud (un pud 16.38 kg) en 1875; pasó a 348.000.000, en 1895.

Así pues, durante las últimas décadas del siglo, el moderno capitalismo se afirmó en el país y nació una nueva clase de industriales, derivada, en parte, de la clase comerciante tradicional y parcialmente relacionada con el capital extranjero que empezaba a afluir en Rusia.

Witte, Ministro del zar, estabilizó el rublo en 1897 de acuerdo con el patrón oro, y procuró atraerse a la inversión extranjera. Del exterior vinieron sumas considerables, que para 1914 ascendían ya a 8000 millones de rublos. El dinero, invertido en un principio en bonos del Estado, después de 1908 fue invertido, por lo general, directamente en la industria. Los extranjeros adquirieron también participaciones en minas y materias primas tales como petróleo, y el capital francés también se encaminó a los bancos. En 1900, de acuerdo con las fuentes oficiales, había 269 compañías extranjeras en Rusia, de las cuales todas, menos 16, habían sido fundadas desde 1888. Ciento sesenta eran belgas, cincuenta y cuatro francesas, treinta alemanas y diecinueve británicas. Las compañías francesas poseían el capital total más grande. Tanto las francesas como las belgas, se interesaban principalmente en la minería y en la metalurgia; las alemanas en las sustancias químicas y en la ingeniería eléctrica, y las británicas en el petróleo.

Toda esta dinámica propició que en 1874 se celebrara el primer congreso de propietarios meridionales de minas, en Taganrog. A partir del quinto congreso (1880), tales reuniones se celebraron anualmente en la ciudad de Harkov. En un principio, solamente los propietarios de minas tenían derecho a participar, pero, a partir de 1890, también gozaron de representación las fábricas metalúrgicas. El Congreso de Industriales del Petróleo se fundó en 1884 y cayó bajo el dominio de tres grandes empresas, Nobel, Rothschild y Mantashev. Pero no todos los congresos de ese tiempo tenían una importancia digna de mención y todavía no constituían una organización eficaz para la defensa de los intereses de los industriales.

Hasta ese momento los industriales se habían mantenido alejados de la política. Se sentían contentos con el apoyo que el Estado les proporcio-

naba, en forma arancelaria y de contratos gubernamentales. Por consiguiente, dejaron la política a los ministros del zar, a cambio de ventajas más sólidas. No obstante, la aparición de una clase adinerada produjo una cierta fricción, aunque sólo se manifestaba a nivel social. Alejandro III no sentía simpatía por los que Witte llamaba los «zares privados» o «los pequeños reyes del ferrocarril», tales como Poliakov, Bloch, Kronenberg, Gubonin. Y estos hombres no siempre eran modelos de tacto en sus relaciones con la nobleza y la monarquía. Cuando el Gran Duque Serguéi Alexandrovich fue a inspeccionar la villa palacio de Savva Morozov —magnate de los textiles—, fue recibido por el mayordomo y el propietario no se dignó aparecer.

Estos incidentes no eran sintomáticos del papel político-social de la burguesía, ya que, realmente, su debilidad interna se traducía en impotencia política. Esto tenía su causa no sólo en su fragilidad como clase, sino también en la política económica del zarismo. Si los pedidos gubernamentales eran el principal alimento de industria pesada rusa; si el control de las tarifas de fletes o la política fiscal daban poder al gobierno para determinar el precio los bienes de consumo; si la industria no podía crecer más que amparada por tarifas arancelarias impuestas por el gobierno; si las instituciones crediticias gubernamentales controlaban el aflujo de capital a la industria; si el funcionamiento del monopolio del vodka era lo que determinaba los ingresos de las destilerías y de las refinerías de azúcar; si el gobierno suministraba policía y tropas para las zonas fabriles; si ocurría todo esto, no sólo no podía desarrollarse un capitalismo independiente sino que ni siquiera era necesario que tal desarrollo se produjera.

Así, pues, el espíritu revolucionario burgués no lo encarnó la burguesía empresarial, sino los intelectuales. Esa *intelligentsia* veía las manifestaciones externas del Estado autocrático: las arbitrariedades del poder zarista, la venalidad de los funcionarios, las crueles ejecuciones, la opresión de las clases bajas, y se sublevaba contra todo esto en aras de la libertad.

Esa corriente liberal, personificada en otros países por su burguesía más dinámica, estaba formado en Rusia por tres grupos diferentes: los terratenientes medios ilustrados, representados en los *zemstvos*; los especialistas técnicos: maestros, doctores, estadísticos, veterinarios; y los miembros de las profesiones liberales: académicos, abogados, ingenieros.

Con la Revolución de 1905 se alteró en algo esta situación. Los industriales, considerados individualmente, sentían una sincera simpatía por las demandas de la oposición más moderada. La mayoría no estaba en contra de las reformas políticas, siempre que éstas no implicasen cambios radicales de la sociedad. Durante los primeros meses de la revolución, varios comités provinciales del mundo mercantil e industrial publicaron cierto número de memorándums de ligero color liberal. Pero cuando el gobierno sugirió algunas reformas en beneficio de los trabajadores los patrones se opusieron con firmeza.

A medida que cedía la marea revolucionaria, los industriales se mostraban más envalentonados. Y se multiplicaron por todo el país las sociedades de patrones. Era su objetivo principal ofrecer una resistencia común a las demandas de los trabajadores. Se firmaron convenios en los que se estipulaba que no se aumentarían los salarios, a menos que la asociación aprobara tal medida; que se enviarían a los afiliados las «listas negras» de los huelguistas; que se adoptaría una política conjunta en relación con los paros, y que se otorgaría ayuda a aquellos de los afiliados cuyos trabajadores estuvieren en huelga.

Petr Struve, jefe de los liberales, expresó la real opinión de estos sobre lo que estaba sucediendo cuando dijo: «Dios se lo pague al zar, que nos ha salvado del pueblo». Las huelgas de octubre de 1905, especialmente, habían aterrorizado a estos liberales, que no obstante vieron en la concesión de la Duma de Estado un medio para influir en la política del país.

Las elecciones para la Duma se celebraron en abril de 1906; para entonces el gobierno había recobrado confianza más que suficiente para desafiar al parlamento resultante, dominado por los liberales, disolverlo y celebrar nuevas elecciones para una segunda Duma, que se reunió durante un par de semanas en 1907 y chocó de nuevo con el régimen en sus esfuerzos por obtener verdaderos privilegios parlamentarios. El 3 de junio de 1907, el hombre fuerte del zar, Stolipin, clavó durante la noche un trozo de papel en la puerta de la Duma, notificando que ésta estaba disuelta.

Stolipin encontró pronto un sistema para garantizar que las futuras Dumas estuvieran formadas por una mayoría de representantes de la clase de los ricos terratenientes y de la nobleza, y menos por los sectores «indeseables» de la población y minorías no rusas. Por estos procedimientos la

III Duma estuvo dominada por los partidos de derecha y se comportó como un cuerpo dócil en manos del Presidente del Gobierno. La IV Duma fue de composición todavía más conservadora. Las dos se repartieron el tiempo desde 1907 a 1917.

Aparte de un puñado de diputados socialdemócratas y otros izquierdistas, la IV Duma se dividía en tres grupos, con deslizamientos de unos a otros. El ala más reformadora estaba formada principalmente por los miembros del partido Kadete, conocido así por la contracción de Constitucional-demócrata. Los kadetes eran liberales dirigidos por Pavel Milûkov, un reconocido historiador. Había también un centro constituido por los Octubristas, llamados así por haberse adherido al Manifiesto de Octubre otorgado por el zar en 1905. Eran liberales de derechas cuyo principal apoyo procedía de la gran industria de Moscú y cuyo portavoz era un industrial, Alexander Gutchkov. A la derecha estaban los antisemitas, las Centurias Negras (como eran conocidos los nacionalistas más extremistas) y un incipiente grupo denominado «Derechas» (*Pravy*), que tenían su propia ala moderada, conocida posteriormente con el nombre de «nacionalistas». Para evitar cualquier ampliación de los poderes de la Duma, el gobierno sólo necesitaba unir a la derecha y al centro. En general, lo consiguió: podía ofrecer programas de nacionalismo exaltado (contra los finlandeses, por ejemplo) y contratos de armamento muy sustanciosos para los industriales.

A comienzos de 1917 el perfil social de la burguesía rusa presentaba escasas novedades respecto a las décadas anteriores. Entre las clases sociales oficialmente reconocidas por el Estado ruso figuraba la «clase urbana», compuesta esencialmente de comerciantes y artesanos; sin embargo, no había logrado alcanzar verdadera importancia económica. La razón era sencilla: la propia economía urbana ocupaba en la vida del país un lugar muy secundario. Como es sabido, la inmensa mayoría de la población rusa no se hallaba concentrada en las ciudades, sino diseminada por el campo. En 1913 la población total las ciudades de más de cíen mil habitantes no llegaba al 6% del conjunto nacional.

Algunos grandes capitalistas, muchas veces extranjeros o rusos de la primera generación, controlaban la industria y el mercado después de haber eliminado las pequeñas empresas a fines del siglo XIX, ya que la aceleración de la industrialización acabó de arruinar a los pequeños industriales y comerciantes. Esa elite del dinero vivía a la hora de Berlín, Londres y París, como los grandes propietarios de tierras.

Las clases medias eran prácticamente inexistentes. En 1906, la Secretaría de Hacienda hizo público que sólo unas 100.000 personas tenían un ingreso anual superior a 1000 rublos, y unos 800.000, superior a 800 rublos. Según la misma fuente, se necesitaban 650 rublos para mantener a una familia «burguesamente». La inmensa mayoría de la población, incluso la pequeña clase media incipiente, quedaba debajo de esa barrera. La actitud de esta escasa pequeña burguesía (tenderos, funcionarios de segunda categoría, etc.), no presentaba un frente uniforme. Algunos seguían a los intelectuales y posteriormente se vieron obligados a prestar su apoyo a los kadetes. Otros se adhirieron a los demagogos de la extrema derecha y tomaron a su cargo el adiestramiento de las Centurias Negras, así como la preparación de los pogromos.

En el campo, las limitadas reformas llevadas a cabo por el zarismo, permitieron la aparición de «grandes campesinos», que fueron conocidos con el nombre de *kulaks*, una palabra que significa «puño». Realmente se trataba de labradores que contaban con dinero que prestar, a altos tipos de interés, a otros campesinos que lo necesitaban. Se hicieron usureros, posiblemente con un caballo y un carro o herramientas para alquilar. Pero esto no tenía nada que ver directamente con el capitalismo agrario como tal ni con una auténtica burguesía campesina.

Los industriales estaban cada vez más al servicio del gobierno para el desarrollo económico del Imperio, y cada vez se hacía más difícil dibujar la frontera entre los intereses privados y los públicos, sobre todo en lo referido a las industrias de armamento. Tomemos, por ejemplo, Nikolai Avdakov, que era Presidente del Consejo de Representantes de la Industria y el Comercio, y al mismo tiempo consejero del Ministerio de Industria y Comercio. Este tipo de connivencias alumbró un complejo militar-industrial de cierta magnitud, al que acompañaba un sistema de cohecho, regulado por una escala fija.

En vísperas de la guerra la situación política era tan contradictoria que Aleksander Konoválov, millonario moscovita y diputado progresista, intentó entrar en contactos con Lenin. «Es fundamental que los diversos elementos se reúnan de vez en cuando sencillamente para informarse entre sí de qué está ocurriendo en los distintos estratos sociales», explicaba Konoválov, en marzo de 1914, a Iván Skvortsov-Stepanov, intermediario bolchevique de Lenin. Konoválov también confesó, parece ser, que en 1905 los liberales se

habían pasado de bando demasiado pronto; o sea, que no deberían haberse alineado tras el Manifiesto de Octubre, sino haber presionado para obtener más concesiones. En algún momento de estas conversaciones, Konoválov estuvo dispuesto a financiar el siguiente congreso del partido bolchevique con varios miles de rublos. De la iniciativa de Konoválov no resultó nada.

Sin embargo, para muchos industriales ya estaba claro que el régimen requería de una profunda renovación para evitar males mayores. Putílov, en junio de 1915, sostenía que era precisa una reforma total de la maquinaria administrativa. Una noche, tras el champagne y los puros, dejó escapar todo su negro pesimismo diciéndole al embajador francés Maurice Paléologue: «Los días del zarismo están contados... la revolución es inevitable. Sólo espera su oportunidad». Otros industriales, —Gutchkov, Konoválov, Riabushinskii—, si no tan pesimistas, se sentían igualmente inquietos por su total falta de confianza en el zar, y por la desesperada situación del Imperio. Tan inepto era el gobierno, se quejaba Riabushinskii en agosto de 1915, que sería necesario, en su momento, «emprender el camino de una toma total de los poderes ejecutivo y legislativo...», pero realmente el temor a las clases populares les paralizaba.

No obstante, la expresión política de esta disposición al cambio y de un reforzamiento del esfuerzo bélico se tradujo en la formación de un Bloque Progresista en la Duma. Esto ocurrió, en junio de 1915, cuando los kadetes, los representantes de los *zemstvos* y de las municipalidades y los miembros del partido progresista (burguesía industrial) abogaron por la formación de un ministerio «que disfrutara de la confianza del pueblo». También presionaron para que se formaran los Comités Industriales para la guerra, que dirigieran la fabricación de los suministros y de los equipos militares

Esta última parte del programa se realizó en seguida, y a finales de verano, el Bloque Progresista surgió como fuerza política dentro de la Duma; incluía desde los nacionalistas moderados y octubristas hasta los kadetes, y tenía una clara mayoría (241 votos sobre 407).

Pavel Milûkov veía su papel en el Bloque Progresista como el «punto culminante» de su carrera política. Esta afirmación es reveladora ya que: el Bloque consiguió muy poco. Ciertamente, los miembros del bloque y sus simpatizantes atacaron al gobierno, a menudo con gran violencia verbal, lo

mismo en la Duma que fuera de ella; y es verdad, por último, que una delegación del Bloque celebró semi-negociaciones con un grupo de ministros simplemente para discutir algunos detalles de su programa. Pero esto terminó en nada.

Esa inacción revelaba la falta de confianza en sí misma de la burguesía rusa y su miedo a las masas. En 1915, en medio de una guerra monstruosa, los líderes kadetes y de derechas (con algunas excepciones) no aprovecharon la oportunidad y no emprendieron una lucha directa por el poder. «No apoyar ahora al gobierno —advertía Milûkov a los kadetes en junio de 1915— sería jugar con fuego... Aquí la tensión ha alcanzado su extremo límite, de forma que, en esta situación, una cerilla que cayera por descuido provocaría un terrible incendio». La cerilla terminó por caer.

Según decía el príncipe Georgy Lvov en agosto de 1915, su programa «no podía tener carácter de ultimátum...». «No podemos iniciar el camino de la lucha parlamentaria en época de guerra. Esperamos que el Bloque sea tan fuerte que convenza al gobierno para emprender un nuevo camino. De otra forma, ante nosotros se abrirá un abismo, en el que no entraremos, y no habrá Bloque».

Pero el Bloque nunca fue lo suficientemente fuerte para lograr sus objetivos; y el gobierno nunca se debilitó hasta el punto de ceder. El zarista Sergéi Sazonov (Ministro de Asuntos Exteriores) no se equivocaba al decir desdeñosamente a sus colegas que, si se les diera «alguna escapatoria», los kadetes serían los primeros en llegar a un acuerdo con el gobierno. «Milûkov es el más burgués de todos los burgueses y teme la revolución social más que ninguna otra cosa. La mayoría de los kadetes están temblando por sus inversiones».

El dilema kadete —comprender que era necesario actuar y tener miedo de hacerlo— quedó bien ilustrado en un famoso artículo de Vasily Maklakov, titulado Una situación trágica, en que comparaba a Rusia con un automóvil que conduce un chófer tan incapaz que inevitablemente lo lleva, junto con todos sus ocupantes, al desastre. Los que van dentro del coche y saben conducir no se atreven a intervenir, pues si el coche quedara un segundo sin conductor se iría al abismo.

En febrero de 1917, en menos de cinco días, el proletariado de Petrogrado obligó al conductor a bajar del vehículo y la burguesía rusa se vio forzada a maniobrar.

Los acontecimientos que se desarrollaron en la capital del 23 de febrero a la abdicación del zar el 2 de marzo (15) cogieron a la Duma tan de sorpresa como al mismo régimen. El seudoparlamento debía reanudar sus sesiones el 14 de febrero (27); y los mencheviques querían convertir esa fecha en una jornada reivindicativa a favor de las libertades convocando una concentración a las puertas de la Duma.

En nombre de los bolcheviques Šlâpnikov se negó a secundar la convocatoria, y propuso como alternativa una manifestación en el centro de la ciudad. Para intentar llegar a un acuerdo, la izquierda del Parlamento sugirió encomendar el arbitraje a Máximo Gorky. La conferencia de conciliación tuvo lugar en la vivienda del escritor, pero la mediación fracasó. El día en que se reanudaban las sesiones más de ochenta mil obreros respondieron al llamamiento de los bolcheviques, mientras que sólo quinientos trabajadores desfilaron ante una Duma que centró esta primera sesión en discutir sobre el precio del grano.

El Ministro de Agricultura zarista, en un largo discurso defendió la liberalización de los precios y exhortó a la Duma para que apoyara al gobierno a fin de solucionar los problemas de abastecimiento. La propuesta terminó encontrando eco dentro del propio Bloque Progresista, que se suponía actuaba como oposición. En representación de los grandes terratenientes, los octubristas aprobaron estas políticas, mientras que los kadetes abogaron por mantener los precios del grano fijos, quedando así en evidencia la frágil unión del Bloque.

La siguiente sesión, se abrió el 23 de febrero (8 de marzo) el mismo día que comenzaron las huelgas y manifestaciones masivas en la capital, lo que obligó a la asamblea parlamentaria a abordar de nuevo la cuestión de los suministros. Los miembros del Bloque sostuvieron que los disturbios callejeros estaban siendo causados por las políticas del gobierno y pidieron al ejecutivo sensatez y eficacia para resolver el suministro de alimentos básicos como el pan.

Los mencheviques y *trudovikes* o laboristas, un ala del partido socialrevolucionario, fueron más radicales en sus intervenciones, pero la Duma se negó a exigir la dimisión del gobierno y se limitó a formular una nueva petición a las autoridades zaristas sobre la cuestión del aprovisionamiento, al tiempo que también demandaba explicaciones sobre el cierre efectuado por

la patronal en la fábrica Putílov, que había dejado en la calle a más de 20.000 trabajadores.

El 24 de febrero, el segundo día de la revolución, en la Duma se volvió a reanudar la discusión sobre los suministros. Una vez más distintos oradores zaristas ofrecieron cifras e hicieron estimaciones y cálculos, mencionando la labor de las autoridades gubernamentales y municipales para regular el transporte ferroviario, los precios y las asignaciones fijas para cada provincia y para el país entero. Frente a esta avalancha de datos la mayoría sostuvo que la única solución a la situación existente era transferir la responsabilidad del abastecimiento al gobierno municipal. Pero al igual que el día anterior, varios oradores también expresaron sus dudas sobre la capacidad de las autoridades, locales o estatales, para hacer frente a lo que estaba ocurriendo. El kadete Rodichev dijo que eran las mismas autoridades las que estaban llevando al Estado al borde del abismo, aunque rápidamente añadió que la situación se podría enmendar si se producían cambios en el gobierno. Para la burguesía liberal todo se cifraba en aquellos momentos en remplazar a algunos ministros sin modificar el régimen.

Las facciones menchevique y *trudovike*, más radicales, hicieron un llamamiento para que la Duma se negara a establecer acuerdos con el zarismo y se decidiera liderar el creciente movimiento que se estaba produciendo en las calles. Pero el Presidente de la asamblea, Rodzânko, lejos de asumir ese desafío, optó por reunirse con el Presidente del Consejo de Ministros para convencerle de que debía dimitir. La respuesta que recibió fue mostrarle un decreto del zar para disolver la Duma, firmado el 13 de febrero, justo antes de la apertura del período de sesiones. El autócrata había dejado a discreción del Presidente del Gobierno Golitsyn hacer público, cuando lo estimara oportuno, el decreto ya firmado.

Los acontecimientos del 26 de febrero alarmaron a prominentes miembros de la Duma que se dirigieron a Rodzânko para que hiciera valer sus influencias y se entrevistase con las autoridades militares a fin de evitar más derramamiento de sangre. Al político liberal sólo se le ocurrió proponer a Khabalov dispersar las manifestaciones con mangueras contra incendios. Pero el general le contestó que estaba prohibido el uso de bomberos para combatir los trastornos, y, además, que los manifestantes empapados se estimularían en vez de dispersarse. Así terminó cualquier intento por parte de la Duma por frenar la represión. Aquella misma noche se hizo público

el *ukase* imperial disolviendo el parlamento, aunque los diputados no tuvieron conocimiento del decreto hasta el día siguiente.

Los principales dirigentes de la Duma aún hicieron un último movimiento por controlar la situación; intentaron persuadir al gran duque Mihail Alexandrovich, hermano del zar, para que estableciera una dictadura militar en Petrogrado, obligara al gobierno a dimitir y exigiera del zar un «ministerio responsable». Es evidente que sólo se actuó de esta forma en un intento por salvar la dinastía; todavía no había tenido lugar la total defección de la guarnición de Petrogrado, y se creía posible mantener en el trono a los Romanov.

El Presidente de la Duma consiguió obtener el apoyo del Primer Ministro Golitsyn en el proyecto de confiar la regencia al gran duque Mihail y la formación de un nuevo gabinete al propio Rodzânko; el gran duque aceptó, pero condicionando su decisión al consenso explícito de su hermano el zar.

Cuando el general Alekseev, jefe del Estado Mayor general, comunicó el ofrecimiento del gran duque de asumir plenos poderes, el emperador le encargó responder a su hermano que le agradecía su disposición, pero que su ayuda no era necesaria. De este modo, en la noche del 27 al 28 de febrero se esfumó la última tentativa de dar una salida pactada a la crisis. Era precisamente esta situación la que la Duma había tratado de evitar durante mucho tiempo.

Ahora la burguesía liberal no tenía más solución, como dijo Milûkov, que intentar «canalizar pacíficamente la transferencia del poder que habría preferido recibir, no de abajo, sino de arriba», o ser totalmente eliminada. Al atardecer del 27 de febrero los diputados se enfrentaban con un dilema particular. El zar había ordenado la disolución de la Duma, pero los regimientos amotinados y los trabajadores tenían el control de la ciudad. Aquello que para la burguesía liberal podría haber sido su hora histórica, iba a resultar una nueva oportunidad perdida.

La Duma aceptó decididamente la orden de suspender sus tareas, pero acordó seguir reuniéndose de forma oficiosa en una sala secundaria del Palacio Táuride, con objeto de no dar ni aún la impresión de insubordinación ante la orden del zar. De esta forma, podía considerarse legalmente que se trataba tan sólo una reunión de personas privadas. Renunciando así a dar la

batalla frente a la autocracia y despojándose de su carácter de representantes electos, pasaban a ser un grupo de meros particulares.

Sin embargo, este colectivo de particulares, después de prolongadas discusiones, decidió finalmente confiar al Consejo de Ancianos, compuesto por los jefes de los distintos grupos, la formación de un Comité Provisional de la Duma con la tarea, harto ambigua, de «restablecer el orden en la capital, y tomar contacto con personas y organismos». El Comité capitaneado por el Presidente de la Duma estaba integrado en la práctica por los principales portavoces de los distintos grupos, con la exclusión de la extrema derecha, que, por otra parte, ya había abandonado el Parlamento. El singular organismo lo componían: Šulgin, un fiel servidor de la autocracia que aún espera salvar la monarquía; Pavel Milûkov, figura central del mundo burgués; Nekrasov, diputado kadete; Konoválov, industrial adscrito al Bloque Progresista; y participaban también los *trudovike* representados por Kérensky y los mencheviques por Chkheidze, además del coronel Engelhardt, al que se nombró comandante de la guarnición revolucionaria de San Petersburgo.

Así, el día en que la Duma formaba su Comité Provisional, se desarrolló en el mismo edificio otro acontecimiento que tendría una importancia histórica infinitamente mayor, la constitución de un soviet de soldados y trabajadores que recordaba al que funcionó en la revolución de 1905.

El Comité, aunque incluía a todos los partidos, menos a las Centurias Negras y a los bolcheviques, cuyos diputados estaban exiliados en Siberia, representaba fundamentalmente los intereses de la Rusia de los grandes propietarios, que, ante la marcha de los acontecimientos, se apresuraron a brindarle su apoyo, como también lo hizo el Consejo de representantes de la Industria y el Comercio, que se puso «a la entera disposición del Comité Provisional de la Duma». Aún así pasaron tres días antes de que ese Comité Provisional se decidiera a dar el paso y se atreviera a constituir un gobierno.

El Comité seguía mostrándose reacio a entrevistarse con los insurrectos, aunque, como ya hemos dicho, éstos fueron a su encuentro. Los primeros en dirigirse al recinto del Parlamento fueron los soldados de los Regimientos Volinsky y Litovsky que comenzaron a invadir las dependencias del Palacio Táuride buscando directrices precisas y la ratificación del pseudoparlamento a su rebeldía.

Hay que tener en cuenta que los soldados habían comenzado su motín en los regimientos de la Guardia que tenían sus cuarteles justamente en ca-

lles muy próximas al Palacio Táuride. En el lado opuesto al edificio de la Duma se encontraba el río Neva, y en la otra orilla, el distrito de Vyborg y la cárcel de Kresty; por tanto los trabajadores podían alcanzar los cuarteles o el Palacio Táuride simplemente atravesando el Puente Liteiny o caminando sobre el hielo del río. Eso facilitó que soldados rebeldes, obreros de diferentes fábricas, y algunos de los presos políticos liberados confluyeran en el palacio con facilidad.

La conducta de los liberales durante las jornadas cruciales de febrero estuvo carente de arrojo y marcada por el temor. La revolución estaba en pleno apogeo y la indecisión seguía corroyendo a la burguesía parlamentaria. Vasily Šulgin, redactor del diario de Purichkevich, enemigo de judíos y socialistas, escribió tiempo después un relato de estos momentos que refleja fielmente las angustias del liberalismo ruso en aquella hora crucial. Šulgin cuenta:

«Rodzânko no se decidía. Trataba aún de decir que sería eso: ¿un motín o no?

"Yo no deseo amotinarme, yo no soy un amotinado, no hice ni deseo hacer ninguna revolución… No me pronunciaré contra un poder supremo. No lo deseo. Pero por otra parte, el gobierno no existe. Se dirigen a mí de todas partes… Preguntan qué hacer… ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?"

Me preguntó también a mí —continua Šulgin—. Mi respuesta me sorprendió a mí mismo. Le dije de manera muy resuelta: Tome el poder Mihail Vladimirovich. Eso no es ningún motín, tómelo como súbdito fiel…»

Pero no fue Rodzânko quien marcó el camino a seguir sino Milûkov. De espíritu un tanto seco y dogmático, era el único intelectual que podía representar el liberalismo ruso. En cierto modo, Milûkov dominó a todos los políticos movilizados por la insurrección, por tener conciencia de las posibilidades y flaquezas de su clase social, y porque sabía, o creía saber, el juego que convenía desarrollar.

Hacía mucho tiempo que Milûkov había dejado de coquetear con la revolución. Durante la guerra, se adhirió sin reticencias a la defensa nacional y al impulso patriótico, y no podía ocultar sus ansias expansionistas. No obstante, aunque era acérrimo partidario de la conquista de los Dardanelos y de la anexión de Constantinopla, consideraba que si el precio de todo ello

acarreaba un trastorno social, sería el primero en rechazarlo, por sagrado que fuera aquel objetivo tan seductor. Pero en febrero la revolución estaba en marcha y Milûkov era consciente de que se debían tomar decisiones para no ser desbordado por las masas que ocupaban las calles.

Nikolai Suhanov, un menchevique internacionalista que se iba a convertir en el cronista de la revolución, y que estuvo personalmente presente en la mayor parte de los acontecimientos cruciales de la misma, nos narra cómo se produjo el final de las dudas de la burguesía liberal. El menchevique se había retirado a un pequeño despacho en el Palacio Táuride, cuando, siendo cerca de la medianoche entró Milûkov. «Fue en derechura hasta nuestra mesa, —nos dice Suhanov— con aire solemne y una sonrisa en los labios: "Se ha adoptado una decisión —dijo— nosotros tomamos el poder…"». Para el hombre fuerte de la burguesía en aquella hora crucial, lo dicho suponía negociar para constituir un Gobierno Provisional, obtener la abdicación de Nicolás, intentar mantener la monarquía y oponerse a la injerencia de cualquier otro poder en los asuntos públicos.

Pero este último propósito resultaba harto complejo ya que los sublevados, soldados o trabajadores, empezaban a obedecer sólo las órdenes de un soviet que se estaba constituyendo; por tanto los liberales debían contar al menos con la anuencia de este organismo, ya que como confesaba el octubrista Chidlovsky a un periodista norteamericano: «Naturalmente, no somos los dueños de la situación; el pueblo y los soldados la dominan; debemos obrar con precaución».

Facilitó el acuerdo la postura adoptada por el Comité Ejecutivo del recién nacido Soviet. Para el Soviet de Petrogrado, la revolución en curso era burguesa, por tanto la responsabilidad de gobierno debía ser asumida entera y exclusivamente por los partidos burgueses, en tanto que los socialistas por su parte debían reservarse una completa libertad de acción.

Mientras Rusia no dispusiera de los medios para hacer una verdadera revolución socialista —consideraba la mayoría del Soviet—, la participación de los socialistas en el gobierno no haría otra cosa que adormecer la inquietud de los trabajadores, frenar su emancipación y desprestigiar a sus dirigentes. Suhanov sostenía que: «No podrá haber verdadera revolución socialista hasta que Rusia pueda estar respaldada por una Europa socialista. Entre tanto, es necesario que la Rusia censataria acepte tomar el poder y

que, a la vez, los revolucionarios aseguren un mínimo de garantía para que pueda superarse con éxito la etapa siguiente de la revolución». Como vemos, Suhanov o Chkheidze querían apoyar al gobierno en la medida en que éste practicara una política acorde con la «democracia».

Los anarquistas, los bolcheviques y la *mezhrainonka*, estimaban que estas concesiones a la burguesía no tenían sentido; si las masas se habían hecho con el poder, ¿por qué cederlo? El bolchevique Petr Zalutsky, que desde el 2 de marzo comenzó a utilizar la consigna: «todo el poder a los soviets»; consideraba nociva «esa esperanza de ver a la burguesía realizar los objetivos de la clase obrera y del país». Una octavilla difundida esos días rezaba: «Hubiéramos querido un programa intersocialista y una decisión sobre la terminación de la guerra»; mientras que Šlâpnikov escribió después: «Los socialistas deberían tomar el poder sin por ello instaurar en seguida el socialismo; en eso no éramos en modo alguno maximalistas». De todas formas, los bolcheviques no dijeron nada de modo oficial. Así, el recién nacido Soviet reconocía al gobierno que la Duma se disponía a instituir; pero sólo lo sostendría «en la medida en que aplicase un programa con el que el Soviet estuviese de acuerdo».

En la noche del 1 al 2 de marzo (14 al 15) y durante las negociaciones entre representantes del Soviet y la Comité Provisional de la Duma, Milûkov planteó abiertamente la idea de una monarquía constitucional. La declaración del jefe de los kadetes desencadenó un violento rechazo. Milûkov, obligado a batirse en retirada, hubo reconocer que sería una Asamblea Constituyente la que decidiría sobre la forma del Estado. Al día siguiente, en la prensa, admitió que el punto de vista monárquico que expresara la víspera, no reflejaba más que una opinión personal; pero casi a la misma hora se dedicaba a persuadir al gran duque Mihail para que aceptara la corona.

Los nombres propuestos para constituir el Gobierno Provisional también fueron objeto de fricción. El Soviet se negó a confirmar a Rodzânko como Presidente del Gobierno, diciendo que era demasiado conservador, por lo que fue elegido el príncipe Lvov, jefe del *zemstvo* Cruz Roja. El nombre de Gutchkov, hombre claramente escorado a la derecha, desagradó también al Soviet, aunque finalmente transigió. En cuanto a Teréschenko, nadie le conocía. Su posición de capitán de la industria azucarera, su fortuna evaluada en ochenta millones de rublos oro, su inclinación exagerada por los ballets y los entre bastidores de teatro no le granjearon a priori ninguna simpatía.

El Gobierno Provisional, constituido en las primeras horas del 2 de marzo, no difería gran cosa, al menos en cuanto a su composición, del «gabinete responsable» que los liberales habían pedido al zar tan insistente antes de la revoluciona, y pronto contó con el apoyo explícito del Consejo de la Nobleza que lo consideró un mal menor.

En el Gobierno Provisional predominaban de hecho los miembros del Bloque Progresista, y de manera especial los kadetes guiados por Milûkov, que fue el principal artífice del nuevo gobierno y —en la fase final— su portavoz. El mismo Milûkov asumió el Ministerio de Asuntos Exteriores, lo que ofrecía una garantía a las naciones aliadas, sobre todo a Inglaterra y Francia, miembros de la coalición contra Alemania.

Otros tres kadetes, Nekrasov, Manuilov y Scingarev, se encargaron respectivamente de los Transportes, Instrucción y Agricultura; el segundo, miembro del Consejo de Estado, había sido rector de la Universidad de Moscú; el tercero, médico de profesión, había sido anteriormente el principal candidato al Ministerio de Finanzas. Esta cartera correspondió al joven magnate del azúcar Teréschenko, que no era ni siquiera diputado de la Duma, pero que se había distinguido por su actividad en los Comités de la Industria Bélica, mientras la cartera de Industria y Comercio fue confiada a Konoválov, asimismo industrial de relieve con fama de decidido progresista y un pasado de abierta oposición al gobierno zarista. Del Ministerio de la Guerra se encargó Gutchkov, y el propio Presidente del Gobierno se cuidó del Ministerio del Interior. Por último, el cargo de procurador cerca del Santo Sínodo, a través del cual se llevaba a cabo el control del Estado sobre la Iglesia ortodoxa, correspondió al diputado conservador Lvov, no emparentado con su homónimo el príncipe, y una figura un tanto desequilibrada.

Este conjunto, inconfundiblemente elitista —burgués por extracción, y liberal-conservador por orientación—, comprendía también junto a los ya nombrados a un *trudovike* o laborista, Alexander Kérensky.

Kérensky era un abogado de 38 años, ligado al partido socialrevolucionario, pero diputado ante la Duma en el grupo de los *trudovike*. Debía su notoriedad a algunos procesos políticos, en los que había participado como defensor, y a sus discursos de oposición en el Parlamento. En las jornadas de febrero, a pesar de que no hizo nada por la insurrección, se había encontrado de golpe ante las candilejas. Su oratoria, fogosa y demagógica, gus-

taba en los mítines. Había entrado en el Soviet y era miembro de su Comité Ejecutivo, y había constituido, con un grupo de oficiales, un comité militar que se utilizó para impartir órdenes a los soldados insurrectos. En el Palacio de Táuride se había convertido así en una figura central, conocida por todos y popular entre las masas.

En el Gobierno Provisional se le ofreció la cartera de Justicia, porque los dirigentes kadetes pensaban que los podría «cubrir» ante el Soviet, asegurándoles el apoyo de aquella temida representación de soldados y obreros. Kérensky, que ardía en deseos de ser ministro, aceptó contra el parecer de los otros dirigentes del Soviet, los cuales, después de haber entregado el poder a la burguesía, no querían sin embargo compromisos con su gobierno. Kérensky aceptó el ministerio a título personal pero al ser también vicepresidente del Soviet su posición se prestaba al equívoco de ser considerado como un puente entre ambos organismos: Gobierno y Soviet.

El recién nacido Gobierno Provisional adoptó como principios fundamentales la amnistía inmediata, la libertad de palabra, prensa y reunión, la abolición de todas las restricciones basadas en clases, religión y nacionalidad, la convocatoria de una Asamblea Constituyente libremente elegida, la creación de una milicia popular para reemplazar a la policía y la promesa de no represaliar a las tropas amotinadas en Petrogrado.

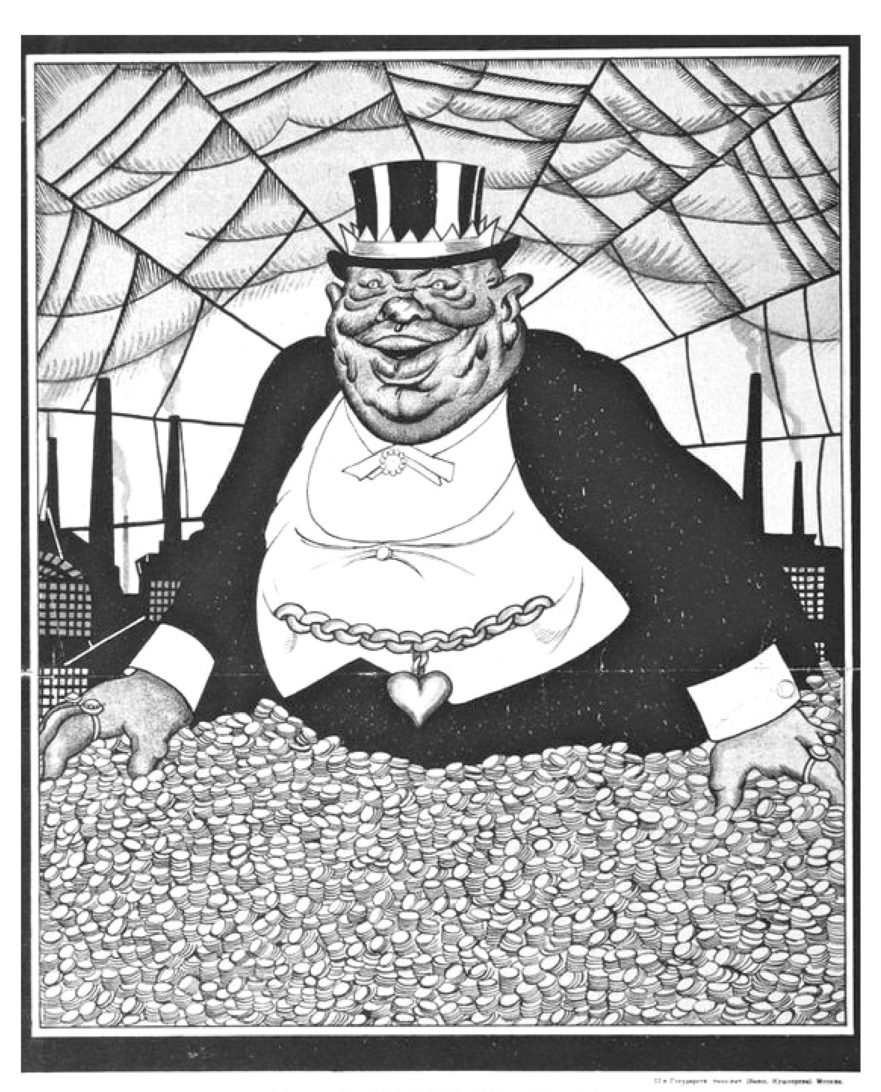
Milûkov estaba exultante y aquel día se atrevió incluso a enfrentarse con la muchedumbre que invadía los pasillos del Palacio de Táuride para anunciarles la constitución del nuevo gobierno, asumiendo un papel para el que no estaba preparado: el de tribuno popular. Así se explica que cuando Milûkov comenzó a hablar en la sala llamada de Catalina, la tarde del 2 de marzo, enumerando a los diferentes ministros alguien interrumpiera su discurso con la embarazosa pregunta: «¿Quién los ha elegido?». La respuesta del nuevo Ministro del Exterior fue tan hábil como poco convincente: «Los ha elegido la revolución rusa». Es verdad que algunos nombres de ministros nada decían a la gente y, en consecuencia, el orador tuvo que explicar pacientemente de quiénes se trataba y poner de manifiesto sus respectivos méritos. Pero cuando, Milûkov definió al príncipe Lvov como «un representante de la sociedad organizada rusa», se pudo escuchar el seco comentario: «Sociedad de propietarios».

Como intelectual agudo, el líder de los kadetes consiguió ocultar la diferencia, entre asumir el poder gracias a la revolución o haberlo obtenido

por iniciativa de la Duma del Estado. En la mañana del 3 del marzo los periódicos publicaron el siguiente anuncio oficial: «El Gobierno Provisional hace saber que el Comité Provisional de los miembros de la Duma del Estado, con la asistencia y solidaridad del ejército y de los habitantes de la capital, ha obtenido una victoria incuestionable sobre las oscuras fuerzas del viejo régimen y se encuentra ahora en situación de organizar un poder ejecutivo más estable. A tal fin, el Comité Provisional de la Duma del Estado ha designado las siguientes personas como ministros del primer gabinete de representantes de la población; la anterior actividad política y pública de los nombrados es garantía de su fidelidad a la nación...».

Para completar la confusión —que se añadía a la falsedad de la «amplia victoria» atribuida al Comité Provisional, como si éste hubiera sido guía de la revolución— el documento llevaba la firma de Rodzânko, pero no como Presidente del Comité Provisional sino de la Duma; y a aquélla seguía la de Lvov y de todos los ministros.

Por fin la burguesía rusa controlaba el gobierno del Estado, pero su fragilidad no superada pronto iba a dejar al descubierto lo precario de ese poder.



Viktor Deni «El capital» (1919)

V
El Palacio Táuride
El Febrero popular

El Palacio de Táuride poseía un inmenso vestíbulo flanqueado por dos largas alas, una de ellas ocupada por la Duma, la otra por el Soviet. En esta distribución espacial del poder que había sucedido a la caída de los Romanov, Kérensky vio dos Rusias diferentes, una frente a otra: «la Rusia de la clase dirigente, la que había perdido (aunque aún no lo viera así ella)... y la Rusia del trabajo, que marchaba hacia el poder sin darse cuenta».

La frase es totalmente acertada, ya que frente al nuevo poder teóricamente legal que encarnaba el Gobierno Provisional, se estaba configurando otro, mucho más real, estructurado en un organismo paralelo: el Soviet.

El termino soviet, que se podría traducir por consejo, designaba una forma de organización popular que no era ninguna de las tradicionales, ya que no se trataba de una mera asamblea, ni de un partido, ni tampoco de un sindicato. Era una experiencia relativamente nueva que contaba, no obstante, con significados antecedentes.

El primer soviet en la historia de Rusia apareció a mediados de mayo de 1905 en el distrito textil moscovita de Ivanovo-Voznesensk, que fue el escenario de una dura lucha huelguística de casi dos meses de duración.

El conflicto comenzó cuando una junta de obreros planteó una tabla reivindicativa con 26 demandas de naturaleza económica y laboral. La huelga, en pocos días, movilizo a más de 40.000 trabajadores. Fue el gobernador del distrito quien instó a elegir delegados o «diputados» en cada empresa para que negociaran con los patronos bajo la mediación de la inspección de fábricas. Así nació el «Consejo Ivanovo-Voznesensk autorizado» (*Ivanovo-Voznesenskij sovet upolnomocennych*) en una sesión que tuvo lugar en el ayuntamiento donde se reconoció a la junta de delegados electos como representación de los trabajadores de Ivanovo-Voznesensk. El soviet se propuso de modo formal: dirigir el paro; no permitir acciones y negociaciones separadas; cuidar por una actitud ordenada y organizada de los trabajadores; y no comenzar el trabajo antes de que lo decidiera el soviet.

En las primeras tres semanas la huelga se desarrolló tranquilamente y sin obstáculos, pero en el seno del soviet comenzaron a aparecer las primeras reivindicaciones de naturaleza política, por ejemplo pidiendo la elección de una Asamblea Constituyente. La intransigencia de la patronal, y el temor del gobierno, condujo a la intervención del ejército lo que provocó enfrenamientos sangrientos con los huelguistas. Finalmente, lo prolongado de la huelga obligó al soviet a decretar el retorno al trabajo el 1 de Julio. Pero al exigir los patronos a cada trabajador una declaración de que se reintegrarían en sus puestos sólo bajo las antiguas condiciones, se arrastró la huelga hasta el 18 de Julio. Ese día, los delegados del soviet, algunos de los cuales estaban ya encarcelados, pidieron a los inspectores de fábrica garantías escritas de que se respetarían las antiguas condiciones laborales. Lo cierto es que, aunque el soviet se disolvió, en los meses siguientes los delegados de cada factoría siguieron actuando como representantes de los trabajadores en negociaciones y conflictos.

A pesar de la derrota, la huelga de Ivanovo-Voznesensk dejó una profunda huella en la clase trabajadora rusa por su solidaridad sin precedentes y por su larga duración. Pero lo fundamental fue haber experimentado una forma más elevada de organización, ya que el soviet era un órgano compuesto por trabajadores elegidos que representaban a la clase obrera de toda la localidad.

Durante la gran huelga general que se desarrollo en toda Rusia en octubre del mismo año de 1905, esta forma de organización: el soviet, reapareció en San Petersburgo, esta vez con el nombre de Consejo de los

Diputados Obreros de la ciudad. A lo largo de la primavera y el verano los mencheviques habían agitado por la «autogestión revolucionaria» y la creación de un «Congreso de trabajadores» que debería estar constituido por delegados de las fábricas. Al propagarse la ola de huelgas desde Moscú a Petersburgo surgió en las principales factorías la necesidad de coordinarse para acordar una actuación conjunta. En empresas como Putílov y Obújov, fueron votados delgados que pronto se convirtieron en un comité de huelga de toda la capital. La dinámica se tradujo en un llamamiento para elegir por cada 500 trabajadores un «diputado» para ese comité obrero.

En la noche del 13 de octubre se celebró en los salones del Instituto Tecnológico la primera sesión del Soviet de Petersburgo, en la que no participaron más de 40 personas. Al comienzo de su existencia, el Soviet, como organísmo con personalidad propia, sólo se proponía el encauzamiento unificado de la huelga. De ahí que el historiador Pokrovsky observara con razón, que en un principio era como un comité de huelga parecido al de Ivanovo-Voznesensk.

Pero en la tercera semana de octubre el Soviet contaba ya con 226 delegados de 96 fábricas y talleres, con representantes de cinco sindicatos distintos, a los que había que sumar tres representantes de cada uno de los tres partidos socialistas (menchevique, bolchevique y socialrevolucionario) a los que el Soviet había dado cabida. El organismo estaba dirigido por un Comité Ejecutivo provisional de 22 personas y publicaba un periódico, el *Izvestia Soveta Rabochykh Deputatov* (Noticias del Consejo de los Diputados Obreros) que terminaría siendo conocido simplemente como *Izvestia*.

Pero la huelga que se estaba extendiendo por todo el país adquiría, a marchas forzadas, una clara significación política, y el Soviet de Petersburgo se transformó en poco tiempo en un instrumento político de representación general de los trabajadores, convirtiéndose en una especie de «parlamento obrero», que tomaba posición ante cualquier problema. Al no disolverse cuando finalizó la huelga de octubre quedó bien claro que el Soviet se había configurado como órgano de lucha revolucionaria de los trabajadores, esto le confirió el carácter que le hizo prototípico para los otros consejos o soviets en el año 1905 y más tarde en 1917.

En los convulsos días de febrero que precipitaron la caída del zarismo, la idea de resucitar el Soviet en Petrogrado apareció muy pronto. Ya el día

25, tercera jornada de las agitaciones, algunos miembros de la Unión de Cooperativas Obreras de San Petersburgo y del grupo menchevique de la Duma, unas treinta personas en total, se reunieron con el fin de organizar las elecciones en las fábricas de los delegados al Soviet, pero la iniciativa quedó frustrada a raíz de la oleada de arrestos que se produjo aquella misma noche.

La idea solo tomó cuerpo dos días después, con la liberación de los detenidos. Kuzma Gvozdev, el presidente de la sección de trabajadores en el Comité de las Industrias Bélicas, devuelto a la libertad, comentó a sus amigos: «Me voy directamente a la Duma para pedir, como en 1905, la elección inmediata de un Soviet de Diputados Obreros».

Bajo la dirección de Gvozdev, un grupo de excarcelados, junto con algunos diputados mencheviques de la Duma, se reunieron en la sala de la Comisión de Presupuestos, la número 12 del Palacio de Táuride, y se constituyeron hacia las tres de la tarde, en un «Comité Ejecutivo Provisional del Consejo de Diputados Obreros». El Comité publicó inmediatamente un llamamiento para la elección de delegados, uno por cada 1000 obreros y uno por cada compañía de soldados, y fijó la primera sesión para las siete de la tarde.

Cuando comenzó la reunión a las nueve de la noche, cincuenta delegados de fábricas y veinticuatro militares se presentaron en la sala de sesiones para la primera reunión del Soviet, provistos de mandatos verbales cuya autenticidad nadie podía demostrar, aunque fueron admitidos bajo palabra. El abogado Sokolov, menchevique de izquierdas, ordenó el proceso y confirmó a los delegados.

Cuando se abrió la sesión, junto a los delegados había más de trescientas personas que asistían a la reunión, y Sokolov sugirió que se procediese inmediatamente a la elección de un presídium. Tras realizar una votación fueron nombrados: Presidente del Soviet, Chkheidze; vicepresidentes: Kérensky y Skobelev; secretarios: Gvozdev, Sokolov, Pankov y Grinevich.

Los mencheviques eran ampliamente mayoritarios en el organismo. El bolchevique Šlâpnikov propuso entonces reforzar ese Comité con representantes de los partidos obreros. Los bolcheviques, los mencheviques y los socialrevolucionarios tendrían así derecho a tres representantes suplementarios. Eso permitió configurar un buró más amplio formado por Bogdanov, Suhanov, Šlâpnikov, Tsereteli, Gots, Lieber, Steklov, el revo-

lucionario de Odesa, Krustalev-Nosar y Vladimir Zenzinov, afiliado al ala terrorista socialrevolucionaria.

En medio de estas elecciones se fueron presentando los regimientos sublevados que, uno tras otro, se hacían aclamar. Suhanov, el menchevique internacionalista, nos ha dejado una vivida descripción de la atmósfera reinante en esta primera reunión del Soviet de Petrogrado.

«De pie en los banquillos, los fusiles en sus manos, agitados y tartamudeantes, esforzándose por expresar de forma coherente los mensajes que se les habían confiado, con el pensamiento concentrado en la narrativa, en un ambiente insólito y casi fantástico, sin pensar en todo el significado de los hechos que relataban y quizás sin comprenderlo, con un lenguaje sencillo y tosco que reforzaba enormemente la falta de énfasis, los delegados de los soldados, uno tras otro, contaron lo que había sucedido en sus compañías. Sus relatos eran simples y se repetían uno y otro casi literalmente. El público escuchaba como niños que oyen un maravilloso, subyugante cuento de hadas que se saben de memoria, conteniendo la respiración, con el cuello estirado y la vista perdida.

"Somos del Regimiento Volinsky..., del Pavlovsky..., del Litovsky..., de los Zapadores..., de los Cazadores..., del Regimiento Filiandisky..."

El nombre de cada uno de los magníficos regimientos que se había unido a la revolución era saludado con un estruendo de aplausos.

"Nosotros tuvimos una reunión..." "Nos encargan que os digamos..." "Los oficiales huyeron..." "Para unirnos al Soviet de los Diputados Obreros..." "Nos encargan que os digamos que no queremos servir contra el pueblo, nosotros venimos a unirnos con nuestros hermanos los trabajadores, todos unidos defendemos la causa del pueblo..., daríamos nuestra vida por esto." "Nuestra reunión general nos ha comisionado para que os saludemos..." "¡Viva la revolución!", añadiría el delegado con una voz completamente apagada por el rugir de la reunión...

Se propuso y se aprobó con atronadores aplausos que el ejército revolucionario y el proletariado de la capital se uniesen y crearan una organización conjunta que se llamaría a partir de entonces «Soviet de los Diputados de los Obreros y de los Soldados».

En medio de esta atmósfera se produjo, aprobada por unanimidad, la fusión del ejército insurrecto y el proletariado en un solo Soviet, esta fue de

momento la principal diferencia respecto al Soviet de 1905 compuesto únicamente por obreros.

A pesar de la confusión reinante el buró pudo también confirmar en su misión a los distintos comités que se habían formado y decidir la creación de milicias obreras dirigidas por comisarios, así como iniciar la publicación del diario revolucionario *Izvestia*.

En la mañana del 28 de febrero apareció, gracias a la labor del bolchevique Bonch-Bruevich, el primer número del *Izvestia Petrogradskogo Soveta Rabochykh i Soldatskich Deputatov*, que presentaba alguna variación en su cabecera respecto a su antecesor de 1905 al incluir a los soldados en la denominación del Soviet. En sus páginas se insertaba un manifiesto programático dirigido a la población de Petrogrado y a toda Rusia, en el que entre otras cosas se decía:

«Para llevar la lucha por los intereses de la democracia a buen fin, el pueblo tiene que crear su propia organización de masas. Ayer 27 de febrero, se ha fundado en la capital el Soviet, formado por representantes elegidos de las fábricas, de las tropas sublevadas así como de los partidos y grupos democráticos y socialistas».

Ese mismo día tuvieron lugar, en la mayoría de las factorías, votaciones de delegados para el Soviet. En la sesión plenaria que se celebró a la una de la tarde participaron ya cerca de 120 representantes, pero seguía sin haber un control sobre las actas, y la asamblea se desarrollaba sin un orden del día fijo. Las decisiones eran tomadas en el círculo más reducido del buró, y también aquí se decidieron los acuerdos del 1 y 2 de marzo sobre la formación del Gobierno Provisional. No obstante, el pleno del Soviet aprobó el mismo 2 de marzo, por aplastante mayoría, con sólo 19 votos en contra sobre 130, los acuerdos alcanzados entre el Comité Ejecutivo del Soviet y el Comité Provisional de la Duma.

El Soviet de Petrogrado se asemejó en las primeras semanas de su existencia a una inmensa y permanente asamblea de soldados y obreros. El número de delegados crecía cada día; en la primera semana de marzo ascendía ya a casi 1200 delegados, y en la segunda mitad de marzo llegaba a cerca de 3000. De estos, unos 2000 eran soldados y sólo 800 eran obreros, aunque la totalidad de obreros de la ciudad rebasaba al de soldados en el doble o triple. La razón de esta desproporción radicaba en que los

soldados elegían representantes hasta en las unidades más pequeñas acrecentando así su número.

Estas macro-asambleas eran a todas luces inoperantes para poder realizar un trabajo eficaz; por eso los días 18 y el 19 de marzo se discutieron, tanto entre los soldados como entre los representantes obreros, diversas propuestas sobre la reorganización del Soviet. De los debates surgió el acuerdo de constituir un pequeño Soviet compuesto por delegados del ya existente, y que limitaría su número a unas 600 personas. En él debían estar representados por igual obreros y soldados.

Pero la realidad era que la mayor parte del trabajo práctico lo seguía llevando el Comité Ejecutivo. Era allí donde se tomaban las decisiones políticas fundamentales, que posteriormente eran presentadas ante la asamblea general para su aprobación. No obstante este organismo de dirección también había crecido y a finales de marzo contaba ya, junto con el Presidente del Soviet, Chkheidze, y sus dos sustitutos, Skobelev y Kérensky, con otros 42 miembros; y a principios de abril se admitieron a 16 representantes más procedentes de las provincias. También el buró aumentó a 24 miembros, que se reunían todos los días, mientras que el Comité Ejecutivo lo hacía solo tres veces a la semana.

En el transcurso de unas semanas el Soviet de Petrogrado se había convertido de un órgano político revolucionario y en un aparato de administración bien organizado que empleaba a algunos cientos de trabajadores, en su mayoría mecanógrafos distribuidos por las distintas secciones. De marzo a junio, los gastos administrativos del Soviet ascendieron a 800.000 rublos, pero en el mismo tiempo dispuso de entradas por valor de 3.512.000 rublos, procedentes de distintas organizaciones. Pero en la misma medida en que el trabajo del Soviet empezó a ser operativo, perdió en gran parte el contacto directo con las masas. La sesión plenaria que se había celebrado casi a diario en las primeras semanas se fue espaciando y la asistencia de los diputados era cada vez menos asidua.

Otra diferencia que caracterizó al Soviet de 1917 de su antecedente en 1905 es que, desde sus comienzos, estuvo bajo una fuerte influencia de los partidos obreros. Las decisiones más importantes, tanto en el Comité Ejecutivo como en la dirección de *Izvestia*, eran adoptadas por cuadros de las distintas formaciones políticas, y la supremacía numérica de los soldados

se traducía en un predominio del partido socialrevolucionario en el seno del Soviet de Petrogrado.

Entre los diputados socialdemócratas dominaban los mencheviques, que poseían ya durante la guerra posiciones en la Duma, y en los sindicatos, lo que favorecía también su situación en el Soviet, donde sus personalidades más destacadas eran el presidente Chkheidze y el brillante orador Irakli Tsereteli.

La presencia de los bolcheviques en el Soviet de Petrogrado fue, en los primeros meses de su existencia, bastante débil. La organización bolchevique, como ya hemos dicho, estaba diezmada por las detenciones y exilios, y casi desarticulada por la policía secreta. Hasta el 9 de marzo no se pudo constituir una fracción bolchevique en el Soviet, que contó únicamente con 40 miembros, de los cuales sólo dos o tres eran soldados, un número ridículamente pequeño frente a los 2000 o 3000 diputados del Soviet de la capital.

Pero lo esencial de este organismo revolucionario era que, desde el primer momento, funcionó como un contrapeso del Gobierno Provisional. Esta tensión se inició incluso antes de que surgiera el mismo Gobierno Provisional, puesto que la fricción se disparo ya con el Comité Provisional de la Duma.

Cuando en plena agitación Rodzânko quiso desplazarse a Dno para entrevistarse con Nicolás II con la finalidad de instarle a que nombrara un gobierno responsable, los ferroviarios se negaron a facilitarle un tren sin permiso del Comité Ejecutivo del Soviet, que acordó que no habría ni locomotora ni vagón para el Presidente de la Duma.

La sobresaliente participación de las tropas sublevadas en el triunfo de la revolución y el papel determinante que desempeñaron en el desenlace de la misma, propiciaron otro gran enfrentamiento, éste con repercusiones mucho mayores.

Los diputados burgueses del Comité de la Duma buscaban ganarse a los soldados, sabían que su actitud era determinante para reinstaurar un cierto orden en la capital. Por eso, después de algunos tanteos, encontraron la que creían una consigna idónea para convencer a las tropas: «Re-

gresad a vuestros cuarteles para que se sepa, en caso de necesidad, dónde encontraros».

Lo cierto era que el representante militar de la Duma, coronel Engelhardt, había logrado obtener la presidencia en la Comisión Militar del Soviet, pero su actuación estaba siendo errática: anunció que serian ejecutados los oficiales que intentaran quitar las armas a sus soldados, al tiempo que Rodzânko llamaba a la tropa a entregar sus armas a los oficiales; éstos quisieron llevar a la práctica lo que creyeron era una orden que dimanaba de un órgano con autoridad y provocaron distintos incidentes en los que se llegaron a cruzar disparos. Entonces un grupo de soldados, que estaba lejos de conocer el juego de los dirigentes, se dirigió al Palacio Táuride para exponer sus quejas y plantear sus exigencias. Así nació la que iba a ser famosa Orden número 1 (*Prikaze* I).

La misma mañana del 1 de marzo el Soviet había abordado los problemas del ejército. Varios delegados de regimiento preparaban un llamamiento destinados a la guarnición. Por su parte, Suhanov y Steklov redactaban una proclama en la que se invitaba a la unión; los soldados podrían conservar sus armas, pero se les pedía que no lincharan a más oficiales.

Una vez estuvieron a punto estos textos, el Soviet abrió el debate; fue en ese momento cuando llegaron los delegados que habían negociado con Engelhardt. Šlâpnikov reconoció entre ellos al agitador Fedor Linde y vio cómo todos rodeaban a Sokolov, el cual, apartado de los demás, acabó de terminar la redacción de un texto que leyó al Soviet. El texto decía:

«A la guarnición de la región de Petrogrado. A todos los soldados de la Guardia, del Ejército, de la Artillería y de la Flota, a fines de ejecución inmediata y rigurosa, y a los obreros de Petrogrado a título de información.

El Soviet de Diputados Obreros y Soldados decide lo siguiente:

1º En todas las compañías, batallones, regimientos, parques, baterías, escuadrones y administraciones militares de todas clases, y a bordo de los buques de la flota de guerra, se escogerá inmediatamente, por vía de elección, un comité de representantes entre los simples soldados de las unidades militares arriba indicadas.

2º En todas las unidades militares que no hayan escogido aún a sus representantes en el Soviet, se elegirá un delegado por compañía, quien, por-

tador de certificados escritos, se presentará a la Duma del Estado el 15 de marzo del mes corriente, a las diez de la mañana.

3º En todos sus actos políticos, la unidad militar ha de obedecer al Soviet de Diputados Obreros y Soldados y a sus comités.

4º Las órdenes de la comisión militar de la Duma del Estado no deben ser ejecutadas sino en los casos que no se hallen en contradicción con las órdenes y las decisiones del Soviet de Diputados Obreros y Soldados.

5º Las armas de todo género, como fusiles, ametralladoras, automóviles blindados, etcétera, deben estar a disposición y bajo el control de los comités de compañía y de batallón, y en ningún caso serán entregadas a los oficiales, aunque éstos lo exigieren.

6º En filas y durante el servicio, los soldados deben observar la más estricta disciplina militar; pero fuera del servicio y de filas, en su vida pública, cívica o privada, los soldados no deberán ser lesionados en los derechos de que disfrutan los ciudadanos.

Principalmente, la posición de firmes al paso de un superior y el saludo obligatorio, quedan abolidos, fuera del servicio.

Igualmente quedan suprimidos los tratamientos otorgados a los oficiales: Vuestra Excelencia, Vuestra Nobleza, etcétera; serán sustituidos por: señor general, señor coronel, etcétera.

Los malos tratos de graduados de todas clases a soldados, y sobre todo el tuteo, quedan prohibidos; todas las infracciones a la presente orden, así como todas las desavenencias entre oficiales y soldados, éstos últimos vienen obligados a ponerlas en conocimiento de los comités de compañía.

Dése lectura de esta orden en todas las compañías, batallones, regimientos, tripulaciones, baterías y otros servicios armados y auxiliares.

El Soviet de Diputados de Obreros y Soldados de Petrogrado».

Sokolov había transcrito, al dictado, las quejas de la tropa, y así nació la *Prikaze* I que reducía a la nada los intentos de la Duma por controlar a los soldados de la capital.

La *Prikaze* confería a la tropa fuera de servicio los derechos civiles y políticos de cualquier ciudadano, y anulaba lo que había de vejatorio en el

reglamento del antiguo ejército ruso. Sometía a las unidades de la capital a la autoridad política del Soviet y estipulaba que las decisiones de la Duma sólo podrían ejecutarse cuando no fueran contrarias a las del organismo revolucionario. En respuesta a las maniobras de la Duma, el artículo cinco especificaba que en ningún caso serían entregados a los oficiales los depósitos de armas, aun cuando se les exigiera con una orden. La asamblea del Soviet aprobó la Orden número 1 por aclamación.

Este drástico decreto fue inmediatamente publicado en el *Izvestia*, y rápidamente corrió por los telégrafos hasta llegar al frente.

Así la autoridad de facto del Soviet, se hizo sentir desde el primer momento. Los trenes no se movían, las instituciones municipales no funcionaban, la policía estaba paralizada. Verdaderamente la mayoría de las funciones indispensables y la maquinaria de la administración estaban totalmente suspendidas a no ser que fuesen autorizadas, sancionadas o específicamente ordenadas por el Soviet.

Sin el permiso del Soviet de Petrogrado, era imposible enviar un telegrama, salir de la ciudad o imprimir un llamamiento. El Soviet no necesitaba apoderarse de ninguno de los centros neurálgicos de poder mediante el envío de destacamentos. La ocupación de estas instituciones por el Soviet se concretaba en que los trabajadores y empleados de los distintos organismos sólo aceptaban las instrucciones de aquél. Fue de esta manera como el Soviet de Petrogrado llegó a ser un poder real frente al teórico poder del Gobierno Provisional.

Una ilustración muy significativa de cómo el Gobierno Provisional dependía del Soviet nos la da una carta del Ministro de la Guerra, Gutchkov, dirigida a un general, a mediados de marzo:

«El Gobierno Provisional no posee ningún verdadero poder y sus órdenes se ejecutan sólo cuando lo permite el Soviet de Diputados de Obreros y Soldados, que mantiene en sus manos los más importantes elementos del poder real, tales como las tropas, los ferrocarriles y los servicios postales y telegráficos. Se puede decir que el Gobierno Provisional existe sólo en la medida que el Soviet lo permite».

Sólo algunas decisiones del nuevo gobierno pasaron sin dificultad. Fueron aquellas que respondían a las aspiraciones democráticas más generales

expresadas por la revolución de febrero. El 12 de marzo fue abolida la pena de muerte y el día siguiente fueron suprimidos los tribunales militares, salvo en la zona del frente. Poco después fueron eliminadas las restricciones legales a los derechos de los ciudadanos basadas en las diferencias de fe o de nacionalidad: en particular eso afectaba directamente a los judíos. Hay que decir sin embargo que algunas de estas medidas no hacían sino sancionar un estado de hecho: así, el día en que se decretó la amnistía —8 de marzo— las prisiones habían sido ya abiertas por las masas en todas partes.

«Dualidad de poderes», es la expresión ya clásica que en el léxico historiográfico describe la situación inestable y contradictoria que vivió Rusia de febrero a octubre de 1917. La dualidad de poderes era la existencia, frente a frente, de la institución que representaba la burguesía o sea, al Gobierno Provisional, y al Soviet, nacido de las clases populares. Al definir el acuerdo concertado en las negociaciones entre dirigentes del Soviet y los futuros miembros del Gobierno Provisional, el menchevique internacionalista Suhanov, que desempeñó un papel determinante en el mismo, dijo que se trataba de un «acuerdo que fijaba las condiciones de un duelo».

No obstante, la dirección del Soviet no pretendía una confrontación abierta, seguía considerando que la revolución en curso debía ser dirigida por la burguesía. Su pretensión era establecer una vigilancia atenta sobre la labor del gobierno, por eso, a comienzos de marzo, se decidió crear una Comisión de Contacto entre el Soviet y el Gobierno Provisional cuya misión era, no tanto coordinar como controlar la actividad gubernamental.

La oposición entre los dos centros de poder rivales, que se había manifestado desde los días de la insurrección, se confirmó muy pronto en hechos evidentes que indicaban el enorme poder del Soviet. Cuando se trató de establecer que periódicos deberían salir, fue el Soviet el que tomó una decisión. La razón era muy simple: los tipógrafos estaban dispuestos a respetar únicamente sus disposiciones. En su seno hubo un enfrentamiento entre quienes eran partidarios de una supresión de la prensa más reaccionaria —la de las Centurias Negras— y los liberales, que sostenían por el contrario el derecho de expresión para todos, incluso para los enemigos de la revolución. Prevaleció durante algunos días la primera tendencia, pero finalmente se impuso una total libertad de imprenta, porque en este sentido presionaban los círculos de la burguesía. Pero de cualquier forma fue en el Soviet donde se desarrolló el debate.

Así las fricciones se hicieron inevitables. La prensa conservadora inició de inmediato una ofensiva en distintos frentes: contra el Soviet, discutiendo su representatividad; contra los soldados, a quienes acusaba de indisciplina, y contra la clase obrera a la que reprochaba la irresponsabilidad de sus reivindicaciones sociales. De hecho la prensa liberal empezó a reclamar un «poder único» que para ella no era otro que el del Gobierno Provisional.

También, desde comienzos de marzo, los problemas sociales que el triunfo de la insurrección no había solucionado se hicieron manifiestos. El día 6 de marzo, la asamblea plenaria del Soviet aprobó por inmensa mayoría —1170 votos contra 30— una resolución que invitaba a la clase obrera de la ciudad a reanudar el trabajo; sin embargo, diferentes organizaciones manifestaron que sólo estaban dispuestos a volver a las fábricas después de solucionar el problema de la duración de la jornada laboral.

La jornada de ocho horas era una reivindicación histórica del proletariado. Los mencheviques dirigentes del Soviet teorizaban que no se debía hablar de ello para no espantar a la burguesía, ya que el momento de las reformas sociales no había llegado aún. Pero los obreros de Petrogrado no eran de la misma opinión, y aunque se reanudó la actividad, los trabajadores la interrumpían apenas transcurridas las consabidas ocho horas diarias. La situación hizo que fueran los mismos empresarios los que, encontrándose frente a esa realidad, vieran la necesidad de una retirada aunque sólo fuera provisional; por eso entraron en negociaciones con el Soviet para aceptar la jornada de ocho horas.

El acuerdo fue firmado el 11 de marzo, pero tanto la prensa conservadora como la liberal emprendieron entonces una ofensiva contra aquella medida que consideraban incompatible con «las necesidades de la defensa nacional»; campaña que enfrentó durante un tiempo a una parte de la guarnición de Petrogrado con la clase obrera.

Demagógicamente se acusaba a los obreros de ser holgazanes, de negar al ejército los medios para combatir, de querer trabajar poco, mientras sus camaradas defendían a la patria y perecían en las trincheras. Al principio esta propaganda tuvo éxito. Se llegaron a producir manifestaciones de soldados en las que, junto a una pancarta que pedía «Tierra y libertad», se podía leer otra que rezaba: «¡Los obreros a sus puestos!» Hubo incluso algunos incidentes entre trabajadores y militares. Entonces, el Soviet y una serie de

organizaciones obreras, emprendieron una labor de contrapropaganda, organizando visitas de soldados a las fábricas e informando a la guarnición de las condiciones de vida de los obreros. Al propio tiempo, el Gobierno Provisional fue requerido por el Soviet para que satisficiera la reivindicación de las ocho horas de modo formal, sin esperar la convocatoria de la Asamblea Constituyente a la que los liberales pretendían someter el problema. Por último, pese a la resistencia de los ministros y de los círculos patronales, los obreros de Petrogrado obtuvieron satisfacción a sus demandas.

Las ocho horas fue la principal conquista obrera producto de la insurrección de febrero. El ejemplo de la capital fue seguido por Moscú, aunque los industriales de esta ciudad se opusieron enérgicamente, solicitando para ello el apoyo del gobierno. El 18 de marzo, sin esperar decretos ministeriales, el Soviet de Moscú decidió por su cuenta el paso a las ocho horas. Más tarde, en el curso del mes de abril, las ocho horas se fueron imponiendo como hecho consumado en casi todos los centros industriales del país. Pero la lucha en torno a las ocho horas no era en el fondo sino un episodio de una guerra más amplia.

En marzo se reunieron los primeros soviets provinciales y a finales del mes se celebró una Conferencia de Soviets de toda Rusia. La Conferencia se reunió en Petrogrado el 29 de marzo, y ocupó el lugar de un auténtico congreso de los soviets, que de momento no se había logrado convocar. Sin embargo, la Conferencia, fue suficientemente representativa ya que participaron en ella delegados de ciento treinta y nueve soviets ciudadanos, de seis ejércitos con veintitrés secciones del frente y trece unidades de la retaguardia, en total cerca de cuatrocientos delegados. El Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado pudo desde aquel momento hablar en nombre de todos los soviets y no solamente del de la capital.

Pero en esta Conferencia quedó patente la debilidad del partido bolchevique en estos nuevos órganos de poder. Casi todos los soviets que se fueron constituyendo estuvieron al comienzo bajo la influencia política de los mencheviques y de los socialrevolucionarios, los dos partidos a los que pertenecía la mayor parte de sus diputados. Fueron poquísimos en los que predominaron los bolcheviques. Las excepciones se registraron —además de en Bakú, donde el bolchevique Shaumian fue elegido Presidente del Soviet— en algunos centros industriales menores de los Urales, en algunas aldeas mineras de la cuenca carbonífera del Donetz, y en la pequeña ciudad

predominantemente obrera de Orejovo-Zuevo. Pero incluso en un centro de tradiciones revolucionarias como Ivanovo-Voznesensk no hubo, en un primer momento, ninguna preponderancia bolchevique.

Pero sin duda el problema crucial que en aquellos momentos condicionaba la vida de toda la sociedad rusa era el de la guerra. Durante las primeras manifestaciones de febrero, las consignas pacifistas gozaron del favor de las multitudes y en las jornadas de la insurrección se llegó a pedir el final del conflicto. Sin embargo, en las semanas que siguieron al derrocamiento del zarismo la consigna «¡Abajo la guerra!» no fue tan popular. Después de febrero, se fue imponiendo la idea de que, abatida la monarquía, la guerra había cambiado de naturaleza.

El nuevo gobierno liberal pensaba simplemente que el reciente cambio de régimen no debía repercutir en la política exterior de Rusia. El país debía ser fiel a sus alianzas y seguir en la guerra junto a Francia e Inglaterra hasta la «victoria final».

Milûkov había informado a sus colegas del gobierno sobre los tratados secretos concluidos con los aliados en tiempo del zar. Al comienzo del conflicto, Rusia había exigido y obtenido la promesa de anexiones territoriales en Polonia, y cuando entró en guerra el Imperio Otomano, los rusos acrecentaron sus pretensiones, así Francia e Inglaterra accedieron a que Rusia obtuviera los Dardanelos, Constantinopla y diversos territorios asiáticos pertenecientes a Turquía.

Apenas ocupó el ministerio, Milûkov comunicó a los otros ministros el contenido de tales documentos y sólo uno de ellos, el procurador del Santo Sínodo, declaró que aquellos tratados secretos eran propios de «banqueros y ladrones», pero no hizo nada por denunciarlos. Muy al contrario, seguridades sobre la continuación de la guerra «hasta la victoria» fueron enviadas a los embajadores rusos en el extranjero para que las transmitieran a los gobiernos ante los que estaban acreditados.

Así mismo, en fecha tan temprana como el 6 de marzo, en una declaración formulada por Milûkov a la prensa en nombre del Gobierno Provisional, afirmó que la nueva Rusia «respetaría absolutamente los acuerdos firmados», lo que de hecho significaba que la Rusia, desembarazada del zarismo, seguía siendo fiel a una política expansionista. Tal postura no podía ser aceptada sin más por el Soviet, que rechazaba cualquier forma de expansionismo.

El lema «paz sin anexiones ni indemnizaciones» era patrimonio corriente del izquierdismo defensista y resumía el sentir de muchos. Es cierto que en marzo, incluso los dirigentes de los soviets, sostenían la necesidad de la «defensa» de la patria revolucionaria, pero estaban muy lejos de alentar objetivos imperialistas, ni de contemplar anexiones territoriales.

Frente a esa postura, que podía inquietar a los aliados, se movilizaron los socialistas europeos que habían apoyado el conflicto desde su inicio. Con la bendición de sus respectivos gobiernos, los socialistas franceses —Cachin, Moutet y Lafont— y los laboristas ingleses —O'Grady, Thorne y Sanders— viajaron a Petrogrado para defender ante sus correligionarios rusos la necesidad de que la joven democracia continuara librando una guerra justa contra el autoritarismo de los Imperios Centrales.

Sentimientos contradictorios, que mezclaban un pacifismo ingenuo con un belicismo expreso, inspiraron al Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado a la hora de redactar un «Llamamiento a todos los pueblos del mundo», que fue publicado 14 de marzo, y en el que la «democracia rusa» declaraba que se «opondría con todos los medios a la política de conquista de sus clases dominantes», al tiempo que invitaba «a los pueblos de Europa a empeñarse en una resuelta acción común en favor de la paz».

Suhanov, refiere una anécdota que resume muy bien la confusión reinante en la izquierda rusa sobre el tema. Cuenta que un día fue parado en los corredores del Palacio Táuride por un soldado, proveniente del frente, que le dijo:

«Compañero, tengo una idea en la cabeza de algo que quisiera decirte —no sé si tengo razón o me equivoco—, sabes, una idea de mi cerebro ignorante. Es cierto que ahora nuestro gobierno debe dejar de conquistar otros países. ¿Pero por qué no nos comunicamos por telégrafo con el soviet de los obreros y de los soldados de Berlín?».

Suhanov tuvo que explicarle que no había ningún soviet en Berlín. A pesar de esto el soldado siguió perplejo. En el fondo, la que había germinado en su cerebro, era precisamente la idea revolucionaria de un tratado de paz que se hiciese por encima de los gobiernos, pero como eso parecía imposible se debía continuar la guerra defensiva, aunque los delegados soviéticos manifestaron que el Gobierno Provisional debía renunciar oficialmente a cualquier objetivo bélico que fuera expansionista.

Milûkov se negó a ello declarando que jamás firmaría un documento que expresara tal punto de vista. No dejaba de ser coherente con la lógica burguesa: ya que se iba a seguir luchando, que al menos fuese por algo más que sacar las castañas del fuego a Inglaterra y Francia.

Después de largas resistencias, el gobierno aceptó modificar su postura, y el 27 de marzo adoptó una declaración que fue publicada con el consenso de los soviets. En ella se decía que «el objetivo de la Rusia libre no es dominar a otros pueblos, quitarles sus bienes nacionales, ni ocupar por la fuerza territorios extranjeros, sino instaurar una paz estable sobre la base de la autodeterminación de los pueblos». Sin embargo, inmediatamente después se añadía: «el pueblo ruso no permitirá que su patria salga de la gran lucha humillada y dañada en sus fuerzas vivas». Pero sobre todo, en aquel texto se recordaba que el gobierno respetaría «sin reservas las obligaciones hacia los aliados». En suma, era el triunfo del «defensismo» y una reivindicación soterrada de los tratados secretos.

Los dos documentos fueron de todas formas aprobados por la Conferencia de los Soviets, que ratificó las posiciones «defensistas» por trescientos veinticinco votos frente a cincuenta y siete; así como había ratificado el aplazamiento hasta la Asamblea Constituyente del problema de la tierra.

La tensión entre los dos poderes, Gobierno Provisional y Soviet, experimentó una tregua a comienzos del mes de abril. El motivo no era otro que rendir homenaje a las víctimas que había causado la revolución de febrero. Si bien es cierto que dada la magnitud de los cambios producidos podríamos considerar, que se habían logrado casi sin violencia, las jornadas de febrero arrogaban un triste saldo. El número de muertos y heridos se calculó en 1315, de los que unos 587 fueron paisanos y los otros miembros de las fuerzas armadas o de la policía.

El 18 de marzo, la capital celebró los funerales de los caídos durante las jornadas insurreccionales. Enormes fogatas habían estado encendidas durante varios días para derretir el hielo del suelo del Campo de Marte, donde se había cavado una enorme fosa. El cortejo funerario cruzó toda la ciudad. Cada féretro, cubierto con una bandera roja, era portado a hombros de seis hombres. No obstante, todas las ventanas habían sido cerradas por temor a la provocación de un complot zarista. La puesta en escena del acto era obra de los representantes del Soviet, que marchaban parsimoniosa-

mente enarbolando estandartes de los que pendían cintas rojas que otros sostenían. Un enorme pendón que representaba a un esclavo rompiendo sus cadenas y que agarraba del cuello al águila imperial abría el desfile. Detrás, la multitud, compacta, avanzaba entonando *La Marsellesa* y el *Caíste como una víctima*:

«Habéis caído en la lucha final.
Habéis conocido el destierro bajo el peso de cadenas.
Se acerca el tiempo en que el pueblo despertará.
Adiós, hermanos...»

Los popes estaban ausentes, pero al día siguiente serán de nuevo admitidos a decir las oraciones, pidiendo por el Gobierno Provisional, y es que el antiguo régimen seguía vivo en muchos aspectos.

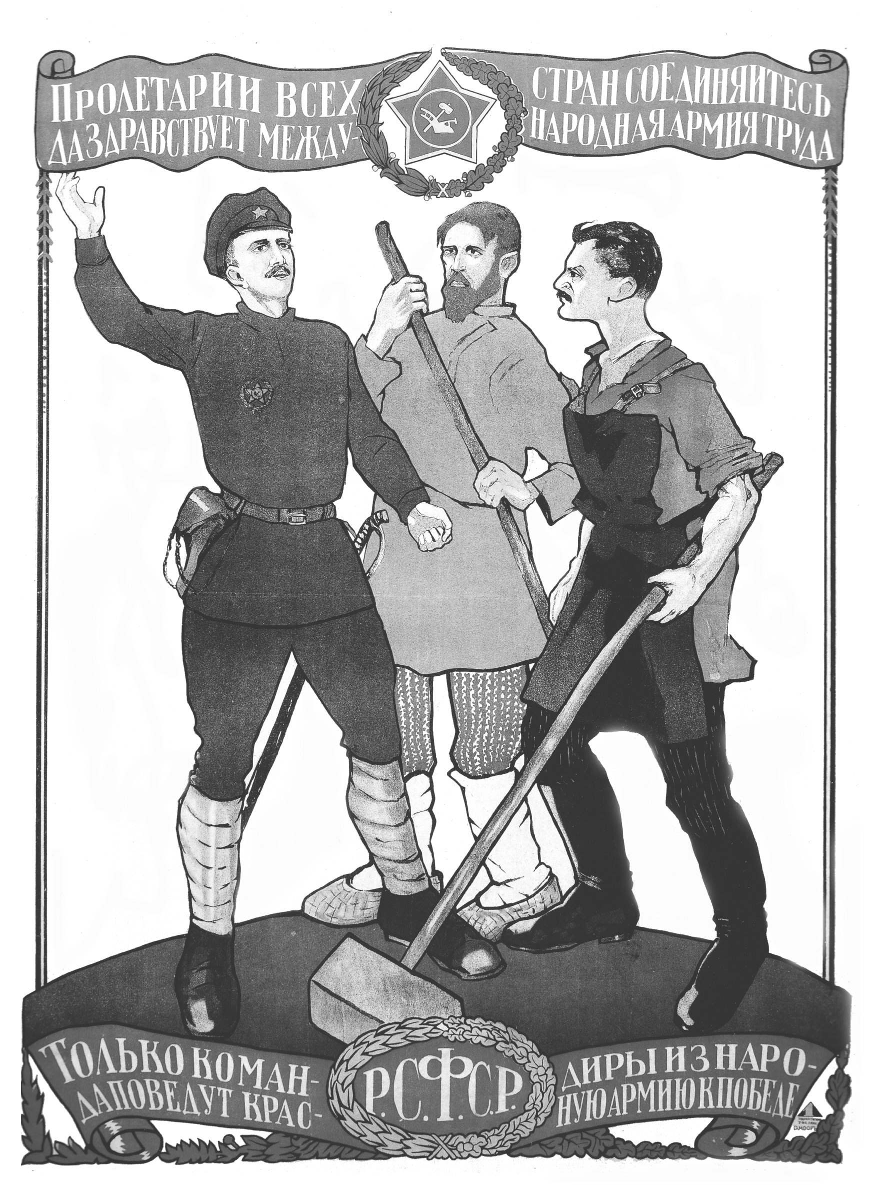
Ante la fosa, se había levantado una tribuna para los nuevos ministros. Destocados, se arrodillaban cada vez que tronaba el cañón de la fortaleza Pedro y Pablo para anunciar que otra remesa de féretros era depositada en la fosa; y el general Kornilov a caballo junto a la presidencia, se erguía sobre sus estribos para saludar con el sable.

Cuando llegó la noche veinte reflectores y centenares de antorchas iluminaron el Campo de Marte, mientras el mundo seguía sumido en las tinieblas de una contienda interminable.

La reanudación de la guerra submarina, la recesión económica que afectaba a los puertos americanos, la presión de los intereses bancarios y la indecisión de los combates que se sucedían al otro lado del océano, habían terminado por convencer al presidente Wilson a salir de la neutralidad. El hundimiento del *Vigilentia*, víctima de los torpedos alemanes, había hecho caer la balanza del lado de los intervencionistas. El 6 de abril de 1917, Estados Unidos entró en guerra con todo su potencial.

Pero eso, de momento, no consoló al combatiente francés afectado por los sacrificios que le habían sido exigidos a lo largo de doce interminables estaciones. Banderas rojas ondeaban en las ventanillas de los vagones de soldados de permiso, y se organizaban clandestinas oficinas de deserción en las cercanías de las estaciones de ferrocarril. En las mismas trincheras del frente estallaban los motines y cada vez más el hartazgo por la guerra se dejaba sentir entre los combatientes de los distintos bandos.

También la falta de alimentos estaba suscitando disturbios en Milán y Turín, mientras doscientos treinta mil huelguistas ingleses protestaban contra el empleo en las fábricas de guerra de obreros no cualificados y sin preparación. En Alemania, los socialistas empezaban a considerar una paz inmediata, sin anexiones ni indemnizaciones, mientras en Petrogrado anochecía sin la presencia de Lenin, ni de Mártvo, ni de Trotsky, ni tantos otros que se afanaban por volver a ese escenario privilegiado donde se estaban desarrollando unos acontecimientos que iban a determinar la historia del siglo.



Dimitri Moor «Proletarios de todos los paises, uníos.
Viva el ejército internacional del trabajo» (1918)

VI
La estación Finlandia
Los exiliados

Los primeros dirigentes bolcheviques en llagar a Petrogrado procedentes del exilio fueron Kámenev, Stalin y Muranov. Hasta entonces la dirección del partido en la capital había recaído en el trío formado por Šlâpnikov, Mólotov y Zalutsky, que componían el buró ruso del Comité Central. También existía el Comité Local de Petersburgo, pero había sido descabezado el 26 de febrero, cuando cinco de sus miembros fueron detenidos por la policía zarista. De hecho, en los últimos días de febrero el Comité de Petersburgo había quedado tan diezmado que fue necesario transferir sus funciones temporalmente al comité del partido en el distrito de Vyborg.

Como ya sabemos, esta dirección colegiada carecía de las dotes necesarias para orientar la organización en el proceso que se estaba desarrollando. No poseía los conocimientos políticos ni la experiencia suficiente para formular una línea clara y adecuada a las imprevistas circunstancias de la revolución. No obstante, había desempeñado su papel durante la crisis de febrero: había estado presente intentando organizar las movilizaciones, había logrado poner en circulación el periódico *Pravda* y estaba orientando

la estrategia que se debía seguir a su juicio ante la coyuntura generada por los acontecimientos de las últimas semanas.

El trío dirigente estaba descontento con la composición del gobierno del príncipe Lvov, una mezcla de nobles y grandes propietarios de tendencia liberal, que Lenin definía como: «Un poder de diez aristócratas y un rehén de la izquierda», por la presencia en él de Kérensky en el Ministerio de Justicia. La dirección bolchevique tampoco comulgaba con la política moderada del Soviet de Petrogrado, en el que prevalecían los mencheviques y los socialrevolucionarios. Veía también con hostilidad la intención, públicamente proclamada por el gobierno, de continuar la guerra «hasta la victoria final», y la actitud patriótica o «defensista» de los otros partidos de izquierdas.

Suhanov relata una anécdota que ejemplifica las diferencias que en aquel momento separaban a la dirección bolchevique del resto de las fuerzas políticas. La misma noche en que se había dado a conocer la composición del Gobierno Provisional, comenzó a circular por el Palacio Táuride una octavilla en la que se podía leer: «¡Abajo los lacayos de los Romanov!»

Miembros de la dirección del Soviet se alarmaron, interpretando que la difusión de la octavilla ponía en peligro su entente con el recién proclamado Gobierno Provisional. Se organizaron registros y finalmente las hojas fueron descubiertas bajo la custodia de Mólotov. A requerimiento de Suhanov, y tras una viva discusión, el joven bolchevique aceptó entregar los papeles impresos. Pero en los días siguientes y a través de *Pravda*, su director, que era el mismo Mólotov, siguió pidiendo el derrocamiento inmediato del príncipe Lvov y el traspaso del poder por entero a manos de la «democracia revolucionaria», es decir, al Soviet.

Sin embargo, la postura de la dirección no era compartida por toda la organización ya que en la sesión del 2 de marzo, cuando el Soviet de la capital confió el poder al ministerio Lvov, esta decisión tuvo sólo diecinueve votos en contra, es decir, menos de los bolcheviques que había en la sala. Por lo tanto, existía una cierta división que quedó subrayada cuando al día siguiente, 3 de marzo, fecha de la publicación del Gobierno Provisional, el comité bolchevique de la capital aprobó un acuerdo afirmando que: «no pretendía oponerse a la autoridad del Gobierno Provisional mientras sus actividades concordasen con los intereses del proletariado y de las amplias masas democráticas y populares».

Esta postura de moderación se vio acentuada con el retorno de Kámenev, Stalin y Muranov. Estos tres deportados emprendieron su vuelta a Petrogrado en cuanto tuvieron noticia de la revolución triunfante. Grupos de presos y exiliados políticos regresaban de las estepas, recibiendo bienvenidas y homenajes a todo lo largo de su recorrido. Desde una población siberiana los tres dirigentes bolcheviques cablegrafiaron sus «saludos fraternales» a Lenin, exiliado a su vez en Suiza. Cuando Kámenev y los otros llegaron el 12 de marzo a la capital, en vez de imprimir a la política del partido un espíritu más enérgico, acentuaron su moderación.

Los tres tenían un largo historial de militancia, aunque no gozaban del mismo reconocimiento. Muranov era uno de los diputados bolcheviques en la IV Duma, que había sido detenido y condenado por traición al oponerse a votar los créditos de guerra. Destacado periodista, no ostentaba ningún cargo orgánico en el partido, sin embargo, Kámenev y Stalin, eran miembros desde 1912 del Comité Central. Estos dos, amparándose en su derecho de antigüedad y en su posición orgánica, se hicieron cargo de la redacción de *Pravda*, aunque a decir verdad, su penetración en los órganos del partido en la capital no fue fácil.

A Kámenev, que durante largo tiempo se le consideró un destacado miembro del ala derecha del partido, se le reprochaba su comportamiento ambiguo durante el proceso zarista contra los diputados bolcheviques de la IV Duma. En cuanto a Stalin, su figura despertaba un cierto recelo debido a «algunas características personales» —es curioso notar que ésta es la primera vez que se encuentra una observación de este tipo en los documentos del partido bolchevique—. Posiblemente Šlâpnikov y Mólotov se resistieran a ser desplazados. El primero, —años después— alegó que esa reticencia se debía a la actitud de los recién llegados sobre la continuación de la guerra, argumento que queda desmentido por la acogida que tuvo Muranov, al que se le recibió en la dirección sin ningún reparo aunque era un declarado partidario de continuarla. A pesar de todo, más como un hecho consumado que como una decisión orgánica, Kámenev y Stalin terminaron controlando el diario oficial de la organización, y conquistaron así una influencia determinante en la orientación del partido.

Tanto en el Soviet como en *Pravda*, los bolcheviques adoptaron un tono más conciliador y Kámenev fue el principal exponente de la moderación; en especial, a través de sus colaboraciones en las columnas del periódico,

en las que ofrecía el apoyo de sus camaradas al Gobierno Provisional en cuestiones de defensa nacional. En un artículo firmado por él afirmaba que: «cada cual debe permanecer en su puesto de lucha... y responder a una bala con otra y a una granada con otra granada».

En días sucesivos, *Pravda*, sin repetir tales frases, tampoco manifestó una oposición realmente seria a la política gubernamental y se mostró satisfecho con el llamamiento «a los pueblos» acerca de la paz, votado por el Soviet a mediados de marzo. Por lo tanto, era muy poco en lo que se diferenciaba el diario bolchevique de lo que estaban sosteniendo en el Soviet los mencheviques de izquierdas.

La posición de Stalin, cuyo nombre no significaba nada para la gran masa de los trabajadores, no era idéntica a la de Kámenev, pero tampoco muy diferente. Obrando con cautela, Stalin se mantuvo equidistante de los grupos en pugna. Sus artículos se inclinaban bastante más a la izquierda que los de su compañero de exilio, pero no eran tan radicales como los de Mólotov.

El cambio en la dirección bolchevique no había pasado inadvertido y el partido se encontraba en estado de confusión: los bolcheviques de izquierda y los de derecha andaban a la greña, y ninguno de los dos grupos tenía dirigentes con autoridad suficiente para arrastrar a toda la organización. Un paso para intentar salir de esa situación se dio a finales de marzo, cuando, coincidiendo con la Conferencia de los Soviets, se reunió en Petrogrado otra Conferencia, pero en este caso del partido bolchevique de toda Rusia, la primera que efectuaba la organización después de la abdicación del zar.

Ciento veinte delegados llegados de todo el país se reunieron en cuartel general bolchevique.

En aquel encuentro el informe sobre la política a seguir respecto al Gobierno Provisional fue presentado por Stalin, pero no fue el único; también presentó otro un pequeño grupo minoritario, encabezado por Vojtinsky (que posteriormente saldría del partido para engrosar las filas mencheviques), que propugnaba un apoyo todavía más amplio al gobierno, abogaba por el «defensismo» y reclamaba la reunificación de bolcheviques y mencheviques en un solo partido.

En la Conferencia, los delegados trataron de deducir una política a partir del esquema bolchevique de la revolución, tal y como Lenin lo había expuesto antes de la guerra. Se había supuesto que la revolución sería democrática y que la clase media liberal respaldaría al zarismo contra viento y marea como en el año 1905. En lugar de ello, los sectores liberales de la nobleza y la clase media habían abandonado al zar y empuñado el timón del cambio. La concepción menchevique parecía haber sido más realista. ¿Cuál, pues, había de ser el papel de los marxistas revolucionarios? ¿Debían permanecer en la oposición al gobierno liberal y proteger los intereses de la clase obrera industrial, como habían sugerido los mencheviques desde 1905?

Los bolcheviques moderados se pronunciaban en favor de que su partido brindara un apoyo condicional a la administración del príncipe Lvov. Pero los grupos más radicales argüían que la revolución antifeudal todavía no se había consumado verdaderamente; que, aunque el zar había sido eliminado, la aristocracia terrateniente todavía gobernaba a la Rusia rural; que el príncipe Lvov no expropiaría a su propia clase en favor del campesinado; y que sólo la clase obrera, los soviets, podrían auspiciar una auténtica revolución democrática. Unos y otros continuaron argumentando hasta llegar al callejón sin salida de una revolución estrictamente antifeudal, en la que los bolcheviques moderados no veían la necesidad en aquella coyuntura del radicalismo, y los radicales desconfiaban del rumbo que pudiera seguir la revolución.

Durante una semana aproximadamente Stalin presidió el desarrollo de la disputa con cautela. Como portavoz principal del Comité Central, le interesaba dejar en suspenso una solución e impedir así una escisión incipiente en el partido. Refiriéndose a los «dos gobiernos», la administración del príncipe Lvov y el Soviet, declaró:

«Existe y debe existir fricción y lucha entre ellos. Los papeles a desempeñar han sido divididos. El Soviet de Diputados de Obreros y Soldados ha tomado de hecho la iniciativa en la ejecución de la transformación revolucionaria. El Soviet es el dirigente revolucionario del pueblo insurrecto, un órgano de control sobre el Gobierno Provisional. Por otra parte, el Gobierno Provisional ha asumido el papel de consolidador de las conquistas del pueblo revolucionario. El Soviet moviliza las fuerzas y ejerce el control, mientras que el Gobierno Provisional, errando y embrollando, asume el

papel de consolidador de las conquistas del pueblo… Tal situación tiene sus ventajas y sus desventajas. No sería ventajoso para nosotros, en el momento actual, forzar los acontecimientos y hostilizar así desde ahora a aquellos sectores de la burguesía que inevitablemente nos abandonarán en el futuro. Es necesario que ganemos tiempo frenando la desbandada de esos sectores, de modo que nos preparemos para la lucha contra el Gobierno Provisional…»

El propio Stalin propuso a la asamblea una resolución confirmando el apoyo condicional que el partido otorgara al gobierno en el momento de su constitución.

Por otra parte, la propuesta de unificación con los mencheviques dio origen a un nuevo enfrentamiento. Desde la ruptura, en 1903, en muchas ocasiones bolcheviques y mencheviques habían intentado preparar la reunificación de lo que no eran más que dos fracciones de un mismo partido, el POSDR. Ninguna ocasión mejor que ahora, cuando la misma revolución estaba en marcha y ambos podían decidir los destinos de Rusia. Por eso los jefes mencheviques que apoyaban al Gobierno Provisional y eran apoyados por él, y que contaban con más influencia en las masas socialistas que los bolcheviques, sintiéndose muy superiores a un grupo bolchevique casi sin personalidad y sin ideas propias, forzaban las máquinas para lograr la reunificación.

En esta cuestión también los bolcheviques estaban divididos. Un sector favorecía la unificación sin condiciones. Mólotov, hablando en nombre de los radicales, atacó esta posición y argumentó que la unidad sólo era posible entre quienes aceptaban un claro programa contrario a la guerra. Stalin instó a que las negociaciones sobre la unidad comenzaran inmediatamente sobre la base de la adhesión a «los principios de Zimmerwald y Kienthal», es decir, los principios establecidos por las conferencias socialistas internacionales que tuvieron lugar en estas dos ciudades suizas, y que Lenin consideraba faltos de espíritu revolucionario. Stalin desechó las objeciones de Mólotov, pero dio seguridades a la izquierda diciendo que las negociaciones serían un mero tanteo y que sus resultados no comprometerían al partido. Las negociaciones, de hecho, comenzaron inmediatamente y sólo fueron interrumpidas después de la llegada de Lenin.

Con todo, las propuestas de Stalin sobre el apoyo condicionado al Gobierno Provisional y sobre la unificación con los mencheviques, fue-

ron aprobadas por la mayoría, y constituyeron la plataforma oficial bolchevique.

Entre tanto, Lenin intentaba desde Suiza orientar la estrategia de la organización, pero se veía obligado a tener que enviar los mensajes a través de Alexandra Kollontai, que estaba en Oslo y que mantenía vínculos con el buró del Comité Central en Petrogrado. Cuando Kollontai, preparándose a partir para Rusia, le pidió «directivas», Lenin le envió un telegrama el 6 de marzo que decía:

«Nuestra táctica: completa desconfianza, ningún apoyo al nuevo gobierno. Desconfiemos sobre todo de Kérensky. Armamento del proletariado única garantía. Elecciones inmediatas Duma petrogradense. Ningún acercamiento a otros partidos. Telegrafíe esto a Petrogrado».

Dos días antes Lenin había comenzado a redactar con Zinóviev, —que en Suiza era su principal colaborador— un primer proyecto de tesis, del que no estaba muy satisfecho, pero en el que se expresaban ya ideas muy firmes. Lenin insistía sobre la plena autonomía de los bolcheviques como partido del proletariado y pedía que sus compañeros evitasen a toda costa confundirse con otras fuerzas políticas, al tiempo que prevenía contra cualquier cambio de política del partido en relación con la guerra. Los socialistas no podían permitirse de ninguna manera aprobar «la defensa de la patria».

Kollontai telegrafió a vuelta de correo pidiendo más instrucciones. Lenin fue aclarando sus propósitos en los mensajes que siguió enviando, a ella y al buró del Comité Central. Fueron cinco escritos conocidas hoy como «Cartas desde lejos», en ellos formulaba por primera vez la idea de que la aceleración del proceso histórico, provocada por aquel terrible «director de escena» que era la guerra mundial, hacía necesaria y posible en Rusia la transformación de la revolución democrático-burguesa en una revolución socialista.

Lenin especulaba con la posibilidad de una conspiración entre los capitalistas rusos (representados por Milûkov y el Gobierno Provisional) y los ingleses y franceses, (representados por sus embajadores en Petrogrado: Buchanan y Paléologue). El objeto de esta conspiración habría sido conseguir la abdicación de Nicolás para impedir que el zar y el kaiser firmaran una paz por separado. Lo cierto es, —eso se supo mucho más tarde— que el ministerio de Asuntos Exteriores de Berlín buscaba desesperadamente

llegar a un acuerdo con el zar. Ya tenía redactada una carta dirigida a Nicolás en que le presentaba las condiciones que proponía Alemania para una paz por separado con Rusia. Y el príncipe Max de Badén había sido encargado de las negociaciones. La revolución habría abortado esa posibilidad, llenando de alegría al gobierno francés y al británico, y abriendo un nuevo escenario en el que la guerra podía continuar bajo los auspicios de un gobierno burgués respaldado por las democracias occidentales.

Cuando llegó a Petrogrado el telegrama de Lenin sobre la línea a seguir, y fue discutido por la dirección del partido, algunos de sus puntos fueron encontrados «insuficientemente claros», y en conjunto se pensó que aquel texto podría prestarse a equívocos. Kollontai, que llegó poco después, llevó también consigo las dos primeras «Cartas desde lejos». Sin embargo, *Pravda* publicó sólo la primera y aun ésta apareció con cortes bastante significativos, porque fueron suprimidos precisamente los pasajes en los que Lenin juzgaba con mayor dureza a los nuevos dirigentes del país, bien fuesen miembros del gobierno o líderes mencheviques y socialrevolucionarios.

En 1917 Lenin tenía 47 años. Desde hacía ya mucho tiempo era una de las figuras más eminentes —reconocido por todos— del movimiento socialista, no solamente ruso, sino internacional. Por segunda vez en el exilio, desde hacía casi diez años, Lenin vivía con su mujer, Nadezna Krupskaia, en una pequeña pensión de Zurich.

En estrecho contacto con militantes de otros países, Lenin había tenido conocimiento del drama de la clase obrera europea frente a la guerra, del fracaso de la Internacional, de la incapacidad de los partidos socialdemócratas del continente para enfrentarse a las burguesías imperialistas de sus propios países lanzadas a un conflicto de proporciones mundiales. Desde el primer momento condenó, no sólo a la derecha socialista, que había apoyado abiertamente el esfuerzo bélico, sino también toda manifestación «centrista» contraria a una ruptura radical con lo que él llamaba ya «socialchovinismo». En la guerra veía, sin embargo, una tragedia que debía acelerar el proceso revolucionario europeo.

Cuando el matrimonio de exiliados tuvo las primeras noticias de la revolución, su mayor preocupación desde aquel instante fue regresar lo más pronto posible a Rusia. Lenin vivió aquellos días con verdadera impaciencia. El 15 de marzo escribía a Inessa Armand: «¡Estoy fuera de mí por no poderme ir a Escandinavia! No me perdonaré nunca el no haberme decidido

a marchar en 1915». Pero entre Lenin y Rusia se interponía todo un continente en guerra. ¿Cómo atravesarlo?

Se telegrafió a Petrogrado solicitando permiso a las nuevas autoridades rusas, y durante quince días Lenin y sus compañeros de emigración esperaron la respuesta en vano. El Gobierno Provisional no tenía interés en repatriar a individuos cuya oposición intransigente a la continuación de la guerra conocía. Los gobiernos de Francia e Inglaterra tampoco estaban dispuestos a colaborar en esa tarea. Andando el tiempo, el ultraconservador británico Winston Churchill dijo que los alemanes «transportaron a Lenin en un vagón precintado, como si se tratara de un bacilo de la peste, desde Suiza hasta Rusia».

De hecho, la solución del problema era política y fue el menchevique Mártov, tan impaciente por regresar a Rusia como Lenin, quien la halló: obtener permiso de las autoridades alemanas para atravesar Alemania y dirigirse a Escandinavia. Un comité de evacuación, que agrupaba a los representantes de veintitrés organizaciones de socialistas rusos emigrados, al comprobar la negativa de Inglaterra a contribuir a su repatriación, decidió intentar la solución ideada por Mártov.

El 19 de marzo se celebró una reunión a la que asistieron Mártov y Zinóviev por los bolcheviques, el socialrevolucionario Bobrov, y otros. Mártov propuso que intentasen volver a Rusia por Alemania. Dijo que los alemanes se dejarían convencer fácilmente para permitirles el paso si el Gobierno Provisional de Petrogrado garantizaba a cambio liberar a un cierto número de prisioneros de guerra alemanes y austríacos. Mártov creía que la mejor manera de abordar a los alemanes sería por medio del gobierno de la neutral Suiza. Todos estuvieron de acuerdo en que se debía intentar, y convinieron que Robert Grimm, un dirigente socialista suizo, sondeara a su gobierno sobre este asunto.

A Berlín le interesó el plan, pues parecía evidente —por cómo iban las cosas— que la abdicación del zar no favorecía una paz por separado. Milûkov y el Gobierno Provisional iban a proseguir la guerra, por eso el gobierno alemán pensó que un hombre de pronunciado antipatriotismo como Lenin, socialista internacional, con su sola presencia, dificultaría el esfuerzo de Rusia. Lenin, por su parte, se vio forzado a arriesgar su reputación a cambio de la ventaja inestimable de estar presente en el escenario de los acontecimientos.

El 29 de marzo se reunieron en conferencia unos veinte dirigentes del partido bolchevique en el exilio suizo. Sabían ya que los alemanes estaban dispuestos a proporcionarles un tren, pero también sabían por Robert Grimm que el gobierno de Suiza no quería darle a la operación un carácter oficial. Lunacharsky, que asistió a esta reunión, asegura que, con la excepción de Lenin, todos los bolcheviques allí presentes eran reticentes al plan del tren alemán. Decían que esto crearía una mala impresión en Rusia y que era muy posible que todo ello fuera sólo una añagaza alemana para desacreditar al movimiento socialista. Entonces Lenin se levantó y empezó a pasear por la habitación. Cuando habló, sus palabras asombraron a todos los presentes. Dijo: «Cuando la revolución está en peligro, no podemos caer en tontos prejuicios burgueses. Si los capitalistas alemanes son tan cándidos como para llevarnos a Rusia, allá ellos. Yo por mi parte, acepto el ofrecimiento. Iré».

Según Lunacharsky, esto produjo una gran impresión. Algunos decidieron ir con Lenin y otros, entre ellos el propio Lunacharsky, declararon que preferían esperar.

Robert Grimm se había cansado ya de hacer de mediador, sabedor de que Lenin lo consideraba un reaccionario, por eso delegó en un compañero de organización la preparación del viaje. Lenin encontró un aliado eficaz en Fritz Platten. Confiaba plenamente en este obrero metalúrgico de treinta y cuatro años, que fue agitador bolchevique en Riga en 1905, y después detenido y juzgado por los tribunales zaristas, había sido liberado bajo fianza por una suma de diez mil francos, recaudada entre los simpatizantes suizos. Platten, convertido en un socialista activo, había contribuido a organizar las conferencias de Zimmerwald y de Kienthal.

Las negociaciones con el gobierno alemán fueron llevadas por Lenin, pero en todas las reuniones éste, siempre prudente, se hizo representar por Zinóviev. Lenin planteó como condición que el vagón utilizado gozase de un estatuto de extraterritorialidad, a fin de impedir cualquier acusación de cooperación con Alemania. Esta exigencia, que dio nacimiento a la leyenda del «vagón sellado», fue aceptada. Los alemanes se comprometían a dejar transitar a todos, independientemente de sus convicciones políticas sobre la guerra, con la condición de que nadie pudiese subir a los vagones donde viajaran los exiliados sin autorización del mismo Platten, que los acompañaría. No habría control de los equipajes ni de los pasaportes. Los rusos a su vez, ya en su patria, se comprometían a demandar la restitución de un

número igual de internados civiles, alemanes y austríacos. De este modo se daba a la operación la apariencia de un intercambio de prisioneros, cosa usual en tiempo de guerra.

El acuerdo con la embajada alemana se realizó por escrito. Todos los emigrados tuvieron conocimiento de él y pagaron los billetes. Antes de la partida se firmó un protocolo por parte de socialistas internacionalistas de diversos países. En él se decía: «Consideramos un deber, además de un derecho, de nuestros compañeros rusos aprovechar la posibilidad que se les presenta de regresar a su patria». Con igual espíritu puntilloso, Lenin presentó a su llegada un informe sobre su viaje al Comité Ejecutivo del Soviet, que reconoció irreprensible la decisión tomada. El 27 de marzo (9 de abril) se puso en camino un grupo de treinta y dos exiliados, entre los que estaban Lenin, Krupskaia, Zinóviev, Inessa Armand y Sokólnikov. Radek, que era ciudadano austríaco, se unió a la expedición cuando el tren cruzó la frontera alemana. Sólo diecinueve de estos pasajeros eran bolcheviques, seis eran del Bund (la organización socialdemócrata judía) y los restantes representaban corrientes diversas del socialismo ruso.

En la frontera suiza los emigrados rusos fueron trasladados a un vagón separado, en el que sólo una puerta permanecía abierta, mientras todas las demás estaban soldadas. Dos oficiales alemanes ocupaban el último compartimento, más allá del cual, en el suelo del corredor, había sido trazada una línea con tiza para señalar el límite de la zona de extraterritorialidad.

El tren cruzó Stuttgart, luego Frankfurt y Berlín en dirección al Báltico. El extremo del territorio alemán se alcanzó en Sassnitz en la isla Rügen, que era el punto de partida de los ferrys hacia Suecia. En este punto, Platten, que no estaba autorizado a proseguir viaje, tuvo que regresar a Suiza. El gobierno francés, enterado del viaje intervino cerca del gobierno sueco para que impidiera el paso de los emigrados rusos por su territorio, pero no tuvo éxito. Un vapor sueco esperaba en el muelle, y el 31 de marzo, a las diez de la mañana, levó anclas en dirección a Trólleborg.

En Trólleborg esperaba un tren especial para Estocolmo. Aquí, los socialistas aguardaban a Lenin con todos los honores, principalmente el alcalde de la capital sueca, Carl Lindhagens. Guiados por el poeta sueco Ture Nerman, Vladimir Ilich y sus compañeros se dirigieron al Hotel Regina. Tras el almuerzo, Lenin compró un par de zapatos, un traje y un sombrero. Al in-

sistirle el secretario general del partido sueco, Otto Grimlund, para que se comprara otro traje, Ilich le respondió, riéndose: «No vuelvo a Rusia para montar una casa de confecciones, sino para hacer la revolución...».

Desde Estocolmo, el convoy bordeó el golfo de Botnia hasta Tornio.

El 3 de abril María Ulianova, Kámenev y Alexandra Kollontai se adelantaron al encuentro de Lenin esperándolo en la frontera finlandesa. En Petrogrado Šlâpnikov se encargó de organizar la ceremonia de recepción. Todo el partido se movilizó en la ciudad para recibir a su secretario general. Se tomaron medidas urgentes para avisar a todos los distritos, empresas y unidades militares de la capital, de Kronstadt, y de los arrabales. Dado que era día de Pascua no salían los diarios y las empresas no trabajaban, por eso el llamamiento se realizó en los barrios. En los distritos de Vyborg, Moscú, Narva, Vasilievsky y Petrograd se celebraron reuniones de partido comunicando la próxima llegada de Lenin. Los bolcheviques del distrito de Vyborg recorrieron las calles con la pancarta: «¡Hoy llega Lenin!». En Vasilievsky se pegaron octavillas indicando la hora y el lugar de reunión para dirigirse a la Estación de Finlandia. En el distrito Narva se practicó el puerta a puerta en los domicilios obreros. Los bolcheviques del distrito de Moscú convocaron urgentemente un mitin para informar sobre la inminente llegada del secretario general.

El Soviet que, tres días antes, se había volcado para recibir a Plehanov el «padre del marxismo ruso», fue menos caluroso. El menchevique Tsereteli, que había adquirido una gran autoridad sobre la asamblea popular, rehusó ir a saludar al antipatriota Lenin. Chkheidze y Skobelev fueron los designados para hacerlo en su lugar.

Cuando la hermana de Lenin y el grupo de camaradas del Comité Central bolchevique subieron al tren en la frontera, lo primero que preguntó Lenin, preocupado, fue cómo creían que le iban a recibir en Petrogrado. Acto seguido, Lenin que había cogido en Tornio ejemplares recientes de *Pravda*, se dirigió a Kámenev sin demasiada cordialidad: «¿Qué es eso que explicáis en *Pravda*? ¡He visto unos cuantos ejemplares y os he llamado de todo!».

Entre tanto, en la estación Finlandia de la capital, una guardia de honor de marineros de Kronstadt, destacamentos de soldados y multitud de trabajadores se apiñaban en los andenes y fuera de la estación.

La estación Finlandia había nacido como un proyecto conjunto entre el Gran Ducado de Finlandia y el Imperio ruso para unir los 394 kilómetros que separaban Helsinki del distrito de Vyborg en San Petersburgo, entrando en funcionamiento en 1870. Obra del arquitecto Kupinsky, la fachada principal, en el ala occidental de la construcción, se extendía hasta la esquina de la calle Simbirsk, y delante de ella había una pequeña plaza. La estación era de una sola planta, con la excepción de una pequeña construcción de dos plantas con cinco ventanas destinada a las dependencias reales, cuyo acceso para la gente corriente estaba cerrado. Carecía de decoración arquitectónica y en comparación con otras estaciones de la ciudad se veía muy modesta.

El tren, esperado para las once de la noche, llegó con retraso. Pero incluso a aquella hora, bastante avanzada, una muchedumbre de grandes proporciones seguía aguardando. Al descender del vagón Lenin fue recibido por los sones de *La marsellesa*, mientras las tropas le presentaban armas en medio de un agitarse de banderas rojas.

Lenin se abrió paso entre la muchedumbre con rapidez para alcanzar el salón imperial de la estación donde el Presidente del Soviet, Chkheidze, le aguarda para darle la bienvenida oficial.

«Camarada Lenin, en el nombre del Soviet petersburgués de los Diputados Obreros y Soldados, y en nombre de toda la revolución, te deseamos la bienvenida a Rusia... pero estimamos que la tarea principal de la democracia revolucionaria es, en la hora actual, la defensa de nuestra revolución contra toda tentativa enemiga, tanto del interior como del exterior. Creemos que es preciso, no dividir, sino estrechar las filas de toda la democracia. Esperamos que éste sea el fin que vas a perseguir con nosotros...».

Chkheidze dejó de hablar. Lenin, con un ramo de flores en la mano, permanecía junto al presidente del Soviet como si nada de lo que ocurría allí tuviera la más ligera relación con él, mirando por encima del hombro a las personas que le rodeaban y al techo de la sala de espera. Luego, volviéndose hacia los que abarrotaban el recinto, contestó:

«Queridos camaradas, soldados, marineros y obreros. Me siento dichoso de saludar en vosotros a la revolución rusa victoriosa, de saludaros como destacamento de vanguardia del ejército proletario mundial… La guerra de rapiña imperialista es el comienzo de la guerra civil en toda Europa… No está lejos la hora en que, al llamamiento de nuestro camarada Karl

Liebknecht, los pueblos volverán las armas contra sus explotadores capitalistas… El alba de la revolución socialista mundial despunta. En Alemania, todo está en ebullición… La Revolución que vosotros habéis llevado a cabo ha marcado los inicios y ha afirmado los cimientos de una época nueva. ¡Viva la revolución socialista mundial!».

El asombro de lo dicho por Lenin queda reflejado en el relato que nos hace Suhanov.

«Repentinamente, ante los ojos de todos nosotros, completamente repletos de la rutina narcotizadora de la revolución, aparecía una luz exótica cegadora y brillante que borraba todo lo que habíamos vivido. La voz de Lenin era una voz del exterior. Había puesto sobre la revolución una nota que seguramente no era una contradicción, sino algo nuevo, duro y un tanto ensordecedor... La parte oficial y pública de la bienvenida había terminado. La multitud, ardiendo de impaciencia, envidia e indignación intentaba pasar a través de las fuerzas de la plaza. Pedía ruidosa e insistentemente que el jefe recién llegado saliera a la calle para reunirse con el pueblo».

Šlâpnikov abrió el camino para Lenin gritando: «¡Camaradas, por favor, dejad paso!». Nuevamente entre los acordes de *La Marsellesa*, entre los gritos de la muchedumbre, entre la multitud y las banderas rojas iluminadas por un reflector, Lenin avanzó hacia la entrada principal y se dirigió a un coche cubierto que le aguardaba, pero la multitud le impedía entrar en él. Lenin no pudo sentarse en el auto. Entonces, de un salto subió a un blindado verde oscuro y desde él repitió en la plaza el discurso que ya había pronunciado en el interior del edificio. De pie sobre el caparazón de acero, apoyándose en las torretas simétricas de las ametralladoras, avanzó a través de la ciudad precedido por la luz de un reflector y acompañado por la banda de música, las banderas, grupos de obreros, unidades del ejército y una enorme multitud de ciudadanos. En cada cruce de calles se producía una interrupción y un nuevo mitin ante un público que continuamente se renovaba. «Fue — nos dice Suhanov— un gran triunfo simbólico».

En el coche blindado Lenin fue conducido hasta la sede del partido bolchevique en la villa expropiada a la bailarina Kschessinskaya. Al llegar allí, Lenin tuvo que asomarse a un balcón y dirigir una vez más la palabra a la muchedumbre. En el interior le esperaba una asamblea escogida de los militantes más notables de su partido. También éstos le dirigieron discursos

de bienvenida. Pero en un punto Lenin les interrumpió: «Creo que ya basta de felicitaciones». Y tomando la palabra habló durante hora y media.

El texto de aquella improvisación no ha sido conservado. Pero Suhanov, que había podido introducirse en el palacete gracias a Kámenev, lo escuchó pasmado. «Nunca olvidaré aquel atronador discurso, que alarmó y asombró no sólo a mí, un hereje que estaba allí accidentalmente, sino a todos los fieles creyentes… Es como si me hubiesen dado un garrotazo en la cabeza» escribió más tarde. En el largo parlamento, Lenin repitió y explico más minuciosamente lo que en esencia ya había dicho en la estación Finlandia.

El dirigente bolchevique concluyó la noche en casa de su hermana, en el número 48 de la calle Shirokaia, una casa de pisos de varias plantas construida en el cambio de siglo en el barrio de Vyborg. Vladimir y la Krupskaia, al entrar en su habitación encontraron un cartel encima de su cama con la leyenda: «¡Proletarios de todo el mundo, uníos!», obra de su joven sobrino Gora.

Cuando se levantó a la mañana siguiente, Lenin le pidió a Vladímir Bonch-Bruevich, amigo de la familia Uliánov y camarada bolchevique, que le consiguiera un taxi. Acompañado por él se fue directamente al cementerio de Volkovo a visitar las tumbas de su madre, muerta cinco meses antes de su retorno triunfal, y de su hermana Olga, arrebatada por la tifoidea a la edad de diecinueve años.

Lo que tanto le había asombrado a Suhanov, y asombró a muchos de los bolcheviques la noche anterior, era la aceptación por Lenin de la idea de que el proletariado debería conquistar inmediatamente el poder. Lenin estimaba que las masas estaban más a la izquierda que el partido, del mismo modo que el partido estaba más a la izquierda que su Comité Central, y lo que él había dicho sobrepasaba las ideas y los conceptos de sus propios militantes y cuadros.

El primer testimonio escrito sobre el audaz planteamiento estratégico que Lenin esgrimía, nos lo ofrecen las memorias de la socialista Angélica Balabanova, al narrar un encuentro que mantuvo con el líder bolchevique en Zurich, en el que le oyó afirmar con absoluta convicción: «¡O la revolución lleva a una segunda y victoriosa Comuna de París, o seremos aplastados por la guerra y la reacción!». La autora de esos recuerdos se sorprendió: «Me había formado en la idea de que la revolución vendría de uno de los países

más industrializados. Y el análisis de Lenin me pareció en ese momento una cuasi-utopía».

La justificación teórica dada por Lenin a la necesidad de que los bolcheviques se hicieran cargo del poder se basaba en una idea que había apuntado ya Trotsky. Este dirigente marxista, que todavía permanecía en su exilio neoyorquino, había desarrollado años atrás, una teoría propia sugerida por Parvus, un marxista cosmopolita. El núcleo central de la misma partía de constatar un hecho innegable: la debilidad de la burguesía rusa. Esa debilidad, que le había impedido derrocar al zarismo, le impedía también llevar a cabo toda una serie de reformas modernizadoras vitales, antes de que la clase trabajadora industrial rusa adquiriese la fuerza suficiente para hacerse con el poder. Por ello, era necesario que la clase trabajadora asumiera directamente el poder para realizar las tareas pendientes de esa revolución democrático-burguesa, que la propia burguesía rusa era incapaz de acometer. Así, podían crearse las bases sobre las qué —más adelante— sería posible construir una sociedad socialista.

Las diferencias básicas entre Trotsky y Lenin antes de 1917 se referían a la organización del partido. Lenin sostenía que el partido revolucionario debería componerse de un grupo de revolucionarios profesionales, más que de simples «simpatizantes», en tanto que Trotsky concebía formas de organización más amplias y menos monolíticas. Sin embargo, la revolución que acababa de comenzar iba a propiciar la alianza de estos dos marxistas. Trotsky aceptaría la concepción leninista del partido y Lenin asumiría los planteamientos de Trotsky respecto a las etapas del desarrollo de la revolución en Rusia.

El impacto que causó lo apuntado por Lenin entre los que le oyeron la noche de su llegada adquirió las dimensiones de escándalo político al día siguiente, cuando repitió sus argumentos en auditorios más comprometidos.

En la jornada del 4 de abril (17), al salir del cementerio, Lenin se dirigió al Palacio Táuride, Allí en la sala nº 13 se estaba celebrando una reunión de bolcheviques. Eran los delegados de la asamblea de marzo, que se había clausurado apenas dos días antes y que aún estaban en Petrogrado para preparar el Congreso nacional de los los Soviets de todo el país.

En aquel encuentro Lenin orientó el debate sobre la línea que mantenía *Pravda*, criticando la posición del periódico y calificándola como excesiva-

mente «confiada» con respecto al gobierno: exigir a semejante gobierno, formado por capitalistas, que renunciara a las anexiones, tal como había hecho el diario, era «una tontería, una estridente ridiculez». Si ésta debía ser la vía —añadió— «nuestros caminos difieren»: «prefiero quedarme en minoría». También atacó, sin mencionar nombres, a los que proponían la reconciliación con los mencheviques. La mayoría de los asistentes apenas podían creer lo que estaban oyendo. Excepciones notables fueron Alexandra Kollontai y Šlâpnikov. El resto estaban sobrecogidos. Kámenev, en particular, creía que Lenin había perdido el juicio. La mayoría de los amigos de Lenin tenían la esperanza de que se calmase en cuanto hubiese tenido oportunidad de conocer directamente las realidades de la situación del país.

Pero en aquellos momentos era imposible un debate prolongado, porque Lenin había hablado ya una hora y media y estaban esperándole para otra reunión escaleras abajo, donde había celebrado antes sus sesiones la Duma del Estado. La reunión era la de todos los delegados marxistas a la Conferencia de Soviets del país. Un encuentro entre bolcheviques y mencheviques importante en el camino a la unificación de ambas formaciones socialdemócratas. Los mencheviques habían subido a la sala 13 para pedir a los bolcheviques que llevaran con ellos a su dirigente.

En la reunión conjunta que se desarrolló a continuación, presidida por Nikolái Chkheidze, se cedió de nuevo la palabra a Lenin, que asombró prácticamente a todos los que aún no habían escuchado sus propuestas. El largo viaje no había hecho mella en él. Después de haber expuesto ya sus ideas por dos veces, tenía la cabeza clara... Paseaba de un lado a otro mientras hablaba arrastrando las «erres» y levantó tempestades de protestas.

Bogdanov, el hombre que en 1903 se había presentado a Lenin en Ginebra diciéndole: «Mártov y sus amigos mencheviques no son más que unos charlatanes estériles», Bogdanov, que en 1905 había sido miembro bolchevique del primer Soviet de Petrogrado, ahora que era secretario del Comité Ejecutivo del nuevo Soviet, se posicionaba al lado de esos charlatanes... Sentado a pocos metros de Lenin, le apostrofó: «¡Todo esto no es más que el delirio de un demente! ¡Es indecoroso tolerar este galimatías!». Y volviéndose hacia el grupo bolchevique apostrofó: «¡Tendríais que estar avergonzados de vosotros mismos! ¡Cómo podéis decir que sois marxistas!».

Goldenberg, antiguo miembro del Comité Central bolchevique, recién llegado del exilio, que conocía muy bien a Lenin por haber trabajado a su

lado y gozado durante un tiempo de su confianza y respeto, conteniendo con dificultad su cólera, declaró: «La plaza que dejó vacante Bakunin, el gran anarquista sin sucesor válido durante tantos años, ya ha sido ocupada. Cuanto acabamos de oír constituye un completo rechazo de toda la doctrina socialdemócrata, de toda la teoría del marxismo científico. Porque lo que acabamos de oír es una declaración evidente e inequívoca de anarquismo; su heraldo, el heredero de Bakunin, es Lenin. El antiguo Lenin marxista, líder de nuestro combativo partido socialdemócrata, ya no existe. Ha nacido un nuevo Lenin: el Lenin anarquista… Lenin ha alzado la bandera de la guerra civil dentro de la democracia. Es ridículo hablar de unidad con aquéllos que tienen como consigna el cisma y que, por su propia voluntad, se colocan fuera de la socialdemocracia».

Contestando formalmente a la intervención de Lenin en primer lugar tomo la palabra Irakli Tsereteli, dirigente menchevique del Soviet de Petrogrado, que insistió sobre la formación de un partido marxista unificado, y aseguró que una toma prematura del poder del Estado conduciría al desastre.

Los mencheviques consideraban que el socialismo era imposible sin el establecimiento de una economía desarrollada. Tal desarrollo sólo podría conseguirse en una sociedad que tuviera la competencia tecnológica y la cultura necesarias para emprender la industrialización, lo único que podía hacerla funcionar. Pensaban que tal sociedad sólo podría desarrollarse lentamente, gracias a la acción de la democracia burguesa. Creían que justamente esa democracia era la que podría capacitar a la clase trabajadora para desempeñar su papel de comadrona de la nueva sociedad socialista que todos esperaban.

Tsereteli vino a decir también implícitamente que, llegado el momento, podría cooperar con Lenin. Pero éste se levantó y le desengañó inmediatamente: «¡Nunca!».

Después de esta afirmación no había posibilidad de una reconciliación entre dirigentes bolcheviques y mencheviques. Otros oradores siguieron atacando a Lenin. Cuando se disolvió la tumultuosa sesión, el presidente Chkheidze se permitió comentar: «Lenin se convertirá en un personaje solitario apartado de la revolución y nosotros seguiremos todos nuestro camino».

Para la mayoría de los asistentes lo expuesto por Lenin era un sueño insensato... «¡El delirio de un loco!». La frase fue reproducida por Plehanov en *Edinsvtvo*, el pequeño periódico que dirigía desde que regresara a Rusia, y en el que defendía entonces posiciones que la mayoría del Soviet consideraba escoradas a la derecha. Así volvían contra Lenin las mismas palabras que empleó Nicolás II al referirse a los liberales que reclamaban una Constitución.

Suhanov cuenta que en la prensa, «el futuro bardo e ideólogo» de la política leninista, Steklov, también tuvo algo que decir sobre el discurso de su futuro jefe: «El discurso de Lenin —escribió— consiste sólo en construcciones abstractas que prueban que la revolución rusa ha pasado de largo junto a él. Cuando Lenin conozca el estado de cosas en Rusia, él mismo rechazará estas construcciones suyas».

El dirigente soviético Skobelev, futuro Ministro del Trabajo, al entrevistarse aquella misma tarde con Milûkov, le puso al corriente de la reunión celebrada por la mañana y del discurso pronunciado por Lenin, y creyó oportuno tranquilizar al Ministro de Asuntos Exteriores liberal afirmando que las «locas ideas» del revolucionario bolchevique ni siquiera eran peligrosas.

Evocando el regreso de Lenin, el socialrevolucionario Zenzinov contó más tarde que «su programa provocó tanta indignación como burlas, y pareció estúpido y quimérico a todos».

Antes de terminar la jornada Lenin volvió al Soviet acompañado por Zinóviev, y pudieron apreciar como se les hacía el vacío. No obstante, los dirigentes bolcheviques querían dar cuentas sin demora del viaje que les había llevado de vuelta a Rusia. No se les ocultaba que su retorno en un tren alemán había levantado muchas sospechas y querían dar su propia versión del asunto antes de que se extendieran los rumores.

La explicación era veraz y sencilla: no había tenido tratos de ninguna clase con los alemanes. El dirigente bolchevique alegó que había tomado el tren porque era el único medio de regresar a Rusia, y la única condición que habían impuesto los alemanes era que a su regreso empleara su influencia para conseguir la libertad de un cierto número de prisioneros de guerra alemanes y austríacos. No había tenido contacto alguno con ningún alemán mientras que el tren cruzó Alemania. En todo caso, concluyó Lenin, aquel plan no se le había ocurrido a él sino a Mártov. Pero Mártov se hallaba to-

davía en Suiza esperando la autorización del Gobierno Provisional para poder regresar.

Sin comprometerse con ningún comentario, el Comité Ejecutivo del Soviet decidió autorizar a Lenin para que expusiera su caso en el periódico oficial *Izvestia*. Pero cuando planteó la liberación de prisioneros alemanes, ante la oposición de Tsereteli, el Comité se negó a tomar en consideración la demanda.

Las ideas que había expuesto Lenin la noche del 3 de abril a sus compañeros reunidos en la villa de la Kschessinskaya habían sido perfiladas en los trenes en que había viajado desde Suiza a Rusia. Lo que él llamará «Tesis de abril» terminaron de ser retocadas entre Beloostrov y Petrogrado. Se trataba de un sintético documento de pocas páginas que contenía diez tesis redactadas en una fraseología concisa e incisiva. Estaban meticulosamente pensadas con el propósito expreso de apelar a todos los socialistas de izquierda que no estuviesen de acuerdo con la posición del Gobierno Provisional. Lenin quería convencer a sus propios camaradas; y deseaba también atraer a militantes de los otros partidos.

El primer punto de tales Tesis, base de todo el planteamiento leninista, era que, siendo imperialista el carácter de la guerra, resultaban inadmisibles incluso las más leves concesiones al llamado «defensismo revolucionario». Para que la guerra fuese realmente revolucionaria, era necesario que el poder pasara al proletariado, que la renuncia a todas las conquistas fuese efectiva y que por lo tanto se hiciera total la ruptura con los intereses del capital.

«En nuestra actitud ante la guerra, que por parte de Rusia sigue siendo indiscutiblemente una guerra imperialista, de rapiña, también bajo el nuevo gobierno de Lvov y Cía., en virtud del carácter capitalista de este gobierno, es intolerable la más pequeña concesión al «defensismo revolucionario». El proletariado consciente sólo puede dar su asentimiento a una guerra revolucionaria, que justifique verdaderamente el «defensismo revolucionario», bajo las siguientes condiciones: a) paso del poder a manos del proletariado y de los sectores más pobres del campesinado a él adheridos; b) renuncia de hecho, y no de palabra, a todas las anexiones; c) ruptura completa de hecho con todos los intereses del capital».

Como Lenin sabía sin embargo que las masas creían todavía en la necesidad de defender en el frente sus recientes conquistas revolucionarias, exigía que con paciencia se aclarara el engaño en que estaban sumidas, ex-

plicándoles que ninguna paz democrática era posible sin la destrucción del capitalismo.

«Dada la indudable buena fe de grandes sectores de defensistas revolucionarios, que admiten la guerra sólo como una necesidad y no para fines de conquista, y dado su engaño por la burguesía, es preciso aclararles su error de un modo singularmente minucioso, paciente y perseverante, explicarles la ligazón indisoluble del capital con la guerra imperialista y demostrarles que sin derrocar el capital es imposible poner fin a la guerra con una paz verdaderamente democrática...».

En suma, había llegado el momento del «paso» de la primera fase de la revolución, que había dado el poder a la burguesía, a su «segunda fase», que se lo daría al proletariado y a los estratos más pobres de los campesinos. Ningún apoyo de ningún tipo, por lo tanto, al Gobierno Provisional: era necesario «desenmascararlo» y no presentarle «reivindicaciones» porque de este modo solamente se sembraba la ilusión de que pudiese acogerlas, lo que significaría que había dejado de ser un gobierno imperialista.

«La peculiaridad del momento actual en Rusia consiste en el paso de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia y de organización, a su segunda etapa, que debe poner el poder en manos del proletariado y de las capas pobres del campesinado.

Este tránsito se caracteriza, de una parte, por el máximo de legalidad (Rusia es hoy el más libre de todos los países beligerantes); de otra parte, por la ausencia de violencia contra las masas y, finalmente, por la confianza inconsciente de éstas en el gobierno de los capitalistas, los peores enemigos de la paz y del socialismo.

Esta peculiaridad exige de nosotros habilidad para adaptarnos a las condiciones especiales de la labor de partido entre masas inusitadamente amplias del proletariado, que acaban de despertar a la vida política».

«Ningún apoyo al Gobierno Provisional; explicar la completa falsedad de todas sus promesas, sobre todo de la renuncia a las anexiones. Desenmascarar a este gobierno, que es un gobierno de capitalistas, en vez de propugnar la inadmisible e ilusoria "exigencia" de que deje de ser imperialista».

Por otra parte era necesario reconocer que los bolcheviques se encontraban «por el momento» en minoría en los soviets, debían por lo tanto ex-

plicar pacientemente a las masas los errores cometidos por los soviets, reivindicando al mismo tiempo que éstos tomaran en sus propias manos el poder total. Rusia no tenía necesidad de una república parlamentaria, que supondría un paso atrás respecto a los soviets, sino precisamente de una república de los soviets.

«Reconocer que, en la mayor parte de los soviets, nuestro partido está en minoría y, por el momento, en una minoría reducida, frente al bloque de todos los elementos pequeñoburgueses y oportunistas...

Explicar a las masas que los soviets son la única forma posible de gobierno revolucionario... Mientras estemos en minoría, desarrollaremos una labor de crítica y esclarecimiento de los errores, propugnando al mismo tiempo la necesidad de que todo el poder del Estado pase a los soviets de diputados obreros...

No a una república parlamentaria, volver a ella desde los soviets sería dar un paso atrás, sino una república de los soviets de diputados obreros, braceros y campesinos en todo el país, de abajo arriba...».

En cuanto al programa a aplicar, Lenin pedía: supresión de la policía y del ejército mediante el armamento del pueblo; confiscación de todas las grandes propiedades rurales y nacionalización de todas las tierras; fusión de todos los bancos en un solo instituto financiero bajo control de los soviets; control soviético también sobre la producción y distribución de los bienes. Pero, también señalaba en la octava tesis:

«No «implantación» del socialismo como nuestra tarea inmediata, sino pasar únicamente a la instauración inmediata del control de la producción social y de la distribución de los productos por los soviets de diputados obreros».

En lo relativo al partido Lenin proponía que se convocase un nuevo congreso, se modificase el programa y se escogiese una nueva denominación que debía ser la de «Partido Comunista». Era necesario también impulsar la creación de una nueva Internacional, realmente revolucionaria, que rompiese no sólo con la derecha, sino con el «centro» que no comprendía la necesidad de semejante ruptura.

Estas Tesis fueron discutidas por el buró del Comité Central (o sea por la dirección del partido) el 6 de abril. Kámenev las criticó. Stalin juzgó a su

vez que el esquema leninista no era satisfactorio. La oposición de una buena parte de los mismos bolcheviques a las tesis de Lenin era tan fuerte que el voto final fue abrumador: trece votos en contra, dos a favor y una abstención. De provincias llegaban ya condenas similares que permitían augurar el esfuerzo que iba a costarle a Lenin convencer a su propio partido para que asumiera sus puntos de vista.

Finalmente, publicadas en *Pravda* el 7 de abril bajo el título: *Sobre las tareas del proletariado en la revolución actual*, las «Tesis de abril» aparecieron precedidas de una nota en que la redacción del periódico, encabezada por Kámenev, señalaba que la propuesta presentada por Lenin parecía «inaceptable». Dos días después, al siguiente de la publicación del documento, Kámenev escribió en el mismo diario un artículo con el título *Nuestras divergencias*, en el que decía:

«Por lo que respecta al esquema general del compañero Lenin, nos parece inaceptable en cuanto que da por terminada la revolución democrático-burguesa y cuenta con una inmediata transformación de esta revolución en revolución socialista. La táctica que se desprende de semejante juicio difiere profundamente de la táctica que los representantes de *Pravda* han defendido».

En realidad, las ideas de Lenin eran más matizadas de lo que sugería el órgano del partido, y el enunciado de estas tesis, y los discursos que pronunció durante las primeras semanas tras su retomo, permiten percatarse perfectamente de ello. No obstante las propuestas leninistas encontraron una clara oposición en el mismo seno del partido bolchevique inmediatamente después de su regreso.

Lo que determinó su éxito final no fue sólo el gran prestigio personal del secretario general, que ciertamente estaba fuera de discusión, sino el espíritu de las masas, que ya entonces era mucho más radical que el de sus representantes en el Soviet. Los trabajadores, los soldados y los campesinos recelaban de una situación que podía ser calificada como inestable, y temían ver frustradas sus aspiraciones de cambios profundos en el terreno de la guerra, la tierra y las condiciones laborales.

En la Conferencia local del partido, que se abrió en Petrogrado el 14 de abril, preparatoria de la nacional convocada para diez días después, los militantes bolcheviques de la capital tuvieron la posibilidad de elegir entre

las posiciones de Lenin y las de Kámenev, porque en la apertura de la reunión ambos presentaron sendos informes sobre el primer punto del orden del día: «El momento político».

En Petrogrado el partido había crecido, contaba ya con 15.000 militantes que eligieron 54 delegados para esa Conferencia local. En ella, Lenin dijo que «el error más grave en el que pueden caer los revolucionarios es el mirar atrás hacia las revoluciones del pasado». Según él, algunos de sus compañeros cometían la equivocación de seguir siendo, aun en las nuevas circunstancias, «viejos bolcheviques».

Siempre en su informe del 14 de abril, Lenin seguía insistiendo al decir: «La clave de la situación política está en el momento actual en la capacidad de explicar la verdad a las masas». La revolución burguesa en Rusia había terminado porque la burguesía estaba en el poder. Existía también, bajo la apariencia de los soviets, «la dictadura de los obreros y los campesinos», que los bolcheviques habían señalado como fin máximo de aquella revolución. Pero, advertía Lenin, «no puede haber dualismo de poder en el Estado». La guerra había puesto a todo el país al borde de la catástrofe. En ese punto no había «otra solución que no fuese la revolución socialista». Por lo tanto —decía Lenin— «si nosotros no definimos una línea proletaria, traicionaremos la causa del proletariado».

En esta Conferencia local se escucharon todavía diversas voces críticas con respecto a las posiciones de Lenin, además de la de Kámenev, que le reprochaba que obligara al partido a una simple actividad de «clarificación», de agitación y de propaganda. Pero también hubo voces decididamente a su favor. Y en el momento de la votación Lenin obtuvo una mayoría segura. Sobre la cuestión fundamental: la actitud hacia el gobierno, treinta y tres delegados de los cuarenta y un participantes, estuvieron con él y sólo seis con Kámenev, contabilizándose también dos abstenciones.

El rechazo a formar alianzas con otros partidos en las elecciones municipales fue aprobado con veintitrés votos a favor, dos abstenciones y ningún voto en contra.

Durante aquellos días Lenin se mostró muy activo en la prensa, en los mítines, en las reuniones. A quienes le preguntaban si sería necesario derrocar de inmediato el gobierno de la burguesía Lenin respondía que debía ser derrocado, porque era un gobierno oligárquico y antipopular, sin em-

bargo no era posible derrocarlo ni de inmediato, ni con el «método acostumbrado», porque se basaba en un acuerdo con los soviets, o sea con el «segundo gobierno» del país, el mismo que podía ser el único gobierno capaz de expresar la voluntad de los obreros y los campesinos. Los elementos revolucionarios más conscientes debían por lo tanto lograr la mayoría. «Nosotros —escribía Lenin— no somos partidarios de la conquista del poder por parte de una minoría». Con este argumento respondía a quienes le acusaban de «blanquismo», es decir de una propensión —que en realidad siempre había sido extraña a los marxistas— a operar mediante la conjura de pequeños grupos separados de las masas.

La victoria de Lenin fue todavía más clara en la Conferencia de los bolcheviques de toda Rusia (conocida desde entonces como «Conferencia de abril») que se abrió dos días después de la conclusión de la de Petrogrado. Del 24 al 29 de abril se reunió una asamblea nacional de todo el partido bolchevique. Unos ochenta mil militantes de todo el Estado enviaron a la Conferencia ciento cuarenta y nueve delegados, que debatieron y se pronunciaron sobre los temas fundamentales.

Frente a Lenin, Kámenev volvió a proponer que el partido se atuviera a la línea definida en marzo. El punto en el que Kámenev se atrincheró fue el de la petición de un «control» sobre el Gobierno Provisional, que se encontraba también en un proyecto de moción presentado por la organización de Moscú. Sin embargo, ésta propuesta fue rechazada por Lenin con una frase famosa: «El control sin poder es una frase absolutamente vacía […] una frase pequeñoburguesa que frena el desarrollo de la revolución». En la Conferencia de abril incluso Stalin se apartó ya de Kámenev (muchos años más tarde él mismo reconocerá haber modificado sus posiciones a mediados de ese mes) y en una breve intervención dijo que hablar de control era «ridículo».

Al desarrollar su argumentación a favor de una política que, según él, no debía ser únicamente de agitación, Kámenev sostuvo que no bastaba definir una línea autónoma del proletariado, sino que también se necesitaba trabajar en un bloque de fuerzas más amplio, precisamente en aquel representado por los partidos de la «democracia revolucionaria» predominantes en los soviets, junto a los cuales él sostenía que era «aún posible dar algunos pasos», precisamente porque no consideraba concluida la revolución burguesa.

Abundando en ese argumento, el bolchevique moderado Rýkov manifestaba: «no nos corresponde tomar la iniciativa de la revolución socialista; no tenemos fuerza, ni se dan las condiciones objetivas indispensables». El impulso debía llegar de Occidente. A lo que replicaba Lenin: «El camarada Rýkov sostiene que el socialismo debe venir de otros países más industrializados, y ello no es exacto. No se puede decir quién empezará ni quién terminará. Eso no es marxismo; es una caricatura del marxismo».

La resolución que proponía que el proletariado de las ciudades y del campo se preparara activamente para la transferencia del poder estatal a manos de los soviets, fue aprobada por la casi totalidad de los 149 participantes en la asamblea (ciento treinta y tres con voto deliberativo y dieciocho con voto consultivo), sólo hubo 3 votos en contra y 8 abstenciones.

Pero cuando Lenin propuso a su partido un texto puntualizando que «la revolución rusa no es más que la primera de las revoluciones proletarias inevitablemente engendradas por la guerra», tropezó de nuevo con una oposición enérgica y relativamente sólida. Es cierto que el punto de vista de Lenin fue aprobado por 71 votos contra 39 y 8 abstenciones; sin embargo, ello no significaba que el conjunto —ni siquiera lo esencial— de la estrategia leninista hubiera sido plenamente asumida y eso se puede apreciar en lo relativo a la relación con los socialistas de otros países.

En la Conferencia de abril el partido decidió por primera vez que sería necesario crear una nueva Internacional, verdaderamente revolucionaria. El informe sobre esa cuestión fue presentado por Zinóviev. Esta exigencia de evitar cualquier compromiso con los grupos socialdemócratas que no hubieran sabido escoger una vía de lucha revolucionaria contra la guerra estaba —como hemos visto— en la base de toda la estrategia y la táctica de Lenin. Sin embargo, Zinóviev propuso que los bolcheviques estuvieran presentes en una nueva conferencia internacional, la «tercera conferencia zimmerwaldiana», que había sido convocada en Estocolmo para mayo y que en realidad no se realizó hasta septiembre. Lenin era contrario a esta participación, a no ser «únicamente con fines informativos», porque en el bloque de Zimmerwald predominaban siempre los «centristas». Sin embargo en esta cuestión la Conferencia, —que temía el aislamiento de los bolcheviques del movimiento internacional— no lo siguió. Contra la propuesta de participación hubo un solo voto: el de Lenin.

Para concluir el cónclave faltaba elegir el organismo que dirigiría al partido en los próximos dos meses, hasta la realización del VI Congreso. La Conferencia eligió un Comité Central de nueve miembros. Veintiséis candidaturas fueron discutidas en sesión plenaria. El que suscitó la más clara oposición fue el nombre de Kámenev. Pero Lenin lo defendió, diciendo que era un «valioso militante» tanto en el Comité Ejecutivo del Soviet como en la redacción de *Pravda*. Lenin apoyó también la candidatura de Stalin: «un buen militante para cualquier puesto de responsabilidad». Ciento nueve delegados participaron en la votación, que produjo estos resultados: Lenin, 104 votos; Zinóviev, 101; Stalin, 97; Kámenev, 95; Milûtin, 82; Nogin, 76; Sverdlov, 71; Smilga, 53; Fedorov, 48. A pesar de no haber obtenido la mayoría absoluta, los dos últimos fueron igualmente confirmados por la asamblea como miembros del Comité Central. Así, el ala derecha del partido logró elegir cuatro de sus miembros, Kámenev, Nogin, Milûtin y Fedorov, para el nuevo Comité Central.

Durante la Conferencia los delegados escucharon los informes de los representantes de otras partes del país. La influencia bolchevique crecía. Interrogada sobre la consistencia numérica del partido en Moscú, la camarada Ziemliachka declaró que sólo podía proporcionar cifras provisionales, porque la organización estaba en rápida expansión. Noticias que demostraban cómo las provincias podían llegar aún más lejos que la capital fueron referidas por Sverdlov, delegado de los Urales, y por el delegado de la cuenca del Donetz, o sea por los representantes de dos importantes regiones industriales. En Makeevka, otro gran centro carbonífero, los mineros habían establecido su control en todas partes («no se fían de los ingenieros»): había mineros en el soviet, en las comisarías de policía, incluso en los tribunales. «Envíennos algunos militantes —aseguraba el representante del Donetz— y nos pondremos a la cabeza de todos».

La consigna «todo el poder para los soviets», que era todavía un slogan exclusivamente bolchevique y leninista, comenzó a circular en aquel periodo también entre las masas. No eran muchas las mociones votadas en las fábricas o en las secciones militares que contenían tal reivindicación, pero ya se daban, y algunas veces llegaban a ser publicadas incluso por *Izvestia*, provocando la indignación de los ministros en funciones.

Una de las fechas más significativas en la historia de la revolución es la del 30 de abril, cuando la sección de trabajadores del Soviet de Petrogrado,

por una mayoría sustancial, aprobó una resolución apoyando la fórmula bolchevique de que todo el poder debería pertenecer al Soviet. Sólo unas pocas semanas después de la llegada de Lenin, los bolcheviques controlaban al menos la sección de trabajadores del Soviet; pero éste, en su conjunto, con una mayoría de soldados, es decir, campesinos que tenían más simpatías por los mencheviques y los socialrevolucionarios, no cayó directamente bajo la influencia de los bolcheviques hasta el mes de septiembre. En unas elecciones a principios de mayo, el Ayuntamiento del barrio de Vyborg, la parte de la ciudad más militante e inequívocamente proletaria, dio a los bolcheviques más de la mitad de los votos.

Este paulatino cambio de influencia entre la clase trabajadora fue el factor más importante que se iba a dar en la revolución. Elevó a los bolcheviques de una minoría pequeña, sectaria y un poco extravagante, a ser la fuerza directora de la parte de población más concentrada y estratégicamente localizada y, por ello, la más poderosa: la clase trabajadora industrial de las grandes ciudades. Los éxitos en la sección de trabajadores del Soviet y en el Ayuntamiento de Vyborg de ningún modo fueron accidentales. A primeros de junio, la conferencia de representantes de los comités de las factorías de Petrogrado, que eran elegidos directamente por los obreros, aprobó resoluciones bolcheviques por una gran mayoría. De esta manera, aun cuando no fue hasta el otoño cuando los bolcheviques empezaron a lograr mayoría de votos en muchos soviets, su poder sobre la clase obrera de la capital, y de otras partes, se aseguró desde comienzos de junio.

Un nuevo apoyo para el partido bolchevique la constituyó León Trotsky, que había vuelto a Rusia el 4 de mayo. Escritor prolífico sobre muchas materias además de la política, había permanecido sin afiliarse a ningún partido durante el exilio que compartió con muchos otros. Durante la pausa revolucionaria entre 1905 y 1917 dedicó la mayor parte de sus energías a un intento de reconciliar a bolcheviques y mencheviques, sin ser miembro de ninguno de estas fracciones. Su regreso abrirá una nueva etapa para el partido bolchevique. Al día siguiente de su llegada, habló delante de un Soviet en el que nadie había olvidado que Trotsky ocupó su presidencia en 1905. Desde el principio asumió las tesis desarrolladas por Lenin, incitando a los diputados a entregar todo el poder a los soviets y a transformar sin demora la revolución democrática en revolución proletaria. Aunque desde el momento de su llegada, estuvo completamente de acuerdo con los obje-

tivos del partido, durante un corto período de tiempo no se unió oficialmente a los bolcheviques porque necesitaba atraerse a un número de seguidores personales (el grupo *mezhrainonka*).

Pocos días después del regreso de Trotsky, llegó a Petrogrado Mártov, el fundador e ideólogo del menchevismo. También él tuvo que pasar, como Lenin, a través de Alemania porque desde Suiza no había otras vías abiertas. Con él estaban otras personalidades del socialismo ruso: Axelrod, Lunacharsky y Riazanov. Su llegada completó la serie de regresos de los emigrados ilustres: todos los principales exponentes de la izquierda, que el zarismo había forzado al exilio, estaban ya de nuevo en la patria.

Mártov y Trotsky habían estado muy unidos en la emigración en la época de la conferencia de Zimmerwald. En cierta medida lo estaban todavía. Pero de ahí en adelante sus caminos fueron separándose cada vez más. Si bien seguía siendo la figura de mayor prestigio, intelectual y moral, del menchevismo, Mártov se encontraba en oposición con el grupo de Tsereteli, Chkheidze y Dan, dominante entonces en su partido y en el Soviet, porque él mismo juzgaba «oportunista» su política.

Mártov llegó a la capital el 9 de mayo, el mismo día en que se reunía la Conferencia de los mencheviques de todo el país. Pero se encontró casi aislado, seguido sólo por una pequeña parte de la asamblea, que en su conjunto estaba ampliamente controlada por sus rivales. Desde aquel día no fue sino el jefe de una exigua minoría del partido, llamada «internacionalista», que tenía consistencia particularmente en Petrogrado. Sin embargo, nunca fue capaz de romper con la mayoría y aproximarse a los bolcheviques, de quienes lo separaban años de luchas y polémicas.

Sin embargo, Trotsky, en aquellas primeras semanas, realizó numerosos mítines en el Circo Moderno y en la fortaleza naval de Kronstadt, donde destacaron sus excepcionales dotes de orador. Fundó también un pequeño periódico: *Vperiod* (Adelante). Hizo contactos con el diario *Nóvaya Zhizn*, patrocinado por Gorky, pero inmediatamente se dio cuenta de las divergencias que lo separaban de la redacción menchevique, más inclinada a seguir las ideas de Mártov.

Por fin Trotsky trató con Lenin una posible fusión. Lenin, a su vez, aceptaba unirse a aquellos que rechazasen y denunciasen el «defensismo»; pero no se podía hablar de fusión entre un pequeño grupo aislado y un ver-

dadero partido en plena expansión, como era entonces el bolchevique. Sin embargo, las viejas divergencias entre Trotsky y los bolcheviques habían desaparecido ante el nuevo curso de los acontecimientos en Rusia, y lo que restaba de ellas empezaba a fundirse en aquellas semanas de lucha.

Lenin estaba ansioso por atraer a Trotsky a su campo y este último, ávido de pasar a la acción cuanto antes. Fue Lenin, quien dio el primer paso asistiendo, nada más llegar Trotsky a la capital, a una reunión de los *mezhrainonka* y proponiéndole formar parte del comité de redacción de *Pravda* así como del comité encargado de preparar el VI Congreso del Partido.

Si Lenin logró arrastrar tras de sí a todo el partido y consolidarlo como una organización influyente, se debió también a la evolución política que se perfiló en Rusia durante el mes de abril y que convalidó las tesis con las que había regresado del exilio el líder bolchevique. En efecto, en aquellas semanas se rompió la atmósfera de idilio retórico que se había creado en marzo —después del acuerdo entre Soviet y Gobierno Provisional— en torno a las promesas y a las reivindicaciones más genéricas.

La burguesía comenzaba a recuperar el aplomo, y era consciente que su futuro dependía de lograr imponer sus criterios en aquella inestable situación de doble poder. El regreso de Lenin y los planteamientos que comenzaban a esgrimir los bolcheviques le dieron alas a la burguesía para iniciar una ofensiva contra la organización más radical del movimiento popular.

Una vez más fue Lenin el protagonista —esta vez como sujeto paciente— de uno de los primeros episodios de esa lucha política. Muy pronto se desencadenó contra él una campaña de calumnias, que trataba de explotar, de todas las formas posibles, su paso a través de la Alemania en guerra para sugerir que estaba de acuerdo con Guillermo II, y era por tanto «enemigo de la revolución». Alimentada por la prensa de derechas y por las camufladas fuerzas reaccionarias, incluidos los residuos de las Centurias Negras, en realidad la campaña era también apoyada subrepticiamente por el Gobierno Provisional. Ahora bien, la lucha contra Lenin y los bolcheviques iba dirigida en realidad contra toda la izquierda del Soviet y no era sino el primer paso de una proyectada ofensiva de la burguesía en alianza con sectores prozaristas.

Liberales y conservadores utilizaban contra Lenin su viaje en tren a través de Alemania como prueba de que era un espía alemán. Periódicos

menos respetables jugaban la carta antisemita, afirmando que el líder bolchevique estaba al servicio de los intereses de los judíos. La prensa de derechas, e incluso algunos periódicos de izquierdas, se aliaban para atacar el prestigio de Lenin. Una especie de «unión sagrada» puso de acuerdo a las tendencias políticas más opuestas. El periódico reaccionario *Novoe Vremia*, que añoraba los «viejos tiempos», doblaba ahora el espinazo ante el Gobierno Provisional y era uno de los primeros en salir en defensa de la república contra el «criminal» recién llegado. «El señor Lenin —decía su editorialista— se pavoneaba en Suiza, no vio ni supo de la sangre derramada en los campo de batalla y, todavía en camino, se apresuró a traicionar al mismo ejército y al pueblo ruso, al Gobierno Provisional y al Soviet los Diputados Obreros». El diario kadete, *Rech*, escribía: «El señor Lenin y sus camaradas piensan de otra manera. Lo cual demuestra que han querido lanzar un reto a la opinión, cosa nada compatible con una actitud seria frente a la guerra, en la que corre la sangre de su país natal». El órgano de los socialistasrevolucionarios, *Volia*, declaraba: «Hombres así son un verdadero peligro para la revolución».

La vida de Vladimir Ilich era examinada con lupa y todo era objeto de crítica: su cómoda deportación a Siberia, su matrimonio ortodoxo con la Krupskaia, su «resistencia» en los cafés ginebrinos, su amistad con el agente doble de la Okhranka Roman Malinovsky, desenmascarado por aquellas fechas y huido de Rusia. Pero sobre todo se criticaba su incurable anhelo de quemar etapas para ir siempre más lejos que el resto de las fuerzas políticas. Calificado de utópico peligroso, era culpable de arrastrar prematuramente a un país subdesarrollado hacia un régimen socialista. «Lo que prepara es un nuevo Imperio —se leía en los periódicos—, un Imperio de incas peruanos con su casta de Hijos del Sol y sus dóciles servidumbres».

La unanimidad y el vigor de los ataques reconfortaban al gobierno que buscaba en primera instancia un aislamiento del que consideraba un peligroso enemigo político. A la princesa Zinaida Schakovskoy, que regresaba inquieta de un mitin del jefe bolchevique, el príncipe Lvov la tranquilizó diciéndole: «No tiene importancia, no tema nada. A ese fantoche le vigilamos».

Esta campaña de calumnias dio sus resultados. Nació incluso un pretendido comité de lucha contra el espionaje que pegaba carteles en las calles prometiendo a Lenin la misma suerte de Rasputín. Al caer la noche, grupos

hostiles y amenazadores se reunían frente al palacete Kschessinskaya, y en la perspectiva Nevsky desfilaban cortejos con pancartas en las que se podía leer: «¡Lenin a la cárcel! ¡Mueran los bolcheviques!», y al pasar frente a la redacción de *Pravda* apedreaban las ventanas.

El 10 de abril los soldados del Regimiento Volinsky reunidos en asamblea llegaron a pedir la detención de Lenin. Marinos de Kronstadt, que habían formado la guardia a su llegada en la estación Finlandia, publicaron en la prensa el día 14 de abril una declaración en la que afirmaban: «Al enterarnos de que el señor Lenin ha vuelto a Rusia con el permiso de Su Majestad, el emperador de Alemania y rey de Prusia, expresamos nuestro profundo pesar por haber participado en su solemne recepción. Si hubiéramos sabido entonces el camino por el que había pasado, en lugar de nuestros hurras entusiastas habría oído: «¡Muera! ¡Regresa al país de donde has venido!».

La campaña de prensa contra Lenin agitó pasiones al punto de temer por su integridad física, por eso el Comité Central bolchevique tomó la precaución de asignarle varios miembros del partido para que le acompañaran y velaran por su seguridad, al tiempo que aparecieron numerosos escritos del mismo Lenin respondiendo a todas esas acusaciones.

Pero el eje vertebrador de la ofensiva era la continuidad y naturaleza de la guerra, al tiempo que la hostilidad de la burguesía se hacía extensiva a todos los que defendían la necesidad de poner fin al conflicto. La Kollontai, en sus memorias, se hace eco del ambiente reinante.

«Después del cuatro de abril los enemigos perseguían particularmente a los leninistas. Entonces se nos amenazaba con masacrarnos, y era peligroso ser reconocido en el tranvía, si se enzarzaba la discusión corriente en la primavera del año diecisiete: ¿Quién tiene razón, Lenin y los bolcheviques, que están por la terminación de la guerra y por el poder de los soviets, o los socialchovinistas con Kautsky y compañía, que quieren consolidar en Rusia el régimen burgués al estilo extranjero?

En cada reunión (y en Petrogrado se celebraban mítines durante casi todo el día) intervenían unidos contra nosotros: mencheviques, socialrevolucionarios, liberales, plehanovistas y demás. Mis intervenciones en las sesiones del Soviet de Petrogrado (yo era entonces miembro del Comité Ejecutivo) eran recibidas por el tropel de nuestros enemigos con exclamaciones de: "¡Sabemos lo que va a decir la leninista! ¡Abajo, abajo!"».

A mediados de abril estaba planteada una verdadera batalla entre partidarios y adversarios de la guerra a ultranza. Los primeros, animados por organizaciones como la Unión del Ejército y la Patria y la Unión de Soldados Estudiantes y Republicanos, lanzaron a comienzos del mes una ofensiva propagandística sobre el tema que tenía como objetivo minar el poder del Soviet y desprestigiar a los bolcheviques.

Aunque conformes con la idea de una paz sin anexiones, los «defensistas» del Soviet y muchos soldados no veían el medio para concluir la contienda bélica. Y fue precisamente entonces cuando comenzó a desarrollarse en las trincheras el movimiento de las «fraternizaciones», una iniciativa revolucionaria de los combatientes con objetivos mal definidos. En la Conferencia de los bolcheviques en abril había resonado a menudo una palabra que apenas comenzaba a entrar en la jerga revolucionaria: *bratanie*, fraternización. Episodios espontáneos de fraternización fueron señalados desde diversos puntos del frente y se presentaban como un fenómeno completamente nuevo en la escena bélica.

Las fraternizaciones cobraron fuerza y amplitud a mediados del mes de marzo y se prolongaron hasta finales de abril. Eran manifestaciones muy sencillas en las que combatientes en la primera línea de ambos bandos se intercambiaban emocionadamente galletas o «recuerdos». Al dispersarlas a cañonazos, los oficiales de artillería rusos sumaron en su haber un nuevo motivo de odio por parte de la tropa. El 26 de abril Lenin publicó un artículo en *Volna*, periódico bolchevique de Helsingsfors, en el cual tomaba posición a favor de las fraternizaciones en todos los frentes. El 28 explicaba en *Pravda* la conveniencia de que estas fraternizaciones tuvieran un programa político bien definido: «Nosotros no somos anarquistas y no creemos que la guerra pueda terminarse con una simple negativa a combatir». La réplica del Soviet e *Izvestia* fue inmediata, condenando formalmente las fraternizaciones, «porque lo que ahora defendían los soldados no era al zar o a los propietarios, sino la revolución». *Izvestia* añadía que la fraternización era una trampa del enemigo; sólo sería legítima y podría conducir a la paz si los rusos tenían frente a ellos un ejército que hubiera hecho también la revolución.

El llamamiento del Soviet tuvo eco, como lo atestiguan los informes referentes a la gira de Frunze, dirigente bolchevique, que el 26 de abril había partido para el frente a organizar las fraternizaciones. Los oficiales no pu-

dieron hacer nada contra él, pero tras el llamamiento del Soviet, Frunze renunció a sus propósitos. El Soviet de Petrogrado seguía siendo en esa fecha dueño indiscutido de la situación. La bolcheviquización del ejército no había comenzado aún, y las fraternizaciones terminaron precisamente en el momento en que Lenin abogaba por su extensión.

Pero el final de las fraternizaciones no implicaba que el soldado del frente renunciase a la paz inmediata. Para muchos combatientes en las trincheras el primer pensamiento, cuando supieron que el zar había sido derrocado, fue que la guerra acabaría pronto. Estaban todavía dispuestos a defender las posiciones, a no «arrojar al suelo las bayonetas» como se decía entonces, porque comprendían que no se podía de un día para otro cesar unilateralmente de combatir y dejar el camino libre al ejército alemán. Antes era necesario concluir los acuerdos indispensables. Pero tampoco estaban dispuestos a aguardar mucho tiempo. Y por lo tanto tampoco podían comprender la necesidad de operaciones ofensivas. «Los soldados —dicen los informes de la época— expresan la opinión de que se debe permanecer a la defensiva». En la mente de los soldados-campesinos la paz era la premisa para su eterna reivindicación: la tierra. Esperaban, por lo tanto, ambas cosas juntas. Pero ¿cuánto tiempo estarían dispuestos a esperar?

Si estas eran las inquietudes en las trincheras, en la retaguardia la atención se centraba en el problema de los objetivos de la guerra.

A mediados de abril tuvieron lugar dos manifestaciones antagónicas que exaltaron los ánimos. El 17 de abril, se organizó por las calles de Petrogrado una manifestación de mutilados y heridos de guerra. Se sacó de todos los hospitales una masa enorme de heridos, amputados de piernas y brazos, etc. Envueltos en sus vendajes, apoyados en muletas, sostenidos por enfermeros, se pusieron en marcha a lo largo de la perspectiva Nevsky hacia el Palacio Táuride. Los que no podían andar eran llevados en camiones, coches de caballos y carros. En sus pancartas se leía: «¡Destrucción completa del militarismo germánico!» «¡Nuestras heridas llaman a la victoria!» y, sobre todo, «¡Abajo Lenin!». Lanzando este último grito se presentaron, tras una marcha intencionadamente lenta, ante la sede del Soviet para reclamar la detención de Lenin y su inmediata expulsión del país.

Tsereteli y Skobelev habían salido al pórtico para recibir a los manifestantes. Este último trató de tranquilizarlos: «No soy en absoluto partidario

de Lenin y combato su táctica desde hace largos años. Pero todo el mundo tiene derecho a hablar. Por tanto, Lenin puede hablar, pero no le dejaremos actuar, y eso es lo importante». Pero en vez de calmar a la multitud, esta breve alocución sólo sirvió para aumentar la irritación. Los manifestantes empezaron a gritar: «¡Lenin espía y provocador!». Al mismo tiempo se lanzaron gritos contra el Soviet. Los vivas fueron para el monárquico Rodzânko, que hizo acto de presencia y declaró: «No, desde ahora no volveremos a intentar poner fin a la guerra».

Un matiz bien distinto se advirtió en las manifestaciones del l de mayo, la fiesta del Trabajo, día que coincidía con el 18 de abril en el calendario ruso. Era la primera vez que se celebraba esta jornada tras la caída del zarismo, y a decir verdad la fiesta tuvo un carácter oficial, por lo que muchos creyeron ver en los desfiles a los que ésta dio lugar una última manifestación del clima pacífico de marzo.

Respondiendo a un llamamiento del Soviet, miles de pancartas pedían la paz sin anexiones, pero la atmósfera, bajo las apariencias, era ya diferente. En las columnas que desfilaban pacíficamente, muchos obreros estaban empeñados en agudos conflictos laborales con los patronos. Otros se oponían al intento de recuperar la jornada festiva, haciendo laborable el domingo siguiente. A pesar de las prohibiciones del Ministro de la Guerra Gutchkov, en muchos desfiles participaron los prisioneros de guerra, y en la fachada del Palacio Mariinsky, sede del gobierno, se colgó una gran pancarta con la leyenda: «¡Viva la III Internacional!».

No obstante, el gobierno, haciendo caso omiso del sentimiento popular, decidió, de modo desafiante, dar un paso más frente al poder del Soviet y al sentir de las masas.

Desde comienzos de marzo, los dirigentes de la burguesía se habían hecho la ilusión de que la revolución podía servir para quitar de en medio algunos obstáculos que representaban un impedimento para su victoria en el conflicto bélico. «Yo veo la revolución como un medio para combatir mejor: hagamos una pequeña revolución para una gran victoria», había dicho Gutchkov. Milûkov había tratado de explicar los acontecimientos de febrero en el mismo sentido a los portavoces aliados. El zar tal vez hubiera firmado una paz por separado pero la recién nacida república no lo iba a hacer. Pero tanto el gobierno como las embajadas aliadas pronto pudieron

percatarse de que las masas rusas no lo entendían de la misma manera. Si el «defensismo» de los conciliadores tenía todavía fuerza, las ambiciones de victoria de la gran burguesía no tenían ninguna. Gutchkov se lamentaba del Soviet porque en él se hablaba demasiado de paz, y Milûkov tenía además un plan más ambicioso: esperaba poder utilizar la guerra como pretexto para posponer la convocatoria de la Asamblea Constituyente y para retrasar la solución del problema agrario.

Milûkov, llamado irónicamente «El campeón de la conquista de los Dardanelos», incluso quiso organizar un desembarco para apoderarse de los estrechos. Nuevos contingentes de reclutas fueron enviados al frente. Los hombres necesarios para intentar la operación podían conseguirse. Sin embargo, el Ministro de Exteriores tuvo que admitir que, en el clima de abril, los hombres no estarían dispuestos a morir por semejante empresa. Por lo tanto, Milûkov tuvo que renunciar a poner ante el hecho consumado tanto a los líderes de los soviets —a los que en marzo había prometido verbalmente una renuncia a los objetivos anexionistas de Rusia—, como a los aliados, a quienes en el fondo no desagradaba que Rusia renunciara a Constantinopla, con tal de que no pretendiese análogas renuncias por parte de ellos.

Pero ni Milûkov ni el gobierno al completo abandonaron la idea de lanzar un préstamo público destinado a sostener el esfuerzo bélico, bautizado, según el estilo del momento, «Préstamo de la Libertad». Y tampoco fue abandonada, al menos por el Ministro de Exteriores, la idea de una prueba de fuerza con el Soviet entorno a este tema.

En sus memorias, escritas décadas más tarde, Milûkov explicó cuáles eran sus razones para mantener la postura que mantenía. Excepto un puñado de extremistas, nadie osaba pedir que Rusia se retirase de la guerra. Como el país continuaba indisolublemente ligado a sus alianzas, romper con los tratados del pasado o abandonar las promesas hechas era una utopía, si no una locura: «Tal era la fuerza de mi posición». Consideraba absurda cualquier modificación de la política exterior, pues en caso contrario se habría tenido que poner en tela de juicio la misma guerra, lo cual hubiera sido, según Milûkov, una infamia.

Para no enfrentarse con la opinión pública, el ministro había consentido en hacer una declaración el 27 de marzo, destinada únicamente al pue-

blo ruso, pero en una nota enviada a los embajadores precisaba que los acuerdos con los aliados seguían en vigor. Una frase de la declaración decía que «al observar plenamente las obligaciones contraídas con los aliados, el gobierno defendería los derechos de la patria», evidente alusión a la posible anexión de Constantinopla. Para que no hubiera ningún equívoco en París o Londres, Milûkov envió el 9 de abril al *Manchester Guardian* un texto donde reafirmaba explícitamente la legitimidad de las pretensiones expansionistas de la burguesía rusa que para él eran las pretensiones de Rusia.

Pero la maniobra se volvió contra su autor. Al llegar de Inglaterra, el socialrevolucionario Chernov aseguró que, entre sus amigos de Occidente, no había apreciado en qué punto la declaración del 27 de marzo había cambiado los objetivos de guerra de Rusia, y propuso que el gobierno redactara una nota aclaratoria de como la nueva Rusia se enfrentaba al problema del final del conflicto. Tal fue el origen directo de la «nota» Milûkov que iba a precipitar una crisis de gobierno.

Una delegación del Soviet visitó al gobierno el 11 de abril. En la reunión, que sólo duró unos minutos y fue muy cordial, los delegados del Soviet aseguraron a Milûkov que no se trataba de aflojar los lazos con los aliados, sino de basarlos sobre principios nuevos. Fue entonces cuando el Ministro de Asuntos Exteriores prometió redactar una «nota oficial a los aliados».

Tsereteli y los otros jefes del Soviet argumentaban que la declaración adoptada por el gobierno el 27 de marzo, a resultas de su insistencia, no era más que un documento interno, que no tenía ningún valor diplomático: si su contenido hubiera sido expuesto en la debida forma también a los otros países que combatían junto a Rusia, todo estaría solucionado, de ahí la necesidad de redactar una nota aclaratoria. A cambio Tsereteli, se comprometía a obtener del Soviet el voto afirmativo para Préstamo de la Libertad, que en aquel momento encontraba serias oposiciones. Así, Milûkov prometió redactar la nota que el Soviet le pedía.

Ésta fue preparada de acuerdo con los embajadores de Inglaterra y Francia y transmitida a las capitales interesadas precisamente en la jornada del 18 de abril (o sea, como hemos visto, el 1 de mayo occidental). Al día siguiente fue entregada a la prensa y simultáneamente a los jefes del Soviet, que hasta el último momento desconocían el texto.

La nueva nota anulaba sencillamente todas las hermosas palabras de paz sin anexiones que se habían dicho hasta aquel momento. Garantizaba

a los aliados «la voluntad de todo el pueblo de conducir la guerra hasta la victoria decisiva». No decía una sola palabra de las aspiraciones de la «democracia rusa» a una «paz sin anexiones ni indemnizaciones». Al contrario, evocaba esas «garantías y sanciones» que los aliados sabrían establecer más tarde para instaurar una paz duradera.

El golpe había sido bien montado. La nota era una bofetada al Soviet. Sus dirigentes, puestos frente al hecho consumado, estaban irritados, pero no sabían cómo reaccionar. En la noche del 19 reunieron el Comité Ejecutivo. Se advertía su incomodidad. Desautorizados públicamente por el gobierno, eran al mismo tiempo incapaces de una rebelión abierta y se aprestaban a volver a poner en movimiento el mecanismo de las acostumbradas consultas con los ministros. Pero no lograban siquiera calmar la indignación de sus propios seguidores.

Entre la mayoría del Soviet la nota gubernamental cayó como una bomba y se interpretó como una provocación. «Hemos recibido una bofetada», repetía Bogdanov. El mismo día 19, en el Teatro Mihailovsky, Kérensky habló de dimitir. La prensa menchevique calificaba la nota como un «acto que se burla de las intenciones de la democracia» —es decir, del Soviet—.

La mañana del 20 de abril (3 de mayo), mientras los periódicos kadetes acentuaban con sus comentarios el valor de reto implícito en el gesto del Ministro de Exteriores, en los medios obreros se desencadenaba una campaña de peticiones que en veinticuatro horas se extendió a todo el país. La más frecuente era la de exigir la dimisión de Milûkov; en otras se reafirmaba la confianza en el Soviet y la necesidad de reforzar su control sobre el Gobierno Provisional.

La guarnición, ya inquieta por algunos intentos anteriores de enviar al frente algunas de sus tropas, se puso en movimiento. A las tres de la tarde del 20 de abril, el Regimiento Finliandsky salió a las calles. Poco después le siguieron los soldados del 180º Regimiento de Infantería y otras unidades. A su vez se animaron los barrios populares de la capital, arrastrados por el agitador Linde —uno de los autores del *Prikaze* I— que era un «defensista» y destacado dirigente en el 180º Regimiento, pero que temía que la nota contribuyese a la descomposición del ejército, pues iba a reavivar las polémicas sobre la continuación de la guerra.

En muy poco tiempo hubo en las calles entre 25.000 y 30.000 personas. Las tropas manifestantes desfilaban armadas y se encaminaban hacia el Palacio Mariinsky, la sede del Gobierno Provisional, amenazando con arrestar a los ministros. Uno de los dirigentes del Soviet, el menchevique Skobelev, logró disuadirlos, pero la manifestación continuó en otras direcciones. Se gritaba «¡Abajo Milûkov!», «¡Abajo la política de agresión!» y «¡Abajo el Gobierno Provisional!». Pero en las banderolas rojas de los manifestantes, en gran parte bolcheviques, se leía igualmente: «Todo el poder a los soviets».

La noche del 20 de abril fue un sucederse de acontecimientos convulsos. La agitación proseguía en la ciudad. En lugar de en el Palacio Mariinsky, los ministros habían ido a reunirse en casa de Gutchkov, que se encontraba enfermo. Kornilov, nuevo comandante de la zona militar de Petrogrado, propuso reprimir las manifestaciones «sediciosas», declarando tener a su disposición fuerzas suficientes. Pero por el momento no obtuvo ni una aprobación ni un rechazo a su ofrecimiento, que encontró a los ministros divididos.

A las siete de la tarde, en el Palacio de Táuride, se reunió el Soviet en pleno, convocado por sus líderes que querían sondear el humor de las «bases». La atmósfera se había vuelto apasionada como en las jornadas de febrero. Resonaban las palabras «guerra civil».

Yurenev y Šlâpnikov propusieron lanzar un llamamiento a las masas. Kámenev se opuso diciendo: «No se debe asociar a los bolcheviques con un llamamiento que tendría por objeto obligar al gobierno a practicar una política exterior no emanada de la voluntad de las masas, sino de la mayoría oportunista del Soviet». Otros, como Chernov, temían que las «fuerzas oscuras» aprovechasen la ocasión de una manifestación de los barrios populares para desencadenar la represión. Por eso, finalmente prevalecieron los argumentos de Tsereteli, Chkheidze, Dan y Gots, que ante todo querían evitar los enfrentamientos. Condenaban inequívocamente la «nota Milûkov» y proponían exigirle un desmentido oficial; al mismo tiempo que afirmaban estar dispuestos a imponer su política al gobierno. Tsereteli argumentó que «el llamamiento a las masas es un instrumento peligroso», «que el Soviet es, por sí solo, suficientemente fuerte para obligar al gobierno a someterse».

Stankievitch, un colaborador de Kérensky, para espantar al auditorio, dijo que si el Soviet decidiera derrocar al gobierno, éste caería en cinco mi-

nutos; pero los presentes, sin entender el sentido que se pretendía dar a la frase, lo tomaron en serio y aplaudieron la propuesta. Tal eran los ánimos de la mayoría del Soviet.

Finalmente, con el respaldo de todo el Soviet, Chkheidze, Skobelev, Vojtinsky y algunos otros salieron al encuentro de los manifestantes para calmar los ánimos; al tiempo que se multiplicaban las llamadas telefónicas a los regimientos de la capital para disuadirlos de participar en las manifestaciones: el Soviet se lanzaba a controlar la situación.

Aquella misma tarde el Comité Ejecutivo se entrevistó con los miembros del gobierno y con los delegados de la Duma. Alarmados por los disturbios y deseosos de llegar a un acuerdo con el gobierno, los delegados del Soviet no quisieron que los periodistas asistieran a la entrevista, ni que *Izvestia* publicara las declaraciones de la oposición.

En la entrevista, el príncipe Lvov amenazó con dimitir, lamento las sospechas que rodeaban a su gabinete. «Somos conscientes de que el Soviet no tiene ya confianza en nosotros —declaró el príncipe—, y sin embargo el gobierno no ha hecho nada por inspirar esta desconfianza. Al no gozar más de vuestro apoyo, estamos dispuestos a dimitir». A esto siguió una larga exposición de la situación por cada uno de los ministros. «Escuchándolos —escribió Stalin—, para salvar el país bastaba con meter en cintura a los soldados (Gutchkov), meter en cintura a los campesinos (Scingarev) o meter en cintura a los obreros (todos los ministros). Apoyadnos en esta difícil tarea, vinieron a decir, ayudadnos a llevar adelante la guerra (Milûkov) y todo irá bien. Si no, nos vamos». Breve y caricaturesco, este testimonio refleja muy bien la naturaleza de las posiciones mantenidas por el gobierno.

Cuando Kámenev afirmó que la calma no renacería hasta que el poder pasara a los trabajadores, hubo ministros que le cogieron la palabra; el líder bolchevique se apresuró a puntualizar que planteaba únicamente un principio: por el momento, la fracción bolchevique no deseaba derribar al gobierno. Se buscó una solución que diera satisfacción al Soviet sin humillar a Milûkov. «¿Aceptaría quizás —preguntó Chernov al Ministro de Asuntos Exteriores— redactar un nuevo texto y tomar a continuación la cartera de Educación?» Milûkov se negó... Entonces, Tsereteli y Nekrasov lo redactaron ellos mismos, dejándole al Ministro kadete el encargo de hacerlo público.

En la mañana del 20 de abril, había tenido lugar una reunión de emergencia del Comité Central del partido bolchevique en la que se adoptó una resolución algo ambigua redactada por Lenin que condenaba la nota Milûkov y afirmaba que sólo mediante la transferencia de todo el poder a los soviets era posible una paz inmediata, dejando la puerta abierta a que los seguidores del partido manifestaran su descontento en las calles. En una segunda resolución redactada también por Lenin y aprobada por el Comité Central al día siguiente se instaba, de modo más preciso, a que los cuadros del partido hicieran lo posible por organizar y encauzar las protestas masivas y las manifestaciones.

Ese mismo 20 de abril, cuando las alborotadas multitudes se habían concentrado frente al Palacio Mariinsky, algunos delegados que participaban en la Conferencia bolchevique de la ciudad, hicieron ya un llamamiento en el marco de esa asamblea para derrocar al Gobierno Provisional, y Vladimir Nevsky, de la organización militar, se pronunció a favor de movilizar a las tropas, y de planificar la toma del poder por el Soviet. Ludmilla Stal, una veterana bolchevique, miembro del Comité de Petersburgo, intentó frenar estas manifestaciones de radicalismo, diciéndoles a los delegados «que no debían ir más lejos que el propio Lenin». Finalmente la Conferencia local votó una prudente resolución de «solidaridad con lo acordado por el Comité Central», es decir, condenando la nota Milûkov y pidiendo la transferencia del poder al Soviet.

La mañana del 21 las manifestaciones se reanudaron por las calles de Petrogrado, ignorantes del resultado de las negociaciones y decididos a manifestar su determinación, obreros y soldados se pusieron en marcha respondiendo al llamamiento de *Pravda* y de *Soldatskaya Pravda*: «Ha llegado el momento de tomar el poder en nuestras manos, primera de las condiciones necesarias para la conclusión de una paz democrática». Kalinin y Kámenev juzgaban esta postura como «aventurista». En todo caso, alegaban, era desplazar la manifestación más «a la izquierda» de lo que entendían sus participantes.

La enorme multitud de obreros, que se dirigía hacia el centro de la ciudad, quería fundamentalmente que Milûkov se fuera, mientras que las pancartas bolcheviques rezaban: «¡Abajo el Gobierno Provisional!» y «¡Todo el poder a los soviets!»

Los intentos de los oradores mencheviques para contener la movilización no tuvieron éxito. Chkheidze, que se había acercado a la cabeza del cortejo para comunicarle la buena noticia del acuerdo al que se había llegado con el gobierno, hubo de marcharse precipitadamente, mientras los manifestantes, parte de los cuales iban armados, continuaban su camino, decididos a ocupar la calle durante varias horas.

Sin embargo, la burguesía había preparado aquel día su contramanifestación en la perspectiva Nevsky, guiada por el partido kadete. Había logrado agrupar a una multitud que alababa a Milûkov y a la guerra, y condenaba a Lenin y a los bolcheviques. El choque entre las dos manifestaciones fue inevitable. En el cruce de la perspectiva Nevsky con la Sadovaya, contramanifestantes visiblemente organizados, montados en camiones y con aire agresivo, pasaron al ataque divididos en pequeños grupos, arrancando a los obreros de los suburbios sus insignias y sus banderas. Desde los edificios se efectuaron disparos. Muy pronto la lucha a tiros se extendió a otras zonas de la ciudad y la refriega duró hasta la noche. Hubo muertos y heridos.

A varios centenares de metros del lugar, detrás del Palacio Mariinsky, se hallaba el general Kornilov, comandante de las tropas de la capital, preparado para intervenir, pese a que la misma víspera no se le había dado formalmente autorización. El general, de acuerdo con el partido kadete, decidió emplear la fuerza y pidió a la Academia de Artillería que mandase algunas baterías para emplazarlas ante el Palacio Mariinsky.

El intento no tuvo éxito. Apenas recibida la orden, desde la Academia de Artillería alguien telefoneó al Soviet. Una vez más, éste era el centro de poder reconocido por las masas. Alarmados, hasta los dirigentes más conciliadores del Soviet reaccionaron con una postura de fuerza, que era una bofetada a los ministros en funciones. Transmitieron telegráficamente a todas las unidades militares de la región la orden de no mandar a las calles ningún destacamento sin autorización escrita del Soviet, el «único» —se afirmaba— que tenía derecho a disponer de las tropas. Al mismo tiempo se emitió una decisión que suspendía por dos días todas las manifestaciones públicas. Ante esta disposición se inclinaron incluso los bolcheviques y fue aprobada unánimemente por el Soviet.

Así, pues, la provocación, más o menos concertada, había fracasado y Kornilov presentó su dimisión. La burguesía sabía que el gobierno estaba

hipotecado sin una fuerza capaz de doblegar al Soviet y, para algunos, esa fuerza no podía ser otra que el ejército. Por eso, entre bambalinas, los sectores más conservadores habían comenzado a preparar un golpe de Estado. El fabricante de cañones Putílov había fundado una Unión para el Resurgimiento Económico de Rusia. Banqueros, industriales y aseguradoras se adhirieron a ella en masa. También el general barón Wrangel, ex ayudante de campo de Nicolás II, se unió a la organización, con el propósito de captar a oficiales proclives a una dictadura militar. Su ejemplo fue seguido por el general Krymov, comandante del III Cuerpo de Caballería.

Gutchkov, Ministro de la Guerra, gestionaba secretamente las aportaciones de fondos destinados a reagrupar las fuerzas reaccionarias, y le secundaba en la tarea un tal Vasily Zavoiko, ex mariscal de la nobleza, financiero, ex colaborador del magnate del petróleo Liazonov, y ayudante del general Kornilov. Tras el fracaso de la intentona de abril, Zavoiko se llevó en su maletín la caja con los fondos recaudados por la Unión, y Kornilov decidió alejarse de la capital siendo destinado al Sudoeste, al mando del VIII Ejército. No obstante, ambos personajes iban a reaparecer meses después.

El día 22, el Soviet publicó en *Izvestia* dos llamamientos dirigidos a los soldados y a los obreros. A los primeros les recordaba que sólo dependían de él, del Soviet; y a los segundos, que una manifestación armada era una peligrosa aventura. Toda la ciudad apareció en pocas horas plagada de llamamientos del Soviet; así su autoridad salió fortalecida de la crisis, ya que Petrogrado recuperó su rostro habitual desde ese mismo día.

Nunca la impotencia del Gobierno Provisional había sido más obvia. Pero llegados hasta ahí en aquel momento de emergencia, los líderes soviéticos no supieron y no quisieron coronar su triunfo. A propósito de la cuestión que había sido el origen de la crisis, se contentaron con la más formal de todas las soluciones posibles: simples concesiones verbales en un comentario interpretativo de la famosa nota.

El mismo día aparecía la «nota explicativa» redactada por los miembros de la dirección del Soviet, pero firmada por el gobierno. La rectificación señalaba claramente que «Rusia no quería anexionar ningún territorio»; y, sobre todo, precisaba que el gobierno no contemplaba una paz con «sanciones e indemnizaciones». Ese mismo texto, presentado ante el plenario del Soviet, fue aprobado por 2000 votos contra 13, entre ellos el de Alexandra Kollontai y el de Kámenev.

No obstante, la del Soviet era una victoria modesta. Milûkov no llegó ni siquiera a presentar formalmente su dimisión, y hasta se ignora si se tomó la molestia de comunicar la nota explicativa a las potencias extranjeras. «He conseguido un gran éxito sin conceder nada», declaraba Milûkov al *The New York Times*.

Sin embargo, el Soviet votó una moción según la cual ningún acto político importante podía ser realizado por el gobierno sin previa consulta con el Comité Ejecutivo del Soviet. El poder dual obtenía así un reconocimiento casi oficial. En este punto, el «incidente» fue declarado cerrado. En cambio, para los bolcheviques la crisis supuso una lección.

Cuando estallaron las primeras manifestaciones en Petrogrado, se reunió el Comité Local del partido, y hubo incluso propuestas de hacer un llamado a las tropas para que sacaran las armas, aunque sin el propósito de protagonizar una insurrección. Pero realmente, el partido sobreestimó sus fuerzas, como lo reconoció Lenin unos días después en un artículo titulado *Las lecciones de una crisis*, donde admitió haber ido «demasiado a la izquierda» en aquellos momentos.

En realidad, el incidente no estaba cerrado en lo más mínimo. Lo que había quedado muy claro era que los kadetes carecían del suficiente apoyo en el país y que el Gobierno Provisional tendría que recurrir a una coalición con los socialistas si quería aspirar a proseguir en el poder con una cierta estabilidad. Por su parte, el Comité Ejecutivo del Soviet también quedó afectado por la crisis. Si antes se había dividido en dos campos casi iguales a propósito del Préstamo de la Libertad, después de las jornadas de abril éste fue aprobado con treinta y cuatro votos contra diecinueve, lo que venía a indicar cómo sus dirigentes se orientaban cada vez más hacia un acuerdo con la burguesía.

La necesidad de una coalición planeaba y hubo negociaciones nerviosas y esporádicas durante el mes de mayo que inicialmente encontraron una cierta resistencia.

El 28 de abril, el Comité Ejecutivo del Soviet rechazó, por 23 votos contra 22, el principio de la coalición. No obstante, Milûkov, el autor de la nota a los aliados, diez días después de su publicación, dejaba libre el Ministerio de Exteriores. La ocasión para modificar la posición asumida por el sector más reticente en la ejecutiva del Soviet se produjo el 30 de abril

con la dimisión de Gutchkov, que se había negado a firmar una «Declaración de los derechos del soldado». Con su salida del gobierno no sólo se abría formalmente una crisis del gabinete, sino que se allanaba el camino a las negociaciones para una coalición; negociaciones que durante todos aquellos días habían proseguido secretamente. El primero de mayo (14 en el calendario occidental), una nueva votación en el Comité Ejecutivo del Soviet invirtió el resultado de la primera: por 44 votos contra 19, fue decidida la participación en el Gobierno Provisional.

En el correo del 20 de mayo, Chkheidze, Presidente del Soviet, halló una carta del príncipe Lvov. El Presidente del Gobierno Provisional ofrecía oficialmente a los representantes de los diputados obreros y soldados la entrada en el gabinete. La coalición se estimaba como indispensable por los partidos burgueses y también por los socialistas moderados, a fin de recuperar el apoyo de las masas y salvar la revolución de febrero. Lvov y sus amigos amenazaron con retirarse si el Soviet rechazaba la propuesta de coalición.

No obstante, la propuesta desató una verdadera batalla en el seno del Soviet. Al cabo de tres días de debates tormentosos en sesión plenaria, en los que no faltaron las palabras solemnes, como las del socialrevolucionario Gots, que declaró que los socialistas entraban en el gabinete «no para ser prisioneros de la burguesía, sino para ocupar una nueva posición en las trincheras avanzadas de la revolución», la coalición fue aprobada por una gran mayoría. Solamente votó en contra un centenar de diputados influidos por los bolcheviques.

Los socialistas estaban en minoría en el nuevo gobierno: seis de quince ministros. Tampoco querían ser más. Lvov seguiría siendo presidente del Consejo, asumiendo, además, la cartera de Interior. Su gabinete se compondría así de diez liberales (o «capitalistas», como prefería llamarlos Lenin) y seis socialistas. Milûkov fue sustituido en Asuntos Exteriores por el riquísimo azucarero Teréschenko, quien abandonaba Finanzas en provecho de Scingarev. Cinco socialistas se repartían distintas carteras: Vladimir Chernov, fundador del partido Socialrevolucionario, sería el titular de Agricultura; el menchevique Pavel Pereverzev sustituiría a Kérensky en Justicia; Irakli Tsereteli, el gran orador menchevique, se encargaría de Correos y Teléfonos; Skobelev, menchevique, del Ministerio de Trabajo, y Pechejonov, socialista populista, de Suministros. Los puestos clave seguían estando en manos de

los burgueses. Lvov había vacilado mucho pero finalmente confió el Ministerio de la Guerra a Kérensky.

El nuevo gobierno, teóricamente con una base más amplia y sólida que el anterior, debía enfrentarse a todos los problemas que tenía el país, empezando por el de la tierra que afectaba a la mayor parte de la población. En el campo, la situación apenas había mejorado y todo el mundo sabía que la revolución en Rusia era inconcebible sin una transformación radical de su régimen agrario.

La revolución se había llevado a cabo enteramente en Petrogrado, y una vez que la insurrección quedó allí asegurada, el resto del país la siguió casi como una consecuencia. El movimiento se extendió primero a las ciudades de provincia y a los centros industriales y de allí al mundo rural. Se dio permiso a un cinco por ciento de toda la guarnición de la capital, —la mayor parte de origen campesino— para que llevaran la buena nueva de lo que estaba ocurriendo a sus pueblos y aldeas. Pero, a pesar de todo, las noticias sobre la revolución llegaban a las zonas rurales con lentitud y el silencio inicial de las aldeas pudo quizás engañar a los nuevos dirigentes del país.

En los primeros manifiestos del gobierno no se decía nada de la cuestión agraria. Sin embargo los anhelos de los campesinos, acariciados durante décadas, estaban ahí. Para los campesinos la revolución significaba ante todo la tierra del gran propietario rural, al alcance de sus manos, y en la misma tierra pensaban los soldados de origen campesino desde sus trincheras en el frente.

Pero, ni los jefes soviéticos, ni mucho menos los ministros del Gobierno Provisional, estaban dispuestos a reconocer la urgencia de las reivindicaciones campesinas. Si las aldeas habían esperado tanto; podían seguir esperando. Ésta era la opinión de los mencheviques, siempre preocupados por no comprometer con medidas sociales demasiado «radicales» el acuerdo alcanzado con la burguesía. Pero también era ésta la opinión del partido socialrevolucionario, que sin embargo tenía precisamente en las zonas rurales su gran base de masas. En una conferencia regional de este partido que tuvo lugar en Petrogrado, el 16 de marzo, se llegó a decir que:

«Todo intento de ocupación inmediata de las tierras de propietarios privados puede tener repercusiones desastrosas sobre el curso normal de la vida rural [...] La confiscación de las tierras cultivadas puede realizarse

solamente por vía legislativa por la Asamblea Constituyente que dará al pueblo la tierra y la libertad».

Aguardar a la Constituyente fue entonces la invariable consigna de los partidos menchevique y socialrevolucionario. Pero los campesinos no quisieron esperar. En la segunda quincena de marzo llegaron a Petrogrado las primeras comunicaciones sobre desórdenes, todavía aislados, en las aldeas. Se señalaba que los campesinos de la provincia de Kursk habían «atacado y saqueado en parte el dominio Alexándrovka». El administrador de la propiedad del príncipe Trubetskoy en la región de Riazan se lamentaba de la insolencia de los campesinos que reclamaban la tierra. Otras noticias del mismo tenor provenían de Nóvgorod y de Tambov.

Para calmar los ánimos el Gobierno Provisional decidió, entre el 12 y el 16 de marzo, confiscar las tierras de la corona y las de toda la ex-familia real. Pero no fue más allá. Por lo demás, se limitó a proclamar que la reforma agraria sería decidida solamente por la futura Asamblea Constituyente, y a condenar cualquier acción dirigida o adueñarse de la tierra «por la violencia». Y esta condena no quedó simplemente sobre el papel porque muy pronto se tradujo en instrucciones a los comisarios de las provincias, ordenándoles, si era necesario, «hasta el empleo de las tropas» para reprimir los movimientos campesinos. El aplazamiento hasta la Constituyente y la condena de los desórdenes agrarios fueron las posiciones que adoptó también la Conferencia de los Soviets.

En mayo se reunió el I Congreso de Soviets Campesinos, bajo el predominio del partido socialrevolucionario y el efecto de este conclave no se hizo esperar. En una comunicación de Rogachiov se señalaba: «Los campesinos, bajo la influencia de los discursos de los diputados del Congreso, al regresar de Petrogrado se apoderan de los bosques, los prados, los campos de heno privados y se los reparten».

Ante la inercia de las autoridades frente a la cuestión, el *mujik* había decidido luchar por sí mismo en defensa de sus intereses. De ese modo aparecieron no sólo soviets de campesinos, sino centenares de distintos comités con atribuciones poco definidas y con poderes crecientes en todos los niveles de la administración agraria. Fueron estos organismo espontáneos los que alimentaron la revuelta. De 163 «desórdenes» en abril se pasó a 512 en mayo y a 855 de junio. Además de en intensidad, el movimiento creció en

superficie. De 34 distritos afectados en marzo, se pasó a 280 en junio y alcanzó los 325 en julio.

Las turbulencias fueron más frecuentes en aquellas regiones donde abundaban los grandes propietarios absentistas, cuyos extensos dominios eran cultivados por colonos. Donde los propietarios se ocupaban por sí mismos de sus tierras —caso frecuente en Ucrania y Rusia Blanca—, los desórdenes fueron más escasos. Evidentemente, el campesino ruso ajustaba viejas cuentas con aquellos a quienes juzgaba culpables de su miseria.

Este era un problema que gravitaba sobre el gobierno como una pesada losa, ya que se enfrentaba con un conflicto de gigantesca amplitud. El insistir, sin tomar otras medidas, en que los remedios a la cuestión agraria sólo podían ser arbitrados por una Asamblea Constituyente que no terminaba de ser convocaba, no servía para aplacar el malestar del campesinado.

Ahora, ocupando la cartera de agricultura estaba el socialrevolucionario Chernov, al que la prensa burguesa denominaba el «Ministro de los *mujiks*». Destacado como jefe izquierdista, aquel hombre que durante tanto tiempo simbolizara la esencia de las reivindicaciones del campesinado revolucionario y extremista, acabó representando mejor que nadie la política oficial, que se concretaba en pedir paciencia y calma. Excepto la creación de una comisión agraria cuya labor progresaba muy lentamente, su obra legislativa se redujo a casi nada. Una ley que prohibía la venta de fincas cuando no era sancionada por un comisario rural, para evitar ventas ficticias en complicidad con extranjeros a los que los propietarios creían a salvo de eventuales leyes de expropiación, no fue aprobada hasta finales de julio, cuando las maniobras que buscaba prevenir se habían efectuado en muchos casos impunemente.

Por lo demás, el gobierno se obcecaba en derrochar órdenes conminatorias prohibiendo las incautaciones de tierras o cualquier otro «exceso» por parte de los campesinos. Tsereteli, cursaba categóricas instrucciones a sus subordinados diciéndoles: «Estáis obligados a reprimir con la máxima severidad cualquier intento de sembrar desorden o anarquía. No debe tolerarse ninguna incautación arbitraria de fincas...».

Como ya hemos dicho, el 4 de mayo se celebraron en Petrogrado el I Congreso de Soviets Campesinos, en las elecciones para su Comité Ejecutivo, Chernov y Kérensky obtuvieron más de ochocientos votos y Lenin

apenas veinte. Pero esta adhesión nominal a los representantes del partido socialrevolucionario enmascaraba otra realidad, ya que en la misma reunión se aprobó también una moción exigiendo que, sin esperar a la Asamblea Constituyente, «todas las tierras fuesen declaradas fondos públicos, para su equitativa utilización por los trabajadores, sin indemnización alguna».

En la Conferencia de abril del partido bolchevique se había aprobado una resolución muy similar que proclamaba: «el Partido recomienda a los campesinos que tomen la tierra de manera organizada, sin causar el menor daño a los bienes, y preocupándose de aumentar la producción». Y en el discurso que Lenin pronunció ante los delegados del Congreso de Soviets Campesinos de Rusia, el dirigente bolchevique reiteró que los grandes latifundios debían pasar inmediatamente al campesinado, con la condición de que la apropiación se hiciera de manera organizada.

El problema de la tierra, afectando a la mayor parte de la población, mantenía una estrecha trabazón con otros no menos graves. En conjunto, la economía rusa se caracterizaba en 1917 por el progreso de una inflación galopante y por un ritmo decreciente de la actividad industrial. El dinero en circulación alcanzaba los nueve mil millones de rublos en enero de ese año y se aproximaba a los diecinueve mil millones al empezar octubre. En la industria, los sueldos no seguían igual proporción; los salarios «reales», cuyo promedio era de unos 19,3 rublos mensuales durante el primer semestre de 1917, bajaron progresivamente, y en el segundo semestre no llegaban a los 13,8 rublos.

La producción metalúrgica había disminuido en un 40%, y la textil en un 20%. En julio, Petrogrado recibió 1259 vagones de harina, en lugar de 5052 de junio. El precio del pan se multiplicaba por tres. Para obtener satisfacción a sus demandas, los trabajadores recurrían a su arma tradicional: las huelgas, cuyo número y amplitud aumentó progresivamente. Entre marzo y mayo se dobló el número de huelgas, y a esto se sumó que muchas empresas comenzaron a cerrar.

En mayo se cerraron en Petrogrado 108 empresas, dejando a nueve mil obreros en la calle, tantas como en los dos meses anteriores; en junio se cerraron otras 125, con treinta y ocho mil obreros afectados, y en julio 206 empresas dejaron a cuarenta y ocho mil trabajadores en paro; todo ello como consecuencia de una serie de dificultades económicas, la principal de

las cuales era la crisis del transporte, unida a la falta de combustible. Pero esta oleada de cierres respondía también a propósitos políticos.

En los medios patronales se observaba la tendencia a neutralizar las reivindicaciones obreras mediante la práctica del *lock-out*. Durante un congreso de empresarios Riabushinskii, aludió a «la guerra descarnada del hambre», que «estrangulaba a los miembros de los diversos comités (obreros) y a los soviets». Es cierto que el Congreso de representantes de Industria y Comercio se negó a cursar a sus afiliados la consigna de un cierre general y simultáneo, pero sugirió que las fábricas fueran cerrando individualmente.

El Gobierno Provisional se veía incapaz de enfrentarse a estos problemas. Así, el 10 de mayo, una delegación de dirigentes de la metalurgia se presentó ante el Ministro de Industria para declararle: que «había sólo dos salidas para la grave situación que se había creado: o la monopolización de las fábricas o el cierre de las empresas». Añadían que «había llegado el momento en que el gobierno debía decir explícitamente si estaba por la conservación del régimen capitalista existente o si tenía intenciones de ponerse en el camino de la socialización del capital». Y el 3 de junio, una circular de la Sociedad de Industriales pidió a todos sus socios que no acogieran ya ninguna petición presentada por los obreros de empresas aisladas.

Frente al caos de la economía reaccionó el Soviet de Petrogrado, a mediados de mayo, con una moción que pedía una intervención reguladora del Estado. El gobierno constituyó entonces una comisión de ministros que debería crear un organismo capaz de poner orden en la vida económica. Como protesta, Konoválov, Ministro de Industria y Comercio, presentó su dimisión y fue sustituido poco después por otro representante de las grandes empresas, el ingeniero Palchinsky.

A cargo provisionalmente del Ministerio de Industria y Comercio, el kadete Stepanov preparó el 8 de junio un informe para el gobierno en el que describía las condiciones de crisis y desorganización en que se encontraba la producción, afirmando la «imposibilidad para Rusia de instaurar en el momento presente una organización socialista de la economía». El menchevique Skobelev, confirmaba a los periodistas de Moscú que efectivamente no se podía pensar en el socialismo en aquel momento.

Sin embargo, Suhanov calculaba que a principios de mayo un tercio del proletariado de Petrogrado seguía ya a los bolcheviques y su fuerza iba creciendo de día en día. Una manifestación de ese desarrolló fue la aparición

en embrión de lo que terminaría siendo la Guardia Roja. Los obreros se habían armado durante las jornadas de febrero y ya no había sido posible desarmarlos. Incluso el Comité Ejecutivo del Soviet había autorizado la constitución de una milicia obrera a razón de una persona de cada diez; luego intentó absorber esta formación en la «Milicia» que debería sustituir a la antigua policía. Pero no lo había conseguido. Las manifestaciones de abril aceleraron la tendencia a crear una fuerza armada autónoma de clase.

La tensión existente se manifestaba en incidentes que ponían en cuestión el poder real del nuevo gobierno de coalición. Uno de los incidentes más relevantes en aquellas fechas fue detonado por el movimiento anarquista.

Los grupos anarquistas eran minoritarios. Víctimas también de la represión zarista sus principales dirigentes estaban volviendo del exilio. Algunos, con un enorme prestigio como Kropotkin, se habían dejado seducir por las ideas «defensistas», pero los más radicales y activos habían reanudado la lucha por su ideario. Con gran desilusión para la mayoría de los anarquistas, la revolución de febrero se había quedado corta frente al objetivo principal: la transformación social.

Decididos a terminar con el doble yugo del Gobierno Provisional y de la propiedad privada, los anarquistas acabaron por hacer causa común con sus adversarios ideológicos, los bolcheviques, el único grupo radical de Rusia que presionaba cómo ellos en favor de la liquidación del Estado «burgués». Por ello, en la primavera de 1917, los anarquistas y bolcheviques unificaban sus esfuerzos para conseguir el mismo objetivo, avanzar en el proceso revolucionario.

En medio de la exaltación que siguió a la revolución de febrero, los militantes anarco-comunistas se dedicaron a «expropiar» algunas residencias particulares en Petrogrado, Moscú y otras ciudades. El caso más destacado fue el de la villa de Durnovo en Petrogrado, que los anarquistas consideraron un objetivo especialmente adecuado, ya que Durnovo había sido Gobernador General de Moscú durante la revolución de 1905.

La dacha de Durnovo estaba situada en el distrito de Vyborg, justo detrás de la estación Finlandia. Aquí tenían los anarquistas el grupo más sólido de seguidores en la capital. Los anarquistas y otros trabajadores de la izquierda ocuparon la villa Durnovo y la convirtieron en una «casa de des-

canso», con salas de lectura, discusión y recreo, mientras que el jardín fue transformado en lugar de juego para los niños. Los nuevos ocupantes eran un sindicato de panaderos y una unidad de la milicia popular.

No hubo ninguna oposición a las expropiaciones hasta el 5 de junio, cuando un grupo de anarquistas acuartelados en la dacha intentó «requisar» la imprenta de un periódico «burgués», *Rússkaia Volia* (La Libertad Rusa). Tras unas horas de ocupación los atacantes fueron dispersados por las tropas que envió el Gobierno Provisional. El I Congreso de los Soviets, que se encontraba reunido en aquellos momentos, denunció a los asaltantes como criminales «que se autodenominan anarquistas». Durante la crisis aparecieron banderas rojas y negras sobre la dacha, y paseaban por ella obreros armados. En el jardín se celebraron numerosos mítines y los portavoces anarquistas invitaban a desobedecer las órdenes y decretos, procedentes del Gobierno Provisional o del Comité Ejecutivo del Soviet.

El 7 de junio, Pereverzev, Ministro de Justicia, dio un plazo de veinticuatro horas a los anarquistas para evacuar la casa de Durnovo. Al día siguiente se presentaron cincuenta marineros de Kronstadt para defender la dacha, y grupos de trabajadores del distrito de Vyborg organizaron manifestaciones de protesta contra la orden; incluso veintiocho fábricas se declararon en huelga.

El I Congreso de los Soviets, que se hallaba reunido, respondió con una proclama en la que aconsejaba a los huelguistas la reincorporación al trabajo. A la vez que condenaba la ocupación de posesiones privadas «sin el consentimiento de sus propietarios», la proclama exigía a los obreros liberar la dacha Durnovo, y les proponía que se contentasen con el uso libre del jardín. Finalmente se aprobó una moción propuesta por Lunacharsky para aplazar la expulsión de los anarquistas, hasta que se hubiera realizado una investigación. Aceptada por el Ministro de Justicia, se suspendieron las medidas del gobierno contra los ocupantes de la villa. Cuando, el 8 de junio, en medio de toda esta crispación, el fiscal entró en el edificio, se dio cuenta sin embargo de que estaba en el más pacífico de los ambientes: el gran parque estaba lleno de niños que jugaban, habiéndose convertido en una de las pocas zonas recreativas disponibles para los habitantes del barrio.

Hechos como este dejaban en evidencia cuáles eran las políticas del nuevo gabinete, y es que la tarea principal que el gobierno de coalición se

había propuesto no era de orden social y económico, sino militar. Su principal preocupación era preparar una nueva ofensiva en el frente de guerra, la primera ofensiva desde febrero del ejército ruso.

El estado de ánimo de las tropas, como ya vimos que sucedía en abril, no era ciertamente favorable. Sobre todo en las secciones más concienciadas políticamente, en las que se extendía el descontento por la «Declaración de los derechos del soldado» que Kérensky había firmado finalmente, y en la que se limitaban notablemente las conquistas obtenidas a principios de marzo con la famosa *Prikaze* I.

Sin embargo, los aliados eran cada vez más insistentes para que se lanzase esa ofensiva, y presionaban con todos los medios diplomáticos, económicos y políticos; condicionando sus ayudas financieras a una «conducción más activa de la guerra». Los norteamericanos habían concedido un crédito, pero su prensa no ocultaba que a cambio se exigían «contrapartidas». Poco habituado a las fórmulas ambiguas habituales en la vieja diplomacia europea, el representante norteamericano, al negociar con el Gobierno Provisional, resumió la posición de su país de forma lapidaria: «Si no hay guerra, no hay préstamos». Los diplomáticos occidentales transmitieron a los dirigentes rusos un mensaje parecido: Rusia debía cumplir sus compromisos y lanzar aquella ofensiva en Galitzia, que ya en 1917, en una reunión del Alto Mando Aliado celebrada en Petrogrado, prometieran organizar los rusos para la primavera.

La prensa burguesa demandaba a su vez la ofensiva con una nueva oleada de demagogia patriótica. De esta situación se percataban los bolcheviques que redoblaron su trabajo de organización y propaganda entre las tropas.

La labor de los bolcheviques en este sector se había iniciado tan pronto como las organizaciones del partido pudieron moverse en la legalidad. En la primera reunión oficial del Comité de Petersburgo un miembro del partido, que las actas no identifican, manifestó la necesidad urgente de «influir» y «organizar» a los soldados, y el 10 de marzo se designó una Comisión Militar especial para dirigir el trabajo del partido en la guarnición. Los miembros de esta Comisión Militar fueron Sulimov, Bogdatiev, Nevsky y Podvojsky. Los tres últimos podían ser considerados como representantes del ala izquierda del partido.

El 31 de marzo, después de un arduo trabajo, la Comisión pudo convocar una asamblea a la que asistieron 97 delegados de 48 unidades de la guarnición de la capital. En la reunión se aprobaron resoluciones sobre la estructura de una Organización Militar, formas del trabajo de agitación en las unidades de tropas, incorporación al partido de nuevos miembros, etc., y fue elegido un presidium de nueve personas para la Organización Militar del Comité de Petersburgo.

Simultáneamente, se crearon las comisiones de trabajo de la *voenka*, término ruso que se podría traducir como oficina militar. Estas *voenka* centralizaban las finanzas, la creación de clubes, de bibliotecas, la labor de agitación y las publicaciones. La *voenka* de Petrogrado tuvo su sede en los sótanos del palacete Kschessinskaya. A ella acudían en busca de asesoramiento y ayuda los representantes de los comités bolcheviques de las guarniciones de retaguardia y de las unidades del ejército de operaciones. La Organización Militar de los bolcheviques petrogradenses, de hecho, se transformó en centro de toda Rusia del trabajo de partido en el Ejército y en la Armada, pasando en abril a ser Organización Militar del CC del POSDR (b).

En la Conferencia de abril el partido ratificó la necesidad de ganarse a la guarnición de Petrogrado, y esta tarea asumió una importancia crucial a raíz de la crisis que desembocó en la constitución del nuevo gobierno. En la segundo Conferencia Local del partido celebrada en julio, Nevsky, uno de los responsables de la Organización Militar sintetizo de modo preciso el porqué debía darse prioridad a esta tarea: «No importa —dijo— lo bien armada que éste la clase obrera, el triunfo de la revolución sin la participación de la mayor parte del ejército es imposible». En una obra escrita por Nevsky después de la revolución de octubre expresó esta idea de un modo aún más directo: «Ganar a la guarnición de Petrogrado era ganar el primer asalto de la revolución».

El alma de la organización era Nikolai Podvojsky, que contaba con la experiencia de muchos años de trabajo revolucionario clandestino, de cárcel y de emigración. Vladimir Nevsky, otro miembro de la Organización Militar y revolucionario profesional, se convirtió en uno de los agitadores con más autoridad. Eran también activistas de la *voenka* cuadros del partido con experiencia como Kedrov, y Orlov, soldados como Beliakov, y Elin, el subteniente Daškevich y los tenientes Ilin-Zhenevsky y Nikolai Krylenko entre otros. En Petrogrado, la Organización Militar contaba con unos 200 activistas pero faltaban agitadores para abarcar una guarnición de casi 300.000

hombres, por eso a finales de abril, la Organización Militar, comenzó a impartir cursillos preparatorios para agitadores.

Con todo, la tarea en principio no fue fácil. Las críticas sobre el regreso de Lenin a través de territorio enemigo aumentaban las dificultades para que pudieran prosperar las consignas contra la guerra. Eran muchos los soldados y marineros que aún prestaban oídos a los bulos acerca del «espionaje» de los bolcheviques a favor de Alemania.

El trabajo de la Organización Militar no puede imaginarse sin el periódico *Soldatskaya Pravda*, cuyo primer número apareció el 15 de abril de 1917. Primero, salió como órgano de la Organización Militar del Comité de Petersburgo y, desde el 19 de mayo, ya como órgano de la Organización Militar de todo el partido. La edición del *Pravda* resultaba ininteligible y sin interés para la mayor parte de los soldados por su escasa formación. Por eso se pensó que *Soldatskaya Pravda* debía centrarse casi exclusivamente en cuestiones políticas de interés para las tropas y en las dificultades de la vida cotidiana del combatiente. Redactado en un estilo simple y directo contrastaba de modo evidente con el *Pravda*. En total, salieron 60 números del periódico, sin contar los suplementos en forma de octavillas, llamamientos y alocuciones. La tirada de *Soldatskaya Pravda* llegó hasta 50.000 ejemplares, la mitad de los cuales se enviaba diariamente al ejército de operaciones.

El tema inaugural de *Soldatskaya Pravda* fue una campaña para fomentar la confraternización en el frente. En mayo y junio, la Organización Militar utilizó ampliamente en sus fines de agitación la discusión en las unidades militares de la «Declaración de los derechos del soldado». Pero el *Soldatskaya Pravda* publicó un flujo constante de propaganda en aspectos tan importantes del programa bolchevique como era el paso de todo el poder a los soviets, o la confiscación de las tierras, y la paz inmediata sin anexiones ni indemnizaciones. Además de *Soldatskaya Pravda*, también se tiraban para soldados y marineros otros periódicos bolcheviques como *Golos pravdi* (La voz de la verdad) (Kronstadt), o *Volna* (La ola) (Helsingsfors).

En el trabajo militar de los bolcheviques petrogradenses también desempeñó un gran papel el Club *Pravda* de los soldados de toda la ciudad, que a comienzos de mayo agrupaba ya hasta tres mil personas. Allí se entablaban discusiones sobre temas políticos, se organizaban conferencias, se distribuían periódicos, folletos y octavillas bolcheviques. Clubes semejantes se abrie-

ron también en las bases fundamentales de la Flota del Báltico: Helsingsfors, Kronstadt y Revel.

Hacia finales de junio de 1917 en la guarnición de Petrogrado el número de afiliados al partido bolchevique había aumentado hasta alcanzar casi 6000 militantes. La influencia del partido era particularmente fuerte en en el 1º Regimiento de Ametralladoras, que desde la revolución de febrero estaba acuartelado en el Distrito de Vyborg. También se hacía notar en el 180º Regimiento de Infantería de la reserva, y en los regimientos de la Guardia Petrogradsky y Moskovsky, así como en el 6º Batallón del Ingenieros.

El Comité de Petersburgo dedicaba gran atención a Kronstadt. Ni una sola campaña política de importancia en Petrogrado se hacía sin la participación activa de los revolucionarios de esta plaza fuerte. A comienzos de mayo, los bolcheviques eran la fracción más numerosa del soviet de Kronstadt. En los primeros días de abril se creó también un comité bolchevique en Helsingsfors, la base más importante de la Flota del Báltico.

En los primeros meses de la revolución, Petrogrado y Kronstadt enviaron allí un nutrido grupo de organizadores y agitadores de experiencia, entre los que se encontraban Zalezhsky, Rošal y Antonov-Ovseenko, ingresado en el mes de mayo en el partido bolchevique. De común acuerdo con los marineros bolcheviques Dybenko, Jovrin, y Marusev, ente otros, estructuraron en Helsingsfors una fuerte organización. Para el verano de 1917, en Helsingsfors actuaban ya 36 células del partido que agrupaban a 4000 bolcheviques, y el bolchevique Dybenko era presidente del Centrobalt, el Comité Ejecutivo del Soviet de Marinos del Báltico. Durante marzo y abril, en 14 de las 17 bases navales más importantes del país, se crearon organizaciones bolcheviques legales, que para julio contaban ya con 17.500 adherentes.

A fin de sintetizar la experiencia acumulada en el trabajo militar, el Comité Central del partido convocó una Conferencia de Organizaciones Militares del Frente y de la Retaguardia de toda Rusia, celebrada en Petrogrado del 16 al 23 de junio de 1917. Este encuentro coincidió con la ofensiva en el frente, emprendida el 18 de junio, y transcurrió en medio de una complicada situación política.

VII
El palacete de la Kschessinskaya
La crisis del verano

El plan de la ofensiva rusa de verano, técnicamente, era un viejo proyecto que había recibido la aprobación personal del zar. Preparado por el Estado Mayor desde diciembre del año anterior, los nuevos gobernantes no pensaron en modificarlo. Su puesta en práctica había sido prevista entonces para la primavera; pero debido a que los soldados no querían oír hablar de ataques, iba siendo pospuesta de semana en semana, hasta que fue fijada para el 10 de junio. No obstante, la ofensiva aún sufrió en el último momento un enésimo retraso, a pesar de la insistencia de los generales, que sabían que los alemanes estaban al corriente de sus intenciones.

En los círculos soviéticos, Kérensky y Tsereteli, temían encontrar nuevos obstáculos: sentían que las palabras del Ministro de la Guerra jaleando al combate no serían suficientes para convencer el ejército. Querían por lo tanto una sanción más solemne. Para esto, venía a propósito la celebración del I Congreso de los Soviets de toda Rusia que estaba por reunirse en Petrogrado.

El I Congreso de los Soviets de toda Rusia (la reunión de finales de marzo había sido solamente una Conferencia) duró exactamente tres semanas, del 3 al 24 de junio. En total acudieron al Congreso 822 delegados con voto deliberativo y 268 representantes de los soviets más pequeños con voto consultivo. La asamblea estaba dominada por la coalición conciliadora que apoyaba al Gobierno Provisional. Los socialrevolucionarios eran 285 y 284 los mencheviques, mientras que los bolcheviques tenían sólo 105 delegados. La mayor parte de las facciones más pequeñas seguía al bloque mayoritario. Sin embargo, cualquier persona perspicaz se podía percatar inmediatamente que en los barrios de la capital los bolcheviques eran ya mucho más fuertes de lo que parecían en aquella sala donde se reunió el Congreso.

Uno de los primeros puntos en el orden del día fue la aprobación del nuevo gobierno de coalición. La fórmula fue defendida por Liber y Tsereteli como la única capaz de unir a todas las «fuerzas vivas» del país. El segundo, en particular, se extendió sobre este argumento. Fue precisamente durante su discurso cuando tuvo lugar un incidente revelador, que se hizo célebre. Mientras Tsereteli justificaba la política menchevique, explicando cómo «ninguna fuerza social» —quería decir la burguesía— debía ser excluida en aquella hora crítica, el brillante orador afirmó: «Hoy día no hay ningún partido en Rusia que diga: dennos el poder». En ese mismo momento Lenin, a pesar de que no acostumbraba interrumpir a los intervinientes, le interrumpió exclamando: «¡Hay uno!».

Esto produjo una carcajada general, pero Lenin esperó a que le tocase el turno de pronunciar su discurso, y entonces dijo: «El ciudadano Ministro de Correos y Telégrafos ha declarado que no existe en Rusia ningún partido político que esté en condiciones de pedir el poder total. Y yo replico que sí lo hay. Ningún partido puede negarse a ello. Todos los partidos luchan y deben luchar por conseguir el poder y el nuestro no se negará a asumir esa responsabilidad. Está dispuesto en cualquier momento para convertirse en el gobierno del país».

De todos modos, el gobierno de coalición fue aprobado por inmensa mayoría: 543 votos contra 126 y 52 abstenciones. Por tanto estaba predeterminada la votación para dar luz verde a la ofensiva, y el Congreso no hizo más que inclinarse ante las decisiones ya tomadas por los ministros y

el Estado Mayor. Una vez más, la oposición provino únicamente de la fracción bolchevique. Las operaciones militares en el frente iban a comenzar en un plazo de dos semanas, y la intervención de Kérensky fue recibida por los bolcheviques con los gritos de «Bonaparte venido a menos, fanfarrón, bebedor de sangre», y otras pullas.

Sobre todas las demás cuestiones urgentes de aquel dramático junio el Congreso no pudo hacer nada más que reflejar la sustancial impotencia del gobierno. Sobre la catástrofe económica, de la que todos hablaban, se votó una enésima moción que pedía la intervención del Estado; pero el representante de la autoridad estatal, el Ministro de Suministros Peshejonov, socialpopular, declaró que lo esencial era «impulsar a las masas trabajadoras a un trabajo más exigente y a los indispensables sacrificios».

Muchos líderes se opusieron a una moción que proponía disolver la vieja Duma, porque —decían— era una institución ya muerta: «puesto que ya no existía —observaba irónicamente Mártov— había que prolongar su existencia». Sin embargo, al fin fue votada una resolución que auspiciaba su supresión, pero los diputados de la Duma, haciendo caso omiso, siguieron reuniéndose como «asamblea privada». También se decidió que la Asamblea Constituyente debía ser convocada para el 30 de septiembre.

En su conjunto, aquel Congreso, que lo hubiera podido todo, se mostró impotente y no dio ni un solo paso por variar la situación reinante. Su último acto fue la elección del nuevo Comité Ejecutivo Central, que se conocería popularmente por sus siglas: TSIK. En éste organismo dirigentes, 35 escaños fueron para los bolcheviques, 104 para los mencheviques y 99 para los socialrevolucionarios.

Mientras tanto, con la preparación de la ofensiva aumentaba el malestar entre las tropas de la guarnición. En medio de esta atmósfera, en los bancos bolcheviques del Congreso se había hecho el vacío. La ausencia de los principales dirigentes, como Lenin, Stalin, Kámenev y Zinóviev preocupó a los líderes socialrevolucionarios y a los mencheviques, tanto como la de Trotsky, Lunacharsky, Uritsky y de los miembros de la *mezhrainonka*, que sólo hacían breves apariciones durante las sesiones.

Rápidamente corrió un rumor: los bolcheviques proyectaban una gran manifestación para protestar contra la ofensiva Kérensky.

La iniciativa para realizar el 10 de junio una demostración de esas características, surgió de la Organización Militar bolchevique, que era favorable a una protesta armada, dirigida sobre todo contra la creciente amenaza de trasladar regimientos de la reserva al frente. La Organización Militar de Petrogrado, reunida el 23 de mayo, había informado que los regimientos Pavlovsky, Izmailovskv, 1º Regimiento de Granaderos de la reserva, entre otros, «estaban listos para manifestarse por su cuenta si no se adoptaba una postura en ese sentido por parte de las organizaciones contrarias a la ofensiva». En esa misma reunión, Nevsky, uno de los responsables más autorizados de la organización, alentó la propuesta de convocar una manifestación que encauzara el malestar que reinaba entre la tropa.

El 4 de junio, un día después de la apertura del I Congreso de los Soviets, cien marineros bolcheviques de Kronstadt, se propusieron llevar a cabo una demostración, cuya finalidad aparente era rendir homenaje a los héroes de la revolución de febrero en el campo de Marte en Petrogrado. La Organización Militar animó la concentración como una especie de ensayo en vistas a una futura manifestación de masas. Finalmente participaron en el homenaje miles de miembros de la guarnición. Elementos de los regimientos Pavlovsky, Moskovsky, Granaderos de la reserva, 1º Regimiento de Ametralladoras, 180º de Infantería, Finliandsky y 6º Batallón de Ingenieros, entre otros, tomaron parte, lo que permitió a los redactores de *Pravda* saludar el acto como una expresión de la fuerza real que tenía el partido entre los soldados. Fueron los bolcheviques Raskólnikov, en nombre de los marineros, Krylenko por el Comité Central y Semashko, como representante de la Organización Militar, los que tomaron la palabra en esa multitudinaria concentración.

Dos días más tarde, el 6 de junio, Podvojsky y Nevsky plantearon de nuevo, en una reunión conjunta de la Organización Militar y del Comité Local, la necesidad de convocar una gran manifestación. En el debate surgieron al menos dos posturas opuestas: una, encabezada por Lenin, favorable a la demostración, y la otra, liderada por Kámenev, firmemente opuesta a la misma. Esta última era apoyada también por Nogin y Zinóviev, e incluso la esposa de Lenin, Krupskaia, que raramente se oponía a su marido, expresó aprensión respecto a la marcha. «No será pacífica, declaró, y tal vez no se debería realizar».

Vladimir Nevsky argumentaba que la demostración podía suponer un grave revés para el partido si no era multitudinariamente secundada, pero

en su opinión era preferible correr ese riesgo a eludir la responsabilidad como partido dirigente.

La inmensa mayoría del Comité Local estaba entusiasmado con la idea y apoyaba la manifestación como el inicio de una ofensiva contra el gobierno. Volodarsky, que acababa de regresar de América, se hizo eco del sentimiento mayoritario cuando afirmó: «si no apoyamos las demandas de los soldados, se alejarán de nosotros». Y como muchos otros, hizo hincapié en la necesidad de que en la manifestación participaran también los trabajadores.

Martin Lacis, que mantenía estrechos vínculos con el 1º Regimiento de Ametralladoras, y que era una figura clave en el distrito de Vyborg, se mostró de acuerdo con Nevsky, afirmando que una demostración militar, con o sin el liderazgo bolchevique, se iba a producir de todas formas. Al final del debate la decisión fue aplazada sin que se hubiera adoptado ninguna postura concreta.

El 8 de junio se volvió a celebrar una reunión conjunta del Comité Central, el Comité Local, la Organización Militar y representantes sindicales, más delegados de fábricas. La propuesta de manifestación fue entonces aprobada por una abrumadora mayoría de 131 frente a 6, con sólo 22 abstenciones.

La convocatoria se concretó para el sábado 10 de junio a las 14 horas y a ella estaban llamados soldados y trabajadores. Quedaba muy poco tiempo, en realidad sólo un día y medio, para preparar y coordinar la demostración. Los preparativos se llevaron con discreción, ya que se había previsto que la convocatoria formal se hiciese pública el mismo día 10 a través de *Pravda*, *Soldatskaya Pravda*, y *Golos pravdy*. En ellos aparecería la ruta y el orden de la marcha, y todos los grupos de civiles irían protegidos por unidades militares de la guarnición.

El 9 de junio se reunieron en el cuartel del Regimiento Izmailovsky y en la sede del comité de distrito de Vyborg, representantes militares y delegados de veintiocho fábricas del barrio. En la reunión del distrito, delegados del 1º Regimiento de Ametralladoras, del Moskovsky y del 1º Regimiento de Infantería de la reserva, manifestaron que irían armados, idea que fue recogida por los representantes de las fábricas, aunque la propuesta no fue sancionada por los dirigentes bolcheviques. Días después, Lacis manifestó:

«Para nosotros [es decir, los bolcheviques de Vyborg] estaba claro que los soldados no podían salir desarmados. Los trabajadores no veían esta demostración como necesariamente pacífica.... incluso contemplaban la posibilidad de apoderarse de la Oficina de Correos, el Arsenal y el Telégrafo».

El mismo estado de ánimo prevalecía en Kronstadt. Ivan Flerovsky recordará más tarde que nadie en la base naval durmió mucho aquella noche y que los marinos la pasaron limpiando sus armas y hablando tranquilamente a la espera de la mañana.

Los bolcheviques obtuvieron el apoyo de la organización de Trotsky. En una reunión celebrada la tarde del 9 de junio, la delegación del *mezhrainonka* en el Congreso de los Sóviets, votó sumarse a la manifestación. También los anarquistas, reunidos en la villa Durnovo decidieron participar y constituyeron lo que llamaron el Comité Revolucionario Provisional.

Esa misma tarde, panfletos bolcheviques llamando a una manifestación masiva (el texto había sido escrito por Stalin) comenzaron a aparecer en los cuarteles y en las secciones de trabajadores de la ciudad.

A las 15 horas del mismo día 9 la alarma empezó a cundir en la sede del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado. El Congreso tenía específicamente prohibidas manifestaciones armadas de cualquier tipo sin la autorización del Soviet de la ciudad.

Chkheidze, con voz excitada tomó la palabra en el Congreso de los Soviets invitando a los delegados a permanecer en sesión, porque la situación era grave y podía volverse más peligrosa. Su declaración provocó enorme confusión. La manifestación no podía prohibirse sin privar a un partido de los soviets —el bolchevique— de su derecho a manifestarse. Sin embargo, el Comité Ejecutivo estaba resuelto a adoptar las medidas necesarias para impedir la marcha.

Los propios delegados no comprendían el temor de los dirigentes, y en el barrio de Vyborg no se había calmado aún la agitación causada por el episodio de la villa Durnovo.

Se nombró una comisión de siete miembros para que adoptaran las medidas que consideraran oportunas, al tiempo que Chkheidze, Gots, Dan y Tsereteli elaboraban un llamamiento a la población que invitaba a obreros y soldados a no tomar parte en la manifestación, prohibiendo mítines y ma-

nifestaciones por tres días. También se acordó que los delegados más conocidos irían a los diversos barrios de la capital para convencer a trabajadores y soldados para que atendieran las disposiciones del Soviet.

Al tener noticias de la reacción que había suscitado la convocatoria, los bolcheviques celebraron una reunión extraordinaria en la que participaron seis miembros del Comité Central (Lenin, Nogin, Kámenev, Smilga, Zinóviev y Sverdlov), cinco miembros del Comité de Petersburgo (Lacis, Tomsky, Slutsky, Boky y Volodarsky) y dos miembros de la organización militar (probablemente Nevsky y Podvojsky). Tras un breve debate, se sometió a votación la cancelación de la demostración, dando como resultado que catorce de los dieciséis participantes votaron a favor de continuar adelante, sin terminar de precisar la cuestión de las armas. Pero, aproximadamente sobre las 2 de la madrugada ya del 10 de junio, en una nueva reunión con sólo cinco miembros del Comité Central y ninguno de la Organización Militar o del Comité Local, se volvió a votar la suspensión. Esta vez se emitieron tres votos a favor de la cancelación (Zinóviev, Kámenev y Nogin), y dos se abstuvieron (Lenin y Sverdlov). En esta decisión, tomada en el último momento, pudo influir que en aquellos días estaba en curso también el Congreso de los cosacos, donde Milûkov decía que los bolcheviques eran «los peores enemigos de la revolución rusa» y que era necesario «acabar con ellos». Como no deseaban un enfrentamiento armado, Lenin y sus compañeros prefirieron renunciar a su proyecto.

Rápidamente se telefoneó a las oficinas de *Pravda* y *Soldatskaya Pravda*, y el primero se vio obligado a recortar la convocatoria que figuraba en la primera página. Entretanto, los delegados del Soviet, eran recibidos en los cuarteles y fábricas con la mayor frialdad, y a menudo con insultos.

El corresponsal del *Izvestia* del Soviet de Moscú, a pesar de ser menchevique, resumió al día siguiente lo que había sucedido con los delegados: «En un buen número de fábricas y de empresas y en una parte de la guarnición el Congreso no tiene ninguna autoridad: los delegados han sido acogidos frecuentemente en forma poco amistosa o abiertamente hostil y a veces han sido expulsados violentamente».

A las 9 de la mañana, como se había convenido con anterioridad, los delegados del Congreso se reunieron para intercambiar impresiones e informaciones, pero la jornada del 10 transcurrió sin manifestaciones. Para la

tarde del 11 de junio se celebró una reunión con el presidium del Congreso, el Comité Ejecutivo y las presidencias de las diversas fracciones, que reflejó como los dirigentes socialistas de la mayoría estaban irremediablemente divididos sobre lo que acababa de ocurrir.

En nombre de la comisión «especial» creada ante la circunstancia habló el menchevique Dan y declaró que la acción bolchevique había sido una «aventura» y que por lo tanto de ahora en adelante ninguna manifestación de partidos aislados podría realizarse sin autorización del Soviet, bajo pena de expulsión del Soviet al partido que contraviniera semejante regla.

Kámenev argumentó que los bolcheviques simplemente habían organizado una manifestación pacífica, cancelada por lo demás para no entrar en conflicto con el Soviet. En este punto saltó a la palestra Tsereteli y lanzó a una requisitoria que iba mucho más lejos que el informe de Dan. El líder menchevique acusó a los bolcheviques de haber urdido un «complot»: «el arma de la crítica ha sido sustituida por la crítica de las armas». «Digan lo que quieran los bolcheviques —prosiguió Tsereteli— ahora nosotros pasaremos a otros métodos de lucha […] Los bolcheviques deben ser desarmados. No se pueden dejar en sus manos ametralladoras y armas. No, no toleraremos ninguna conspiración».

Lo que Tsereteli proponía sólo tenía sentido si se desarmaba a los obreros y los soldados, porque eran éstos, y no el partido bolchevique como tal, los que poseían las armas. Kámenev se levantó y gritó: «Señor Ministro, si no habla usted por hablar no se limite a las palabras: hágame arrestar y procesar por conjura contrarrevolucionaria». Tsereteli enmudeció. El grupo entero de los bolcheviques se levantó ruidosamente y salió del salón protestando.

No obstante, Tsereteli no se quedó sin apoyo. Lieber vino en su auxilio y exigió «las medidas más enérgicas», la represión, la eliminación, el castigo de todos los obreros indóciles, utilizando todos los medios de que podía disponer el Estado.

Desde su escaño Mártov, que desaprobaba a los bolcheviques, pero al que le indignaba la histeria represiva en el Comité Ejecutivo del Soviet, les gritó en la cara «¡*Versalets*!» El término, en su sentido peyorativo, significaba «Versallistas», y el epíteto, aludía a Thiers, a Gallifet y a sus aliados que, en 1871, se retiraron a Versalles y lucharon desde allí contra la Comuna de

París, efectuando una represión sangrienta. Pero el término en ruso sonaba parecido a «¡*merzanets*!» (miserables). El presidente del Congreso, el propio orador, y todo el salón, lanzaron un ¡oh!, y se quedaron petrificados... Cualesquiera que fuesen las tensiones, la pasión, la irritabilidad, los «intercambios de opinión», las expresiones de aquel género eran hasta entonces desconocidas. Las burlas y los abucheos podían ser frecuentes por una u otra parte, pero los dirigentes siempre se atenían a unas elementales normas de cortesía parlamentaria.

Rápidamente se aclaró que Mártov había gritado a Lieber no «*merzanets*», sino «*Versalets*» y la reunión continuó largo tiempo sin llegar a ninguna conclusión.

No obstante, aquella misma tarde Lenin defendió la decisión adoptada frente al Comité Local de la ciudad. Lenin comenzó por reconocer que la frustración mostrada por muchos miembros del Comité de Petersburgo estaba plenamente justificada. Explicó, sin embargo, que el Comité Central no podía actuar de otra manera debido a la resolución aprobada por el Soviet suspendiendo la manifestación, y por el peligro que se corría de desencadenar una confrontación violenta.

Como sostiene el historiador británico E. H. Carr, en el ánimo del dirigente bolchevique no estuvo el tomar el poder en aquellos momentos sino más bien calibrar cual era el estado de malestar entre las masas. En cualquier caso, a juzgar por las actas del Comité de Petersburgo, parece claro que si Lenin tenía planes más ambiciosos, en ese momento eran desconocidos para muchos.

La mañana del 12 de junio los dirigentes de la mayoría presentaron al Congreso de los Soviets una propuesta más meditada: preparar para el siguiente domingo, 18 de junio, una manifestación en nombre del propio Congreso, con libertad de esloganes para todos. La propuesta fue aprobada por mayoría y los bolcheviques decidieron participar en la manifestación con consignas propias.

Así se llegó al sábado 18 de junio, que amaneció como un día claro con una ligera brisa, un tiempo ideal para una manifestación que se esperaba masiva. Desde muy temprano, multitudes de soldados y trabajadores comenzaron a dirigirse a los puntos de concentración señalados por toda la ciudad, y puntualmente a las 9 de la mañana, a los sones de *La Marsellesa*, la cabecera del desfile comenzó a moverse hacia la perspectiva Nevsky.

El Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado y el Presidium del Congreso de Soviets de toda Rusia marchaban en primera fila. Allí estaban Chkheidze, Gots, Dan, Gegechkori y Bogdanov. Frente a la tumba de los héroes de la revolución de febrero, en el Campo de Marte, los líderes soviéticos y los delegados del Congreso abandonaron la marcha y, desde una tribuna, se dispusieron a pasar revista a los manifestantes que iba a desfilar frente a ellos. Miraban como largas columnas de soldados y trabajadores, inclinaban sus estandartes en homenaje a los héroes caídos al pasar junto al túmulo, antes de continuar el recorrido. Pero, también pudieron apreciar como la enorme demostración, que duró hasta bien avanzada la tarde, se convirtió en una manifestación innegable de la influencia bolchevique. Distrito tras distrito, fábrica tras fábrica, y casi todas las unidades militares de la guarnición, más de 400.000 personas, desfilaron por delante de ellos enarbolando pancartas llenas de consignas bolcheviques, sólo interrumpidas ocasionalmente por algunas favorables al gobierno.

Para describir lo que sucedió será bueno dejar la palabra a Suhanov. Éste se dirigió al Campo de Marte, que debía ser el centro de la manifestación. Cuando llegó, pasaba apenas el primer grupo de manifestantes, mientras otras columnas se iban concentrando desde los diversos barrios de la ciudad. «Bolcheviques» pensó distraídamente Suhanov cuando dio una ojeada a sus carteles. Luego pasó el segundo grupo: «Más bolcheviques». Pero el tercero enarbolaba también los mismos esloganes. Lo mismo el cuarto. «Todo el poder para los soviets»; «Abajo los diez ministros capitalistas», decían las pancartas. Las columnas sucedían a las columnas. Ya eran una avalancha. El Campo de Marte se convirtió en una marea de escritos y de gritos bolcheviques: «Pan, paz y libertad»; «Viva el control obrero»; «Basta con la guerra»; «Ningún tratado secreto con los capitalistas ingleses y franceses», y otra vez: «Abajo los diez ministros capitalistas»; «Todo el poder para los soviets».

La manifestación no sólo era pacífica, sino ordenadísima, y resultaba aún más impresionante. En lo alto de su tribuna, los dirigentes conciliadores estaban petrificados. Aquel día desfilaron por las calles de Petrogrado cientos de miles de personas: todos obreros, trabajadores, soldados, porque los burgueses se habían quedado en sus casas. Todos apoyaban las consignas bolcheviques. Sólo tres pequeños grupos —el de Plehanov, el del Bund y el de los cosacos— enarbolaban pancartas con palabras de confianza en el gobierno.

Nunca los líderes de los soviets habían recibido un golpe más duro. La prueba de que las masas ya no los secundaban estaba ahí, ante sus ojos. Milûkov escribió que la manifestación del 18 de junio «mostró una vez más que sin duda las consignas bolcheviques predominaban en Petrogrado y que incluso en una demostración amistosa al gobierno, hablar de apoyo a la coalición era simplemente imposible».

El 18 de junio (1 de julio) era también el día fijado para el inicio de la ofensiva en el frente. Precisamente por esto fue elegido para la manifestación.

Aquella ofensiva era una locura, juzgada con criterio militar, pero la dinámica social y política tenía una lógica particular que ignoraba los imperativos estratégicos. El 20 de junio (3 de julio), *Rech*, el diario oficial del partido kadete, afirmaba en sus páginas: «Es dudoso que se pueda poner en tela de juicio el hecho de que la ofensiva asestará al enemigo interno —los bolcheviques— un golpe no menos duro que al enemigo externo».

En las trincheras del frente Sudoeste, tras una intensa preparación artillera, la mayor que había llevado a cabo el ejército ruso, se desencadenó la lucha. Como el mando no disponía de fuerzas suficientes, escalonó el conjunto de la operación. Cerca de trescientos mil hombres del VII y el XI Ejércitos fueron mandados al ataque en un restringido sector del frente en dirección a Lvov (Leopoli). Los frentes Oeste y Norte, y luego el sector rumano, se pusieron en movimiento días después.

Kérensky anunció triunfalmente: «Hoy es un gran día para la revolución: con un inmenso entusiasmo el ejército revolucionario ruso ha pasado a la ofensiva». Tsereteli y Plehanov tuvieron acentos aún más ditirámbicos para exaltar la «página nueva», la «resurrección de Rusia». La prueba decisiva en la que se había empeñado el gobierno de coalición había comenzado. Más prosaicamente, la Bolsa de París reaccionaba con un alza general de los valores rusos. En la Bolsa de Moscú el día en que llegó la noticia de que había empezado la ofensiva, el periódico *Kommercheski Telegraf* escribió que: «por su vivacidad, por su volumen de negocios, recordaba las mejores jornadas bursátiles».

Sin embargo, tanto entusiasmo duró poco tiempo. Después de algunos éxitos iniciales, el impulso de las tropas rusas se extinguió. El 25 de junio (8 de julio) se puso en movimiento el VIII Ejército. También éste logró romper

inicialmente el frente alemán, pero después fue bloqueado. Los otros frentes —el del Norte, el del Oeste y el rumano— tomaron la iniciativa sólo entre el 24 y 26 de junio (7 y el 9 de julio), cuando en el frente Sudoeste las tropas alemanas y austríacas iniciaban ya su contraataque.

Enfrentadas al principio con tropas austro-húngaras, las fuerzas rusas alcanzaron éxitos apreciables en los primeros días de la ofensiva, conquistaron terreno en la Galitzia e hicieron numerosos prisioneros; pero al intervenir los alemanes la situación cambió. El adversario, prevenido, había organizado a espaldas del frente una nueva línea fortificada, donde no tuvo grandes dificultades para replegarse y atrincherarse. Así, la progresión quedó detenida y el avance se trocó en derrota: los soldados rusos huyeron en desorden y refluyeron hacia las fronteras de Rusia. Toda la Galitzia fue evacuada. Para frenar el desastre, los generales ordenaron a sus hombres que dispararan contra sus camaradas fugitivos. En otros sectores, los resultados no fueron mejores que en Galitzia. El ejército ruso quedaba liquidado por entero.

Desvanecida la ilusión de una ofensiva victoriosa, los generales incapaces y el gobierno impotente trataron de echar la responsabilidad del fracaso a la «traición» interna, o sea a las masas revolucionarias y al partido bolchevique que las inspiraba.

Fuerte entre los obreros, la influencia bolchevique había empezado a crecer rápidamente también entre los soldados. Entre el 16 y el 23 de junio se había realizado en Petrogrado una Conferencia de todas las fuerzas bolcheviques en el ejército. Asistieron a la convocatoria 167 delegados de 43 organizaciones militares bolcheviques del frente y 17 de retaguardia, representando unas 500 unidades que agrupaban a 26.000 bolcheviques.

El ambiente a lo largo del encuentro dejó pruebas evidentes del nivel de radicalización entre los soldados militantes. En sus memorias, Podvojsky recuerda que uno de «los delegados de la guarnición de Petrogrado subió a la tribuna para exigir que se detuviera la discusión del orden del día y que la Conferencia se transformara en un órgano operativo para un levantamiento armado».

El 20 de junio (3 de julio), Nevsky, uno de los dirigentes bolcheviques con más predicamento entre la tropa, pidió paciencia y disciplina, al tener conocimiento de que representantes del 1º Regimiento de Ametralladoras,

entre los cuales se encontraban muchos bolcheviques, habían estado sondeando a otras unidades sobre la posibilidad de un inmediato levantamiento contra el Gobierno Provisional, con o sin la autorización de la dirección del partido. El creciente malestar en ese momento era evidente.

No obstante, según Podvojsky, muchos de los delegados manifestaron que no debían hacer el juego al gobierno preparando un levantamiento prematuro y desordenado. Lo procedente era prepararse para una batalla decisiva que sobrevendría «si no en días, si en las próximas semanas, en un futuro próximo». Finalmente la cuestión de un levantamiento inmediato fue descartada, aunque la Conferencia militar reflejó un estado de ánimo que Vasiliev, delegado del frente Norte, supo resumir cuando dijo: «Todo el ejército está en ebullición».

Pero no eran sólo los bolcheviques los que constataban este hecho. El general Brusílov, nuevo comandante en jefe en lugar de Alekseev, escribió el 23 de junio al Presidente del Gobierno que en algunos regimientos se declaraba abiertamente que «para ellos, fuera de Lenin, no hay otra autoridad»; y tres días después, en un informe secreto del Estado Mayor se señalaba la difusión de la propaganda «disgregadora» de los bolcheviques que traían las tropas que llegaban al frente desde la retaguardia.

Los últimos días de junio fueron un sucederse de noticias que indicaban una tensión creciente entre las masas. Nuevos diputados bolcheviques eran elegidos en los soviets. En Petrogrado, el 1º Regimiento de Infantería pedía que se detuviese la ofensiva; y el 1º Regimiento de ametralladoras declaraba que no enviaría más hombres al frente sino era para una guerra revolucionaria. Las fábricas Putílov a duras penas lograban contener las amenazas de huelga. La guarnición y el proletariado se hallaban, ciertamente, en plena efervescencia. Una nueva y grave crisis estaba ya en puertas, y los anarquistas contribuyeron a desencadenarla.

El 9 de junio el Gobierno Provisional había detenido a un tal Khaustov, editor del panfleto *Okopnaia pravda*, que la Organización Militar bolchevique repartía en el frente. A Khaustov, se le acusaba de traición por sus artículos contra la ofensiva. Como la mayoría de los miembros de la Organización Militar, Khaustov, que pertenecía al VII Ejército, se había afiliado al partido bolchevique después de la revolución de febrero, y defendía ideas radicales. La Conferencia de la Organización Militar aprobó una resolución pidiendo

su liberación, y en el curso de la manifestación del 18 de junio varios delegados de la Conferencia se acercaron a Chkheidze, exigiendo que Khaustov fuera liberado antes de acabar el día. Chkheidze acordó interesarse por el asunto y la delegación continuó su marcha. Sobre las 3 de la tarde, cuando la demostración estaba en pleno apogeo, un grupo de anarquistas y soldados armados, se dirigió a la prisión de Cresty en el barrio de Vyborg, consiguiendo, a punta de pistola, que Khaustov fuera puesto en libertad. Pero Khaustov exigió liberar a otros presos acusados también de delitos políticos, logrando su excarcelación. Tras ser puestos en libertad fueron a refugiarse en la villa Durnovo.

Cuando el Gobierno Provisional tuvo noticia de lo ocurrido se reunió de urgencia y dio plenos poderes al Ministro de Justicia, Pereverzev, para capturar a los presos y a los responsables de su fuga. En la madrugada del 19 de junio, soldados de los regimientos Preobrazhensky y Semenovsky, junto con un destacamento de cosacos y algunos coches blindados, bajo el mando del general Polovtsev, acompañados del mismo Pereverzev, rodearon la villa Durnovo y procedieron a su asalto, deteniendo a unos sesenta trabajadores, soldados y marinos allí presentes en el momento de la redada. En la refriega, Asnin, uno de los líderes anarquistas, cayó abatido.

El asalto a la villa Durnovo avivó el malestar entre los trabajadores y soldados del distrito de Vyborg, muy exaltados ya por el comienzo de la ofensiva.

El 2 (15) de julio, cinco ministros del partido kadete, tomando como pretexto las concesiones que el Gobierno Provisional acababa de hacer a las reivindicaciones de los nacionalistas ucranianos, presentaron su dimisión al príncipe Lvov.

Ucrania, que Catalina II había anexionado a Rusia en iguales condiciones que la costa norte del mar Negro, Crimea, Rusia Blanca, Lituania y Curlandia, se manifestaba secesionista. Después de la revolución de febrero, los partidos nacionalistas burgueses habían fundado en Kiev, junto a los social-revolucionarios, la Rada, Parlamento que debía preparar el acceso a la autonomía.

Las reivindicaciones del movimiento separatista ucraniano hicieron tambalear literalmente al gobierno. Los ministros kadetes, se negaron a considerar la legitimidad de las demandas ucranianas; consideraban las acciones

de la Rada como una conspiración contra el Gobierno Provisional y lo único que proponían de nuevo era posponer la solución del problema hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente.

Finalmente, los cuatro ministros kadetes que quedaban en el gabinete, tras la marcha de su colega Konoválov, aprovecharon la cuestión ucraniana para precipitar la crisis. Muy pocos creyeron en ese pretexto que pretendía justificar la dimisión en bloque. Por el contrario, resultaba claro que el partido de la burguesía rusa intentaba una operación política de mayor alcance, y la crisis ministerial que se abría cuestionaba de lleno el espíritu de coalición, ensanchando la fosa entre los políticos burgueses y los gobernantes salidos del Soviet. Ahora, la abrupta salida de los kadetes reabría la cuestión de si los soviets debían tomar el poder en sus manos.

Pero, no fue tanto la crisis ministerial como otras razones las que realmente precipitaron la revuelta de julio. Este acontecimiento que iba a tener una enorme importancia en la marcha de la revolución se fraguó inicialmente en el 1º Regimiento de Ametralladoras. No se puede precisar con exactitud cuando saltó la chispa que desembocaría en la rebelión, pero parece claro que ocurrió mucho antes de la crisis de gobierno, a menudo citada como causa fundamental.

La realidad es que la ofensiva Kérensky supuso una amenaza para muchas unidades de la guarnición de ser transferidas de inmediato al frente. Un gran número de ellas se negaban en redondo a cualquier envío de tropas, y votaban resoluciones en las que se atacaba al Gobierno Provisional con creciente virulencia. El 20 de junio varios regimientos de la ciudad recibieron la orden de trasladar armas y hombres a primera línea. El 1º Regimiento de Ametralladoras, debía enviar en siete días 500 ametralladoras, y el día 21 se dispuso también, según un «plan de reorganización», que aproximadamente dos tercios de sus efectivos debían partir para el frente. La respuesta fue que de los treinta destacamentos que debían desplazarse al frente, los soldados acordaron enviar sólo diez.

En el Regimiento Preobrazhensky, la tropa reunida en asamblea, apoyó a sus compañeros, y votó también organizar una manifestación de protesta, así como recabar la solidaridad de otras unidades de la guarnición. El diario *Nóvaya Zhizn* informó que representantes del 1º Regimiento de Ametralladoras se habían presentado en una reunión convocada apresuradamente en

el Regimiento Grenadersky y habían logró el apoyo de esa unidad, mientras otros comisionados lo intentaban en el Petrogradsky.

La exaltación que reinaba en la unidad rebelde quedó patente el domingo 2 de julio con ocasión de un concierto organizado como despedida del «último» envío de tropas al frente. El evento en sí mismo no era inusual, se trataba de una especie de despedida patriótica que fue muy habitual en el período revolucionario. Lo que lo hacía diferente en esta ocasión es que estaba patrocinado por los bolcheviques de la unidad, con la finalidad de recaudar dinero para las publicaciones del partido que se iban a enviar al frente junto con las tropas. Según un anuncio de *Pravda*, estaba programado que intervinieran Zinóviev, Kámenev, Trotsky, Lunacharsky, Daškevich, Laševich e Ilin-Zhenevsky. Intervenciones que estarían amenizadas en los entreactos por la orquesta de cuerda del regimiento. Al acto asistieron un gran número de escritores y artistas, y a pesar de la tensión, se estima que participaron unos cinco mil soldados y trabajadores, desarrollándose con toda normalidad en el horario previsto. Aunque las autoridades, muy acertadamente, consideraron que había sido una manifestación contra el gobierno.

Algunos representantes del Regimiento de ametralladoras, muy probablemente anarquistas, estaban ya en contacto con otras unidades de la guarnición y con las fábricas del distrito de Vyborg; y según Milûkov, utilizaron ese encuentro para ultimar los planes que les permitieran «derrocar al Gobierno Provisional al día siguiente, 3 de julio».

El lunes, día 3, comenzó con una huelga de los trabajadores de correos de la ciudad en demanda de aumentos salariales. El malestar en las fábricas llevaba tiempo anidando, debido principalmente a la devaluación salarial y el encarecimiento del costo de la vida. El 24 de junio, los bolcheviques del Comité Ejecutivo Central de los Soviets (TSIK), que era la más alta autoridad soviética entre uno y otro congreso, se habían presentado en la asamblea de trabajadores de la factoría Putílov, que debatían ir a la huelga, intentando atemperar los ánimos, pero la protesta podía estallar en cualquier momento. En una reunión celebrada poco después, las plantillas de 79 fábricas, junto con los obreros de la Putílov, acordaron iniciar una campaña de agitación para conseguir mejoras salariales y otro tipo de reivindicaciones.

También, esa misma mañana del 3 de julio, los soldados con más de cuarenta años organizaron una manifestación de protesta en la perspectiva

Nevsky. El mando les había concedido permiso en la época de siembra y ahora querían volver a sus campos para efectuar la siega. El cortejo enarbolaba pancartas en las que se podía leer: «Hemos plantado mucha simiente, ahora queremos recoger grano abundante». Realmente la protesta evidenciaba el hartazgo que suponía el servicio militar para los más mayores. Aunque ambos incidentes eran indicativos de la inestabilidad imperante, no estaban directamente relacionados con la agitación que reinaba aquella mañana en el 1º Regimiento de Ametralladoras.

Sobre las 11 de la mañana el comité de la unidad se había reunido en uno de los barracones del acuartelamiento. El anarquista Iosif Bleikhman, actuando de conformidad con los planes establecidos en el encuentro de la tarde anterior, fue el segundo orador en intervenir. Bleikhman no estaba sujeto a ningún tipo de disciplina partidaria y su llamamiento para la movilización era tan sencillo como vehemente: «Derrocar al Gobierno Provisional de inmediato, para obligar al Soviet a tomar el poder e impedir que caiga en manos de la burguesía». La tropa acogía entusiasmada estas consignas, pero también soldados como Golovin, Kazakov, Romanov e Ilinsky, todos ellos miembros de la Organización Militar bolchevique, se sumaban a favor de la propuesta.

Finalmente, tras un largo debate en el que se sucedieron las intervenciones, se aprobó por unanimidad una resolución propuesta por Golovin para realizar una manifestación a las cinco de esa misma tarde. También se acordó crear *ad hoc* un Comité Revolucionario Provisional, tal y como habían acordado los anarquistas de Durnovo, para dirigir la movilización y nombrar delegados para ponerse en contacto con la base naval de Kronstadt, y con otros regimientos y fábricas.

Los piquetes fueron enviados, entre otros, al 1º Regimiento de Granaderos, al 1º Regimiento de Infantería de la reserva, al 180º Regimiento de Infantería, al Pavlovsky, al Izmailovsky, al Finliandsky y al Petrogradsky de la reserva, al 6º Batallón de Ingenieros y a la División de Automóviles Blindados, así como a las fábricas del distrito de Vyborg: Novyi Parviainen, Novyi Lessner, Russkii Reno, Erikson y Baranovsky, y a la Putílov en el distrito de Narva. Otros informadores se dirigieron a las instalaciones militares de Oranienbaum, Strelna y Peterhof.

La propuesta del 1º Regimiento de Ametralladoras atrajo considerable apoyo en un número significativo de unidades militares y en muchas fábri-

cas. Pero la mayoría de los elementos que se sumaron a la rebelión tenían agravios particulares. Memorias y documentos del gobierno indicaron con posterioridad, que por ejemplo, para el 1º Regimiento de la Infantería de la reserva la razón principal era evitar su traslado al frente. Los factores fundamentales a la adhesión de la base naval de Kronstadt parecen haber sido: el ataque ordenado por el gobierno a la villa de Durnovo, el inicio de la ofensiva y, sobre todo, la liberación de oficiales de la Armada zarista de la prisión de la base, que hacía presagiar la vuelta a la insoportable vida del marinero en la flota Imperial. Mientras que el maltrato a la tropa en el frente pudo ser la fuente de descontento en el Regimiento de Granaderos. En la factoría Putílov, una causa fundamental, fue la convicción de que no se iba a conseguir un incremento salarial, propuesto como salario mínimo, si se dejaba su aplicación en manos de un gobierno «controlado por capitalistas».

Incluso hechos puntuales relacionados con el avituallamiento contribuyen a explicar las que terminaron siendo denominadas: «jornadas de julio». Por ejemplo, el mismo 2 de julio había aparecido en la prensa un caso de especulación con carne sospechosa de estar en mal estado, lo que había provocado el asalto a un establecimiento en el que el dueño fue arrastrado por las calles por una multitud enfurecida.

Todo esto ayuda a explicar el malestar existente del que participaban muchos bolcheviques. En 1920, en un artículo conmemorativo de las revueltas de julio, el bolchevique Kalinin escribía: «Hemos de admitir, que la mayoría de los comunistas en los barrios jugaron un papel activo en el levantamiento, a pesar de que todavía no había ninguna decisión firme por parte de la dirección del partido».

En cualquier caso, en la tarde del 2 de julio, y a la mañana siguiente, las cosas eran tan confusas que los bolcheviques se encontraron divididos entre los que decían obedecer las directivas del Comité Central de no agitar por una movilización inmediata, y aquellos otros que interpretaban que había llegado el momento de derrocar al gobierno. Esta división se pudo apreciar durante una tormentosa reunión en la fábrica Putílov, en la cual Sergei Bogdatiev, secretario de la comisión de la factoría, abogó por una acción inmediata, mientras que los bolcheviques: Anton Vasiliev y Sergei Ordžonikidz pedían moderación.

Una situación similar se dio en una asamblea de casi 10.000 marineros y trabajadores de Kronstadt poco después de la llegada de los delegados del 1º Regimiento de Ametralladoras. Iarchuk, recuerda al bolchevique Rošal hablando en términos de un inmediato levantamiento armado bajo el lema: «todo el poder para los soviets»; y cuando Raskólnikov, otro bolchevique de Kronstadt, le preguntó sobre ¿qué pasaría si el partido no actuaba? Rošal le respondió: «no te preocupes, ahora se va a ver obligado a hacerlo».

Las actas de las asambleas masivas celebradas el 3 de julio parecen apuntar que el objetivo del movimiento para los anarquistas y para el 1º Regimiento de Ametralladoras era el derrocamiento del gobierno por la fuerza de las armas. Lo que queda en la nebulosa es cómo estos agitadores esperaban lograr ese objetivo y cómo se articularía la transferencia de poder. Los anarquistas posiblemente no habían pensado en eso. Parecían concebir la revolución como un asunto relativamente sencillo que no requería de mucha organización ni planificación. Bleikhman se limitaba a repetir: «¡La calle nos organizará!». Este espíritu animaba también a la Organización Militar bolchevique y a los marineros de Kronstadt. Nevsky, recordó más tarde que, en una reunión en junio, en la que Lenin pidió información precisa sobre las fuerzas de la guarnición «me pareció, —dice Nevsky— una cuestión sin importancia... Para mí todo se reducía a organizar una gran manifestación y creía que eso sería suficiente». Con respecto a Kronstadt, los comentarios de Flerovsky sobre el asunto, también resultan reveladores: «A pesar de todas sus virtudes revolucionarias... los marineros de Kronstadt tenían una grave debilidad; ingenuamente creyeron que su sólo entusiasmo sería suficiente para lograr el paso del poder a los soviets».

La organización bolchevique de Petersburgo, más radicalizada desde mayo que el Comité Central, había comenzado una Conferencia local el mismo 1 de julio y recibió la noticia de la movilización por dos miembros de la Organización Militar pertenecientes al 1º Regimiento Ametralladoras. Uno de ellos, Ilinsky, tomó la palabra para anunciar que con el fin de evitar su disolución, el regimiento se había decidido a marchar sobre el gobierno. En el acta de la reunión no hay ningún pronunciamiento formal sobre la postura a adoptar frente a la movilización en las calles, pero una nota al pie sugiere que en ese momento se ratificó la política acordada el 20 de junio, es decir, confiar, si resultaba necesario, el liderazgo de cualquier manifestación a la dirección central del partido. En un libro de memorias, publicado

años después por Zhenia Egorova, secretaria de la organización bolchevique en el distrito de Vyborg, ésta escribió que: «cuando finalizó la reunión el movimiento estaba en pleno apogeo y ya era demasiado tarde para frenar a las masas».

Las noticias sobre la crisis del Gobierno Provisional y la movilización, sorprendió a muchos miembros del Comité Central bolchevique en el Palacio Táuride. Kámenev llamó inmediatamente a Raskólnikov en Kronstadt para advertirle que no se debía tomar parte en la movilización. El joven oficial, que se había convertido en uno de los jefes de los marineros de la base, le contesto que la cuestión no era: «¿marchar o no marchar? Se trata de saber si la acción se hará bajo nuestra dirección o sin nuestra participación, de forma espontánea y desorganizada».

Sobre las cuatro de la tarde se inició un debate sobre la posición del partido respecto a lo que estaba sucediendo. Finalmente, el Comité Central, votó en contra de participar en las manifestaciones, y en aplicación de esta decisión, Kámenev y Zinóviev prepararon una declaración para publicarla en *Pravda*. Por la tarde, incluso se presentó ante el 1º Regimiento de Ametralladoras, Vladimir Nevsky, que era considerado un «ídolo de los soldados» y logró convencerlos de que no se movieran. Pero apenas se había alejado del acuartelamiento, cuando un nuevo mitin tomó una resolución totalmente opuesta.

Sobre las siete de la tarde Petrogrado tenía el aspecto de un campo de batalla. Por lo menos siete regimientos estaban en las calles. En las fábricas, los soldados habían persuadido a los obreros no sólo de que se manifestaran, sino también para que les facilitaran camiones, que inmediatamente fueron provistos de ametralladoras. Esta vez la manifestación iba a ser armada. Desde hacía varias semanas, había una milicia obrera oficialmente reconocida por el Comité Ejecutivo del Soviet, pero era a todas luces ingenuo creer que las armas que se le habían confiado no pasarían a las manos de trabajadores no encuadrados en la misma. Por otra parte, gracias a la cooperación entre soldados y obreros, éstos disponían de varios automóviles blindados. Soldados del Regimiento de Ametralladoras ya habían ocupado la estación Finlandia y habían colocado sus armas a lo largo de las vías. Sobre las ocho de la tarde, los preparativos parecían haberse completado y Semashko, Bleikhman, Golovin y otros miembros del Comité Revolucionario Provisional subieron a los camiones y se dio la orden de marcha.

De acuerdo con el plan trazado, los batallones del 1º Regimiento de Ametralladoras, seguidos de columnas de trabajadores, fueron avanzando por rutas separadas recorriendo el distrito de Vyborg y recogiendo a otros regimientos rebeldes y a obreros de las fábricas a lo largo del camino. Entre tanto, el 1º Batallón del Moskovsky, con algunas piezas de artillería, cruzó el puente de Liteiny, uniéndose con el 6º Batallón de Ingenieros para dirigirse al Palacio Táuride.

Mientras, en el cuartel general bolchevique reinaba la mayor confusión al saberse que columnas de trabajadores armados y soldados se acercaba al palacete de la Kschessinskaya.

Éste edificio había sido expropiado en el mes de marzo a la examante del zar Mathilde Kschessinskaya. Mandado construir por la bailaría como residencia particular se encontraba situado en el bulevar Kronverski del distrito de Petrograd, el barrio más de moda de San Petersburgo a principios del siglo XX. Su arquitecto, Alexander von Gauguin, había terminado la construcción en 1906, dándole un aire en el estilo de moda: el Art Nouveau.

El palacete era un edificio de dos pisos con jardín, pórtico con columnas y gran escalinata de mármol, que presentaba en el exterior una composición asimétrica y libre, no exenta de una elegancia sencilla, en la variedad de formas y materiales: granito rojo y gris, ladrillos y azulejos de mayólica azul, estructuras metálicas forjadas… Un conjunto inspirado en el movimiento de la «Secesión» vienesa y en las obras de Otto Wagner.

El interior de la casa respondía a los gustos eclécticos y pretenciosos de la alta burguesía rusa del momento. La propietaria había encargado, expresamente, que el salón estuviera decorado en el estilo Imperio ruso, un gabinete en estilo Luis XVI, el dormitorio y un aseo en estilo Inglés, con muebles blancos y cretona en las paredes; algunas de las habitaciones, así como un comedor y un salón adyacente, en Art Nouveau etc. Todos los muebles habían sido encargados al maestro francés Meltzer, y todas las lámparas, apliques y demás elementos de la decoración, también habían sido traídos desde París.

El 22 de febrero el palacete había sido el escenario de la última recepción que había dado la bailarina antes de abandonarlo y ser ocupado por el Comité Local del partido bolchevique que lo convirtió en el cuartel general de la organización.

En ese espacio tan singular, la tarde del 3 de julio, la dirección del partido se enfrentaba al hecho consumado de que muchos bolcheviques estaban tomando parte activa en las manifestaciones, sin poder intuir que lo que estaba ocurriendo los iba a expulsar de la antigua residencia de la Kschessinskaya privándoles de su sede al entrar en una nueva fase de la revolución.

En sus memorias, Kalinin señala que a esas alturas de la tarde ya no se trataba la cuestión de si los bolcheviques se uniría al movimiento, sino más bien si debían dirigirlo o simplemente sumarse a él. Kalinin relata que un buen número de dirigentes apoyaban «las medidas más enérgicas».

Lenin estaba ausente porque, para restablecerse de una afección en la garganta, se había tomado un breve periodo de reposo en el pueblo de Neivola en Finlandia. Esta ausencia es una prueba evidente de que la dirección del partido no había preparado un golpe de fuerza. Finalmente, pareció prosperar una línea de prudencia y Stalin incluso puso al Comité Ejecutivo del Soviet al corriente de esta posición. Pero aún se estaba discutiendo sobre la postura a adoptar definitivamente cuando dos batallones del 1º Regimiento de Ametralladoras, seguidos por el de Granaderos, una banda de música, y miles de trabajadores, llenaron los jardines de la mansión Kschessinskaya para recibir instrucciones del partido. Podvojsky se vio obligado a salir al balcón de la ex bailarina. Pero al no conseguir que las tropas volvieran a sus cuarteles, el partido decidió ponerse al frente de las mismas. Afín de cuentas, lo que estaba ocurriendo en las calles era una respuesta a la propaganda bolchevique y un genuino reflejo de la creciente «bolcheviquización» de las masas.

Finalmente, se anunció que la Organización Militar estaba dispuesta a conducir el movimiento y se dieron instrucciones para que la manifestación se dirigiera al Palacio Táuride con el fin de que los manifestantes pudieran presentar sus demandas, mientras miembros de la dirección dejaban la mansión de la Kschessinskaya para coordinar las negociaciones con el Soviet.

Aunque el Comité Central bolchevique no modificó su posición hasta la madrugada del 4 de julio, la decisión adoptada en la sede del partido marcó un punto de inflexión. A partir de ese momento, el Comité Revolucionario Provisional de la villa Durnovo y del 1º Regimiento de Ametralladoras pareció esfumarse, y sus funciones fueron asumidas enteramente por

la Organización Militar bolchevique dirigida por Podvojsky, Nevsky, y Mehonošin. Fueron estos los que impartieron instrucciones precisas con el sello de la organización, para trasladarlas a los miembros del partido en todas las unidades de la guarnición. Vehículos armados de la División de Coches Blindados de la reserva fueron enviados a la sede del partido, a la estación de Nikolaievsky, a los puentes clave y a la avenida Liteiny. A la 16ª Compañía del 1º Regimiento de Ametralladoras se le encomendó mantener la seguridad alrededor de la mansión Kschessinskaya y ocupar la histórica fortaleza de Pedro y Pablo.

Fue sobre las 4 de la tarde de ese mismo día 3 de julio cuando el Comité Ejecutivo Central de los Soviets tuvo noticia en el Palacio Táuride de la rebelión y de los preparativos de soldados y trabajadores de la ciudad para marchar sobre el Gobierno Provisional. Rápidamente se enviaron telegramas a todas unidades y a la base naval en Kronstadt, ratificando la prohibición de manifestaciones de cualquier tipo sin autorización del Soviet de Petrogrado. Pero la dinámica de los acontecimientos iba a discurrir por otros derroteros.

Esa misma noche en uno de los salones del Palacio Táuride se reunió de emergencia la sección obrera del Soviet de Petrogrado, junto con la sección de soldados del Congreso de los Soviets de toda Rusia, y en ella, por primera vez, los bolcheviques fueron mayoría. La reunión aprobó una resolución en apoyo a las manifestaciones callejeras y pidió todo el poder para los soviets. De hecho, se creó una comisión especial con el doble propósito de asegurar que la manifestación fuera pacífica y para presionar sobre el Soviet a fin de que tomara el poder. Los mencheviques y los socialrevolucionarios, que eran minoritarios, abandonaron la sala poco antes de aprobarse la resolución.

Hacia las siete de la tarde, en esa misma sección obrera de los Soviets, Kámenev había declarado: «Nosotros no hemos llamado a las masas a manifestarse, pero han decidido espontáneamente echarse a la calle para expresar su voluntad. Si estas masas se manifiestan, nuestro lugar está a su lado. Nuestra tarea consiste en dar al movimiento un carácter organizado». Y propuso a la sección que designara una delegación de veinticinco miembros, compuesta de representantes de todos los partidos, para que se encargara de dirigir las manifestaciones.

En aquel momento, la idea de Kámenev aún encontró viva oposición entre los líderes bolcheviques. Uno de ellos, Tomsky, que luego desempeñaría un papel muy destacado en la organización sindical, llegó incluso a afirmar que «los regimientos que se han lanzado a la acción no han actuado como buenos camaradas». Pero en las calles las cosas se veían de forma muy distinta. Un grupo de manifestantes había intentado ocupar la vivienda del príncipe Lvov; otro, el Ministerio de la Guerra. Stalin reconoció más tarde: «A las seis de la tarde, estábamos en presencia de un hecho; la acción se había iniciado».

En la perspectiva Nevsky se produjeron los primeros incidentes graves. La tranquilidad de esta zona residencial de la burguesía quedó alterada por el paso de los camiones del 1º Regimiento de ametralladoras, y luego por columnas de obreros y soldados. Como podía esperarse, fue precisamente aquí donde se iniciaron los enfrentamientos entre los excitados manifestantes, fuertemente armados, y provocadores que querían perturbar la marcha.

En la noche del 3 de julio uno de los choques más graves se produjo cuando el 180º Regimiento de Infantería de la reserva y el de Granaderos pasaban junto a Gostiny Dvor, una galería comercial situada entre la perspectiva Nevsky y la Biblioteca pública, durante el recorrido que hacían desde la mansión Kschessinskaya al Palacio Táuride.

«Aproximadamente sobre las 11, —relata un participante— llegamos a Gostiny Dvor... El camino estaba bloqueado y era de noche... alguien lanzó una granada de mano, y la explosión pareció ser una señal. Varias ametralladoras comenzaron a tabletear inmediatamente. Por un instante la multitud quedó paralizada, pero rápidamente corrieron a refugiarse en el patio de la iglesia Armenia y en las arcadas de Gostiny Dvor. Algunos soldados, cuerpo a tierra... respondieron al fuego, mientras otros corrían con el resto de la multitud... Las ametralladoras dispararon durante varios minutos, el silbido de las balas y el crepitar del fuego de los rifles ahogaban los gemidos de los heridos».

Se produjeron choques entre manifestantes y contramanifestantes hasta media noche.

Pasadas las 11 de la noche, a pesar de estos retrasos, la mayoría de los regimientos sublevados, con cuatro piezas de artillería y miles de trabajadores del distrito de Vyborg, se habían congregado en las calles que rodeaban

el Palacio Táuride. Aproximadamente a las dos de la madrugada se les unieron 30.000 trabajadores de las fábricas Putílov, algunos de ellos acompañados por sus esposas e hijos. Así, el número de manifestantes ascendía probablemente a sesenta o setenta mil personas.

Frente a esto, las fuerzas que defendían el palacio eran insignificantes. «Lo mejor que podíamos conseguir, —recuerda el menchevique Vojtinsky,— fueron algunas promesas de algunos regimientos de la guarnición que iban a enviar un destacamento... Un grupo armado de doscientas personas podría fácilmente haber tomado el palacio, dispersar al Comité Ejecutivo Central y detener a sus miembros». Afortunadamente para los dirigentes socialistas de la mayoría, entre los manifestantes aún no había un acuerdo sobre si estaban protagonizando una manifestación o una revolución. Los trabajadores de Putílov, por su parte, se habían comprometido a permanecer en el Palacio Táuride hasta que el Comité Ejecutivo Central de los Soviets anunciase su voluntad de tomar el poder y de arrestar a los «diez ministros capitalistas».

La imponente multitud, que agitaba pancartas con el consabido lema «Todo poder a los soviets» y gritaba consignas como: «¡Maldito el Gobierno Provisional!», escuchó, con evidente desconfianza, a Chkheidze y Vojtinsky, que habían salido a los porches de entrada para dirigirse a ellos. Ambos, rogaron a los soldados y trabajadores que volvieran a sus casas y prometieron que sus peticiones se tendrían en cuenta. Respondieron, Trotsky y Zinóviev, insistiendo en que había llegado el momento de transferir todo el poder a los soviets. Pero, los manifestantes, que estaban parados o vagaban sin rumbo fijo, no terminaban de comprender la indecisión de los dirigentes de los Soviets. Al amanecer, frustrados, cansados y hambrientos, pero decididos a volver más tarde, soldados y trabajadores emprendieron el retorno a los barrios y cuarteles.

Mientras tanto, dentro del palacio una reunión conjunta del Comité Ejecutivo del Sovietde Petrogrado y del TSIK estaba llegando a su fin. Había comenzado a medianoche con la adopción de una propuesta controvertida que estipulaba que las resoluciones adoptadas por mayoría serían vinculantes para todos los participantes en la reunión. Esto era una invitación indirecta para que los bolcheviques abandonaran la sala. Tsereteli expresó la indignación de la mayoría y condenó las manifestaciones como contrarrevolucionarias. El líder menchevique Abramovich atacó abierta-

mente a los bolcheviques, a los que responsabilizó de lo que estaba sucediendo. La reunión terminó a las cinco de la madrugada para que los delegados pudieran ir a las fábricas y regimientos a explicar la posición de la mayoría socialista exigiendo que terminaran las manifestaciones.

Aproximadamente a la una de la madrugada, el Comité Central bolchevique, con todos sus miembros juntos por primera vez en varias horas, se reunió con representantes del Comité de Petersburgo y de la Organización Militar, en las dependencias del Palacio Táuride. Enseguida se unió a la reunión Trotsky y otros dirigentes del Comité Interdistritos, que habían abandonado la reunión de los Comités Ejecutivos de los Soviets. El tema principal a tratar fue, siguiendo las recomendaciones de la Conferencia de la ciudad, debatir si se debían prolongar las manifestaciones callejeras al día siguiente. Finalmente se decidió que el Comité Central patrocinaría y dirigiría una manifestación «pacífica pero armada» de los trabajadores y soldados, al tiempo que se acordaba que dada la crítica situación por la que se estaba atravesando, se debía pedir a Lenin que regresase cuanto antes a la capital.

En algún momento de la madrugada del 4 de julio, mientras que un mensajero del Comité Central partía a Finlandia para retornar con Lenin, un manifiesto a las masas elaborado horas antes por Kámenev y Zinóviev fue suprimido de la rotativa del *Pravda* cuando el diario estaba a punto de salir. La indecisión del partido sobre lo que estaba aconteciendo quedo así reflejada con un gran espacio en blanco en la primera página de su órgano oficial. Mientras, en un folleto redactado por Stalin, que estaba siendo distribuido en las calles, se hacía un llamamiento al movimiento que había surgido para que se convirtiese en una expresión pacífica y organizada de la voluntad de los obreros, soldados y campesinos.

Sobre las 6 de la mañana del 4 de julio, Saveliev, el camarada del partido enviado por el Comité Central para buscar a Lenin, llegó a la dacha de Bonch-Bruevich cerca de la localidad finlandesa de Neivola en la que estaba descansando el dirigente bolchevique. Alarmado por el informe que le hizo Saveliev, Lenin tomó el tren de las 6:45 en dirección a Petrogrado, llegando sobre las 11 a la estación Finlandia, cercada por multitudes de obreros armados del distrito de Vyborg que emprendían de nuevo la marcha hacia el Palacio Táuride. La distancia de la estación a la mansión de la Kschessinskaya no era grande, pero a Lenin y sus acompañantes aún les costó un tiempo llegar al cuartel general bolchevique.

El día había amanecido cálido pero lluvioso, y los trabajadores de los barrios habían comenzado a movilizarse temprano para reanudar las manifestaciones del día anterior. En el centro de la ciudad la mayoría de los bancos y tiendas que habían abierto, cuando se hizo evidente que las manifestaciones continuarían, se apresuraron a cerrar. Las fábricas estaban paradas y los hospitales fueron colocados en alerta médica.

El epicentro de la demostración volvió a ser el Palacio Táuride, donde delegados elegidos en las fábricas y unidades militares iban a presentar a los Comités Ejecutivos la demanda de transferir «Todo el poder a los soviets». Mientras que los trabajadores del partido acudían a la mansión Kschessinskaya para obtener instrucciones, agitadores bolcheviques en las fábricas y cuarteles de toda la ciudad, se esforzaban en convencer a las masas de que la manifestación debía ser pacífica.

Desde hora temprana se había asegurado el apoyo, entre otros, del 176º y 171º Regimientos de Infantería acuartelados en Krasnoie-Selo, del 3º de Infantería de la reserva de Peterhof, del 3º Batallón del Regimiento de Ametralladoras de Oranienbaum y de los marineros de Kronstadt.

Frente a eso la defensa del Palacio de Táuride se reducía a una guardia exterior y algunas patrullas que proporcionaban información sobre el desarrollo de los acontecimientos en los distritos cercanos. Se habían enviado mensajes solicitando ayuda a los regimientos Preobrazhensky, Semenovsky e Izmailovsky, entre otros, pero según Milûkov, todos respondieron con declaraciones de neutralidad. El Gobierno Provisional, refugiado en la sede del Estado Mayor, tras haber abandonado el Palacio Mariinsky en donde se reunía habitualmente, ya sólo disponía para su protección, de un centenar de hombres. Se decía incluso que dos ministros, uno de ellos el de Asuntos Exteriores, habían huido. Sin embargo, la muchedumbre no se aprovechó de esa circunstancia.

Los ministros habían ido a buscar refugio junto al general Polovtsev, pero en la mañana del 4 de julio las fuerzas leales al jefe de la plaza se reducían a unos destacamentos de cosacos, a los que se había ordenado llevar a cabo algunas patrullas y a unos pocos heridos de guerra, que fueron desplegados para proteger el Palacio de Invierno y la sede del Estado Mayor. Se esperaban refuerzos, pero estos no llegarían antes del final del día, así, la orden dictada por Polovtsev a la guarnición para detener y desarmar a los

insurgentes, emitida en la tarde del 4 de julio y publicada el 5 de julio, fue en todo momento letra muerta.

Esta era la desesperada situación del Gobierno Provisional y del Soviet cuando recibieron la noticia de que sobre las 10:20 una flotilla de barcos y barcazas de Kronstadt había sido avistada en Peterhof en dirección a Petrogrado.

Unos 10.000 marineros y trabajadores a bordo de barcos militares y civiles atestados hasta los topes, atracaron a lo largo de los muelles cerca del puente de Nikolaevsky junto a la Universidad, siendo recibidos por los vítores de la multitud de trabajadores que procedentes de las fábricas de la isla Vasilievsky se dirigían hacia el Palacio Táuride. Mientras se producía el desembarco, agitadores, entre los que se podía reconocer al infatigable Bleikhman, exhortaban a los marineros a derrocar el Gobierno Provisional

El amarre y descarga de los barcos llevó más de una hora, y antes de que finalizara comenzó a caer una fina llovizna. Durante este tiempo Raskólnikov y Rošal fueron informados por Liubovich y Flerovsky de que en lugar de ir directamente hacia el Táuride, los marineros debían dirigirse a la mansión Kschessinskaya para confluir con otras fuerzas militares, y, presumiblemente, para ver a Lenin.

Cuando la manifestación se detuvo ante el cuartel general bolchevique se podía ver en el balcón del segundo piso a algunas mujeres sosteniendo pancartas del Comité Central, del Comité de Petersburgo y de la Organización Militar, junto a Nevsky, Sverdlov y Lunacharsky. En el interior Flerovsky y Podvojsky, le pedían a Lenin, que ya había llegado procedente de la estación Finlandia, que dirigiera unas palabras a la multitud, pero Lenin se mostraba renuente, como desaprobando lo que estaba sucediendo. Finalmente el dirigente bolchevique se asomó al balcón y en una intervención muy breve, que excusó debido a su estado de salud, saludó a los manifestantes y expresó su certeza de que la consigna de «Todo poder a los soviets» se acabaría imponiendo finalmente y concluyó instando a los marineros a mantenerse firmes y vigilantes. Muchos bolcheviques de Kronstadt, recordaron después que la insistencia de Lenin sobre la necesidad de que la demostración fuera pacífica les resultó algo inesperado.

Lo cierto era que la manifestación no estaba resultando tan pacífica como Lenin hubiera deseado. De hecho, a lo largo de las grandes arterias

del centro de la ciudad —Nevsky y Liteiny— habían estallado desde la mañana los primeros encuentros a tiros. Los disparos partían de francotiradores apostadas en lo alto de los edificios.

A las 14 horas, en la perspectiva Nevsky un cortejo de marineros de Kronstadt al atravesar la Sadovaya fue tiroteado. La granizada de balas duró al menos quince minutos. Cuando cesó el fuego, la perspectiva quedó totalmente desierta. Sólo automóviles armados con ametralladoras circulaban por la calzada. Cerca de la Duma municipal, los milicianos recogían a los heridos cuando por la calle Sadovaya comenzó a avanzar una multitud de unos 6000 obreros procedentes de numerosas fábricas. Entonces, desde una iglesia situada en la esquina del cruce con Apraksina, sonaron las campanas a modo de señal y una lluvia de balas cayó sobre los manifestantes desde las ventanas y tejados. El fotógrafo Viktor Boulla, que tenía su estudio en el tercer piso del edificio situado en la esquina de la perspectiva con Sadovaya, al oir las primeras detonaciones colocó su cámara de placas en la ventada y logró una instantánea de las más reproducidas del siglo, al fijar en la imagen el pánico indescriptible de los tiroteados huyendo en desbandada en todas direcciones. Entre los que corrían se hallaba un prisionero del ejercito austrohúngaro que se había escapado pocas semanas antes de un campo de internamiento ayudado por un trabajador bolchevique de Petrogrado. Josiph Broz, que así se llamaba el prófugo, acabaría siendo mucho más conocido años después como Tito y se convertiría en el Presidente de la Yugoeslavia socialista.

Lo que Boulla no pudo legarnos fueron los gritos de los heridos tendidos en las calles pidiendo ayuda, que más tarde recordarían los testigos. Ante la masacre, los soldados y marineros reaccionaron entrando en las casas para descubrir quienes estaban tirando y para obligar, bajo amenaza de represalias, el cierre de todas las puertas y ventanas.

El general Polovtsev, comandante de la capital, había dado orden a cosacos y junkers de dispersar las «bandas armadas». Los poquísimos hombres que aún se encontraban a sus órdenes no estaban ciertamente en condiciones de desarmar a la multitud, sino sólo de atacarla aquí y allá con golpes por sorpresa. Por eso las escaramuzas se multiplicaron en diversos puntos.

Poco tiempo después el tiroteo se reanudó de nuevo entre la calle Sadovaya y Nevsky. Se abrió fuego simultáneamente desde tres puntos distin-

tos. Los marineros dispararon en todas direcciones durante más de veinte minutos con rifles y ametralladoras. Lo mismo sucedió sobre las 16 horas en la calle Simeonovskaia. En las cercanías del puente Liteiny y el Palacio Táuride se produjeron alrededor de 170 muertos y heridos. A las 17 horas en la calle Nadeydenskaya, un destacamento de soldados del Moskovsky, con su banda de música, chocó con una patrulla de cosacos: 5 muertos y 22 heridos. A la misma hora el enfrentamiento se reanudó en la calle Sadovaya, provocando numeroso heridos. A las 21 horas, los tiroteos se estaban produciendo simultáneamente en la plaza Zamenskaya, en Ligovka y en el Canal Obvodny. Los heridos eran transportados en ambulancias a los puestos de socorro que se habían instalado en distintos lugares.

El encuentro más serio acabó teniendo lugar en la avenida Liteiny, sobre las 20 horas, cuando se produjo un choque sangriento entre trabajadores y soldados con los cosacos. Los manifestantes, cuerpo a tierra en la acera, replicaron al fuego. Los cosacos utilizaron artillería, pero un grupo de obreros que se encontraba en el muelle del Neva acudió en ayuda de los manifestantes. Finalmente las dos compañías de cosacos, abandonando sus armas y sus caballos, buscaron refugio en las casas cercanas.

Años después, Šlâpnikov, en sus memorias, calculaba que se habían producido más de 400 víctimas entre muertos y heridos. El informe oficial estimó el balance de las refriegas en 29 muertos y 114 heridos.

Hacia las cinco de la tarde, los marinos de Kronstadt, exaltados por tantas horas de agitación salpicadas de escaramuzas, habían hecho su aparición ante el Táuride. Desde el primer momento exigieron entrevistarse con los dirigentes del Soviet y estos no pudieron negarse a atender la demanda. A pesar de la lluvia que caía, la atmósfera seguía siendo calurosa, y saltando por las ventanas del palacio, los manifestantes comenzaron a invadir los pasillos amenazando con penetrar en el salón de sesiones.

Algunos de los marineros más excitados e impacientes querían ver al Ministro de Justicia, Pereverzev, para que les explicara por qué un cierto Anatoli Zhelezniakov, uno de los marineros anarquistas detenidos en la incursión del gobierno en la villa Durnovo, no había sido liberado aun. Cuando se supo que no se podía encontrar Pereverzev, los marineros empezaron a forzar las puertas para buscarlo. Ante la situación que se estaba generando, los líderes del Soviet, confiando en los poderes de persuasión

de Chernov, el Ministro de Agricultura, decidieron que saliera a hablar a la multitud. Al aparecer en la plaza del palacio, Chernov fue acogido con gritos hostiles e incluso amenazadores.

Los trabajadores no terminaban de entender la tibieza de los dirigentes del Soviet, y el estado de ánimo de los manifestantes quedó resumido de la mejor manera posible cuando un fornido trabajador levantando su puño ante el Ministro de Agricultura, y le gritó frenéticamente: «Hijo de perra, toma el poder si te lo dan».

De entre la marea humana, alguien vociferó: «¡Registradle, para ver si va armado!». «¡Entonces, no hablaré!», dijo Chernov. Se renunció a la idea de registrarlo y él comenzó su discurso. Lejos de calmarse, la cólera de la multitud iba aumentando. Finalmente algunos de los presentes agarrando a Chernov, lo metieron en un coche, y le dijeron que «quedaba detenido». En aquel momento podía temerse lo peor. No se sabía a punto fijo si eran los marinos de Kronstand quienes acababan de apresar al Ministro. Trotsky, sospechó que los autores del incidente eran agentes provocadores, cuya actuación se hizo patente aquellas dos jornadas.

Mientras tanto, en una de las salas del palacio fue interrumpida una reunión de trabajo por la súbita llegada de un grupo de obreros. «¡Camaradas! —gritó uno de ellos— ¡La multitud acaba de arrojarse sobre Chernov! ¡Lo van a despedazar!» El Presidente Chkheidze rogó a Kámenev, Mártov, Lunacharsky y Trotsky que fueran en socorro del ministro socialrevolucionario. Y como Trotsky gozaba, entre los marinos de Kronstadt, de gran popularidad, fue él quien se dirigió a los millares de manifestantes que se agolpaban ante el edificio. Rogó a los marinos que no cayeran en la trampa de la violencia y que no se dejaran llevar por gestos irreflexivos. «¡Quien esté por la violencia que levante la mano!», concluyó. Nadie se movió y la multitud dejó en libertad al ministro.

Poco después, Raskólnikov, el jefe bolchevique de Kronstadt, instó a sus hombres a que regresaran a su base, ya que su misión había terminado al haber expresado, de modo contundente, su voluntad al Soviet. La mayoría de los marinos volvió a las embarcaciones, pero dos o tres mil de ellos permanecieron aún en la ciudad. Fueron los que, aquel mismo día, ya muy tarde, ocuparon sin combate la fortaleza de Pedro y Pablo, de la que al día siguiente serían desalojados.

Sin embargo, delante del Soviet, en el Palacio Táuride, la plaza no se despejaba. Apenas los marinos de Kronstadt la abandonaron, cuando ya los obreros de Putílov irrumpían en ella. Pero la gigantesca manifestación de aquella jornada se iba aplacando. Como suele suceder en pleno verano en Rusia septentrional, fuertes ráfagas de lluvia se habían abatido repetidas veces sobre la capital. Los manifestantes empezaban a regresar a sus casas tiritando y empapados hasta los huesos. La ciudad recuperaba la calma.

No obstante, en la sala de sesiones del Soviet, el Comité Ejecutivo discutía allí sobre la situación y seguía recibiendo delegaciones de obreros que acudían a expresar sus agravios y a plantear sus exigencias. Hubo primero, un grupo de unos noventa obreros que representaba a 54 fábricas de la región petersburguesa. Cinco de ellos se sucedieron en la tribuna. Todo transcurrió en el mayor orden y los miembros del Comité Ejecutivo escucharon a estos oradores improvisados, pero firmes y exigentes: «¡Nosotros reclamamos todo el poder para los soviets de obreros y soldados y vosotros debéis tenerlo en cuenta!»; «Confiamos en el Soviet, pero desconfiamos de aquellos a quienes el Soviet otorga su confianza»; «Exigimos la inmediata confiscación de la tierra y el establecimiento de un control sobre toda la producción»; «No podemos esperar hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente». Sus frases constituían lo esencial del programa bolchevique.

Un obrero, cuya apariencia hacía de él, según testimonio de Suhanov, la encarnación misma del *sans-culotte*, se precipitó hacia la tribuna, al tiempo que blandía el fusil, con lo que aumentaba el temor de su auditorio, y dijo: «¡Camaradas! ¿Por cuánto tiempo debemos tolerar los obreros esta traición? Vosotros estáis discutiendo aquí con la burguesía y los grandes propietarios y entendiéndoos con ellos... Estáis traicionando a la clase obrera. Pues bien, sabed que la clase obrera no lo acepta. Esto es lo que nosotros, los 30.000 obreros de Putílov, venimos a haceros comprender... ¡Todo el poder para los soviets! Nosotros tenemos nuestros fusiles, y vosotros, los Kérensky y los Tsereteli; vosotros no nos engañaréis por más tiempo!»

Chkheidze, que presidía, no perdió su sangre fría y deslizó un papel en las manos del obrero. Era el texto de una moción que el Comité Ejecutivo acababa de adoptar: «Le ruego, camarada, léalo. Verá usted lo que deben hacer, usted y sus camaradas de Putílov. Léalo y no siga interrumpiendo nuestras deliberaciones».

El hombre, desconcertado, abandonó la tribuna y la sala de sesiones seguido por los otros compañeros. El Soviet prosiguió sus trabajos cuando se produjo un nuevo alboroto en los pasillos. La inquietud afloró en el rostro de los diputados. Pero, para la tranquilidad de los reunidos, apareció el líder menchevique Dan quien, subió a la tribuna. «¡Camaradas! —dijo—. Sosegaos, no hay ningún peligro. ¡Acaban de llegar del frente regimientos leales para proteger al Comité Ejecutivo!».

Realmente se trataba del 176º Regimiento de Infantería procedente de Krasnoie-Selo, situada en los alrededores de Petrogrado. Era una unidad conocida por sus simpatías bolcheviques, que acudía, tras una marcha extenuante, a reforzar a los manifestantes en el preciso momento en que reinaba la mayor confusión en la capital. Buena prueba de ello es que apenas los soldados se hubieron desembarazado de su impedimenta, el menchevique Dan se aproximó a un oficial y le rogó que garantizara la protección del Soviet. Acto seguido este oficial destacó una serie de centinelas que pasaron a constituir la guardia del Palacio. Así, un líder de la mayoría antibolchevique tenía que recurrir a un regimiento bolchevizante para recobrar el control de la situación. Y por otra parte, un regimiento que había recorrido la distancia de Krasnoe Selo a Petrogrado para manifestarse en favor de los bolcheviques, terminaba acatando las órdenes de sus adversarios.

Al tener noticia de esto, en un abrir y cerrar de ojos, los diputados de la mayoría se pusieron en pie y, llenos de ira, comenzaron a amenazar con los puños a los representantes de la izquierda. Al tiempo que entraban en la sala soldados armados. En este caso eran del Regimiento Izmailovsky que se colocaba al lado del Gobierno Provisional. La alegría de los diputados llegó al colmo.

Los tres regimientos más de derechas de la guarnición —Izmailovsky, Semenovsky y Preobrazhensky— que al amanecer se habían declarado «neutrales», se alineaban con el gobierno. Pereverzev había hecho llegar al Regimiento Preobrazhensky, un dossier que según el Ministro del Interior, probaba la complicidad de Lenin con los alemanes.

En el patio del palacio una banda tocaba *La Marsellesa*. Los dirigentes conciliadores del Soviet, comenzaron a entonarla, pudiendo expresar así un sentimiento de liberación. «Clásica escena de principio de una contrarrevolución», comentó amargamente Mártov, el menchevique internacionalista,

que por su parte había pedido en aquellos días, aunque inútilmente, un gobierno formado únicamente por los partidos de los soviets.

La desmovilización se generalizó a la mañana siguiente con la publicación de las presuntas «pruebas», según las cuales Lenin era agente del Estado Mayor alemán. En el frente las cosas iban cada vez peor: bloqueada la ofensiva rusa, los alemanes habían pasado al contraataque y habían roto las líneas adversarias. Al gobierno, acorralado por lo que estaba ocurriendo en las calles de la capital, y consciente del desastre militar que se avecinaba, le convenía achacar el movimiento popular que había sacudido la ciudad y la mala situación en el frente a turbios «manejos del enemigo». La burguesía rusa no podía andarse con delicadezas en la elección de los medios con que combatir la revolución, y en aquella difícil situación podía ser útil arrojar sobre Lenin y sus compañeros la responsabilidad del desastre militar. La acusación de estar al servicio del «extranjero» ha sido siempre el arma preferida de los grupos de derechas para denigrar a las fuerzas revolucionarias.

Los primeros rumores sobre la existencia de esas pruebas se habían propagado en el Palacio Táuride la misma tarde del 4 de julio. Pero por más absurdas que fueran las acusaciones contra Lenin tuvieron durante todo el mes un enorme peso en la situación política y en la opinión pública. Baste decir que en los cabarets, e incluso en un cinematógrafo se denunciaba la «traición» del espía Lenin.

La calumnia iba a provocar un brusco cambio en la relación de fuerzas. Ahora que se sentían nuevamente dueños de la situación, los dirigentes de la derecha de los soviets y del gobierno dieron luz verde a la represión. La misma noche del 4 de julio un destacamento de junkers atacaba y saqueaba, hacia las seis de la mañana, la redacción y la imprenta de *Pravda*. Era el comienzo de la represión de julio.

La respuesta de los bolcheviques fue desde luego rápida. Zinóviev intervino inmediatamente ante el Soviet para denunciar: «la calumnia monstruosa aparecida en la prensa, que ya ha producido su efecto sobre las masas populares. Es inútil explicarles la significación de esta infamia. Concierne no sólo a los intereses de nuestra revolución, sino que apunta al movimiento obrero europeo entero. Hay que rehabilitar al camarada Lenin, cortar en seco la calumnia... Con esta misión he venido aquí, en nombre del Comité Central de nuestro partido». Pero esta firme declaración no podía disimular la desazón y las inquietudes de los bolcheviques.

Alrededor de las tres de la madrugada, antes de que apareciera en las calles la publicación del *Zhivoe slovo* en el que se vertían esas acusaciones, pero probablemente después de la llegada del Regimiento Izmailovsky al Palacio de Táuride, un grupo de miembros del Comité Central bolchevique resolvieron hacer un llamamiento a los soldados para que regresasen a sus cuarteles y poner fin así a las manifestaciones. La decisión se hizo pública en una nota que apareció en la última página de *Pravda* el 5 de julio. El redactado final fue supervisado por el mismo Lenin. En la nota se decía que se había decidido poner fin al movimiento «porque su objetivo de hacer patente las principales reivindicaciones de la clase obrera y el ejército había sido alcanzado».

Mehonošin, que representaba a la Organización Militar durante las deliberaciones de ésta reunión, escribió más tarde el siguiente comentario: «Ese día tuve que representar a la Organización Militar en la reunión del Comité Central. Vladimir Ilich [Lenin] dirigiéndose a nosotros nos preguntó: ¿Podéis darme una cuantificación exacta de vuestras fuerzas? Enumerar las unidades que definitivamente nos siguen. ¿Y las que están dudando? ¿Quién está contra nosotros? ¿Dónde están los arsenales con fusiles y otro material militar? ¿Qué puede hacer el enemigo dependiendo de las zonas que ahora controla en Petrogrado? ¿Donde están los almacenes de avituallamiento; hay cantidades suficientes? ¿Se ha garantizado el control de los puentes del Neva? ¿Se ha previsto un refugio en caso de retirada si las cosas fallan? etc. Estas fueron las preguntas fundamentales que formuló el camarada Lenin y que nos asustaron. Francamente, no habíamos hecho esas estimaciones de cara a un posible enfrentamiento decisivo...».

Ese mismo día, Bonch-Bruevich se enteró de que se preparaba la detención de Lenin y le alerto sobre esta posibilidad. La misma tarde del 4 de julio, Sverdlov, se presentó en la morada de Lenin.

— No es prudente que duerma usted en su casa.

La Krupskaia y Vladimir Ilich fueron llevados a casa de Kaûrov, obrero de Vyborg, donde Lenin no quiso trastornar la vida de su camarada. Tras la reunión del Comité Central se acostó sobre mantas en el suelo e improvisó una almohada con libros. Algunas horas después, apenas eran las siete de la mañana, cuando Sverdlov reapareció en casa de Kaûrov. *Pravda* había sido saqueada por los junkers. Los archivos de la redacción habían sido incauta-

dos, las linotipias rotas, y los libros, hechos pedazos. Sverdlov abrió un ejemplar de *Zhivoe slovo*. El diario reproducía las acusaciones divulgadas por un tal Alexinski. El caso salía a la luz del día. A la misma hora, se ocupaban el Palacete de la Kschessinskaya.

La acción contra la sede bolchevique no fue obra de grupos incontrolados. El mismo 4 de julio el Consejo de Ministros autorizó al mando del Distrito Militar de Petrogrado para que desalojase a los bolcheviques de la mansión Kschessinskaya. Antes del amanecer del 6 de julio una nutrido destacamento bajo las órdenes de Kuzmin y compuesto por unidades del Regimiento Petrogradsky; ocho vehículos blindados; sendas secciones de los regimientos Preobrazhensky y Semenovsky; un destacamento de marineros de la Flota del Mar Negro, algunos grupos de cadetes y estudiantes de la Academia de Aviación; más una brigada del Regimiento Ciclista de primera línea, todo apoyado por artillería, se encargó de asaltar el cuartel general bolchevique.

Dos días después Lenin abandonó su refugio porque la ciudad se había vuelto demasiado peligrosa para él. Se disfrazó, se afeitó el bigote y la famosa barbita y se trasladó a la localidad de Razliv, a poca distancia de la capital: permaneció ahí cerca de un mes, primero oculto en un pajar, acomodado luego en una cabaña, en medio de los campos, donde vivió vestido de jornalero. El 8 de agosto se ocultó en Finlandia. Durante este período, Lenin escribió regularmente para la prensa bolchevique, preparó folletos y proyectos de resolución, los más importantes para una reunión del Comité Central ampliado del 13 y 14 de julio, y para el VI Congreso del partido que iba a tener lugar, al tiempo que comenzaba un importante tratado teórico: *El Estado y Revolución*.

Lenin tenía buenas razones para actuar como lo hacía. A raíz de ordenarse su busca y captura, se le persiguió con un ardor extraordinario. No sólo la policía, sino millares de voluntarios, salieron tras sus huellas. El perro policía *Trébol*, tan popular como Chaliapin, participó en la búsqueda según narraba la prensa. En las estaciones, agentes de la policía, de paisano, controlaban día y noche a los pasajeros. Cincuenta oficiales de un batallón de choque juraron encontrar a Lenin o morir...

En un primer momento se discutió en los ambientes revolucionarios y entre los mismos bolcheviques si no sería mejor que Lenin se presentase

ante el tribunal para hacer del proceso que se quería preparar contra él una tribuna desde la cual acusar a la burguesía rusa y a los partidos conciliadores. Pero él y sus camaradas decidieron que no debía entregarse a las autoridades.

Desde su refugio en el pajar, Lenin envió su propia defensa. En *Nóvaya Zhizn*, el periódico de Gorky, en el *Pravda* de Kronstadt, ya que el diario de Petrogrado, aparte de tener inutilizada su maquinaria, había sido prohibido, y en un folleto especial, rechazó las acusaciones que se le hacían. Negó haber recibido dinero de los alemanes. Y en cuanto al hecho de haber viajado en un tren alemán, señaló, y no le faltaba razón, que Mártov y otros habían utilizado este mismo medio y que sin embargo nadie los había acusado de traidores.

Si Lenin y Zinóviev supieron desaparecer a tiempo y luego huir a Finlandia, Kámenev, Lunacharsky y Kollontai fueron detenidos. Tampoco se salvó Dybenko.

El 5 de julio había llegado a Petrogrado, ignorante todavía del brusco giro de los acontecimientos, una delegación del Centrobalt. El motivo era que se habían interceptado dos cablegramas secretos dictados por el Ministro adjunto de Marina, Dudarev, ordenando enviar cuatro torpederos a Petrogrado para impedir que los marineros de Kronstadt salieran de sus buques. En el segundo cablegrama, se mandaba a los submarinos hundir las unidades que intentasen salir de Helsingsfors sin autorización, para ayudar a los manifestantes de la capital. El contralmirante Verderevsky, escandalizado por estas medidas, informó de ellas personalmente a Dybenko, que era el Presidente del Centrobalt, diciéndole que no pensaba acatarlas. El incidente era de tal gravedad que Dybenko, encabezando una delegación del Centrobalt, se desplazó a Petrogrado, para solicitar al Comité Ejecutivo del Soviet el arresto de Dudarev. Pero no se arrestó a Dudarev, sino a los marineros y al contralmirante Verderevsky. El Centrobalt fue disuelto e incluso el mismo Dybenko, fue arrestado más tarde.

Así, con una derrota del movimiento revolucionario, se cerraban las jornadas de julio. Habían sido —diría Lenin— «mucho más que una manifestación, pero menos que una revolución». Sin embargo, en el curso de aquel año crítico estas jornadas representaron un punto crucial en el devenir de los acontecimientos.

En el momento que se iniciaba la represión contra el partido de Lenin, el general Brusílov notificaba que en todo el frente los alemanes habían

contraatacado con feroz energía. Tarnopol había caído. Los soldados abandonaban las trincheras y se negaban a avanzar. El Cuartel General hacía público un parte de guerra dramático: «En todo el frente, olvidando su deber, nuestras tropas huyen». La ofensiva rusa había costado la vida de 60.000 soldados.

Los revolucionarios caídos durante las jornadas de julio eran enterrados a escondidas, como se hiciera bajo el zar tras el «Domingo sangriento» de 1905. Para los cosacos fieles hasta la muerte, se celebró una ceremonia que reflejó cuál era el ambiente que reinaba en los círculos del poder al finalizar las jornadas.

El sábado, día 15, fue la fecha elegida por el Gobierno Provisional para rendir homenaje a los siete cosacos muertos en los enfrentamientos. Varios días antes, funcionarios gubernamentales, el Comité Central del Soviet, el Comité Provisional de la Duma de Estado, que seguía existiendo, y la Duma de la ciudad (Ayuntamiento), comenzaron a trabajar para que el funeral fuera una manifestación masiva de apoyo a la ley y el orden.

En la jornada señalada, mucho antes de iniciarse el servicio de réquiem que estaba programado, comenzaron a llegar a la catedral de San Isaac, los representantes de las diversas misiones diplomáticas, entre ellos David Francis de los Estados Unidos, Joseph Noulens de Francia, que había cambiado de embajador, y George Buchanan de Inglaterra, cada uno acompañado de un agregado militar en uniforme de gala. Tomaron asiento junto a los miembros del gabinete y la dirección del Soviet. En otros bancos se fueron acomodando funcionarios de las administraciones de los *zemstvos* y de la ciudad, representantes del mundo de los negocios y de la industria, delegaciones de todas las unidades cosacas de Rusia y de cada unidad de la guarnición de Petrogrado.

Poco antes de las diez Kérensky apareció en la catedral, y el arzobispo de Petrogrado, seguido por el exarca de la Iglesia Ortodoxa de Georgia y los miembros del Santo Sínodo, dio comienzo a la ceremonia religiosa. Al inicio del servicio, una procesión de dignatarios, depositaron coronas de flores al pie de los ataúdes. Los primeros fueron los cosacos que llevaban una ofrenda floral con la inscripción: «Para los que cumplieron con su deber y murieron a manos de agentes alemanes». Les siguieron los dirigentes del partido kadete: Rodichev, Milûkov, y Vasily Maklakov, que portaban una

gran corona de laurel con la leyenda: «Para los hijos leales de la Rusia libre que cayeron en lucha contra los traidores a su país».

Un observador del *Zhivoe slovo* anotó que cuando los cientos de voces de los coros rompieron el silencio para entonar el primer himno, todos los presentes cayeron de rodillas, y la destacada dirigente del partido de la burguesía, Ariadna Irkova creyó oír en ese mismo instante la voz de la Santa Rusia.

El réquiem duró casi tres horas. Al finalizar, la guardia atornilló las tapas de los ataúdes y a hombros de altos funcionarios fueron trasladados a la plaza de la catedral, donde una unidad cosaca de dragones de guarnición en Petrogrado, varias bandas militares, y un destacamento de cornetas estaban congregados para acompañar el cortejo hasta el monasterio de Alexander Nevsky. Cuando el primero de los ataúdes, portado por los ministros del gabinete, apareció por la puerta de la catedral, el comandante del Distrito Militar de Petrogrado ordenó el «¡Presenten armas!». Las banderolas de los regimientos hondeaban agitadas por una suave brisa mientras un corneta tocaba silencio. Entonces el aire quedó rasgado por los cañonazos de ordenanza disparados desde la Fortaleza Pedro y Pablo.

Los acerados sables de la caballería cosaca brillaban al sol, y a una orden del oficial de mando todos los soldados de las distintas unidades presentaron armas formando un auténtico bosque de bayonetas en señal de saludo. Entonces Kérensky se adelantó y con voz tonante pronunció unas breves palabras que terminaron conminando a todos «…Ante los cuerpos de los caídos, os ruego que juremos todos unidos que vamos a trabajar para salvar el Estado y la libertad»; y levantando su mano derecha, gritó: «¡Yo lo juro!». Se hizo un breve silencio, y luego miles de manos se alzaron y un rugido estalló entre la multitud: «¡Juramos!». Los que estaban cerca de Kérensky lo cogieron a hombros y lo llevaron a un automóvil que le esperaba.

El cortejo comenzó a avanzar. Las campanas de San Isaac repicaban con una cadencia majestuosa, mientras una banda de cornetas abría la marcha seguida de un escuadrón de cosacos que en sus lanzas llevaban gallardetes negros. Los sacerdotes cargaban con grandes cruces y estandartes religiosos, rodeados por turiferarios que esparcían incienso; mientras varias filas de niños de distintos coros entonaban cánticos. Los ataúdes de los cosacos muertos fueron montados sobre siete armones tirados por caballos.

Un caballo sin jinete marchaba al paso detrás de cada uno de los primeros seis carruajes. Siguiendo el último armón, cabalgaba un muchacho de unos diez años, con uniforme azul oscuro y distintivos marrones de los cosacos del Don, era el hijo del cosaco Slamwearing. Le seguía una larga comitiva de funcionarios, delegaciones asistentes e interminables filas de tropas.

Cuando la cabeza de la procesión pasó de la calle Morskaya a la perspectiva Nevsky, las campanas de varias iglesias vecinas comenzaron a tañer, sumando sus repiques a los de San Isaac. Al llegar junto a Catedral de Kazán, la procesión se detuvo para realizar un breve servicio, cosa que se repitió frente a la Iglesia Znamensky. Con estas interrupciones, el cortejo no llegó a su destino hasta la tarde.

Al recrear esta ceremonia tal y como lo hizo la prensa del día, ciertamente se podría decir que la vieja Rusia seguía viva en el corazón mismo de la nueva nacida con la revolución de febrero, aunque todo hacía presagiar un próximo estallido de esa profunda contradicción.

Lo más asombroso después de las jornadas de julio en Petrogrado fue la rapidez con la que cambió el clima político reinante. El reportero de un periódico observando el momento, decía que era como si de repente se hubiera trasladado de ciudad y se encontrara con personas diferentes. Muchos años después, el menchevique Vladimir Vojtinsky, recordaba el día 5 de julio, como uno de los más tristes de su vida cuando vio que las calles de Petrogrado se convertían en el escenario de «una orgía contrarrevolucionaria» y «el libertinaje de las Centurias Negras amenazaba con destruir la victoria sobre los insurgentes».

Kérensky no había estado en Petrogrado durante las jornadas de julio, al haber abandonado la capital el día 3 para una visita al frente. Cuando regresaba en la mañana del 6; el vagón en el que viajaba fue parcialmente destruido por una bomba. Aunque físicamente ileso, no es de extrañar que, a su llegada a Petrogrado, estuviera soliviantado e impaciente por acabar con los bolcheviques.

En una entrevista con la *Associated Press* varios días después, cuando ya era Presidente del Gobierno, Keresky declaró: «[Nuestra] tarea fundamental es defender el país de la ruina y la anarquía… y mi gobierno actuará para ello a sangre y hierro».

Entre el 6 y 12 de julio el gabinete emitió una serie de órdenes formuladas a toda prisa y destinadas a castigar a los alborotadores políticos. En una maratoniana sesión durante la noche del 6 al 7 julio se decretó que «todos organizadores y dirigentes de movimientos armados contra el gobierno establecido por el pueblo, y todos aquellos que hicieran llamamientos e instigaran el apoyo a los mismos, serían arrestados y llevados ante los tribunales como traidores a su nación y la revolución».

Al mismo tiempo, el gobierno publicó nuevas regulaciones penales que suponían que los culpables de hacer llamamientos a la desobediencia de las directivas gubernamentales podían ser castigados con tres años de reclusión. Así mismo se establecía que cualquier persona culpable de incitar a los soldados o a cualquier otro personal militar a desobedecer las leyes vigentes en el marco del nuevo sistema democrático en el ejército, o las directivas de las autoridades militares, debía ser castigada conforme a las disposiciones relativas a los actos de traición.

Como la insurrección de julio había sido en gran parte un motín de la guarnición, el gabinete ordenó que las unidades que habían participado en la sublevación debían ser desarmadas y disueltas. Del mismo modo se prohibieron todos los periódicos bolcheviques en los teatros de operaciones. Se prohibían también las reuniones políticas entre las tropas del frente, y los ministros de la Guerra y del Interior quedaban facultados para cerrar periódicos que alentaran la desobediencia de las autoridades militares. En virtud de esa orden, los periódicos bolcheviques *Pravda*, *Soldatskaya Pravda*, *Okopnaia Pravda* y *Golos pravdy* fueron cerrados. Quedaban también prohibidas temporalmente las asambleas callejeras, mientras que otros decretos establecían el desarme de los obreros y reforzaban la censura.

Esta serie de medidas represivas culminó, el 12 de julio, cuando el gobierno decretó el restablecimiento de la pena capital para los delitos militares en las zonas de combate, autorizando al mismo tiempo la creación de tribunales *ad hoc* con autoridad para imponer las sentencias de muerte. Las disposiciones adoptadas correspondían casi punto por punto a un «programa» que el embajador inglés Buchanan había considerado necesario «sugerir» desde el 4 de julio al Ministro de Exteriores, Teréschenko.

Suhanov recordaba después como «El nuevo gobierno prosiguió enérgicamente los registros, las detenciones y las operaciones de desarme ya en

curso. Grupos voluntarios de oficiales, de alumnos de las escuelas militares y, al parecer, de la "juventud dorada", se apresuraron a aportar su ayuda al nuevo gobierno, que se afirmaba como un gobierno fuerte. No desarmaron solamente a los regimientos y a los batallones rebeldes, prestaron mayor atención aún a los barrios obreros; las armas fueron confiscadas en gran número.

Pero los alumnos de las Academias militares no se limitaban a eso, por desgracia. Habiendo destrozado las organizaciones bolcheviques, que seguían siendo, sin embargo, legales, emprendieron un raid contra los propios mencheviques, ¡cuyo partido estaba no obstante dirigido por el Ministro del Interior! Aquella medida excesiva respondía al estado de ánimo general y al de la prensa burguesa. Ésta, considerando terminado el episodio bolchevique, dirigía sus golpes más a la derecha: contra Chernov, contra Tsereteli, contra los mencheviques y los socialrevolucionarios; contra el Soviet en general. Era inevitable y lógico. Una dictadura burguesa parecía próxima y factible; y había, por tanto, que derrumbar el Soviet a su vez».

La experiencia de julio activó una reacción indiscriminada contra todos los grupos de izquierda, socialistas moderados incluidos, poniendo así a la defensiva no sólo a los bolcheviques sino al mismo Soviet. Los socialistas más moderados pedían que se tomaran «medidas excepcionales» sólo contra las personas acusadas de delitos específicos, no en contra «grupos enteros». A diferencia de los liberales, los mencheviques y los eseristas estaban realmente alarmados por el peligro de que la ola reaccionaria tras las jornadas pusiera en peligro los logros de la revolución.

Hubo casos llamativos que saltaron a la prensa. Khaustov, el editor de *Okopnaia Pravda*, fue objeto de una auténtica cacería humana tras su fuga de la prisión de Kresty. Capturado de nuevo a la salida de un teatro en el centro de atracciones Luna Park, su apresamiento fue producto de una delación. Durante la noche del 10 de julio, los junkers registraron la casa de Bonch-Bruevich con la esperanza de apresar a Lenin y al no encontrarlo, pasaron a registrar la casa de Steklov, al que detuvieron. Puesto en libertad se refugió en el Palacio Táuride del que se negó a salir durante varios días.

La cosa no fue tan fácil en la base naval de Kronstadt. En respuesta a un telegrama de Kérensky exigiendo al soviet de la plaza que se procediera a la detención y entrega al gobierno de los «instigadores revolucionarios»,

el Comité Ejecutivo del soviet de Kronstadt cablegrafió como respuesta: «Puesto que no se sabe de ningún instigador "contrarrevolucionario" en Kronstadt, es imposible llevar a cabo detenciones». Cuando se especificaron los nombres de varios dirigentes bolcheviques: Raskólnikov, Rošal y Afanasiev, el soviet de Kronstadt persistió en su negativa a cooperar con el gobierno. Sólo después de que se amenazara a la base naval con ser bloqueada y bombardeada se detuvo a los señalados, a excepción de Rošal que había desaparecido, aunque poco después se entregó él mismo.

Lo mismo sucedió con Alexandra Kollontai, una bolchevique internacionalmente reconocida, que estaba en Estocolmo durante los días de julio. Tras el escándalo sobre los «agentes alemanes», la prensa sueca le hizo la vida imposible, dando a entender que ella estaba en el extranjero para organizar los envíos de dinero alemanes. En consecuencia, la Kollontai se apresuró a regresar a Petrogrado para entregarse a la policía.

En el caso de Trotsky se produjo el fenómeno que luego sería conocido como: «autoinculpación». Inicialmente no fue detenido, pero para ayudar a la causa bolchevique, Trotsky se ofreció a defender a Raskólnikov ante los tribunales. Y a mediados de julio envió una carta al gobierno en la que declaraba: «En principio, comparto la opinión de Lenin, Kámenev, Zinóviev y… mi relación con los acontecimientos del 3 y 4 de julio es exactamente la misma que la de ellos… No hay ninguna razón lógica para ordenar que Lenin, Zinóviev, Kámenev sean detenidos y no yo». El gobierno no podía ignorar tal desafío y la mañana del 23 de julio se cursaron órdenes de arresto contra Trotsky y Lunacharsky.

El cerco y la persecución no sólo eran policiales. Alexander Ilin- Zhenevsky, uno de los editores de *Soldatskaya Pravda*, escribió después sobre los problemas que tuvo en busca de una imprenta dispuesta a imprimir publicaciones bolcheviques. Despedido con insultos donde quiera que fuese, a menudo incluso antes de identificarse, Ilin-Zhenevsky se preguntaba si se podía distinguir a un bolchevique sólo por su aspecto. El bolchevique de Kronstadt Ivan Flerovsky describe un paseo que él y Lunacharsky estaban dando por la perspectiva Nevsky, cuando fue «agarrado por un compañero que llevaba una cruz de San Jorge en la solapa y que gritaba, "Aquí están... los anarquistas... éste es de Kronstadt"» Una turba hostil empezó a rodear a Flerovsky y Lunacharsky y comenzó a arrastrarles, mientras que otros soldados que estaban por allí, agitaban los puños de modo amenazador y les gritaban: «¡Agentes alemanes!».

En la prensa de Petrogrado durante este período apareció una ola de informes en relación con un repentino estallido de actividad por parte de grupos de extrema derecha. Entre estas organizaciones, al parecer, una de las más activas fue un grupo llamado Santa Rusia, que, según un artículo en *Izvestia*, operaba desde una tienda de libros en la calle Pushkin. Santa Rusia publicaba un semanal, llamado *Groza* (Tormenta), que se dedicaba a achacar todos los males de Rusia a los judíos, así como a los socialistas, los liberales, la burguesía y el proletariado.

Muestra del antisemitismo creciente fue el caso de Sergei Bagdatiev, un armenio que había sido candidato para el Comité Central bolchevique. Tras su detención por los cosacos, en el interrogatorio, Bagdatiev admitió ser uno de los organizadores de la insurrección. En este caso los periódicos hicieron hincapié en dos cosas: en que Bagdatiev era un espía alemán y en que era judío. En *Malenkaia gazeta* se escribía que su sólo aspecto lo delataba: «Su nariz aguileña, su barba corta y el hecho de ir disfrazado con camisa de obrero democrático» eran pruebas suficientes, aunque el periodista tenía que reconocer que: «Bagdatiev habla bien de Rusia con apenas un rastro de un acento judío».

No se sabe el número de bolcheviques encarcelados a raíz de la sublevación de julio, pero el Comité de Petersburgo creó una organización especial, la Cruz Roja Proletaria, para recaudar fondos para los presos y sus familias. Lo que parece más destacable es que sólo un bolchevique, Ivan Voinov, ayudante de veintitrés años de edad, que trabajaba en *Pravda*, fuera asesinado. El 6 de julio, Voinov fue arrestado mientras distribuía copias de *Listok pravdy*. Mientras estaba siendo trasladado para ser interrogado, uno de sus captores lo golpeó en la cabeza con un sable; y el joven bolchevique murió al instante.

Según el historiador Marc Ferro durante esta etapa aparecieron en embrión todos los rasgos característicos de los movimientos fascistas que se desarrollarían en Europa después de la contienda: reacción y defensa frente a la revolución social, financiación del gran capital, activo papel de los militares y la Iglesia, cuestionamiento de la lucha de clases, llamamientos a la virilidad de los combatientes y patriotas, aparición de grupos punitivos especiales, denuncias sobre la debilidad del gobierno, aparición de hombres nuevos, culto al «jefe», antiguos revolucionarios realineados en defensa de los valores «nacionales», antisemitismo, utilización de la violencia contra el

adversario político, y simpatía de gobiernos democráticos, en éste caso los aliados, que prestarán una colaboración activa a la represión.

Pero la represión antibolchevique no era suficiente para resolver la crisis del gobierno abierta a principios de julio con la dimisión de los ministros kadetes. Cabe recordar que tres ministros kadetes se retiraron del gabinete en la noche del 2 de julio. Esto fue seguido, tres días después, por la renuncia de Pereverzev, que presentó su dimisión a raíz de las críticas recibidas por haber instigado la publicación de los documentos que inculpaban falsamente a Lenin.

La noche del 7 de julio, Kérensky, vuelto ya del frente a Petrogrado, no sólo pidió la liquidación del partido bolchevique, sino que implícitamente presentó su candidatura a la presidencia del nuevo gobierno. El miedo provocado en los círculos dirigentes de los soviets por las manifestaciones de julio estaba aún muy vivo. En un primer momento, ausentes los kadetes, se pensó en acompañar la ofensiva desencadenada contra la izquierda con algunas concesiones a las masas: proclamación de la república, disolución de los viejos organismos estatales (Duma y Consejo de Estado), preparación de las leyes agrarias, en suma el programa que el I Congreso de los Soviets había aprobado en junio. Pero el príncipe Lvov, jefe del gobierno de febrero, rechazó estas propuestas «demagógicas» cuando le fueron presentadas, y a su vez dimitió el 7 de julio. Los principios propuestos eran simplemente demasiado radicales para Lvov. Este movimiento había sido calculado probablemente por Kérensky, que juzgaba llegada su hora. Los restantes miembros del gabinete le nombraron Presidente del Gobierno interino y le confiaron la formación de un nuevo gobierno. Así, Kérensky asumía la presidencia del gabinete, junto con las carteras de Guerra y de Marina, que ya eran suyas, siendo nombrado Ministro del Interior el líder menchevique Tsereteli, que se adjudicó públicamente, pocos días después, la responsabilidad por los arrestos de bolcheviques.

El programa publicado el 8 de julio por el nuevo gobierno estaba ya más endulzado que el discutido la noche anterior: anunciaba la convocatoria de la Asamblea Constituyente para septiembre y la creación de un consejo económico, mientras hablaba vagamente de leyes en preparación sobre las «ocho horas» y sobre la «producción del trabajo». Pero la característica principal del nuevo gabinete no fue ésta. Al día siguiente se hizo proclamar por el Comité Ejecutivo Central de los Soviets «Gobierno de Salud Pública»,

investido por lo tanto de «poderes ilimitados» para hacer frente a las tareas en un momento en que la «revolución está en peligro». Vale la pena señalar que los mencheviques internacionalistas y los eseristas de izquierdas, por no hablar de los bolcheviques, no apoyaron la resolución política aprobada el 9 de julio, por considerar que se trataba de un cheque en blanco para un gobierno cuya composición y programa eran aún desconocidos.

Mártov pidió la formación de un gobierno totalmente socialista «capaz de impulsar la revolución hacia delante». Una semana después, insistió en que el programa del Soviet para salvar el país no podría realizarse si había una fuerte oposición desde la izquierda. Los acontecimientos pronto demostrar que la visión de Mártov de un gobierno soviético que uniera a todos los elementos socialistas, llevando a cabo un amplio programa de reformas, desafiando enérgicamente la contrarrevolución, y realizando un esfuerzo para alcanzar un compromiso de paz inmediata, se correspondía con las aspiraciones de las masas de Petrogrado. Pero las opiniones de Mártov, en aquel momento, sólo fueron compartidas por una minoría relativamente pequeña.

Llegado a la cima del poder, Kérensky quería presentarse al país como árbitro y salvador. Curiosamente, aquel mismo día el depuesto zar Nicolás anotaba en su diario: «Este hombre está decididamente en su puesto en este momento: cuanto más poder tenga mejor será». Esta curiosa anotación se explica porque en las postrimerías de mayo Kérensky visitó al antiguo emperador en Tsarkoie-Selo para comunicarle la decisión del Gobierno Provisional de trasladar a su familia a Tobolsk. Según Kérensky, iban a ser inevitables los enfrentamientos armados, y la familia del zar podía ser la primera víctima, por eso consideraba un deber suyo protegerla de cualquier eventualidad y se había elegido Tobolsk, porque desde allí sería más fácil sacarla al extranjero, a través de Japón.

Así, en la mañana del 1 de agosto, cuando Kérensky era ya Presidente del Gobierno, la familia real llegó en automóviles, custodiada por dragones del 3º Regimiento del Báltico, a la estación Alexándrovskaia, donde esperaban dos trenes con bandera japonesa. En los lujosos vagones había un letrero: «Misión japonesa de la Cruz Roja». Los trenes llegaron a Tiumén el 4 de agosto por la tarde. En el embarcadero esperaban a los Romanov tres barcos: dos grandes —*Rus* (Rusia) y *Kormilets* (Bienhechor)— y un pequeño remolcador. A las 5 de la mañana del 5 de agoste zarparon río abajo. Al

pasar frente al pueblo de Pokróvskoe, donde había nacido Rasputín, su casa, se divisaba desde la cubierta y Nicolás anotó en su diario: «Recordamos a nuestro amigo».

La respuesta de Kérensky a las amenazas que para él suponían tanto los bolcheviques como la contrarrevolución, era insistir en una coalición con los partidos liberales. El problema radicaba en que el precio puesto por los kadetes para su participación en una nueva coalición, era cada vez más alto, animados por el creciente movimiento contrarrevolucionario que se había desatado.

El 11 de julio Kérensky nombró para tres puestos aún vacantes en el gabinete a algunas figuras menores del partido progresista, que mientras tanto había tomado el nombre de Partido Democrático-radical. Pero para la burguesía ésta no era ya una concesión suficiente. Su verdadero partido seguía siendo el kadete. A éste se dirigió Kérensky el 13 de julio, con una carta en la que le invitaba a designar sus representantes en el gobierno. En este punto, Milûkov y los suyos pusieron las condiciones que tenían en reserva desde principios de julio. No querían detenerse en la lucha contra los bolcheviques, sino que exigían la liquidación del «doble poder», y por tanto la definitiva desautorización, si no la supresión, de todos los soviets. Los periódicos de derecha emplazaban a mencheviques y socialrevolucionarios a «ponerse por encima de la sospecha de proteger a Lenin».

Kérensky respondió a los kadetes el 21 de julio: «el gobierno, investido ya de poder absoluto, no responde frente a ninguna organización social o partido». Sus colegas mencheviques y socialrevolucionarios estaban sin embargo atemorizados ante la agresividad kadete, advirtiendo quizá que a su vez estaban en peligro de convertirse en víctimas. Pedían que, al menos formalmente, se aceptara la declaración programática del 8 de julio. Pero en este punto Kérensky presentó su dimisión, seguido inmediatamente por los demás ministros burgueses que quedaban en el gobierno. Fue uno de aquellos gestos teatrales que tanto le gustaban, que debían demostrar que él era «indispensable» al país. Se justificó diciendo que sólo un gabinete que agrupase a todas las fuerzas sociales podría dirigir a Rusia. El resto del gabinete no aceptó la dimisión y decidió permanecer en funciones hasta que se formase un nuevo gabinete.

Poco antes de la medianoche de aquella misma jornada fue convocada una reunión en la que intervinieron, además de los ministros, los comités

centrales de los partidos que debían formar parte de la nueva coalición: menchevique, socialrevolucionario, kadete, social-popular y democrático-radical. La sesión fue tempestuosa y se prolongó hasta el amanecer. Al fin, Milûkov encontró una salida: propuso confiar al mismo Kérensky la tarea de formar el gobierno, dejándole elegir a sus colaboradores. Toda la operación que llevó al nacimiento del nuevo gobierno de coalición se desarrolló así bajo la presión y según la voluntad del partido kadete.

El 24 de julio el gobierno estaba ya constituido. Kérensky era su presidente, además de Ministro de la Guerra y de la Marina. El cadete Nekrásov vicepresidente y Ministro de Finanzas, Avkséntiev, socialrevolucionario, iba al ministerio del Interior; Teréschenko permanecía en Asuntos Exteriores; Zarudni, abogado radical, etiquetado como social-popular, a Justicia; Chernov se quedaba en Agricultura. Las otras carteras estaban distribuidas así: Oldenburg (kadete) Instrucción Pública; Prokopovich (sin partido) Industria y Comercio; Nikitin (menchevique) Correos y Telégrafos; Skobelev (menchevique) Trabajo; Peshejonov (social-popular) Aprovisionamientos; Efremov (democrático-radical) Previsión de Estado; Jurenev (kadete) Comunicaciones; Kartachev (kadete) Procurador del Sínodo; Kokoshkin (kadete) Controlador de Estado. Entre los desaparecidos del nuevo gabinete podemos destacar a Tsereteli; que optó por concentrar sus energías en asuntos del Soviet.

La represión desatada a raíz de las jornadas de julio no logro minar al partido bolchevique, aunque así lo creyeron muchos de sus adversarios. En la editorial de *Zhivoe slovo* se podía leer lo que entonces muchos querían creer: «Los bolcheviques están… desacreditados y aplastados. Más que eso, han sido expulsados de la vida política rusa, su enseñanza ha resultado ser un fracaso irreversible… ante el mundo y para siempre». Y en *Rech*, órgano oficial del partido kadete, se escribía: «El bolchevismo ha muerto de muerte súbita… ha resultado ser una llamarada fugaz alimentada por el dinero alemán».

Si bien es cierto que el 1º Regimiento de Ametralladoras, el 180º Regimiento de Infantería, y el Regimiento de Granaderos, entre las muchas unidades de la guarnición de Petrogrado en las que tuvo una fuerte implantación el partido bolchevique, fueron desarmados, y que un número considerable de otras unidades radicalizadas fueron trasladadas al frente, ninguna de estas, en contra de la intención original del gobierno, fueron

completamente liquidadas. Por el contrario, muchas unidades en gran parte inocentes fueron sumariamente castigadas y enviadas fuera de la capital, generando el descontento, mientras que otras tropas que se habían amotinado en julio estaban todavía en Petrogrado en octubre.

Así mismo, aunque muchos bolcheviques fueron encarcelados, la mayor parte de los aproximadamente treinta y seis mil miembros de la organización en la ciudad no fueron molestados por las autoridades, y muchos de los encarcelados no fueron acusados formalmente. El gobierno sabía lo inconsistente de una acusación que pretendiera inculpar a los detenidos como agentes al servicio de los alemanes, y por otra parte, todavía no se habían comenzado a depurar las responsabilidades de los agentes del zarismo respecto a los acontecimientos de febrero.

Todo esto, unido a la falta de credibilidad del gobierno, contribuyó a que la represión fuera, a pesar de todo, limitada, y que algunas de las medidas adoptadas no pudieran aplicarse, como la de desarmar a la población civil. Aunque algunos civiles obedientemente entregaron las armas inmediatamente después de la publicación de las órdenes del gobierno, pronto se hizo evidente que la mayoría de los trabajadores que poseían armas no estaban dispuestos a rendirse pacíficamente.

La experiencia del Comité bolchevique de Petersburgo durante este mismo período confirma que el daño sufrido por el partido tras las jornadas de julio fue relativo. Compuesto por cerca de cincuenta representantes electos de los comités de distrito, que se reunían semanalmente para discutir cuestiones de política importantes, el Comité estaba dirigido por una Comisión Ejecutiva de seis hombres, ninguno de los cuales fue detenido después de las jornadas de julio. El contacto entre los comités del partido y los distritos nunca se vio interrumpido y rápidamente se encontró una nueva sede en el distrito de Vyborg relativamente segura, donde ya el 7 de julio, trabajadores del partido, volvían a imprimir panfletos revolucionarios en una prensa de mano utilizada en época zarista.

Es cierto que la dirección del partido se vio privada de sus principales dirigentes, pero no es menos cierto que una pléyade de cuadros muy experimentados, seguían activos. Stalin, Sverdlov, Dzerzhinsky, Búbnov, Sokólnikov, o Buharin, llenaron el vacío dejado por la ausencia de los responsables bolcheviques encarcelados o en la clandestinidad.

Durante las primeras semanas después de la sublevación de julio, el cierre de *Pravda* supuso un duro golpe; pero a principios de agosto el partido fue capaz de reanudar la publicación de un nuevo periódico, el *Rabochy Put*; y el 13 de julio, menos de dos semanas después de la sublevación, el Comité Central logró convocar una conferencia secreta de dos días en Petrogrado, que reunió a miembros del Comité Central, cuadros de la Organización Militar, y representantes de los comités del partido en Petrogrado y Moscú,

No hay registro oficial de las deliberaciones, pero a partir de documentos de la época relacionados sabemos que se produjo un enconado debate sobre si se debía abandonar la consigna «todo el poder para los soviets», como sostenía Lenin, o si por el contrario seguía siendo válida en aquella coyuntura. Volodarsky, del Comité de Petersburgo, y Nogin y Rýkov, desde Moscú, estaban totalmente en desacuerdo con Lenin.

Cuando el 15 de julio Lenin se enteró de lo que había ocurrido, reaccionó con ira y alarma. Una vez más, el dirigente bolchevique tuvo que contrarrestar un fuerte impulso dentro del partido que propugnaba políticas más moderadas. Pero ahora, se veía obligado a reorientar la estrategia desde un escondite a veinte kilómetros de Petrogrado, y sin la posibilidad de poder publicar en *Pravda* de modo regular.

El sector más dañado después del levantamiento de julio fue, sin duda, el militar. En la Organización Militar un alto porcentaje de los más experimentados y eficaces dirigentes fueron encarcelados, y el popular *Soldatskaya Pravda* fue silenciado. Como si la represión por parte de las autoridades y las duras críticas de muchos soldados de la guarnición no fueran suficientes, a mediados de julio, la Organización Militar también se vio obligada a soportar los ataques de algunos elementos desde dentro del partido bolchevique.

A pesar de estar buscado por las autoridades, Podvojsky, tuvo que comparecer y defender a la Organización Militar en la II Conferencia de la ciudad y en el VI Congreso del Partido. Podvojsky, Nevsky, Ilin-Zhenevsky, y Mikhail Kedrov, se reunieron en secreto en el apartamento de Genrikh Yagoda para evaluar sus pérdidas y discutir la estrategia futura. Según Ilin-Zhenevsky, los participantes en esta reunión acordaron por el momento tratar de «combinar la actividad clandestina con trabajo legal». Uno de los

objetivos fijados fue reanudar, lo antes posible, la publicación de un periódico bolchevique para los soldados.

Durante la tercera semana de julio Podvojsky finalmente encontró una imprenta dispuesta a editar el periódico, y el primer número apareció el 23 de julio. El nuevo órgano, se llamaba *Rabochy i Soldat*. Pero en una reunión del Comité Central del 4 de agosto, la primera del nuevo Comité Central elegido en el VI Congreso, se decidió suspender la publicación. Se argumentó que, dadas las circunstancias, por el momento, ni el Comité de Petersburgo, ni la Organización Militar podían publicar un periódico por su cuenta. El Comité Central llegó a estipular que el consejo de redacción de *Rabochy i soldat* debía estar formado por: Stalin, Sokólnikov y Miliutin y sólo un representante de la Organización Militar y otro del Comité de Petersburgo: Podvojsky y Volodarsky, respectivamente. Esta disposición desagradó profundamente a la Organización Militar, que estaba acostumbrada a trabajar con total independencia. Podvojsky llegó a manifestar, que «un órgano de prensa combinado» podía no cumplir con el objetivo de la Organización Militar, ni satisfacer las necesidades de las masas de soldados.

No obstante, el destino de *Rabochy i soldat* quedó sellado el 10 de agosto cuando un editorial particularmente crítico proporcionó al Gobierno Provisional un excusa para cerrar el periódico. Tres días después, sin la autorización del Comité Central, la Organización Militar logró que apareciera en los kioscos otra publicación titulada *Soldat*. Cuando el Comité Central se enteró de esta iniciativa, determinó hacerse cargo de la redacción de *Soldat* y encomendó a Stalin que informara a Podvojsky de esta decisión. La Organización Militar no podía funcionar como un centro político independiente. Sin embargo, finalmente, el Comité accedió a que la Organización Militar continuara editando *Soldat*, con la condición de que un miembro del Comité Central con derecho de veto se incluyera en su consejo de redacción.

Donde se puede calibrar con más precisión el impacto de la represión tras las jornadas de julio entre la clase obrera de Petrogrado es en la repercusión que tuvo en los soviets de distrito. Los soviets de distrito nunca fueron dominados por intelectuales de clase media o por los cuadros de los partidos políticos, como sucedió con el Soviet de Petrogrado y con el Comité Ejecutivo Central de los Soviets de toda Rusia. Por esta razón, las actas de los soviets de distrito son una medida mucho más fiable del estado de

ánimo y de las preocupaciones de la clase trabajadora de Petrogrado que las deliberaciones del Soviet de la ciudad.

Una de las observaciones más sorprendentes que se desprende del estudio de los soviets de distrito, entre finales de abril y principios de agosto, es la divergencia que se desarrolló entre los soviets de distrito, por una parte, y los órganos soviéticos centrales, por otra. Una segunda característica es la creciente influencia dentro de los soviets de distrito de grupos de izquierda, como los mencheviques internacionalistas, la *mezhrainonka* y los mismos bolcheviques; aunque, con la excepción del de Vyborg, ninguno de estos soviets de distrito fue efectivamente controlado por el partido bolchevique. Los mencheviques y eseristas, —para ser más precisos, los mencheviques internacionalistas y los socialrevolucionarios de izquierdas— conservaron su influencia en la mayoría de los soviets de distrito por lo menos hasta finales del otoño de 1917, e incluso los soviets locales, en los que tenían mayoría los bolcheviques, conservaron su carácter esencialmente democrático durante todo este tiempo.

De hecho, sólo en el militante distrito de Vyborg se mantuvo viva la consigna de transferir todo el poder a los soviets que sostuvieron los bolcheviques hasta su VI Congreso. En el resto de los distritos las principales preocupación eran cuestiones tales como: el intento del gobierno para desarmar a los trabajadores o el traslado de soldados radicalizados fuera de la capital, el restablecimiento de la pena capital en el frente, los ataques aparentemente indiscriminados contra la izquierda, y el resurgir de la extrema derecha. Cada uno de estos hechos fue percibido en casi todos los distritos como una seria amenaza para la revolución

La Conferencia Interdistrital se reunió el 17 de julio, en ella se eludió aprobar la cooperación con el gobierno y se frustró cualquier intento coordinado que contribuyera a facilitar el desarme de los trabajadores, votando dejar el asunto a la discreción de cada soviet, en tanto que se manifestaba con firmeza que la confiscación de revólveres y armas cortas sería considerada como «un asalto contrarrevolucionario a la clase obrera».

El gran debate sobre la estrategia a seguir en el seno del partido bolchevique tras los acontecimientos de julio se dio en el marco del VI Congreso del partido. En la noche del 26 de julio, en un amplio salón de actos privado en el corazón del distrito de Vyborg, unos 150 dirigentes bolchevi-

ques de toda Rusia se reunieron para la inauguración del tan esperado Congreso. Ciento diez de los delegados presentes habían estado encarcelados, en conjunto, durante 245 años; 50 habían sido desterrados durante 127 años y 150 habían sido detenidos 549 veces. La convocatoria del encuentro había sido decidida en la Conferencia de abril. Sin embargo, entonces hubiera sido difícil prever en qué condiciones tendrían que reunirse los bolcheviques, después de ser arrojados de sus sedes, invadidas y destruidas por los cosacos y los junkers.

El Congreso comenzó con la elección de Lenin, Trotsky, Kámenev, Kollontai y Lunacharsky, todos encarcelados o huidos, a la presidencia honorífica y terminó, quince sesiones y ocho días más tarde, con el canto de *La Internacional*.

Mientras tanto, los delegados escucharon saludos formales y declaraciones de aliento del soviet de Comercio de Petrogrado, del Partido de los Trabajadores Socialistas de América, de los soldados y oficiales de la guarnición de Petrogrado encarcelados, del 21º Regimiento de Riga, de varios miles de trabajadores de la fábrica Putílov, de tres soviets de distrito de Petrogrado, de la organización musulmana socialdemócrata de Bakú, y de más de una docena de otras organizaciones diferentes.

Fue en aquella asamblea donde la *mezhrainonka* de Trotsky confluyó ya formalmente en el partido bolchevique. Llevaba consigo una fuerza de cuatro mil afiliados, todos ellos de la capital pero estaba dirigida por un Estado Mayor brillante: Trotsky, Lunacharsky, los dos Moisés: Uritsky y Volodarsky, Ioffe...

Cualquier distinción y disensión entre ambas organizaciones se había borrado en las luchas de los tres meses anteriores. El Congreso fue organizado en común. Trotsky fue aceptado en el partido sin ninguna reserva, como uno de los militantes más notables de la socialdemocracia rusa, un dirigente al que ya nada separaba de los bolcheviques. Hubiera debido presentar al Congreso el informe sobre «El momento político», pero no pudo hacerlo puesto que estaba ausente al haber sido ya arrestado, pero los delegados recibieron informes detallados, de primera mano, de los representantes del Comité Central, del Comité de Petersburgo, de la Organización Militar, y del Comité Interdistrital, así como de los emisarios de diecinueve organizaciones partidarias provinciales.

El trabajo se desarrolló en un clima de extrema tensión, bajo el rumor de que el gobierno de Kérensky estaba a punto de asaltar y dispersar el congreso. Estos rumores adquirieron mayor credibilidad el 28 de julio, el tercer día del congreso, cuando el gobierno publicó un decreto que autorizaba a los ministros del Interior y de la Guerra a prohibir cualquier asamblea considerada perjudicial para el esfuerzo de guerra o para la seguridad del Estado. Fue entonces, cuando los delegados, advertidos confidencialmente, supieron que el lugar de reunión se trasladaba al club ciclista del Comité Interdistrital, en Narva, en la periferia suroeste de la capital.

El estado de ánimo de los participantes en estas circunstancias difíciles se reflejó claramente en la emocionada recepción que se dio al discurso de Iurii Larin, un menchevique internacionalista que unas semanas después se unió al partido bolchevique. Ilin-Zhenevsky relata en sus memorias: «Recuerdo el entusiasmo que se apoderó del Congreso cuando el presidente (Sverdlov) anunció que uno de los líderes de los mencheviques internacionalistas, el camarada Larin, quería saludar a los delegados… En medio de estruendosos aplausos, cojeando por una pierna paralizada y temblando por el nerviosismo, Larin avanzaba lentamente por el pasillo hacia la tribuna de oradores. Cuanto más se acercaba a ella, más fuertes redoblaban los aplausos».

Con respecto a abril el partido bolchevique había crecido mucho, en sentido político y organizativo. Su influencia se había extendido como una avalancha. Las cifras referidas en el congreso por Sverdlov sobre la consistencia de sus organizaciones lo confirmaban. El número de miembros del partido se había triplicado, pasando de ochenta mil a doscientos cuarenta mil. En la ciudad de Petrogrado había treinta y seis mil inscritos, que aumentaban a cuarenta mil contando los alrededores; en Moscú quince mil, y en toda la zona industrial central que gravitaba en torno a Moscú, cincuenta mil. Los Urales contaban con cerca de veinticinco mil bolcheviques; la cuenca del Donetz dieciséis mil; el Cáucaso nueve mil, la zona del Volga trece mil, Siberia diez mil. Otros veintiséis mil afiliados estaban en las organizaciones militares. Esta rapidísima expansión había ocurrido esencialmente entre el mes de abril y comienzos de julio. En el momento del Congreso la situación se presentaba mucho más difícil. Partido y masas estaban todavía bajo el golpe recibido con la derrota sufrida en Petrogrado en los primeros días del mes, que inevitablemente había repercutido, en la capital y también en provincias.

El papel de mayor relieve en el Congreso correspondió a Stalin, Buharin y Sverdlov. Ellos fueron los responsables de presentar los informes más importantes. Los delegados acordaron posponer una vez más la adopción de un nuevo programa del partido. Por lo tanto, en la medida en que las cuestiones teóricas fundamentales relacionadas con el desarrollo de la revolución se mantuvieron, el debate se centró en «la situación política actual», que se discutió en las sesiones de trabajo del 30 al 31. Como Trotsky había sido arrestado dos días antes del inicio del congreso, Stalin fue apresuradamente reclutado para presentar el informe.

Por más que Lenin estuviese lejos, su influencia en los trabajos del Congreso fue muy importante. Desde su refugio ya había caracterizado la situación tras los acontecimientos de julio. Para el secretario general, el 4 de julio había cerrado un ciclo del proceso revolucionario de la Rusia surgida de la insurrección de febrero, y se había abierto otro nuevo. Para él había concluido definitivamente el periodo de desarrollo pacífico de la revolución. Lenin deducía que la consigna con la que los bolcheviques se habían batido en los meses precedentes —el célebre eslogan «todo el poder para los soviets»— había perdido su valor en aquellas circunstancias.

Incluso el dualismo del poder, que había caracterizado los meses siguientes a la revolución de febrero, estaba prácticamente acabado. Con la represión violenta que se había desatado después de las manifestaciones de julio, el poder real se había trasladado a manos de una camarilla militar (Kérensky y los generales), apoyada no sólo por la burguesía kadete, sino también por los grupos monárquicos más reaccionarios. Los partidos dominantes en los soviets se habían confinado en un papel de simples auxiliares de esa camarilla que controlaba el poder. Auspiciar en semejantes condiciones el paso del poder a los soviets hubiera sido, según Lenin, una manifestación de «quijotismo» o una «irrisión». Una lucha mucho más dura, amarga y hasta violenta era ahora necesaria.

Stalin, recogiendo lo esencial de lo teorizado por Lenin, también caracterizó al Gobierno Provisional como una marioneta manipulada por la contrarrevolución. Fue muy crítico con los «compañeros que piensan que porque el capitalismo está poco desarrollado en Rusia, el objetivo de una revolución socialista es una utopía». Caracterizó «la exigencia de que Rusia debería retrasar los cambios socialistas hasta que comenzara (la revolución) en Europa» como un rasgo de pedantería. Posteriormente, sumándose a lo

dicho por Lenin, Stalin declaró asimismo que la etapa pacífica de la revolución había terminado e insistió en que la vieja consigna «todo el poder a los soviets» debía ser abandonada.

Como en la II Conferencia de la ciudad, los argumentos relativos a la situación política en general, y a la resolución de Stalin, en particular, se centraron principalmente en la cuestión fundamental: la futura acción a seguir en los soviets, —hasta ese momento el punto focal de la actividad política de todos los delegados—.

Quince congresistas tomaron la palabra durante este debate, la mayoría de ellos usando cada segundo de sus asignados quince minutos de tiempo. De estos, ocho se expresaron a favor de mantener la consigna: «todo el poder para los soviets». Afirmaban que los soviets no habían agotado sus funciones, y que no comprendían con qué se quería sustituirlos, al tiempo que aseguraban que se volvería a reivindicar para ellos la plenitud del poder.

Búbnov, fue uno de los que defendieron los argumentos de la ponencia oficial. «Los soviets no tienen poder ahora», afirmó. «Están podridos, no podemos abrigar ninguna ilusión al respecto... Si, antes, hablábamos de la transferencia de poder, esa idea ha quedado ahora obsoleta. Debemos construir nuestra fuerza para la batalla decisiva, para la toma del poder. El lema del paso del poder a los soviets tiene que desaparecer».

Posteriormente Búbnov fue elegido para el comité de resoluciones, que estuvo compuesto por: Stalin, Sokólnikov, el mismo Búbnov, Milûtin y Nogin, y dos representantes de la dirección regional moscovita: Buharin y Lomov. Estos siete delegados pasaron muchas horas tratando de resolver las diferentes concepciones sobre cómo actuar ante la nueva situación, hasta que pudieron llegar a una solución de compromiso que fue aprobada el 3 de agosto por el voto unánime del congreso con sólo cuatro abstenciones. En la resolución se decía que los soviets estaban siendo atacados por la contrarrevolución. En estos órganos, el partido debía trabajar con toda la energía posible para fortalecer la posición de los «internacionalistas», consolidando alrededor de sí mismo todos los elementos dedicados a la lucha frente a la contrarrevolución. Por lo tanto, el foco central de las actividades del partido seguirían siendo los soviets

¿Cuál fue entonces la importancia de las decisiones programáticas del VI Congreso? Oficialmente, la consigna «todo el poder para los soviets» fue

retirada, y desapareció en todos los documentos oficiales del partido bolchevique durante todo el mes de agosto. Sin embargo, más allá de eso, las decisiones parecen haber tenido poco impacto práctico.

En el VI Congreso el tono de los debates fue en conjunto menos polémico que en la Conferencia de abril. No obstante, hubo discusiones muy serias en los nueve días del conclave. Precisamente el último día se produjo un episodio que luego se recordará miles de veces. En el momento del voto sobre la resolución política, Preobrazhensky propuso una enmienda que colocaba a la avanzada de Rusia hacia el socialismo en dependencia de la «presencia de la revolución proletaria en Occidente». Stalin, como relator, lo rechazó con algunas formulaciones que sólo mucho más tarde se harían famosas: «No está excluida la posibilidad de que precisamente Rusia sea el país que abrirá la vía del socialismo […] Es preciso abandonar la vieja idea de que sólo Europa puede indicarnos el camino. Hay un marxismo dogmático y un marxismo creador. Yo estoy por este último».

Puede verse en este encontronazo un anuncio de la dura batalla política que se desarrolló bastantes años después en torno al tema «socialismo en un solo país», cuando Stalin y Preobrazhensky estuvieron en campos contrarios, siendo el segundo un defensor de las tesis de Trotsky.

Finalmente el partido se mantuvo fiel a la estrategia ya adoptada en la Conferencia de abril sobre la necesidad de una revolución socialista. La llamada a las armas fue el verdadero objetivo del congreso. Pero las preguntas cruciales de ¿Cómo? y ¿Cuándo?, quedaron flotando en el aire.

Antes de clausurarse, el congreso eligió al nuevo Comité Central del partido. Los nombres de sus componentes no fueron anunciados en público por razones de seguridad. Se hizo una excepción sólo con los cuatro que tuvieron mayor número de votos favorables, porque eran todos líderes ya conocidos y sometidos a persecución. Su elección casi unánime resultaba así una manifestación de solidaridad. Estos cuatro eran: Lenin con 133 votos sobre 134, Zinóviev con 132 votos, Kámenev con 131 votos, Trotsky con 131 votos. Este último era ya uno de los jefes reconocidos y de mayor prestigio en el partido. Los otros elegidos, cuyos nombres no se publicaron entonces, fueron: Artiom (Serguéiev), Berzin, Búbnov, Buharin, Dzerzhinsky, Kollontai, Krestinsky, Milûtin, Muranov, Noguin, Rýkov, Shaumián, Smilga,

Sokólnikov, Stalin, Sverdlov y Uritsky. Otros diez fueron elegidos como candidatos para eventuales sustituciones.

Al inaugurarse el VI Congreso se leyó una salutación que había enviado Lenin, en ella se decía: «El arco del partido no se romperá. Está hecho de esa materia proletaria que nunca se quiebra. En cuanto a la cuerda bolchevique, hay que tensarla aún más, tensarla una y otra vez, pues hemos de disparar muy lejos la pesada flecha». Corroborando lo dicho por Lenin, unas pocas semanas después de la sublevación de julio, a principios de agosto, ya había numerosas señales de que con su aparato muy recuperado, el partido bolchevique se había embarcado en un nuevo período de crecimiento.

El 7 de agosto, en la primera reunión de la sección de los trabajadores del Soviet de Petrogrado desde los días de julio, se exigió que se discutiera sin demora sobre la difícil situación de los «internacionalistas» detenidos, y sobre la decisión del gobierno de restaurar la pena de muerte en el frente. En una votación sobre estas cuestiones, la mayoría apoyó a los bolcheviques que propusieron la liberación inmediata de todos los arrestados después de las jornadas de julio y la abolición de la pena capital.

En las elecciones celebradas en la ciudad el 20 de agosto para constituir una nueva Duma de la ciudad, se pudo apreciar de modo mucho más evidente la rápida recuperación de los bolcheviques.

Dado que el objetivo de la campaña era movilizar el apoyo más amplio posible, la propaganda eludió algunos de los aspectos más conflictivos respecto del programa teórico y táctico del partido. Incluso el término «bolchevique» parece haber sido menos utilizado de lo que era habitual en la literatura de la organización, tal vez debido a que el apelativo podía seguir despertando recelos asociados a la acusación de ser agentes de los alemanes, por eso se prefirió llamar al voto para «Lista 6».

Después de varios días de escrutinio, el resultado final arrojó un sorprendente crecimiento de los bolcheviques en todos los distritos de la capital. El partido recibió 183.624 votos, que le otorgaban sesenta y siete escaños en la nueva Duma municipal. Este resultado era sólo superado por los socialrevolucionarios, que recibieron 205.659 votos y setenta y cinco escaños. El voto kadete fue de 114.483 votos, que les dieron cuarenta y dos escaños, mientras que los mencheviques se perfilaban como los claros perdedores al obtener sólo 23.552 votos y ocho escaños. Este resultado suponía

para los bolcheviques un crecimiento del 14% sobre el obtenido en las elecciones a la Duma del distrito provincial celebradas a finales de mayo.

Tanto el órgano oficial de los kadetes, el periódico *Rech*, como la gaceta menchevique *Rabochaia*, intentaron, en un primer momento, minimizar la importancia del impresionante número de votos obtenidos por los bolcheviques. En un primer editorial sobre las elecciones, el *Rabochaia Gazeta* llegó a decir que el resultado de los bolcheviques había sido inflado en gran medida por los votos de los derechistas, cuyo objetivo era ampliar la amenaza roja con el fin de justificar su propia programa. Sin embargo, el diario *Nóvaya Zhizn*, en un análisis poselectoral más ponderado, afirmaba lo que para muchos era indiscutible: que las elecciones habían supuesto una «victoria sorprendente e incontrovertible» de los bolcheviques.



Leonid Pasternak «Para ayudar a las víctimas de la guerra» (1914)

VIII
El Instituto Smolny
La confrontación

El partido bolchevique, que sorpresivamente había sobrevivido a la represión, seguía, a pesar de todo, trabajando en el seno del Soviet de Petrogrado, que por estas fechas iba a cambiar su sede.

La extinta Duma, que era un cadáver con buena salud, aprovechó el pretexto de una próxima Asamblea Constituyente para solicitar al Soviet panruso, al Soviet de Petrogrado, a los partidos políticos, a los comités de soldados y de obreros y a los sindicatos, que desalojaran el antiguo Palacio Táuride. Atendida la demanda, los diputados de la Duma volvían a encontrarse solos en ese escenario del antiguo Palacio Potenkin que retornaba a ser el hogar de la burguesía rusa.

El gobierno puso a disposición de todos los desalojados los locales del Instituto Smolny, gigantesca edificación alzada en 1748 en el extremo este de la ciudad, para servir de colegio distinguido a las muchachas de origen noble. Las jóvenes pensionistas del Smolny estaban de vacaciones y no volverán a ver nunca más ni su escuela ni la admirable iglesia contigua coronada de maravillosas cúpulas azules adornadas con oro mate.

Junto al Neva, lejos de los ruidos de la ciudad, el Smolny se convirtió en la sede del movimiento popular. Más de cien habitaciones, blancas y desnudas, distribuidas en tres pisos, a ambos lados de pasillos de 220 metros de longitud albergaron el abigarrado conjunto de movimientos populares que habían florecido desde febrero. El lujo sólo brillaba en el segundo piso, en una sala con catorce columnas blancas de capiteles corintios. Esa vasta estancia, desde cuyos ventanales se abarcaba Petrogrado de una sola mirada, por la noche se iluminaba con lámparas de alabastro que colgaban de cadenas doradas que pendían del techo adornado con rosetas, a once metros de altura. Bajo él se abría un espacio sin una silla ni un sillón, que había servido como salón de baile y ahora iba a acoger la celebración de tumultuosas asambleas populares.

En varias dependencias del edificio encontró refugio el partido bolchevique, que ya no pudo volver al palacete de la Kschessinskaya.

Las jornadas de julio señalan el punto de inflexión que permitió renacer a las fuerzas del antiguo régimen cuestionando abiertamente todo lo que había ocurrido desde febrero. Convencidos de que la complicidad de la Duma en el derrocamiento de Nicolás II había sido un trágico error y que el Estado ruso estaba en el borde de la destrucción, un buen número de diputados llegó a creer que la Duma, —según ellos único órgano representativo legalmente electo de Rusia— debía tratar de salvar el país, ayudando a crear un gobierno fuerte y libre de la influencia de la izquierda.

El diputado de la Duma Alexander Maslenikov achacaba la culpa de las «tragedias que acontecen en Rusia» a los líderes del Soviet, a quienes calificaba como «soñadores», «lunáticos haciéndose pasar por pacifistas», «mezquinos arribistas», y «un grupo de fanáticos, y traidores». Maslenikov añadía que eran en su mayoría judíos, y no hacía ninguna distinción entre socialistas moderados y bolcheviques. «La Duma del Estado —decía Maslenikov— es una trinchera defendiendo el honor, la dignidad, y la existencia de Rusia y en esta trinchera vamos a ganar o morir».

A mediados de agosto una serie de explosiones e incendios de origen desconocido destrozó varias fábricas dedicadas a la producción de guerra. La situación de aprovisionamiento y carestía en Petrogrado, ya alarmante, de repente se agravó, debido principalmente a la continuación del caos en los ferrocarriles nacionales y a los fallos en los sistemas de abastecimiento

de agua. El 21 de agosto se produjo quizás la peor de las noticias, los alemanes habían ocupado la ciudad de Riga, un puerto importante en el Báltico. Hordas de ciudadanos ansiosos, —al menos aquellos que económicamente estaban en condiciones de hacerlo— comenzaron los preparativos para abandonar Petrogrado temiendo nuevos desórdenes y la ocupación de la capital por el enemigo.

En vista de la parálisis creciente del gobierno ante todos esos problemas, un gran número de industriales y hombres de negocios, representantes de los intereses de la alta burguesía, y muchos de los militares de rango, así como un amplio espectro del mundo liberal, por no hablar de los representantes conservadores, e incluso de los aliados de Rusia, estaban llegando a la conclusión de que el segundo gobierno de coalición no era más operativo —y por tanto igual de inviable— que el primero. Para estos grupos, la única esperanza de restaurar el orden en el frente y detener el caos en la retaguardia parecía ser una alianza de fuerzas liberales y conservadoras antisocialistas y el establecimiento de una férrea dictadura.

Durante todo julio, hasta comienzos de agosto, hubo una ininterrumpida sucesión de congresos de las fuerzas de derechas: cosacos, propietarios rurales, caballeros de San Jorge, incluso el Concilio de la iglesia ortodoxa. Las ciudades más importantes —Petrogrado mucho más que las otras— ocultaban diversas sociedades secretas. Otras, del mismo jaez, actuaban a la luz del día bajo diferentes coberturas. De cualquier forma, la acción de todas ellas confluía hacia el mismo objetivo: la preparación de un golpe de Estado, aunque no siempre coincidieran sus planes.

En agosto de 1917 esta deriva autoritaria era compartida por la mayoría de los kadetes y por importantes grupos de presión como el Consejo de representantes de la Industria y del Comercio y la Unión de Propietarios de Tierras, ambas con sede en Moscú. Mientras que una minoría de líderes kadetes pretendía responder a los acontecimientos manteniendo su apoyo al gobierno, el cuerpo principal del partido, encabezada por Milûkov, dio por estas fechas un decisivo giro a la derecha.

Otro importante núcleo de derechas, descontento con Kérensky y favorable sin reservas a establecer una dictadura, era el que aglutinaba a diversas organizaciones de oficiales. Elementos militares habían comenzado a considerar las posibilidades de un golpe ya en abril. Posteriormente, su

número creció rápidamente, y los representantes de una serie de organizaciones comenzaron a pulular alrededor de Cuartel General del ejército en Mohilev, diseñando planes para detener e invertir los cambios producidos por la revolución de febrero. En julio y agosto, el más importante de estos grupos era la Unión de Oficiales del Ejército y la Marina, cuya central tenía su sede permanente en Mohilev, en tanto que la Liga Militar y la Unión de Caballeros de San Jorge, tenían sus sedes en Petrogrado. Uno de los medios con los que los oficiales golpistas organizaban sus fuerzas era la campaña emprendida para la formación de los llamados «batallones de asalto». Intentaban incluso reclutar un ejército voluntario y presuntamente «revolucionario». A tal fin, en el curso de julio constituyeron, además de los dos comités principales que se ocupaban de la operación en el Estado Mayor de Petrogrado, toda una red compuesta por otros 73 comités periféricos.

Entre las organizaciones civiles con orientaciones similares se deben destacar la Sociedad para la Rehabilitación Económica de Rusia y el Centro Republicano. La Sociedad para la Rehabilitación Económica de Rusia, fundada en abril, fue la primera y estaba dirigida por Alexander Gutchkov y Aleksei Putílov. Inicialmente había sido pensada para recabar fondos en el mundo de los negocios y la industria con el objeto de financiar la elaboración y difusión de contra-propaganda bolchevique, y para dar apoyo a sus candidatos en las futuras elecciones a la Asamblea Constituyente. Pero, a medida que la crisis política se agravaba, la Sociedad comenzó a trabajar en estrecha colaboración con los militares y a dedicar cada vez más atención a la preparación de una dictadura militar.

La evolución del Centro Republicano fue similar. Fundado en mayo bajo los auspicios del poderoso Banco Siberiano de Negocios, elaboraba propaganda dirigida a «frenar el movimiento (revolucionario) espontáneo», pero muy pronto creó una sección militar encabezada por el coronel Desimeter que incluía representantes de los más importantes grupos de oficiales que operaban en ese momento. Este órgano se dedicaba casi exclusivamente a preparativos técnicos para la toma del poder.

Las tendencias de los círculos industriales de las dos principales ciudades rusas no eran totalmente idénticas, sin embargo coincidían en reivindicar un poder autoritario capaz de sofocar a los soviets. Si en la capital actuaba la Sociedad, en Moscú, operaba el Centro, dotado de ingentes medios financieros por sus animadores, que eran los principales industriales de la ciu-

dad (Riabushinskii, Tretiakov y Smirnov). Por iniciativa suya tuvo lugar en Moscú, el 3 de agosto, el II Congreso de representantes de la Industria y el Comercio, donde resonaron llamamientos explícitos a la insurrección contrarrevolucionaria. «Si para la salvación de la patria se necesita un poder dictatorial —había declarado poco tiempo antes el Consejo de la Unión—, este poder debe ser sólo auténticamente nacional, por encima de las clases y de los partidos».

También en Moscú, por iniciativa de los mismos personajes, se convocó inmediatamente después, el 8 de agosto, una «Conferencia de las personalidades públicas», que constituyó una auténtica muestra de las fuerzas burguesas y de derechas. Además de los exponentes capitalistas de las dos principales ciudades, estaban presentes los líderes kadetes, los dirigentes de la vieja Duma, los generales más conocidos y los dirigentes de las asociaciones contrarrevolucionarias de oficiales del ejército. La asamblea se desarrolló bajo el signo de la «lucha contra la anarquía», o sea contra el movimiento revolucionario. Se presentaron informes sobre la situación política, económica, financiera y militar. En la resolución política que se adoptó se auspiciaba que «el poder central, unido y fuerte, acabará con el sistema de gestión irresponsable de las instituciones colectivas en la administración del Estado». Después de manifestarse en contra de las demandas, que habían sido formuladas en los soviets contra Kornilov, recién nombrado Comandante en Jefe del ejército ruso, la Conferencia dirigió al nuevo jefe militar el siguiente mensaje: «En esta hora trágica de duras pruebas, toda la Rusia pensante dirige sus miradas hacia usted con fe y esperanza. Dios le ayude en sus heroicos esfuerzos que tienden a recrear un potente ejército para la salvación de Rusia».

Hoy se sabe que durante la primavera y el verano de 1917 estas organizaciones barajaron varias figuras de militares prominentes para el cargo de dictador, entre ellas las de los generales Alekseev, Brusílov y el almirante Kolchak. Pero a finales de julio el favorito era ya el general Lavr Kornilov.

Kornilov era un mediocre general hijo de un pequeño funcionario, y no de un campesino cosaco como él pretendía. Había sido siempre un monárquico de derechas que simpatizaba con las Centurias Negras pero que se había hecho muy popular cuando, tras ser capturado por los austríacos, en julio de 1916, logró escapar y regresó a Rusia. Nombrado comandante del distrito militar de Petrogrado, a instancias de la Duma, que buscaba una

figura conocida para ayudar a restaurar el orden y la calma, quiso reprimir por la fuerza las manifestaciones de abril, dimitiendo de su cargo al no contar su plan con la total aprobación del gobierno. Para el general Alekseev, que lo conocía muy bien, Kornilov era «un hombre con el corazón de un león y el cerebro de una oveja». No obstante, el embajador inglés Buchanan pensaba entonces, según escribió en su diario, que Kornilov era: «un hombre mucho más enérgico que Kérensky... si refuerza su autoridad sobre el ejército y si el ejército recupera su valor combativo, él se convertirá en amo de la situación».

Los miembros de una organización derechista embrionaria formada en Petrogrado a mediados de marzo: Vasily Zavoiko y Grigory Semyonov, comenzaron ya en abril a valorar a Kornilov como un dictador potencial. Un miembro del círculo Zavoiko-Semyonov, sondeo a Kornilov, que manifestó rápidamente su voluntad de trabajar con el grupo. Con el fin de mantener un contacto tras la salida inesperada del general para el frente, después de la crisis de abril, el mismo Zavoiko se alistó en el ejército y se convirtió en ordenanza del general. A fines de julio, Kornilov confió los proyectos del grupo al general Denikin, quien le abrazó y prometió su colaboración. Vasily Šulgin, que había recogido la abdicación de Nicolás II en la estación de Pskov, participaba igualmente del complot.

Grigory Semyonov era un general y cacique cosaco líder de las Centurias Negras en la región del Trans-Baikal y el Lejano Oriente. De Zavoiko ya hemos dicho que era un personaje siniestro, condenado después por todos como un intrigante político de la peor clase, pero que había adquirió una enorme influencia sobre Kornilov, que veía aumentar su fama gracias a pequeños éxitos militares en el frente, y en gran parte al talento de Zavoiko como publicista del general. A estos aventureros de derechas se vino a sumar Alexei Aladin, que era un agente inglés. Ex-diputado radical de la I Duma, Aladin había regresado a Rusia a principios de agosto después de una estancia de once años en Inglaterra, e inmediatamente fue transferido al cuartel general de Kornilov, que veía en él un hombre de enlace con las potencias aliadas.

La popularidad de Kornilov también atrajo la atención de Maximilian Filonenko, un comisario socialrevolucionario en el VIII Ejército, y de Boris Sávinkov, comisario para el frente Suroeste y una figura de cierta relevancia histórica. Sávinkov había sido uno de los más celebres terroristas durante

el zarismo, pero al estallar la guerra se había convertido en un patriota rabioso, representante de la extrema derecha del partido socialrevolucionario, sostenedor convencido de la «guerra hasta la victoria» y del «gobierno fuerte». Conspirador político por excelencia, Sávinkov era la figura más extravagantes de aquel magma conspirativo. Después de 1905, pasó gran parte de su vida en el extranjero, donde se dedicó a escribir una serie de novelas populares que le dieron cierta fama, novelas descritas por Vojtinsky como «una mezcla de folletín detectivesco con tramas revolucionarias y una imitación barata de Dostoievski generosamente condimentada con el erotismo importado de Francia». Con el estallido de la guerra, Sávinkov se alistó en el ejército francés, y en abril de 1917 regresó a Rusia y se puso a disposición del Gobierno Provisional. A principios del verano, Sávinkov, que estaba muy cerca de Kérensky, entonces Ministro de la Guerra, fue nombrado representante del gobierno en el frente Sudoccidental.

Hay alguna evidencia de que a finales de julio Sávinkov había sondeado Milûkov sobre la posibilidad de establecer una dictadura militar, al mismo tiempo que, tanto él como Filonenko, comenzaron también a considerar a Kornilov como el hombre idóneo para detener la avalancha de deserciones en el frente y para presionar a Kérensky con la finalidad de que consintiera en la creación de un régimen autoritario.

Una de las primeras medidas de Kérensky al convertirse en Presidente del Gobierno, tal vez instigada por Sávinkov y Filonenko, fue el nombramiento de Kornilov como comandante del frente Sudoccidental.

El 16 de julio, Kérensky, acompañado por el canciller Teréschenko, por Sávinkov y Filonenko, se reunió en la sede del Estado Mayor en Mohilev con el alto mando militar ruso. Este consejo de emergencia se organizó a petición de Kérensky para evaluar la situación militar en todos los frentes a raíz de la contraofensiva del enemigo. Debido a la situación particularmente inestable en el frente Sudoccidental, a Kornilov se le había ordenado permanecer en su puesto y telegrafiar un informe a la conferencia, pero la mayoría de los otros altos generales rusos estuvieron presentes, entre ellos el entonces Comandante en Jefe, general Brusílov; el general Denikin, comandante del frente Occidental; el general Klembovsky, del frente Norte; y los generales Ruzsky y Alekseev. Todos ellos expresaron su amargura por los cambios que la revolución había traído al ejército. Uno tras otro criticaron acerbamente tanto a los soviets como al Gobierno Provisional, por haber

facilitado la ruina de la disciplina militar. El núcleo de las quejas se centraba en la incompetencia de los comisarios y la constantemente proliferación de comités que habían minado la autoridad de los oficiales y que continuamente interferían en las operaciones.

La intervención más dura corrió a cargo del general Denikin que demandó la completa libertad de acción de los generales en todas las cuestiones militares. Pidió la abolición inmediata de los comisarios y los comités democráticos, la revocación de la Declaración de los derechos del soldado, y la restauración plena de la autoridad tradicional, la reintroducción de la pena capital y el uso de tribunales militares especiales para volver a imponer la disciplina entre las unidades de retaguardia, así como la prohibición total de la actividad política en el ejército. En suma, no sólo reclamó un retorno al antiguo orden entre las tropas en zonas de combate, sino también la extensión de medidas represivas de las fuerzas militares a toda Rusia. Más allá de esto, Denikin exigió la formación de unidades punitivas especiales para imponer la autoridad por la fuerza cuando fuera necesario. El discurso de Denikin lo convirtió en el héroe de la reunión.

Una vez se hubo marchado Kérensky, llegó al Cuartel General el industrial Gutchkov y ex Ministro de la Guerra del príncipe Lvov. Venía, en nombre de la Sociedad para la Rehabilitación Económica de Rusia a brindar su apoyo para un golpe de Estado. Con el pretexto de la lucha antibolchevique, las tropas marcharían sobre Petrogrado al mando del general Krymov, para proceder a la detención de los miembros del Gobierno Provisional y a la ejecución de los jefes socialrevolucionarios y socialdemócratas.

En el transcurso del viaje de regreso a Petrogrado, Kérensky, engatusado por Sávinkov y Filonenko, se decidió a destituir a Brusílov y promover a Kornilov para el cargo de Comandante en Jefe. Al tomar esta decisión el Presidente del Gobierno no se percató de que Kornilov, en virtud de su creciente popularidad entre los liberales y los conservadores, se convertía en una poderosa figura política y en un rival del propio Kérensky, que se pretendía así mismo como el salvador de Rusia.

A estas alturas, el complot de derechas estaba ya perfectamente a punto. La Unión de Putílov había considerado sustituir el Gobierno Provisional por un Consejo de Defensa, compuesto por Kornilov como presidente y Kérensky como vicepresidente. Formarían parte del mismo el general Alek-

seev, el almirante Kolchak, Plehanov, Boris Sávinkov, Filonenko, Zavoiko, Tretiakov, V. L. Lvov, Aladin, y el conde Ignatiev como miembros del Consejo. Al tener noticia de la propuesta, Plehanov se negó a participar, alegando: «Me quedo con los obreros, aunque no tengan razón».

Lo primero que hizo Kornilov tras su nombramiento como Comandante en Jefe, fue manifestar que su autoridad no debía estar sujeta a ninguna otra ya que sólo él era responsable «ante su conciencia y ante el pueblo». Tras esta retórica lo que exigía era independencia total respecto a las directrices operacionales y respecto al nombramiento de comandantes. Insistía en la creación de tribunales especiales y en la aplicación de la pena de muerte para hacer cumplir la disciplina, tanto en la retaguardia como en el frente. Según Kérensky, tal programa «exponía todo un conjunto de medidas perfectamente aceptables en su inmensa mayoría, pero redactadas y argumentadas de forma que su publicación produciría el efecto contrario».

Kornilov hizo dos viajes de Mohilev a Petrogrado en un intento por persuadir al gabinete para poner en práctica sus recomendaciones. La primera visita tuvo lugar el 3 de agosto, en esta ocasión Kornilov trajo una propuesta formal debidamente estructurada, aunque en ella ya no planteaba poder gozar de una autoridad ilimitada.

Cuando la prensa de Petrogrado se enteró del contenido de la propuesta la noticia desató un enconado debate entre la derecha, que apoyaba a Kornilov y su programa, y la izquierda moderada, que se oponía, en especial, a la aplicación de la pena capital en la retaguardia. En aquellos mismos días el Soviet de la capital había votado casi unánimemente una moción para pedir la abolición de la pena de muerte, a pesar de la abierta oposición de Tsereteli y de otros dirigentes. La presión de la base volvía a hacerse sentir.

La campaña de los grupos liberales y conservadores a favor de Kornilov se intensificó, recibiendo el apoyo de organizaciones como la Unión de Oficiales, la Unión de Tropas Cosacas, y la Unión de Caballeros de San Jorge. Dentro del gobierno las demandas de Kornilov fueron apoyadas por los kadetes, que amenazaron nuevamente con dimitir en caso de que no fueran aceptadas. Solamente el compromiso de tomarlas en consideración evitó una nueva crisis de gobierno.

Animado por este ambiente, Filonenko se ocupó de revisar la propuesta del 3 de agosto para presentarla de nuevo siete días después ante el

gobierno, pero en vez de redactar el documento en un lenguaje más moderado, introdujo nuevas medidas para militarizar los ferrocarriles y la producción en las fábricas de guerra. Por lo tanto, los ferroviarios que no cumplieran las órdenes podían enfrentarse a un pelotón de fusilamiento, mientras que en las fábricas se asignarían cuotas de producción y los trabajadores que no las cumplieran podían ser enviados al frente.

Sávinkov, de total acuerdo con Filonenko, suplicó a Keresky que apoyara estas medidas ante los ministros, e incluso presentó su dimisión cuando el Presidente del Gobierno puso reparos, aunque Keresky rechazó la renuncia y Sávinkov continuó en su puesto.

El 10 de agosto Kornilov volvió a entrevistarse en Petrogrado con Keresky, que ya comenzaba a darse cuenta del peligroso rival que tenía en el general. El encuentro sólo sirvió para exacerbar sus diferencias y complicar sus relaciones, aunque se acordó dejar a un lado las disposiciones relativas a los controles sobre los ferrocarriles y fábricas añadidas por Filonenko.

Pero cuatro días antes, Kornilov ya había cursado una petición para que el distrito militar de Petrogrado, bajo control del Ministerio de la Guerra, fuera puesto bajo su mando directo, justificándolo por la probabilidad de que el área de Petrogrado pronto sería zona de operaciones militares. En una conversación con su secretario, el general Lukomsky, el 11 de agosto, éste le preguntó por el nombramiento del ultraconservador general Krymov como comandante de las tropas concentradas alrededor de la capital. Kornilov le contestó que había que estar alerta frente a un posible levantamiento bolchevique y que había llegado la hora de «colgar a todos los espías alemanes, empezando por Lenin», y que Krymov no dudaría, si era necesario, «en colgar también a todos los miembros Soviet». No obstante, el mismo Lukomsky recordó después que Kornilov le comentó que «no tenía previsto actuar contra el gobierno y que esperaba fuera posible llegar a un acuerdo con Kérensky».

En aquel periodo Moscú era considerada, en los círculos de la burguesía rusa, una ciudad relativamente tranquila, y como tal era contrapuesta a la «turbulenta» Petrogrado. Por lo tanto, una vez más, fue en la antigua capital de los zares, Moscú, donde se convocó otra conferencia, ya no «privada» sino «estatal», —por tanto más importante y ciertamente más pomposa— que debía unir a todas las fuerzas políticas de Rusia. Precisamente por ello recibió la solemne denominación de Conferencia de Estado.

La iniciativa de convocar esa Conferencia había sido de Kérensky, que contaba con aparecer en esta gran convención pública, ante todo el país, como el único árbitro posible entre las facciones en lucha. Este hombre, llevado al poder por las izquierdas y convencido de tener todavía un ascendiente sobre las masas, pero decidido a trabajar con la burguesía de derechas, a satisfacer sus reivindicaciones y a solicitar su aprobación, esperaba obtener así una investidura que satisfaría sus ambiciones bonapartistas.

La composición de la Conferencia de Estado, fijada desde arriba, era suficiente para predeterminar su carácter. El grupo más compacto de delegados —488— fue otorgado a los diputados de las cuatro Dumas zaristas. Los soviets y las otras organizaciones tuvieron sólo 129. Otros tantos correspondieron a las Dumas municipales. Los *zemstvos* tuvieron 118 delegados, los círculos industriales, financieros y comerciales 150, el ejército y la flota 177, el clero 24, las organizaciones científicas 99, los campesinos 100, las cooperativas 313, los sindicatos 176 y así sucesivamente. Para colmo los bolcheviques fueron excluidos de la delegación del Comité Ejecutivo Central del Soviet de toda Rusia, y los únicos delegados que podían tener en la Conferencia eran los designados por las cooperativas, los sindicatos, los comités del ejército o las administraciones comunales. Para hablar a favor de la guerra y de la victoria acudieron también a la Conferencia viejas glorias del ilustre pasado revolucionario, como el «padre del marxismo ruso» Plehanov y el anarquista Kropotkin.

Decidir la actitud que debía adoptar el partido bolchevique frente a esa Conferencia de Estado fue una de las primeras tareas del nuevo Comité Central elegido por el VI Congreso. ¿Boicotearla? ¿No boicotearla? Primero la discusión se desarrolló en estos términos. Luego prevaleció la idea de presentarse en Moscú, leer una declaración que denunciaba los objetivos de la convención y abandonar el teatro Bolshoi, donde tendría lugar la asamblea. En la práctica no fue posible hacer ni siquiera esto, porque a los delegados bolcheviques se les impidió leer su documento y tuvieron que abandonar la sala después de entregarlo a la presidencia. La campaña de denuncias a la Conferencia de Estado, que era una forma de lucha frente a la reacción, se inició en todo el país. La Conferencia —decían los bolcheviques— era «un comodísimo biombo para la organización de un complot contrarrevolucionario»; así como la revolución había producido los soviets, la contrarrevolución buscaba a su vez «su» parlamento, su centro de acción.

Sin embargo, Moscú, el escenario elegido por el gobierno para la Conferencia dada su tranquilidad, estaba mucho menos sosegado de lo que pensaban los dirigentes de la burguesía. El 12 de agosto, día fijado para la apertura del cónclave, los sindicatos, ya bajo dirección bolchevique, proclamaron una huelga general de veinticuatro horas. Restaurantes y cafeterías cerraron, los tranvías no circulaban y, la mayor parte de los taxistas no prestaron servicio, por lo que los asistentes a la Conferencia de Estado debieron trasladarse a ella caminando o en coches de caballos. Incluso los empleados de los bufés en el Teatro Bolshoi, donde tenía lugar el encuentro, se declararon en huelga, obligando a los delegados a servirse ellos mismos. Esa noche todo Moscú quedó a oscuras ya que los empleados de la fábrica de gas también secundaron el paro.

Más de cuatrocientos mil trabajadores tomaron parte en la huelga. La presencia bolchevique, que se había querido suprimir en la Conferencia, atacaba con toda su fuerza antes de que los trabajos de la asamblea hubieran comenzado. La huelga de Moscú, seguida por manifestaciones análogas en otros putos, fue la primera gran prueba de que el partido no había sido quebrantado por el golpe sufrido a principios de julio.

En vísperas de la apertura, la inquietud y tensión dominaban en todos los grupos convocados a la Conferencia de Estado. Rumores sobre un inminente golpe de Estado circulaban con insistencia. Kérensky declararía más tarde: «Habíamos sido advertidos de que durante la Conferencia de Moscú sería proclamada la dictadura». En realidad no hay pruebas de que fuera precisamente aquél el momento elegido por los generales y sus protectores políticos para pasar a la acción directa. Como veremos, tenían otras cartas que jugar antes de intentar la aventura golpista. No obstante, el Soviet de Moscú, para ponerse a cubierto, constituyó de todos modos un Comité Revolucionario en el que dos bolcheviques tuvieron que ser incluidos junto con dos mencheviques y dos socialrevolucionarios, porque era la única forma de darle una autoridad efectiva.

Kornilov llegó a Moscú en tren la tarde del 13 de agosto y fue recibido por una guardia de honor y la banda de la Academia Militar Alexandrovsky. Sentado en un automóvil descubierto se dirigió a postrarse ante la sagrada imagen de la virgen de Iverskyshnne, a la que tradicionalmente iban a adorar los zares cuando visitaban Moscú. Tras esto regresó a su vagón de tren donde recibió numerosas adhesiones y las visitas de Milûkov y del todo po-

deroso Putílov, que le garantizó el apoyo financiero para la implantación de un régimen dictatorial. En sus memorias, el general Denikin, hablando de la actividad de la Unión de Oficiales, que era una de las fuerzas más comprometidas en el complot, referirá: «Los círculos políticos rusos, en particular los kadetes, nos habían prometido su apoyo. Estuvimos con Milûkov y con Riabushinskii. Uno y otro nos garantizaron su apoyo ante los aliados y ante el gobierno, con la prensa y con dinero». Años después el norteamericano Robins, que se encontraba en Rusia como jefe de la misión de la Cruz Roja, dijo que todos los «representantes aliados habían participado en la aventura… cada uno de ellos había invertido su capital, por así decirlo, en Kornilov». El inglés Knox le comento a Robins en aquellos días: «El gobierno de Kérensky no me interesa... aquí hacen falta los cosacos, este pueblo necesita el *knut* (látigo cosaco)».

La elegante sala rojo y oro del teatro Bolshoi, con sus suntuosos candelabros, fue escenario de una patética fraternización con efectos melodramáticos. La asamblea estaba dividida entre una derecha y una izquierda, que se sentaban en las dos mitades correspondientes de la platea, pero el líder de los soviets, Tsereteli, estrechó la mano en el escenario a Bublikov, uno de los representantes más autorizados de los industriales. En esos momentos hubo ovaciones generales, y para no turbar su efecto se suprimió de los trabajos de la Conferencia toda alusión a algunas de las cuestiones más graves: el problema agrario ni se mencionó.

Kornilov habló el tercer día. El discurso, escrito con anticipación por sus consejeros Zavoiko y Filonenko, no contenía alusiones directas al programa de medidas excepcionales que él había ya sometido al gobierno. Había sin embargo algo más alarmante. Pintó con las tintas más negras el estado del ejército y prácticamente anunció a la Conferencia que Riga estaba a punto de caer en manos de los alemanes. El general no garantizaba ni siquiera Petrogrado, si no se apresuraban a aceptar sus propuestas.

Pasaron sólo pocos días antes de que la triste profecía sobre Riga se realizase. El 21 de agosto la futura capital letona fue tomada por los alemanes que cuarenta y ocho horas antes habían traspasado el frente. Inmediatamente circuló el rumor de que el comandante en jefe había abandonado la ciudad deliberadamente. Diversos testimonios confirman que Riga fue sacrificada por el alto mando. El general Kornilov confiaba en que la impresión de la caída de Riga provocaría en la opinión pública un apoyo a sus

planes de restablecer inmediatamente la disciplina en el ejército ruso. Así la pérdida de Riga fue efectivamente la señal que dio vía libre a Kornilov.

A raíz de la Conferencia de Estado, Kornilov continuó los preparativos para concentrar numerosas tropas, de las principales unidades, dirigidas hacia la capital, como la famosa División Salvaje del norte del Cáucaso, cuya ferocidad en el combate era legendaria. Esta unidad debía confluir con otras del III Cuerpo de Caballería del frente Sudoccidental, justo al este de Pskov.

Un elaborado plan había sido diseñado por la Unión de Oficiales, la sección militar del Centro Republicano y por la Liga Militar. Este plan contemplaba la intervención de tropas en la capital el domingo, 27 de agosto, coincidiendo con el aniversario de los seis meses de la revolución de febrero. Los conspiradores, preveían que las manifestaciones irían acompañadas por trastornos que podrían utilizarse como pretexto para proclamar la ley marcial, destruyendo las organizaciones bolcheviques, dispersando el Soviet, y estableciendo la dictadura. Las fuerzas militares que convergerían hacia Petrogrado lo harían bajo el pretexto de restaurar el orden, pero realmente lo que se pretendía era instaurar un nuevo régimen.

A medida que el día señalado para la acción se acercaba, la Unión de Oficiales, concentró a numerosos mandos proclives al golpe en la capital. Pretextando la instrucción en el manejo de un nuevo mortero de trinchera inglés, los oficiales convocados, conforme llegaban a Mohilev eran enviados inmediatamente a Petrogrado. Así, cuarenta y seis oficiales comprometidos en la conjura llegaron por separado a la capital.

Los encuentros en Mohilev entre Kornilov y Sávinkov, se multiplicaron con el fin de convencer a Kérensky para que consintiera aceptar un estado de excepción. Hubo un momento en que Sávinkov pareció lograr este objetivo sin que llegara a concretarse.

El 25 de agosto las tres divisiones del III Cuerpo de Caballería fueron puestas en estado de alerta, y Krymov elaboró una Directiva sobre su entrada en la capital. En esta orden, Krymov colocaba todo el distrito militar de Petrogrado, incluyendo Finlandia y Kronstadt, bajo la ley marcial, imponiendo el toque de queda desde las 19 horas hasta las 7 de la mañana. Esa misma noche del 25 de agosto, Krymov recibió órdenes para comenzar su movimiento hacia el norte a la mañana siguiente. El comandante del frente Norte, se encargaría de que la División Usuriski, subiera a los trenes para

dirigirse a la capital a través de Pskov, Narva y Krasnoie-Selo. Al mismo tiempo, las otras dos divisiones del III Cuerpo, la 1ª División de cosacos del Don, situada en Pskov, y la famosa División Salvaje, estacionada en Dno, se dirigirían hacia las ciudades suburbanas de Tsarkoie-Selo y Gatchina respectivamente. Al mismo tiempo, Kornilov envió un telegrama ya convenido a Sávinkov anunciándole que las tropas estarían a las afueras de Petrogrado la tarde del 28 de agosto.

Pero entonces ocurrió algo inexplicable. El 22 de agosto Kérensky se entrevistó en el Palacio de Invierno con Vladimir Nikolaevich Lvov, Procurador del Santo Sínodo en el primer y segundo gobiernos provisionales. En la conversación, Lvov le dijo a Kérensky, en tono misterioso, que hablaba en nombre de «ciertos grupos con fuerza significativa» con los que se podría formar un gobierno «nacional».

Kérensky rápidamente sospechó que Lvov estaba involucrado en una conspiración, pero decidió actuar con cautela. Lvov dejó Petrogrado y el 24 de agosto llegó al Cuartel General en Mohilev. En la conversación que mantuvo con Kornilov le dio a entender que había sido autorizado por Kérensky para ayudar a la formación de un nuevo gobierno. La propuesta fue creída por los conspiradores que comenzaron a discutir cual podría ser la composición del futuro gabinete. Según Lvov, cuando Kornilov mencionó a Kérensky como posible Ministro de Justicia, Zavoiko rechazó rotundamente la idea, añadiendo que Kérensky podía resultar útil en los primeros momentos pero que después «debía ser eliminado».

Lvov de vuelta en el Palacio de Invierno informó a Kérensky y le dijo que el mismo Kérensky y Sávinkov debían dirigirse inmediatamente al Cuartel General para ponerse bajo la protección del Estado Mayor. Después Kérensky sería nombrado Ministro de Justicia y Sávinkov de la Guerra bajo la presidencia de Kornilov. Ante el asombro del Presidente del Gobierno por la propuesta, que creía una broma, Lvov le suplicó que se tomara en serio abandonar cuanto antes la capital si quería salvar su vida.

Kérensky decidió hablar con Kornilov por teléfono desde el Ministerio de la Guerra, el único lugar que contaba con una línea directa con el Cuartel General, para averiguar que estaba pasando. Lvov acordó reunirse en el Ministerio con Kérensky a las ocho y media de la tarde para ser partícipe de la conversación, pero llegó tarde a la cita porque se entretuvo en relatar lo que

estaba aconteciendo al líder kadete Milûkov. Ante la tardanza, Kérensky estableció comunicación con el general golpista haciéndole creer que Lvov estaba presente. La conversación fue breve y quedó gravada. Kérensky le preguntó a Kornilov si lo que le había transmitido Lvov era cierto y Kornilov se lo confirmó.

Durante casi veinticuatro horas el asunto fue mantenido en secreto y Kérensky no informó al Comité Ejecutivo del Soviet. En la noche del 26 de agosto, después de haber arrestado a Lvov, el Presidente del Gobierno revelo la traición de Kornilov al gabinete y pidió a sus compañeros ministros le concedieran una autoridad ilimitada para hacer frente a la situación de emergencia que se había planteado. Los kadetes Kokoshkin y Iurenev, expresaron indignados su oposición, amenazando con dimitir. Pero la mayor parte del gabinete apoyó al Presidente del Gobierno, y sólo Kokoshkin dimitió.

La reunión del gobierno se prolongó hasta cerca de las cuatro de la mañana (ya 27 de agosto) y tras su conclusión, Kérensky envió un telegrama a Kornilov ordenándole resignar su puesto al jefe del Estado Mayor, el general Lukomsky, y presentarse de inmediato en Petrogrado. A la recepción del cable en Mohilev, cuatro horas más tarde, un Lukomsky comprometido con los golpistas se negó a obedecer, y Kornilov respondió con una proclama en la que acusaba al gobierno de «actuar de completo acuerdo con los planes del Estado Mayor alemán» y en la que anunciaba que desde entonces actuaría «abiertamente».

Mientras tanto, Keresky trataba de detener las tropas que se dirigían a la capital. Pero ese mismo día unidades de la División Salvaje subieron a los trenes en Dno para comenzar su avance sobre Petrogrado. Mientras tanto, la 1ª División del III Cuerpo de Caballería, habiendo alcanzado Pskov, continuaba hacia Narva-Iamburg, mientras que la 1ª División de cosacos del Don se desplazaba desde Pskov a Luga. Entre las fuerzas en movimiento había también una unidad inglesa de coches blindados, comandada por oficiales británicos, que Buchanan y Knox habían puesto a disposición de Kornilov.

Sin embargo, Kérensky seguía vacilando y el partido de la burguesía maniobraba para darle una salida. La propuesta de compromiso presentada entonces por Milûkov fue que Kérensky dejara al general Alekseev la direc-

ción del gobierno. Sería una victoria de los militares y Kornilov no se opondría. Frente a estas presiones —era ya el día 28— hasta el Presidente del Gobierno titubeó. *Rech*, diario del partido kadete, había preparado para el día siguiente un editorial (que luego sería suprimido) en el que se aseguraba: «No tememos decir que el general Kornilov perseguía los mismos objetivos que nosotros mismos consideramos necesarios para la salvación de la patria». Pero la maniobra fracasó debido a la resistencia popular frente al golpe.

Petrogrado despertó el domingo 27 de agosto, con un ambiente festivo. Era el día señalado para la celebración de los seis meses de aniversario de la revolución de febrero; y los periódicos de la mañana todavía no traían ninguna noticia sobre la lucha que había estallado entre Kornilov y Kérensky. La mayor parte de la dirección del Soviet pasó la mañana dando mítines y recaudando fondos. Hacia el mediodía, surgieron los primeros rumores de lo que estaba sucediendo, pero no fue hasta las once y media de la noche, cuando el Comité Ejecutivo Central de los Soviets se reunió en una sesión plenaria para evaluar la crisis.

El debate sobre la cuestión del gobierno se calentó. Un portavoz de los bolcheviques, Sokólnikov, dijo que la democracia revolucionaria no podía tener confianza en el gobierno existente, y pidió su sustitución por otro que hiciera efectivo un programa basado en el sencillo eslogan «pan y paz», el único que podía infundir en las masas confianza en un gobierno. Sin embargo la mayoría de los diputados aprobó una resolución que instaba a Kérensky a cubrir las vacantes en el gabinete dejadas por la retirada de los kadetes con «elementos democráticos».

A la mañana siguiente el peligro se hizo evidente a los diputados del Soviet en términos cada vez más alarmantes. Mientras la prensa publicaba ya de hora en hora noticias sobre el avance de las tropas que se estaban aproximando a la capital, los valores de la Bolsa de Petrogrado se disparaban al alza esperando una pronta victoria de Kornilov.

Para ayudar a organizar y dirigir la lucha contra las fuerzas de Kornilov los Comités Ejecutivos de los soviets decidieron crear un órgano extraordinario que centralizara todas las decisiones. Así nació el Comité de Lucha contra la contrarrevolución, que comenzó a funcionar en la tarde del 28 de agosto y que estaba compuesto por tres representantes mencheviques, tres socialrevolucionarios, y hasta tres bolcheviques, la presencia de estos últimos

significaba el reconocimiento a regañadientes de su creciente influencia entre las masas. De hecho, en ese momento, la suya era la única organización que disponía de una fuerza estructura y disciplinada en la capital. Sin ella, el recién creado Comité de Lucha era impotente.

Trotsky, que pronto iba a jugar un papel decisivo en la suerte del partido, seguía languideciendo en prisión. Lenin y Zinóviev permanecían ocultos, el primero en su escondite en Finlandia, y el otro en un suburbio de Petrogrado. No obstante, Lenin envió directivas sobre la lucha contra Kornilov a sus colegas en Petrogrado lo más rápido que pudo, pero sus instrucciones, escritas el 30 de agosto, no llegaron a la capital hasta los primeros días de septiembre, pasada ya la crisis.

No obstante, Lenin ya había dado al partido una valiosa indicación táctica en el caso de que se produjera una intentona golpista. Era preciso, sí, combatir la contrarrevolución, pero había que hacerlo con plena autonomía, sin entrar en ningún bloque con aquellos que habían reprimido las manifestaciones del 3 de julio, sin dar «una sombra de confianza» a Kérensky: «Nuestros obreros, nuestros soldados combatirán a las tropas contrarrevolucionarias si éstas comienzan a avanzar contra el Gobierno Provisional, pero no para defender a este gobierno, sino para defender la revolución, persiguiendo así nuestros fines propios, que son la victoria de los obreros, la victoria de los pobres, la victoria de la paz, y no la victoria de los imperialistas: Kérensky, Tsereteli, Skóbelev y cia».

En la noche del 27 de agosto, casi al mismo tiempo que la fracción bolchevique del Soviet se encontraba reunida en el Smolny, el Comité de Petersburgo lo estaba también en una sesión de emergencia de toda la ciudad en el distrito de Narva. Irónicamente, la reunión se había programado tres días antes por la insistencia de los militantes bolcheviques del distrito de Vyborg, que percibían como los órganos del partido no estaban respondiendo adecuadamente a la creciente amenaza de la contrarrevolución. La reunión se inició con un informe sobre los últimos acontecimientos presentado por Andrei Búbnov, ante treinta y seis cuadros locales del partido a los que propuso luchar contra Kornilov pero manteniendo una total independencia del gobierno Kérensky. De nuevo se volvió a abrir un acalorado debate entre la corriente más moderada y la izquierda de la organización, aunque había pocas dudas en el Comité de Petersburgo sobre la necesidad de recurrir a todos los medios disponibles para una lucha a vida o muerte contra Kornilov.

Se estableció una red de comunicaciones de emergencia, con representantes de cada distrito en la sede del Comité de Petersburgo para informar hora a hora de los preparativos. La dirección se hizo responsable de preparar panfletos llamando a los obreros y soldados a las armas, y de planificar militarmente la acción. Se decidió que al día siguiente se movilizaran todos los agitadores del partido en los barrios obreros. Los cuadros más conocidos coordinarían los preparativos de defensa con las principales organizaciones de masas. En resumen, aunque plenamente conscientes de las diferencias entre sus propios objetivos y los de Kérensky, y también recelosos de una estrecha colaboración con los socialistas moderados, los miembros del Comité bolchevique de Petersburgo unieron sus esfuerzos con los de otros grupos de izquierda y dirigieron sus vastos recursos y energías a la lucha contra Kornilov.

El Comité de Lucha recién creado por el Soviet se convirtió en el puesto de mando nacional frente al golpe. Emitió un flujo constante de boletines de emergencia que, a través de la Agencia Telegráfica de Petrogrado, dio amplia publicidad a los llamamientos y directivas del gobierno, de los soviets y de otras organizaciones de masas, manteniendo al corriente de los acontecimientos políticos y militares a todos. El Comité también facilitó la distribución de armas y municiones; tomó medidas para garantizar los suministros de alimentos, y envió una serie de influyentes cuadros del Soviet a arengar a las fuerzas sublevadas.

Dinamizadas por la noticia del ataque de Kornilov, todas las organizaciones políticas a la izquierda de los kadetes, toda organización sindical, y los comités de soldados y marineros se movilizaron para luchar contra los golpistas. Según el historiador Rabinowitch: «Sería difícil de encontrar, en la historia reciente, una tan potente y eficaz acción política de masas en gran parte espontánea y al mismo tiempo organizada».

Por ejemplo la dirección del Comité Revolucionario de Peterhof, encuadró en muy pocas horas a un gran número de trabajadores armados para enviarlos a cavar trincheras, construir barricadas, colocar alambre de espino a lo largo de la entrada sur de la ciudad; mientras otros se hicieron responsables de mantener bajo control las actividades de los potenciales partidarios del golpe, la protección de las fábricas, y ayudaron a mantener el orden.

El ayuntamiento de Petrogrado, en el que los bolcheviques eran ahora el segundo partido, redactó un llamamiento para distribuirlo a las tropas de

Kornilov y a la población de la ciudad. También formaron una comisión para coordinarse con otras instituciones con el fin de asegurar la adquisición y distribución de los suministros de alimentos y eligieron una delegación de diputados que iría a Luga para intentar ganarse a las tropas de Kornilov.

La Unión de Trabajadores Metalúrgicos de Petrogrado, que contaba con más de 200.000 afiliados, y era de lejos el más poderoso sindicato de toda Rusia, asignó cincuenta mil rublos, procedentes de su tesorería, al Comité de Lucha. Pero de todos los sindicatos el que desempeñó el papel más importante durante la crisis fue el de los ferroviarios. Significativamente, antes el 27 de agosto, el Comité Ejecutivo panruso de la Unión de los Trabajadores Ferroviarios (designado por sus siglas en ruso, Vikjel) había creado una oficina especial para una contingencia de este tipo. El 28 de agosto el Vikjel envió telegramas a los puntos clave a lo largo de toda la red ferroviaria rusa ordenando que los «telegramas sospechosos» fueran remitidos al Vikjel para informarle de la magnitud y el destino de todas las fuerzas militares que viajaran por las líneas férreas. Así mismo se autorizó al personal para interrumpir el movimiento de las fuerzas contrarrevolucionarias por todos los medios, incluido el desmantelamiento de raíles y bloqueo de vías. También se les ordenó detener el envío de provisiones a las áreas ocupadas por los partidarios de Kornilov.

Durante las jornadas del 28 y 29 de agosto podían verse en los distritos fabriles largas filas de trabajadores, a la espera para inscribirse en los destacamentos que comenzaban a denominarse como Guardias Rojos. Los inscritos recibían formación en el manejo de las armas que impartían los soldados asignados para esta tarea por la Organización Militar bolchevique. Después de una instrucción apresurada eran enviados, hacía las fortificaciones construidas en los distritos del sur de Narva y Moscú en las alturas Pulkovo.

La mayoría de los soldados de la guarnición de Petrogrado respondieron a la crisis con la misma energía. El Regimiento Litovsky declaró en una resolución del 28 de agosto: «Todas las tropas que no tengan asignada una misión o no se encuentre de baja médica, están obligadas a participar en los destacamentos que se están formando. Los oficiales y los hombres que se nieguen a cumplir con su deber serán sometidos a juicio revolucionario». El 6º Batallón de Ingenieros organizó rápidamente un destacamento de seiscientos hombres para ayudar en la construcción de las fortificaciones

de defensa, y todas las unidades respondieron a la movilización en mayor o menor grado. Dentro de la guarnición de la capital, sólo los cosacos y los cadetes de las Academias Militares no se unieron a la campaña. Los primeros se mantuvieron neutrales, mientras que los segundos apoyaban abiertamente a Kornilov.

Las instalaciones de la Flota del Báltico respondieron a la emergencia de la misma manera. Inicialmente, la noticia del golpe llegó a Kronstadt durante la noche del 27 de agosto gracias a algunos marineros del crucero *Aurora*, entonces atracado por reparaciones en la capital. El Comité Ejecutivo del Soviet de Kronstadt (bajo su presidente recién elegido, Lazar Bregman, un bolchevique) tomó inmediatamente el control de todas las instalaciones de comunicaciones, armerías y embarcaciones privadas y envió comisarios a la sede militar y a las fortificaciones navales cercanas. Tres mil marineros bien armados, la mayor parte de los cuales habían estado en Petrogrado durante la sublevación de julio, partieron hacia la capital, en la madrugada del 29 de agosto. Después de desembarcar en los muelles de la isla Vasilievsky, fueron enviados a proteger las estaciones de ferrocarril, los puentes, las oficinas de Correos y Telégrafos, la Central de Teléfonos, el Palacio de Invierno, y otros edificios clave.

La abrumadora superioridad de las fuerzas que se oponían al golpe de Kornilov se hizo rápidamente evidente. Los golpistas tenían sus comunicaciones cortadas y las unidades rebeldes estaban siendo bloqueadas en su marcha hacia la capital.

En día 29 catorce agentes presuntamente relacionados con la conspiración fueron detenidos en el Hotel Astoria, en el centro de Petrogrado. Ese mismo día, muchos de los oficiales que habían sido trasladados temporalmente del frente a la capital, supuestamente para ser instruidos en el manejo de los morteros de trinchera ingleses, fueron también detenidos, algunos cuando aun se encontraban a bordo de los trenes con destino a la ciudad. La mayoría de los líderes golpistas en Petrogrado, entre ellos el coronel Sidorin (enlace entre Mohilev y los grupos conspirativos de la capital), simplemente desaparecieron, y Sidorin lo hizo llevándose a Finlandia ciento cincuenta mil rublos aportados por Putílov para financiar el golpe.

En cuanto a las fuerzas bajo el mando del general Krymov, sólo las unidades de la División Salvaje, llegaron a amenazar Petrogrado. En la noche

del 28 de agosto elementos de los regimientos Ingushsky y Cherkessky alcanzaron Vyritsa, a unos 30 kilómetros de Petrogrado. Pero los ferroviarios habían bloqueado la vía con vagones cargados con troncos y habían desmontado los raíles un kilometro más adelante. Mientras los oficiales se desesperaban sin poder hacer nada, los soldados eran arengados por una multitud de agitadores, entre los que había una delegación musulmana enviada por el Comité Ejecutivo de la Unión de Musulmanes Soviéticos, que incluía a un nieto del legendario Shamil, héroe de la resistencia frente al zarismo.

A las tropas cosacas no se les había dicho la verdadera razón de sus movimientos, y, como se vio después, la mayoría tenía poca simpatía por los objetivos de Kornilov.

Probablemente la fuerza más difícil de neutralizar era la 1ª División de cosacos del Don, con la que el general Krymov y su plana mayor estaban viajando. Elementos de la división habían alcanzado Luga la noche del 27 de agosto, pero aquí, también, las medidas tomadas por los ferroviarios bloquearon el avance. Fue entonces cuando los trenes terminaron siendo rodeados por soldados de la guarnición de Luga que pululaban alrededor de los vagones, arengando a los ocupantes a través de las ventanillas. Krymov, recibió órdenes de Kornilov para continuar su avance hacía Petrogrado, independientemente de los obstáculos, cubriendo a pie los restantes cincuenta kilómetros que los separaban de la capital. Pero se descartó esta posibilidad, cuando se hizo evidente que los soldados de la guarnición de Luga resistirían por la fuerza y que los cosacos no se opondrían a los soldados.

El 30 de agosto algunos cosacos empezaban a expresar su intención de detener a Krymov. Por último, a finales de la tarde del 30, un emisario del gobierno, el coronel Samarin, invitó a Krymov a acompañarlo de regreso a Petrogrado para entrevistarse con Kérensky, dándole garantías firmes sobre su seguridad personal, finalmente Krymov accedió a acompañarle.

Los comandantes de los otros frentes rusos al constatar el fracaso del golpe comenzaron a manifestar su lealtad al gobierno. Las figuras públicas que habían aclamado al Comandante en Jefe en la Conferencia de Moscú ahora se apresuraron a poner distancia entre ellas y Kornilov. Kérensky nombró nuevo Comandante en Jefe, al conservador general Alekseev, que salió de su retiro para asumir el cargo. Debido a su estrecha asociación con

Kornilov, Sávinkov fue destituido de sus cargos, pero Kérensky siguió protegiéndolo, nombrándolo primero gobernador de Petrogrado, y defendiéndolo después de las acusaciones que se le hacían en su mismo partido, porque sabía que con Sávinkov también él se vería envuelto en el asunto.

El general Krymov se reunió con Kérensky en el Palacio de Invierno en la mañana del 31 de agosto y se vio obligado a mentir para salvarse a sí mismo y a sus colaboradores, al ser acusados de delitos contra el Estado por un hombre que durante algún tiempo había expresando en privado convicciones similares a las que habían movido al general. Al finalizar la entrevista el militar se fue al apartamento de un amigo, y se disparó un tiro siendo la única víctima de la intentona golpista.

Con el fracaso del golpe de Kornilov, la confrontación entre las clases entro en una nueva fase en la que todo auguraba un próximo desenlace. Abortada la solución dictatorial apoyada por la burguesía e impotente el gobierno para dar salida a los grandes problemas, todo hacía prever que sería la izquierda radical quien tomase ahora la iniciativa, y a ello contribuyó que, en las semanas previas a la toma del poder por los bolcheviques, todas las contradicciones que habían aflorado con la revolución de febrero se exacerbaron, comenzando por la situación económica del país.

La guerra seguía devorando un porcentaje creciente de los disminuidos recursos del país. Si en 1915 cada día de guerra costaba 25 millones de rublos, en 1917 el mismo costo había aumentado a 58 millones. Para hacer frente a los gastos bélicos, el Gobierno Provisional recurrió a la emisión de un nuevo papel moneda. Como consecuencia, había sido puesto en circulación, después de febrero, más dinero que en todo el periodo precedente desde el comienzo del conflicto. Los nuevos billetes de banco, llamados con desprecio *kerenskys*, se devaluaban al mismo tiempo que crecía la inflación, lo que suponía un constante aumento de los precios. En muy pocos meses se habían disparado en un 25%, lo que anulaba el efecto de las mejoras salariales conquistadas en primavera; más aún, el balance de las familias obreras había empeorado nuevamente.

A esta realidad venían a sumarse otras que agravaban la situación agudizando la carestía de la vida. El grano, teóricamente, no faltaba en Rusia, pero, la insuficiencia de los transportes, la situación de inestabilidad en el campo, de la que hablaremos más adelante, y el acaparamiento de los espe-

culadores que almacenaban los productos para obtener un mayor aumento de los precios, provocaban la escasez.

La desorganización de los transportes ferroviarios también había aumentado. El promedio de vagones cargados diariamente disminuía continuamente: en los primeros nueve meses del año había sido un 22% inferior al de 1916, pero en octubre era ya un 34% más bajo que el del mismo mes del año precedente.

Durante la intentona de Kornilov la ración de pan descendió, en la capital y en Moscú, a media libra por día. Luego tuvo que ser reducida, pasando en ciertos casos de 125 o de 100 gramos por día a 500 gramos por semana. Ocurrió incluso que el suministro de pan fue interrumpido, hacia finales del otoño, durante una semana entera, y a fines de agosto el gobierno aumentó al doble el precio del pan. El racionamiento de azúcar era igualmente parco. Según testimonio del periodista americano John Reed, la ciudad de Petrogrado sólo disponía de la mitad de la leche que necesitaba para alimentar a los niños que en ella habitaban.

El corresponsal de *Le Petit Parisién* cablegrafiaba a su periódico: «La alimentación insuficiente y mala no es propicia para dar valor a los habitantes de Petrogrado. Tienen de doscientos a trescientos gramos de pan por día; por ahora, nada de mantequilla; dos o tres huevos y doscientos gramos de carne por semana; nada de harina, nada de leche». El embajador de Bélgica estaba escandalizado por la miseria y la suciedad que veía. Esas «caras amarillas y doloridas» ¿pertenecen a hombres y mujeres resignados? «Algunos días —señalaba— no hay pan, ni leche, ni azúcar, ni legumbres. Y cuando hay, la leche sabe a jabón y el pan es una cosa oscura y viscosa con restos de paja y de madera. El vino está hipócritamente prohibido; la cerveza no se conoce...; y todos aconsejan: sobre todo no beba agua».

El gobierno se negaba a satisfacer las reivindicaciones salariales de los ferroviarios y así disminuía la afluencia de productos alimenticios a las ciudades, mientras se reducían los suministros de materias primas a la industria. La producción de acero, que en 1913 casi llegó a los 4 millones de toneladas, había disminuido a menos de 2,5 millones. En la cuenca del Donetz, entre marzo y septiembre, la extracción de carbón disminuyó casi en una cuarta parte. El número de fábricas cerradas para obligar a los obreros a renunciar a sus reivindicaciones económicas continuó creciendo durante el verano y

llegó a ser catastrófico en octubre, cuando la mitad de las empresas de los Urales dejaron de funcionar, mientras se amenazaba con el cierre casi total de las industrias en regiones enteras.

Al llegar el otoño el espectro del hambre, el frío y la miseria provocó nuevos disturbios tan intensos que era imposible dominarlos. Suhanov apuntaba que: «Los desórdenes iban cobrando una amplitud tanto más amenazadora cuanto que Rusia ya no estaba en condiciones de soportarlos. La ciudad y el campo se hallaban en estado de revuelta, la primera reclamaba pan y el segundo exigía la tierra». En numerosas regiones del país la situación no parecía mejor que la de la capital y especialmente en el centro industrial de Moscú. Por todas partes, se organizaban manifestaciones de mujeres reclamando no sólo pan sino también leña, manifestaciones que traducían la exasperación popular, y con frecuencia degeneraban en algaradas.

La lucha de clases en las fábricas y en los campos adquirió una gravedad desconocida en los meses anteriores. Este fue el fondo sobre el que se desarrollaron los decisivos acontecimientos políticos del otoño.

Si en numerosas ciudades la penuria de víveres acarreaba desórdenes, las poblaciones rurales fueron, a partir del otoño, pasto de verdaderos levantamientos. Teniendo su epicentro en las regiones al sur de Moscú, que constituían el corazón agrícola del país, se extendieron hasta cubrir toda la Rusia europea, diseminando por todas partes el resplandor de sus «gallos rojos», incendios que arrasaban los palacios de los grandes propietarios rurales, los «nidos» de los odiados señores de la tierra.

Ya hemos comentado como la guerra estaba afectando a la producción agraria; el malestar ante la inacción de las autoridades vino a empeorar la situación. Muchos colonos empezaron a reducir unilateralmente las rentas de sus tierras, e incluso se negaron a pagarlas; así como también rehusaron tributar los impuestos que les abrumaban. En otros lugares, confiscaron los cotos de los propietarios o tierras en barbecho, usufructuaron los pastos o realizaron densas talas en los bosques, sin consultarles siquiera. Finalmente el pillaje sucedió a las confiscaciones, y de nuevo cantó el «gallo rojo».

El recurso a la violencia, hasta entonces sólo excepcional, a partir del otoño, pasó a ser un fenómeno casi corriente. Así, en octubre de 1917, el número de desórdenes acompañados de violencias afectó casi a la mitad de los casos. Este terror tomó la forma de saqueos de graneros y almacenes,

así como también, y cada vez con más frecuencia, de incendios, de expulsiones, de detenciones e incluso de asesinatos de nobles. Este frenesí destructor se manifestaba sobre todo entre los campesinos más pobres. A veces hasta los niños tomaban parte en estas acciones, pero fueron debidas sobre todo a la intervención de un creciente número de campesinos-soldados desertores, que con frecuencia animaban las revueltas.

Las autoridades contabilizaron 930 casos de incautación de latifundios por los campesinos, de los cuales 686 se produjeron entre julio y octubre. Al terminar el año, más de 350 palacios y residencias señoriales habían sido saqueados por la población campesina, y de ellos 271 lo fueron durante el tercer trimestre de 1917.

La marea revolucionaria era imparable. Según una estadística, el número de propiedades agrícolas atacadas aumentó en septiembre en un 30% con relación al mes anterior, relativamente sosegado. Pero en octubre, el número de propiedades agrícolas saqueadas se acrecentó en un 43% con relación a septiembre. Sobre los 624 distritos de la antigua Rusia, 483 se vieron afectados por estas violencias; y en Siberia, esta proporción fue netamente superior.

La carta geográfica de las luchas campesinas en otoño de 1917 no señalaba únicamente en algunas regiones manchas rojas que tendían a ampliarse y fundirse, sino que era una sola mancha gigantesca que cubría todo el territorio de la Rusia europea al norte de las llanuras cosacas, se extendía hacia el norte hasta las puertas de Petrogrado, encerraba a Moscú en un anillo y se dirigía hasta las vertientes de los Urales. El movimiento era general.

Frente a estos hechos, el endurecimiento de las posiciones gubernamentales comenzó en julio, cuando el ministerio del Interior preparó un proyecto de resolución que proponía medidas de urgencia. Era preciso «cortar de raíz» estos «actos arbitrarios». Para las personas que fueran «culpables», el Ministro de Abastecimientos, Peshejonov, ordenaba que fueran inmediatamente consignadas a las autoridades judiciales para ser condenadas como «criminales de derecho común».

En las once regiones en las que era más fuerte la inquietud (zona central de las Tierras Negras y curso medio del Volga), hubo en aquellas semanas veintidós expediciones militares con represiones armadas de los movimientos populares. En algunos casos, los soldados enviados para combatir los

desórdenes abandonaban sus unidades para unirse a la revuelta. Con todo, hay que notar que esta rápida radicalización, iba acompañada de una politización mucho más lenta.

Los socialrevolucionarios conservaban la simpatía teórica del campesino que continuaba votando por este partido. La organización bolchevique aparecía apenas en el campo, si bien las ideas leninistas comenzaban a difundirse. Hacia el otoño, se comenzó al fin a hablar, en muchos pueblos, de la necesidad de que todo el poder pasase a los soviets.

Al malestar de los obreros y sus familias, y a la rebeldía de los campesinos, había que sumar el proceso de descomposición del ejército que se veía aquejado por la insubordinación, el deseo de paz e incluso el hambre entre la tropa.

Desde la publicación en febrero de la famosa *Prikaze* I el proceso de descomposición del ejército había sido imparable. Durante meses, toda la actividad de los partidos conciliadores tuvo como objetivo restablecer la autoridad de los oficiales entre los soldados, pero nunca logró vencer la desconfianza de estos últimos. Y he aquí que de golpe su viejo odio, su arraigada desconfianza encontraban en los hechos la más amplia justificación: ya que la mayor parte de los oficiales, especialmente los de alta graduación, había sido kornilovista. Desde este momento todo intento de hacerlos pasar por «leales» y «fieles a la revolución», no tuvo ya posibilidad de éxito.

«Los arrestos de oficiales por la más mínima sospecha de simpatía hacia el viejo régimen —decía en septiembre una nota informativa sobre el estado de ánimo del ejército— se han convertido en un fenómeno común».

De creer al general Verkchovsky, Ministro de la Guerra, los «factores morales» se presentaban bajo el aspecto más sombrío. «La desintegración general se ha acentuado después del golpe de Kornilov», dijo en las Comisiones de Defensa Nacional y de Asuntos Exteriores, a las que informó el 20 de octubre. Durante meses, los soldados venían manifestando su oposición a toda idea de ofensiva. Ahora, ya no se limitaban a negarse a atacar, sino que rehusaban incluso vigilar las trincheras. La exigencia de una paz inmediata para el Ministro del ramo se hacía evidente.

En septiembre, los soldados se manifestaron en Moscú con pancartas en las que se leía: «¡Antes morir en las barricadas de Moscú que ir al frente!»

Las deserciones eran masivas. En el frente rumano, generalmente reputado por la disciplina relativa que en él reinaba, los delegados comunicaban: «los soldados han decidido regresar a sus casas cuando caigan las primeras nieves».

Las negativas a obedecer adquirieron carácter general. Las manifestaciones de fraternización con el enemigo a través de la línea de fuego renacieron y se hicieron cada vez más frecuentes. Ahora los soldados querían la paz a cualquier precio y de inmediato. El 21 de septiembre un oficial declaraba al Soviet de Petrogrado: «Los soldados sólo quieren una cosa: el fin de la guerra. Digan ustedes lo que digan, ellos no combatirán más». A quien le apuntó que una cosa semejante no la decían «ni siquiera» los bolcheviques, respondió: «Yo no sé lo que dicen los bolcheviques y no me importa saberlo. Les refiero lo que los soldados quieren que les diga».

Algunos días después un delegado del frente rumano declaraba ante el Comité Ejecutivo del Soviet: «Hemos venido a preguntar qué pasos están dando para iniciar las negociaciones de paz. Durante meses hemos escuchado sus palabras. Ahora dígannos dónde están los hechos. Hemos venido a advertirles que entre la masa de los soldados hay todavía una pequeña fe en ustedes, pero si a nuestro regreso no llevamos una respuesta precisa, también esta confianza se destruirá. Entonces será la catástrofe y la responsabilidad caerá sobre ustedes».

Sobre ese telón de fondo de malestar creciente se sumó el problema de la escasez de aprovisionamientos a la tropa. El Ministro de la Guerra, el general Verkchovsky, realizó un desastroso balance al dirigirse a las comisiones de Defensa Nacional y de Asuntos Exteriores del Preparlamento, órgano del que hablaremos más adelante. Entre los problemas que el Ministro enumeró figuraba, en primer lugar, el del abastecimiento de las tropas, tanto del frente como de la retaguardia. Reconoció que los servicios de intendencia no podían alimentar más que a siete millones de hombres. Y sin embargo, después de las reducciones de personal en curso, el ejército contaría aún con nueve millones de soldados.

El general Verkchovsky precisó también que, durante el mes de septiembre, los soldados del frente sólo habían recibido el 26% de sus aprovisionamientos de harina y el 50% de carne. En el umbral del invierno, la producción de botas y uniformes invernales era totalmente insuficiente y

las eternas dificultades de transporte hacían más crítico el conjunto de la situación.

Por su parte, el Ministro de Abastecimientos, en el curso de su intervención ante la asamblea plenaria del Preparlamento, el 16 de octubre, ya había leído un telegrama enviado por el comandante del frente Norte, en el que se limitaba a decir: «El autócrata más terrible —el hambre— amenaza al ejército». El Ministro anunció que cierto número de panaderías militares se habían visto obligadas a interrumpir su actividad y que las que continuaban trabajando no tardarían en cerrar al cabo de algunos días.

Ante tal situación, el Ministro de la Guerra no ocultaba que Rusia debería iniciar inmediatamente negociaciones de paz, a ser posible de acuerdo con los aliados. «Nosotros ya no podemos proseguir la guerra», afirmó en su declaración. Dos días después fue destituido por el Gobierno Provisional. Corría el 22 de octubre.

El último gran problema que el gobierno no sabía cómo abordar era el problema de las nacionalidades del Imperio. En 1913 había, en el Imperio, junto a setenta millones de rusos, propiamente dichos, noventa millones de «alógenos». Entre éstos figuraban un 17% de ucranianos, 6% de polacos, y un 4,5 de rusos blancos, sin contar con los judíos y las colectividades nacionales orientales.

En cuanto a los judíos, colectividad sin homogeneidad territorial, el nuevo régimen se apresuró a poner fin a las innumerables discriminaciones de que eran víctimas bajo el zarismo. Como esto no comprometía la estructura unitaria del país, el gobierno no encontró oposición oficial. El antisemitismo no desapareció por ello, pero, oficialmente, los judíos dejaron de estar legalmente discriminados.

El problema estaba en que las minorías nacionales exigían que se les reconociese, al menos, una amplia autonomía política. Pero la alta burguesía, la misma que en política exterior daba pruebas de tendencias netamente imperialistas, manifestaba su oposición a todo movimiento centrífugo y deseaba conservar la estructura unitaria del Imperio.

El problema de Polonia quedó resuelto no por las deliberaciones de los ministros rusos, sino por la actividad de los generales alemanes. Resultó fácil reconocer su independencia, dado que en razón de las derrotas rusas

el territorio polaco había quedado desgajado del Imperio. Pero las reivindicaciones autonomistas de Finlandia, de Ucrania y, en menor grado, de los países bálticos y de ciertos territorios orientales dieron lugar a graves conflictos. En la Dieta de Helsingsfors (Helsinki), los socialistas disponían de la mayoría (103 sobre los 97 de todos sus adversarios juntos). El 18 de julio, se votó una ley por la cual Finlandia adquiría la autonomía respecto a Rusia, si bien bajo la autoridad de Petrogrado sobre los asuntos exteriores y cuestiones militares. Sin embargo, Kérensky decidió disolver la Dieta y proceder a nuevas elecciones, en las que los socialistas perdieron la mayoría. Hasta la toma del poder por los bolcheviques la Rusia revolucionaria no reconoció la independencia completa de Finlandia.

Las aspiraciones autonomistas de Ucrania —no compartidas por la totalidad de la población— toparon en Rusia con una resistencia aún mayor. Esto se justificaba por la importancia económica de las provincias ucranianas, cuya riqueza no era sólo el trigo, sino los vastos yacimientos hulleros y los considerables recursos minerales. Entre el gobierno de Petrogrado y las instituciones autonomistas ucranianas que surgieron en Kiev a raíz de la revolución de febrero, los conflictos fueron numerosos y permanentes. La Rada —o parlamento ucraniano, análogo a la Duma— se constituyó en la capital de Ucrania. Los ucranianos pedían, que el Gobierno Provisional les reconociese públicamente su derecho a la autonomía. A pesar de la negativa de Kérensky, la Rada nombró un órgano ejecutivo, y organizó unidades ucranianas en el seno del ejército ruso. En octubre, las autoridades de Petrogrado iniciaron una persecución contra los dirigentes ucranianos, pero su autoridad era tan limitada en Kiev como en las orillas del Neva.

Un representante de una de las nacionalidades orientales, semanas antes del levantamiento bolchevique, afirmaba que para los pueblos «alógenos», «la Revolución de febrero no había aportado novedad alguna». Las relaciones entre la Gran Rusia y las nacionalidades sometidas a su dominio siguieron siendo inmutables.

Sumándose a todo esto, el golpe de Kornilov precipitó la última gran crisis del Gobierno Provisional. Kérensky, que seguía al frente del gabinete, continuaba manteniendo su política sin acometer con eficacia ninguna solución a los problemas reales a los que se enfrentaba el país. Fiel a los principios de dar cabida en el gobierno a los partidos burgueses, y convencido de que se debía continuar en la guerra junto a los aliados, era incapaz de apreciar las profundas contradicciones que dividían a la sociedad rusa.

Según Milûkov «Kérensky presentaba todos los síntomas característicos de un estado patológico que podría denominarse, en terminología médica, una "neurastenia política"». Para el líder del partido kadete, el Ministro Kiškin, psiquiatra de profesión, desempeñaba al lado del Presidente del Gobierno una misión más clínica que política. Lo cierto era que, más allá de la ironía, el 12 de septiembre, el *Times* de Londres, ratificaba la opinión de Milûkov y escribía: «Ya no hay virtualmente gobierno en Rusia».

Para salir al paso de esta situación, los jefes del TSIK, apenas hubo pasado la amenaza kornilovista, propusieron la convocatoria de una Conferencia Democrática, que debía decidir el carácter del nuevo gobierno y darle así una especie de investidura popular. Si la Conferencia de Estado, luego de las jornadas de julio, reflejaba la confianza de la burguesía en la implantación de un gobierno autoritario, la Conferencia Democrática, luego del golpe de Kornilov, iba a reflejar la impotencia del socialismo conciliador en la nueva coyuntura.

Guiada por el propósito de buscar el apoyo popular, el 14 de septiembre, se abrió en Petrogrado la Conferencia Democrática, que pretendía reunir a lo más destacado del reformismo y de la *intelligentsia* política rusa, 1200 representantes, con el fin de «conjurar el espectro de la guerra civil». Era como una reedición de la Conferencia de Estado celebrada el mes anterior en Moscú pero con tintes populistas, y en esta ocasión, las ambiciones de los protagonistas buscaban tener un mayor alcance.

Sin pretender crear un auténtico Parlamento, —puesto que la convocatoria de la Asamblea Constituyente, con retrasos, estaba prevista para noviembre— esperaban dar una base más amplia al régimen, dotándole de una institución que permitiera un contacto directo y constante entre el Gobierno Provisional y el país. Para ello se necesitaba que la Conferencia Democrática fuese más auténticamente representativa de lo que había sido la asamblea de Moscú, a la que la burguesía acomodada pudo enviar un número de delegados sin relación ninguna con su importancia numérica, ni social.

Ya en la fase preparatoria de la Conferencia se enfrentaron, tanto entre los mencheviques como entre los socialrevolucionarios, dos tendencias opuestas: había quienes querían un retorno a la coalición con el partido kadete y quienes, denunciando su participación en la conspiración kornilo-

viana, pedían la formación de un gobierno «sólo de la democracia», es decir, sin partidos burgueses.

En la fracción menchevique, en vísperas de la Conferencia, 76 delegados se pronunciaron contra la coalición y 65 a favor. También entre los mencheviques se fortaleció la corriente internacionalista, dirigida por Mártov, que seguía disponiendo en Petrogrado de un diario muy conocido, el *Nóvaya Zhizn*.

Una división igual se manifestó entre los socialrevolucionarios, debida sobre todo al retraso sobre la cuestión de la tierra, lo que provocó la aparición de un ala izquierda dentro del partido, liderada por Boris Kamkov, que fue convirtiéndose en auténtica escisión.

La división de los dos partidos que habían dominado los soviets desde febrero en adelante, tuvo diversos grados, pero sustancialmente fue el mismo fenómeno. Ambos advertían que las masas, después de haberlos seguido con confianza, ahora les volvían la espalda, lo que no les impedía seguir manteniendo incólume su postura. *Izvestia*, órgano del Comité Ejecutivo Central de los Soviets, en su número del día 17 de septiembre, expresaba de modo meridiano esa incoherencia política: «El Estado se encuentra en la imposibilidad de satisfacer las demandas populares... Ante todo hay que salvaguardar la totalidad, es decir, el Estado, salvarlo de la ruina y para ello no existe más que un camino: no atender las reivindicaciones, por justas y poderosas que sean, sino limitarlas; todos deben contribuir con sacrificios».

Los criterios con que fue convocada la Conferencia Democrática favorecían a mencheviques y socialrevolucionarios. Se concedieron 300 escaños a las Dumas municipales, 200 a los *zemstvos*, 120 a las cooperativas, mientras que los soviets (230 puestos) y los sindicatos (100) estaban menos representados.

Los debates de la Conferencia Democrática fueron tumultuosos y difíciles, sobre todo para Kérensky que tuvo que explicar cuál había sido su papel mientras se preparaba el golpe de Kornilov. Oradores de diversas tendencias apoyaron y rechazaron la propuesta de una coalición con los kadetes. Pero Kérensky, se negaba a participar en un gobierno únicamente de partidos socialistas. En aquel punto fue cuando los partidarios de una nueva coalición, guiados por Tsereteli, propusieron constituir un órgano permanente, denominado Consejo de la República, ante el cual el gobierno sería,

en cierta medida, responsable. La propuesta fue aceptada, si bien por una mayoría escasa. Luego, en la misma moción, fueron introducidas algunas enmiendas que en forma indirecta resucitaban la idea de una coalición. La Conferencia, exhausta, acabó por votar esa moción. En el futuro Consejo de la República, que inmediatamente fue llamado también «Preparlamento», cada grupo debía delegar el 15% de los miembros que habían asistido a la Conferencia. Además, por otra parte, se confiaban 120 puestos a las organizaciones de las clases pudientes. Por último, la composición del nuevo organismo debía ser aprobada por el gobierno, el cual, en la práctica, terminaba en realidad por no ser responsable ante esa nueva asamblea.

Este Preparlamento, constaba de 550 miembros, entre los cuales, como ya hemos dicho, un 15% eran participantes de la Conferencia Democrática, a éstos se añadieron delegados de la burguesía y de diversos grupos de intereses. La representación de los partidos políticos se estableció así: 120 socialrevolucionarios, 66 bolcheviques, 60 mencheviques moderados, una treintena de mencheviques internacionalistas, y una serie de fracciones menores más o menos socialistas. Al lado de los 308 representantes de los partidos políticos de los soviets, había unos 75 kadetes, varias formaciones políticas situadas más a la derecha y delegados del mundo de los negocios. El Preparlamento abriría sus sesiones el 9 de octubre en el Palacio Mariinsky.

Los socialistas moderados, deseosos de dar al Gobierno Provisional la base democrática de que carecía, solicitaron que el Preparlamento fuese dotado de auténticos poderes legislativos y de un derecho de control sobre los ministros pero Kérensky se negó a ello y el nuevo organismo siguió siendo una asamblea meramente consultiva.

Por fin, el 21 de septiembre de 1917, tras una crisis que había durado un mes, se formó nuevo gobierno presidido, una vez más, por Kérensky, y en el que figuraban de nuevo los kadetes. Estos condicionaron su participación a que la represión del kornilovismo no afectara a la unidad del ejército, lo cual exigía limitar la depuración de los implicados en la conspiración. A los cinco miembros del directorio formado por Kérensky inmediatamente después de la derrota de Kornilov, se añadió un elenco de nuevos ministros. Konoválov (kadete), era vicepresidente y Ministro de Industria y Comercio; Gvozdev (menchevique), Ministro de Trabajo; Malântovich (menchevique), Ministro de Justicia; Prokopovich, Ministro de Suministros; el profesor Bematsky, Ministro de Finanzas; Salazkin, Ministro de Instrucción Pública:

Kiškin (kadete), Ministro de Previsión; Smirnov (kadete), Control de Estado; Kartachev (kadete), Ministro de Cultos; Liverovsky, Ministro de Comunicaciones; y Tretiakov, presidente del Consejo Económico. Las principales carteras las asumían Kérensky, Teréschenko en Exteriores y el vicepresidente del consejo Konoválov. De nuevo dos prohombres de la burguesía y el mundo de los negocios. Así, los kadetes designaban como sus representantes a algunos de entre los más reaccionarios exponentes de la industria y las finanzas, todos kornilovistas; y el líder socialrevolucionario Chernov tuvo que dejar el ministerio de Agricultura a su poco conocido compañero de partido, Maslov. De esta manera, el gobierno se situaba más a la derecha que el anterior.

Suhanov notó que, mientras en el gobierno precedente figuraban algunos cómplices de Kornilov, el nuevo se hallaba casi enteramente en manos de la alta burguesía kornilovista. El Ministro de Asuntos Exteriores, Teréschenko, confiaba al embajador de la Gran Bretaña, con el que estaba estrechamente vinculado, que «sólo una contrarrevolución puede ahora salvar al país». Konoválov, kadete y gran industrial, ejercía en el seno del nuevo gabinete una influencia considerable, y Kérensky, que cada vez residía con más frecuencia en el Cuartel General de Mohilev, le confiaba tareas de dirección política.

La labor del nuevo gobierno se redujo a gestos estériles sin abordar con seriedad ninguno de los grandes problemas. Dio la orden de disolver algunos soviets de provincias considerados rebeldes, tales como los de Táchkent, Kaluga y Rostov; reprimió huelgas generales, sobre todo la que paralizó la cuenca industrial del Donetz. No obstante, también renunció a aplicar el programa de militarización propuesto por Kornilov; disolvió algunas sociedades de extrema derecha complicadas en la conspiración; y, por último, prohibió las reuniones de la vieja Duma del Imperio, aunque sólo tuviesen el carácter de «conferencia privada».

Estas medidas no afectaban a lo esencial, es decir, al problema agrario y al de la paz. Sobre el primero hubo gestiones en el seno del gobierno y de la mayoría del Soviet, abogando porque se hiciera algo para calmar la agitación campesina. El Ministro de Agricultura preparó incluso un proyecto de ley, en el que se proveía la entrega a los comités de campesinos de las tierras pertenecientes a los grandes latifundistas. El 16 de octubre, presentó el proyecto a sus colegas, pero topó con la intransigente negativa de la mayoría.

La impotencia del gobierno y del mismo Preparlamento se puso de manifiesto en el debate dedicado al problema de la paz. Las derechas presentaron una moción en la que, para elevar la moral de las tropas, insistían en la necesidad de imbuirles la convicción de que luchaban por la democracia y la libertad. Este texto fue rechazado por 135 votos contra 130 y una abstención. Los mencheviques y los socialrevolucionarios presentaron a su vez otra en la que pedían, entre otras cosas, «la negociación inmediata de una paz democrática general». La asamblea la rechazó también por 127 votos contra 95 y 50 abstenciones. Tanto el Preparlamento como todo el régimen se hallaban en un callejón sin salida.

Los cambios en el Gobierno Provisional vinieron a sumarse a los que estaban experimentando los soviets pero en sentido inverso. Resulta significativo que el nuevo gobierno fuera acogido con una moción de condena y falta de confianza por parte del Soviet de Petrogrado.

«Nosotros, obreros y soldados de la guarnición de Petrogrado, nos negamos a apoyar al gobierno de la autocracia burguesa y de la violencia contrarrevolucionaria. Expresamos nuestra inquebrantable convicción de que éste será acogido por toda la democracia revolucionaria con una sola respuesta: dimisión».

Esta agresiva declaración respondía a los cambios que se estaban produciendo en muchos soviets. Surgidos en febrero, como un doble poder frente al Gobierno Provisional, los soviets se habían ido resignando paulatinamente a dejar al gobierno el cuidado de dirigir los asuntos, limitándose a intervenir sólo en los momentos de crisis para ayudar a reencauzar el proceso y darle estabilidad. La rivalidad inicial entre los soviets y las instituciones gubernamentales, había termino por desembocar en una especie de división de trabajo y en un espíritu de cooperación sostenido por mencheviques y socialrevolucionarios. Numerosos ministros socialistas de la mayoría del Soviet habían participado en los gabinetes de coalición. La inicial dualidad de poderes se había resuelto con el predominio del Gobierno Provisional aceptado por el Soviet. Pero a partir de septiembre, los progresos bolcheviques en los soviets pusieron fin a tal estado de cosas.

El 31 de agosto, apenas se delineó el fracaso del golpe de Kornilov, el Comité Central del partido bolchevique preparó una «Declaración sobre el poder» que aquel mismo día se sometió tanto al Comité Ejecutivo como al

pleno del Soviet de Petrogrado. El primero la rechazó. Por el contrario el segundo, a pesar de la exigencia de un voto por llamamiento nominal, la aprobó aquella noche con una mayoría de 279 contra 115 y 50 abstenciones. Era la primera vez, desde el día en que fue formado, que el Soviet de la capital adoptaba una resolución bolchevique sobre una cuestión decisiva. Cinco días después, la misma moción fue aprobada por el Soviet de Moscú con 354 votos contra 252.

La moción proponía una serie de puntos programáticos que deberían constituir la base de acción para el nuevo gobierno. Entre ellos estaba la supresión de los poderes extraordinarios que en julio habían sido dados a Kérensky, la proclamación formal de la república, la liquidación de la gran propiedad rural, el control obrero sobre las fábricas y la nacionalización de los sectores industriales más importantes, la inmediata propuesta de una paz democrática, la abolición de la pena de muerte y el cese de cualquier otra medida contra la clase obrera.

El 9 de septiembre, escarmentados por la derrota sufrida nueve días antes, los miembros del Comité Ejecutivo del Soviet buscaron la prueba de fuerza directa y presentaron al pleno del Soviet de Petrogrado una moción de confianza. Ésta fue votada durante otra noche de extrema tensión. Al fin recogió 414 adhesiones. Los votos en contra fueron 519, esto suponía que la presidencia conciliadora del Soviet estaba derrotada. Aquella noche reapareció en el Soviet Trotsky, que apenas acababa de ser liberado de la prisión.

Quince días más tarde Trotsky será elegido Presidente del Soviet de Petrogrado, a la cabeza de un renovado Comité Ejecutivo en el que habrá cuatro bolcheviques, dos socialrevolucionarios y un menchevique.

El cambio de orientación de los soviets de Petrogrado y Moscú era reflejo de una decidida radicalización de las masas, después de las oscilaciones de los meses anteriores. En realidad, el fenómeno no se circunscribía a las dos grandes ciudades. Solamente en la jomada del 1 de septiembre, el Comité Ejecutivo recibió mensajes de 126 soviets de provincia que exigían que tomara el poder en sus manos.

En el I Congreso panruso de los Soviets, celebrado en junio, se había decidido la convocatoria de un II Congreso para el 15 de octubre. A comienzos de septiembre los mencheviques y los socialrevolucionarios, dán-

dose cuenta de la alteración que se estaba produciendo en los soviets locales, que hacía peligrar su mayoría en el Congreso nacional, eran remisos a convocar otro.

El menchevique Dan propuso diferir su convocatoria, y la sección de soldados del Soviet de Petrogrado, en la que los socialistas de derecha predominaban, apoyó esta decisión. Por su parte, el TSIK juzgó «peligrosa e indeseable» tal convocatoria. Esta actitud chocó con la oposición de los bolcheviques. Trotsky declaró que si el Comité Ejecutivo Central (TSIK) se negaba a reunir a los delegados soviéticos por vía legal, sería inevitable el recurso a los métodos revolucionarios como réplica a tal negativa. Y así se llegó finalmente al acuerdo de reunir el II Congreso el día 25 de octubre. Pero hasta el final, los mencheviques y los socialrevolucionarios intentaron retrasar la apertura de las sesiones, discutiendo interminablemente la aceptación de las credenciales de los delegados que iban llegando a la capital.

En el plano estratégico, el gobierno y los dirigentes moderados, preocupados ante la probabilidad de una mayoría bolchevique, terminaban por negar a los soviets toda utilidad. En su número del 28 de septiembre de 1917, *Izvestia* escribía: «El papel de los soviets toca a su fin; se acerca el momento en que ellos también, lo mismo que los otros organismos surgidos de la revolución, deberán desaparecer de la escena política para dejar paso a un pueblo libre y victorioso, que de ahora en adelante sólo manejará armas pacíficas». Los dirigentes antes mayoritarios de los soviets, después de vaciarlos de todo contenido revolucionario, estaban dispuestos a sacrificarlos, pero los bolcheviques pensaban de muy distinta manera. Había llegado el momento de resucitar la vieja consigna: «Todo el poder para los soviets».

Ante todos estos acontecimientos, el partido bolchevique, espoleado por Lenin, barajaba la posibilidad de hacerse con el poder. Pero de nuevo las diferencias entre la dirección del partido y las tesis que Lenin desde su exilio finlandés defendía, volvieron a manifestarse.

La dirección, ante la convocatoria de la Conferencia Democrática, decidió participar en la asamblea e invitó a sus organizaciones que aseguraran en la medida de lo posible una abultada representación del partido. El Soviet de Petrogrado nombró como delegados a Lenin y a Zinóviev, pero ninguno de los dos pudo participar en las sesiones, porque Kérensky había dado orden de hacerlos arrestar apenas se presentaran en la entrada del Teatro Aleksandrinsky, donde tenía lugar la convención.

No obstante, en el momento de reunirse la Conferencia, Lenin había llegado ya definitivamente a la conclusión de que toda esperanza de acuerdo con los otros partidos de los soviets era infundada y que el partido bolchevique, fortalecido por el apoyo creciente en los soviets, debía decidirse al gran salto: preparar y dirigir una insurrección. El 15 de septiembre, el Comité Central bolchevique se reunió precisamente para examinar dos de sus cartas que contenían esta indicación: dos cartas que pasarán a la historia entre las más célebres escritas por él.

«Los bolcheviques [comunicaba sin preámbulos la primera], habiendo obtenido la mayoría en los soviets de las dos capitales, pueden y deben tomar el poder en sus manos».

Pero el Comité Central descartó por el momento las sugerencias de Lenin. Es más, decidió quemar todas las copias de las cartas, menos una. Y sobre todo acordó «tomar medidas a fin de que no se produjese ninguna acción en los cuarteles y en las fábricas». Se delineó así una clara divergencia, en aquel momento de extremada importancia, entre Lenin y el núcleo dirigente del partido, situación que se hacía más compleja por el alejamiento del secretario general.

Esas diferencias se evidenciaron de modo más claro cuando, el 21 de septiembre, el Comité Central tuvo que decidir si participaba en el Preparlamento. Las posiciones dividieron al órgano de dirección en dos partes casi iguales. La propuesta de no entrar en el Preparlamento fue aprobada por nueve votos contra ocho. Pero, puesto que los dos campos eran equivalentes, se convino en dejar la decisión final a la comisión bolchevique que había participado en la Conferencia Democrática. En esta reunión se presentaron dos informes. Trotsky habló a favor del boicot; Rýkov defendió por el contrario la participación en el nuevo organismo. Esta segunda posición encontró una mayoría de 77 votos contra 50. Inmediatamente después el Comité Central ratificó la decisión. Tres días después, en otra reunión de la misma comisión bolchevique, fue votada una resolución que se confirmaba esta táctica, aunque declarando que «la actividad en el Preparlamento debía tener un carácter auxiliar y estar enteramente subordinada a los objetivos de la lucha de masas».

En esta ocasión también Lenin discrepó, mostrándose contrario a cualquier participación en el Preparlamento. Es en esa coyuntura cuando el dirigente bolchevique decide abandonar su refugio y volver clandestinamente a la capital. Con el rostro afeitado usando peluca y gafas, disfrazado, como

en su huida de fogonero de locomotora, Vladimir Ilich tomó el tren junto con su fiel guardaespaldas Ejno Rahia, y llegó a Petrogrado, al número 1 de la calle Serdobolskaya, esquina a la avenida Samsonievsky, donde en el cuarto piso del bloque número 3, les aguardaban dos mujeres: la Krupskaia y una bolchevique de confianza a quien Lenin nunca había visto antes, Margarita Fofanova, que iba a albergar en su domicilio al dirigente hasta la toma del poder.

La presencia de Lenin tuvo pronto efecto. El 5 de octubre el Comité Central bolchevique retomó en consideración la táctica que se debía adoptar respecto al Preparlamento y modificó su decisión anterior. Contra el boicot se tuvo esta vez un solo voto: el de Kámenev. Al fin de la sesión éste quiso señalar su profundo desacuerdo con la nueva orientación que —decía en una carta escrita al Comité Central e incluida en el acta de la sesión— «predetermina la táctica del partido para el próximo periodo según una línea que yo considero muy peligrosa para el partido». Kámenev se sometía a la voluntad expresa del órgano supremo, pero solicitaba ser exonerado de los cargos que desempeñaba en los diversos «órganos representativos», como el Comité Ejecutivo del Soviet.

La nueva decisión adoptada por los bolcheviques consistía en abandonar en forma demostrativa el Preparlamento desde la primera sesión, después de dar lectura a una breve declaración que explicaría los motivos y el significado de ese gesto. Esto fue lo que efectivamente sucedió el 7 de octubre en la apertura oficial de la nueva, provisional y poco representativa institución, que recibió el nombre oficialmente solemne de Consejo de la República. Después de que Kérensky, en el discurso inaugural, precisó que el organismo así constituido tendría un carácter puramente consultivo, Trotsky tomó la palabra para leer el texto del documento bolchevique.

«Nosotros, fracción bolchevique socialdemócrata no tenemos nada de común con ese gobierno que traiciona al pueblo, ni mucho menos con ese Soviet que tan complaciente se muestra con los contrarrevolucionarios. Por lo tanto, no queremos servir ni un solo día de tapadera, directa ni indirecta, a esta actividad criminal contra el pueblo que prosigue entre bastidores». Tras de lo cual los 66 delegados bolcheviques abandonaron la sala de sesiones donde se reunía el Preparlamento bajo los abucheos de sus adversarios.



Alexander P. Apsit «La Internacional» (1921)

IX
Karpovka, 32
La toma del poder

Lenin, en las numerosas cartas, así como en los artículos que escribió en aquellos días, volvía siempre a la idea de que no había tiempo que perder. Sverdlov y Stalin, los primeros en ser avisados de la llegada del jefe a la capital, fueron encargados, a la mayor brevedad posible, de organizar una reunión del Comité Central. En cuarenta y ocho horas, los dos pudieron ponerse al habla con once de los veintiún miembros de ese organísmo, ya que los otros nueve se encontraban en su mayor parte en provincias.

La histórica reunión que se iba a celebrar quedó fijada para el 10 de octubre, una vez anochecido, en el muelle Karpovka, 32, bloque B 3, vivienda 31. Aquí, en un edificio de apartamentos de una barriada periférica, era donde vivía Suhanov. En ese piso modesto, característico de la pequeña burguesía profesional, se iba a tomar una decisión que condicionaría la vida de Rusia y del mundo durante décadas.

Suhanov, menchevique internacionalista y cronista de la revolución, estaba en contra de cualquier tipo de insurrección, pero su mujer era favorable a ella. Galina Constantinova Suhanova era bolchevique y será quien reciba

en su domicilio al Comité Central la noche señalada, en ausencia de su esposo que se había quedado trabajando en la redacción del *Nóvaya Zhizn*.

En un salón comedor no muy espacioso, fueron entrando hacia el atardecer, de uno en uno, los once miembros del Comité Central que iban a reunirse con Lenin. Habían acudido por separado tomando las mayores precauciones posibles para no ser seguidos. Lenin, escoltado por su fiel Rahia, fue el último en llegar, y el guardaespaldas se quedó de guardia frente a la entrada del edificio.

El nombre del secretario general no iba a figurar en el acta de la reunión, a fin de que ninguna autoridad puediera enterarse de la presencia de Lenin en Petrogrado. Entre los que le rodeaban, sólo Sverdlov y Stalin le habían vuelto a ver desde su retorno clandestino. Trotsky por supuesto estaba presente, junto a Dzerzhinsky, Kámenev, Zinóviev, Andrei Búbnov y Moisei Uritsky, Gregory Sokólnikov, Lomov-Oppokov, y Alexandra Kollontai, la única mujer presente en la reunión.

Antes de comenzar, Galina Suhanova llevó té y unos emparedados a los allí reunidos, y les encareció que no levantaran la voz para no alertar a los vecinos, luego se ausento de la sala. Sverdlov presidía el debate.

Existe un acta que recoge a grandes rasgos lo que se dijo a lo largo de las diez horas que duró la reunión. Comenzó Sverdlov dando cuenta de algunas noticias concretas procedentes de Minsk y del frente septentrional sobre maniobras sospechosas que podían conducir a nuevos intentos de golpes reaccionarios. No obstante —señalaba— los ánimos de los soldados en Minsk estaban «por los bolcheviques».

Terminada su exposición, Lenin tomó la palabra para explicar todas las razones que abogaban, a su juicio, en favor de una insurrección inmediata, y que atañían tanto a la situación internacional como a las condiciones políticas, económicas y sociales que se estaban dando en Rusia.

Desde principios de septiembre, dijo, él había notado «una cierta indiferencia hacia el problema de la insurrección». Se había perdido mucho tiempo. Ahora bien, todo esto no era admisible si se quería «seriamente» que los soviets tomaran el poder.

La situación internacional estaba madura. El comienzo de motines militares en Alemania, era un síntoma indudable de un gran cambio. «Ya no

cabe dudar de ello —dijo el dirigente bolchevique— Estamos en el umbral de la revolución proletaria mundial».

Por lo que se refería a la propia Rusia, Lenin juzgaba decisivos una serie de acontecimientos que hacían posible la toma inmediata del poder, entre ellos, el levantamiento campesino, las dificultades pendientes de solución por el Gobierno Provisional acerca del problema de las nacionalidades, la agitación social manifestada por una huelga general de ferroviarios y, por último, los recientes éxitos electorales bolcheviques, en las elecciones municipales y en los soviets, que ponían de manifiesto la impaciencia de las masas y su disposición para secundar la acción revolucionaria.

El acta de esta histórica sesión señala una intervención de Lómov, que formuló las objeciones de los dirigentes bolcheviques de Moscú, dirigidas en particular contra la idea de comenzar la insurrección en su ciudad. Otra intervención fue la de Uritsky, que por el contrario apoyaba a Lenin, pidiendo a su vez acciones más decididas. De todos modos, la discusión debió ser mucho más amplia de lo que revela ese documento.

Al fin, fue votada una resolución que el mismo Lenin escribió nerviosamente en la hoja de una libreta escolar. Decía textualmente: «El CC reconoce que la situación internacional de la revolución rusa (amotinamiento de la flota en Alemania, manifestaciones del surgimiento de la revolución socialista mundial en toda Europa, además de la amenaza de una paz separada entre los imperialistas a fin de sofocar la revolución rusa), así como la situación militar (indudable decisión de la burguesía rusa y de Kérensky y compañeros de entregar Petrogrado a los alemanes), así como la conquista de la mayoría en los soviets por parte del partido proletario, todo esto en conexión con la sublevación de los campesinos y con la entrega de la confianza popular a nuestro partido (elecciones en Moscú) y en fin la evidente preparación de un segundo golpe kornilovista (alejamiento de las tropas de Petrogrado, traslado de cosacos a Petrogrado, cerco de Minsk con los cosacos, etcétera), todo ello pone a la orden del día la insurrección armada. Reconociendo así que la insurrección armada es inevitable y plenamente madura, el Comité Central propone a todas las organizaciones del partido inspirarse en esta línea y resolver desde este punto de vista todas las cuestiones prácticas (congreso de los soviets del norte, retiro de las tropas de Petrogrado, acciones en Moscú y en Minsk, etcétera)».

En una palabra, este texto significaba: insurrección. Sólo faltaba fijar la fecha.

De los doce miembros presentes del Comité Central, diez votaron a favor de la moción y dos en contra. Estos dos fueron Zinóviev y Kámenev. A propuesta de Dzerzhinsky se decidió constituir un buró político (realmente fue entonces la primera vez en la historia de los bolcheviques que se dio vida a un organismo de dirección con este nombre) formado por siete personas: Lenin, Zinóviev, Kámenev, Trotsky, Stalin, Sokólnikov y Búbnov. Este comité, que hubiera debido dirigir la insurrección, no tuvo en realidad vida alguna por la oposición de dos de sus miembros que eran contrarios a la misma.

Si el recién creado buró fue inoperante, no ocurrió lo mismo con otro organismo que había nacido el día anterior y que se iba a convertir en el auténtico motor de la toma del poder, nos referimos al Comité Militar Revolucionario (CMR) del Soviet de Petrogrado.

Desde el 6 de octubre corrían rumores por la capital sobre que el gobierno había decidido abandonar Petrogrado y trasladarse a Moscú. La flota alemana presionaba en el golfo de Finlandia y se invocan razones estratégicas. Pero el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado reaccionó indignado frente a la idea de ese traslado. Para muchos, el gobierno preparaba para la capital la misma operación realizada en agosto con Riga: aislar la ciudad, cortarla del resto del país, y si era necesario entregársela al enemigo para que éste sofocara la revolución.

Los bolcheviques ni por un momento dudaron de la existencia de tal proyecto. Los diarios y los oradores bolcheviques tronaban contra los «traidores» que recurrían a las bayonetas alemanas para acabar con un Petrogrado, que con sus masas proletarias bolchevizadas, con su guarnición inquieta, y con sus soviets muy activos era un bastión del radicalismo. La ciudad era odiada por la reacción rusa, como lo confirmaba la exclamación del presidente de la ex Duma del Imperio, Rodzânko, que había escrito: «¡Que el diablo se lleve a Petrogrado!».

La noticia del traslado del gobierno suscitó tal agitación que Kérensky se vio obligado, primero, a tratar de minimizar su importancia, y después a desmentirla. Finalmente el gobierno dio marcha atrás; no sólo no abandonaría la capital, sino que la defendería a cualquier precio.

En medio de esta polémica, el 9 de octubre, los mencheviques solicitaron la constitución de un Comité de Defensa Revolucionario, que, de acuerdo con la guarnición, se ocupara de los problemas militares de la ciudad. Ante el asombro de los proponentes, los bolcheviques acogieron favorablemente este proyecto. La ambigüedad de la expresión «Comité de Defensa Revolucionario» servía a sus fines. En tanto que para los mencheviques se trataba de un Comité de defensa (de la capital y del país), frente al peligro alemán, para Trotsky y sus partidarios, se trataba de un Comité de defensa de la revolución (contra los contrarrevolucionarios). Allí donde unos veían un estado mayor popular de lucha contra el enemigo exterior, los otros veían un estado mayor insurreccional para impulsar la revolución.

La Organización Militar bolchevique, sólo tenía autoridad, como ya sabemos, sobre los miembros del partido. El futuro comité —que pronto se convertiría en el Comité Militar Revolucionario, el CMR— se presentaba como una emanación del Soviet de Petrogrado, y por ello aparecía a los ojos de los obreros y soldados de la guarnición como un organismo oficial, indiscutible, revolucionario y legítimo a la vez, al que la mayoría iba a reconocer.

Sus tareas, inicialmente, eran de dos órdenes: por un lado la amenaza de los alemanes era cada vez más grave y se debían adoptar medidas para la defensa de la capital; por otro lado, el Gobierno Provisional intentaba enviar al frente a gran parte de los soldados acantonados en la ciudad y este asunto del envío de los regimientos provocaba gran agitación en los cuarteles.

El envío al frente de una parte de las tropas de la guarnición de Petrogrado, sólo obedecía al hecho de que Kérensky y sus ministros las consideraban políticamente poco seguras, aunque las autoridades justificaban tal medida con el pretexto de reforzar la primera línea.

El 16 de octubre, la asamblea plenaria del Soviet de Petrogrado aprobó definitivamente la creación del Comité Militar Revolucionario y trazó las grandes líneas de su organización. En teoría, la composición del CMR era heterogénea: agrupaba a representantes de muchas organizaciones y «abierto a las más extensas capas de obreros y soldados». Formaban parte de él: los miembros del Comité Central que el partido bolchevique nombrara —y que serían designados aquella misma noche—, los jefes de la Organización Militar del partido (Antonov-Ovseenko, Podvojsky,

Krylenko...), los representantes del Centrobalt (Dybenko...), los socialrevolucionarios de izquierda (Lazimir, entre otros), los miembros del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado (Trotsky, sobre todo) y los delegados de los comités de fábrica, de los sindicatos de ferroviarios y empleados de Correos, del Comité Ejecutivo Central del Congreso panruso de campesinos, etc. Pero de hecho, el trabajo principal fue asumido por una comisión o buró, controlado por los bolcheviques.

Según los estatutos aprobados por la asamblea plenaria del nuevo organismo, la misión del CMR consistiría en cifrar exactamente los efectivos indispensables para la defensa de Petrogrado, hacer el inventario de las armas, municiones y víveres con que contaba la capital, elaborar el plan de defensa de ésta y tomar las medidas pertinentes para asegurar el mantenimiento de la disciplina revolucionaria entre los soldados.

De ese modo, las finalidades de este Comité no parecían insurreccionales, sino todo lo contrario, eran apropiadas para tranquilizar a todos los patriotas «defensistas». Trotsky negaba públicamente la existencia de un plan de insurrección; únicamente hablaba de acción defensiva a la que el Soviet de Petrogrado recurriría si se viera obligado por cualquier iniciativa gubernamental. A las preguntas de los socialistas moderados, Trotsky respondía evasivamente, dejando planear una duda sobre las intenciones reales de los bolcheviques. Entretanto, seguían los preparativos y, so capa de la defensa de Petrogrado, la vanguardia revolucionaria se preparaba realmente para la toma del poder.

De hecho, la noche del día 16, en el edificio de los servicios municipales del distrito forestal de Lesnoy, que desde las elecciones municipales era administrado por Kalinin, se iba a realizar una reunión secreta del CC bolchevique ampliado. Veintitrés cuadros, nueve de ellos del máximo órgano de dirección, se reunieron a las siete de la tarde, junto con Vladimir Ilich. Sin embargo, Trotsky se hallaba ausente del debate. Para proteger mejor el secreto de la reunión de Lesnoy, se había quedado en el Smolny, bien a la vista, en su sillón de presidente del Soviet de la capital.

El interés de esta sesión residía principalmente en la participación de varios representantes del proletariado de la región petersburguesa, encargados de informar acerca de la situación política y social que reinaba en la capital y en los suburbios. Las provincias no estaban tan bien representadas,

cosa que por otra parte brindaría a algunos dirigentes la ocasión de sugerir que se organizara a escala nacional una nueva reunión antes de lanzarse a la insurrección.

La asamblea fue presidida por Sverdlov, que era entonces, aunque relativamente poco conocido fuera del partido, uno de los dirigentes bolcheviques más importantes y capaces. En apoyo a la tesis de Lenin sobre la insurrección, Sverdlov hizo un recuento de las fuerzas con las que se podía contar: comunicó a la asamblea que el partido ya tenía en sus filas 400.000 afiliados.

Lenin presentó y comentó la resolución que el Comité Central había votado el día 10. El dilema del momento fue sintetizado por él de esta manera: «La situación es clara: o la dictadura kornilovista o la dictadura del proletariado con los estratos pobres del campesinado». En respuesta a su llamado los militantes enviados a la sesión trazaron un cuadro del estado de ánimo y preparación, que se registraba entre los distintos grupos de la guarnición y de la población trabajadora de la capital, respecto al proyecto de levantamiento.

Ante aquel auditorio ampliado, Zinóviev y Kámenev expusieron una vez más sus reticencias. El primero rechazó de entrada el carácter obligatorio de la resolución del 10 de octubre: si constituía una auténtica orden, ya no cabía someterla —como era el caso— a una discusión ampliada. Podía, pues, ser puesta en tela de juicio. El segundo, volvió a la carga: «Hace ya una semana que hemos adoptado esa resolución... (Pero) nada se ha hecho hasta el presente... Los resultados de esta semana demuestran que, hoy por hoy, no existe ningún elemento favorable a la insurrección». Y concluyó: «Aquí se enfrentan dos tácticas: la del golpe y la de la fe en las fuerzas motrices de la revolución rusa».

Si Kámenev y Zinóviev eran ahora los principales portavoces de la tendencia moderada, en su defensa se vieron apoyados por otros dirigentes. Milûtin, miembro del Comité Central, dijo: «No estamos preparados para dar el primer golpe. No podríamos derribar al poder ni arrestar a quienes lo detentan en fecha cercana». Y concluyó que la perspectiva que se ofrecía al partido «no es la de la insurrección».

Un representante del Comité de Petrogrado, resumiendo la opinión de su correligionario afirmó: «Ni siquiera estamos prestos para entrar en ac-

ción». Sokólnikov, miembro también del Comité Central, dijo que no cabía aún decidir nada y que solamente después del II Congreso de los Soviets «habrá que decidir si vamos o no a apelar a las masas». Ioffe, otro miembro del Comité Central, vino a decir casi lo mismo: «Es falso —afirmó— que el problema sea en la actualidad meramente técnico; hoy por hoy, la hora de la insurrección debe ser estudiada desde el punto de vista político».

Por el contrario, algunos delegados, como Rahia y Ravich, sostuvieron apasionadamente lo contrario. Según ellos la insurrección ya debería haberse producido. «Nuestra consigna ya está retrasada», decía el primero, «Se duda que hagamos de verdad lo que invitamos a hacer», aseveraba el segundo. Alguno, como Volodarsky, que era también un militante obrero, sostenía que el partido debía estar presto para el enfrentamiento armado, que juzgaba inevitable, pero no debía ser el primero en moverse, sino por el contrario debía dejar la iniciativa al adversario.

Al cabo de doce horas de debate las posturas enfrentadas sometieron a votación dos textos. El autor del primero era Lenin, y en él llamaba «a todas las organizaciones y a todos los obreros y soldados a la preparación minuciosa e intensa de la insurrección armada, a prestar su ayuda al Centro que el Comité Central creará con miras a este objetivo» y expresaba «su certidumbre de que el Comité Central y el Soviet sabrían fijar a su debido tiempo el momento propicio y las modalidades del ataque». El autor del segundo texto era Zinóviev. En estilo lacónico, se limitaba a declarar: «Deben proseguir los trabajos de exploración y de preparación; se decide que a partir de este momento y hasta la convocatoria de la fracción bolchevique en el II Congreso de los Soviets, toda insurrección es inadmisible».

La moción de Lenin fue adoptada por 20 votos contra 2, y 3 abstenciones, en una primera lectura. En una segunda votación y tras el rechazo de algunas enmiendas que trataban de moderar sus términos, fue aprobada definitivamente, pero el número de votos «en pro» descendió a 19 y el de las abstenciones aumentó a 4. Sumando el número de oponentes y el de abstencionistas, daba un total de 6 contrarios a la insurrección frente a 25, que apoyaban la política de Lenin. En realidad, esta cifra era aún más amplia, como se puso de manifiesto cuando se procedió a la votación de la resolución propuesta por Zinóviev. Seis miembros del Comité Central votaron a su favor, quince la rechazaron y tres se abstuvieron. La tendencia moderada sumaba esta vez nueve dirigentes del partido, o sea, más de un tercio de su dirección.

Como se indicaba en la moción triunfadora, el Comité Central designó su «centro» insurreccional, que debía pasar a formar parte del CMR del Soviet. Éste estaba formado por Sverdlov, Stalin, Búbnov, Uritsky y Dzerzhinsky.

Kámenev presentó su dimisión del Comité Central en el momento que se clausuraba la reunión decisiva de Lesnoy. Cuando Lenin se levantó para salir, Sverdlov le paró: «No, camarada, no antes de haber cantado juntos *La Internacional*. La asamblea, de pie, entonó a coro, conmovida pero deliberadamente quedo por no ser oída desde fuera, las notas graves del canto revolucionario.

No obstante, si la noche del 16 de octubre todo estaba políticamente decidido nada había aún técnicamente preparado.

El día 8 octubre, mucho antes que el principio del levantamiento armado fuera aprobado por las más altas autoridades del partido bolchevique, Lenin había enviado al Comité Central una carta que tituló: «Los consejos de un ausente», en la que daba unas orientaciones generales de cómo debía prepararse la insurrección, pero no fue hasta doce días después que empezaron a darse los primeros pasos para detallar el operativo.

A partir del 20 de octubre, en una pequeña sala del tercer piso del instituto Smolny, se reunieron Podvojsky, el creador de la Organización Militar del partido y animador de la Guardia Roja durante la intentona de Kornilov; el campeón de ajedrez Antonov-Ovseenko, hijo de un oficial y oficial él mismo; el subteniente Krylenko; y un marino, gigante y barbudo, Dybenko, que representaba a los marinos de Kronstadt, juntos con un joven de cabellos rubios, Lazimir, el único socialrevolucionarios que asistía asiduamente a las sesiones de trabajo del CMR... Serán estos hombres los que prepararán en unos días el plan exacto de la insurrección.

Su estrategia descansaba en un principio operacional relativamente sencillo: confiar a los Guardias Rojos de las fábricas, y a los soldados afectos de la guarnición, un cierto número de misiones simples, próximas a sus lugares de trabajo o a sus cuarteles. La gran dispersión de las fábricas y los cuarteles en la capital explica la elección de este principio.

Los obreros del barrio de Vyborg y los soldados del Regimiento Moskovosky serían los encargados de controlar los puentes levadizos que unían

los barrios al resto de la ciudad. Deberían también ocupar la estación Finlandia y la cárcel de Kresty, en la que todavía se encontraban numerosos presos políticos.

La Guardia Roja del barrio de Petrograd —es decir, del grupo de islas comprendidas entre el gran y el pequeño Neva— tendrían por misión ayudar al Regimiento de Granaderos a montar puestos de guardia en la parte norte de los puentes Troitsky y Tutchkov, y a vigilar el batallón de choque de los cosacos y las Academias de cadetes-oficiales Pavel y Vladymr.

Los guardias rojos de la isla Vasilievsky y los soldados del Regimiento Filiandisky y del 180º Regimiento de la reserva deberían ocupar los puentes Dvortsovy y Nikolaievsky, y controlar las márgenes del gran Neva (orilla norte) en toda su extensión.

Sin embargo, los principales objetivos, los centros políticos y administrativos, la central de Correos, la central Telefónica..., se encontraban en el corazón de la ciudad. Antonov-Ovseenko y sus colaboradores se vieron, pues, obligados a prever la formación de columnas móviles procedentes de los barrios obreros que debían converger hacia el triángulo Smolny-Palacio de Invierno-Palacio Mariinsky.

Si bien los audaces golpes de mano de algunos puñados de hombres resueltos parecían suficientes para apoderarse de Correos, de la central Telefónica y de los bancos, no era así por lo que respectaba al Palacio de Invierno, el Almirantazgo y el Estado Mayor. Esos tres inmensos edificios, agrupados alrededor de la plaza del Palacio, formaban como una especie de fortaleza compacta, que sin duda el Gobierno Provisional guarnecería con tropas fieles a la primera señal indicadora de la insurrección. Antonov-Ovseenko decidió envolver ese núcleo con un doble cordón de guardias rojos, soldados y marinos. El asalto no se realizaría hasta que los insurrectos hubieran concentrado fuerzas que les diesen una enorme superioridad numérica.

Los obreros de la fábrica Putílov, que ocuparían posiciones entre la calle Moika y la perspectiva Nevsky, deberían recorrer cinco kilómetros para llegar a la posición designada; los de la fábrica de construcción naval Nevsky, estarían a siete kilómetros de la primera línea de bloqueo del Palacio de Invierno y algo parecido ocurría con otras unidades de intervención, por eso la realización de este despliegue corría el riesgo de ser lenta y de reducir a cero el factor sorpresa.

El plan del CMR preveía también la protección del Instituto Smolny y la vigilancia de las vías de acceso a la capital, con la misión detener las tropas que pudieran acudir en socorro del gobierno y, si era posible, unirlas a la insurrección.

La cuestión de los efectivos preocupaba, aunque teóricamente toda la guarnición había adoptado las consignas bolcheviques y se había puesto a las órdenes del CMR. Sólo seguían fieles al gobierno los tres regimientos cosacos, las Academias de cadetes (junkers) y las compañías ciclistas. El Regimiento Semenovsky, por su parte, después de muchas vacilaciones, parecía inclinarse por la neutralidad, como el 9° Regimiento de Caballería, que decidió designar algunos pelotones «para mantener el orden». El CMR disponía, pues, de diez regimientos, de las dotaciones de la escuadra del Báltico, de las de la Guardia de la flota y de un Batallón de Ingenieros, pero los comités regimentales no se hacían muchas ilusiones sobre el ardor revolucionario de la mayoría de los soldados y habían comunicado sus temores al CMR.

Con la Guardia Roja el problema era exactamente el contrario. En octubre, Podvojsky había terminado de organizarla. Los guardias rojos estaban agrupados en batallones de 400 hombres. Cada batallón tenía tres compañías de fusileros, un grupo de ametralladoras, un equipo de enlace, un destacamento sanitario y, a veces, un auto blindado. El reclutamiento era voluntario, pero colectivo: era el comité de una fábrica el que decidía si el lugar de trabajo formaba parte o no de la Guardia Roja, no intervenía cada obrero individualmente. Los guardias percibían una remuneración equivalente a la de su salario en la fábrica, en la que continuaban desempeñando su labor, en lo posible y compatible con el servicio o entrenamiento. Batallones y compañías estaban bajo las órdenes de suboficiales de la guarnición. El entrenamiento se hacía regularmente: una tercera parte de guardias rojos de cada empresa abandonaba, por rotación, su trabajo y marchaba a hacer la instrucción.

Los oficiales eran nombrados por la tropa, pero de hecho los mandos eran designados, las más de las veces, por los comités de fábrica. En las filas de la Guardia Roja reinaba una disciplina rigurosa. Y si bien las infracciones cometidas por sus miembros eran juzgadas por «jurados de camaradas», estaba previsto que todas las órdenes debían ser ejecutadas sin discusión. La utilización de armas fuera del servicio y sin autorización especial era considerada como un crimen.

La falta de armas era otra de las preocupaciones del CMR. Los depósitos de armas, estaban cuidadosamente escondidos. Así, el del barrio de Okhta se encontraba en una falsa cooperativa; en la que junto a algunos paquetes de macarrones, todas las demás cajas, cuidadosamente cerradas, contenían fusiles o cartuchos. Es cierto que algunos días antes, el 14 de octubre, una delegación de obreros se había presentado en el Smolny para reclamar armas. Trotsky les había explicado que el arsenal del Estado no estaba bajo el control del Soviet, pero los obreros le contestaron que habían ido a la fábrica de armas de Sestroretsk y les habían dicho: «si el Soviet lo ordena, os daremos lo que queráis». Trotsky había firmado en seguida una orden de requisa de 5000 fusiles. Pero la realidad era que el reclutamiento de guardias rojos se veía obstaculizado por el número insuficiente de armas y municiones. Por eso se comprende que el control del arsenal de la fortaleza Pedro y Pablo, donde se encontraban almacenados unos 100.000 fusiles, fuera uno de los primeros objetivos a conquistar.

Los estrategas del CMR también habían previsto una ofensiva exterior destinada a apoyar el levantamiento de la capital. Los barcos de guerra del Báltico se dirigirán hacia Petrogrado, limpiando de camino los nidos de junkers de Oranienbaum, Peterhof y Strelna. Algunos de ellos, atracados en lugares determinados, amenazarían con su artillería pesada las carreteras y las vías férreas costeras que conducían a la ciudad. Otros, transformados en transportes de tropas, irían hacia la desembocadura del Neva a una señal convenida, y desembarcarían a 5000 infantes de marina en el corazón de la ciudad. Los soviets de Schlusselburg y de Helsingsfors también habían prometido enviar parte de su guarnición en ayuda de los insurrectos.

Este era el plan concebido por el estado mayor revolucionario, pero antes de estallar la crisis, una serie de acontecimientos modificarán ciertos aspectos del mismo y sobre la marcha se debieron también hacer retoques de importancia.

Un hecho relevante en vísperas de la insurrección fue la postura adoptada por Zinóviev y su compañero Kámenev. Estos dos destacados dirigentes bolcheviques, estaban determinados a impedir lo que ellos pensaban iba a desembocar en una guerra civil. Por eso decidieron dar publicidad a lo acordado por la dirección del partido en Lesnoy.

Ironías del destino, el 17 de octubre, Zinóviev y Kámenev se pusieron en contacto con el menchevique internacionalista Suhanov para que, a través

del *Nóvaya Zhizn*, periódico en el que trabajaba, se denunciase la conspiración planeada ocho días antes en casa del mismo periodista. Suhanov publicó una entrevista con ambos dirigentes bolcheviques en la que se revelaban los proyectos de insurrección armada.

Las consecuencias del artículo aparecido en la primera página del diario propiedad de Gorky fueron considerables. El TSIK. decidió retrasar la apertura del II Congreso de Soviets del 20 al 25 de octubre, esperando dar así tiempo al gobierno para tomar las medidas adecuadas con el fin de evitar o yugular el levantamiento que se estaba preparando.

Kérensky, y el Estado Mayor, comenzaron a tomar en serio lo que hasta entonces sólo habían sido rumores anónimos. Los ministros y los jefes militares decidieron reforzar la guardia del Palacio de Invierno, del Palacio Mariinsky, de las estaciones de ferrocarril y del Banco del Estado; llamar urgentemente a la capital a los junkers de Oranienbaum y mantener en estado de alerta a los de Pavlosk, Tsarkoie-Selo y Peterhof. Al final de aquel día, los autos blindados tomaron posiciones en la gran plaza del Palacio de Invierno, mientras que las patrullas de cosacos a caballo aumentaban en todos los barrios.

Lo cierto era que por Petrogrado corría el rumor de una repetición de las «jornadas de julio». Se hablaba del día 17; pero nada aconteció tal día. Después circularon otros rumores según los cuales la mencionada acción se habría aplazado para la jornada del 20, pero tampoco nada sucedió.

Sin embargo, en muchos medios de la burguesía se deseaba que se produjera el golpe, porque esto ofrecería la oportunidad de acabar con los bolcheviques de una vez por todas. En el transcurso de una entrevista con George Buchanan, embajador de Inglaterra, Kérensky afirmó varias veces: «Sólo deseo una cosa: que se levanten. Entonces los aplastaré». En sus memorias sobre el Gobierno Provisional, el kadete Nabokov refiere haberle preguntado a Kérensky, en octubre, qué pensaba de una posible ofensiva bolchevique. El presidente del gobierno le respondió: «Estoy dispuesto a hacer un triduo para que esta hipótesis se verifique. Tengo más fuerzas de las que necesito. Los aniquilaré definitivamente». En un artículo del diario *Rech*, se decía que «si los bolcheviques intentaban la aventura, serían aplastados sin la menor dificultad». Para el millonario del petróleo Liazonov, el Rockefeller ruso, no había más que una solución: «evacuar Petrogrado y

proclamar el estado de sitio, a fin de que el mando militar pueda desembarazarnos de esos señores sin tener que preocuparse de la legalidad».

Estos propósitos eran compartidos por numerosos conservadores que veían próximo el fin del bolchevismo. El príncipe Trubetskoy, por ejemplo, estimaba que «los signos de convalecencia son patentes; uno de ellos es incluso esta pujanza de que dan muestra los bolcheviques. Todo lo que está entre ellos y nosotros se derrumba; ya sólo resta el elemento sano de un lado, y de otro, la masa inerte, infecta. Esta masa es el bolchevismo, que se muere ya». Así se hablaba el 13 de octubre de 1917. Dos semanas después, aquella «masa infecta» del bolchevismo se hallaba en el poder.

Pero estos deseos y esa confianza, que manifestaban unos y otros, carecía de base real. Las fuerzas de las que disponía el Gobierno Provisional para oponerse, más o menos eficazmente, al asalto bolchevique en la capital y en sus alrededores próximos, se reducían a algunos millares de cadetes de las Academias Militares, aunque el gobierno creía igualmente poder contar con tres regimientos de cosacos, con un batallón de automovilistas y con una división de vehículos blindados, así como con un batallón femenino, formado al calor de la exaltación patriótica previa a la ofensiva de julio. Por lo demás, las autoridades estaban decididas a apelar a las tropas del frente para reprimir cualquier desorden en Petrogrado.

No obstante, en toda la capital la tensión era grande. En la noche del día 18, la atmósfera en la reunión del Soviet fue crispada. Los mencheviques y los socialrevolucionarios abrumaron a Trotsky con preguntas: ¿Preparaba o no el Soviet una insurrección? ¿Había sido Trotsky, el que había dado la orden de requisar 5000 fusiles?

La respuesta de Trotsky fue, aparentemente, muy clara y suficientemente ambigua: «No ocultamos nada. Declaro en nombre del Soviet que no hemos decidido ninguna acción armada. Pero si el curso de los acontecimientos obliga al Soviet a decidir una acción de esta naturaleza, entonces los obreros y soldados de Petrogrado contestarán a nuestra llamada como un solo hombre... Sí, he ordenado entregar 5000 fusiles a los guardias rojos, y el Soviet seguirá organizando y armando las milicias obreras. Debemos estar siempre preparados para hacer frente a una ofensiva de la contrarrevolución». Kámenev se levantó entonces y expresó su entera solidaridad con el presidente del Soviet.

Entre tanto, las declaraciones de Zinóviev y Kámenev habían puesto furioso a Lenin, que seguía escondido en el apartamento de la Fofanova. El secretario general del partido envió a los miembros del Comité Central una carta extraordinariamente vehemente. «Tiempos duros. Problema difícil. Grave traición», escribió en lenguaje telegráfico, y a renglón seguido pidió que esos «esquiroles», esos «traidores», fueran expulsados lo más pronto posible del partido.

Pero la exclusión del partido supondría un debate contradictorio que podía arrastrar a los vacilantes a las filas de los contrarios a la insurrección y a Sverdlov le pareció inoportuna la medida. Stalin, que dirigía la prensa de la organización, tampoco estaba de acuerdo, y decidió poner sordina al asunto. Hay que añadir que había adoptado la misma postura conciliadora el órgano del partido, *Rabochy Put*, que él dirigía.

El diario bolchevique publicó una breve carta de Zinóviev, en la que éste confirmaba su desacuerdo con Lenin, y se «asociaba» a su vez a la declaración de Trotsky al Soviet hecha el día 18. Escribía Zinóviev: «Pienso, que podemos perfectamente estrechar filas y aplazar nuestra discusión hasta un momento más favorable». Stalin, que sin embargo había estado por la insurrección, comentaba en una breve nota de la redacción: «Por nuestra parte expresamos la esperanza de que con la declaración hecha por el compañero Zinóviev (y con la del compañero Kámenev al Soviet) la cuestión pueda considerarse cerrada. La aspereza del tono del artículo del compañero Lenin no cambia el hecho de que en sustancia seguimos compartiendo las mismas ideas».

Por su naturaleza inclinada al compromiso fácil, esta nota fue criticada por Trotsky en la reunión del Comité Central que se terminó celebrando para tratar el tema de la expulsión el día 20 de octubre, y éste es el primer episodio que se conoce de enfrentamiento entre ellos dos: Trotsky frente a Stalin. Stalin, ofendido por las críticas, respondió presentando su dimisión del diario, que sin embargo fue inmediatamente rechazada.

La propuesta de Lenin sobre la expulsión terminó no siendo aceptada por el Comité Central. Aquel día estaban presentes sólo ocho de sus miembros. En particular, fue Stalin quien tomó a su cargo la defensa de los dos acusados, declarando que: «la expulsión no era una solución» y que era necesario mantener la unidad del partido. Como quiera que el 10 de octubre

Kámenev había presentado su dimisión como miembro del CC, la cuestión que se terminó votando fue si se le aceptaba su dimisión o no. Puesta a votación, fue aceptada por 5 votos contra 3 —si bien provisionalmente—, pero al cabo de tres días, se le volvió a requerir para confiarle la responsabilidad política de las relaciones bolcheviques con los demás partidos socialistas. El caso de Zinóviev no fue siquiera discutido, pero a ambos se les impuso «no hacer declaraciones contra las decisiones del CC y la línea de trabajo indicada por éste».

Estas medidas provocaron otra vez las iras de Lenin. «Expreso mi desacuerdo sobre la decisión del Comité Central», escribía el dirigente bolchevique, sin que en este asunto se le hiciera mucho caso.

Aquellos días estuvieron caracterizados esencialmente por una intensificación de la propaganda bolchevique. Como siempre, se trataba de «defender el Soviet contra el complot kornilovista que se preparaba». En Petrogrado, el principal esfuerzo de los oradores se centró sobre los 150.000 hombres de la guarnición. De su actitud dependía la suerte de la insurrección.

El éxito de la campaña fue casi total. El 18 de octubre, los comités regimentales de la distrito militar de Petrogrado celebraron una reunión conjunta, impropiamente llamada Conferencia de la guarnición. Sólo los tres regimientos de cosacos y las academias de cadetes de la capital no estuvieron representados en ella. Esta ausencia indicaba su hostilidad frente al Soviet de Petrogrado, que era el organizador de esa asamblea. En caso de conflicto ¿de qué lado se pondrían?

La Academia de Subtenientes de Peterhof y el 9° Regimiento de Caballería se pronunciaron por el gobierno. La Academia de Oranienbaum optó por la neutralidad. El Regimiento de Granaderos de la guardia afirmó que sólo obedecería las órdenes del II Congreso de los Soviets. Todos los demás comités, que representaban a nueve regimientos de infantería, las tripulaciones de la flota del Báltico, un Batallón de Ingenieros y los Artilleros de la Guardia declararon que desde ese momento reconocían la autoridad del Soviet de Petrogrado y aprobaron la siguiente moción: «La Guarnición de Petrogrado no reconoce al Gobierno Provisional. Nuestro gobierno es el Soviet de Petrogrado. Sólo obedeceremos las órdenes que provengan del Soviet de Petrogrado por intermedio del Comité Militar Revolucionario».

Esta decisión era capital ya que inclinaban del lado de la insurrección a más de cien mil hombres armados y experimentados. La adhesión más espectacular fue la del Regimiento Semenovsky, considerado hasta entonces como el más seguro sostén del gobierno. Este regimiento se había distinguido en diciembre de 1905 al restablecer el orden en Moscú. Su lema había sido entonces: «No queremos prisioneros». Después había conservado fielmente, a pesar de todas las reformas, las viejas tradiciones de disciplina y obediencia del ejército zarista.

A partir del 20 de octubre el CMR entró plenamente en funciones y, fortalecido por su posición en el conflicto con el gobierno a propósito del envío al frente de los soldados, nombró comisarios ante las tropas y en todos los puntos más importantes de la ciudad: sesenta en total. Un bando «A la población de Petrogrado» explicaba esta decisión:

«En interés de la defensa de la revolución y de sus conquistas contra los atentados de la contrarrevolución, el Comité Militar Revolucionario ha designado comisarios en las unidades militares y en los sectores más importantes de la capital y sus alrededores. Las órdenes e instrucciones para esas unidades y sectores sólo deben ser ejecutadas con la aprobación de los comisarios del CMR., que gozan de inmunidad por ser representantes del Soviet».

El domingo 22 de octubre había sido declarada como una jornada de apoyo al Soviet y con tal motivo se convocó a los trabajadores para manifestarse por las calles de la ciudad. Aquella movilización tenía el doble objetivo de enardecer el entusiasmo de los obreros y de realizar colectas de dinero para sufragar los gastos del Soviet. Ese mismo día era también una jornada festiva para los cosacos, aquella en que tradicionalmente una procesión religiosa honraba el icono milagroso de la virgen de Kazán que, según creencia popular, había expulsado de Moscú a Napoleón en 1812. Ante esa circunstancia, el Soviet hizo un llamamiento a los cosacos.

«Quieren enfrentaros a nosotros. Ese plan de Caín ha sido urdido por nuestros enemigos comunes: los tiranos de la nobleza, los banqueros, los terratenientes, los antiguos servidores del zar. Somos odiados por todos los usureros, todos los ricachones, los príncipes, los generales, incluidos los vuestros, cosacos...».

Se temían alteraciones del orden público entre ambos bandos pero no las hubo, Kérensky intervino personalmente para que el cortejo no se celebrase y los cosacos, permanecieron en sus acantonamientos.

Pero en la madrugada del domingo, una delegación del Comité Militar Revolucionario se entrevistó con el coronel Polkóvnikov, comandante de la guarnición, para notificarle que en lo sucesivo todas las decisiones del mando militar debían ser aprobadas y firmadas por los comisarios de dicho CMR, sin cuyo requisito no serían obedecidas ni siquiera las órdenes del comandante de la plaza. El coronel respondió que no reconocía la autoridad del Soviet de Petrogrado y que no se sometía a la tutela de su comité militar.

La inmediata réplica del CMR adoptó la forma de una declaración dirigida a los soldados de Petrogrado en la que se afirmaba que el «Estado Mayor había roto con la guarnición revolucionaria y el Soviet de Petrogrado, y que con ello se convertía en instrumento de las fuerzas contrarrevolucionarias», y terminaba proclamando «que la revolución estaba en peligro».

El 23, Polkóvnikov decidió adoptar una actitud más dialogante y trató de llegar a un acuerdo con el Soviet y con el CMR. Se entablaron nuevas negociaciones, en el curso de las cuales mencheviques y socialrevolucionarios prometieron a los bolcheviques una serie de concesiones menores si éstos aceptaban moderar su actitud y renunciaban a dar órdenes al comandante de la plaza.

Entretanto los bolcheviques tuvieron conocimiento de que la guarnición de la fortaleza de Pedro y Pablo y el arsenal anejo, se negaban a reconocer la autoridad del CMR. Esto podía ser gravísimo, dada la importancia estratégica de la ciudadela cuyos cañones dominaban el Palacio de Invierno, situado en la otra orilla del Neva, y por la gran cantidad de armas que albergaba el arsenal. Antonov-Ovseenko, propuso que un batallón revolucionario se introdujese en el bastión para desarmar a las tropas y sustituirlas por otras afectas al Soviet. Pero antes de adoptar esa medida, y ante el riesgo de la operación, Trotsky sugirió la ya probada eficacia de la agitación política. Los comisarios designados por el Smolny, Blagonravov y Ter-Arutiuniantz se dirigieron hacia el arsenal acompañados por algunos guardias rojos y sostuvieron una breve entrevista con el alférez de navío Filippov, que mandaba el pequeño destacamento de soldados encargados de custodiar el inmenso almacén de armas. Siguió una escena que había de repetirse muchas veces: el alférez se negó a ceder el mando a los enviados del CMR. Pero en cuanto Blagonravov le amenazó con arrestarle inmediatamente, cedió al momento.

De un golpe, los insurrectos habían solucionado el grave problema del armamento. Ter-Arutiuniantz telefoneó en seguida la buena noticia al CMR, el cual organizó la distribución de armas. En la oficina de los Comités de fábrica, transformada en estado mayor de intendencia, un miembro del Comité firmaba vales de requisa para el arsenal: 150 fusiles por fábrica...

Después, Blagonravov se dirigió a la fortaleza y con la ayuda de Pavlov, jefe de la célula bolchevique, convenció a los miembros del Comité de soldados para que convocasen a toda la guarnición de Pedro y Pablo, oficiales y tropa, a un gran mitin durante en el cual se decidirá la actitud a tomar ante el Gobierno Provisional. Trotsky acudió personalmente a la fortaleza, como Presidente del Soviet de Petrogrado. Toda la ciudad se había familiarizado con su silueta delgada, su melena negra siempre despeinada, su barbita replegada bajo el mentón, su voz enfática y su talento para la metáfora que tanto le diferenciaba de Lenin.

Trotsky se ganó a Pedro y Pablo, como ganaba en todas partes donde sus palabras eran escuchadas. Así, antes de entablar combate, el CMR había logrado una victoria crucial. La fortaleza era la posición estratégica de la capital por excelencia. A través de sus troneras, se percibían las ventanas del Palacio de Invierno, que distaba 1200 metros; y tres mil hombres atrincherados detrás de las altas murallas construidas en forma de estrella de seis puntas, ahora se mostraban favorables a la insurrección.

Mientras tanto las conversaciones en el Estado Mayor se prolongaban. El coronel Polkóvnikov intentaba allanar las diferencias cuando el Gobierno Provisional conminó de modo tajante al CMR para que anulara su declaración de la víspera y finalmente decidió pasar a la vía de los hechos.

A las tres de la mañana del 24 de octubre, las luces seguían encendidas en el Salón Malaquita del Palacio de Invierno. Kérensky había convocado un consejo de ministros improvisado con la única finalidad de desencadenar una ofensiva contra el partido bolchevique.

Dado que no había respuesta del CMR al ultimátum gubernamental, el gabinete autorizó la detención de los líderes del Comité Militar Revolucionario. Alexandra Kollontai, Lunacharsky, Krylenko, Rýkov, Antonov y Kámenev, debían ser también detenidos al mismo tiempo que Trotsky. De ese modo, pensaba Kérensky, sería decapitado el movimiento insurgente mediante una simple operación de policía.

Aprobada la propuesta las órdenes se dieron telefónicamente. Sin embargo, en los locales vecinos del Estado Mayor, los soldados de guardia del Regimiento Pavlovsky interceptaban todas las comunicaciones y rápidamente informaron al CMR.

Terminada la reunión, Kérensky se quedó despachando con el general Bagratuni y el coronel Polkóvnikov para ultimar los planes del golpe que pensaban descargar contra los bolcheviques, cuando un mensajero trajo una nota. En ella se comunicaba algo que nadie en aquella sala esperaba, y que en esos momentos ni se deseaba: los bolcheviques habían aceptado el ultimátum. Pero Kérensky no estaba de humor para suspender el ataque que tanto había buscado.

Pocas horas después, sobre las 6 de la mañana del día 24, el comisario de policía del distrito III, acompañado por algunos junkers de la Academia de cadetes de Orianenbaum, irrumpió en la imprenta Trud donde se imprimían los periódicos bolcheviques *Rabochy Put*, que sustituía al prohibido *Pravda*, y el *Soldat*. El comisario presentó a los responsables del taller una orden del comandante de la región militar de Petrogrado en virtud de la cual la imprenta debía ser inmediatamente clausurada y requisados todos los ejemplares impresos. En algunos minutos, el vestíbulo y las oficinas quedaron vacíos, las estenotipias destruidas y el plomo vertido. Luego, los junkers sellaron todas las entradas. Pero la operación, no había pasado inadvertida. Se había producido en la hora en que las calles, hasta entonces desiertas, se poblaban de obreros que iban al trabajo.

Apenas llegó al instituto Smolny la noticia, comunicada por dos trabajadores, del ataque a la imprenta, el CMR dio la señal de arranque a la contraofensiva, recurriendo a las tropas más cercanas y fiables, el Regimiento Litovsky y el 6º Batallón de Ingenieros, que tenían sus cuarteles próximos al Palacio de Táuride. En seguida los enlaces de esas dos unidades salieron del instituto, montaron en sus bicicletas y marcharon hacia sus acuartelamientos. A las nueve de la mañana un destacamento armado con ametralladoras y dirigido por Daškevich, llegó al edificio de la imprenta en el barrio de Vyborg.

Daškevich, actuó con resolución dejando bien claro al reten de guardia en la imprenta que las órdenes del gobierno no refrendadas por el Comité Militar Revolucionario no eran válidas. Procedió a romper los sellos y garantizó al Smolny que en un par de horas se reanudaría la impresión.

Irónicamente, en la edición secuestrada del *Rabochy Put*, el artículo más destacado era un editorial de Stalin que no apuntaba a ningún tipo de insurrección inminente. Sin embargo, cuando unas horas más tarde, los periódicos bolcheviques salieron a la calle, en la primera página el CMR denunciaba el «golpe de fuerza» gubernamental.

«¡SOLDADOS! ¡OBREROS! ¡CIUDADANOS!

Los enemigos del pueblo han tomado esta noche la ofensiva. Los kornilovistas del Estado Mayor pretenden hacer venir de los suburbios a los junkers y batallones de voluntarios. Se prepara un acto de alta traición contra el Soviet de Petrogrado. Existe un complot contrarrevolucionario contra el Congreso de los Soviets en la víspera de su apertura, contra la Asamblea Constituyente, contra el pueblo. El Soviet de Petrogrado tiene confiada la guardia de la revolución. El CMR se ha atribuido la labor de rechazar el ataque de los conspiradores. Todo el proletariado y toda la guarnición de Petrogrado están dispuestos a asestar a los enemigos del pueblo una formidable réplica.

El CMR decreta:

Todos los comités regimentales, de compañía y de unidades navales, así como todas las organizaciones revolucionarias, se reunirán permanentemente para conocer todas las informaciones relativas a las intenciones y actos de los conspiradores.

Ningún soldado abandonará su unidad sin autorización de su comité.

Cada unidad enviará inmediatamente dos delegados y cada soviet de barrio cinco delegados al instituto Smolny.

Todas las informaciones sobre los actos de los conspiradores serán transmitidas inmediatamente al Smolny.

Se convoca inmediatamente a una reunión extraordinaria en el Smolny a todos los miembros del Soviet de Petrogrado y a todos los delegados del Congreso de los Soviets de toda Rusia.

La contrarrevolución ha levantado su criminal cabeza...

¡Ni vacilaciones ni dudas! ¡Firmes, disciplina, tenacidad, decisión!

¡Viva la revolución!

El Comité Militar Revolucionario».

Algo más tarde, en un telegrama enviado a todos los regimientos de la capital se decretaba: «Os ordenamos poner el regimiento en estado de combate y esperar órdenes ulteriores».

Algunas horas después de que el gobernador general diera las órdenes de asaltar la imprenta, también se ordenó a otros destacamentos de junkers que vigilaran los puentes y que los elevaran —por lo general se trataba de puentes levadizos— para impedir el paso entre los barrios obreros y el centro de la ciudad. Así, se debían cortar todos los puentes sobre el Neva, excepto el del Palacio, esperando aislar el Smolny de los barrios obreros.

El Neva corta la ciudad en dos y aísla el centro de la capital de las islas del Norte y del barrio de Vyborg. La parte más esencial del potencial militar revolucionario se encontraba en los barrios situados al norte del Neva, en la orilla derecha: Vasilievsky, Petrograd, Vyborg, y Okhta. Allí estaban ubicadas más de las dos terceras partes de las fábricas de la capital.

A partir de las tres de la tarde, las patrullas gubernamentales fueron controlando uno a uno los puentes del centro, que los técnicos de ingenieros comenzaron a levantar. Poco a poco, los tranvías fueron dejando de circular en la mitad septentrional de la ciudad. Por este hecho la población de Petrogrado, recordando situaciones precedentes, intuía los peligros. Los comerciantes empezaron a cerrar las tiendas y los viandantes se apresuraron hacia sus casas.

Esta medida originó los primeros choques, siempre incruentos, entre las tropas gubernamentales y las del CMR en una lucha por el control de los puentes.

Alrededor de las 6:30 de la tarde una patrulla de junkers se acercó al puente de Troitsky, que atraviesa el río desde el Campo de Marte por el lado de Petrogrado hasta cerca de la fortaleza de Pedro y Pablo en la otra orilla. Avistada por fuerzas probolcheviques del Regimiento Pavlovsky, cuyos cuarteles estaban cerca, se avisó al teniente Oswald Dzenis, confirmado como comisario del regimiento el día anterior, que ordenó a sus tropas ocupar el puente, lo que se hizo sin incidentes.

En otros casos fue la propia población civil la que impidió la elevación de los puentes. Tan pronto como cadetes leales de la Academia de Artillería Mihailovsky llegaron al puente Liteiny, fueron desafiados por una multitud

airada de ciudadanos, muchos de ellos armados. Los junkers, terminaron siendo desarmados y fueron escoltados de nuevo a su academia.

Muchas de estas acciones se llevaron a cabo sin ningún tipo de directivas específicas del CMR. De este modo, tan pronto como se inició la lucha por los puentes, Ilin-Zhenevsky, que también actuaba por su cuenta, se encargó de que soldados de su unidad se hicieran con el control de los pequeños puentes Grenadersky y Samsonevsky.

Zhenevsky, que era el comisario del Regimiento de Granaderos en el lado de la barriada de Petrograd, cuando recibió la información de que se querían elevar los puentes que unían el Nevka al distrito de Vyborg, envió rápidamente un destacamento para controlar el paso. En sus memorias, describe, en los siguientes términos, el desbloqueo de los puentes Grenadersky y Samsonevsky:

«Convoqué a algunos soldados, los agrupé en dos patrullas y envié una al puente Grenadersky, y la otra, al puente Samsonevsky, con la orden de restablecer la circulación a toda costa.

—Si os oponen resistencia, usad las armas.

Al cabo de unos minutos, la primera patrulla volvió.

—Camarada comisario —me informó el jefe de la patrulla—, hemos restablecido el puente y para mayor seguridad hemos cogido las llaves. Ahora, ya no se le puede levantar.

Detrás de la patrulla, gimoteando y jurando, andaba pesadamente un anciano, el guarda del puente».

En la mayoría de los casos, los guardias rojos ocuparon el extremo de un puente y los junkers el otro extremo. Hasta la noche, los tableros danzaron sobre el Neva, alzándose y bajando, y volviendo a alzarse, en un movimiento cadencioso, merced a esporádicas victorias.

El gobernador militar había encomendado una empresa de responsabilidad al Batallón de Mujeres de Petrogrado: custodiar el puente del Palacio, autorizando si era preciso el uso de las armas para evitar que cayera en manos de los insurrectos. Parece ser que las mujeres soldados no intentaron seriamente ejecutar esta orden, probablemente debido a que el puente estaba dentro del campo de tiro de las ametralladoras montadas a lo largo de la muralla de la fortaleza Pedro y Pablo.

Algo muy distinto ocurrió con el puente Nikolaievsky, que después de un breve encontronazo entre junkers y guardias rojos, los primeros lograron hacerse con el puente que conecta la isla Vasilievsky con el centro de la capital, permaneciendo firmemente custodiado por los cadetes y personal del Batallón de Mujeres.

Al final de la tarde, los guardias rojos recibieron por fin la orden de rechazar como fuera a los piquetes formados por policías y junkers y de volver a abrir todos los puentes a la circulación. Sin un solo tiro, los destacamentos rebeldes fueron sustituyendo los puestos de control afectos al Estado Mayor. Al anochecer, era evidente que la crucial «batalla por los puentes» había sido ganada por las fuerzas hostiles al gobierno. Dos de los cuatro principales puentes del Neva estaban en sus manos, así como todos los puentes sobre el Bolshaia Nevka y Malaia Neva. Únicamente el puente Nikolaievsky y el de Palacio seguían resistiendo, fue entonces cuando el CMR., decidió emplear medios más contundentes. Sverdlov ordenó que interviniera el crucero *Aurora*.

A las 3:30 a.m. del día 25, el *Aurora* logró anclar al lado del puente Nikolaievsky. Cuando la tripulación del buque dirigió sus reflectores hacia el puente, los cadetes que lo custodiaban huyeron en medio de la noche. Electricistas del barco descendieron al muelle para supervisar el cierre del mecanismo de elevación. Poco tiempo después, cuando una treintena de hombres enviados por gobierno para reabrir el puente, llegaron hasta el lugar, lo encontraron controlado de forma segura por unos doscientos trabajadores y marinos.

Finalmente, hacia las siete de la mañana, cuando el día comenzaba a levantarse y un viento glacial del Oeste dispersaba la bruma que salía de los canales, los guardias rojos arrojaron a los junkers del puente del Palacio. Un puesto de insurrectos se instaló bajo las mismas ventanas del Palacio de Invierno.

El aparato del Estado se estaba desmoronando. Kérensky vio bajar desde sus ventanas el tablero del puente del Palacio, el último que quedaba alzado sobre el Neva. El general Malinovsky, sucesor de Verkchovsky en el Ministerio de la Guerra, no había podido reunirse con sus colegas en el Salón Malaquita, ya que había sido apresado por los insurgentes cuando cruzaba el puente Troitsky para responder a la llamada de Kérensky. Llevado

a un cuartel próximo, parlamentó, haciendo notar el efecto nefasto que la noticia de su detención podría tener sobre los combatientes del frente, y consiguió finalmente que le pusieran en libertad.

Realmente el crucero *Aurora*, que había intervenido en la toma del puente Nikolaievsky, se encontraba ya en franca rebeldía desde el día anterior. El viejo crucero, era un veterano de la guerra ruso-japonesa, que se había sometido a reparaciones en el astillero franco-ruso, pero el trabajo había finalizado y se había dado la orden desde el Almirantazgo para salir a altamar a fin de probar los motores. Dominado por una tripulación revolucionaria, el crucero se puso en contacto con el Centrobalt en Helsingfors, pidiendo instrucciones. El día 23, Dybenko, presidente del Centrobalt, derogó la orden dada por el gobierno e instó a la tripulación a mantener el barco en Petrogrado hasta el día 26.

El *Aurora*, como muchas otras unidades de la marina rusa, estaba mandado por un oficial sueco, el comandante Erikson, que anunció a su dotación que se efectuarían las maniobras ordenadas. Fue entonces cuando el comisario del CMR en el buque, Alexander Belyšev, puso en estado de alerta a la tripulación haciéndose con el mando efectivo de la nave.

El CMR consideraba el *Aurora* como una de sus grandes bazas, por eso Trotsky envió un comunicado sobre lo que estaba sucediendo en la capital para que fuese difundido por la radio de la nave. Así, la emisora de a bordo se convirtió muy pronto en la primera voz de los insurrectos, denunciando a intervalos regulares al gobierno, y difundiendo a todos los distritos de la ciudad, el siguiente mensaje:

«Los enemigos del pueblo han emprendido la ofensiva durante la noche. El CMR dirige la resistencia contra el ataque de los conspiradores.

La guarnición encargada de defender los accesos a Petrogrado debe mantenerse apercibida para el combate, reforzar la vigilancia de las estaciones de ferrocarril, prohibir la entrada en Petrogrado de cualquier unidad de tropas cuya actitud frente a los acontecimientos actuales desconozca y enviar a cada unidad varias decenas de agitadores para que les expliquen que les mandan a Petrogrado a combatir contra el pueblo. Los convoyes kornivolistas que no se sometan a nuestras pretensiones serán detenidos por la fuerza. Actuad con rigor y prudencia y, si es necesario, emplead la fuerza. Señalad urgentemente todos los movimientos de tropas al CMR, que se

halla en el instituto Smolny. Enviad allí delegados de los soviets locales y de los comités de regimiento para que sirvan de enlace».

En algún momento después de la medianoche, la tripulación de la *Aurora* fue autorizada por el CMR a «utilizar todos los medios a su alcance» para restablecer el tráfico en el puente Nikolaievsky. Pero para cumplir con la orden era necesario que la nave se adentrara en el rio y fondeara lo más cerca posible del objetivo.

Belyšev dio las órdenes para zarpar, y arrastrado por remolcadores el *Aurora* desatracó lentamente del muelle franco-ruso. Pero el capitán se negó a dirigir la maniobra afirmando que era imposible penetrar de modo seguro el rio. El canal no había sido dragado desde 1914, y el navío encallaría en los bancos de arena.

Corto y anchuroso, el Neva es un río de sólo setenta kilómetros. Vierte al mar el rebosamiento del gigantesco lago Ladoga de 18.000 kilómetros cuadrados de superficie. El rio drena lentamente el excedente de agua hacia el golfo de Finlandia y por eso amasa toneladas de arena en el fondo de su lecho.

El argumento del capitán era válido. Pero el joven comisario, de sólo veintitrés años, estaba dispuesto a cumplir con lo encomendado. Belyšev, desde el puente de mando comenzó a dirigir la maniobra. Algunos voluntarios en una chalupa precedían al crucero sondeando el fondo. Quince hombres, provistos de varas, ocupaban la lancha en la que habían emplazado una ametralladora en la proa. Las operaciones de sondeo fueron dirigidas por el primer piloto Zaharov, que pistola al cinto, iba provisto de una linterna colgada sobre el pecho cubierta con un papel negro que tenía una pequeña rendija. La chalupa avanzaba a fuerza de remos. La marinería a bordo del *Aurora*, en total silencio, estaba atenta al menor ruido que anunciase que el buque embarrancaba. Zaharov, con un megáfono, iba comunicando las profundidades del canal a los hombres que se habían quedado en el puente.

Cuando las calderas adquirieron la presión adecuada, el capitán, que había sido confinado en su camarote, pidió tomar el mando de la maniobra, no podía consentir que su barco embarrancase.

Realmente, el puente Nikolaievsky estaba a pocas brazas y la operación se pudo culminar con éxito. A las 3:30 a.m. el *Aurora* ancló cerca del puente

desde donde completó la misión encomendada, pero el viejo crucero, casi en la misma posición, aún iba a desempeñar un papel fundamental en los acontecimientos que se avecinaban.

En cuanto se tuvo noticia del asalto a la imprenta Trud, Sverdlov, convocó de urgencia una reunión del CC bolchevique en el Smolny. Estuvieron presentes: Lomov, Dzerzhinsky, Búbnov, Noguin, Milûtin, Ioffe, Uritsky, Trotsky y Berzin, así como Kámenev, cuya renuncia a pertenecer al Comité parece que fue simplemente ignorada. En vista de la crisis abierta y de las dificultades para reunir con celeridad a los miembros del Comité, el mismo Kámenev propuso que ninguno dejase el Smolny sin una autorización especial.

Durante mucho tiempo la historiografía soviética presentó esta reunión como la que acordó poner en marcha la insurrección, pero no hay evidencias de que el CC, en aquel momento, tuviera en mente, antes del II Congreso de los Soviets, otra cosa que evitar los golpes del gobierno.

Curiosamente, la primera cuestión que se abordó no fue el ataque perpetrado contra los periódicos del partido, sino el estado de las negociaciones entre los comités de soldados revolucionarios y el general Polkóvnikov. Sólo después se trató el asalto por parte de los junkers a la imprenta del partido.

Una vez confirmada la orden dada por el CMR de reanudar como fuera la impresión de los periódicos secuestrados, los miembros del Comité Central valoraron la posibilidad de que Correos y Telégrafos, y también los trabajadores ferroviarios, entre los cuales la influencia de los socialista moderados todavía era muy fuerte, pudieran oponerse a las medidas adoptadas por el CMR y aislar a la capital del resto del país. Por eso se decidió intervenir con urgencia y se distribuyeron las tareas entre sus miembros. Búbnov se ocuparía de los ferrocarriles, Dzerzhinsky de Correos y Telégrafos, Milûtin de los abastecimientos, Kámenev y Berzin conducirían las negociaciones políticas con los socialrevolucionarios de izquierda. Sverdlov tendría bajo vigilancia al gobierno. Lomov y Noguín saldrían para Moscú lo más pronto posible para informar de lo que ocurría en Petrogrado y conocer la situación en la otra gran capital.

Antes de levantar la sesión, ante la insistencia de Trotsky, el Comité Central, estuvo de acuerdo en crear un cuartel general en la retaguardia ubicado en la fortaleza Pedro y Pablo, que se convertiría en operativo en caso de que el Smolny fuera ocupado por tropas leales.

En esta reunión, a diferencia de la que estaba celebrando el Comité Local del partido, nadie consideró acabar con el Gobierno Provisional antes de que se hubiera reunido el II Congreso de los Soviets de toda Rusia. Más bien, parece ser que en ese momento la mayoría de los miembros del Comité Central estaban absorbidos en la tarea de neutralizar las acciones del enemigo. Sin embargo, según algún testigo presencial, ya que no se conservaron las actas, en la reunión del Comité Local, sí que se llamó formalmente a la toma del poder «sin ningún tipo de dilación».

La cautela táctica del Comité Central en esos momentos queda también reflejada en el editorial preparado por Stalin para la edición del *Rabochy Put*, que llegó a las calles después del mediodía, titulado: «Lo que necesitamos». En él se hacía un llamamiento a los trabajadores y soldados para que ejercieran una presión directa sobre los delegados al II Congreso de los Soviets, y para que fuera ese organismo quien remplazase al gobierno de Kérensky. Stalin escribía: «…El actual gobierno impostor, que no fue elegido por el pueblo y que no es responsable ante el pueblo, debe ser reemplazado por un gobierno reconocido por el pueblo, elegido por los representantes de los obreros, soldados y campesinos, y responsable ante estos representantes…». La misma postura quedó reflejada en el nuevo periódico vespertino controlado por los bolcheviques, el *Rabochy i Soldat*.

En un discurso a la delegación bolchevique al II Congreso que tuvo lugar al comienzo de la tarde de ese mismo día, Trotsky quiso dejar bien claro que las acciones del Comité Militar Revolucionario en modo alguno pretendían usurpar las funciones del Congreso. «Nuestra tarea es defendernos y ampliar nuestra esfera de de influencia con el fin de construir una base sólida para el Congreso de los Soviets de mañana».

De acuerdo con una carta escrita al día siguiente por Mihail Zhukov, un participante en esta reunión, Trotsky, hacia el final de su discurso, insistió en que «Sería un error usar incluso uno de los vehículos blindados que ahora defienden el Palacio de Invierno para acabar con el gobierno. Sin embargo, la decisión del Comité Militar Revolucionario de reabrir la imprenta de *Rabochy Put*… no es un error. Es simplemente defensa, camaradas. Es pura defensa». Zhukov señala que en ese momento Trotsky fue interrumpida por una tormenta de aplausos.

Los aplausos se prodigaron en aquella jornada y Kérensky también estaba siendo rabiosamente aplaudido en otro escenario.

A las once de la mañana había comenzado una sesión ordinaria del Preparlamento convocada por su presidente, el socialrevolucionario Avkséntiev. Fue sobre las 12:30 cuando Kérensky se presentó en el Palacio Mariinsky y solicitó de Avkséntiev permiso para hacer una declaración especial.

El Ministro-presidente habló largo rato, citando fragmentos de la «Carta a los compañeros» de Lenin para demostrar que se trataba de un llamamiento a la insurrección. «Los bolcheviques están ayudando no al proletariado alemán, sino a las clases dominantes alemanas; están abriendo Rusia al puño de hierro del kaiser y sus amigos… Con plena conciencia de mi responsabilidad, proclamo desde esta tribuna que dichas acciones perpetradas por un partido político ruso constituyen una traición, una traición al Estado ruso... Es preciso terminar sin tardanza con todos los elementos, todos los grupos y partidos que se atreven a atentar contra la libre voluntad del pueblo ruso y amenazan con abrir el frente a Alemania».

Anunció luego su decisión de poner fin a los «desórdenes del hampa», y sin embargo añadió: «Debo reconocer que una parte de la población de Petrogrado se encuentra en estado de abierta insurrección… He ordenado que se proceda inmediatamente a las acciones judiciales y a las detenciones necesarias (protestas en la izquierda). Sí, sí, escuchadme todos; en este momento que el Estado, al borde de un abismo, está en trance de perecer por una traición consciente o inconsciente, el Gobierno Provisional, y yo mismo al frente, preferimos morir o ser aniquilados, antes que traicionar la vida, el honor y el interés del país».

La asamblea, en pie, tributó una ovación al brillante orador. Sólo la izquierda compuesta por mencheviques internacionalistas permaneció sentada.

Teatralmente, en aquel punto, Konoválov entregó a Kerenky el texto del llamamiento del Soviet a los regimientos para que estuvieran preparados. El Presidente del Gobierno lo leyó en voz alta como prueba evidente de todo lo que había dicho. Finalmente llegó a la conclusión. Kérensky pidió que se le concedieran plenos poderes. «Pregunto en nombre del país, exijo que desde hoy, desde esta sesión, el Gobierno Provisional reciba de vosotros una respuesta: ¿puede cumplir con su deber en la certeza de estar respaldado por esta alta asamblea?».

Kérensky remató su discurso diciendo: «Todos los elementos de la nación rusa, todas las agrupaciones o partidos que han osado alzar su mano

contra la libre voluntad del pueblo... serán liquidados de manera inmediata, decisiva, definitiva». Esta frase que fue acogida con otra gran ovación y con carcajadas por los mencheviques internacionalistas, fue la última que Kérensky iba a pronunciar públicamente en Rusia.

Kérensky recordó posteriormente que abandonó el Palacio de Mariinsky hacia las 14:30, convencido de que al cabo de un par de horas recibiría el compromiso de apoyo del Preparlamento. Pero no fue así.

Los miembros del Preparlamento pasaron la mayor parte de la tarde deliberando la contestación que se le iba a dar al Presidente del Gobierno. El Preparlamento estaba dividido, y no lograba votar la moción de confianza. Sólo los kadetes y las derechas estaban «sin reservas» con el gobierno, sin embargo, mencheviques y socialrevolucionarios argumentaban que ciertamente los bolcheviques se estaban equivocando, pero la culpa era también de Kérensky y de los kornilovistas que le rodeaban, porque nunca se habían decidido a dar la tierra a los campesinos, ni había movido un dedo para obtener la paz. Estos diputados ahora comenzaban a decir lo que los bolcheviques habían dicho siempre.

Después de más de cuatro horas de vanos intentos para llegar a un acuerdo en el Palacio Mariinsky, a las 20:30 horas, por el estrecho margen de 123 votos frente a 102, con 26 abstenciones, se aprobó una resolución en la que no había ni siquiera una palabra de confianza en el gabinete; por el contrario se proponía que fuese nombrado un Comité de Salvación Pública.

Entre tanto, una vez terminado su parlamento en el Palacio Mariinsky, Kérensky se había dirigido sin tardanza a la sede del distrito militar, vecina al Palacio de Invierno, donde pasó la mayor parte de la tarde estudiando con sus consejeros las medidas a adoptar para neutralizar a los bolcheviques. Una de las primeras disposiciones fue cursar telegramas a los comandantes de las plazas militares más próximas a Petrogrado: Pavlosk, Tsarskoie-Selo, Vyborg..., pidiéndoles que enviasen urgentemente refuerzos a la capital.

Pero su estrategia, siguiendo a Polkóvnikov y a los comandantes militares, descansaba fundamentalmente en vigilar las instituciones gubernamentales y empresas de servicios públicos para evitar que fueran ocupadas por los insurrectos. Los junkers, casi la única fuerza en la que se podía confiar, fueron enviados a todas partes en automóviles particulares requisados

para poner este sencillo plan en vigor, y para mantener patrullas en las calles que hicieran pensar a los partidarios del CMR que el gobierno controlaba la situación.

Algunas oficinas gubernamentales empezaron a cerrar y a enviar a su casa a los empleados. A las tres en punto de la tarde, los junkers que montaban guardia alrededor de la Central Telefónica obligaron a los empleados a cortar toda comunicación procedente de o con destino al Smolny, y las patrullas del gobierno, como ya hemos dicho, fueron controlando uno a uno los puentes del centro, que comenzaron a levantarse. No obstante, una hora después, alrededor de las cuatro de la tarde, en una primera oleada de fatales deserciones que se iban a suceder, la Compañía de Ciclistas estacionada en el Palacio de Invierno abandonó sus puestos. Algo más tarde se tuvo noticia de que también el Batallón Ciclista de la fortaleza Pedro y Pablo, después de una reunión celebrada en el Circo Moderno, había decidido pronunciarse en favor de la entrega del poder a los soviets.

Ya por la noche, a las 22 horas, en un intento realizado por un comisario de policía, de cerrar el otro diario bolchevique, el *Rabochy i soldat* (Obrero y soldado) que se editaba en la imprenta Kopenik, había sido rechazado por los tipógrafos y algunos militares.

En el Palacio de Invierno, los ministros esperaban el resultado de la votación del Preparlamento mientras leían y comentaban los despachos que traían los oficiales ayudantes. Hacia las diez y media de la noche se anunció, finalmente, la llegada de una delegación de consejeros con el presidente Avkséntiev al frente, acompañado del líder menchevique Dan.

Cuando Kérensky leyó el texto aprobado por el Preparlamento escenificó uno de sus frecuentes arrebatos y amenazó con dimitir. Dan intentó explicarle lo inexplicable, que la resolución no significaba ninguna desconfianza al gobierno, y que tal vez estuviera «mal redactada».

«Al introducir en la fórmula las cuestiones relativas a la tierra y a la paz, las fracciones socialistas sólo han querido quitar a los bolcheviques la baza que usan en su lucha contra el gobierno pretendiendo que éste permanece indiferente a los intereses del pueblo.

—En este caso —insistió Kérensky—, ¿por qué la formula que me presenta usted no contiene la acostumbrada expresión de confianza al gobierno?

—No es más que un olvido debido a la precipitación con que han sido llevados los debates —aseguró Avkséntiev».

No se pensaba en medidas concretas, añadió, sino en un par de proclamas que fijar sobre los muros aquella misma noche, capaces de tener un efecto psicológico. Se trataba de anunciar que el gobierno iba a entablar inmediatamente negociaciones para poner fin a la guerra, dar la tierra a los comités agrarios y adelantar al máximo la fecha de convocatoria de la Asamblea Constituyente.

Al fin Kérensky decidió no dimitir y el gobierno permaneció en su puesto.

Apenas los consejeros del Preparlamento habían abandonado el Palacio, cuando una delegación de oficiales y de soldados cosacos solicitó audiencia. Estaban inquietos y poco dispuestos a prestar ayuda. Kérensky sabía cómo tranquilizarlos. Les aseguró que los refuerzos solicitados llegarían muy pronto y que entre ellos figuraban las unidades de caballería del general Krasnov. Krasnov era muy popular entre los cosacos, sobre todo entre los oficiales, después de haber participado en la tentativa de golpe de Kornilov. Pero eso no era suficiente. Resultaba imprescindible que unidades de infantería apoyasen a la caballería cosaca. Kérensky les prometió que este apoyo no se haría esperar. Los oficiales se retiraron declarando que sus hombres ensillarían inmediatamente los caballos; pero esto no pasó de ser una promesa. Los caballos de los cosacos permanecieron en las cuadras y la infantería no apareció.

De hecho, después de las acciones llevadas a cabo durante la primera mitad del día, el gobierno se había limitado a llenar las paredes de Petrogrado con proclamas conminando a la guarnición a que permaneciese fiel a las autoridades.

Los representantes de los partidos socialistas en el Estado Mayor también participaron en esta batalla propagandística. Malevsky, delegado del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, hizo un patético llamamiento que comenzaba: «Por la salvación del país y de la revolución, para conjurar el hambre en Petrogrado y en el frente que se produciría forzosamente a causa de la guerra civil, exijo...». El capitán Kozmin, representante del partido socialrevolucionario en el mismo Estado Mayor, amenazaba: «La decisión de obedecer únicamente las órdenes del CMR, además de provocar la

anarquía, conducirá a la pérdida de la patria y de la revolución. Eso pone al Comité Ejecutivo Central del Soviet de Diputados Obreros y Soldados (el TSIK)… en la necesidad de recurrir al frente... las consecuencias que acarreará la llegada a Petrogrado de nuevas tropas y los choques que se produzcan caerán sobre la cabeza de aquellos que han obligado al poder y al organismo superior de la democracia revolucionaria a tomar esta medida».

Después de la medianoche, Kérensky, tras despachar con Polkóvnikov, terminó por darse cuenta de que el general no tenía realmente tropas a su disposición. Sólo en ese momento vio claro que las afirmaciones de Polkóvnikov hechas en los días precedentes no eran ciertas, y fue entonces cuando comenzó a sospechar. Algunos oficiales fieles le habían informado de extrañas conversaciones telefónicas entre el comandante de la región militar y organizaciones monárquicas, como la Unión de Caballeros de San Jorge y la Unión de Oficiales.

Si creemos en sus memorias, Kérensky tuvo la impresión de que proyectaban apoderarse de su persona y establecer una dictadura militar. Fue entonces cuando se decidió a confiar al general Bagratuni el mando directo de la guarnición y le ordenó que requiriera a los tres regimientos cosacos acuartelados en la ciudad. Bagratuni, cumplió la orden lanzando una solemne proclama: «El generalísimo ordena a los regimientos 1°, 4° y 14.° de Cosacos del Don, en nombre de la libertad, el honor y la gloria del suelo natal, que acudan en auxilio del Comité Ejecutivo Central de los Soviets, de la democracia revolucionaria y del Gobierno Provisional, para salvar a Rusia en peligro».

El Consejo de cosacos, que había permanecido reunido a lo largo de la noche, recibió la orden de «ensillar sus caballos» con reparos. Seguía sin haber infantería leal que apoyaran a las unidades montadas, como era la costumbre en las operaciones represivas. Tras una larga deliberación, los cosacos anunciaron su completa neutralidad.

Kérensky comenzó a percatarse de su difícil situación y decidió llamar no sólo a las tropas de la región, sino a las del frente. A las dos y veinte de la madrugada, su ayuda de campo llamó por teléfono directo a Duhonin al Cuartel General de Mohilev, y le envió dos telegramas urgentes que debía transmitir al comandante del frente Norte general Tcheremissov.

«Al recibo de la presente, ordeno trasladar todos los regimientos de la V División cosaca del Cáucaso, con toda su artillería, el 23º Regimiento

de Cosacos del Don y todas la demás unidades cosacas acantonadas en Finlandia, por ferrocarril, a Petrogrado, estación Nikolaievsky, a disposición del comandante de la región militar. Comunique la hora de salida de dichas formaciones por despacho cifrado. En el caso de que el transporte por ferrocarril fuera imposible, las unidades se desplazaran por sus propios medios».

En el segundo telegrama se añadía también la 1ª División Cosaca, diseminada por todo el frente Norte.

Hacia las tres de la madrugada, el comisario del gobierno en la prefectura de Petrogrado llegó corriendo para comunicar que el crucero *Aurora* acababa de atracar a la altura del puente Nikolaievsky, y que el Palacio se halla al alcance de sus cañones.

Fue en aquellas horas cuando el gobierno empezó a tomar conciencia de que estaba sufriendo una derrota definitiva, y cuando Polkóvnikov, envió otro telegrama al general Duhonin que confirmaba esa sensación: «La situación de Petrogrado es amenazadora. No hay violencias ni desórdenes en las calles, pero las estaciones y los edificios públicos son ocupados sistemáticamente; las detenciones prosiguen. Nuestras órdenes no son ejecutadas. Los junkers abandonan sus puestos sin ofrecer resistencia».

Hasta ese momento los movimientos del CMR habían sido defensivos. Las medidas adoptadas a lo largo del día habían tenido siempre carácter de respuesta. Cuando los junkers abandonaban sus posiciones, no eran desarmados. Se habían realizado algunos arrestos, pero se trataba de excepciones esporádicas. Se notaba todavía en el campo revolucionario alguna señal de indecisión. La auténtica ofensiva insurreccional comenzó de madrugada.

De hecho, los insurrectos habían pasado buena parte de la jornada organizándose y asegurando sus posiciones. En la reunión del CC bolchevique de la mañana, se había establecido como cuartel general del levantamiento el instituto Smolny y como cuartel de reserva la fortaleza Pedro y Pablo. La paradoja era que a media mañana el Smolny sólo contaba con un cordón de guardias por toda defensa, estando prácticamente desguarnecido. Rápidamente se dispuso que hombres del regimiento Litovsky y una unidad de ametralladoras se desplazara al Instituto para custodiarlo. Los mencheviques y eseristas del TSIK, que había mantenido sus oficinas en el Smolny, finalmente abandonaron el edificio. A lo largo del día acudieron nuevos efecti-

vos, fundamentalmente, guardias rojos, que convirtieron sus patios en un campo atrincherado. Bonch-Bruevich ordenó apostar quinientos hombres alrededor del Smolny, y los obreros de la fábrica Trubetskoy organizaron el relevo de centinelas y su aprovisionamiento.

El centro insurreccional de reserva, la fortaleza Pedro y Pablo, también debía ser asegurado. Se transmitió un mensaje al comisario del CMR, Blagonravov, y al comité de la guarnición de la fortaleza. En él se les ordenaba que pusieran la ciudadela en estado de combate y que no se dejase salir ni entrar a nadie si no era miembro de las unidades o no lleva un salvoconducto del CMR. Pero el coronel comandante Vasiliev trataba de oponerse a la movilización bolchevique, y se mantenía en comunicación telefónica con el exterior. Blagonravov, decidió acabar con ese estado de cosas y confinó a los oficiales en sus habitaciones. También se instalaron en los baluartes del castillo ochenta ametralladoras «Colt», cuyo campo de tiro barría el puente Troitsky y el del Palacio. Desde aquel momento, en la fortaleza, todo era un ir y venir de camiones que llegaban para cargar armas y llevarlas a la periferia.

No obstante, a primeras horas de la tarde, se supo en el Smolny que un destacamento de ciclistas acantonado en Pedro y Pablo, que no había tomado parte en el mitin de la víspera, pretendía, mantenerse fiel al Gobierno Provisional y se disponía a dirigirse al Palacio de Invierno. Una nueva reunión y un nuevo discurso de Trotsky allanaron este último obstáculo.

La Guardia Roja también se movilizaba. En su estado mayor situado en la planta baja del Smolny, recibió la orden de activar todos los medios de transporte, proteger las fábricas, ocupar los puntos estratégicos y suministrar los destacamentos previstos para el control de las instituciones gubernamentales.

En los barrios obreros, la efervescencia iba en aumento. La sirena de la fábrica de Tuberías de la isla Golodai sonó tres veces: era la señal para la concentración de los guardias rojos. En la enorme factoría Putílov, los obreros armados abandonaron el trabajo y fueron a concentrarse en el Instituto Smolny. En el otro extremo de la ciudad los obreros de la fábrica Russkii Reno y los soldados del Regimiento Preobrazhensky se reunieron en el patio del cuartel, donde Chudnovsky, enviado por el CMR, les arengó.

En todos los barrios populares de la capital, en las fábricas y en los cuarteles, el primer llamado del Soviet, pronto seguido por un segundo en

el que se ordenaba bloquear el acceso a la ciudad a todo destacamento de tropas sospechosas, señalar cualquier movimiento del adversario y mantener una comunicación constante con el Smolny por medio de estafetas, empezaron a surtir efecto. Se puso en marcha el dispositivo de vigilancia. Guardias rojos y soldados patrullaban alrededor de las estaciones, se instalaban a la entrada de los puentes y salidas de las carreteras, más allá de los límites de la capital. También tenían bien vigilados los puntos por los que pudieran esperarse sorpresas: cuarteles de junkers y de cosacos.

El Regimiento Pavlovsky tomó posiciones a lo largo de la avenida Millionaya, que conducía al Palacio de Invierno. El Ministro Kartachev y un alto funcionario militar, que pasaban en automóvil, fueron hechos prisioneros, aunque se les terminó poniendo en libertad.

El plan, elaborado esencialmente por la Organización Militar de los bolcheviques, había conservado como idea central una de las sugerencias de Lenin: hacer un llamamiento a la flota del Báltico y a sus marineros para que se dirigiesen a la capital a apoyar a la población insurrecta. Hacia las ocho de la noche un telegrama partió del Smolny remitido al joven Smilga. Decía simplemente: «Expidan estatutos». Lo que, en clave, significaba: hagan partir unidades de guerra y mil quinientos marineros. La firma (si bien sobre este punto hubo más tarde numerosas discusiones, hoy aclaradas) era de Sverdlov.

En Helsingsfors, el presidente del Centrobalt, Dybenko, al recibir la señal convenida dispuso todo para el embarque. Por todas partes se preparaba el último acto: la caída del gobierno.

En el plano político, la jornada del día 24 de octubre, aun vivió otra reunión de importancia: la de los Soviets, los organismos que habían dinamizado todo el proceso revolucionario desde febrero.

A las 19 horas se reunió el Soviet de Petrogrado bajo la presidencia de Trotsky, que volvió repetir, más allá de lo que estaba sucediendo, que los bolcheviques no habían previsto ningún movimiento insurreccional antes de que se hubiera reunido el II Congreso de los Soviets. «El CMR, dijo, no surgió como un órgano de la insurrección, sino sobre la base de la autodefensa de la revolución». Luego pasó a describir todas las operaciones del CMR a lo largo del día como respuestas defensivas a las iniciativas del gobierno. Todo lo que estaba sucediendo propiciaba que el II Congreso de

los Soviets pudiera recoger el poder que el gobierno no podía, ni legal ni prácticamente, ejercer. Ese semipoder gubernamental sólo esperaba ser barrido por la escoba de la historia, para dar paso a un verdadero poder del pueblo revolucionario.

En todo momento, Trotsky acentuó el carácter defensivo de las acciones: «Si... el gobierno, dentro de las veinticuatro o cuarenta y ocho horas de que dispone aún, tratara de aprovecharlas para apuñalar por la espalda a la revolución, nosotros declaramos una vez más que la vanguardia de la revolución responderá a los golpes con los golpes, y al hierro con el acero».

Sobre las once de la noche se reunió, el TSIK y el Comité de los Soviets campesinos en sesión conjunta. Era la última aparición oficial del TSIK, ya que el II Congreso, se abriría al día siguiente y designaría un nuevo Comité Ejecutivo Central.

En la gran salón de actos del Smolny, entre las enormes columnas corintias de capiteles grises, se agolpaba una muchedumbre ruidosa de obreros y soldados. Diputados en su mayoría elegidos para el II Congreso, que venían a tomar contacto con la vida política de la capital.

La sesión comenzó con un ataque conjunto de mencheviques y social-revolucionarios de derechas contra los bolcheviques. En primer lugar, Dan, profetizó y amenazó: «Si los bolcheviques quieren hacer su insurrección, la revolución está perdida. Los contrarrevolucionarios sólo esperan la iniciativa bolchevique para comenzar las matanzas... Si se produce un golpe de fuerza, no habrá Asamblea Constituyente... Todo el poder para los soviets, ¡eso significa la muerte! Los bandidos y los ladrones no esperan nada más que eso para entregarse al pillaje.

Las horas que estamos viviendo se tiñen con los colores más trágicos —continuó Dan—. El enemigo está a las puertas de Petrogrado... Estamos abocados a una efusión de sangre en la capital y el hambre amenaza con destruir no sólo nuestro gobierno homogéneo, sino incluso la revolución». Y agregó: «El Comité Ejecutivo Central tiene plenos poderes y debe ser obedecido...».

De hecho, el viejo Comité Ejecutivo había lanzado desde la mañana un manifiesto para condenar la insubordinación de la guarnición y confirmar el llamado a las tropas del frente ordenado por el gobierno.

«Nosotros no tenemos miedo a las bayonetas..., —añadió Dan— El Comité defenderá la revolución con su propio cuerpo».

Alguien gritó: «Hace ya largo tiempo que ese cuerpo no es más que un cadáver».

El menchevique Gots que presidía exclamó:

—«¡Si no guardáis silencio os haré expulsar!»

—«¡Inténtalo!» —le replicaron.

Cuando Dan anunció que el Preparlamento, había optado aquel mismo día por un programa de paz inmediata y una no menos inmediata reforma agraria, Trotsky le sucedió en la tribuna y arremetió contra lo dicho. Ahora que se veían desbordados por los acontecimientos se habían decidido a adoptar el programa bolchevique que siempre condenaron. Finalmente remató: «Dan dice que no tenéis derecho a sublevaros. Y yo digo que la insurrección es un derecho de todos los revolucionarios. Cuando las masas oprimidas se sublevan, ejercen este derecho...

El poder de los soviets es un poder realmente popular. Es un poder que cada obrero, cada campesino, cada soldado, siente como si fuera suyo propio. Los soviets se renuevan sin cesar: no pueden, pues, separarse del pueblo del que serán siempre los mejores portavoces... Es una equivocación presentar la amenaza de la guerra civil. No la habrá si no tembláis: vuestros enemigos capitularán en seguida. Id y ocupad el sitio que os pertenece por derecho, el sitio de dueños de la tierra rusa».

Mártov intentó en vano hablar. Los gritos de «¡basta!», «¡fuera!» le impidieron hacerse oír.

Finalmente, el bolchevique Volodarsky constató que el TSIK «había dejado de existir» y, seguido por sus camaradas, abandonó la sala. Entonces, los que quedaron, Gots, Mártov, Dan, Ehrlich, Lieber y los demás mencheviques y socialrevolucionarios de los dos Comités Ejecutivos, el de Petrogrado y el panruso, aprobaron por unanimidad una resolución en la que afirmaban su voluntad de dar la tierra y la paz al pueblo ruso y, por consiguiente, pedían a los obreros y soldados que se mantuvieran en calma.

Eran las cuatro de la madrugada. Todo estaba tranquilo en las calles y, sin embargo, la insurrección progresaba de modo imparable.

No obstante, quien más había batallado por crear ese escenario seguía escondido. Durante casi toda la jornada del 24, Lenin permaneció en el apartamento del barrio de Vyborg que le servía de refugio. En los periódicos de la mañana que le suministró su anfitriona antes de salir para el trabajo, leyó la decisión del CMR de aceptar el «compromiso» que ofrecía el gobernador militar de Petrogrado, lo que le llenó de inquietud sin poder hacer nada, ya que la orden explícita del CC era que no podía moverse del piso de Fofanova, pues su vida aún corría peligro.

De hecho, se iba a producir un intento de arrestarlo, emprendido por un coronel con una patrulla de junkers. Pero se habían dirigido —quien sabe por qué—, a la sede bolchevique del barrio, convencidos de encontrar allí a Lenin. La patrulla fue inmediatamente rodeada por los guardias rojos, desarmada y sus miembros hechos prisioneros. Pero Lenin, en su escondite, ardía de impaciencia.

A las cuatro de la tarde, Margarita Fofanova, abandonó apresuradamente la oficina en la que trabajaba e intentó llegar a su domicilio para advertir a su forzado inquilino de las dificultades de la circulación y del rápido refuerzo de las patrullas y puestos de control. Necesitó dos horas para llegar, dando innumerables rodeos, al lugar donde se escondía el secretario general. Lenin, muy inquieto por lo que le dijo, le envió a llevar un mensaje para el Comité Central del partido. En él pedía autorización para abandonar su escondrijo y trasladarse al Smolny.

La nota rezaba: «Redacto estas líneas durante la noche del 24, la situación es sumamente crítica. Es claro como la luz del día que retrasar ahora la insurrección equivale a la muerte. Quisiera con todas mis fuerzas convencer a todos que hoy todo pende de un hilo... Es necesario a toda costa, esta tarde, esta noche, detener a los miembros del gobierno, desarmar a los cadetes y abatirlos si se resisten». Y como colofón, esta frase incansablemente repetida: «Esperar para actuar, es la muerte».

Margarita Fofanova llevó la nota a la organización de barrio del partido, la cual la transmitió al Comité Central. La respuesta fue negativa: era demasiado pronto para que Lenin apareciera en público. Cuando Fofanova regresó a las nueve y media del comité de Vyborg, donde había encontrado a la Krupskaia y a María Ulianova, hermana de Lenin, el dirigente bolchevique le pidió que volviese al local del partido y telefone-

ase al Comité Central, preguntando las razones por las que no se le dejaba salir de la clandestinidad. Por toda despedida le dijo a su anfitriona que no esperaría más allá de las once.

Pero, media hora después, Lenin ya tenía tomada la decisión. Incapaz de permanecer alejado del centro de los acontecimientos, el dirigente bolchevique abandonó el apartamento y en compañía de su guardaespaldas Rahia se dirigió al Smolny. Sobre la mesa dejó una nota a la dueña de la casa: «Me voy adonde no queréis que vaya. Hasta luego. Ilich»

Con la peluca gris, disimulando parte de la cara con un pañuelo como si tuviera dolor de muelas, violando una prohibición directa del Comité Central por segunda vez en un mes, Lenin partió para el Smolny. Detrás de Rahia, que iba armado de dos revólveres, bajó rápidamente los cuatro pisos de su último escondrijo y ambos enfilaron la desierta Avenida Samsonievsky para coger un tranvía que bajaba hacia el Neva, ahorrándoles tres kilómetros de marcha.

Lenin aún mantuvo una amena charla con la tranviaria sobre la situación política hasta que tuvo que apearse. El tranvía bajo por Lesnoy Prospekt junto a los depósitos de trenes de la estación de Finlandia, hasta que giró a la derecha para dirigirse a cocheras. Lenin y Rahia bajaron después de su travesía de veinte minutos, bordeando la Academia de Artillería Mihailovsky, y se dirigieron a pie hacia el puente y Liteiny que estaba operativo. Pero si bien la orilla de Vyborg se encontraba en manos de los guardias rojos, al otro lado vigilaba una patrulla gubernamental.

Un control formado por cadetes pedía la documentación. Rahia no llevaba encima más que el salvoconducto para Smolny y sus dos revólveres. Lenin no poseía ningún papel en regla. En la oscuridad, oyeron los gritos de una disputa. Unos obreros andaban a la greña con los cadetes. Era el momento de cruzar la barrera, y la patrulla no prestó atención a esos viandantes que tenían aires de vagabundos. Eino e Ilich llegaron a la otra margen y se encaminaron por la perspectiva Liteiny, bordeada por casas de madera de dos pisos. A mano izquierda, estaba la calle Šlâpalernaia, de dos kilómetros y medio y perfectamente rectilínea. Al final, se encontraba el Smolny. Pero esos dos kilómetros y medio sólo podían ser recorridos a pie. A la derecha se recortaba, sobre el cielo, la baja silueta de los cuarteles cosacos. Un poco más lejos, siempre a la derecha, a dos tercios del camino, estaba el Pa-

lacio Táuride, vacío pero vigilado. Lenin y Rahia caminaban juntos cuando dos junkers a caballo se dirigieron hacia ellos al galope. Imposible huir sin peligro de ser detenidos.

Rahia le dijo a su protegido: «Prosiga, intentaré retenerlos». Fingió estar bebido e increpó a los jinetes que le amenazaron con su *nagaikas* y le exigieron que les siguiese. Lenin prosiguió su marcha. Rahia le alcanzó, poco después, jadeante. Los junkers se habían cansado del borrachín.

Cerca de la medianoche, Ilich y Eino caminaron los últimos metros. En el patio del Smolny se habían encendido fogatas para combatir el frío. Cuando llegaron a la entrada los centinelas les pidieron los salvoconductos. Rahia presentó dos tarjetas blancas, pero estaban caducadas, ese día eran rojas… Tras un pequeño alboroto ambos pudieron pasar.

Aquella noche, cuando Lenin cansado de esperar, salió de su refugio para dirigirse al Smolny, atravesó una ciudad que ignoraba estaba ya prácticamente dominada por los suyos.

Aunque el CMR había desarrollado algunas operaciones a lo largo del día 24 fue a la caída de la noche cuando el mecanismo de la insurrección comenzó a moverse con creciente rapidez. Según los numerosos testimonios de los protagonistas, había una marcada sensación de confianza para la toma del poder sin conflictos dramáticos. Destacamentos mixtos de soldados y obreros, empezaron a ocupar todos los puntos clave de la ciudad.

El primero en ser ocupado, sobre las cinco de la tarde, había sido Telégrafos. Stanislav Pestkovsky, comisario en el CMR, fue el encargado de esta misión. Él mismo narró después cómo le fue encomendada. «Dzerzhinsky se dirigió hacia mí con un papel en la mano: "Usted y el camarada Leshchinsky deben hacerse cargo de la principal central telegráfica. Aquí está el mandato del CMR que le nombra comisario de Telégrafos. ¡Vayan de inmediato!"

"¿Cómo tomo la central?", Pregunté.

"El Regimiento Keksgolmsky está allí de guardia, y nos apoya", respondió Dzerzhinsky».

Fue el primer éxito en controlar una instalación de comunicaciones clave sin disparar un tiro, esto a pesar del hecho de que entre los tres mil

empleados de la oficina de telégrafos no había un solo bolchevique. Un factor clave para explicar esto fue que regularmente hacía guardia en ese edificio el Regimiento Keksgolmsky, que había prometido lealtad al CMR. Con el apoyo de su comandante, Pestkovsky pudo convencer a al dirigente sindical de los trabajadores de correos y telégrafos, un socialrevolucionario dispuesto a colaborar. Tres horas después, sobre las 20 horas, un destacamento de cadetes intentaría recuperar sin éxito la oficina central de Telégrafos.

Poco después de este primer golpe le tocó el turno a la Agencia de Prensa gubernamental, la Agencia Telegráfica. Un comisario de Helsingsfors, el bolchevique Leonid Stark, acompañado solamente por una docena de marineros armados, ocupó la estación sin encontrar resistencia. Ese organismo funcionaba como una agencia de noticias de prensa, lo que permitió detener la difusión de la resolución política hecha por el Preparlamento. Se puede decir que desde ese momento la insurrección pasaba abiertamente al ataque.

Ya en la madrugada, sobre la 1:30 horas del día 25, un destacamento de marineros y soldados del Regimiento Keksgolmsky, con algunos guardias rojos de la factoría Putílov, ocupó la oficina central de Correos, haciéndose cargo el comisario Karl Lubovsky.

Pocos minutos antes, otra patrulla comandada por Laševich y Kaliagin, se acercó a la central de Teléfonos. Una vez neutralizado el centinela, los soldados y guardias rojos entraron por la puerta entreabierta, deslizándose hasta el patio donde había un auto blindado, cuyos servidores estaban dormidos. Los junkers del cuerpo de guardia, al oír ruidos, salieron al patio montando los fusiles. Entonces, sonó en la noche la voz del comisario Prigorovsky, tranquila e imperativa: «Retiren la munición». Los cadetes cumplieron la orden. Antes de darse cuenta de su error fueron desarmados.

Laševich parlamentó con el oficial al mando y llegó a un acuerdo para evitar derramamientos de sangre inútiles. Los cadetes podían salir con sus armas, si prometían no luchar por el gobierno. Así, sin disparar un tiro, los bolcheviques se hicieron con el teléfono.

El destacamento de soldados del Regimiento Keksgolmsky estaba mandado por un cadete que a menudo había servido de guardia allí. Familiarizado con los procedimientos de seguridad de la central telefónica, supervisó de inmediato conectar al instituto Smolny y cortar las líneas del Palacio de Invierno.

También, alrededor de las 2:00 a.m., el comisario del CMR, Mihail Faerman, tomó el control de la Estación Eléctrica de Petrogrado, cortando el suministro a la mayoría de los edificios gubernamentales.

El bolchevique Búbnov, encargado por el Comité Central de los ferrocarriles, iba también ocupando las principales estaciones de la capital. Entre la 1 y las 2 de la madrugada, tropas del Regimiento Izmailovsky, se hicieron con el control de la estación del Báltico. Pasadas las dos, la 1ª Compañía del 6º Batallón de Ingenieros ocupó la estación Nikolaievsky, dominando también la plaza Zamenskaya, donde se erigía la enorme estatua ecuestre en bronce de Alejandro III. Sobre las 8 de la mañana, la última de las tres principales estaciones ferroviarias de Petrogrado, la estación de Varsovia, punto terminal para líneas que conectaban la capital con el frente Norte y el Cuartel General de Mohilev, también cayó en manos del Comité Militar Revolucionario. Así, todas las estaciones estaban bajo control, pero paralizadas. El Vikjel, comité panruso de los ferroviarios, con mayoría socialrevolucionaria-menchevique, era reticente a reconocer al CMR y seguía debatiendo si declarar la huelga.

Dos horas antes, sobre las 6 de la madrugada, Laševich, tras dejar bajo control del Regimiento Keksgolmsky la Central Telefónica, se dirigió con unos cuarenta marineros de la Segunda flota del Báltico, hacía su siguiente objetivo: el Banco del Estado, en el Canal Ekaterinsky. «Nosotros no repetiremos —había dicho siempre Lenin— el error de la Comuna de París que no osó tocar la Banca de Francia». Allí tampoco hubo resistencia, los soldados del Regimiento Semenovsky de guardia habitual de la zona se prestaron a colaborar.

Laševich dejó a algunos de sus propios hombres con ellos y ocupo el Ministerio de Hacienda. Pero la tarea fue extremadamente sencilla, ya que como él mismo dijo: «El Tesoro estaba bien guardado por los soldados más fieles a nosotros, los hombres del Regimiento Pavlovsky». Ese mismo Regimiento Pavlovsky había tomado ya posiciones a lo largo de la avenida Millionaya, que conducía al Palacio de Invierno.

Cuando amaneció el día 25, con el cielo encapotado y amenazando lluvia, nada de lo ocurrido en las pasadas horas parecía alterar la normalidad relativa que desde febrero reinaba en la ciudad. La prensa bolchevique aún no reflejaba con detalle lo sucedido, y daba pocas indicaciones sobre el es-

tado de la insurrección. La primera página del *Rabochy Put* estaba dedicada por entero a un reciente artículo de Lenin sobre los campesinos, mientras que en el interior destacaba el editorial redactado por Zinóviev, que reproducía los eslóganes de las últimas fechas.

El periodista francés Claude Anet, corresponsal de *Le Petit Parisien*, al escribir su diario personal registró el enorme asombro que le producía la situación: «Calma absoluta. No se oye ni un disparo... Las tropas del CMR son dueñas de toda la ciudad y hacen reinar en ella un orden que no se había visto desde el principio de la revolución y que nos lleva a los tiempos de la autocracia de los zares...». Muy posiblemente el hecho se debiera a que el día anterior el CMR había publicado una orden afirmando que «a la primera tentativa de la chusma, encaminada a provocar en las calles de Petrogrado disturbios, pillajes, reyertas con armas blancas o de fuego, los criminales serían suprimidos».

El trabajo proseguía en las fábricas de la capital, a pesar de la ausencia de los guardias rojos movilizados. Es más, los obreros de la madera, que se habían declarado en huelga indefinida la víspera, decidieron reintegrarse a sus labores. Los insurrectos habían instalado puestos de vigilancia. Pero no se trataba de auténticas barreras, y la circulación en la ciudad no había quedado interrumpida. Como más tarde dirá Suhanov, la toma del poder por los bolcheviques en la madrugada del 24 al 25, pareció más un relevo de la guardia que una insurrección.

A las ocho y veinticinco minutos de ese mismo día llegaba puntualmente a la estación de Orsay en París, el nuevo embajador, Basily Maklakov, que declaraba a la Prensa: «La situación interior de Rusia es menos inquietante de lo que pueda juzgarse a distancia». Sin embargo, para el Gobierno Provisional comenzaba a resultar innegable que su situación era desesperada.

Kérensky, a las siete de la mañana, había conseguido comunicar con el Cuartel General del frente Norte y había insistido para que los refuerzos solicitados por la noche se pusieran en marcha sin demora. Al regresar al Palacio, extenuado, se había dormido en su despacho. Pero al cabo de una hora, le habían despertado para anunciarle que todas las comunicaciones entre el Palacio de Invierno y la ciudad estaban cortadas. Sólo quedaba abierta una línea que, por el Estado Mayor, comunicaba con Mohilev y los cuarteles generales de los tres frentes: Sur, Oeste y Norte.

El Ministro-presidente salió apresuradamente hacia el vecino Estado Mayor, donde se encontró con el general Polkóvnikov, comandante del distrito militar de Petrogrado, que le presentó un informe en el que calificaba la circunstancia en aquellos momentos como «crítica», y concluía diciendo que a efectos prácticos «el gobierno no tenía tropas a su disposición», cosa que Kérensky ya sabía. En esta coyuntura, la única esperanza para el gobierno residía en la celeridad con la que se desplazaran unidades desde el frente para retomar el control en la capital. En vista de esto, en torno a las 9 de la mañana, el Ministro-presidente dejó a Konoválov a cargo del gabinete y comenzó a hacer los preparativos para una salida inmediatamente hacía Pskov, con la finalidad de acelerar las operaciones, pero no encontró vehículo… Finalmente, Polkóvnikov, envió a algunos cadetes que visitasen las Embajadas aliadas para pedir un coche. Un secretario de la Embajada norteamericana se dejó convencer y pronto volvieron con un coche descubierto y un Renault.

Durante ese tiempo, Kérensky había convocado un consejo extraordinario. Casi todos los ministros llegaron sin dificultades al Palacio, a tiempo de enterarse que el Ministro-presidente, que les recibió de pie con el abrigo puesto, partía hacia el frente en busca de refuerzos.

A las diez y cuarto, Polkóvnikov envió un telegrama por teléfono al Cuartel General del frente Norte para que cobrase conciencia sobre la gravedad de lo acontecido la jornada anterior: «Doy cuenta situación amenazadora Petrogrado. Incidentes callejeros, pero sin desórdenes. Toma sistemática de estaciones férreas, edificios públicos y detenciones. Ninguna orden se ejecuta. Junkers rinden sus puestos sin resistencia. Cosacos, a pesar órdenes reiteradas, hasta ahora en cuarteles. Consciente responsabilidad ante país, señalo que Gobierno Provisional corre peligro perder todo poder. No puedo garantizar no haya intento de apoderarse de Gobierno Provisional».

A las 11 de la mañana, comenzó a circular, un Renault, que llevaba el banderín de los Estados Unidos, y aceleró hacia el sudoeste de la capital. Acurrucado en el asiento trasero iba un pálido y ojeroso Kérensky, acompañado por el ayudante del comandante del distrito militar de Petrogrado, Kuzmin; y dos oficiales de Estado Mayor. El vehículo atravesó Petrogrado sin que nadie le molestase, rodando a toda velocidad hacia los tan ansiados refuerzos.

Una hora después, los ministros, reunidos en el Salón Malaquita del segundo piso del Palacio, comenzaban a celebrar consejo bajo la presidencia de Konoválov. Estaban presentes todos, excepto Kérensky y el Ministro de Abastecimientos, el distinguido economista menchevique Sergei Prokopovich, que había sido detenido temporalmente por una patrulla de la insurgencia y fue incapaz de alcanzar el Palacio de Invierno antes de que fuera completado el cerco.

Konoválov abrió la reunión con un informe sobre la situación política en la capital. Informó a los ministros de las acciones del CMR durante la noche anterior, echando la mayor parte de la culpa de la difícil situación del gobierno a Polkóvnikov, a quien se tachó de «negligente» e «incapaz». El Ministro de Agricultura Maslov incluso llegó a proponer que se le detuviera.

Todos manifestaron su voluntad de resistir hasta la llegada de los refuerzos y acordaron nombrar una especie de «dictador» que actuara con poder ilimitado para restablecer el orden. El Ministro de Justicia Malántovich propuso al Ministro de Bienestar Kiškin para esa responsabilidad. El menchevique Nikitin, Ministro de Interior, puso reparos, alegando que Kiškin, un conservador agresivo, provocaría la repulsa de amplios círculos democráticos de Petrogrado. La cuestión se dejó en el aire mientras Konoválov fue a parlamentar infructuosamente con los cosacos, y los otros ministros se tomaban un descanso para almorzar. Después de la comida se decidió nombrar a Kiškin como «gobernador general», y se votó que el gabinete se mantuviera en sesión permanente mientras durara la situación de emergencia.

Eran las cuatro de la tarde cuando Kiškin asumió formalmente su nuevo cargo. Su primera medida fue cesar a Polkóvnikov, y remplazarlo por el jefe del Estado Mayor, el general Bagratuni. Polkóvnikov se fue a su casa y así escapó del cerco. Después Kiškin nombró como sus ayudantes y Palchinsky y a Rutenberg, para comandar a los defensores del Palacio de Invierno.

Los nuevos responsables rápidamente hicieron balance de las fuerzas de las que disponían: tres *stonias* de cosacos (unos doscientos hombres), trescientos diez soldados de la 2ª Academia de Petrogrado, trescientos cincuenta y dos de la 2ª Academia de aspirantes oficiales de Orianenbaum, dos compañías de la Academia de Ingenieros y un batallón de ciento treinta mu-

jeres, formado con voluntarias reclutadas los meses anteriores por el gobierno, ansioso de mantener la llama «defensista» entre la población.

También se disponía de seis cañones, nueve ametralladoras pesadas y un único auto blindado armado con dos cañones y dos ametralladoras. Al acabar la mañana, después de largas discusiones, la dotación de otros dos autos blindados habían abandonado el recinto de Placio con sus vehículos: una declarándose neutral se retiró a su cuartel, la otra había decidido unirse al CMR. La tripulación del auto blindado que se quedó justificó su decisión de defender el Palacio de Invierno sólo «en consideración a su gran valor artístico». Los defensores, podían contar también con los convalecientes e inválidos del pequeño hospital militar instalado en algunas salas de la planta baja del Palacio y con los oficiales, poco numerosos, que se habían quedado después de la marcha de Kérensky. En total, entre 1300 y 1500 efectivos.

Kiškin acompañado por sus ayudantes Palchinsky y Rutenberg, inspeccionaron las barricadas de leña para la calefacción, construidas en la plaza, ante el Estado Mayor, a modo de parapetos. A media tarde hacía frío; y comenzaba a caer una llovizna desagradable; pero lo peor para los sitiados era la intendencia. Los defensores del Palacio se habían olvidado de reunir una indispensable reserva de víveres. El Preparlamento había intentado enviar hacia el Palacio de Invierno dos camiones cargados de vituallas que fueron detenidos por las patrullas, y confiscados en beneficio de los sitiadores.

Sin embargo, para los insurrectos las cosas evolucionaban de modo muy diferente.

La Academia de Ingenieros Nikolaievsky y la Academia de artillería Mihailovsky quedaron también neutralizadas a lo largo de la mañana; los soldados y los guardias rojos desarmaron a los junkers que se encontraban en ellas sin que ofrecieran resistencia.

El director de la prisión Kresty recibió una orden de los guardias rojos de Vyborg, que habían organizado un pequeño destacamento a las ordenes de un comisario del CMR, para entregar el edificio, y poner en libertad a los prisioneros políticos, entre otros, los bolcheviques Semion Rošal, Sajarov y Khaustov, detenidos todos a raíz de las jornadas de julio.

Mientras continuaban las acciones militares por parte de los insurrectos se reanudó la actividad política. A las 7 de la mañana, en la sala 36 del primer

piso del Smolny, se reunió de nuevo el Comité Central bolchevique. De lo que sucedió en este encuentro sólo tenemos noticias parciales a través de algunas memorias publicadas mucho más tarde. Lenin presidía la sesión y estaban presentes, entre otros, Trotsky, Stalin, Smilga, Milûtin, Zinóviev, Kámenev, y Berzin. Rahia, el guarda espaldas de Lenin, también se encontraba allí. De vez en cuando alguien llamaba a la puerta para informar sobre el curso de las operaciones en la calle.

Como ya hemos dicho, si los movimientos que realizó el CMR el 24 de octubre se pueden interpretar como una reacción defensiva ante las medidas adoptadas por parte del gobierno, las acciones del Comité Militar Revolucionario el día 25 se convirtieron ya en ofensivas. Todos los miembros del comité actuaban, bajo la dirección bolchevique para lograr el total control de la capital y la caída del gobierno antes de que comenzase la reunión del II Congreso de los Soviets. Las dudas, que algunos testigos presenciales parecieron apreciar al comienzo de la mañana, terminaron por disiparse.

Según las memorias de Uralov, comisario del CMR, se esperaban instrucciones en las dependencias que ocupaba este organismo, cuando sobre las 9 de la mañana, entró Lenin en la sala y se dirigió rápidamente hacia una mesita que había, seguido por algunos cuadros del partido. «Entre ellos, que yo recuerde, se encontraban, Stalin, Kámenev, Sokólnikov [todos en la cresta de la ola, cuando en 1924 Uralov escribió sus memorias], y algún otro, en total unos siete dirigentes. Alguno se sentó en el alféizar de la ventana, otro estaba detrás de Lenin, y uno frente a él había apoyado su rodilla en una silla. Los compañeros presentes en la sala no se dieron cuenta de que se estaba desarrollando una reunión histórica. Sentado en la mesa Lenin comenzó, tan rápido como pudo, sin ningún tipo de introducción o preámbulo, a establecer un programa de acción: "Declarar el Gobierno Provisional derrocado", "declarar que todo el poder debe pasar a los soviets", "antes de abrir el Congreso de los Soviets de esta noche tomar el Palacio de Invierno", "detener a los ministros, y conducirlos a la fortaleza de Pedro y Pablo", y añadió algo más, pero no me acuerdo.

Lo que sí recuerdo es que estas decisiones se votaron. Pero lo más importante es que todo sucedió en el transcurso de unos diez o quince minutos, con una rapidez sin precedentes en la unanimidad, y decisión. Lo enunciado por Lenin fue redactado en forma de proclama destinada "A los ciudadanos de Rusia", y a las diez en punto de la mañana comenzó su difusión».

Así, el CMR, sobre esa misma hora, comenzó a emitir un comunicado anunciando ya la victoria de la insurrección:

«El Gobierno Provisional ha sido depuesto. El poder ha pasado a manos del CMR, órgano del Soviet de Diputados de Obreros y Soldados de Petrogrado, colocado a la cabeza del proletariado y de la guarnición de la capital.

La causa por la que el pueblo ha luchado: proposición inmediata de una paz democrática, supresión de la propiedad territorial, control obrero de la producción, formación de un gobierno de los soviets, ha triunfado.

¡Viva la revolución de obreros, soldados y campesinos!»

El mensaje fue enviado a las radios del *Aurora* y del *Standard* y puesto en onda, precedido de una llamada que recababa la atención de forma reiterada: «A todos, a todos, a todos...»; mientras que transmitido telegráficamente a las ciudades de Rusia, el mensaje originó una auténtica ola revolucionaria que sacudió el país.

Al mediodía, el Palacio Mariinsky, donde se hallaba reunido el Preparlamento, fue rodeado por destacamentos del Regimiento lituano y del Regimiento Keksgolmsky, y luego por marineros apoyados por un carro blindado sobre el que ondea una bandera roja con las letras: SRSD (*Soviet Rabochykh i Soldatchikh Deputatov*). Los destacamentos comandados por Chudnovsky, comenzaron a cortar las calles adyacentes y a apostar guardias en todas las entradas y salidas del Palacio. El vehículo blindado se situó en la esquina occidental del edificio.

En el interior del Palacio un centenar de consejeros se encontraban reunidos en las diferentes salas, intercambiando impresiones sobre las noticias de la prensa a la espera de que comenzase la sesión, cuando alguien anunció la llegada del destacamento revolucionario.

Mientras los marinos y soldados se alineaban a ambos lados de la gran escalinata y ocupaban el primer vestíbulo, un comisario del CMR buscó Avkséntiev, que presidía el organismo, y le entregó una orden por la cual el Palacio debía ser evacuado sin demora.

Mientras que muchos de los diputados, asustados por las «fisonomías estúpidas, obtusas, malignas» de los revolucionarios, según escribió después

el liberal Nabokov, se ponían sus abrigos, prestos a abandonar el edificio, Avkséntiev tuvo la presencia de ánimo suficiente para reunir a parte del comité de dirección y frenar la desbandada. Los diputados acordaron apresuradamente protestar de modo formal por el asalto, y no presentar ningún tipo de resistencia, al tiempo que manifestaban que el Preparlamento no dejaba de existir, sino que simplemente suspendía sus actividades, comprometiéndose los consejeros a reunirse en cuanto pudieran. Por 56 votos frente a 48 y dos abstenciones se aprobó la propuesta. El acta de lo acordado por este organismo con solo dieciocho días de vida registró el hecho de modo lapidario: «Los trabajos son interrumpidos a consecuencia de una comunicación del secretario del Presidente del Gobierno diciendo que es necesario dejar el local porque así lo exige un destacamento de tropas revolucionarias llegado de improviso. La sesión se clausura a las 13.05 horas».

Los consejeros salieron entonces del Palacio Mariinsky entre una doble fila de hombres armados, verificándoseles la identidad. No había ningún ministro entre ellos y no se detuvo a nadie, ya que el CMR sólo había ordenado arrestar a los miembros del Gobierno Provisional.

Avkséntiev, que había permanecido sentado en su sillón presidencial ante los escaños despoblados, fue abordado por un comisario que se acercó a él y, dando un manotazo a los papeles ordenadamente extendidos sobre el escritorio, le dijo: «La sesión ha terminado. Vete en seguida a tu casa».

Milûkov, consejero del organismo disuelto, escribió más tarde: «Esperábamos una redada de miembros del Preparlamento y detenciones, pero el Estado Mayor revolucionario tenía otras preocupaciones». Milûkov, acertaba, ya que los insurrectos debían asegurar sus posiciones tanto en el plano militar como en el político.

Kiškin y Stankievitch, comisario del gobierno en el Cuartel General, tras mantener una conversación con altos mandos en Mohilev, en la que se volvió a hablar sobre los refuerzos solicitados, decidieron comprobar el grado de combatividad del adversario y organizaron un golpe de mano para recuperar el control de la central telefónica. Así se evaluaría la eficacia del bloqueo, que algunos, en el Palacio de Invierno, creían que era más aparente que real. Una compañía de cadetes ingenieros mandada personalmente por Stankievitch formaría el destacamento. A la una de la tarde, la expedición se puso en marcha pero, apenas habían avanzado unos cientos de metros,

de las calles adyacentes surgieron unos guardias rojos que cortaron el paso a la columna. Tras unos pocos disparos algunos de los cadetes fueron desarmados y el resto abandonó la empresa.

Sobre la misma hora —a las 14:35 según algunas reseñas de prensa— se abrió, en el Smolny, la sesión extraordinaria del Soviet de Petrogrado. Su presidente, Trotsky, se apresuró en anunciar, en medio de aclamaciones, la victoria de la revolución. Igual que la proclama difundida a las diez de la mañana, su discurso anticipaba con optimismo los acontecimientos.

«El Palacio de Invierno —profetizó Trotsky— aún no ha sido tomado, pero su suerte será decidida en seguida... Nos habían dicho que la insurrección anegaría Rusia en torrentes de sangre. ¡Aún no sabemos que haya habido ni una sola víctima!».

En medio del discurso de Trotsky, Lenin apareció en el pasillo. Trotsky interrumpió el hilo de su parlamento para decir: «Se halla entre nosotros Vladimir Ilich Lenin, que por una serie de circunstancias no ha podido aparecer hasta ahora». Según la prensa, Trotsky explicó entonces brevemente el papel de Lenin en la historia del movimiento revolucionario ruso y terminó con un: «¡Viva el camarada Lenin, que de nuevo está entre nosotros!».

El dirigente bolchevique era la primera vez que se mostraba en público desde hacía tres meses. Una gran ovación le acompañó mientras subía a la tribuna. Llevaba en la mano una hoja de papel en la que había escrito una declaración, que leyó con voz lenta y persuasiva.

Éstas fueron, en una resumida versión de prensa (la única que quedó), las palabras iniciales, que pronunció Lenin como jefe de la revolución que se columbraba como victoriosa: «La revolución obrera y campesina, de cuya necesidad siempre han hablado los bolcheviques, se ha realizado. ¿Cuál es el significado de esta revolución obrera y campesina? Ante todo, que tendremos un gobierno soviético, un órgano de poder nuestro, sin ninguna participación de la burguesía. Las masas oprimidas crearán ellas mismas su propio poder […] Aquí comienza una nueva página en la historia de Rusia, y esta tercera revolución rusa debe como último resultado conducir a la victoria del socialismo».

Se trataba de una auténtica declaración gubernamental, el ensayo general antes de la apertura, unas horas más tarde, del II Congreso de los Soviets.

Al clausurar esta breve sesión, Trotsky anunció que ante el avance hacia Petrogrado de tropas del frente, era necesario enviar inmediatamente a su encuentro a comisarios para que «les explicaran los acontecimientos». Alguien le interrumpió: «¡Usted da por descontada la decisión del Congreso de los Soviets!» y Trotsky replicó: «La voluntad del Congreso está ya prejuzgada por el hecho clamoroso de la insurrección de los obreros y los soldados de Petrogrado, que ha tenido lugar esta noche. Ahora, sólo nos resta completar nuestra victoria».

Los pocos mencheviques que asistían a la sesión decidieron retirarse de los órganos ejecutivos del Soviet de Petrogrado. Pero la mayoría de la audiencia aún escuchó pacientemente los saludos de Lunacharsky y Zinóviev, este último, al igual que Lenin, en su primera aparición pública desde julio.

Los diputados también aprobaron de modo entusiasta una declaración política redactada por Lenin e introducida por Volodarsky, que hacía un llamamiento a los trabajadores y soldados para que apoyaran la revolución.

«El Soviet de Petrogrado saluda a la revolución victoriosa realizada por el proletariado y la guarnición de Petrogrado. Es importante subrayar el espíritu de cohesión, organización y disciplina, así como la perfecta unanimidad de que han dado muestra las masas durante esta insurrección triunfante y nada sangrienta.

El Soviet expresa su firme convicción de que el gobierno soviético obrero y campesino, que será creado por la revolución y que asegurará al proletariado de las ciudades el apoyo de toda la masa de campesinos pobres, marchará con paso firme hacia el socialismo, único modo de evitar las miserias y los horrores innumerables de la guerra.

El nuevo gobierno presentará inmediatamente a todos los países beligerantes proposiciones para una paz democrática y justa.

Suprimirá la propiedad territorial y dará la tierra a los campesinos.

Instaurará el control de los obreros sobre la producción y el reparto de productos manufacturados, y establecerá el control de todos los bancos, que serán monopolizados por el Estado.

El Soviet de Petrogrado exhorta a los obreros y campesinos de Rusia a que pongan toda su energía y todo su entusiasmo al servicio de la revolu-

ción obrera y campesina. El Soviet manifiesta su convencimiento de que los obreros de las ciudades, aliados a los campesinos pobres, sabrán mantener entre ellos una disciplina inflexible y asegurarán un orden revolucionario perfecto e indispensable para la victoria del socialismo. El Soviet está persuadido de que el proletariado de la Europa occidental nos ayudará a llevar la causa del socialismo hasta una victoria total y duradera».

Después los asistentes se dispersaron antes de la sesión de apertura del Congreso de Soviets de toda Rusia.

Todo el triunfalismo del que daban muestra los bolcheviques no evitaba la creciente ansiedad que reinaba en el Smolny. El mismo Lenin mostraba su enfado al no poder anunciar la caída del Palacio de Invierno antes de la apertura del Congreso. Sin embargo, lo que estaba sucediendo en aquellos mismos momentos venía a reforzar los augurios de victoria.

Poco antes de que comenzara la reunión del Soviet de la capital, parte de la flota procedente de Kronstadt había hecho su aparición en la embocadura del Neva. No obstante, los primeros en movilizarse tras recibir la llamada convenida habían sido los marinos de Helsingsfors. A las tres de la madrugada había partido en ferrocarril un primer contingente de tropas; un segundo escalón se puso en marcha dos horas después, y un tercero lo hizo a media mañana, en total unos 4500 hombres. Al amanecer habían zarpado los torpederos *Zabiyaka*, *Samsonoff*, *Mietki* y *Strashni*, navegando a toda máquina para cubrir las, cerca de doscientas millas que les separaban de Petrogrado. En la proa del *Samsonoff* ondeaba una gran pancarta en la que se podía leer: «¡Abajo la Coalición!» «¡Viva el Congreso panruso de los Soviets!» y «Todo el poder para los soviets!».

También en Kronstadt, por la mañana temprano, el soviet reunió en la plaza del Ancora a las tropas que iban a partir; procediéndose al embarque de siete destacamentos a bordo del minador *Amur*, y los transportes *Khopyor*, *Zarnitsa*, *Yastrev* y *Verny*, y el torpedero de escuadra *Priamislav*. El acorazado *Zaria Svobody* (Alba de la Libertad) se paró en ruta, a la altura de Ligovo. A cubierto de sus cañones de doce pulgadas, la 7ª sección de marinería desembarcó en la estación Spasaltenaia y desarmó a los junkers de Orianenbaum y de Peterhof, Cumplida su misión sin incidentes, los marinos del *Zaria Svobody* llegarían a Petrogrado al atardecer

A las dos de la tarde, el minador *Amur* y el transporte de tropas *Yastrev* aparecieron en la embocadura del Neva. Flerovsky estaba en el puente de

mando del *Amur*, cuando oyó un ¡hurra! que llegaba del muelle. Bajó a cubierta justo a tiempo para ver la maniobra del buque para posicionarse junto al *Aurora*, frente al Palacio de Invierno. Con la dotación del *Amur* llegaba la vanguardia de 5000 marinos armados que rápidamente tomaron posiciones en los muelles del Neva.

En el Palacio de Invierno la situación empeoraba rápidamente. A cada hora que pasaba los defensores cobraban una más clara conciencia de que las fuerzas de socorro prometidas no iban a llegar. El desánimo cundía y los cosacos fueron los primeros en ceder. Al caer la tarde, dos oficiales cosacos, de los cuales uno era coronel, pidieron audiencia a los ministros y plantearon abiertamente cuándo iban a llegar los refuerzos anunciados. Kiškin y Konoválov contestaron con ambages. La respuesta de los cosacos fue mucho más precisa, declararon que «la situación no era clara» y que ellos «no tenían nada que hacer» allí. Momentos después, las tres *stonias* de cosacos, con los fusiles en bandolera, comenzaron a salir del recinto. Las barreras de las tropas insurrectas se abrieron ante ellas y la tropa cosaca llegó sin ser molestada a sus cuarteles.

Hacia las siete de la tarde, la mayor parte de los alumnos de la Academia de Artillería Mihailovsky decidieron también abandonar el Palacio, llevándose cuatro de los seis cañones de que disponían los asediados. En el exterior fueron detenidos en la perspectiva Nevsky por las tropas revolucionarias que les requisaron dos cañones dejando luego que los junkers regresaran a su cuartel con los dos restantes.

Pasaban algunos minutos de las siete de la tarde cuando el teniente Danilevitch, oficial ayudante de Kérensky, logró porfín comunicación telefónica con el general Dieterichs, adjunto directo de Duhonin en el Cuartel General de Mohilev.

Danilevitch inquirió de modo perentorio: «Dígannos si las tropas enviadas hacia Petrogrado están llegando. Creo que su llegada calmaría a los insurrectos y les haría retirarse a sus cuarteles sin aceptar el combate».

Pero la respuesta de Dieterichs no fue muy reconfortante: «Según nuestras informaciones, los batallones ciclistas deberían llegar hoy a Petrogrado, pero según las noticias del telégrafo del ferrocarril alguien les ha detenido a setenta verstas de Petrogrado. Los Regimientos 10º y 11º del Don, con su artillería, deben llegar a Petrogrado la mañana del 26; el 43° Regimiento del

Don, el 26 por la tarde; dos regimientos de la V División cosaca, el 26 también; los demás, el 28...».

Una hora después de esta conversación, los alumnos oficiales de la Academia de Orianenbaum comisionaron a uno de los suyos para invitar al comisario del CMR, Chudnovsky, a que se desplazase al Palacio con el fin de negociar las condiciones de su salida del recinto. Chudnovsky no tuvo ningún reparo en acudir a la llamada y entro en el Palacio. Al enterarse el gobernador de Petrogrado, indignado por aquella actitud, dio la orden de arrestar al comisario del CMR, pero debió renunciar a realizar su amenaza ante la hostilidad y las protestas de los junkers, que se llevaron a Chudnovsky a una sala apartada donde rápidamente se pusieron de acuerdo con él. Sobre las diez de la noche, la mayor parte de los alumnos oficiales de Orianenbaum y cierto número de efectivos, pertenecientes a otras academias, abandonaron también el Palacio de Invierno.

Los ministros contemplaban impotentes esa hemorragia, que reducía a la mitad la pequeña tropa de defensores. Todo hacía presagiar que el asalto definitivo podía producirse en cualquier momento y que los refuerzos no iban a llegar.

La dirección del ataque había sido planificada por el triunvirato compuesto por Podvojsky, Antonov-Ovseenko y Chudnovsky. Los dos primeros, que estaban entre los más activos miembros bolcheviques del CMR, desempeñarían el papel principal. Se preveía llevar a cabo la operación lo más rápidamente posible, para poder dar el anuncio de la caída del Palacio en la apertura del II Congreso, que debía reunirse a las 18.00 horas. El plan que se había trazado era sencillo, pero minucioso. Preveía toda una gradación de gestos amenazantes, en una escalada prudente, antes de que se produjera el enfrentamiento armado. La primera medida era completar el cerco del Palacio; entonces se dirigiría un ultimátum al Gobierno Provisional conminándole a capitular. En caso de negativa, se izaría una linterna roja en lo alto del mástil de la fortaleza Pedro y Pablo. A esta señal, los cañones del crucero *Aurora* harían dos disparos de salva para intimidar a los sitiados. Si éstos persistían en su voluntad de resistir, la artillería, instalada en lo alto de las murallas de la fortaleza, bombardearía el Palacio; y si el combate se prolongaba, los cañones de seis pulgadas del *Aurora* abrirían fuego a su vez.

Hacia mediodía se puso en marcha la primera fase del plan y las fuerzas del CMR comenzaron a formar un anillo en torno al Palacio. Según el plan

debían participar: los Regimientos de Cazadores, Izmailovsky, Keksgolmsky y Pavlovsky, la Seguna dotación de la flota del Báltico y los marineros llegados de Kronstadt, los guardias rojos de la fábrica Putílov y de otras empresas y los destacamentos mixtos de guardias rojos de los distritos de Vyborg y Petrograd. La segunda línea del cerco la guarnecerían los regimientos Litovsky, Volinsky y Preobrazhensky. El 1º Regimiento de Reserva, el 6º Batallón de Ingenieros y parte del Regimiento Litovsky custodiarían el Smolny.

X
El Palacio de Invierno
El nacimiento de un mito

El Palacio de Invierno, no era una construcción fácil de cercar. Obra del arquitecto italiano Rastrelli, tenía unas enormes dimensiones que conformaban un cuadrilátero de 152 metros de largo por 117 de ancho y 20 de alto con dos alas perpendiculares que flanqueaban el patio de honor. En el interior albergaba 1050 estancias, y contaba con 2000 ventanas, 1786 puertas, 117 escaleras. Los insurgentes sólo veían la fachada verde claro de estilo barroco ruso, recargada de adornos, con sus tres pórticos de columnas de mármol blanco y tres puertas en arco de bóveda. Sobre los tajados, 176 estatuas de color muy oscuro alternaban con hornacinas en el último piso, mientras que los ventanales estaban decorados con máscaras de leones y molduras. Por la parte de la calle Millionaya, la puerta estaba sostenida por cariátides de seis metros de altura, y sobre el Neva, frente a Pedro y Pablo, la fachada presentaba columnas superpuestas. De esta fachada Norte arrancaba la escalera de los Embajadores, la monumental obra a doble vuelta tallada en mármol de Carrara, construida a mayor gloria del zar de todas las Rusias.

En el plan trazado por los atacantes, el principal punto de apoyo era la fortaleza de Pedro y Pablo, que debía estar en contacto permanente con las unidades vecinas y con el crucero *Aurora*, hasta el que se desplazó Antonov-Ovseenko. Mientras que en Pedro y Pablo un Estado Mayor de campaña, estaba siendo dirigido por Blagonravov, el comisario del CMR en la fortaleza.

Las unidades militares se apostarían en el lado de la calle Millionaya, la perspectiva Nevsky, y en las otras calles que conducían al Palacio, para completar así el cerco que se iría estrechando conforme avanzase la operación. Para protegerse contra el posible movimiento de las unidades cosacas acuarteladas y de las academias de cadetes, tropas pro bolcheviques y guardias rojos protegerían la retaguardia.

Sobre el plano de la ciudad se trazó una red de puestos de mando. El Smolny era el «cuartel general», la fortaleza de Pedro y Pablo se constituía como «la sede de reserva», en tanto que el *Aurora* se convertía en el cuartel de mando en primera línea. En los acuartelamientos del Regimiento Pavlovsky se coordinarían las acciones del ala derecha y en los cuarteles de la flota del Báltico se instalaría el mando del ala izquierda.

En el plan estaba previsto que hacia el mediodía se habría tomado ya el Palacio de Invierno, pero toda una serie de problemas obligaron a retrasar la hora, primero hasta las tres de la tarde y después hasta las seis, tras lo cual, en palabras de Podvojsky, el Comité Militar Revolucionario «ya no se molestó en establecer plazos».

El despliegue de unidades en función del plan comenzó a las 13 horas, cuando un destacamento de marinos comandados por Ivan Sladkov ocupó el Almirantazgo, a pocos pasos del Palacio de Invierno, arrestando el alto mando naval. Al mismo tiempo, como ya hemos dicho, tropas del Regimiento Pavlovsky se fueron posicionando alrededor del Palacio desplegándose por las calles Millionaya, Moshkov, Bolshaia Koniushennaia, Nevsky y el Canal Ekaterinsky hasta la Moika. Vehículos blindados se emplazaron en los puentes sobre el Canal de Ekaterinsky y la Moika, y en la calle Morskaya. Por la tarde, los destacamentos de la Guardia Roja del distrito de Petrograd y Vyborg, y soldados de los regimientos Pavlovsky, y Keksgolmsky ocuparon la zona norte, desde la Moika al Almirantazgo, cerrando el anillo de las fuerzas insurreccionales en torno a la plaza del Palacio. Era el momento de cursar el ultimátum previsto.

A las 18:50, los soldados Frolov y Galin, del 1º Batallón Ciclista, atravesaron la inmensa plaza agitando una bandera blanca. Tres junkers salieron de detrás de una barricada y fueron a su encuentro, conduciéndolos al Estado Mayor de la región, donde Kiškin estaba celebrando una entrevista con el general Bagratuni, el nuevo jefe de la plaza.

El mensaje que portaban los ciclistas era conciso: si en veinte minutos los ministros no se habían rendido, las tropas del CMR romperían las hostilidades. Kiškin se precipitó al Palacio de Invierno y reunió a los ministros en el Salón Malaquita, con las luces apagadas y una sola lámpara de mesa cuya luz amortiguaban unos periódicos. En aquella atmósfera de velatorio fúnebre, el gobierno se mostraba indeciso sobre la respuesta que convenía dar al ultimátum. Los ministros se daban cuenta de que estaban abandonados a su suerte. Cada ministro fue respondiendo brevemente a la pregunta de Kiškin: «¿Debemos aceptar el ultimátum?» ¡Los únicos que contestaron afirmativamente fueron los dos militares que formaban parte del gobierno: Manikovsky y Verderesky! Los civiles estaban todos de acuerdo: había que rechazar el ultimátum. Y como, por prurito, el gobierno legítimo no podía dialogar con los insurrectos, los ministros decidieron no contestar nada.

Sobre las siete de la tarde, algunos soldados del Regimiento Pavlovsky y un pelotón de guardias rojos mandados por el bolchevique Nevsky tomaron por asalto los locales del Estado Mayor que circundaban el Palacio. El conjunto de edificaciones de color ocre, con sus tres pisos y sus 768 ventanas, medía 580 metros de longitud, y estaba separado en dos alas circulares por el arco de triunfo de estilo romano rematado por un conjunto escultórico en bronce que representaba el carro de Marte tirado por seis caballos. El simple cordón de centinelas que protegía los aledaños del Estado Mayor fue desarmado sin disparar un solo tiro por los cincuenta efectivos que comandaba Nevsky.

Fue entonces cuando una parte del batallón femenino intentó una salida, al llegarles el rumor de que el general Alekseev había sido arrestado en el Estado Mayor, pero apenas salió del Palacio la pequeña fuerza de mujeres fue rodeada y desarmada.

Un joven oficial cuyo nombre no ha conservado la Historia se había quedado escondido en un desván del Ministerio de la Guerra, con un aparato «Hughes», gracias al cual había podido mantener en comunicación te-

lefónica al Palacio de Invierno. Cuando en el Smolny se creía haber aislado al gobierno de todo contacto exterior, Nikitin, Ministro menchevique del Interior, comunicaba, por esa red clandestina, con el frente, la Duma municipal y Moscú. Al ser tomado el edificio, el anónimo trasmisor, recogió su material, desconectó el aparato «Hughes», y bajó con desenvoltura las escaleras entre los milicianos bolcheviques para perderse en la noche.

El general Bagratuni, nombrado la misma mañana comandante de la plaza de Petrogrado, en el momento de la toma del Estado Mayor se encontraba conferenciando en el Palacio de Invierno. Al tener noticia de lo ocurrido se apresuró a presentar su dimisión a Kiškin, el cual, furioso, lo echó del Palacio. Bagratuni, poco después de salir del recinto, fue sacado de un taxi y detenido por una patrulla de la insurgencia. Bajo escolta, se le trasladó a los cuarteles de las dotaciones de la flota, donde quedó retenido.

Al no recibirse contestación al ultimátum se puso en marcha la siguiente fase del plan. Pero cuando Blagonravov revistó los cañones de seis pulgadas de la fortaleza Pedro y Pablo antes de bombardear el Palacio, se encontró con que los emplazados frente al blanco no se habían utilizado ni limpiado en meses. Oficiales de artillería lo persuadieron de que no eran seguros. Entonces Blagonravov ordenó subir al bastión las pesadas piezas de entrenamiento de tres pulgadas, pero se comprobó que también estas estaban oxidadas y no tenían aceite en los compresores. En ese momento llegó del Smolny Antonov-Ovseenko, furioso por el retraso de las operaciones, y pidió por teléfono al Estado Mayor del CMR que enviase urgentemente a Pedro y Pablo unos artilleros de la marina, que, sin duda, sabrían, con o sin aceite, hacer funcionar los cañones de la ciudadela.

El siguiente contratiempo se produjo al no encontrar una linterna roja. Después de una larga búsqueda se localizó una lámpara adecuada, pero luego resultó extremadamente difícil fijarla en el asta de la bandera para que fuera vista desde el *Aurora*.

Por fin, a las 21:35, resueltos estos problemas, desde el puente de mando del crucero *Aurora*, el comisario Belyšev dio la orden de abrir fuego. Fue un sólo un disparo de salva, suficiente para intimidar a los defensores del Palacio y para convertir el *Aurora* una leyenda revolucionaria.

En el centro de la ciudad, los escaparates estaban iluminados, y los cines abiertos. Los rótulos brillaban como de costumbre y los teatros fun-

cionaban con normalidad. Aunque con poca asistencia el innovador Meyerhold ponía en escena en el Teatro Aleksandrinsky *La muerte de Iván el Terrible* de Alexis Tolstoi. *Boris Godunov* estaba en cartel en el Mariinsky y en el Teatro Mihailovsky se estaba representando *Un vaso de agua*, de Scribe. Pero fue en la Narodny Dom, próximo a Pedro y Pablo, en el que Chaliapin cantaba su más hermoso papel en *Don Carlo*, donde la formidable deflagración se dejó sentir de modo particular, sacudiendo todo el edificio.

El cantante, envuelto en un suntuoso manto color púrpura, cetro en mano, con la corona de Felipe rey de España en la cabeza, escenificaba la salida de la catedral, entonando: «La corona ha sido ceñida a mis sienes por el propio Dios. Soy el único soberano...», cuando sus últimas palabras se perdieron en la confusión. El público puesto en pie se quedó espantado. Los cristales del teatro temblaron y los tramoyistas bajaron rápidamente el telón. La gente comenzó a atropellarse para llegar a las puertas, cuando la bella voz de bajo de Chaliapin consiguió dominar los gritos de pánico para decir: «Estaréis más seguros aquí que en la calle». Pasados unos momentos, la representación continuó.

A raíz del disparo del *Aurora*, en la plaza del Palacio comenzaron a crepitar los fusiles. Los junkers barrían la inmensa explanada desierta con un fuego graneado que impedía cualquier avance de sus adversarios, ya que estos, hasta llegar a la fachada principal, tenían que recorrer varias decenas de metros completamente al descubierto. Durante una hora prosiguieron los disparos de fusil, a veces nutridos, a veces espaciados.

Hacia las diez se produjo una cierta calma y renació el silencio. En ese momento, el resto del batallón de mujeres que aún permanecía en el interior, salió del Palacio por la puerta que daba al muelle del Neva y se rindió. Las jóvenes fueron conducidas a los cuarteles del Regimiento Pavlovsky, y al amanecer trasladas a la estación Finlandia para tomar un tren de cercanías que les llevaría a sus cuarteles; dos semanas después la unidad quedaría disuelta. En las jornadas subsiguientes, circularon los rumores más fantásticos acerca de la suerte que corrieron estas mujeres. Se habló de degollina y violaciones generalizadas. En realidad, hubo que lamentar tres casos de violación y un suicidio. Los asaltantes no mataron a ninguna de las mujeres soldados.

Cerca de las 11 de la noche, después de una pausa de una hora aproximadamente, se reanudó el ataque contra el Palacio de Invierno. La artillería

comenzó a disparar, aun a riesgo de alcanzar a sus propios hombres, ya que la multitud de sitiadores se estaba aproximando hasta las entradas del mastodóntico edificio. De repente hubo dos fuertes explosiones en el interior del Palacio. Los ministros quedaron sobrecogidos pensando que el bombardeo alcanzaba de lleno las dependencias, pero fue sólo unas granadas de mano que un par de marineros bolcheviques había logrado arrojar al interior. Algunos junkers fueron levemente heridos por las explosiones, y el gobernador general Kiškin, médico de profesión, procedió a vendarles. Un marinero bolchevique escribió más tarde que «hacia las once, se observó que ya no había ningún cadete en el lado Neva. A continuación, se irrumpió a través de las puertas y comenzamos a subir por diferentes escaleras, uno a uno o en pequeños grupos».

Mientras, el tiempo pasaba, y aunque el Palacio de Invierno seguía resistiendo, el II Congreso de Soviets de toda Rusia debía inaugurarse, ya que resultaba imposible seguir retrasando su apertura. Finalmente, a las 22:45 el pleno del Congreso fue llamado oficialmente al orden en el salón de actos del Smolny por el menchevique Dan, como presidente saliente del Comité Ejecutivo Central.

Las cifras relativas a la composición de los asistentes varían según las fuentes. De acuerdo con un informe preliminar de la Comisión de Credenciales, 300 de los 670 delegados eran bolcheviques y 193 eran socialrevolucionarios, incluidas su ala izquierda y derecha. Ahora bien, estas dos tendencias estaban en franca disensión interna desde hacía unas semanas. Una reunión fraccional celebrada aquella misma mañana había desembocado en la escisión oficial del partido; la izquierda, encabezada por Kamkov, próxima a los bolcheviques, era ligeramente más numerosa que la derecha: 98 delegados eran socialrevolucionarios de izquierda y sólo 88 de derecha. Los mencheviques que, en junio de 1917, contaban con más de 200 delegados, sólo poseían ahora 68, de los cuales 14 eran mencheviques internacionalistas. Los restantes delegados pertenecían a pequeños grupos, algunos de los cuales eran de derechas.

Aún más significativa que la distribución por partidos, era la distribución de los representantes en base a los mandatos recibidos de los soviets que los habían elegido. Según la tabulación de unos cuestionarios que habían rellenado, se desprende el hecho de que un número abrumador de los compromisarios, 505, había llegó a Petrogrado con el mandato imperativo de

apoyar la transferencia de todo el poder a los soviets. Mientras que sólo cincuenta y cinco delegados, es decir, un número inferior al 10 por ciento seguía apostando por una política de coalición con el partido kadete; ya que veintiún delegados estaban mandatados para apoyar una coalición democrática con algunos elementos burgueses, pero no estaban dispuestos a admitir a los kadetes. Así pues, un hecho quedaba fuera toda de duda: la gran mayoría de los delegados al Congreso era favorable a la toma del poder por los soviets y al derrocamiento del Gobierno Provisional.

En la gran sala blanca del Smolny, la sala de recepciones del pensionado donde las hijas de la nobleza habían acudido a recibir sus diplomas de final de curso, centenares de diputados, llegados de todos los rincones de Rusia, fumaban y hablaban, mientras oían lejanas detonaciones de fusiles y ametralladoras. El ambiente reinante en el enorme salón estaba cargado. Una nube de humo de cigarrillos envolvía a la masa de compromisarios. De vez en cuando alguien subía a la tribuna y rogaba a los delegados que dejaran de fumar. Entonces todos, incluidos los fumadores, gritaban: «¡No fuméis, camaradas!», pero seguían haciéndolo.

El presidente saliente, agitó la campanilla y declaró: «Camaradas el II Congreso de los Soviets se reúne en unas circunstancias tan extraordinarias, en un momento tan especial, que fácilmente comprenderéis por qué el TSIK no considera necesario abrir esta sesión con un discurso político. Lo comprenderéis aún más si pensáis en que yo soy miembro del Comité Ejecutivo Central y que en este mismo momento nuestros camaradas de partido están en el Palacio de Invierno, bajo el bombardeo, en trance de sacrificar sus vidas para cumplir las funciones de ministros que el TSIK les confió». En este punto, muchas voces interrumpieron al orador, aunque el silencio se restableció pronto. Entonces Dan volvió a sus funciones presidenciales y dijo: «Queda abierta la primera sesión del II Congreso de Soviets de Diputados Obreros y Soldados de Rusia».

Acto seguido se procedió a la elección de la mesa que dirigiría los debates, resultando elegidos, por el sistema proporcional, catorce bolcheviques, siete socialrevolucionarios, tres mencheviques, un internacionalista y un ucraniano. El antiguo Comité Ejecutivo Central abandonó el estrado y paso a ocupar la presidencia Kámenev.

Mártov, jefe de los mencheviques internacionalistas, se levantó y pidió la palabra.

«Camaradas —gritó de pie desde un rincón del estrado—, camaradas, la guerra civil comienza. La primera cuestión a resolver es la del arreglo pacífico de la crisis. Los principios y los hechos nos obligan a comenzar discutiendo urgentemente los medios de evitar la guerra civil. Se está matando a nuestros hermanos en la calle. En este momento, incluso antes de la apertura del Congreso, se está en vías de resolver la cuestión del poder por un complot militar organizado por uno de los partidos revolucionarios. Debemos crear un poder reconocido por toda la democracia, un poder democrático unido».

Mártov terminó pidiendo al Congreso la designación de una comisión encargada de negociar con todos los partidos socialistas la forma de encontrar una salida pacífica al naciente conflicto. La proposición fue aprobada. Después, en una atmósfera cada vez más excitada, varios delegados tomaron la palabra.

Dos oficiales que intervinieron denunciaron el asalto al poder de los soviets como una «puñalada a la espalda del ejército y de la nación» e invitaron a los diputados soldados a que abandonaran la sala «para la salvación del país y de la revolución». Una tempestad de gritos acogió su petición: «¡Kornilovistas!», «¡Contrarrevolucionarios!», «¡Provocadores!».

Tras alguna otra intervención, el portavoz menchevique se levantó y leyó, en medio de un estrépito ensordecedor en el que se mezclaban los gritos de la sala, el rugir de los cañones y la campanilla que Kámenev agitaba, una declaración de su grupo denunciando «la conspiración militar de los bolcheviques y del Soviet de Petrogrado» e invitando a los «verdaderos revolucionarios» a abandonar la sala en señal de protesta. Hendelman, en nombre de los socialrevolucionarios, y Abramovitch, en nombre del Bund, corearon la propuesta.

Entonces, en mitad de un gran vocerío y de gritos que chillaban: «¡Desertores!», «¡Desertores!», los diputados mencheviques y socialrevolucionarios de derechas abandonaron el salón, quedándose los mencheviques internacionalistas liderados por Mártov.

Mientras esto sucedía en el Smolny, en otro centro de poder, la Duma de la ciudad, los acontecimientos se precipitaban. El día anterior, el ayuntamiento de Petrogrado, en el que los socialrevolucionarios y kadetes todavía tenían mayoría, ya había mostrado su profunda preocupación por las accio-

nes del CMR y habían dado pasos para formar un Comité para la Salvación del País y de la Revolución, con el fin de ayudar a mantener el orden en la ciudad. Schreider, el alcalde socialrevolucionario, había hecho fijar centenares de carteles con el siguiente texto:

«La Duma municipal ha fundado un Comité para la Salvación del País y de la Revolución compuesto por miembros de la municipalidad, de las Dumas de barrio y de representantes democráticos del TSIK, y de los sindicatos... Los miembros de este servicio estarán permanentemente en el edificio de la Duma municipal, teléfonos: 15-40, 223-77, 138-36.

24 de octubre de 1917».

En la tarde del día 24 una delegación del ayuntamiento se había entrevistado brevemente con Trotsky, que estaba en la reunión del Soviet de Petrogrado. Trotsky tranquilizo a los concejales garantizándoles que el CMR mantendría el orden en la capital.

Al atardecer del día 25, los ministros lograron establecer contacto telefónico con el alcalde por mediación del radiotelegrafista que controlaba el aparato «Hughes», escondido en las buhardillas del Ministerio de la Guerra. El gabinete informó al alcalde Shreider que el Palacio de Invierno estaba a punto de ser bombardeado desde el *Aurora* y desde la fortaleza Pedro y Pablo, y le solicitó cualquier tipo de ayuda que la corporación municipal le pudiera prestar. Tras esta llamada, el alcalde convocó inmediatamente a la Duma de la ciudad en sesión de emergencia.

Ya en su intervención en el Congreso de los Soviets, el portavoz del Bund había aludido a un último intento mediador realizado por la Duma municipal, al tener conocimiento del ultimátum del CMR. Los concejales habían decidido enviar sendas delegaciones al Smolny, al Palacio de Invierno y al crucero *Aurora*, para intentar reconducir la situación.

Hacia las once, en el momento en que se había reanudado el cañoneo contra el Palacio, la comisión enviada al *Aurora* regresó al ayuntamiento para comunicar que no se le había dejado subir a bordo. El concejal Bykhovsky invitó entonces a sus colegas a ir en corporación al Palacio de Invierno para «liberar» a los ministros o para «perecer» con ellos. La rica condesa Sofía Panina, hija del Ministro de Justicia de Alejandro II, Vladimir Panin, fue la más elocuente apoyando la propuesta: «Si los concejales no pueden ponerse

en contacto con el Palacio de Invierno, al menos pueden ponerse delante de los cañones y proclamar que sólo pasando por encima de sus cadáveres podrán los bolcheviques fusilar a los ministros».

Esta absurda propuesta llegó a votarse de modo nominal. Setenta y dos concejales contestaron afirmativamente, uno a uno, utilizando la romántica fórmula: «Sí, iré a morir con el Gobierno Provisional». Tres mencheviques internacionalistas se abstuvieron, en tanto que los bolcheviques ya habían abandonado la sede del municipio. Apenas terminado el escrutinio, un gran escándalo anunció la llegada de los diputados que habían abandonado Smolny detrás de Dan, Hendelman y Abramovitch. Apenas se calmó la agitación cuando llegó la noticia de que algunos miembros del Comité Ejecutivo Central del Soviet de campesinos acudían a reunirse con los concejales. Los recién llegados fueron recibidos con entusiasmo, lo que les aminó a afirmar que también ellos participarían en la marcha pacífica hacia el Palacio de Invierno para inmolarse junto a la corporación en pleno.

Entorno a la medianoche, un largo cortejo salió del Ayuntamiento. Eran alrededor de cuatrocientas personas que comenzaron a descender lentamente por la perspectiva Nevsky en dirección al Neva y al Palacio, marchando de cuatro en fondo, tratando de cantar *La Marsellesa*, y armados sólo con paquetes de pan y embutidos «para los ministros». En cabeza iba el alcalde, Schreider, imponente anciano de barba blanca, y el Ministro de Aprovisionamiento, Prokopovitch, que no había podido participar en el consejo de ministros de la mañana y se había encontrado separado de sus colegas. Ahora desfilaba junto al alcalde provisto de una linterna y un paraguas.

En la plaza de Kazan, A la entrada del puente que salva el Canal Ekaterinsky, apenas a doscientos metros de su punto de partida, un pequeño destacamento de marinos les cerró el paso. Schreider y Prokopovitch intentaron parlamentar, pero los marinos no atendían a razones.

—«No puedo dejarles pasar —repetía el jefe del destacamento.

—«¡Disparad sobre nosotros si queréis! ¡No nos detendréis! ¡Adelante!— gritaban algunos concejales—. ¡Estamos dispuestos a morir…! ¡Presentamos nuestros pechos ante vuestros fusiles!»

Finalmente uno formuló una pregunta sensata:

—¿Y qué hará usted si pasamos? ¿Disparará?

—No —respondió el marino responsable del puesto—. No tiraré sobre personas desarmadas. No tiraremos sobre rusos desarmados.

—Queremos seguir. ¿Qué puede usted hacer?

De repente una voz salió de la sombra. Era la de un marino que hasta entonces había permanecido en silencio:

—¿Que qué vamos a hacer? Yo os diré lo que vamos a hacer. Os meteremos en chirona. Y si nos obligáis, dispararemos. Idos a vuestras casas y dejadnos en paz».

Fue entonces cuando Prokopovich, blandiendo su paraguas, se subió a un cajón y tomó la palabra: «¡Camaradas ciudadanos! Se emplea la fuerza contra nosotros. No podemos dejar que esos ignorantes se manchen las manos con nuestra sangre inocente. No es compatible con nuestra dignidad de concejales ser fusilados aquí por agitadores. Volvamos a la Duma y allí estudiaremos el medio de salvar al país y la revolución».

En la noche glacial, el cortejo dio media vuelta y desapareció. Siempre es más difícil morir que prometer dar la vida.

En la explanada frente al Palacio de Invierno los asaltantes habían encendido algunos reflectores con los que iluminaban de modo oscilante la fachada. Podvojsky, cuenta en sus memorias, que recibió decenas de notas firmadas por Lenin en las que trataba a los responsables del asalto de cobardes y de incompetentes, acusándoles de querer sembrar la confusión...

Antonov-Ovseenko y Podvojsky seguían enfrentados al dilema de ordenar un ataque frontal a través de la inmensa plaza vacía, o de intentar penetrar por las alas del edificio como ya habían comenzado a hacer algunos de sus hombres. Ahí, los asediados, al no poder levantar barricadas estaban mal protegidos y formaban pequeños grupos desperdigados, detrás de las puertas y de los inmensos ventanales de la planta baja. El ala occidental, frente al Almirantazgo, estaba ocupada en gran parte por un hospital militar y un jardincillo muy espeso llegaba hasta los muros del Palacio. Los asaltantes encontraban allí grandes facilidades para aproximarse. La otra ala, ocupada hoy por el museo del Ermitage, estaba aún peor guardada. Granadas al cinto y revólver en mano, decenas de soldados, de marinos y de guardias rojos habían penetrado en ella y se deslizaban hasta el patio del Palacio.

Finalmente a las dos y diez minutos de la madrugada, soldados y marinos atravesaron la plaza a la carrera y lograron rebasar las barricadas sin dificultad, precipitándose en tromba en los vestíbulos que daban acceso a las escaleras principales. En este movimiento del último asalto apenas se intercambiaron algunos disparos entre atacantes y defensores. A la cabeza de los asaltantes, los comisarios del CMR intentaban canalizar aquella corriente impetuosa, pero no contaban con un plano del Palacio y cundía la confusión. «¿Dónde están los ministros?», «¿Dónde está Kérensky?», preguntaban a los junkers, que eran desarmados sin dificultad.

En aquellos momentos, el Gobierno Provisional vivía sus postreros minutos. Un oficial se presentó ante los miembros del gabinete para informarles de que los asaltantes en gran número se encontraban ya en el interior del edificio.

—«¿Debemos defendernos hasta el último hombre? Estamos dispuestos a todo si tal es el deseo del Gobierno Provisional»,

—«No, no —le replicaron— es inútil. ¡Absolutamente! ¡No derraméis vuestra sangre! Debemos rendirnos».

Pero era necesario guardar las formas. Uno de los ministros dijo: «¡Deprisa, sentémonos a la mesa!». Los que estaban en mangas de camisa se pusieron el chaqué y en esta actitud solemne, propia de la seriedad de sus deliberaciones y sobre todo de su idea de la dignidad, acogieron la entrada de Antonov-Ovseenko que comandaba personalmente esta última operación. El bolchevique también quiso darle solemnidad a aquel momento diciendo: «En nombre del Comité Militar Revolucionario les anuncio a ustedes, ministros del Gobierno Provisional, que quedan arrestados».

«Los miembros del Gobierno Provisional —respondió Konoválov— se someten a este acto de violencia y se rinden para evitar efusión de sangre».

Entonces, en una esquina de la mesa, Antonov-Ovseenko, levantó acta del hecho, ante la mirada asombrada de los ministros, que no esperaban semejante respeto a las formas por parte de los «facinerosos revolucionarios».

Tras esto, Antonov-Ovseenko ordenó que se escoltara a los ministros hasta la fortaleza Pedro y Pablo. A la salida del cortejo por el patio del Palacio se oyeron algunas voces que pedían el linchamiento de los ministros,

pero la cosa no pasó de meras amenazas. La comitiva de unas cincuenta personas marchó a pie hacia la ciudadela y aún vivió un último sobresalto. En el puente Troitsky, desde un carro blindado de los insurrectos se abrió fuego por error contra el grupo y los ministros tuvieron que arrojarse a tierra con sus guardias hasta que Antonov logró hacerse reconocer y los disparos cesaron. En Pedro y Pablo, a la luz de una lámpara de petróleo, se redactó otra acta de encarcelamiento y los últimos componentes del Gobierno Provisional fueron conducidos a sus celdas en el famoso bastión Trubetskoy.

Entre tanto, en las distintas dependencias del Palacio se producían escenas de saqueo. John Reed, cronista atento de aquella jornada, que entró en el Palacio con los asaltantes, refirió: «Guardias rojos y soldados se precipitaron en el acto sobre unos grandes cajones de embalaje que se hallaban allí, saltando las tapas a culatazos y sacando de ellos tapices, cortinas, ropa blanca, vajillas de porcelana, cristalería… No habían hecho más que empezar el saqueo, cuando se dejó oír una voz: "Camaradas, no toquéis nada, no cojáis nada; todo esto es propiedad del pueblo." Y en el acto, veinte voces repitieron: "¡Alto! Volved a poner todo en su sitio; prohibido tocar nada; propiedad del pueblo." Numerosas manos se abatieron sobre los culpables… Los objetos volvieron a ser colocados mejor o peor en sus cajones, y varios hombres se encargaron espontáneamente de montar guardia. La reacción fue totalmente espontánea. En los corredores y salones, debilitado por la distancia, se escuchaba el eco de las palabras: "¡Disciplina revolucionaria! Propiedad del pueblo"».

Algunos responsables amenazaron con fusilar allí mismo al primer ladrón que encontrasen. En las puertas principales se pusieron puestos de guardia que registraron a todos los que salían. No obstante, las principales riquezas artísticas del Palacio (cuadros, tapicerías, porcelanas, colecciones de armas, etc.) habían sido enviadas ya en septiembre a Moscú. Las pérdidas fueron, pues, menos importantes de lo que muchos quisieron hacer creer.

Las escenas más vandálicas se produjeron en las bodegas, donde grupos de saltantes se dedicaron a beber y a vaciar las grandes cubas allí almacenadas. Dado que el alcohol se convirtió en una tentación irrefrenable, el CMR, terminó por enviar días después a un destacamento con dinamita que se encargó de volar las tinas.

En el II Congreso de los Soviets continuaban los debates. Tras la salida de los socialrevolucionarios de derechas y los mencheviques que habían ya abandonado la sala, tomó la palabra, en medio de estruendosos aplausos, Kamkov, el portavoz del ala izquierdista del partido socialrevolucionario. Su alocución comenzó afirmando su presencia en el Congreso y el apoyo que habían brindado a los bolcheviques en las horas precedentes, pero a renglón seguido, apostillo: «los esfuerzos contrarrevolucionarios continúan… y los bolcheviques no tienen el apoyo del campesinado, la infantería de la revolución sin la cual la revolución será destruida». Siguiendo el hilo de esta argumentación, afirmó: «la izquierda no debe aislarse de los elementos democráticos moderados, por el contrario, debe buscar un acuerdo con ellos».

Las argumentaciones continuaron hasta que un representante de los socialrevolucionarios de izquierdas exigió un descanso para debatir las posturas en el seno de su fracción. A las 2:40 a.m., el II Congreso de los Soviets, acordó un receso de media hora. Fue durante el descanso cuando finalmente Kámenev tuvo noticia de la caída del Palacio de Invierno. Reanudada la sesión, hacia las tres y diez de la madrugada, Kámenev leyó desde la tribuna de la presidencia el mensaje que acababa de serle entregado:

«El Comité Militar Revolucionario comunica: a las dos y diez, por decisión del Comité, han sido arrestados por Antonov, miembro del mismo Comité, el contralmirante Verderevsky, el Ministro de Previsión Kiškin, el Ministro de Industria y Comercio Konoválov, el Ministro de Agricultura Maslov, el Ministro de Transporte Liverovsky, el director del Ministerio de la Guerra Malinovsky, los ministros Gvozdev, Malântovich, Tretiakov, el general Borísov, el Ministro del Control de Estado Smirnov, el Ministro de Educación Salazkin, el Ministro de Finanzas Bernatsky, el Ministro del Exterior Teréschenko, el ayudante plenipotenciario del Gobierno Provisional Rutenberg, el Ministro del Interior y comunicaciones Nikitin, el Ministro del Culto Kartachev, y el ingeniero Palchinski. Los oficiales y los junkers que se encontraban en el Palacio fueron desarmados y dejados en libertad».

La atmósfera era menos tensa que antes del receso, pero tan cargada y ruidosa como en la primera parte. La oposición que aún permanecía en la sala no se daba por vencida. En cuanto Kámenev terminó de leer el acta levantada por Antonov-Ovseenko, un diputado socialrevolucionarios se colocó a su lado y exigió la liberación inmediata de los ministros.

Pero en ese momento, un hombre jadeante atravesó el salón en medio de un gran revuelo. Se trataba de un comisario del CMR que había llegado a caballo de Tsarskoie-Selo. De pie en el estrado gritó: «La guarnición de Tsarskoie-Selo está con nosotros y monta guardia sobre los accesos a Petrogrado». Las aclamaciones no se habían acallado todavía cuando un delegado del 3º Batallón Ciclista pidió la palabra para decir: «Mi unidad fue mandada desde el frente a la capital hace tres días; pero se ha detenido en Peredobnaia y ha decidido no seguir obedeciendo las órdenes del gobierno provisional».

La mayoría de la asamblea manifestó entonces su entusiasmo sin límites: hurras, gorras arrojadas al aire, aplausos...

En medio del clamor entusiasta, los mencheviques internacionalistas volvieron a plantear el proyecto de Mártov, que había sido aprobado algunas horas antes, para crear una comisión encargada de encontrar una solución pacífica a la crisis que integrara a todas las partes. Pero la asamblea, enardecida por las noticias de victoria, ya no quería prestar oídos. «¿Todavía con ésas?», les gritaban a los mencheviques internacionalistas. Los abucheos que estaba recibiendo el orador eran tan apabullantes, que Kámenev no se atrevió a someter la propuesta de nuevo a votación.

Fue entonces cuando Mártov, indignado, decidió que los mencheviques intemacionalistas abandonaran, definitivamente, el II Congreso. Con posterioridad, Suhanov, uno de ellos, reconoció el inmenso significado histórico de la marcha del Congreso por parte de los delegados de la fracción en la que él militaba. «Así terminó todo —escribió años más tarde—. Nos marchábamos, sin saber adonde ni por qué, rompiendo con el Soviet, asimilándonos a los elementos contrarrevolucionarios, rebajándonos y desacreditándonos a los ojos de las masas, destruyendo todo el porvenir de nuestra organización y de nuestros principios. Peor aún, nos marchábamos dejando completamente libres las manos a los bolcheviques, dejándoles dueños de la situación al cederles todo el ruedo de la revolución».

Desde ese momento, el II Congreso, sin oposición interna, se transformó en poder Constituyente provisional, y comenzó a asentar las bases del nuevo régimen en toda Rusia.

Kamenv desde la presidencia sometió a votación una resolución que decía:

«OBREROS, SOLDADOS, CAMPESINOS

El II Congreso de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados ha quedado abierto. Representa a la gran mayoría de soviets. Comprende también cierto número de delegados de los soviets campesinos.

Apoyándose en la voluntad de la inmensa mayoría de obreros, soldados y campesinos y en la victoria de los obreros y de la guarnición de Petrogrado, el Congreso toma en sus manos el poder.

Queda depuesto el Gobierno Provisional. La mayor parte de los miembros del Gobierno Provisional están ya arrestados.

El poder soviético propondrá una paz democrática inmediata a todas las naciones y un armisticio inmediato en todos los frentes. Procederá a entregar a los comités campesinos los bienes y propiedades territoriales de la Corona y de la Iglesia. Defenderá los derechos de los soldados y llevará a cabo la completa democratización del ejército. Establecerá el control obrero sobre la producción, asegurará la convocatoria de la Asamblea Constituyente en la fecha fijada, tomará todas las medidas necesarias para aprovisionar de pan a las ciudades y a los pueblos de géneros de primera necesidad. Asegurará a todas las nacionalidades que viven en Rusia el derecho absoluto a disponer de ellas mismas.

El Congreso decide que el ejercicio de todo el poder en las provincias quede transferido a los soviets de diputados obreros, campesinos y soldados, que deberán asegurar una disciplina revolucionaria perfecta.

El Congreso apela a la vigilancia y firmeza de los soldados de las trincheras. El Congreso de los Soviets está convencido de que el ejército revolucionario sabrá defender la revolución de los ataques imperialistas, hasta que el nuevo gobierno haya podido concluir la paz democrática que va a proponer directamente a todos los pueblos. El nuevo gobierno tomará las medidas necesarias para asegurar todas las necesidades del ejército revolucionario, mediante una firme política de requisas e impuestos sobre las clases pudientes, para mejorar la situación de las familias de los soldados.

Los kornilovistas —Kérensky, Kaledin y otros— quieren lanzar las tropas contra Petrogrado. Varios regimientos engañados por Kérensky se han pasado ya al lado del pueblo levantado.

¡Soldados! ¡Oponed una resistencia enérgica al kornilovista Kérensky! ¡Estad alerta!

¡Ferroviarios! ¡Detened los trenes de tropas enviados por Kérensky contra Petrogrado!

¡Soldados! ¡Obreros! ¡Funcionarios! ¡El destino de la revolución y de la paz democrática está en vuestras manos!

El Congreso de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados. Los delegados de los Soviets campesinos».

A las cinco de la mañana, el texto leído por Kámenev quedó aprobado casi por unanimidad. Sólo hubo dos votos en contra (los de los delegados del Partido Socialista Polaco) y doce abstenciones (las de los representantes del Partido Obrero Judío Unificado).

La gente se abrazaba, gritaba, pataleaba. Al cabo de unos minutos, Kámenev levantó la sesión y los diputados salieron en pequeños grupos del Smolny a una ciudad de comenzaba a despertarse.

En contraste con su agitadísima madrugada, aquel 26 de octubre en Petrogrado (8 noviembre) —primer día de la era soviética— transcurrió sin que aconteciera nada más espectacular. El Comité Militar Revolucionario se dedicó a consolidar su victoria: tomó posesión de todas las comisarías de policía y comenzó a organizar la vida económica de la capital, que, por lo demás, apenas sufrió perturbaciones; las tiendas estaban abiertas, los tranvías circulaban y los cines y los teatros continuaban sus representaciones.

Nada perturbó la vida de Petrogrado en aquella jornada. Los diarios aparecieron libremente. *Izvestia*, cuya redacción seguía controlada por el antiguo TSIK, el *Dielo Norodna* y la *Rabochaia Gazeta* publicaban editoriales incendiarios contra «el crimen de los bolcheviques», y las paredes de la ciudad seguían cubriéndose de carteles contradictorios. Y las autoridades militares que permanecían en Petrogrado comunicaban al Cuartel General: «Los insurrectos mantienen el orden y la disciplina. No ha habido pillajes ni pogromos; patrullas de insurrectos han detenido a los soldados que vacilaban».

El embajador de Inglaterra, Buchanan, anotó en sus memorias: «Esta tarde he salido para comprobar los destrozos que el largo bombardeo de ayer por la noche ha causado al Palacio de Invierno. Con gran sorpresa, no

he visto del lado del río, a pesar de la corta distancia desde la que se han efectuado los disparos, más que tres huellas de obús... Del lado de la ciudad, las paredes están acribilladas por millares de balas; pero ni uno solo de los obuses disparados por un cañón de campaña situado al otro lado de la plaza ha tocado el edificio».

Todo el mundo sabía en el Smolny que el Congreso de los Soviets, cuya siguiente sesión debía comenzar después del mediodía, nombraría al nuevo gobierno revolucionario.

El Comité Central del partido bolchevique se reunió hacia el mediodía para deliberar sobre este punto. La discusión fue tan larga que retrasó la apertura de la sesión del Congreso hasta las nueve de la noche. No poseemos el acta de la reunión del Comité Central, y sólo quedan los recuerdos de los principales participantes en ella.

Trotsky, en su obra, se extiende, sobre la elección de la expresión «comisario del pueblo», cuya paternidad reivindica, ya que el título de «ministro» le parecía «abyecto» a Lenin.

—«¿Cómo habrían de llamarse los miembros del gobierno? —pensó en voz alta Lenin—. Sobre todo nada de ministros. Ese título está desprestigiado en todas partes».

—«Se les podría llamar "comisarios" —propuse—; pero hay ya demasiados comisarios... Tal vez "altos comisarios"... No, "altos comisarios" suena también mal... ¿Y si dijéramos "comisarios del pueblo"?»

—«¿Comisarios del pueblo? Sí, me parece acertado... —asintió Lenin—. ¿Y el gobierno en su conjunto?».

—«Un soviet, desde luego, un soviet...».

Así nació el título oficial del primer gobierno soviético: «Consejo de Comisarios del Pueblo».

Pero la cuestión fundamental era si en el gobierno participarían los socialrevolucionarios de izquierdas que habían apoyado hasta ese momento a los bolcheviques. Los dirigentes de esa fracción, estaban reunidos en una habitación próxima, pero se negaban a entrar en un gabinete donde no estuviesen representadas las demás tendencias socialistas, a las que Lenin ponía el veto.

Tanto Lenin como Trotsky deseaban obtener la colaboración de los socialrevolucionarios de izquierda por lo que les ofrecieron varias carteras. Lenin llegó a ofrecer a María Spiridonova, ídolo del campesino pobre, participar en el Consejo de Comisarios del Pueblo, con lo que se privaría al partido SR de una prestigiosa figura. Pero la Spiridonova no se decidió a abandonar tan bruscamente su partido: «Todo lo que pueden hacer los SR de izquierdas —contestó—, es permanecer con vosotros en el Comité Militar Revolucionario con miras a una colaboración más estrecha, tan pronto conozcamos mejor vuestro programa agrario».

Sin excesivas lamentaciones, Lenin se resignó a esta nueva forma de aislamiento.

Seguidamente se pasó a la elección de los Comisarios y a la distribución de funciones. Según Trotsky, Lenin no deseaba ser jefe del gobierno, sino seguir dedicado a sus tareas de organización y dirección en el partido bolchevique, pero la mayoría del Comité Central se opuso a ello. A Trotsky, que quería ser «director de prensa y propaganda bolchevique», se le propuso para la «cartera» de Interior, de importancia capital para la consolidación del poder y la lucha contra toda tentativa contrarrevolucionaria, pero Trotsky no la aceptó. Explicó que en Rusia donde la cuestión de las nacionalidades distaba mucho de estar solucionada, y en donde los prejuicios antisemitas seguían siendo muy agudos, no era oportuno confiar el comisariado del Interior a una persona de origen judío. Por lo tanto se resignó a las funciones de Comisario de Asuntos Exteriores, que en aquellas circunstancias se les antojaba a todos los allí reunidos algo que entrañaba enormes dificultades y nadie deseaba.

Los asuntos militares fueron confiados a un trío de «especialistas». Antonov-Ovseenko debía esta reputación a su reciente experiencia como jefe insurrecional. En cuanto a sus dos colegas, Krylenko y Dybenko, el primero había sido suboficial en el ejército zarista, y el segundo alférez de navío en la flota. Pocos bolcheviques podían presumir de títulos equivalentes. Stalin asumió el comisariado de las Nacionalidades, en razón a su doble calidad de georgiano —lo que constituía una garantía para los pueblos «alógenos»— y autor de una obra que trataba sobre tan delicada cuestión.

La distribución de las funciones estatales más importantes se hizo también bajo el doble signo de la improvisación y del aprovechamiento máximo

del mínimo de personas. El relato de uno de los más altos funcionarios soviéticos de esta época, Stanislas Pestkovski, constituye un testimonio de ello. En los últimos días de octubre, Pestkovski se presentó en el Smolny solicitando responsabilizarse de alguna actividad. Al salir de los despachos de Lenin y de Trotsky a quienes había visitado, se encontró al Comisario del Pueblo de Hacienda, Stépanov, que fatigado, estaba tumbado en un diván. Al ver a Pestkovski le llamó y se pusieron a hablar. El comisario preguntó a su interlocutor qué estudios había hecho.

—«He estado en la Universidad de Londres —respondió—, entre otros he hecho un curso de economía».

Stépanov se levantó de un saltó:

—«¡Economía! —exclamó— ¡Magnífico! En este caso, te nombro director del Banco del Estado».

«Yo me quedé aterrado —contó más tarde Pestkovski— y respondí que esos problemas eran ajenos a mi especialización. Pero Stépanov, por toda respuesta, me pidió que esperara. Tras breves minutos de ausencia volvió con una hoja de papel en la que figuraba la firma de Lenin. Era mi nombramiento de director del Banco del Estado».

Finalmente once intelectuales y cuatro obreros ejercerían colegiadamente la dictadura del proletariado: Presidente: Vladimir Ilich Ulianov-Lenin. Asuntos Exteriores: León Trotsky. Interior: Rýkov. Trabajo: Šlâpnikov. Guerra y Marina: el triunvirato compuesto por Antonov-Ovseenko, Krylenko y Dybenko. Instrucción Pública y Bellas Artes: Lunacharsky. Nacionalidades: Stalin. Comercio e Industria: Noguin. Agricultura: Milûtin. Finanzas: Stépanov. Justicia: Oppokov-Lomov. Abastecimientos: Teodorovich. Correos y Telégrafos: Avilov.

Kámenev y Zinóviev no fueron admitidos en el seno del Consejo, pero el primero conservaría sus funciones de presidente del nuevo TSIK y el segundo dirigiría el órgano de los soviets *Izvestia*.

Sin duda, durante esta larga reunión, Lenin puso también a punto los dos grandes decretos sobre la paz y sobre la tierra, que luego sometería al Congreso.

La segunda y última sesión del II Congreso de los Soviets se abrió finalmente a las ocho y cuarenta minutos de la tarde. Los taquígrafos parla-

mentarios, arrebatados por la ola de los «compromiseros», como Lenin llamaba a mencheviques y socialrevolucionarios de derechas, habían desertado de sus puestos y hubo que nombrar secretarios ocasionales que, por lo demás, extraviaron las notas tomadas en el transcurso de esa histórica noche. Por eso sólo disponemos de los resúmenes reproducidos por la prensa petersburguesa.

El presidente, Kámenev comenzó dando lectura a un informe sobre las disposiciones del CMR: orden de detener a Kérensky, confiscación de los depósitos de víveres de los almacenes particulares, liberación inmediata de todos los soldados y oficiales encarcelados por actividades revolucionarias...

Luego intervinieron varios diputados, sobre todo los portavoces del Bund y de los mencheviques internacionalistas, algunos de los cuales habían decidido volver al Congreso. Terminado este primer turno se levantó Lenin para tomar la palabra, acompañado por una ovación que duró varios minutos.

Sus primeras palabras fueron: «Ahora pasemos a la edificación del orden socialista».

La primera cuestión que abordó el secretario general de los bolcheviques fue el tema de la paz que concretó en una proclama que debería publicar el gobierno que eligiese el Congreso:

«El gobierno obrero y campesino instituido por la revolución de los días 24 y 25 de octubre y apoyándose en los soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, propone a todos los pueblos beligerantes y a sus gobiernos la iniciación inmediata de conversaciones para llegar a una paz justa y democrática.

El gobierno considera como una paz justa, democrática, tal como la desea la inmensa mayoría de las clases obreras y trabajadoras, agotadas, abrumadas, martirizadas por la guerra, en todos los países beligerantes —paz que exigen resuelta y urgentemente los obreros y campesinos rusos desde la caída de la monarquía zarista—, una paz inmediata, sin anexiones (es decir, sin conquistas de territorios extranjeros, sin la incorporación violenta de pueblos extranjeros por la fuerza) y sin indemnizaciones.

Esta es la paz que propone el gobierno de Rusia a todos los pueblos beligerantes. El gobierno se declara dispuesto a realizar sobre la marcha, sin la menor demora, todas las gestiones decisivas hasta la ratificación de-

finitiva de todas las condiciones de esta paz por las asambleas plenipotenciarias de representantes designados por los pueblos de todos los países y de todas las naciones.

Por anexiones o conquistas de tierra extranjera, el gobierno entiende toda incorporación a un Estado grande o poderoso de una nacionalidad pequeña o débil, si el acuerdo y el deseo de esta nacionalidad no ha sido expresado con precisión, claridad y de buen grado, independientemente de la época en que esta incorporación violenta haya sido efectuada, independientemente también del nivel de desarrollo o atraso de la nación anexionada por la fuerza o retenida por la fuerza dentro de las fronteras del Estado en cuestión; independientemente, en fin, de que esta nación se encuentre en Europa o en lejanos países de ultramar.

Si una nación es mantenida por la fuerza dentro de las fronteras de un Estado determinado, si, a pesar del deseo por ella expresado —bien sea a través de la prensa, en las asambleas populares, en las resoluciones de los partidos o por medio de motines e insurrecciones contra la opresión nacional—, no se le concede el derecho de decidir mediante libre votación, sin la menor presión, después de la evacuación total del ejército de la nación conquistadora o en términos generales más poderosa, la cuestión de las formas de su existencia política, entonces su unión es una anexión, es decir, una conquista y un acto de violencia».

Este texto iba a tener un largo recorrido en la historia del siglo, ya que planteaba de modo explícito el problema nacional. Los movimientos por la independencia o por la integración, que se producirán durante el siglo XX, tendrán los principios aquí expresados como referencia para argumentar sus pretensiones frente a los Estados ya constituidos. Las luchas por la descolonización que se sucederán a lo largo de la centuria verán en las tesis bolcheviques una referencia explícita a sus reivindicaciones y una negación tajante del imperialismo. En ese sentido, el decreto sobre la paz inmediata va a tener mucha más repercusión de la que en un principio se podría esperar del final del conflicto. Si para los combatientes la consecución de la paz era apremiante, a largo plazo, tal y como se formulaba en la proclama, la cuestión nacional iba a cobrar mayor trascendencia que el mismo cese de las hostilidades.

El decreto continuaba revolucionando los principios de las relaciones exteriores al proclamar la abolición de «la diplomacia secreta» y la anulación

de todos los tratados secretos. El texto afirmaba que: «Se concluirán abiertamente acuerdos de paz públicos, después de los cuales no habrá tratados internacionales privados, sino una diplomacia que actuará siempre francamente a la vista de todos». La originalidad de los bolcheviques no consistía en denunciar estas fórmulas. La audacia de su política, descansaba en que pasaban, sin más preámbulos, a ponerlas en práctica.

El decreto terminaba con un llamamiento al proletariado: «El gobierno provisional de obreros y campesinos de Rusia se dirige también, en particular, a los obreros conscientes de las tres naciones más avanzadas de la humanidad, de los tres Estados más grandes envueltos en la guerra actual: Inglaterra, Francia y Alemania. Los obreros de estos países han rendido los mayores servicios a la causa del progreso y del socialismo... Estamos seguros de que esos obreros, por su actividad múltiple y decisiva, por su energía sin reservas, nos ayudarán a llevar con éxito hasta el final la obra de la paz y, al mismo tiempo, la obra de liberación de las masas trabajadoras y explota das de toda esclavitud y toda expoliación».

Los asistentes a la sesión aplaudieron largamente la perorata. Después, el portavoz de cada grupo político subió a la tribuna. Prudentemente se había limitado el tiempo de las intervenciones de cada uno a quince minutos. Las únicas críticas las formularon los mencheviques internacionalistas, y los socialistas polacos, y no fueron para rechazar lo expuesto, sino para condicionar su voto favorable, a la formación de un gobierno de coalición.

La votación se celebró a mano alzada y sólo hubo un voto en contra. La proclama se convertía así en decreto.

Todos los asistentes, puestos en pie, entonaron *La Internacional*. John Reed, nos narra como un joven obrero que estaba cerca de él gritaba con el rostro radiante: «"¡La guerra ha terminado! ¡La guerra ha terminado!" Después, como seguíamos de pie en un silencio embarazoso, alguien gritó: "¡Camaradas! ¡Recordad a los que han muerto por la libertad!" Entonamos entonces el *Caíste como una víctima*, canto majestuoso, melancólico y triunfante a la vez, tan ruso, tan emotivo...».

Al sentarse los diputados, Lenin tomó nuevamente la palabra para abordar la otra gran cuestión que había gravitado sobre todo el pueblo ruso durante siglos y que había cobrado una urgente actualidad desde la revolución de febrero, la cuestión de la tierra.

En este caso la exposición hecha por Lenin se articuló en una serie de disposiciones concretas.

Primero: La gran propiedad sobre el suelo se declara inmediatamente abolida, sin ninguna indemnización.

Segundo: Las propiedades de los terratenientes, así como las tierras de la Corona, los conventos, la Iglesia, con todos sus ganados y aperos, sus edificios y dependencias, pasan a depender de los comités agrarios comarcales y de los soviets de diputados campesinos de distrito, hasta la Asamblea Constituyente.

Tercer: Todo detrimento causado a los bienes confiscados, que desde ahora pertenecen a todo el pueblo, queda declarado delito grave, que castigarán los tribunales revolucionarios...

Cuarto: El mandato imperativo campesino adjunto a este decreto, con arreglo al texto fijado por la redacción de *Izvestia* del soviet de diputados campesinos de Rusia, basado en 242 mandatos campesinos, y publicado en su número 88 (19 de agosto de 1917), deberá servir de guía en todas partes para la realización de las grandes transformaciones agrarias, hasta que la Asamblea Constituyente decida en última instancia.

A renglón seguido se enumeraban todos los epígrafes del mencionado texto.

Las tierras de los simples campesinos y de los simples cosacos no serán confiscadas».

El derecho a la propiedad privada sobre la tierra queda abolido para siempre... Toda la tierra pasa a ser propiedad de todo el pueblo, concedida en usufructo a quienes la trabajan...

La tierra de los cercados, en la ciudad y el campo, comprendidas las huertas, quedan en usufructo de sus actuales propietarios...

Las remontas, los establecimientos de cría de ganado, etc., serán confiscados y pasan al disfrute exclusivo ya sea del Estado, ya de las comunidades, según su dimensión e importancia.

Todo el ganado y los aperos de las tierras confiscadas pasarán al disfrute exclusivo del Estado o de las comunidades... La confiscación del ganado no atañe a los pequeños cultivadores.

Queda prohibido el trabajo asalariado...

El disfrute de la tierra deberá ser igual para todos, es decir, la tierra se repartirá entre los trabajadores, teniendo en menta las condiciones locales y con arreglo a la norma de trabajo o de consumo de los trabajadores. Las formas de disfrute de la tierra serán enteramente libres; podrán crearse economías individuales, granjas, comunidades o árteles (cooperativas) tal como sea decidido por las comunidades y aldeas.

Toda la tierra pasa al fondo agrario nacional. Su reparto entre los trabajadores será organizado por los órganos locales y centrales de gestión autónoma... El fondo agrario queda sometido a repartos periódicos, según el incremento de la población y la elevación del nivel de productividad y de cultivo de la explotación agrícola...».

Así, en lugar de la explotación colectiva del suelo, los bolcheviques aceptaban la explotación individual o una explotación familiar periódicamente redistribuida. Todas estas disposiciones tenían su origen en el programa del partido socialrevolucionario, que reprochaba a los bolcheviques el haberselo robado. Lenin respondió que debían recriminarse a sí mismos por no haberlo realizado cuando detentaban el poder. Esta réplica clausuró la discusión sobre el problema agrario.

No obstante, lo que Lenin estaba sometiendo a votación se apartaba totalmente del programa marxista en materia agraria, por cuanto en el decreto se establecía el reparto de la tierra y no su socialización. Como Lenin sabía muy bien las objeciones que le podían formular muchos bolcheviques por no aplicar el programa propio que establecía la inmediata colectivización de la tierra, se anticipó explicando el porqué de esta medida:

«Dicen que el decreto y el mandato han sido establecidos por los socialrevolucionarios. De acuerdo. No importa quién los haya establecido; pero nosotros, como gobierno democrático, no podemos eludir las decisiones tomadas por las capas populares, aunque no estemos de acuerdo con ellas...».

La sesión se suspendió entonces para que cada grupo deliberase separadamente sobre lo propuesto. A las dos de la madrugada, todos los diputados regresaron a la sala y se pasó a votación. El Congreso se contentó con adoptar casi unánimemente —un solo voto en contra y ocho abstenciones— el «decreto sobre la tierra».

Eran las dos y media de la madrugada cuando Kámenev, escuchado en medio de un profundo silencio, dio lectura al decreto elaborado por el Comité Central sobre la formación del nuevo gobierno. Cada nombre de Comisario del Pueblo fue saludado con aclamaciones.

Todos los Comisarios del Pueblo eran miembros del partido bolchevique y de los trece, siete eran miembros del Comité Central.

Después de leer Kámenev la lista de los nuevos Comisarios, se entabló una larga y vehemente discusión durante tres horas.

Avilov, periodista menchevique, desde su puesto, interrogó al nuevo gobierno: «¿Podréis resolver solos los grandes problemas? ¿Podréis dar pan al pueblo? La revolución es imposible en Alemania mientras dure la guerra. El aislamiento será fatal a Rusia y a la revolución. Acabo de enterarme de que los embajadores aliados se disponen a salir del país y que vosotros no seréis reconocidos ni en Londres, ni en París, ni en Berlín, ni en Washington. Se están formando comités para la salvación nacional en todo el país. Sólo un gobierno de coalición socialista puede salvar la revolución».

Karelin, SR de izquierdas, también protestó contra el gobierno monocolor: «Nuestro partido —dijo— se ha negado a entrar en el Consejo de Comisarios del Pueblo porque no queremos separarnos para siempre de esta parte de las fuerzas revolucionarias que han abandonado el Congreso... Sólo podemos apoyar un gobierno de coalición socialista». Y terminó denunciando «la conducta tiránica de los bolcheviques, que se apoderan de todos los puestos de Comisarios del Pueblo y prohíben los diarios socialrevolucionarios».

Trotsky fue el encargado de responderles. «Vuestros temores de aislamiento son absurdos. Para no aislaros de los partidos pretendidamente revolucionarios os apartáis del pueblo. ¡Somos nosotros, a quienes llamáis aislados, los que tenemos junto a nosotros las masas, y vosotros, que sólo soñáis en la coalición de un frente común, los que estáis solos! El que persigue la sombra de esa coalición se aísla de la vida, definitivamente. Todo grupo que se oponga al partido del proletariado, al que se han adherido los elementos pobres del campo, se aísla de la revolución».

Al abordar el problema de la paz y del decreto, que Avilov había calificado de quimérico, el presidente del Soviet de Petrogrado, que ya hablaba como futuro Comisario del Pueblo para los Asuntos Exteriores, dio su in-

terpretación personal: «No esperamos influir en los gobiernos imperialistas con nuestros manifiestos; no obstante, como estos gobiernos existen, no podemos ignorarlos. Pero tenemos plena esperanza de que nuestra revolución provocará la revolución europea. Si los pueblos de Europa levantados no aplastan el imperialismo, nosotros seremos aplastados, es indudable».

Kámenev aún concedió la palabra a un representante del poderosísimo Vikjel. Un hombre fornido, de hosco semblante, con el uniforme de ferroviario —pantalón bombacho de paño oscuro, botas negras y gorro de pieles—, lanzó una verdadera bomba: «El Vikjel me encarga comunicaros la decisión del sindicato. Negamos todo apoyo a los bolcheviques si persisten en aislarse del resto de la democracia. Sabedlo bien, camaradas; sin nosotros, no podéis nada, ni contra Kornilov, ni contra Kérensky. Sé que habéis mandado destacamentos para poner fuera de uso las vías en los aledaños de la capital. Nos hemos reído del trabajo de vuestros destacamentos. Todo lo que han hecho podemos repararlo en veinte minutos. El Vikjel ha decidido que ningún transporte de tropas tenga lugar sin su aprobación».

El discurso era una declaración de guerra del Vikjel a los bolcheviques, y esta temible amenaza conmovió al Congreso, pero no le hizo variar de decisión.

La moción presentada por Avilov aún reunió unos ciento cincuenta votos. Todos los demás diputados aprobaron la formación del Consejo de Comisarios del Pueblo tal y como había sido propuesta. No obstante, la elección del nuevo TSIK dejó la puerta abierta a una ampliación ministerial. El escrutinio se llevó a cabo de acuerdo con el sistema proporcional. Entre los cien miembros elegidos hubo sesenta y dos bolcheviques, veintinueve SR de izquierda, seis social-demócratas internacionales y cuatro de varios partidos.

A las cinco de la mañana, Kámenev declaró clausurado el II Congreso de los Soviets de toda Rusia. Lunacharsky, que se encontró con Suhanov en los pasillos, le dijo: «Son acontecimientos de alcance mundial. Nuestros nietos se inclinarán ante su grandeza».

Lenin se retiró a descansar a una pieza del Instituto Smolny, donde se acostó sobre el suelo, al lado de Trotsky, al que le susurró en alemán: *Es schwindelt*, (La cabeza me da vueltas).

Pocas horas después en París, Basily Maklakov, de frac, llegaba al Quai d'Orsay, desde donde acompañado con Louis Barthou, Ministro francés de exteriores, se dirigirían al Elíseo para presentar credenciales. Pero la noticia de lo ocurrido ya había llegado a la capital francesa. En medio de un mar de confusas notas de prensa se informaba que en Petrogrado la Bolsa se estaba desplomando. Maklakov, supo entonces que él no representaba a la nueva Rusia y renunció a acreditarse ante el presidente de la república francesa. Maklakov decidió volver a su hotel en la calle de Grenelle, tal vez, meditando sobre la magnitud de lo que acababa de suceder. La Rusia soviética acababa de nacer para el mundo.

XI
La colina de Pulkovo
Las primeras resistencias

Los bolcheviques habían hecho la Revolución sin apenas violencia, pero afianzarla frente a sus enemigos iba a costarles torrentes de sangre y fuego.

La primera manifestación de resistencia se dio el mismo día 26 de octubre cuando la burocracia funcionarial se declaró en huelga. Esos funcionarios, a los que Lenin llamaba los rábanos, «rojos por fuera y blancos por dentro», apoyados financieramente por la banca, lograron que buena parte de la administración secundara la huelga, negando toda ayuda al nuevo poder. En Petrogrado, la mayor parte de los empleados de los ministerios siguieron el paro y los funcionarios municipales de Moscú y Petrogrado hicieron lo propio.

Los jefes de los sindicatos ferroviarios y de carteros ordenaron que cesase toda colaboración con el poder «usurpador», así el Smolny no recibió ni correo, ni telegramas, mientras que los funcionarios de los ministerios, bancos y administraciones centrales abandonaban sus puestos.

Cuando Šlâpnikov, nombrado Comisario de Trabajo, llegó a su ministerio, los funcionarios presentes se negaron a indicarle dónde se hallaba su despacho. La huelga dio lugar a numerosos incidentes. Alexandra Kollontai al frente de la Asistencia Pública, se encontró con que sólo una minoría de empleados seguía en su puesto. El edificio no tardó en verse invadido por una multitud de indigentes que reclamaban la ayuda de la administración. «Con lágrimas en los ojos», Alexandra Kollontai hizo detener a los huelguistas hasta que entregaran las llaves de los despachos y de las cajas de caudales. Una vez devueltas las llaves, se advirtió que la antigua responsable, la condesa Panina, se había marchado con los fondos, y se negaba a devolverlos sin orden expresa de la Asamblea Constituyente».

Enviado por el CMR al Ministerio de Asuntos Exteriores para conocer los famosos tratados secretos firmados por Rusia y sus aliados antes y durante la guerra, los funcionarios de aquél ministerio pusieron a Uritsky de paptitas en la calle, lo que obligó a intervenir al mismo Trotsky, que fue a su vez objeto de un trato que el periódico socialrevolucionario de derechas *Dielo Norodna* relató en su número del 28 de octubre: «El nuevo "Ministro" Trotsky se presentó ayer en el ministerio de Asuntos Exteriores. Después de reunir a todos los funcionarios declaró: "Yo soy el nuevo Ministro de Asuntos Exteriores, Trotsky". Fue acogido con risas irónicas, a las que no prestó atención y ordenó a todo el mundo que volviera al trabajo. Todos se retiraron... pero fue para marcharse a sus domicilios, bien decididos a no reintegrarse a sus puestos mientras Trotsky continuara al frente del ministerio».

La situación venía a ser la misma en el Banco del Estado, donde el gobierno de Lenin, al solicitar 35 millones de rublos, el cajero cerró las cajas fuertes y afirmó que sólo libraría pagos al Gobierno Provisional. Como los empleados se negaban a trabajar, hubo que reemplazarlos sin demora. El periodista estadounidense, Reed, vio en esa ciudadela del capitalismo ruso a «obreros voluntarios, soldados, marinos, con la lengua fuera, sudando tinta, en su empeño por desvelar el misterio de aquellos grandes libros». Análoga acción de resistencia pasiva se dio en la Agencia Telegráfica, por lo que Petrogrado quedó incomunicada con el exterior.

Aunque el Consejo de Comisarios del Pueblo ordenó el fin de la huelga, ésta prosiguió varias semanas, mientras duró la esperanza del hundimiento inminente de los bolcheviques. Los huelguistas tenían cubiertas sus necesidades materiales, gracias a que banqueros y hombres de negocios peters-

burgueses les habían anticipado una mensualidad y sólo pusieron fin a su movimiento cuando la derrota militar de Kérensky se manifestó incuestionable y se les amenazó con perder sus puestos de trabajo.

La resistencia política al nuevo orden estaba siendo organizada por el Comité para la Salvación del País y de la Revolución, que había asentado su sede en la Duma municipal. Diputados del Preparlamento disuelto, ex miembros del TSIK y oficiales leales al Gobierno Provisional habían entrado masivamente en el Comité, inicialmente constituido por la municipalidad. Los ministros socialistas liberados, Nikitin, Malântovich y Gvozdev, apoyaban la huelga de los funcionarios, que paralizaba a dieciséis ministerios y a todos los Bancos. Mientras el viejo general Alekseev organizaba reuniones secretas llamando a las unidades de la guarnición a derribar al nuevo gobierno.

El mismo día 26, el Comité para la Salvación del País y la Revolución hizo distribuir un manifiesto y pegar unos carteles que decían:

«A LOS CIUDADANOS DE RUSIA

El 25 de octubre los bolcheviques de Petrogrado, contrariamente a la voluntad de las masas revolucionarias, han detenido criminalmente a parte del Gobierno Provisional, dispersado el Consejo de la República (Preparlamento) y proclamado un poder ilegal... Al asegurar la continuidad del único poder gubernamental legal, el Comité para la Salvación del País y de la Revolución, instituido formalmente la noche del 25 de octubre, toma la iniciativa de formar un nuevo Gobierno Provisional. Este gobierno, apoyándose en las fuerzas de la democracia, conducirá al país a la Asamblea Constituyente y lo salvará de la anarquía y la contrarrevolución. El Comité para la Salvación del País y de la Revolución apela a vosotros, ciudadanos:

¡Negaos a reconocer la autoridad de la violencia!

¡No obedezcáis sus órdenes!

¡Alzaos en defensa del país y de la revolución!

¡Apoyad al Comité para la Salvación del País y de la Revolución!

Firman: el Consejo Provisional de la República, la Duma municipal de Petrogrado, el TSIK del I Congreso de Diputados Obreros y Soldados, el Comité Ejecutivo Central de los Soviets campesinos, las fracciones SR, menchevique, socialista-popular, socialdemócrata unificado y el grupo *Edinsvtvo*».

Ese mismo Comité envió a los cuarteles una decena de propagandistas, y en los barrios burgueses contribuyó a organizar una milicia para defensa de los inmuebles. Los propietarios e inquilinos armados formaban rondas y turnos de guardia.

En la sala Alejandro del ayuntamiento de la capital, cuyas galerías estaban atestadas, Avkséntiev pronunció una violenta diatriba contra el ala izquierda de su partido. Reprochaba a María Spiridonova el haber tomado sola la decisión de mantener su fracción en el seno del CMR, y propuso excluir del partido el ala que representaba al campesinado pobre.

La resistencia militar se sumaba a la resistencia política y se organizaba en dos frentes. En el interior, el general Alekseev actuaba en alguna parte de Petrogrado, y en Pskov, Cuartel General del frente Norte, lo hacía Kérensky.

Tras su salida del Palacio de Invierno el 25 de octubre, para buscar refuerzos, Kérensky llegó a Pskov a las nueve de la noche. Allí, por boca del menchevique Vojtinsky, comisario del Gobierno Provisional en el frente Norte, se enteró de que acababa de formarse un Comité Militar Revolucionario en la ciudad, y que el comandante del frente Norte, el general Cheremissov estaba conferenciando con él. Vojtinsky le informó también a Kérensky de que Cheremissov, unas horas antes, había cancelado la orden de enviar tropas a Petrogrado.

Finalmente, cuando Kérensky pudo entrevistarse con Cheremissov, éste le confirmó que no estaba dispuesto a proporcionarle ninguna ayuda militar y le aconsejó que se dirigiera al Cuartel General de Mohilev, a trescientos cincuenta kilómetros al sur de Pskov, y a más de quinientos kilómetros de Petrogrado. La casualidad hizo que al salir del despacho de Cheremissov, Kérensky se encontrase con el general Krasnov, comandante del III Cuerpo de Caballería cosaca, que llegaba de Ostrov, sede de la comandancia de su unidad. Kérensky y Krasnov se pusieron en seguida de acuerdo, y a pesar de que el III Cuerpo de Caballería había participado, hacía menos de dos meses, en el golpe de Kornilov, decidieron dirigirse, sin perder ni un segundo, a Ostrov donde estaban acuartelados los cosacos, con la intención de marchar después sobre Petrogrado.

Krasnov dedicó toda la mañana del 26 de octubre a agrupar las tropas, pero no pudo reunir más seiscientos hombres y algunas piezas de artillería. Por la tarde, cosacos y cañones embarcaron en un tren; no sin dificultades, ya que los ferroviarios y los soldados de la guarnición realizaron una obs-

trucción sistemática. Kérensky, suplicaba a Krasnov que, costase lo que costase, diera la orden de salida, para escapar a los agitadores que, cada vez más numerosos, acudían a los andenes a invectivarle a través de las ventanillas de su vagón y a disuadir a las tropas de que luchasen contra los obreros. Krasnov se decidió por fin a confiar la locomotora al jefe de su guardia personal, un ex maquinista de segunda, y a dos cosacos. A las tres de la tarde, el convoy se puso en marcha, pasó por Pskov y avanzó a todo vapor en dirección a Gatchina.

Mientras tanto, Kérensky enviaba telegrama tras telegrama al Cuartel General de Mohilev, anunciando su marcha hacia la capital y reiterando sus órdenes sobre el envío de refuerzos en hombres y municiones. Contaba con el apoyo del general Duhonin, jefe del Estado Mayor del Ejército, si bien el apoyo de éste no implicaba en absoluto el de la tropa.

Cuando al día siguiente la pequeña expedición de Krasnov y Kérensky llegó a la estación de Gatchina, una población de diez mil habitantes situada a cuarenta y cinco kilómetros de Petrogrado, la guarnición estaba dominada por los bolcheviques. Destacamentos de guardias rojos y de soldados habían llegado la víspera, procedentes de la capital. Sin embargo, unos cañonazos, y la amenaza de los seiscientos cosacos, permitió a Krasnov ocupar la ciudad abandonada apresuradamente por sus defensores.

Kérensky se instaló en el palacio de Catalina II, y continuó su febril actividad en busca de refuerzos. Recibió algunas promesas, algo más numerosas y precisas que la víspera: «El 4° Regimiento de sitio llegará al amanecer del 29», «expedimos una batería ligera hacia Luga», «la III División de Finlandia está en camino»... Pero todo se redujo a varios escuadrones y un tren blindado que llegaron a Gatchina al caer el día, para unirse a los cosacos de Krasnov.

Dos emisarios de la Unión de Cosacos, procedentes de Petrogrado, llegaron también al palacio de Gatchina, enviados por Alekseev que organizaba la resistencia en Petrogrado. El 1°, 2° y 14° Regimientos Cosacos estaban dispuestos a unirse a las tropas de Krasnov en cuanto se aproximaran a la capital. Polkóvnikov y Gots estaban en contacto con los junkers de la ciudad dispuestos para el combate.

Kérensky no tuvo inconveniente en revelar a los emisarios cual era su plan: «Mañana, tomaremos Tsarkoie-Selo y después entraremos en Petro-

grado. La ciudad deberá sublevarse cuando las tropas estén a las puertas de la capital. Sé que los bolcheviques movilizan a sus guardias. Pero no son más que paisanos armados, inexpertos, sin cuadros y sin artillería».

En Gatchina, Kérensky encontró un arma de la que no esperaba disponer. En la pequeña población había una escuela aeronáutica con dos aviones. El Presidente del extinto Gobierno Provisional dispuso rápidamente que los aparatos fueran cargados con octavillas que se arrojarían sobre Petrogrado. Una lluvia de papel cayó sobre la perspectiva Nevsky llamando a revelarse contra el gobierno de los Comisarios del Pueblo con una proclama que reflejaba la retórica a la que Kerensy era tan aficionado: «Nos, presidente del gobierno... Gatchina ha sido tomada por los regimientos leales a la Patria... Ordenamos a todas las tropas del distrito... Las tropas del CMR se baten en retirada...». Sin embargo, uno de los aparatos no pudo arrojar semejante arenga ya que tuvo que realizar un aterrizaje forzoso en pleno campo.

Pero Kérensky sabía que debía actuar con celeridad, y esa misma noche instó a Krasnov para que marchase sobre Tsarkoie-Selo antes de que los bolcheviques tuvieran tiempo de establecer una línea de frente. El general cosaco, con buen criterio, se negó. Era mucho más prudente esperar a los refuerzos prometidos por Duhonin, que debía llegar aquella misma noche, y comenzar la marcha al amanecer.

Al alba, Krasnov y sus cosacos se pusieron en marcha en dirección a Tsarkoie-Selo, a sólo veinte kilómetros de Petrogrado. La guarnición de la ciudad del zar contaba con dieciséis mil hombres a quienes la confusión política había tornado vacilantes. La infantería soviética intentó resistir en el arrabal sur, pero tras un tiroteo simbólico, refluyó hacia el parque del palacio imperial. Krasnov, pensaba apoderarse de Tsarkoie sin lucha, y había instado a Kérensky a que le esperase en Gatchina.

Los cosacos, antes de adentrarse por las calles de una ciudad cuyas defensas desconocían, esperaron el resultado de las negociaciones entabladas por Sávinkov, con la guarnición a la que se había repartido octavillas en el mismo tono que las arrojadas sobre la capital. «Vosotros salvaréis a Petrogrado de la tiranía, de la anarquía, del hambre; salvaréis a Rusia de la vergüenza indeleble a la que la expone un puñado de ignorantes, comprados con el oro del emperador Guillermo... El frente considera a esos criminales con horror y desprecio. Sus pillajes, sus asesinatos, el estilo germánico de

tratar a sus víctimas, abatidas pero no vencidas, han desviado de ellos al pueblo entero».

Pasaron varias horas en vanas discusiones, mientras Kérensky, privado de informaciones, se indignaba en su palacio por la lentitud de las operaciones.

Tras apoderarse los cosacos del barrio meridional, la ciudad de Tsarkoie-Selo se convirtió en un inmenso mitin. Los oficiales de la guarnición arengaban a sus hombres: «poneos al lado de la legalidad», les decían, mientras los propagandistas bolcheviques replicaban leyendo los decretos sobre la paz y la tierra. Los debates duraron hasta la tarde. Finalmente, el mismo Kérensky, que arrebatado por la impaciencia se había desplazado a Tsarkoie-Selo, intervino dando la orden de ataque. Cuando sonaron los primeros disparos, los soldados de la guarnición corrieron a sus cuarteles donde, enfilados por los cañones de Krasnov, optaron por la neutralidad, mientras que las tropas del CMR abandonaban la población sin ofrecer seria resistencia.

La victoria fue tanto más brillante cuanto que la imponente guarnición de la ciudad había manifestado hasta entonces ideas netamente bolcheviques. Kérensky estaba exultante. Henchido de radiantes esperanzas, el Presidente del Gobierno Provisional veía brillar a lo lejos las luces de la capital cuando decidió volver a Gatchina para pasar la noche antes del ataque final.

Pero en Petrogrado la contrarrevolución estaba siendo aplastada.

El Comité para la Salvación del País y de la Revolución, no había tenido reparos en tomar contacto con Purichkevich, que gozaba de gran prestigio entre los oficiales más reaccionarios del antiguo régimen. Esta colusión entre las fuerzas más retrogradas y prozaristas, con aquellos que decían defender la revolución, sólo es significativa en el plano político para evidenciar el amplio frente conservador que se iba a enfrentar a los bolcheviques. Sin embargo, durante aquellas turbulentas jornadas que vivió Petrogrado apenas tuvo una repercusión eficaz.

Los monárquicos vieron en el Comité su oportunidad para rearmarse. Su jefe, Vladimir Purichkevich, el verdadero asesino de Rasputín, seguía en libertad. Con su hermano Mihail, ex funcionario del Ministerio del Interior, se había refugiado al principio en el Hotel del Norte; pero, una noche, el establecimiento fue cercado por guardias rojos, y Purichkevich se ocultó con otro nombre en el Hotel Rossia, muelle de la Moika, 50, en pleno centro

de la ciudad. La conjura monárquica, aunque agrupaba a algunos oficiales, entre ellos un noble que se decía duque de Chátillon, barón de Baudet, era débil. Su estado mayor, no más de cinco personas, acuartelado en el Rossia, no tardó en ser desarticulado en una acción que se podría calificar como policial. Al anochecer del 29 de octubre, un destacamento de la Guardia Roja rodeó el Hotel Rossia y terminó deteniendo al mismo Purichkevich.

Pero quien realmente tenía el poder de influir sobre sectores de la guarnición para combatir al gobierno bolchevique era el Comité para la Salvación del País y de la Revolución, que seguía reunido en el ayuntamiento de la ciudad.

Finalmente, guardias rojos rodearon la Duma municipal, que estaba protegida por estudiantes y oficiales con brazaletes blancos, a fin de apoderarse de los llamamientos impresos por el Comité. Un auto blindado se situó frente al edificio, mientras el bolchevique Riâzanov, instaba por última vez, al alcalde Schreider a reconocer al gobierno bolchevique, pero el viejo alcalde SR se negó, aunque tras la marcha de Riâzanov comunicó a los reunidos que el edificio podía ser asaltado en cualquier momento. No obstante, el ayuntamiento no fue ocupado, los mismos concejales bolcheviques fueron reorientando la situación. Conforme se iban recibiendo noticias del fracaso de la intentona protagonizada por los junkers, el mismo alcalde fue adoptando una postura de neutralidad expectante.

Sin embargo, los delegados del Comité para la Salvación del País y la Revolución continuaban actuando en los acantonamientos y lo hacían en paralelo a los comisarios del CMR. Los junkers dejados en libertad bajo palabra tras la toma del Palacio de Invierno, no tardaron en traicionar la promesa dada y en tomar de nuevo las armas para combatir a los bolcheviques. La unidad de los *broneviks*, tropas con vehículos blindados cuyo papel podía ser determinante, debatían en su cuartel que postura debían adoptar. Ante dos mil soldados, intervino un delegado del Comité de Salvación encaramado un auto blindado, y pareció convencerlos, pero la intervención de Krylenko, alegando que la revolución les pertenecía, y no debían dejársela arrebatar, los decantó finalmente al lado del nuevo gobierno.

Todos los movimientos del Comité, iban encaminados a aunar las fuerzas que podían operar en el interior de la ciudad con las unidades que se acercaban a la capital. Boris Sávinkov se había encargado de establecer el

enlace con el general Krasnov, con miras a sincronizar el alzamiento en Petrogrado con el ataque de los cosacos.

La noche del 26 al 27 de octubre, una patrulla de Pedro y Pablo había capturado a dos junkers que salían precipitadamente del palacio contiguo al de la Kschessinskaya, que desde julio estaba en poder de los Caballeros de San Jorge. En el camino de la ciudadela, uno de los prisioneros intentó desembarazarse de un papel. El jefe del destacamento descubrió en la hoja el plan de ataque de los blancos: ocupación del picadero Miguel y de las centrales telegráficas y telefónicas, recuperación de la fortaleza y asedio del Smolny. Estos puntos estratégicos deberían ser tomados simultáneamente el 29 de octubre, cuando Kérensky entrase en la ciudad. Blagonravov, avisado, transmitió inmediatamente el plan interceptado al CMR, que se apresuró a tomar las medidas oportunas.

El domingo, 29 de febrero (11 de noviembre). Poco antes del cambio de guardia, soldados del regimiento Semenovsky acudieron a su puesto en la Central de Teléfonos de la calle Morskaia, dando el santo y seña convenido. Unos minutos más tarde, todos los centros operativos del nuevo gobierno quedaron privados de comunicación telefónica. Los ocupantes del Smolny se interrogaban sobre el origen de esos cortes generalizados en todo Petrogrado. Muy pronto se dedujo que los junkers sabían el santo y seña, se habían puesto el uniforme de un regimiento leal a los bolcheviques y habían tomado posesión de la Central Telefónica sin tener que disparar un tiro. Cuando Antonov-Ovseenko, acudió a inspeccionar el puesto poco después del relevo, fue rodeado por los junkers y encerrado en las oficinas. Desde esta pieza oyó el violento tiroteo que se entabló entre los cadetes y la verdadera guardia del regimiento Semenovsky, que costó la vida a varios bolcheviques.

Las operaciones se iban desarrollando en la capital en espera de la llegada de los cosacos de Krasnov. El picadero Miguel fue atacadopor los junkers que recuperaron cinco valiosos autos blindados. Avkséntiev y Gost se apresuraron a publicar un parte oficial de victoria, anunciando que el conocido socialrevolucionario Chernov, vuelto de su Georgia natal, se había unido a Kérensky en el frente interior.

El CMR preparó una réplica fulgurante, hizo cercar la Central de Telefónica por marineros de Kronstadt y del *Aurora*, que en seguida levantaron

barricadas de protección. Pavel Malkov, requisó un tranvía, y obligó al conductor a dirigirse hacia Pedro y Pablo, allí enganchó al vehículo un cañón destinado al sitio de la calle Morskaia. No obstante, la orden de recuperar el edificio no excluía la eventualidad de negociaciones a fin de garantizar la vida de Antonov Ovseenko.

Podvojsky también hizo rodear los tres principales acantonamientos de junkers: las Academia Pavlosky, la Academia Vladimir, y Academia de Artillería Mihailovsky. Deseosos de evitar la efusión de sangre, los soldados, marineros y guardias rojos que habían ocupado los aledaños de la Academia Vladimir mandaron dos parlamentarios con bandera blanca para entregar un ultimátum al comandante. Pero, llegados al centro del patio, los dos negociadores fueron abatidos por una ráfaga de ametralladora. La indignación incitó a los sitiadores a una feroz represión. Tres piezas de artillería y un coche blindado fueron emplazadas frente a la gran entrada del cuartel, y sus fachadas comenzaron a ser barridas por un fuego intenso. Docenas de junkers murieron empuñando las armas en medio del estruendo de los obuses. El comandante de la Academia Vladimir hizo una desesperada llamada telefónica a los cosacos de la guarnición, pero los cosacos no se atrevían a salir de sus acuartelamientos porque dos cañones apuntaban a las puertas del cuartel.

La Academia Vladimir resistió casi todo el día, pero aprovechando las brechas practicadas en los muros por los obuses, los asaltantes terminaron por invadir el patio. Aunque banderas blancas aparecieron en las ventanas de la escuela, muchos de los cadetes fueron traspasados por las bayonetas. El sitio terminó sobre las tres y media de la tarde. Los supervivientes, formados en pequeños grupos, fueron conducidos a pie, fuertemente escoltados, hacia la fortaleza Pedro y Pablo, pero ocho de ellos, agarrados por la multitud, fueron linchados.

Hacia las cuatro de la tarde, la resistencia de los blancos, profundamente afectada por el sangriento fracaso de la Academia Vladimir, se debilitó casi en todas partes. No lejos del Campo de Marte, en la Academia de Ingenieros, donde la contrarrevolución había instalado su cuartel general tras abandonar el Ayuntamiento, reinaba gran desorden desde la partida del coronel Polkonikov, misteriosamente desaparecido a media tarde. La suerte de la rebelión estaba en manos de mandos poco experimentados, principalmente de jóvenes cadetes incapaces de coordinar un plan de conjunto.

Los bolcheviques desencadenaron a partir del Campo de Marte una vasta operación de cerco en torno a la academia, lo que llevó a que sus ocupantes capitularan tras un breve encuentro, abandonando cinco autos blindados. Un sexto vehículo, aún en poder de los insurgentes, se dirigió a la Central Telefónica, disparando casi a quemarropa sobre los marineros de Kronstadt. Un grupo de éstos, apostado en la plaza de san Isaac, detrás de las pilas de leña, logró reventar los neumáticos del vehículo, entonces, los marineros se abalanzaron sobre el auto y hundieron sus bayonetas en las rendijas del blindado, matando a los ametralladores.

A las cinco, fue dada la orden de asalto a la Central de Teléfonos. Los atacantes irrumpieron a centenares en el patio donde los cadetes, habían levantado barricadas y apostado ametralladoras. El periodista americano Rhys Williams, que había entrado con los combatientes soviéticos, propuso poner término al enfrentamiento e intentar una mediación. Dzerzhinsky dio su conformidad para la apertura de negociaciones, pero exigiendo que el comisario Antonov fuera puesto en libertad. A cambio de su rehén, los junkers, pidieron que se les respetase la vida. Pero algunos alumnos oficiales, contrarios a la rendición, habían trepado a los tejados, y continuaban disparando. Los marineros terminaron desalojándolos y arrojándolos al vacio.

El puesto de mando de los insurgentes, lanzaba trágicos SOS a Tsarkoie-Selo pero no obtenía respuesta; mientras Dzerzhinsky, nombrado jefe de la comisión antisabotaje, ya había ordenado que se llevasen a cabo registros sistemáticos de todos los puntos susceptibles de servir de nidos de resistencia.

Podvojsky, para hacer frente a la crisis se había instalado en el Estado Mayor de la Guardia, al este del Palacio de Invierno, y había encomendado a Dybenko la misión de establecer una línea de defensa Golfo-Neva que protegiera todo el sur de Petrogrado. Trotsky que había asumido la dirección general de las operaciones, se entrevistó con un militar de carrera, el teniente coronel Muraviev, ex oficial del Regimiento de infantería Nevsky. Muraviev no tuvo inconveniente en prestar sus servicios al CMR, pero no fue el único caso. Krylenko se lo propuso al contralmirante Verderevsky, que también aceptó, así como el general Verkchovsky, ex Ministro de la Guerra, que también se adhirió al nuevo poder soviético. El general zarista Mihail Bonch-Bruevich, adoctrinado por su hermano Vladimir, se inclinó también por los soviéticos y se convirtió en jefe de Estado Mayor a las órdenes de su subalterno Krylenko.

La crítica situación que se estaba viviendo en la capital obligo al gobierno de los Comisarios del Pueblo a reclamar de nuevo el apoyo de los marinos del Báltico. La flota del Báltico se comprometió a enviar tres buques, uno de ellos el acorazado *República*, que en dieciocho horas podía llegar a la capital con cinco mil hombres y víveres para algunos días, mientras que todos los buques afectos a la revolución se posicionarían a lo largo de la costa para apuntar sus cañones sobre Tsarkoie-Selo.

Trotsky, volvió a ser el agitador de los grandes momentos para estimular a la guarnición. Convenció a algunos destacamentos del Regimiento Pavlovsky para que se fusionaran con los elementos de la Guardia Roja, de la marinería de Kronstadt y de Helsingfors con el fin de marchar a primera línea, en las proximidades de Tsarkoie-Selo, en el promontorio de Pulkovo.

Hubo que movilizar también a los trabajadores. Trotsky y Podvojsky les dirigieron un llamamiento dramático: «Ordenamos a los soviets de barrio y a los comités de fábrica que manden el mayor número posible de obreros para cavar trincheras, levantar barricadas y colocar alambradas; que interrumpan el trabajo en las fábricas; que reúnan todo el alambre sencillo o de espino disponible, así como las herramientas necesarias, que se provean de todas las armas posibles y que estén preparados a apoyar por todos los medios al ejército de la revolución».

Las fábricas hicieron sonar las sirenas y desde todos los barrios de la capital, masas de hombres, con herramientas o fusiles al hombro, bajo una lluvia torrencial, cruzaron el Neva hacia el Sur, dirigiéndose a las puertas de Narva y de Moscú.

En el estado mayor del CMR reunido en pleno en la sala 17 del Instituto Smolny, hizo acto de presencia Lenin que decidió estar al frente de las operaciones. Tan pronto llegó al despacho del CMR, y se informó de las decisiones tomadas contra el ejército de Krasnov, sentenció: «Nos toca a nosotros tomar la ofensiva. Hay que ir adelante».

En Tsarkoie-Selo el grueso de la guarnición había permanecido en su prudente neutralidad. Pero la mañana del 29 de octubre, Kérensky quiso imponer su autoridad instando a los soldados del 2° Regimiento de fusileros a fusionarse con las fuerzas de Krasnov. Como los fusileros se negaban los cosacos abrieron fuego, matando a diez soldados. El choque provocó un resultado contrario al buscado por el Presidente del Gobierno. Los comités

de regimiento le comunicaron a Krasnov que ni un solo hombre se dirigiría hacia Petrogrado contra los bolcheviques.

El transcurso de las horas fue desbaratando las posibilidades de Kérensky, mientras Krasnov contemporizaba. A falta de acción, Kérensky lanzó una batalla de comunicados: «Considero necesario señalar que el bolchevismo se disgrega, que está aislado y que, como fuerza organizada, ya no existe, ni siquiera en Petrogrado», telegrafió a la Duma municipal.

Mientras estas falsedades se perdían en el aire, los bolcheviques construían su línea de defensa al pie de la colina de Pulkovo, donde ya se había instalado un primer campamento al mando de Chudnovsky, al que pronto se uniría Trotsky, calzado con botas y vistiendo un largo capote impermeable.

En el campo contrario la unidad de fuerzas tan contradictorias comenzaba a disgregarse. En Tsarkoie-Selo, Boris Sávinkov, intrigante por naturaleza, le propuso a Krasnov, en presencia de Gots, que se proclamase generalísimo sustituyendo a Kérensky, cuyo crédito estaba agotado hasta para sus socios. A Krasnov, de momento, la idea le pareció precipitada.

El monte Pulkovo se eleva sólo unos 78 metros, y más que un monte es una prominencia que domina la inmensa llanura que se extiende a sus pies. Sin embargo, no se puede negar que esta posición ofrecía una ventaja inicial a quien la dominase. La región, con malos desagües, ofrecía al viajero de quella época un paisaje desolado de marismas y pantanos. En ella la caballería cosaca iba a encontrar enormes dificultades para cargar en aquel suelo esponjoso, y para escalar las laderas cubiertas de una vegetación baja pero espesa que cubría la colina. En la cima de este promontorio se levantaba un observatorio astronómico, el más grande de Rusia, que en la tarde del 29 octubre, ya estaba en poder de las tropas del CMR.

Las fuerzas que se iban a enfrentar en ese escenario jalonado por la prominencia de Pulkovo eran harto heterogéneas; a un lado, seiscientos cosacos a caballo, avezados en el ejercicio de las armas, y unos cuatro mil infantes apoyados por artillería de campaña y un tren blindado; al otro, doce mil hombres, muchos de ellos obreros inexpertos, que contaban con cuatro autos blindados y veintitrés cañones.

Si Krasnov superaba la colina de Pulkovo, sus cosacos sólo tendrían que recorrer quince kilómetros hacia el Norte para llegar a la capital.

Los obreros de Vyborg y de Putílov se habían atrincherado en las laderas del promontorio: los marineros de Kronstadt y de Helsingfors ocupaban el flanco derecho junto a la aldea de Novyé-Surg, mientras que unidades de los regimientos Izmaislovsky y Petrogradsky formaban el ala izquierda, apoyados en los burgos de Bochoie y Podgornoie-Pulkovo. El Estado Mayor rojo se había instalado en una vieja casa de Podgornoie, al mando del coronel Valden, rodeado por una delegación bolchevique encabezada por Sergei Ordžonikidz.

Al amanecer del día 30, un formidable ¡hurra! precedió el inicio de la lucha. Una primera ola de guardias rojos, vestidos de paisano, fusil en ristre, bajó a paso ligero, las vertientes del Pulkovo. Las primeras filas fueron segadas por las ametralladoras. Mientras, los cañones de Krasnov abrían enormes cráteres en la tierra empapada. Entre los primeros heridos, figuró el comisario Chudnovsky.

En la linde de la aldea de Redkoie-Kuzmino, Krasnov observaba personalmente la marcha del combate. Disponiendo de efectivos demasiado débiles para cubrir el centro y las dos alas del frente, intentaba envolver Pulkovo desplazando la lucha a su flanco derecho, hacia Krasnoie-Selo, campo de maniobras de verano de los antiguos ejércitos zaristas. Los cosacos lanzaron una fogosa carga pero sus cabalgaduras resbalaban en el barro y no consiguieron romper las defensas.

Kérensky, que se había quedado en Gatchina, hizo llevar al general Krasnov un mensaje alarmante: «Duhonin me informa de que la infantería prometida se niega a marchar. Salgo urgentemente al encuentro de los convoyes militares susceptibles de venir en nuestra ayuda». Pero antes de partir, o de huir, Sávinkov, el mismo que quería deponerlo el día anterior, convenció a Kérensky para que se quedara, por lo menos, hasta el final de la batalla.

A la caída de la noche, tres baterías de artillería tiradas por caballos llegron desde Petrogrado y permitieron a los rojos bombardear la retaguardia del enemigo. Obreros encuadrados por tiradores de los regimientos Izmaislovsky y Petrogradsky lograron tomar Bolchoie-Kuzmino encontrándose ya a las puertas de Tsarkoie-Selo. Los comités de la guarnición de Tsarkoie, que habían permanecido neutral, conminaron a Krasnov a que pusiera fin a la matanza amenazándole con atacar a los cosacos por la espalda.

En una postrera acción, los hombres de Krasnov utilizaron el tren blindado y bombardearon las líneas rojas, pero destacamentos de infantería arremetieron contra el tren logrando ocuparlo.

Vencido, Krasnov dio finalmente la orden de replegarse sobre Gatchina, y León Trotsky pudo firmar su primer parte de guerra:

«Pulkovo, Estado Mayor, 2:10 de la mañana.

La noche del 30 al 31 de octubre es ya histórica. La tentativa hecha por Kérensky de lanzar las tropas contrarrevolucionarias sobre la capital de la Revolución ha sido definitivamente rechazada... Gloria eterna a los caídos. Gloria a los combatientes de la Revolución, a los soldados y oficiales que fueron fieles al pueblo. ¡Viva la Rusia revolucionaria, popular y socialista!».

Al otro lado del campo de batalla cubierto por trescientos cadáveres, Krasnov confesó tristemente a Víctor Chernov que había llegado de Mohilev: «De todos modos, nosotros, los cosacos, no podemos aguantar contra toda Rusia. Si toda Rusia está con los bolcheviques, ¿qué podemos hacer?».

Sin embargo, deshecho e impotente, Kérensky siguió fantaseando. «Debemos iniciar negociaciones con Petrogrado —sostuvo ante un consejo de oficiales—. Proponemos cesar inmediatamente las hostilidades si se forma un gobierno de unión de acuerdo con todos los partidos socialistas, el gabinete existente y el Comité de Salvación de la Duma municipal. Ésta es la única posibilidad de salvar a Rusia».

La realidad era bien distinta; Krasnov, que lo sabía, ya había enviado una delegación de su regimiento a Krasnoie-Selo para iniciar negociaciones con los bolcheviques, mientras que los cosacos que acampaban en torno al palacio de Gatchina, guardaban a Kérensky como rehén, so pretexto de protegerlo.

Entre tanto había llegado a Gatchina Pavel Dybenko, designado por el CMR para detener a Kérensky. Tras haberse entrevistado en Tsarkoie-Selo con los enviados de Krasnov, llegaron rápidamente a un acuerdo. Krasnov quería que se respetase la vida y la libertad de todos sus hombres. Dybenko quería a Kérensky. Finalmente el marino, que estaba dispuesto a hacer todas las concesiones, autorizó a Krasnov y su unidad, a que regresasen al Don

con armas y caballos. Pero Kérensky había logrado huir disfrazado de marinero.

Todo estaba acabado. Y, sin embargo, todo empezaba para la nueva Rusia y para el mundo.

Muy cerca de Pulkovo, en Tsarkoie-Selo, vuelta a ocupar por las fuerzas soviéticas, se tomaban todas las medidas para aniquilar los posibles focos de rebelión. Encargados de un registro, unos marineros entraron empuñando revólveres en una modesta vivienda donde pensaban encontrar a un ex ministro que ocultaba armas. Pero sólo hallaron a un anciano enfermo al que le quedaban unas semanas de vida.

- Dinos, ¿dónde están las armas?
- Aquí no hay armas.
- Dilo, o podemos matarte.
- Es fácil matar, pero será más difícil que encontréis armas en mi casa.
- ¿Eres Ministro?
- No, no soy Ministro.
- ¿Qué oficio tienes?
- Soy intelectual.
- ¿Cómo te llamas?
- Georgy Plehanov.

El nombre del «padre del marxismo ruso» no les dijo nada a los marineros, que nada sabían de marxismo, aunque acabaran de participar en la primera revolución que había triunfado invocando esas ideas. Por su parte, Plehanov, el revolucionario marxista, renegaba de esa revolución que hacía décadas él había puesto en marcha.

La misma Historia, en muchas ocasiones, resulta irónica, conviene tenerlo presente cuando nos acercamos a la Revolución rusa de 1917.

XII
Interpretaciones y debates

Como dijo Mihail Pokrovsky, el gran historiador bolchevique de primera hora, «la Historia es la más política de todas las ciencias» y la historia de la revolución que se vivió en la Rusia del año 1917 es la más política de todas las historias del siglo XX. Tanto la historiografía soviética[1] como la llamada historiografía occidental han orientado su producción sobre el tema según presupuestos ideológicos y políticos, sin que por ello, una parte de esa misma producción deje de tener el rigor y el valor que se presupone debe tener la ciencia.

Es cierto que frente a ese núcleo de obras verdaderamente estimable se extiende un mar de publicaciones que poco tienen que ver con la ciencia de la historia y mucho con la propaganda política más burda, tanto en el campo soviético como en el occidental. Pero desechando esa ganga, sigue existiendo en el cúmulo de trabajos que pueden merecer nuestra atención, una diferencia que nos obliga a considerarlos en campos distintos.

Esa diferencia paradigmática gravita en el hecho de que los historiadores marxistas, soviéticos o no, que se han ocupado de la Revolución en Rusia, reconocen y parten del presupuesto de que no puede haber una ciencia social imparcial en una sociedad de clases. El historiador, por lo tanto, no es un investigador o narrador desapasionado de los acontecimientos objeto de su estudio, sino que, consciente o inconscientemente, proyecta en su trabajo su propio ser social y su ideología.

Muchos historiadores occidentales pueden estar de acuerdo en que existe un nexo entre la historiografía y las clases sociales, en que todos los

trabajos históricos reflejan concepciones ideológicas preconcebidas; pero pocos aceptan que la opinión del historiador está modelada por los intereses de la clase a la que pertenece o con la que se identifica. Todos apelan a la «objetividad científica» con la que trabajan al seleccionar los datos y contar los hechos, y esa postura les lleva a calificar la obra de los marxistas como: mera propaganda, y en estimar la suya como neutral y objetiva.

Todo el mundo está de acuerdo en que la propaganda es una actividad legítima e incluso que puede coincidir con la verdad, pero que no es Historia. Esta diferencia epistemológica insalvable entre unos y otros, en nombre de la ciencia, convierte el objeto de estudio en algo candente y difícil de abordar; y eso es lo que sucede todavía hoy con la historiografía de la Revolución.

Un análisis superficial podría llevarnos a pensar que resulta más fácil hacer un resumen de la historiografía soviética que de la occidental. En contraste con la diversidad de interpretaciones en Occidente, la literatura histórica soviética sólo ofrecía el punto de vista oficial en un momento dado, ya que el historiador soviético estaba siempre guiado no sólo por el marxismo-leninismo, sino sobre todo por la razón de Estado y por la línea del Partido. Por eso, según se iban produciendo cambios en la línea del Partido el historiador soviético se veía obligado a ajustar esos cambios en relato histórico. Por el contrario, para el historiador académico occidental su relato se supone será siempre científicamente objetivo y desprovisto de exageración y sin corresponderse con la realidad política de un período concreto. Admitir esto implicaría que el historiador se acerca al proceso histórico tal y como se desarrolló en su momento; ya que «modernizar el pasado en función del presente», supone incurrir en una importante distorsión.

Sin embargo, esta pretensión, —algo ingenua— es irrealizable, ya que escapar a la lectura de la historia desde el presente en el que el historiador escribe resulta imposible, como lo demuestran las interpretaciones que se hacen sobre la Revolución de 1917 en la actualidad por parte de muchos historiadores, que ya no juzgan el hecho, aun compartiendo ideología, del mismo modo a como lo hicieron sus colegas hace cinco décadas. El desplome de la Unión Soviética ha cambiado el enfoque, y eso es indiscutible.

Lo cierto es que la historiografía soviética no puede ser valorada en bloque como mera propaganda, ya que pasó por distintas etapas arrojando

resultados muy diferentes. Hasta el final de la década de los veinte, —en la recién nacida URSS— se gozó de una amplia libertad en todos los campos de la cultura, y las pocas obras importantes sobre la revolución escritas en este período lo fueron, casi exclusivamente, por testigos oculares que no eran bolcheviques (Suhanov), o por miembros del partido que mantenían su propio punto de vista desde su experiencia personal (Šlâpnikov).

Pokrovsky[2] y sus colaboradores trataron durante estos primeros años del poder soviético allanar el camino para trabajos posteriores, creando el marco organizativo para el desarrollo de los estudios históricos: la Academia Socialista se fundó en 1918, el Istpart (Comisión para el estudio del Partido y la revolución) en 1920, y en 1921 el Instituto de Profesores Rojos y la Asociación para el estudio de las ciencias sociales (RANION). También aparecieron revistas, como *Krasny Arkhiv*, *Proletarskaya Revolutsia*, *Istorik Marxist*, dedicadas en gran parte a la recogida y la edición de materiales de archivo. Tal vez lo más notable de estos esfuerzos fue una «Crónica de la Revolución de 1917», publicada por el Istpart (en cinco volúmenes, 1923-1926), y la serie de *Documentos y Materiales sobre 1917*, recogidos bajo la dirección de Pokrovsky y Aleksey Yakovlev. Una colección de ensayos sobre la Revolución de Octubre escritos por Pokrovsky y algunos de sus alumnos en el Instituto de Profesores Rojos (1929) fue el intento más valiosa de análisis desde una perspectiva comunista emprendido en la década de los veinte.

Cuando fue fundada la Sociedad de Historiadores marxistas en 1925 tenía solamente cuarenta miembros, y en 1929 su número no superaba 350. De estos historiadores marxistas de la primera hora su núcleo central no lo componían bolcheviques ortodoxos. De los miembros de la Academia Socialista, casi la mitad eran ex mencheviques (Riâzanov, Steklov, Larin, Veltman, Suhanov…), por no mencionar a los disidentes bolcheviques (Basárov, Bogdánov…). Riâzanov, posiblemente el mayor marxistólogo hasta hoy, y director del Instituto Marx-Engels, declaró en 1924: «No soy bolchevique, no soy menchevique, no soy tampoco leninista, sólo soy marxista y como marxista, comunista». De hecho el nombre de Lenin apenas apareció antes de 1924 en las revistas teóricas del partido y el consenso general entre los historiadores soviéticos de aquel período era que el genio de Lenin radicaba en haber sido un político práctico, no teórico, que había proporcionado un método, pero no una doctrina.

Con la consolidación de la dictadura estaliniana (1927-1934) se puso fin a todo esto, y la historia de la Revolución sufrió más que cualquier otro

aspecto de la historia rusa los efectos del llamado «culto a la personalidad», no sólo porque se codificó el relato en el que la figura de Stalin brillaba de un modo singular, sino porque cualquier intento de investigación se convirtió en materialmente imposible. Se transfirieron los archivos a la policía, se retiraron de la circulación las actas de los congresos del partido desde 1917 a 1934, así como las primeras ediciones de las obras de Lenin. El resto de publicaciones, incluyendo los escritos del mismo Stalin, fueron censuradas. Emelyan Yaroslavsky, el editor de una historia en cuatro volúmenes del PCUS (1926 a 1930), y sus colaboradores fueron acusados de falsificar la historia, porque habían mencionado que Stalin no siempre tuvo razón en 1917. El mismo Stalin comenzó a dar instrucciones a los historiadores acerca de cómo se debía describir su papel en aquellos hechos y a dictar lo que, según él, había sucedido. La culminación en este campo de la dictadura estalinista fue la publicación en 1938 del *Compendio de Historia del Partido*, obra que se escribió no para estimular una investigación más a fondo, sino justo para poner fin a la misma.

La autoría del *Compendio* sigue hoy siendo incierta. Originalmente se dijo que uno de los capítulos de este libro había sido escrito por Stalin; más tarde, se le atribuyó el conjunto de la obra. El *Compendio* fue lanzado a bombo y platillo por medio de un decreto especial del Comité Central. Estaba previsto desde el principio que debía convertirse en el principal instrumento de educación política del país y del movimiento comunista en su conjunto. Su objetivo era mostrar, como se decía en la introducción, que la historia del PCUS era: «la lucha de nuestro partido contra todos los enemigos del marxismo-leninismo, contra todos los enemigos del pueblo trabajador… nos ayuda a dominar el bolchevismo y agudiza nuestra política de vigilancia; para armar a los lectores con un conocimiento de las leyes del desarrollo social y de la fuerza motriz de la revolución».

El trato que se daba en el *Compendio* a la oposición de los años veinte en el seno del partido se describía del siguiente modo: «Los secuaces del bloque trotskista-zinovista, derrotados ideológicamente y desechos en el terreno de la organización, perdieron los últimos vestigios de su influencia en el pueblo… dejaron de ser una tendencia política y se convirtió en una camarilla arribista sin principios, de estafadores políticos, una banda de falsarios empedernidos… (algunos) eran, hacía ya mucho tiempo, espías enrolados en los servicios de espionaje extranjeros…»

Las principales lecciones de la historia del partido se resumían al final de los seis apartados que componían el libro en unas pocas líneas. Podríamos decir que como las antiguas fábulas de Esopo, el *Compendio* quería transmitir, a modo de moraleja: «La historia del partido nos enseña que...».

Las víctimas de las purgas y los juicios de 1936 a 1938 se describían como: «estos pigmeos guardias blancos, cuya fuerza podía compararse a la de un insignificante mosquito». En otros lugares aparecían como «detritus del género humano» y «lacayos de los fascistas». «Se olvidaron de que el pueblo soviético sólo tenía que mover un dedo, para que no quedara ni rastro de ellos… El Tribunal Soviético condenó a los monstruos Buharinistas-Trotskistas a ser fusilados. El Comisariado del Pueblo del Interior llevó a cabo la sentencia. El pueblo soviético aprobó el aplastamiento de la banda Buharinista-Trotskista»[3]

Del *Compendio* se imprimieron cincuenta millones de copias y durante quince años fue el documento ideológico básico del PCUS y el catecismo de todos los demás partidos comunistas oficiales.

Durante el período estalinista la falsificación de lo ocurrido en los años de la Revolución llegó al ridículo. En una breve biografía de Stalin, publicada después de la guerra, se decía: «En la segunda mitad de 1911, empezó en San Petersburgo el período de las actividades revolucionarias del camarada Stalin. El 6 de septiembre de 1911, el camarada Stalin se marchó ilegalmente de Vologda para San Petersburgo. Allí, el camarada Stalin se puso en contacto con la organización local del Partido; dirigió la atención de aquellos camaradas contra los liquidacionistas mencheviques y los trotskistas, uniendo y reforzando las organizaciones bolcheviques en San Petersburgo. El día 9 de septiembre de 1911, el camarada Stalin fue detenido en San Petersburgo y desterrado a la provincia de Vologda».[4]

Si Stalin dejó Vologda el 6 de septiembre, no podía llegar a San Petersburgo antes del día 7, y el día 9 era detenido. Pues bien, en ese par de días, sus biógrafos querían hacer creer que consiguió no sólo ponerse en contacto con los miembros del partido en aquella ciudad, sino dirigirlos, unirlos y robustecerlos.

Durante aquellos años, se manipularon las fotografías para hacer desaparecer a los personajes caídos en desgracia, y se suprimieron del relato o se distorsionaron sus ideas y acciones. El caso de Trotsky es el ejemplo tí-

pico ya que jugó un papel central en 1917 y durante los primeros años después de la revolución. Sin embargo todas las historias publicadas desde 1927 dicen que se dedicó a sabotearla, aunque fuera el primer Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores y posteriormente Comisario del Ejército.

Con la muerte de Stalin su historia desapareció, y tras el XX Congreso del Partido (1956), con el famoso discurso de Kruschev,[5] el descrédito de Stalin se convirtió en oficial. Pero las raíces del fenómeno estaliniano habían calado muy hondo y eso implicaba que los 17.000 historiadores que había en la Unión Soviética por aquellas fechas según las estadísticas, mostraran un mayor grado de unanimidad que en los años veinte.

Cuando la nueva historia del partido salió en junio de 1959, se le dio mucha menos publicidad que a su predecesora, aunque fueron impresos varios millones de copias y tuviera, por supuesto, la bendición oficial. La *Historia* de 1959 era similar en su estructura didáctica al *Compendio* de 1938, con sus resúmenes y conclusiones. Era en cierta medida idéntica; en ocasiones, páginas enteras se habían copiado de modo literal. Difería en que llegaba hasta los años cincuenta, mientras que el *Compendio* se detenía a finales de los años treinta. Las «purgas», por ejemplo, se trataban muy brevemente en la historia de 1959, pero se seguía diciendo que Stalin tenía razón al mantenerse vigilante frente a las intrigas de Trotsky, Buharin, y otros enemigos, ya que habían engañado al partido más de una vez, violando la legalidad soviética, a menudo en connivencia con elementos contrarrevolucionarios.

El héroe de la historia en 1959, y hasta las últimas ediciones publicadas en años posteriores, era el propio Partido Comunista. Stalin era criticado, pero la valoración general del papel que había desempeñado no era tan negativa. Bajo su liderazgo, se había desarrollado la industria pesada, la agricultura había sido colectivizada, y se había construido el socialismo en la Unión Soviética. En general su línea política había sido correcta, aunque en los años treinta cometió algunos errores graves, violando «principios básicos» de la democracia interna del partido. Algunas de sus decisiones durante la guerra también fueron criticadas ya que juzgó mal la situación en vísperas del conflicto. Y, finalmente, se criticaba también, el desmesurado «culto a la personalidad» durante los últimos años de su vida. Pero aún así sus logros superaban sus defectos. Bajo la dirección del Partido Comunista y el Comité Central, en la que Stalin jugó un papel fundamental, la Unión Soviética había logrado enormes éxitos a nivel mundial.

Muchas de las víctimas de las «purgas» fueron rehabilitadas en los años cincuenta. Las actas de los congresos del partido fueron reimpresas, aunque buena parte del material documental siguió siendo secreto. Los escritos de un general ruso blanco como Denikin, de Milûkov, Nabokov, o Rodzânko, o de un extremista de derechas como Shulgin, se mencionaban ya libremente e incluso eran citados en los libros de historia, pero nunca se citaba la historia de la revolución de Trotsky, o las memorias de Šlâpnikov. Las bibliografías históricas podían contener cientos de citas de obras menores e insignificantes, pero nunca la historia de Zinóviev, publicado en 1923.

Burdzhalov, Pankratova,[6] y otros historiadores profesionales, comenzaron a trabajas en una atmósfera más relajada, pero pronto se percataron de donde estaban los límites. En 1957, Burdzhalov publicó un artículo en la revista *Voprosy Isrorii* en el que sostenía que la valoración sobre los mencheviques que se venía haciendo debía ser revisada, ya que este grupo tenían algunos méritos revolucionarios, sobre todo en 1905 y en el momento de la caída del zarismo. Pero estas opiniones fueron condenadas casi de inmediato. No obstante, Burdzhalov se mantuvo fiel a sus ideas que quedaron reflejadas en la obra que publicó con motivo del cincuenta aniversario de la Revolución.

En las décadas siguientes y hasta el final de la Unión Soviética, la investigación histórica se desarrollo enormemente. Se facilitó a los investigadores el acceso a la mayor parte de los archivos, se publicaron un gran número de colecciones de documentos, y dentro de unos límites los historiadores pudieron trabajar con una relativa libertad. Tanto dentro del campo marxista, e incluso fuera de él, pudieron investigar, publicar, y hasta debatir públicamente. El mérito de algunos de esos trabajos llegó a ser reconocido en occidente, por ejemplo la obra de Burdzhalov[7] fue traducida y publicada por editoriales no vinculadas al movimiento comunista.

Respecto al tema que nos ocupa, el año 1917, todos los historiadores comunistas del pasado y del presente están de acuerdo en una serie de principios básicos como son: que la lucha revolucionaria creció en intensidad en la Rusia zarista, que con el aumento de la socialdemocracia y, más concretamente, con la fundación del partido bolchevique comenzó una nueva era en la lucha contra la opresión y la explotación. Están de acuerdo, también, en que Lenin, con su teoría del partido como arma principal de la clase obrera, realizó una aportación destacable a la lucha de clases. Según un con-

senso muy generalizado, supo adaptar el marxismo a las condiciones de la atrasada Rusia y fue el artífice de un partido de «nuevo tipo» y de la victoria revolucionaria.

La revolución de 1905 mostró la debilidad del zarismo, pero como todos los otros partidos de la oposición moderaron su estrategia, y los bolcheviques no eran lo suficientemente fuertes para hacerse con la victoria, la insurrección terminó en fracaso. La década siguiente fue difícil, pero el partido se endureció en su lucha contra los «desviacionistas». Cuando las contradicciones internas del imperialismo provocaron la guerra mundial en 1914, el bolchevique fue el único partido político que tomó una posición coherente en contra del conflicto. La guerra debilitó aún más al zarismo, que era el eslabón más débil de la cadena imperialista. La revolución de febrero de 1917 fue burguesa-democrática y permitió transformar la guerra imperialista en guerra civil. Bajo la dirección de Lenin, los bolcheviques lucharon por transferir todo el poder a los soviets, supieron enfrentarse a los mencheviques y a los eseritas, llamando a las masas a luchar por la paz y el pan, y demostrando así que eran la única fuerza que podía abolir el capitalismo y abrir el camino a una revolución socialista. Respondiendo a la llamada del partido, las masas se levantaron en octubre de 1917, y su revolución marcó el comienzo de una nueva era en la historia de la humanidad.

Hasta este punto existe una cierta unanimidad en general; aunque dentro del campo del marxismo no todos suscribirían esta lectura. La socialista polaca Rosa Luxemburgo estaba en una prisión alemana cuando los bolcheviques tomaron el poder en octubre de 1917, y ocho meses después publicó un folleto criticando el hecho, aunque reconocía que los bolcheviques se habían visto obligados a actuar por la irresponsabilidad de la socialdemocracia occidental que se había comportado de forma miserable y cobarde ante la guerra imperialista.

Pero había un aspecto de la revolución rusa que inquietaba de un modo particular a Rosa Luxemburgo: la tendencia a la concentración del poder político en muy pocas manos que conduciría a una falta de libertad imprescindible para el triunfo del socialismo.

«La libertad sólo para los que apoyan al gobierno, sólo para los miembros de un partido (por numeroso que éste sea) no es libertad en absoluto.

La libertad es siempre y exclusivamente libertad para el que piensa de manera diferente… El error básico de la teoría Lenin-Trotsky es que ellos también, igual que Kautsky, oponen la dictadura a la democracia "Dictadura o democracia," es como plantean la cuestión tanto los bolcheviques como Kautsky. Este se decide naturalmente en favor de "la democracia," es decir, de la democracia burguesa, precisamente porque la opone a la alternativa de la revolución socialista... Lenin y Trotsky, por otro lado, se deciden a favor de la dictadura de un puñado de personas, es decir, de la dictadura según el modelo burgués. Son dos polos opuestos, ambos igualmente distantes de una genuina política socialista. El proletariado, cuando toma el poder, no puede nunca seguir el buen consejo que la da Kautsky… debería y debe encarar inmediatamente medidas socialistas, de la manera más enérgica, inflexible y firme, en otras palabras ejercer una dictadura, pero una dictadura de la clase, no de un partido o una camarilla.

¡Sí dictadura! Pero esta dictadura consiste en la manera de aplicar la democracia, no en su eliminación…»[8]

No obstante, Luxemburgo escribió que cualquier derrota, incluso la ruina de los bolcheviques en su lucha honesta ante una situación histórica concreta, era preferible al colapso moral de los socialdemócratas frente a la guerra.

Las críticas a lo sucedido en Rusia durante 1917 también provinieron de los llamados «comunistas del consejo». Para el holandés Anton Pannekoek[9] el «comunismo de partido» leninista había traicionado la auto-organización de clase obrera nacida en los auténticos organismos de poder democrático que eran los soviets. Este tipo de organización y su consolidación era, según los comunistas-consejistas, la forma de acción y organización de la clase obrera consciente de su papel histórico y coherente con su autoemancipación; la toma del poder por los bolcheviques había usurpado su función a los soviets y adulterado su auténtica naturaleza.

La historiografía occidental, durante todos estos años, también paso por diferentes etapas en su desarrollo, dando origen a distintas interpretaciones.

Durante la década de los veinte las principales obras fueron también producto de testigos directos de los acontecimientos que se desarrollaron en Rusia en el crucial año de 1917. Algunos fueron corresponsales de prensa enviados por sus periódicos o por agencias de noticias al escenario de los

sucesos, como fue el caso de William Henry Chamberlin,[10] que trabajaba para el *Christian Science Monitor* y fue corresponsal del *Manchester Guardian*, y que residió en Rusia durante varios años. John Reed llegó al país de los soviets cubriendo la Primera Guerra Mundial y conoció a Lenin, siendo testigo en Petrogrado de las jornadas de octubre-noviembre de 1917. Jacques Sadoul[11] estaba en Rusia formando parte de la misión militar francesa, mientras que Victor Serge[12] era un revolucionario de origen belga que viajó a Rusia para participar en la Revolución. Estos testimonios, escritos en un tono narrativo pero muy directo siguen siendo hoy obras muy apreciables, y sus autores llegaron a identificarse de modo personal con los acontecimientos, como ocurrió con Reed[13] que termino sus días militando en el Partido Comunista y murió en Rusia siendo enterrado en la muralla del Kremlin.

En paralelo a estos testimonios aparecieron otros de exiliados o panfletistas occidentales contrarios a la Revolución con un marcado carácter propagandístico,[14] u obras de reflexión que no pueden considerarse trabajos históricos, como la de Nikolái Berdiáyev[15] o la de Bertrand Russell.[16] Pero también hubo una serie de ensayos académicos que pretendían un enjuiciamiento más apegado a los hechos, como el del canadiense James Mavor[17] que afirmaba que con los métodos bolcheviques no se podía esperar ningún progreso económico o social para Rusia; o el de Waldemar Guarian[18] que fue uno de los primeros en caracterizar al bolchevismo como una nueva religión.

No obstante, la producción académica sobre la Revolución comenzará a aflorar tras la Segunda Guerra Mundial al calor de la Guerra Fría; logrando entonces los estudios occidentales un mayor grado de objetividad y sofisticación que la literatura de los periodos anteriores. Será entonces cuando una serie de investigadores, sobre todo anglosajones, comiencen a publicar trabajos sólidamente documentados con el material disponible, haciendo especial hincapié justamente en aspectos que la historiografía soviética soslayaba. Richard Pipes,[19] abordará la articulación territorial y el problema de las nacionalidades, Robert Conquest[20] las purgas y la represión del período estalinista, Leonard Schapiro[21] la falta de libertad política y el funcionamiento del Partido y E. H. Carr[22] la estructura burocrático-política del régimen, entre otros muchos estudios.

Sin embargo, la mayor parte de esta producción estará influenciada por las teorías del totalitarismo. Los primeros estudios sobre el totalitarismo,

sus orígenes políticos, sociales e intelectuales estaban conectados con el ascenso del fascismo y el nacionalsocialismo, señalando que estos regímenes representaban una desviación respecto a las dictaduras del pasado. El uso combinado de terror y propaganda no tenía precedentes, y a diferencia de las dictaduras conservadores o militares tradicionales apuntaban a un cambio radical en muchos aspectos. Con la Guerra Fría prosperó la teoría de que los controles estatales y las presiones sobre el individuo eran mucho mayores y más intensos en la Unión Soviética de lo que nunca lo habían sido en ningún parte.

La imagen del totalitarismo soviético, que surgió en la década de los cincuenta, prosperó entre los estudiosos de la filosofía política, pero también entre los académicos implicados en la investigación de temas soviéticos en general. Estos enfoques sobre el totalitarismo fueron rechazados no sólo por los rusos, que los denunciaban como una calumnia sobre su país, sino también por los marxistas occidentales. Para ellos era políticamente inaceptable pasar por alto las diferencias básicas entre el comunismo y el fascismo.

Con la creciente prosperidad que se vivió en la década de los años 60 apareció entre el academicismo occidental la teoría de la «convergencia». La Revolución había sido un proceso, si se quiere traumático, para modernizar e industrializar en un corto espacio de tiempo la atrasada sociedad rusa. Al haberse alcanzado unos ciertos niveles de desarrollo la mística de la revolución sostenida por el partido corría el peligro de diluirse, minando el monopolio del poder. Los sacrificios aceptados en otro tiempo cada vez eran más injustificables y perdían la razón de ser que pudieron tener en la fase de crecimiento. Que la Revolución hubiera logrado determinados objetivos podía terminar siendo su perdición. Por tanto, en el futuro, las sociedades industriales avanzadas acabarían por converger, y el sistema soviético se vería obligado a evolucionar hacia formas de control parecidas a las occidentales, mientras que las democracias capitalistas estarían obligadas a garantizar a sus poblaciones unos niveles de vida aceptables como había planteado el socialismo.

La teoría de la convergencia en sus diversas manifestaciones fue ampliamente aceptada por el pensamiento político occidental a finales de los años sesenta, incluso entre los estudiosos de formación marxista como Issac Deutscher[23] o Herbert Marcuse. Para el primero era una revolución inconclusa, para el segundo era sorprendente la afinidad de los dos sistemas (ca-

pitalista y socialista) en la adopción y utilización del potencial tecnológico como instrumento de dominación. En la URSS todo se orientaba a la consecución de un Estado del bienestar similar, en todas sus limitaciones y contradicciones, al de los países desarrollados de la órbita capitalista.[24]

En vísperas del derrumbe de la Unión Soviética Martín Malia[25] resumía las tendencias interpretativas sobre la Revolución de modo sencillo, ya que para este autor se podían reducir a tres modelos de interpretación: el liberal, el conservador, y el marxista.

El modelo liberal considera que la evolución normal de las sociedades les conduce a ese sistema (liberal-capitalista) a través de un proceso de modernización que Rusia ya había emprendido a comienzos del siglo XX, para superar una sociedad arcaica y atrasa y encaminarse a una sociedad plural y constitucional. Este modelo no excluye la posibilidad de una ruptura revolucionaria, pero esta posibilidad no es imprescindible en ese proceso de evolución.

Otra de sus característica es que no considera lo económico motor del cambio. Para el liberal es la política la que impulsa las transformaciones. Es en las instituciones donde se juega la verdadera batalla. De acuerdo con esta tendencia interpretativa, la evolución de Rusia hundiría sus raíces en Pedro el Grande, que inició un proceso de modernizador, aunque mantuvo viva la servidumbre. Más tarde Catalina II dio un paso más: el noble quedaba emancipado del servicio a la Corte y por tanto podía constituirse en una clase liberal. La tercera etapa habría sobrevenido con Alejandro II que liberó a los campesinos, poniendo fin a la servidumbre y creando los *zemstvos*. Estos cambios colocaban al país ante la posibilidad de encaminarse hacia formas políticas liberales. En 1905, se dio un paso más cuando Rusia adoptó un Parlamento (Duma). Por lo tanto, es legítimo pensar que Rusia estaba ya en camino hacia un régimen similar al de Gran Bretaña y Francia, es decir, al de los países con la más antigua tradición liberal.

Pero entonces la revolución vino a romper esa tendencia. ¿Por qué este proceso se detuvo en Rusia y se tornó en un modelo completamente diferente? La respuesta de los historiadores liberales consiste en afirmar que hubo un accidente fatal: la Primera Guerra Mundial. Fue este accidente lo que rompió el normal desarrollo de la vida política en Rusia. De hecho, resulta difícil medir el impacto realmente devastador de la guerra en una so-

ciedad tan frágil como la sociedad rusa que aún conservaba muchos rasgos arcaicos. El choque fue tan violento que provocó el caos. Y en ese caos un grupo de fanáticos pudo hacerse con el poder e introducir una nueva autocracia a través del partido único. Por lo tanto, todas las desgracias de Rusia provendrían de ese choque fatal que fue la guerra.

Los historiadores que se adhieren a este modelo interpretativo no explican de forma idéntica la deriva del sistema y su fracaso. Por el contrario, cada autor a menudo pone de relieve un aspecto particular.

De hecho, desde esta óptica, se podría explicar la autocracia soviética por la influencia de la antigua autocracia imperial fortalecida por el marxismo. También se podría poner el énfasis en el atraso cultural de Rusia en el momento de la revolución. Por otra parte, había poca tradición de derechos civiles; en este contexto, el desarrollo democrático se hacía difícil, lo que contribuye a explicar el triunfo de los bolcheviques.

Desde este enfoque, la personalidad de Stalin se puede presentar también como un elemento decisivo, ya que el personalismo desempeña un papel importante dentro de la ideología liberal. Claro está, que el individuo y sus políticas pueden ser juzgadas de modos muy distintos. Así el papel de Stalin puede valorarse como el de un autócrata moderno (Medvedev)[26] o como el de un demente en el poder (Tucker).[27]

En lugar de poner de relieve el papel de una persona o personas, otros historiadores hacen hincapié en el desarrollo económico ya que la modernización supone un imperativo independientemente del régimen político. Si se quiere sobrevivir en un sistema de competencia mundial un Estado debe industrializarse. Tal es la tesis de Gerchenkron que insiste en que Rusia antes de 1917 conoció un rápido crecimiento económico, que en cierta medida se vio interrumpido por la Revolución.

La principal crítica que se puede hacer al modelo liberal, es la poca atención que presta al factor social.

El modelo conservador también puede ser llamado de patrón cíclico. Todas las revoluciones siguen un movimiento pendular, los moderados dan paso a los extremistas que por sus excesos provocan una reacción conservadora. Toda revolución comienza con el entusiasmo de un 14 de Julio para convertirse en el Terror, pero los mismos excesos del Terror llaman a un Bonaparte que acude para estabilizar el proceso.

En los tiempos modernos, esta visión cíclica sigue teniendo alguna vigencia en el sentido de que el material humano ofrece demasiada resistencia para que el cambio radical sea sostenible en el tiempo. Las fórmulas y declaraciones pueden engañar, pero los cambios son a menudo más aparentes que reales ya que el cambio en las mentalidades es muy lento.

Como es lógico, los seguidores de esta corriente interpretativa abominan de las revoluciones que para ellos son sólo alteraciones pasajeras y perturbadoras que no transforman en profundidad las sociedades. Para ellos las sociedades humanas se asemejan a los organismos vivos de la naturaleza en los que las mutaciones se producen lentamente y no de modo traumático. La revolución, guiada siempre por algunos iluminados, acarrea un caos terrible pero transitorio, ya que la restauración del orden, siempre insoslayable, las devuelve al punto de partida dando paso de nuevo al lento proceso de la evolución orgánica que impera en la Historia.

En Rusia la Revolución sólo trajo para el pueblo el hambre y el terror. La sociedad soviética con Stalin recuperó las formas autocráticas del poder zarista y generó una modernización que se habría producido del mismo modo con el paso del tiempo pero de forma menos traumática.

Dentro del marxismo, nos encontraremos con diferentes interpretaciones en función de si se considera la revolución soviética como la culminación de un proceso o como una revolución traicionada o inconclusa.

Para el comunista soviético ortodoxo, la revolución comenzó de modo exitoso pero se produjo un «accidente histórico»: el «culto a la personalidad» que llegó a distorsionar durante un tiempo la naturaleza de la revolución. Esta versión es difícil de sostener porque bajo el «accidente estalinista» fue, para estos mismos ortodoxos, cuando «se construyó el socialismo en la URSS».

Para el marxista disidente, el punto de partida es el mismo que en el modelo anterior: la revolución es legítima y, en 1917, se inició una auténtica revolución socialista. Pero a partir de los años treinta, se produjo una desviación llamada estalinismo, que supuso una corrupción fundamental, dejando inconclusa esa revolución.

La variante trotskista sostiene que la revolución fue traicionada. Pero en esta revolución traicionada, la corrupción no fue total: la URSS era un

Estado de los trabajadores pero degenerado. Esta teoría reconcilia y legitima 1917 al tiempo que condena el estalinismo.

Sólo restaría explicar por qué se produjo el «accidente», el «error» o la «traición» del estalinismo. Para algunos de los seguidores de esta tendencia y para los trotskistas se conjugaron una serie de factores de los cuales los más importantes fueron:

1 El nivel económico del país era demasiado atrasado para que la revolución pudiera tener éxito si no se extendía a otros países más desarrollados como Alemania.

2. La Guerra Civil y la intervención extranjera emprendida contra todos los logros de la Revolución de 1917 desarticuló a la sociedad rusa, diezmo a la clase obrera y devastó los cuadros del viejo partido bolchevique, lo que permitió la aparición de una casta burocrática que terminó controlando todos los resortes del poder a través del partido convertido en aparato de Estado.

3. Al no propagarse la revolución por otros países y querer construir el socialismo en una situación de semiaislamiento en un solo país, se tuvo que recurrir a medidas extremas bajo un régimen represivo que ahogó la democracia popular. Al frente de este proceso se colocó Stalin, un mediocre cuadro del partido que supo canalizar los sentimientos patrióticos entorno a su figura, eliminando de modo primitivo a quien se le oponía.

Los tres modelos presentan evidentes carencias lo que permite a los historiadores, un siglo después, seguir especulando y debatiendo sobre la Revolución de 1917, como continúan, aunque sea en un limitado círculo de especialistas, algunos de los debates que han animado el estudio del proceso revolucionario en Rusia. Es cierto que hoy en día, algunas controversias han muerto, en ocasiones refutadas; como por ejemplo la falsa tesis de la «provocación» durante los días de febrero organizada por Protopopov para desatar la represión y ayudar a conseguir una paz por separado con los alemanes. Sin embargo, otras siguen vivas, aunque las formulaciones y los argumentos en un sentido u otro hayan quedado modelados por el paso del tiempo. Veamos a continuación algunas de las más significativas de estas controversias.

El significado de la Revolución de 1917 en la Historia

Un debate que hoy sigue vivo es el relativo al papel que ocupa la Revolución que se produjo en la Rusia de 1917 en la historia de la humanidad. Para los revolucionarios rusos la gesta que acababan de realizar señalaba el principio de una ofensiva generalizada del proletariado mundial en su lucha por la emancipación del capital que desembocaría en la construcción del socialismo.

En marzo de 1918, el diario *Izvestia* publicó un artículo de Lenin, en el que éste situaba la Revolución en una perspectiva marxista de la historia: «La historia de la humanidad realiza en nuestros días uno de sus mayores y más difíciles cambios, uno de esos cambios de alcance inmenso que podemos calificar, sin la mínima exageración, de universalmente liberador. El cambio actual va de la guerra a la paz; de la guerra entre los rapaces que envían a millones de explotados y de trabajadores al matadero para establecer un nuevo modo de reparto del botín obtenido por los bandidos más fuertes, a la guerra de los oprimidos contra los opresores para liberarse del yugo capitalista; de un abismo de sufrimientos, de tormentos, de hambre, de barbarie, al radiante porvenir de la sociedad comunista, del bienestar general y de una paz duradera... Le ha sido concedido a Rusia el poder observar con una extrema claridad, el poder vivir de una manera especialmente aguda y dolorosa, uno de los cambios de dirección más bruscos de cuantos ha conocido la historia: el viraje del imperialismo a la revolución comunista… En millones y millones de obreros de todos los países hemos despertado la fe en sus propias fuerzas y encendido la llama del entusiasmo. Hemos lanzado por todas partes la llamada a la revolución obrera internacional».[28]

El entusiasmo y la ambición que reflejan estas líneas debemos verlos como el resultado de una serie de factores concretos, de emociones y de teorías combinadas. En muy pocos meses el partido del que Lenin era secretario general se había hecho con el poder en Rusia, la esperanza de que el proletariado en otros países azotados por la guerra pudiera seguir el ejemplo bolchevique no carecía de fundamento y para Lenin era una necesidad, lo que contribuye a explicar el tono triunfalista del artículo. Por otra parte, Lenin siempre creyó firmemente que la lucha de clases conduciría a la humanidad de modo ineluctable hacia el socialismo, por eso sus palabras, más allá de la coyuntura concreta que estaba viviendo y de la suerte que pudiera correr la Revolución, eran profundamente sinceras y reflejaban la honda convicción de un marxista consecuente.

Cuesta más comprender el lirismo escolar con el que se pretendía glosar lo que la Revolución había significado y significaba, cuando en 1955 Lázar Kaganóvich, primer vicepresidente de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, en un discurso frente a la dirección del partido, decía: «¡Camaradas! La Revolución de Octubre es la luminosa y potente expresión de la colosal energía popular acumulada durante siglos que irradia su fuerza a los siglos venideros».[29] Tres años después de la muerte de Stalin y un año antes de las revelaciones que Kruschev hará en el XX Congreso, Kaganóvich, que pronto será expulsado del partido y pasará a dirigir una pequeña fábrica de potasio en los Urales, resumía de un modo hiperbólico, tan al gusto de su protector Stalin, lo que la Revolución había supuesto.

Pero es que, treinta años después, en el *Compendio de la historia del PCUS* de la década de los ochenta, nos volvemos a encontrar con los mismos clichés. «La Gran Revolución Socialista de Octubre tiene una enorme importancia internacional. Del sistema del capitalismo se desgajó un inmenso país con más de ciento cincuenta millones de habitantes. La roja bandera del socialismo ondeó sobre una sexta parte del mundo. La clase obrera de Rusia mostró al proletariado internacional el camino de la liberación y del establecimiento de su propio poder. La Revolución de Octubre en Rusia mostró a los pueblos del mundo la salida revolucionaria de la guerra imperialista. Mostró a las masas campesinas de otros países el camino para poner fin a la dominación de los terratenientes. Mostró a los pueblos oprimidos del mundo el camino para su emancipación nacional y social del imperialismo y el colonialismo, para el triunfo de la fraternidad de los pueblos. Esta gran hazaña de los trabajadores de Rusia supuso un viraje radical en la historia de la humanidad… Se encendió sobre el mundo la aurora de una nueva era, la era de la liquidación del capitalismo y la creación de la sociedad socialista, del paso de la humanidad del capitalismo al comunismo. Comenzó la primavera de la humanidad».[30]

Los autores del Compendio obviaban la situación real de la lucha de clases y del movimiento obrero internacional en aquellos años y seguían regalándose con una retahíla de frases grandilocuentes sobre la gesta heroica que habían protagonizado sus antecesores a la hora de caracterizar que había significado realmente la Revolución. Indiferentes a los cambios que había experimentado el mundo, influidos en gran parte por la revolución que tan líricamente alababan, los dirigentes soviéticos, files al dogma esclerotizado,

continuaban setenta años después, juzgando el hecho como si la historia se hubiese detenido.

Lo único reseñable de esta interpretación es su pervivencia en el tiempo. En conmociones anteriores, el triunfalismo de los revolucionarios no había sobrevivido siete décadas. Desde el fin de la monarquía inglesa en 1649 hasta su restauración en 1660 sólo transcurrieron once años y desde la caída de Robespierre y el fin del Terror, en julio de 1794, hasta la restauración de los Borbones en 1814 pasaron veinte años. Durante esos períodos, la idea de que había nacido un nuevo orden de la conmoción revolucionaria cuya influencia desafiaría al tiempo, pudo estar viva, pero en ningún caso sobrevivió tanto como ocurrió con la Revolución de 1917.

Frente al monolitismo interpretativo de los soviéticos sobre el significado de su Revolución, la imagen de la misma entre sus adversarios y partidarios se fue modulando con el paso de los años y la marcha de los acontecimientos.

En un primer momento, la Revolución de 1917 despertó el horror para muchos y la admiración para otros tantos. Para el mundo conservador se trataba de una auténtica maldición divina. Gustav Le Bon escribió en 1920 que Caín había sido el primer bolchevique y Merezhkovsky vio la mano del Anticristo en los acontecimientos que habían tenido lugar en Rusia. Otros, menos religiosos, se limitaron a compararla con las invasiones bárbaras. De nuevo desde las estepas del Asia Central, los tártaros, los hunos del este, reencarnados en marxistas amenazaban la civilización occidental.

Alexander Blok, el gran poeta simbolista ruso, entusiasmado con la revolución, no tuvo inconveniente en recoger esa imagen y devolverla como un boomerang a sus críticos. En su poema, *Los Escitas*, hace una solemne advertencia a Occidente. Si Europa no acepta la nueva Rusia, si no la acoge y la comprende, las hordas asiáticas caerán sobre ella y los rusos volverán a ser los crueles y bárbaros escitas que fueron en la noche de los tiempos: «Sí, somos los escitas; sí, somos asiáticos de ojos ávidos y turbios».[31]

El enviado especial en Rusia de *L'Echo*, de París, y de *L'Illustration*, Serge de Chessin, sintetizó de modo virulento cómo una pandilla de delincuentes se había hecho con el poder y corrompía a todo un pueblo: «En el inmenso desierto rojo en que se ha convertido la Rusia maximalista, un viento de locura final acelera la zarabanda de los poseídos de la revolución. El aquelarre

prosigue sus contorsiones y muecas. En lugar del dulce mujik, un caníbal desencadenado; en lugar del pueblo redentor, un pueblo delirante; en lugar de la Arcadia democrática, una noche de Walpurgis comunista, la misa negra de la patria prostituida; en lugar del milagro esperado, Rusia a la cabeza de la golfería mundial, oráculo de la sinvergonzonería universal».[32]

Para el doctor Luden Juvin, se trataba de un caso de patología social: «Podemos decir que en la hora actual existe una alteración individual y una alteración colectiva del alma rusa. Desde 1917, la sífilis ha causado en Rusia daños considerables. Las orgías bolcheviques, las «semanas del amor», las violaciones, las uniones pasajeras, la completa desaparición de toda moral han facilitado de modo extraordinario la propagación de esta enfermedad... El uso de estupefacientes: morfina, opio y sobre todo cocaína, está muy extendido. En las ciudades bolcheviques hay casas en las que se toma cocaína, como hay fumaderos de opio... El abuso de la cocaína trae consigo auténticas neuritis y parálisis que progresan hasta la ataxia y la demencia… Al frente del movimiento bolchevique solemos encontrar individuos que son auténticos neuróticos, o incluso dementes, individuos de ideas fijas... Radek y Rakovsky son una especie de judíos degenerados…

…A pesar del esfuerzo real, colosal, del judaísmo internacional para apoyar a Rusia —bajo la estrella de cinco puntas de los soviets, la estrella de David—, Rusia puede desaparecer del mapa del mundo civilizado... Esta especie de demencia de todo un pueblo es, sobre todo, obra positiva y meditada de hombres, judíos en su mayoría, ávidos de poder y de placer, agentes de una vasta organización internacional oculta».[33]

Maldición divina, invasión bárbara, delincuencia organizada, demencia colectiva, conspiración judía y masónica… todo lo peor que podamos imaginar representaba entonces la Revolución para las clases conservadoras. Cualquier persona decente debía combatirla hasta que se lograse su destrucción definitiva, su total erradicación.

Sin embargo, para otros muchos la Revolución era un rayo de esperanza que se proyectaba sobre los oprimidos del mundo, un ejemplo a seguir. Así nacían los partidos comunistas; los movimientos nacionales que luchan contra la opresión colonial volvían sus ojos hacia la recién nacida URSS. La Revolución de 1917, como anunciaban sus protagonistas, parecía ser el inicio de algo universal y radicalmente distinto.

Otros la veían de modo más mesurado como un experimento loable frente al que se debía estar muy atento. Intelectuales de talla como Bertrand Russell, H. G. Wells o Bernard Shaw se mostraban complacientes y expectantes sobre lo que consideraban un gran acontecimiento en la historia de la humanidad en función de los fines que perseguía.

Los Estados constituidos, conforme se asentaba el nuevo sistema soviético, aun mostrando una honda animadversión y desconfianza, practicaban la *realpolitik*. Por ejemplo, en España, donde Primo de Rivera, había proclamado la dictadura para salvar al país del marxismo (sic), el gobierno del dictador le compraba el petróleo a la Unión Soviética.

La amenaza del fascismo llevará aún más lejos esta relación interesada. Joseph E. Davies, el embajador de EE UU en Moscú, antes de la Segunda Guerra Mundial, justificó los juicios contra la oposición que supusieron la eliminación de la vieja guardia bolchevique por Stalin, creyendo a pies juntillas todas las patrañas de la acusación. Winston Churchill, que era un anticomunista visceral, recibió con auténtico alivio la noticia de que la Alemania nazi había atacado a la Unión Soviética, con la que se apresuró a establecer una alianza militar. A partir de este momento, la Gran Bretaña, tan terriblemente sola desde el armisticio franco-alemán, tenía una poderosa aliada. En contrapartida, Stalin, el 15 de mayo de 1943, antes de celebrar la Conferencia de Teherán, decidió disolver la Internacional Comunista, que había nacido en 1919 para dirigir la revolución mundial. Año y medio después, en Yalta, Churchill y Stalin acordaron que Grecia, que contaba con un poderoso partido comunista, seguiría siendo al final de la guerra un país bajo la esfera de influencia capitalista, mientras que Polonia, donde los comunistas estaban desacreditados tras el pacto germano-soviético, se convertiría en un Estado satélite de la URSS. El faro del Octubre proletario se iba apagando poco a poco en función de los acontecimientos y de las necesidades de la patria soviética convertida ahora en una gran potencia.

Con la Guerra Fría, el significado de la Revolución de 1917 no entrañaba tanto un desafío ideológico para Occidente, aunque también, como un problema de geoestrategia en el tablero mundial. La aparición de otros Estados comunistas, las posteriores disensiones entre ellos, la descolonización, la carrera armamentística, el peligro atómico, el crecimiento experimentado por los países más desarrollados… iban modificando las lecturas que historiadores y publicistas occidentales hacían sobre la Revolución y su lugar en la historia.

En el cincuenta aniversario del Octubre rojo la mayor parte de los estudiosos e intelectuales del llamado «mundo libre» reconocían los logros alcanzados por el sistema surgido de la Revolución de 1917, hubiese sido mitificada por los comunistas o no. Lo irónico es que nada de la leyenda revolucionaria era necesario para reconocer los logros sustanciales del régimen soviético. Estos logros, sobre todo la industrialización del país y el desarrollo del potencial militar como una superpotencia, tenían poco que ver con el programa de la Revolución de Octubre.

Aunque este reconocimiento no impedía que se considerara la revolución como un peligro, y nadie se atreviera a pronosticar cuál podía ser su posterior evolución. Así, la amenaza del comunismo tiránico seguía viva.

Por ejemplo, un publicista, poco sospechoso de simpatizar con el comunismo, escribía al comienzo de su libro *URSS: Medio siglo de represión*, lo siguiente: «Con razón el comunismo internacional celebró con singular solemnidad, en noviembre de 1967, el cincuentenario de la revolución bolchevique. El camino recorrido por la URSS —aun pasando a través de la guerra civil, las recurrentes carestías de los años veinte, las sangrientas luchas por el poder entre los herederos de Lenin, las duras represiones de la época estaliniana, la invasión nazi y las ruinas que la acompañaron— es, sin duda, muy significativo, aunque permanezcan amplias zonas oscuras en delicados sectores de la vida económica y social soviética, ha llevado a un país que hace sólo unos decenios se hallaba quebrantado por profundas contradicciones y condenado a un paralizante retraso, a un grado de progreso que hace de él justamente la segunda potencia mundial.

"La revolución socialista —sostenía Lenin— debe estallar y estallará en Europa. Todas nuestras esperanzas en la victoria definitiva del socialismo se basan en esta convicción y en esta previsión científica." Esta condición no se realizó, pero el comunismo obtuvo de todos modos un gran éxito. Bajo la dirección de Lenin y con sus métodos la URSS consiguió imponerse al respeto de los adversarios, a la admiración de amplios estratos de los demás pueblos. Es preciso reconocerlo, sobre todo si se valoran objetivamente los resultados que ha obtenido en el sector científico, en el militar, en el económico. Fue la URSS la que, por primera vez en la historia, el 4 de octubre de 1957, puso en órbita un satélite artificial de 83 kilos de peso, el Sputnik».[34]

En el año 1967, los politólogos e historiadores se esforzaban por aislar el caso ruso y distinguirlo de revoluciones posteriores. Octubre no había sido un ejemplo que se hubiese seguido, era un hecho específicamente ruso. Y a despecho de las teorías de Marx las revoluciones comunistas no habían triunfado en ningún país desarrollado.

«Es indiscutible que la revolución de octubre de 1917 tuvo una tremenda importancia en la historia nacional rusa. Resulta natural entonces que su impacto sobre los varios aspectos del desarrollo ruso sea analizado en el momento de su quincuagésimo aniversario. En los cincuenta años transcurridos desde octubre han triunfado otras tantas revoluciones comunistas en trece países, los cuales abarcan junto con Rusia soviética un tercio de los habitantes y del territorio del globo. Quiero considerar en estas páginas el octubre ruso como una de las catorce revoluciones comunistas del siglo veinte…

En el despertar de la revolución rusa de febrero de 1917, que derrocó al zar, el partido de Lenin trató de establecerse en este escenario revolucionario. Pero después de haber tomado el poder en octubre, el esfuerzo del partido por provocar alzamientos en otros países tuvo poco éxito; los brotes revolucionarios en Hungría y Alemania fueron frustrados y el albur de la guerra revolucionaria de Polonia en 1920 terminó en un fracaso. Bajo los auspicios rusos se creó una Internacional Comunista para promover revoluciones comunistas en otros países, pero éstas dieron pocas señales de existencia.

A pesar de este hecho, la mentalidad comunista rusa se aferró tenazmente a la posición que sostenía de que la revolución de octubre no representaba un mero evento nacional sino el comienzo de una revolución mundial…

Las revoluciones comunistas en Asia y Europa que siguieron a la Segunda Guerra Mundial son consideradas como continuación del proceso revolucionario mundial iniciado en Rusia al final de la Primera Guerra Mundial; y el proceso en sí es visto como destinado, en última instancia, a abarcar el mundo entero. La literatura soviética sobre el quincuagésimo aniversario de octubre subraya con intensidad este tema y está llena de denuncias sobre los estudiosos occidentales, por rehusarse éstos a reconocer el carácter "histórico-mundial" de la revolución rusa».[35]

Durante las décadas siguientes, con el fin de la prosperidad de la posguerra se acabó la «distensión», y el juicio sobre la Revolución de Octubre comenzó a ser filtrado a través de la dictadura estalinista. Los logros alcanzados por la Unión Soviética no equilibran el horror de la represión durante los años 30. Fue entonces cuando el término GULAG (siglas de *Glavnoye Upravlenie Laguerei*: Dirección General de Campos) comenzó a ser utilizado por el gran público para resumir con él la naturaleza del sistema soviético. Esto se debió sobre todo al novelista Alexander Solzhenitsyn quien, a través de su obra *Archipiélago GULAG*, consiguió poner en circulación el término y la idea. El término GULAG se empezó a utilizar profusamente para denominar el universo concentratorio soviético y por analogía, sirvió para denunciar la falta de libertad en la URSS. Ya no se distinguía entre lo que supuso Octubre en su momento para las masas populares y lo que sucedió después en Rusia; todo quedaba resumido en la tiranía comunista, y la Revolución volvía a ser vista como en los años veinte.

«La revolución de octubre de 1917 no es la primera gran revolución obrera de la historia; no es más que un golpe de Estado contra un gobierno legal indefenso, el gobierno del socialista Alexander Kérensky, un vulgar alzamiento de una secta cuyo jefe, fanático y doctrinario, utiliza a soldados desclasados y desmoralizados por los años de guerra, de holgazanería y de embriaguez en los cuarteles de Petrogrado. La toma del poder por los bolcheviques no tiene nada que ver con la epopeya que más tarde popularizarán testigos occidentales ingenuos y románticos como John Reed. Se desarrolla sin la presencia de las célebres masas populares. La contrarrevolución es inexistente: provocará tan sólo seis muertes. No hay ningún hecho de armas de índole heroica y sublime, ni tan siquiera la toma del legendario palacio de Invierno».[36]

Con la caída de la Unión Soviética este tipo de lecturas se generalizaron. Ya no se trataba sólo de publicistas sino de académicos expertos en los más distintos campos. El experimento soviético había fracasado y la Revolución sólo había traído opresión y atraso.

«Los dos rasgos más influyentes del catastrófico legado de Lenin fueron la concentración del poder en unas pocas manos y la legitimación del terror. Lo primero tuvo por resultado la centralización del poder en un partido de vanguardia crecientemente burocratizado que, mediante su convincente nomenclatura, controlara toda la estructura social. Era éste un sistema

de control político rígidamente jerarquizado de arriba abajo. En cuanto al segundo rasgo aglutinador, la determinación de aplicar el terror contra opositores reales o imaginarios, y el recurso deliberado a la culpa colectiva a fin de justificar una persecución social a gran escala, hizo de la violencia organizada el medio principal para resolver, primero, los problemas políticos, luego, los económicos y, finalmente, los sociales o culturales…

No es exagerado afirmar que nunca antes se había impuesto un sacrificio tan grande a cambio de un beneficio social tan pequeño. En su memoria *La Sociedad Soviética: una mirada comparativa, una detallada exposición del proceso de modernización soviético*, el historiador Cyril Black, de Princeton, escribe al final: «En la URSS, los índices sociales per cápita no han cambiado significativamente en los últimos cincuenta años. Hasta donde la más bien limitada evidencia permita emitir un juicio, la URSS no ha igualado o sobrepasado en cuanto a renta per cápita a ningún país desde 1917... y los diecinueve o veinte países que hoy van por delante de ella, lo estaban también en 1900 y en 1919».[37]

Realmente de lo que se trataba era de poner fin a la idea del socialismo, de acabar con esa «ilusión»[38] que había configurado la historia del siglo XX. En esta lectura, la Revolución de 1917 sólo había sido la génesis de un gran fiasco que había costado la vida a millones de personas, y el relato de la misma sólo podía servir como advertencia a las generaciones venideras para que no volvieran a intentar un experimento parecido.

Así el colapso del régimen soviético implicaba de manera natural una deslegitimación completa de la revolución de octubre de 1917, arrojada, para retomar una célebre fórmula utilizada por Trotsky, «al basurero de la historia». Con la caída del comunismo, la necesidad de mostrar el carácter históricamente ineluctable de la gran revolución socialista habría desaparecido.

Esta explicación ha llegado a tentar a muchos intelectuales de izquierdas. El eminente marxista británico Perry Anderson, apuntaba que con la Revolución soviética podía llegar a suceder en el futuro lo que sucedió con las reducciones jesuíticas de Paraguay, un experimento de comunismo primitivo llevado a cabo con los indios guaranís en los siglos XVII y XVIII bajo la dirección de los jesuitas, que fue disuelto a la fuerza por presión de los terratenientes que consiguieron la expulsión de la Compañía de Jesús.

De cumplirse esta hipótesis, «los historiadores del futuro —incluso los del presente— pueden echar una mirada atrás a los intentos de construir el socialismo en el siglo XX y considerarlos como un conjunto de aberraciones exóticas en tierras remotas. Durante un corto tiempo lograron perturbar el curso principal de la historia, pero éste siguió su camino… mientras que los experimentos socialistas, condenados a desaparecer, dejaron tan sólo inocuas trazas»[39]

¿Puede terminar la experiencia soviética y la misma Revolución convirtiéndose en una nota a pie de página en los libros de historia? Los que creemos que la historia siempre se escribe desde el presenta, dudamos que esto suceda y queremos creer con el historiador británico Carr que: «En tanto el hombre se interese por explorar su pasado, nadie puede negarle títulos a la revolución de 1917en cuanto a uno de los grandes momentos de críticos de la historia».[40]

Tras la caída de la URSS y el camino emprendido por China, sin llegar a mencionar Corea del Norte, la corriente ideológica imperante impone «modernizar el pasado» y condenar en bloque la revolución desde el presente actual. Sin embargo, cien años después del acontecimiento, la «batalla por el relato» de 1917 continúa.

¿Era posible la reforma en la Rusia prerrevolucionaria?

Es frecuente que los historiadores especulen sobre alternativas posibles al acontecimiento que terminó sucediendo. Este tipo de reflexiones no son ociosas ya que obligan a repensar y profundizar en la investigación sobre los factores que finalmente acaban por explicar por qué ocurrió lo que la historia registra.

En el tema que nos ocupa, a finales de la década de los años sesenta del siglo pasado, se planteó un debate sobre que hubiera podido suceder en la Rusia de los zares si no se hubiese producido el «accidente» de la guerra. Distintos autores plantearon que de no haber participado Rusia en la Primera Guerra Mundial el proceso modernizador iniciado en la última década del siglo XIX se habría desarrollado al modo occidental, esto es, en dirección hacia el capitalismo y la democracia parlamentaria, lo que hubiera impedido el triunfo de los bolcheviques en 1917.

Esta hipótesis obligaba a enjuiciar el proceso de industrialización ruso iniciado en los años noventa del siglo XIX por el Ministro de finanzas Witte, que en una fase posterior a 1910 experimentó una notable aceleración. El grado de madurez de ese proceso señalaría la capacidad de modernización del antiguo régimen.

Un factor que contribuyó a que se planteara esa cuestión fue la publicación en 1960 del libro *Las etapas del crecimiento económico*[41] escrito por el economista norteamericano Walt Rostow (profesor del Massachusetts Institute of Technology) en el que planteaba una teoría sobre el crecimiento económico en cualquier país a través de cinco etapas. La primera de estas etapas o estadios correspondería a la sociedad tradicional y arcaica. En el curso de la segunda aparecería —generalmente en una nación de estructura estatal centralizada— un grupo de empresarios dinámicos. Rostow designaba con la expresión «despegue» (*Take off*) la tercera etapa, durante la cual la economía vería duplicada su tasa de inversión. La cuarta etapa sería «la marcha hacia la madurez», caracterizada por una penetración ampliada del progreso técnico, que prepararía el quinto estadio: la era del «consumo de masas». Para Rostow, la fase decisiva era el «despegue», en la que el crecimiento se transformaría en un fenómeno normal.

Apoyándose en esta teoría se extendió la tesis de que Rusia había alcanzado ya el estadio del despegue (*Take-off*) antes de 1914. De ser así no

podría ponerse en duda, ni se podría hablar de fracaso, al enjuiciar la estrategia de desarrollo seguida por los gobiernos zaristas. Esta valoración fue también aceptada por algunos críticos de Rostow, como, por ejemplo, Alexander Gerschenkron.

Gerschenkron,[42] un economista de origen ruso residente en Estados Unidos, sin coincidir con Rostow, explicaba el desarrollo industrial en Rusia a través de un modelo distinto al inglés, que había servido de base a la teoría marxista, según lo había desarrollado Marx en el capítulo XXIV de *El Capital*, al analizar el proceso de acumulación primitiva. Para Gerschenkron, la acumulación primitiva no habría procedido de profundas transformaciones en el mundo agrario sino que habría sido sustituida en Rusia en su fase inicial por la inversión estatal con la ayuda de préstamos de capital extranjero y de una política fiscal restrictiva; luego, en los últimos años que precedieron a 1914, principalmente por medio de la inversión de capital de las desarrolladas entidades bancarias rusas.

La elevada tasa de crecimiento de la producción industrial indicaba claramente en vísperas de la guerra que la expansión económica de Rusia parecía estar suficientemente asegurada. Por lo tanto, los fundamentos del derrumbamiento del imperio zarista tenían que buscarse en la crisis bélica que provocó el devastador conflicto. La Primera Guerra Mundial habría interrumpido bruscamente ese progreso pacífico y habría desatado las tensiones sociales y políticas que condujeron a la Revolución.

Lo cierto es que de 1908 a 1914, Rusia experimentó un gran boom, con una tasa de crecimiento del 8,8 por ciento. Los ingresos del Estado se duplicaron, hasta llegar casi a cuatro millones de rublos en 1913-1914. El número de bancos también se duplicó, alcanzando la cifra de 2.393; sus recursos aumentaron en 2.500 millones de rublos hasta llegar a 7.000 millones; y el valor de las «operaciones del activo» ascendió a cerca de 7.200 millones de rublos, al invertir los bancos, —especialmente los trece grandes bancos de San Petersburgo, tales como el Peterburgski mezhdunarodni y el Azovsko-Donskoi, que dominaban el proceso— grandes sumas.

La creciente prosperidad se puso de manifiesto en el aumento en un 250 por ciento de los depósitos ordinarios de los bancos. La construcción sirvió de estímulo a la industria metalúrgica, que a su vez sirvió de estímulo a la minería del carbón. En la producción de lingotes de hierro, el índice

básico, subió en Rusia cerca del 74 por ciento, frente al 32 por ciento en todo el mundo y al 50 por ciento en Alemania; las obras de ingeniería y la metalurgia subieron cerca del 75 por ciento, frente al 42 por ciento de Alemania. En Moscú dio comienzo la industria química, seguida de las industrias eléctricas, que constituyeron un cártel en 1912 llamado Elektroprovod (para cables).

De 1910 a 1913 aparecieron 757 nuevas compañías, añadiendo un capital en acciones de 1.112 millones de rublos al capital de 1000 millones de las compañías existentes. En las estadísticas de la inspección de fábricas se observaba un claro proceso de concentración industrial y del empleo de un mayor número de trabajadores por fábrica. En 1900 unas 25.000 fábricas, con un capital de 3.200 millones de rublos, empleaban a 2.040.000 trabajadores; en 1908, con un capital de 4.300 millones de rublos 22.600 fábricas daban empleo a 2.500.000 trabajadores. En 1913, 2.900.000 trabajadores estaban empleados en 24.900 fábricas, con 6.600 millones de capital. La producción de carbón también subió de 1.019 millones de poods (1 *pood* 16 Kg.) en 1901 a 2.200 millones en 1913; la de acero, de 133.000 millones a 295.000 millones. En el sur, el consumo de energía se multiplicó por 3,3; y, por consiguiente, la productividad (por trabajador) también creció.

Subió la cantidad de dinero procedente de préstamos del exterior. Pero en relación con la inversión propia, bajó en 1914 en una quinta parte respecto a 1900; y cambió de dirección, abandonando los valores públicos, que eran seguros pero sin alicientes, por la industria, que parecía mucho más atractiva. En los viejos tiempos, los minerales de Rusia eran explotados por extranjeros. En vísperas de la guerra, se produjo un desarrollo bastante fuerte de las manufacturas rusas, incluso de las máquinas herramientas, y algunos estudios consideran que el país ya era entonces capaza de generar su propia inversión.

Si nos atenemos sólo a estos datos, podemos pensar que realmente Rusia estaba encamina en 1914 a mantener un proceso de crecimiento sostenido que le hubiera podido conducir a un modelo social y político similar al de otros países occidentales, sorteado así el trauma de la Revolución.

Para los que defienden estas tesis la situación de *Take-off* guardaría estrecha relación con la política de reformas iniciada por el presidente del Consejo de Ministros, Stolypin (1906-1911). Con la derrota del movimiento

revolucionario de 1905 y la postergación de los elementos de la oposición en la Duma imperial, el gobierno se habría asegurado, a partir del golpe de Estado de 1907, la lealtad de los empresarios capitalistas burgueses. Así mismo, la Constitución de la Duma habría favorecido, a las capas superiores, que constituían el soporte del Estado y avalaban el desarrollo del predominante poder agrario. Además, esta nueva constitución habría enseñado a los grupos políticos, con excepción de las izquierdas radicales, a acostumbrarse a las formas políticas legales y a servirse de sus derechos parlamentarios. Pero, ante todo, con la reforma agraria de Stolypin se habría intentado solucionar el principal problema social de Rusia que era el problema de la tierra.

Mediante la supresión del ordenamiento agrario tradicional, Stolypin habría sacado a la población campesina de la antigua vinculación comunal (*mir*) y le habría ofrecido nuevas posibilidades, como eran: la roturación de nuevas tierras cultivables, la ayuda crediticia estatal y la colonización interior que hacían prever la supresión de la masiva miseria agraria y el nacimiento de una economía campesina sana y rentable. A este respecto, Rusia se despediría de su pasado despótico, autocrático y patriarcal, para transformarse en un Estado de derecho capitalista burgués que no dejaría ninguna oportunidad a los revolucionarios.

Esta hipótesis no ha sido refutada solamente por los marxistas, sino también por historiadores de la economía no marxistas. A fin de cuentas, aunque el boom ruso fue impresionante, tenía sus puntos flacos.

Tom Kemp[43] cuestiona la eficacia y profundidad de las reformas de Stolipyn. Para este autor la rápida industrialización de la década de 1890, al coincidir con un período de hundimiento de precios agrícolas, no hizo nada por aliviar la posición de las masas campesinas. Parte de la carga impuesta por la industrialización recayó sobre los hombros de los campesinos a través de la elevación del nivel de impuestos indirectos, mientras que los precios de los productos industriales se mantenían elevados. El campesino seguía vinculado al *mir* (comuna campesina) y obligado a pagar por la redención de su servidumbre. En cualquier caso, la pobreza del campesinado le impedía constituir una base sólida para la expansión del mercado de bienes de consumo.

Tras la revolución de 1905, el gobierno hizo algunas concesiones a las peticiones constitucionales de la clase media y adoptó también un enfoque

decididamente distinto con respecto a la cuestión agraria, ya que decidió buscar su principal soporte en una clase de propietarios campesinos independientes.

Es cierto que esta nueva política se debía a Stolypin, antiguo Ministro del Interior convertido en presidente del gobierno el año 1906, cuyas experiencias en las diversas provincias le habían convencido de que la comuna aldeana era una institución corrompida. Pero, tal y como fue concebida, la reforma era fundamentalmente un tipo de respuesta, distinta a la represión, frente al temor permanente a una nueva insurrección campesina. El motivo central de Stolypin era éste, y no el propósito de que una reforma agraria del tipo propuesto pudiera ayudar a la industrialización.

El principio rector de la reforma fue permitir que la propiedad individual campesina se independizara de las tierras comunales. En otras palabras, pretendía buscar apoyo para el gobierno en el proceso de diferenciación que se había iniciado en el momento en que las relaciones de mercado habían penetrado en la aldea. Pero durante las primeras etapas de la reforma, los campesinos no se sentían inclinados a abandonar el *mir*, y la destrucción de la antigua aldea de campos abiertos entrañaba tal grado de complejidad que podía prolongarse durante muchas décadas.

Sin embargo, desde 1905 asistimos a un debilitamiento concreto de los antiguos lazos comunales y tradicionales. Hacia 1915, unos 2.500.000 campesinos habían solicitado título de propiedad separado y permanente sobre sus tenencias. Pero las reformas de Stolypin no resolvieron la cuestión agraria y la administración zarista no sobrevivió el tiempo necesario para ver sus efectos a largo plazo. En ese sentido tiene razón Gerschenkron cuando señala que la industrialización empezó en Rusia sin una reforma agraria previa o, por lo menos, sin una reforma agraria completa. Así la industrialización seguiría estando retrasada y distorsionada hasta que la estructura agraria se modificara más en consonancia con las exigencias del crecimiento industrial.

Todos los problemas de Rusia se reducían, mediante un análisis profundo, al de la cuestión agraria; sin embargo, ninguna de las transformaciones agrícolas fue lo suficientemente radical como para modificar de modo sustancial el núcleo de la Rusia tradicional y de los intereses dominantes en la sociedad y el Estado.

Para Bairoch,[44] también escéptico sobre el *Take off* en vísperas de la guerra de 1914, la economía rusa conservaba muchos aspectos de una economía subdesarrollada, la renta per capita representaba la tercera parte de la inglesa y el 44 % de la alemana. Según cálculos soviéticos posteriores, el ingreso per capita era solamente de 101,4 rublos, frente a los 300,4 de Alemania y los 406,6 de Gran Bretaña. Por otra parte, la participación de capitales extranjeros era tan elevada que convertía a la endeudadísima Rusia en un país muy próximo a una semicolonia.

En 1913, unos dos tercios de la población seguían apegados a la agricultura como forma de vida. El rendimiento medio por campesino, era muy bajo y atestiguaba la desgana o incapacidad del campesinado con respecto a su adaptación al cambio. Por otro lado, se habían asentado los fundamentos de una economía de signo moderno. El sector industrial, aunque sólo empleaba un pequeño porcentaje de la población global, estaba dominado por instalaciones a gran escala y de gran eficiencia tecnológica. En un mar de campesinos había emergido un proletariado industrial de cuño moderno, muy concentrado en torno a grandes plantas fabriles, muchas veces de propiedad extranjera. Esta combinación había demostrado ya su explosivo potencial en 1905; en los años de expansión que precedieron a la Gran Guerra, se estaba desarrollando hasta alcanzar el punto crítico.

Por tanto, en vista de los presupuestos estructurales de la economía política rusa, todo hace pensar que el intento de modernización, que quería implantar en Rusia el modelo de un capitalismo orientado a la economía de mercado, estaba destinado al fracaso.

Los estudios realizados desde el plano social y político también dejan traslucir el mismo escepticismo. Haimson[45] ha justificado con insistencia que la prosperidad coyuntural de los últimos años de la anteguerra fortaleció las reivindicaciones obreras y provocó fenómenos que recordaban al año 1905. En estas circunstancias, la política reformista perseguida por los mencheviques según el modelo alemán, se había hecho cada vez más cuestionable. Por el contrario, para los bolcheviques se habían abierto nuevas posibilidades de acción. En este sentido resulta revelador el aumento de la conflictividad laboral desde el inicio de la contienda, como señalan Diane Koenker y William Rosenberg[46]. En 1915, el 28 por ciento de los trabajadores de las fábricas participó en huelgas; en 1916, lo hizo el 50 por ciento y en tan sólo los dos primeros meses de 1917, el 35 por ciento (más de cua-

tro veces el ritmo de 1916). Según esta perspectiva, la guerra no había interrumpido un proceso de progresiva estabilización, sino que, más bien, había acelerado la crisis revolucionaria, cada vez más aguda.

Desde este punto de vista, puede caracterizarse el curso político interno del gobierno entre 1907 y 1914 como una estrategia represiva de pacificación. El Estado burocrático-policial ya no era capaz de adaptarse a la transformación socioeconómica. La toma de decisiones políticas manifestaba una progresiva irracionalidad; reflejaba la falta de orientación y la creciente inseguridad de las clases dominantes tradicionales. En este contexto se explica la ideologización de la política oficial bajo los signos del nacionalismo, el paneslavismo y antisemitismo.

La misma política exterior tenía esencialmente una función de válvula de escape a través del patriotismo, sin olvidar los intereses imperialistas que perseguían distintos sectores de las clases dominantes. Así, la entrada de Rusia en la Primera Guerra Mundial no debe entenderse sólo como producto del automatismo de las alianzas y por la ambición de políticos ineptos. La voluntad de afirmación de Rusia como gran potencia en el sistema de Estados imperialistas era, más bien, un elemento integrante de la razón política del antiguo régimen. Hemos de tener en cuenta que la preocupación de los Estados europeos en esa época no era evitar la guerra sino prepararse para ella.

No obstante, aunque no hubiera participado en la guerra la Rusia zarista no habría podido sobrevivir, porque resulta evidente que no era una sociedad que pudiera responder a los rápidos cambios de la civilización del siglo XX. En ese sentido, el estallido de la guerra sólo vino a acelerar el proceso histórico.

Tras la caída de la URSS las interpretaciones sobre la capacidad reformadora de la autocracia zarista reverdecieron. Se multiplicaron los trabajos que pretendían demostrar, una vez más, que el zarismo era un sistema mucho más racional y humano que aquel que le sucedió. Lo ridículo de esta revisión sobre el final del zarismo culminó con la santificación por la Iglesia Ortodoxa rusa, —la misma que había apoyado a Stalin— de Nicolás II. Bien es cierto que los estudios solventes siguieron sosteniendo lo que resulta incuestionable.

Para Robert Service,[47] «Ningún poder imperial antes de la Primera Guerra Mundial era más odiado que el imperio ruso… y tal como estaban las

cosas, el enfrentamiento revolucionario era prácticamente inevitable». Este autor considera como evidente que las luchas sociales eran continuas. Los resentimientos nacionales entre los no rusos iban en aumento. La oposición política se mantenía firme. La monarquía cada vez era más ampliamente percibida como una institución opresiva, obsoleta y que no se correspondía con las necesidades del país. Nicolás II había sido casi derrocado en 1905, y aunque había recuperado su posición, las tensiones básicas en el Estado y la sociedad no se habían atemperado. Con este análisis resulta difícil considerar que la vía de la reforma estaba asegurada antes de 1914.

En la interpretación marxista del asunto se hace hincapié en que Rusia, a pesar de su atraso, había entrado en la fase de desarrollo imperialista. Sin tener en cuenta la demora con la que Rusia se sumó al capitalismo, el imperio de los zares se había incorporado al nuevo estadio imperialista al mismo tiempo que los países capitalistas más desarrollados. Con anterioridad a 1917, concretamente en la banca y la gran industria de maquinaria, aparecieron en Rusia formas altamente desarrolladas de capitalismo monopolista. Así convivían en vísperas de la guerra un capitalismo financiero e industrial extraordinariamente modernizado con los restos del antiguo sistema de esclavitud feudal y con formas insólitamente bárbaras de opresión nacional y colonial. En esta multiplicidad contradictoria de la estructura socioeconómica, radicarían las causas de las conmociones revolucionarias de 1917.

Esta explicación de carácter general fue teorizada por Trotsky, que acuñó para definirla la expresión: «desarrollo desigual y combinado». «El desarrollo desigual, que es la ley más general del proceso histórico, no se nos revela en parte alguna, con la evidencia y la complejidad con que lo patentiza el destino de los países atrasados. Azotados por el látigo de las necesidades materiales, los países atrasados se ven obligados a avanzar a saltos. De esta ley universal del desarrollo desigual se deriva otra que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos de ley del desarrollo combinado, aludiendo a la aproximación de las distintas etapas del camino y a la combinación de distintas fases, a la amalgama de formas arcaicas y modernas.

La evolución de Rusia se caracteriza, ante todo, por su atraso. Sin embargo, un atraso histórico no significa una repetición de la evolución de los países avanzados con un retraso de cien o doscientos años, sino que engendra una estructura social completamente nueva, combinada, en la que al implantarse las últimas conquistas de la técnica y de la sociedad capitalistas en

las relaciones sociales de la barbarie feudal y prefeudal, las transforman y subordinan, creando así una relación original entre las clases».[48]

La economía industrial rusa dio un gran salto del trabajo gremial al manufacturero sin etapas intermedias. Debido a la incorporación de elementos capitalistas industriales la consecuencia fue un considerable aumento de la producción industrial prácticamente a la par de los países de Europa Occidental. No obstante, este enorme salto no fue realizado de manera endógena sino que fue inducido por la clase capitalista extranjera (la inversión extranjera) con el beneplácito de la clase dirigente rusa. Entre la revolución de 1905 y la guerra, Rusia dobló, aproximadamente su producción industrial.

Sin embargo una amplia concentración de capital industrial no es indicador de un amplio desarrollo, pues la producción es inseparable del consumo y el producto solo se realiza al ser consumido. El escaso poder adquisitivo del atrasado campesino ruso impedía el desarrollo del mercado interno y obstaculizaba el crecimiento. La propiedad de la industria también es un factor que muestra el verdadero desarrollo, pues una industria altamente productiva de una compañía extranjera solo rinde beneficios para ese país o compañía, no para el país que aporta la materia prima o la mano de obra. En el caso de la Rusia pre revolucionaria significaba que la industria pesada (metal, carbón, petróleo) se hallaba sometida casi por entero al control del capital financiero internacional, pertenecía a extranjeros. Así, la industria moderna de alta concentración de capital permitió la formación de una clase proletaria mal pagada pero altamente reivindicativa que terminó por tomar el poder.

Las contradicciones del desarrollo desigual y combinado posibilitaron que en la atrasada Rusia, el eslabón más débil de la cadena imperialista, se produjera la Revolución socialista que Marx pensó se iba a dar en los países del capitalismo más avanzado.

¿Una revolución espontánea?

La revolución de Febrero de 1917 a quien más sorprendió fue a los propios revolucionarios, según se desprende de los numerosos testimonios que muchos de ellos dejaron sobre el asunto.

Unos días antes de que se desataran las protestas a finales de febrero en Petrogrado, concretamente el 22 de enero, Lenin había afirmado en Zurich ante una reunión de las juventudes socialistas suizas: «Nosotros, los de la vieja generación, no veremos las batallas decisivas de la revolución que está por venir».[49] Por las mismas fechas, el menchevique Chkheidze, que se iba a convertir en el presidente del soviet de Petrogrado, dictaminaba: «Actualmente, no hay ninguna esperanza de lograr una revolución».

«Ni un solo partido se preparaba para la gran conmoción. Todo el mundo reflexionaba soñaba, presentía, sentía... ¿La revolución? Era demasiado inverosímil. Todo el mundo sabía que no era una realidad, sólo un sueño. El sueño de largos años difíciles. La esperanza de varias generaciones. Pero, sin creer en ella, yo corroboraba maquinalmente las palabras de la joven mecanógrafa que me acababa de decir: "Es el principio de la revolución"».

Así es como Nikolai Nikolaievich Himmer, más conocido con el nombre de Suhanov, periodista político, economista, vinculado al movimiento socialista, refiere su reacción cuando una joven mecanógrafa que trabajaba en el despacho vecino le anunció el derrumbamiento del sistema político ruso. Su incredulidad puede parecer sorprendente sabiendo que, informado de todo, se hallaba en el centro de la vida política de la capital y frecuentaba a todos los opositores. Pero comprendemos mejor a Suhanov recordando que, a finales del invierno de 1916-1917, nadie pensaba realmente en preparar la revolución.

Rememorando esa jornada del 23 de febrero Suhanov dirá más tarde: «que la ciudad estaba llena de rumores y envuelta en una sensación de trastorno, pero los contemporáneos habían visto trastornos de tales dimensiones docenas de veces antes… nada hacía sospechar que aquello fuera una revolución».[50]

Tampoco el responsable del buró ruso de los bolcheviques, Šlâpnikov, contemplaba una situación distinta: «Todos los grupos y organizaciones po-

líticas estaban en contra de una acción de masas en los primeros meses de 1917». El socialrevolucionario Zenzinov, que se enteró de lo que estaba sucediendo por los pasajeros en la plataforma de un tranvía, escribió más tarde que el movimiento huelguístico en Petrogrado «no podía ser considerado como anormal. Nadie pensó que aquella movilización presagiaba una revolución inminente». Apoyándose en una cita bíblica, el también socialista revolucionario, Mstislavski-Maslovsky fue el que mejor supo resumir cual fue la situación en la que se encontraron los revolucionarios cuando comenzó la Revolución en febrero: «Hemos sido sorprendidos como las vírgenes necias del Evangelio».

De esta sorpresa y estupor se desprende en términos de análisis político que la Revolución de febrero fue un movimiento espontáneo de las masas, así al menos estuvieron dispuestos a creerlo dos protagonistas sociales tan distintos como eran los mandos policiales y los anarquistas. El jefe de la policía zarista general Klimovich consideraba que febrero había sido un movimiento elemental: un fenómeno puramente espontáneo, y no el resultado de la agitación de los partidos.[51]

En el otro extremo del arco político-social los anarquistas rusos vieron en los acontecimientos de febrero la revolución que ellos siempre habían preconizado. Para el anarquismo la revolución social debía ser producto de un levantamiento espontáneo del pueblo oprimido. Numerosos textos de sus clásicos avalaban este presupuesto. Las masas hartas de su situación de explotación y de los engaños de los políticos se levantarían contra toda forma de poder y se auto-organizarían para dar respuesta ellas mismas a sus problemas. Estas ideas, combatidas sistemáticamente por muchos y especialmente, dentro de las políticas colectivistas, por la mayor parte de los marxistas, seguían vigentes en 1917 para los escasos anarquistas rusos que permanecían en el interior del Imperio.

La represión zarista se había cernido sobre el movimiento anarquista con la misma virulencia que sobre otras organizaciones opositoras de extracción popular. La mayor parte de sus teóricos se hallaban en el exilio y en Petrogrado sólo quedaban algunos elementos con escasa incidencia en el movimiento obrero. No obstante, eso no era obstáculo para que los más destacados de sus activistas juzgaran, aunque fuera desde la lejanía, que la revolución que acababa de comenzar era la que ellos siempre habían preconizado, y que el soviet que renacía en la capital era el instrumento de auto-

organización del que se dotaba el pueblo en su lucha contra toda forma de autoridad.

Volin, sobrenombre de Vsévolod Mijáilovich Eichenbaum, en una obra escrita años después en el exilio y titulada *La Revolución desconocida*, juzgaba los acontecimientos de febrero como una muestra ejemplar de espontaneísmo revolucionario. «El punto capital a destacar en tales hechos —escribía el ácrata— es que la acción de las masas fue espontánea… No fue organizada ni guiada por ningún partido político. Apoyada por el pueblo en armas, triunfó».[52]

Para los bolcheviques ya en los años veinte, la cuestión debía ser matizada. Los historiadores soviéticos del movimiento obrero como Mihail Solomonovich Balabanov trataron de explicar la bola de nieve que fue el movimiento huelguístico del mes de febrero como la culminación de un largo proceso de acumulación de fuerza y creciente solidaridad por parte de la clase obrera. Fue sólo después de la liquidación de la escuela historiográfica de Pokrovsky a principios de los años treinta, cuando la historiografía soviética adoptó la explicación de que había sido la sabiduría bolchevique y su infalibilidad política las que jugaron un papel importante en los acontecimientos de febrero.

Con la llegada del estalinismo al poder la idea del espontaneísmo de las masas en el proceso revolucionario se convirtió en herética en el más extenso sentido del término, eso quiere decir que fue perseguida y borrada de los textos. Hasta entonces era tenida por una interpretación errónea de los acontecimientos, sin llegar a presentar una explicación alternativa de lo que había sucedido en febrero. Con Stalin fue el Partido bolchevique, *Zeus ex machina*, el que pasó en los libros de historia a explicar quien había dirigido a las masas en su movilización.[53] De hecho, la obra del honrado bolchevique Šlâpnikov, que era el máximo dirigente del Partido en Petrogrado durante la Revolución de febrero, fue prohibida, por no corroborar en ella el papel que Stalin quería adjudicarle a la organización durante la revolución de febrero, y su autor fue obligado a retractarse antes de ser fusilado.

Con posterioridad, tras la muerte del autócrata, la historiografía soviética revisó la línea oficial de lo ocurrido en febrero implantada por Stalin. Así, Burdzhalov[54] admite que el manifiesto bolchevique al que hacía alusión la versión oficial en la Historia del Partido se elaboró tras el éxito de la insurrección y no el 26 de febrero.

Pero la aversión a considerar que lo que sucedió en febrero era el producto de un movimiento espontáneo de las masas debido a la guerra, al despotismo zarista y al deterioro en las condiciones de vida, tuvo otros seguidores en el campo del liberalismo y de la reacción.

Entre estos últimos la tesis de que la Revolución fue el resultado último de una conspiración judía o masónica, o de un hibrido de ambas, ha alimentado la producción de panfletos a lo largo de todo el siglo y aún sigue viva en publicaciones pretendidamente científicas.[55] Otra teoría de primera hora, que contó con numerosos partidarios y ha pervivido hasta nuestros días, es que realmente tras las movilizaciones en Petrogrado se hallaba la agitación llevada a cabo por la Duma. Hemos elegido un curioso testimonio autóctono de la misma que, leído desde el presente, causa estupor.

«En efecto, es bien sabido, cómo la chispa que desencadenó el movimiento revolucionario partió de los privilegiados elementos liberales como el gran duque Nicolás, el príncipe Lvov, Milûkov, o Rodzânko, que utilizaron la Duma como instrumento, Su plan consistía en hacer que estallaran desórdenes en Petrogrado y, a favor de ellos, lograr que el zar abdicase en su hijo bajo la regencia del gran duque Miguel; para esto, nada mejor que —aprovechando el descontento general hacia la guerra y la miseria subsiguiente—, extender el rumor entre la población de que pronto faltaría el pan…

¿Era realmente tan grave la situación alimenticia de Petrogrado? Según creemos saber hoy, no en absoluto, ya que al menos, había harina para abastecer tres semanas a la población. De todas formas, la guerra había provocado una crisis general agrícola, pues su potencial humano más eficaz había sido absorbido por el ejército, y no había posibilidad de procurarse repuestos de maquinaria o de aperos de labranza; la producción declinó entonces de forma alarmante y en el invierno de 1916 a 1917 las grandes ciudades comenzaron a pasar hambre. Lo cierto es que fuese o no grave el problema, el ataque de la Duma dio resultado».[56]

Este tipo de obras merece poco interés, sin embargo la de George Katkov: *Russia 1917: The February Revolution*, aunque tuvo escasa resonancia entre la investigación responsable, volvió a plantear al tema del espontaneísmo de las masas. Para este autor se debe intentar buscar explicaciones razonables, que no se hayan dado hasta el momento, a lo que ocurrió. La ignorancia

de los investigadores no les pude servir de excusa, ni les permite seguir hablando de «un movimiento elemental y espontaneo, o diciendo que «la paciencia de los trabajadores había alcanzado el punto de ebullición...». Según Katkov, estos clichés estándar sólo evaden y nublan el tema. Un movimiento de masas a esta escala y en ese momento no habría sido posible sin algún tipo de dirigentes actuando detrás de él. A los Comités revolucionarios clandestinos y experimentados, actuando bajo las directrices de las organizaciones de partido, no les había resultado fácil en ocasiones anteriores movilizar a los trabajadores para manifestaciones en una escala mucho más pequeña que las de febrero de 1917.

«La teoría de un elemental (*stikhiynoe*) movimiento espontánea del proletariado de Petrogrado es sólo el reconocimiento de nuestra incapacidad para explicar el curso de los acontecimientos. ¿Por qué se produjeron estos movimientos entonces, y sólo entonces, en Petrogrado?».[57]

Katkov reconoce que los partidos más importantes en la clandestinidad: bolcheviques, mencheviques y socialrevolucionarios, fueron los primeros en sorprenderse por la envergadura de los acontecimientos. Aunque todos ellos desarrollaban una labor de agitación, en la medida de sus posibilidades y estrategias, ninguno agitaba abiertamente por cuestionar de modo frontal el régimen zarista. La única excepción que este autor señala es la organización denominada Comité Interdistritos más conocida comúnmente como *mezhrayonka*. Una organización de delegados de los trabajadores de los distintos distritos industriales del capital, que fue especialmente activa durante la guerra. Influida ideológicamente por Trotsky y por las tradiciones del soviet de Petersburgo de 1905, pasó a integrarse en agosto de 1917 en el partido bolchevique y ya nadie en ella tuvo interés en recordar su actividad política independiente antes de la fusión.

Sin embargo, en febrero de 1917, la *mezhrayonka* parece haber demostrado más iniciativa por conseguir la movilización de las masas trabajadoras que cualquier otro grupo revolucionario de la capital. Balabanov apuntó que la *mezhrayonka* había publicado un folleto que contenía consignas tales como: «¡Abajo la autocracia» «¡Viva la revolución», «Viva el gobierno revolucionario», y «Abajo la guerra». Si esto es así, se demuestra que el plan para un determinado intento de movilización a gran escala, que había sido abandonada por los bolcheviques después del fracaso de febrero de 1916, fue adoptado por la *mezhrayonka* y que lo llevó a cabo con considerable éxito.

Y, sin embargo, es difícil creer que un pequeño grupo revolucionario como el Comité Interdistritos pudiera, sin ayuda alguna, organizar un movimiento a tal escala. Además, tampoco parece que existiese esta determinación por parte de sus líderes. El socialrevolucionario Zenzinov, contó años después, que el mismo 23 de febrero participó con Yurenev, dirigente de Interdistritos, en una reunión con varios políticos liberales de la Duma, y que en ella el dirigente de *mezhrayonka* se mostró pesimista respecto al futuro de las movilizaciones que se estaban produciendo.

Descartada por Katkov la posibilidad de que la *mezhrayonka* tuviera la fuerza y la intención de provocar la Revolución en febrero, el historiador tiene que buscar otra explicación a su tesis y la encuentra en los agentes alemanes que actuaban en la capital para precipitar la salida de Rusia de la guerra.

Esta tesis ya había sido apuntada en época temprana por Milûkov, pero Kérensky fue uno de los primeros en descartarla: Milûkov estaba simplemente expresando su visión. Los resortes ocultos de la sublevación popular necesitaban una explicación, y la intervención de los agentes alemanes proporcionó esa explicación ante el sorprendente éxito de esa «revolución sin revolucionarios».[58]

Es cierto que los alemanes invirtieron importantes sumas de dinero para fomentar distintas corrientes revolucionarias en Rusia buscando que el régimen zarista se viera obligado a abandonar la guerra por las presiones internas y la desestabilización política. La apertura de los archivos germanos después de la Segunda Guerra Mundial ha permitido documentar este hecho. Pero la tesis de la conjura no puede convencer, y, a pesar de la persistente atención que se concedió durante mucho tiempo a la política seguida por los alemanes para fomentar la revolución, y en especial a la ayuda económica prestada a las organizaciones clandestinas, ni la caída del zarismo ni los acontecimientos posteriores pueden ser consideradas como obra de agentes alemanes.

La opinión predominante atribuye la revolución de febrero a un espontáneo movimiento de masas, que se explica por la desesperación de las gentes y la carestía producida por la guerra.

Según Trotsky la revolución fue preparada por la actividad de las organizaciones legales e ilegales, junto con los trabajadores y los soldados de

la capital. No fue espontánea, pero si fue anónima. El soviet y el Comité de la Duma supieron utilizar de inmediato el poder y la fuerza social que las primeras manifestaciones habían puesto en movimiento.[59]

Recientemente se ha vuelto a retomar el tema. Jason Yanowitz en un artículo de la *International Socialist Review*[60] ha intentado matizar la tesis del espontanéismo, apoyándose en trabajos como los de David Mandel[61] o Michael Melancon.[62] Para estos autores, gran parte de las tesis sobre el espontaneísmo se basan en las memorias escritas en la década de 1920. Por ejemplo, los historiadores citan Kaûrov, que formó parte del Comité bolchevique del distrito de Vyborg, pero dejan a un lado otros muchos testimonios registrados en folletos, cartas, periódicos, e informes de los agentes de la misma policía secreta (*Okhrana*). Informes que según estos historiadores son particularmente valiosos, y a los que debemos considerar entre las mejores fuentes disponibles. En esta revisión del problema, febrero fue el producto de la acción y el esfuerzo concertado de los cuadros revolucionarios de una serie de grupos, que trataron de generalizar y extender cada una de las movilizaciones de los trabajadores. Realmente lo que proponen estos estudios aporta pocas novedades y descansa en el razonamiento filosófico de: «lo cuantitativo se convierte en cualitativo». Todos estos luchadores querían la revolución, todos trabajaban para ello, no eran dirigentes relevantes, pero eran activistas convencidos y consecuentes; ninguno creía que lo que deseaban estuviera tan cerca, sin embargo se esforzaban por conseguirlo, y finalmente la revolución llegó en febrero.

¿Dos revoluciones y un golpe de Estado?

Otro viejo debate entre historiadores es el de los distintos modos de conceptualizar el conjunto de acontecimientos que condujeron a la instauración del régimen soviético y al nacimiento de la URSS, considerada durante mucho tiempo por el estalinismo como la «patria del proletariado» o «el primer Estado socialista de la Historia».

El tema no es un mero asunto de periodización cronológica, cuestión tan susceptible de polémicas entre especialistas en distintos momentos del estudio histórico. En el caso que estamos tratando la cronología está impregnada de ideología, conducente, en un sentido u otro, a considerar de un modo determinado el tiempo histórico que se pretende definir.

Hoy, tras la caída de la Unión Soviética, los historiadores al uso suelen denominar con el apelativo de Revolución rusa al conjunto de hechos y acontecimientos que se sucedieron en el antiguo Imperio de los zares desde las últimas décadas del siglo XIX hasta el final de la Guerra Civil, o hasta el asentamiento en el poder de los soviets. Así, la monumental obra de Figes[63] abarca desde 1891 hasta 1924 y la de Kochan,[64] de 1890 a 1918. Esta cronología «larga» ya había sido adoptada hace mucho tiempo por otros tratadistas, como por ejemplo Chamberlin en 1935. Prestando una mayor o menor atención al período inicial y sin recoger el devenir de la Guerra Civil, un marxista como Trotsky también utiliza la misma denominación de Revolución Rusa para titular su obra (1929/1930).

Desde 1917, el uso general del lenguaje incluyó en la expresión «revolución rusa» aquellos acontecimientos destacados que pueden considerarse grandes jalones de toda una época revolucionaria. Para los primeros historiadores soviéticos el «carácter clasista demoburgués» configuraría un período más concreto que se iniciaría con la revolución de 1905 y llegaría hasta la Gran Revolución Socialista de Octubre de la que hablaremos más adelante. Desde esa perspectiva, se relacionarían en una sola secuencia temporal de la lucha de clases la «primera revolución rusa» de 1905 y la revolución de febrero o «segunda revolución rusa», que habrían sido seguidas de la revolución de Octubre. Esta última, dada su naturaleza de revolución proletaria, no podría ser denominada sin más como la «tercera revolución», diferenciándola así claramente de las anteriores por su importancia.

La vinculación en un solo período revolucionario de los acontecimientos de 1905 y de febrero de 1917 ya fue establecida por el mismo Lenin,

que consideró la revolución de 1905 como un «ensayo general» de 1917. Con la aceptación de las Tesis de abril por el partido bolchevique se habría abierto una nueva etapa en el proceso, que iba a culminar con la Gran Revolución Socialista de Octubre. A este respecto, desde una perspectiva marxista, Octubre habría sido el desenlace lógico de una lucha sostenida durante largo tiempo; mientras que la ciencia histórica no marxista rechazaría que al proceso histórico le fuera inherente una «lógica interna», y mucho menos la del marxismo.

Sin embargo, la fórmula «Gran Revolución Socialista de Octubre» se hizo usual en la historiografía soviética como concepto que aludía a un período más o menos delimitado, que abarcaría el espacio de tiempo comprendido entre la vuelta de Lenin a Rusia el 3 de abril de 1917 y la aceptación de la Constitución de la URSS por el V Congreso de Soviets de todas las Rusias el 18 de julio de 1918. Con esa fórmula, convertida en coletilla, se quería subrayar como un acontecimiento singular y único en la historia de la humanidad la llegada al poder de los trabajadores, la unión de distintas naciones en el nuevo Estado de la URSS, y también las dimensiones internacionales de un hecho que anunciaba un proceso imparable de transformación político-social a nivel mundial.

De ese modo, en la Unión Soviética y en los países socialistas, la expresión «Gran Revolución Socialista de Octubre» remitía a un gran acontecimiento celebrado con fiestas oficiales de aniversario los días 7 y 8 de noviembre (nuevo calendario) de cada año. En ellas se hacía referencia de modo preciso al cambio de poder que tuvo lugar el 25 y el 26 de octubre de 1917 en Petrogrado según el calendario juliano, que entonces regía en Rusia.

A la historiografía soviética tampoco le importaba utilizar el concepto de «revolución» para denominar lo acontecido en Petrogrado durante unos pocos días. Fuera del mundo comunista era usual emplear el mismo concepto por analogía con la expresión «Revolución de Febrero», que servía para designar la caída de la monarquía rusa, ocurrida ocho meses antes. No obstante, muchos historiadores occidentales rechazaban el término «revolución» para referir lo acontecido en octubre, sustituyéndolo por expresiones tales como: «golpe de Estado», «golpe» o «subversión».

A esto contribuía que el proceso se resolviese, en cuanto a la toma del poder, y en cuanto a la proyección simbólica, en las casi incruentas jornadas

del 25 y el 26 de octubre (7 y 8 de noviembre). No hubo entonces en Petrogrado manifestaciones callejeras, grandiosos desfiles, cargas de la policía, ni siquiera verdadera efervescencia popular y sólo se contaron unas cuantas víctimas. No hubo víctima alguna durante el día en las jornadas del 25 y el 26, y en la toma del Palacio de Invierno, se produjeron cinco muertos entre los asaltantes del primer momento y ninguno entre los sitiados.

No obstante, estas jornadas venían preparadas por un lentísimo crescendo de agitación, de disturbios, de manifestaciones; por el desbordamiento multitudinario, los choques de grupos y de clases, las crisis políticas y las escenas de violencia que se sucedieron durante varios meses; y cada día se sentía que todo aquello no era más que el preludio de sacudidas más formidables aún. Pero cuando estalló la conmoción final, cuando se produjo el desgarramiento definitivo de Octubre, este hecho adoptó la forma inesperada de un episodio casi anodino.

Víctor Serge, escritor y militante revolucionario, decía con un cierto matiz de decepción: «Todo se consumó con tal sencillez y facilidad, que uno podía creerse en la víspera de cualquier parada militar. ¡Qué poco se parecía aquello a las escenas revolucionarias que conocemos por la historia!».

Así pues, el desacuerdo sobrevenía por dos motivos: el término revolución no podía utilizarse para designar lo que ocurrió en unos pocos días, aunque «conmovieran al mundo», tal y como consideró el periodista norteamericano John Reed; y no era tampoco apropiado para denominar la toma del poder por una minoría que iba a implantar una dictadura conducente de modo «inevitablemente» a los horrores del terror estalinista.

Así pues, las discrepancias en esta cuestión también van más allá de un problema de mera conceptualización y cronología, y en algunos aspectos permanecen vivas en la actualidad. Para poderlo apreciar mejor, detengámonos un momento en analizar a que hacen referencia los conceptos: «revolución» y «golpe de Estado».

Revolución en el leguaje político es un término moderno que nació con la contemporaneidad a finales del siglo XVIII, con el se aludiría a un cambio político más o menos brusco que pretendería modificaciones en profundidad sobre la realidad existente, bien en el plano político institucional o en otros planos como el social y el económico. No obstante, para muchos politólogos sólo se podría hablar de revolución si el protagonista de

esos cambios eran las «masas», es decir: amplias capas de la población, que se encargarían de impulsarla y sostenerla. La duración de un proceso de esta naturaleza podría ser variable y forzosamente pasaría por distintos momentos hasta alcanzar una fase de estabilización, momento en el que consideraríamos establecido el nuevo orden.

En este sentido, el golpe de Estado podría formar parte del proceso revolucionario, aunque las lecturas que vulgarmente se hacen sobre los dos términos suelen contraponerlos con connotaciones muy distintas. Un politólogo lo explicaba así: «En la contraposición entre revolución y golpe de Estado, los dos términos asumen un manifiesto significado emotivo. La revolución recibe una coloración del todo favorable, en cuanto se presenta como obra del pueblo, de las masas, como trastrocamiento social, como tendencia hacia el progreso; el golpe de Estado asume, en cambio, una connotación netamente desfavorable en cuanto se caracteriza por ser obra de un pequeño grupo dominante para reforzar más su poder impidiendo la posibilidad de cambio, como una actividad francamente reaccionaria».[65]

En general este análisis parece correcto pero no acaba de abarcar la multiplicidad de casos que se pueden dar bajo los dos conceptos que estamos analizando. Aunque en los estereotipos podamos simplificar diciendo que la revolución proviene de abajo, mientras que el golpe de Estado proviene de arriba, que la primera busca el cambio favorable a las mayorías, mientras que el segundo persigue el inmovilismo que beneficia a las élites, la utilización de estos términos y su concreción histórica pasará siempre por el filtro de las ideologías, y el caso del octubre ruso no será una excepción.

La conceptualización peyorativa de lo ocurrido en Petrogrado en octubre de 1917 calificándolo como «golpe de mano» comenzó muy pronto. Esta era la opinión de Kritchevsky, corresponsal en la capital del periódico francés *L'Humanité*, en una carta dirigida al diario y fechada el 30 de octubre.

«Fue un complot en toda la extensión de la palabra. No fue un complot de obreros armados. Fue un complot militar, realizado por los pretorianos bolcheviques de la guarnición inactiva, relajada y podrida de Petrogrado, con la ayuda de los marinos y de algunas pequeñas unidades de la flota del Báltico entregada a los bolcheviques... No, los obreros de Petrogrado no merecen, a pesar de todo, la sangrienta injuria de estar asociados al golpe

de Estado de los Bonaparte del bolchevismo, epíteto aplicado a Lenin y Trotsky por la *Rabotchaia Gazeta* (El Diario Obrero), órgano del Comité central del partido menchevique».

La víspera, otro gran diario de la capital rusa, socialrevolucionarioéste, el *Dielo Narodna* (La Causa del Pueblo), había sostenido el mismo punto de vista: «Una revolución es el levantamiento de todo un pueblo. Ahora bien —se preguntaba el anónimo redactor—: ¿quién ha reconocido la «segunda revolución» de los señores Lenin, Trotsky y consorte? Un pequeño número de obreros, soldados y marinos que han conseguido engañar, y nadie más».[66]

La tesis de un complot realizado por una pequeñísima minoría audaz ha gozado del favor de muchos historiadores occidentales y la podemos considerar dominante en los estudios sobre este tema. Para algunos el «golpe» se pudo dar y fue exitoso gracias a la férrea disciplina del partido bolchevique,[67] para otros fue la desorganización del propio gobierno Provisional la que propició que un pequeño grupo perfectamente organizado se hiciera con el poder.[68] Según otros, fueron las circunstancias excepcionales provocadas por la guerra las que permitieron dar el golpe.[69] Para el periodista italiano Curzio Malaparte, que comenzó militando en el fascismo y ya anciano murió declarándose maoísta, el octubre ruso fue, sobre todo, el producto del genio táctico de Trotsky.

Según Malaparte,[70] en Petrogrado se conjugaron dos secuencias sucesivas y diferentes: la estrategia revolucionaria desplegada por Lenin y la táctica de Trotsky, creador de la técnica del golpe de Estado. Trotsky —según Malaparte— comprendió perfectamente que la naturaleza del Estado moderno difiere sustancialmente de la del Estado del siglo XIX y presenta órganos vitales indispensables para su subsistencia pero extremadamente vulnerables, al menos en determinadas circunstancias. Mientras el propio Comité Militar Revolucionario soñaba todavía en su conjunto con una clásica insurrección contra el gobierno, fundada en la intervención de las masas, Trotsky, que era presidente de este comité logró, en cambio, que prevaleciera la idea de una conquista técnica del Estado mediante una serie de golpes realizados por pequeñas cuadrillas de «especialistas».

Para sus colegas era necesario desencadenar a las masas bolcheviques contra las sedes del gobierno, los ministerios, la Duma, los puestos militares; para Trotsky, se trataba, en cambio, de conquistar los centros reales de poder

y de control de la capital de un Estado moderno: vías de comunicación, puentes, puertos, estaciones de ferrocarril, acueductos, gasómetros, centrales eléctricas, telegráficas, telefónicas, bancos, periódicos, etc. Esta conquista fue indudablemente más fácil. Se necesitaban, como dijo él, con una fórmula destinada a hacerse famosa: «brigadas de hombres armados mandadas por ingenieros».

A esa táctica se debió la posibilidad de que los bolcheviques conquistaran el poder casi sin disparar una bala. Las grandes masas no entraron en acción. No hubo encuentros dramáticos con las tropas y no se verificó nada de lo que una imaginación educada en los acontecimientos históricos puede asociar con la idea de una revolución.

Visto así, Octubre parecería el resultado de un complot blanquista. Sin embargo, el gran miedo de los bolcheviques era que su revolución pasara por un complot y que Octubre, renegando de Marx, no fuera, en definitiva, más que la simple aplicación de las ideas de Blanqui.

El revolucionario francés Louis-Auguste Blanqui fue, durante el siglo XIX, el teórico del golpe de Estado preparado y realizado por un estrecho círculo clandestino de conspiradores. Según él, un pequeño grupo muy cohesionado es capaz, mediante una acción repentina, de apoderarse del poder y arrastrar después a las masas por el camino de la revolución. Marx había condenado muchas veces y con vehemencia esta teoría «conspiradora», y para Lenin el blanquismo, no era otra cosa que «un complot militar no organizado por el partido de una determinada clase y promovido sin tener en cuenta los factores políticos y la situación internacional». Trotsky superó en la praxis esta teoría, resolviendo el problema de la conquista del poder con la acción combinada del partido, de los soviets y de las escuadras de acción, en una situación revolucionaria.

Desde esta óptica, queda claro que la considerada como una revolución fue en realidad un «accidente» histórico que se podría haber evitado. Así, según estas interpretaciones, ni la «lógica de la Historia», ni la voluntad del pueblo ruso tuvieron nada que ver con lo que ocurrió en octubre, acontecimiento que se explicaría por la habilidad de los dirigentes bolcheviques y la incompetencia de sus adversarios.

Pero no todos opinaban o han opinado lo mismo. El anarquista Volin, poco sospechoso de simpatizar con los bolcheviques, consideró que octubre

no fue un golpe de mano llevado a cabo por un pequeño partido revolucionario. Para el ácrata: «No fue ni una élite ni un partido político, ni Lenin ni Trotsky los que hicieron la revolución —interpretación de todos los autoritarios: burgueses, socialistas y comunistas, que, psicológicamente, no pueden concebir las cosas de otro modo—, sino las grandes masas armadas del pueblo trabajador de las ciudades y los campos».[71]

Dos corresponsales de guerra norteamericanos, testigos de la revolución en Petrogrado, coinciden con el anarquista sobre el papel determinante de las masas durante la insurrección de octubre. El primero, Albert Rhyss Williams en su entusiasta libro *A través de la Revolución rusa*, titula un capítulo: «Las masas conducen la revolución». «En Smolny —escribe— está el Comité Militar Revolucionario, de donde reciben órdenes las masas. Pero hay otro comité: el comité de los cien mil. Son las mismas masas. Ni calle, ni cuartel, ni edificio donde reunirse… son los porteros, los *maitres d'hótel*, los cocheros, los mecánicos, los soldados, los marinos, los que cubren la ciudad como una red. Todo lo ven e informan de todo al cuartel general».[72]

John Reed, a través de todo su libro *Diez días que conmovieron al mundo*, —que después inspiraría a Einsenstein el guión de su película *Octubre*— canta igualmente al «pueblo anónimo que se hincha como una marea y todo lo sumerge». Sin embargo, al tiempo que rechazaba la idea de un complot urdido por un pequeño número de individuos decididos, John Reed no dejó de admirar el papel que interpretaron los jefes, y en su libro dedica un gran espacio a los más prestigiosos de entre ellos: Lenin y Trotsky.

Sin embargo, se ha hablado mucho de «golpe de Estado», de «putsch» y más aún de «conspiración». De aceptarse tales versiones, la caída del gobierno provisional sólo se debió a un grupo de conspiradores que, agazapados en la sombra, prepararon su solapado golpe sin preocuparse de la voluntad popular ni de las consecuencias que acarrearía su acción.

Suhanov, que nunca aceptó adherirse al bolchevismo, ni aun cuando éste triunfó, dice a este respecto: «Hablar (a propósito de Octubre) de conspiración militar antes que de una insurrección nacional, es completamente absurdo, porque el partido bolchevique se hallaba ya, de facto, a la cabeza de todo el poder real y contaba con la inmensa mayoría del pueblo».

Según los historiadores soviéticos, la Revolución de Octubre fue la realización acelerada del deseo de la gran mayoría del pueblo ruso.[73] Si Fe-

brero, por su naturaleza, fue una revolución burguesa, Octubre fue, en su génesis, en su desarrollo y en sus fines, una revolución esencialmente popular. El mismo éxito de la insurrección y la permanencia del régimen, que fue su consecuencia, abonan esta interpretación.

Un siglo antes, durante la Restauración que siguió a la Revolución francesa, Pierre Daunou, antiguo diputado de la Convención republicana, convertido ya en miembro del Instituto y profesor del Colegio de Francia, escribía: «Es una suposición pueril pensar que una amplia revolución es obra solamente de un pequeño número de ambiciosos, que estalla en el seno de un gran pueblo y que lo agita enteramente a pesar de él y sin su concurso. Es posible que este pueblo se haya sentido arrastrado más allá de los límites que se había fijado; que haya desaprobado los excesos; pero si sus necesidades, sus sentimientos, sus opiniones no hubieran provocado o secundado los primeros movimientos, si se hubiera negado a aplaudirlos y a participar en ellos, todo habría quedado necesariamente reducido a unas intentonas que el gobierno hubiese reprimido con pleno éxito. Todo gran cambio operado en el sistema político de una nación es querido, consumado y aprobado por ella».[74]

El mismo Stalin avanzó una explicación similar para justificar como la inmensa mayoría del ejército se sumó tácitamente a la estrategia bolchevique. «Un solo partido político no habría tenido esos resultados. Nosotros éramos 200.000 y 200.000 hombres no pueden destruir un ejército de veinte millón de hombres por su sola influencia».[75]

De importancia decisiva para la realización y progreso de la Revolución bolchevique fue la actitud de las tropas en el frente. En el momento de la sublevación de octubre la mayoría de los comités de soldados, sobre todo aquellos de los niveles más altos de la tropa, no eran aún bolcheviques. Por otra parte, el gobierno provisional había perdido casi por completo la confianza de los soldados. Esto se demostró, cuando Kérensky no consiguió conducir tropas del frente contra los bolcheviques en Petrogrado. La postura básica de los soldados del frente en las primeras semanas después del levantamiento de Octubre era la de una neutralidad expectante. «Absolutamente ningún soldado para Kérensky y ninguno para los bolcheviques», decía una resolución del Comité de la VI Ejército. Pero poco a poco los bolcheviques consiguieron, sobre todo con la ayuda de los decretos propagandísticos sobre la paz y la tierra, y el apoyo de los socialrevolucionarios

de izquierda, conquistar los diferentes comités de tropa. Los soldados del frente Norte y del frente Este fueron los primeros en unirse al cambio revolucionario. En el V Congreso militar del XII Ejército, inaugurado en Wenden el 9 de noviembre, el bloque izquierdista obtuvo en la votación decisiva el apoyo al nuevo gobierno. Y a mediados de diciembre los bolcheviques tenían en el I Congreso de todo el frente Norte una mayoría aplastante.

Para el historiado de la Revolución, Mac Ferro,[76] no resulta fácil tomar partido sobre el tema. Es muy posible que se pueda considerar las jornadas de Octubre como un mero golpe de Estado, pero para Ferro no fueron sólo eso.

Por otra parte hablar de la «férrea disciplina bolchevique» es desconocer la realidad del partido en esos momentos. En el I Congreso de organizaciones bolcheviques de Transcaucasia, celebrado en Tiflis del 2 al 7 de octubre, la delegación de Tiflis afirmó la posibilidad de ocupar pacíficamente el poder y pidió la formación de un frente común con los mencheviques. La existencia de dos tendencias en el seno de la organización era manifiesta. Zinóviev y Kámenev se opusieron formalmente en el máximo órgano de dirección a la toma del poder en aquellos momentos y lo hicieron público a través de la prensa. Por tanto, podemos suponer que hubo bolcheviques que no secundaron la toma del poder en octubre, mientras que otros que no pertenecían al partido participaron en ella de modo entusiasta.

Así mismo, es necesario tener presente que la fuerza relativa que tenían los bolcheviques en los soviets, tantas veces sacada a colación por distintos autores,[77] nos obliga a considerar que sin el apoyo de la mayoría de estos organismos le hubiera resultado muy difícil al partido de Lenin hacerse con el poder. Muchas veces los soviets locales adoptaban las consignas bolcheviques sin ser por eso bolcheviques, pero convencidos de la necesidad de reclamar la paz inmediata, el poder para los soviets y la tierra para los que la trabajaban. Hemos también de tener en cuenta que esos mismos soviets habían nacido no de la acción premeditada de los bolcheviques y que antes de octubre esas instituciones formaban ya el embrión de un verdadero Estado popular que se fue orientando hacía la política preconizada por los bolcheviques según evolucionaban los acontecimientos.

El mismo apoyo que prestaron los socialrevolucionarios de izquierdas a los planes bolcheviques ofrece otra imagen distinta a la del golpe de una

pequeña minoría aglutinada en el partido de Lenin. Después de octubre, el poder no pasó a manos de un solo partido enfrentado a las otras organizaciones constituidas en oposición. Por ejemplo en el Vikjel (unión de sindicatos ferroviarios de toda Rusia) la dirección era menchevique, sin embargo, tras una oposición inicial, se mostró solidaria con el nuevo poder, por la sencilla razón de que se consideraba como parte del mismo. Resulta difícil para los que sostiene la tesis de un «golpe de Estado» perpetrado por un pequeño partido salvar la contradicción que entraña explicar cómo ese poder, sin el concurso de las masas, se pudo consolidar en un país como Rusia.

También es cierto que el triunfo del levantamiento bolchevique en Petrogrado y la proclamación del poder soviético en el II Congreso de los Soviets no significaban aún la toma del poder bolchevique en toda Rusia. La revolución de febrero, en la que en pocos días se derrumbó el sistema zarista se desarrolló de forma distinta a la Revolución de Octubre. Esta progresó en el país con más lentitud. El «Octubre Rojo» en las provincias se prolongó durante semanas, y en algunos lugares, se transformó directamente en guerra civil.

Por último, tampoco resulta aceptable que los partidarios de estas tesis proyecten lo que terminó sucediendo en un momento del proceso revolucionario con lo que fue realmente en su origen. Hoy ningún marxista, justificará los horrores del período estalinista, pero esa dictadura burocratizada que lo ejerció no nació con Octubre sino que fue producto del desarrollo de los acontecimientos, muy directamente de la guerra civil fomentada por la intervención extranjera.

Es obligado recordar que tras la toma del poder por los bolcheviques los partidos siguieron subsistiendo en la recién nacida república soviética y que fueron los avatares de la guerra civil y la contrarrevolución armada, más que la lógica del sistema soviético inicial, los que propiciaron su paulatina desaparición. Un mes después de la Revolución de Octubre se prohibió el partido Kadete, representante de la burguesía rusa, luego le tocó el turno a un sector del Partido Social Revolucionario, que se opuso, por medio de la violencia, a la firma del tratado de Brest-Litovsk que apartó a Rusia de la Gran Guerra. El tratado, netamente favorable a los alemanes, fue considerado por los socialrevolucionarios como una traición, lo que les condujo a algunas acciones desesperadas como el asesinato del conde Mirbach, repre-

sentante alemán en Moscú, o el mismo atentado contra Lenin, que estuvo a punto de costarle la vida. Los mencheviques, aliados en algunas zonas con los zaristas en una guerra abierta apoyada por potencias extrajeras contra el nuevo régimen, no corrieron mejor suerte, aunque la inmensa mayoría del partido menchevique se mantuvo crítico con los bolcheviques pero fiel a su inspiración marxista.

No fue hasta el año 1921, tras la sublevación de los marinos de Kronstadt, que el Partido Comunista Ruso se alzó de un modo definitivo con el monopolio del poder. El momento verdaderamente crucial fue el X Congreso del Partido Comunista. La reunión tuvo lugar pocas semanas después de la brutal represión del amotinamiento de la base naval del Kronstadt, que había sido uno de los principales bastiones del entusiasmo revolucionario. Anteriormente, Lenin había proclamado el derecho de todas las tendencias existentes dentro del partido a la libre expresión y a su representación proporcional en los congresos. Ahora, y a propuesta del propio Lenin, quedaron proscritas todas las facciones. La estructura cada vez más monolítica del partido facilitaba la dominación por parte de los órganos directivos.

En el año 1923, víspera de la muerte de Lenin, la oposición había quedado reducida al interior del Partido y, a partir de 1929, con la puesta en marcha del primer Plan Quinquenal, desapareció de su seno. El ambiente de crisis permanente en el que se desarrollaron los primeros años de la revolución implicó, casi inevitablemente, el hecho de que el partido, como único cuerpo coherente y disciplinado, asumiera las funciones de gobierno. Así, se produjo una identificación creciente entre partido y Estado, de tal manera que comenzó a hacerse difícil distinguir entre la deslealtad hacia uno o hacia otro, al tiempo que el Estado-partido experimentaba un proceso de burocratización imparable. A finales de 1920, el número de funcionarios había pasado de poco más de 100.000 a un sorprendente 5.880.000. Esta cifra sobrepasaba cinco veces la cantidad de obreros industriales del país.

La Revolución siguió un curso tormentoso del que nacieron éxitos indiscutibles y acontecimientos terribles, pero durante décadas millones de personas consideraron lo ocurrido en octubre de 1917 como una gran revolución.

El complot alemán

Desde el comienzo de la Revolución los bolcheviques fueron acusados de «trabajar» para los alemanes. El partido dirigido por Lenin luchaban por el final de la guerra, y los aliados de Rusia eran hostiles a una paz por separado. El triunfo de la política bolchevique podía conducir a esa situación y los alemanes lo sabían, por eso estaban interesados en favorecer la propaganda de los bolcheviques o de cualquier otra organización que fomentara la salida de la guerra del Impero ruso. Basándose en esto, los adversarios de Lenin quisieron desacreditarlo demostrando que se había beneficiado del apoyo alemán y acusándolo de traidor y agente del Káiser.

Refugiado en Francia, Nicolás Zvorikin, ex presidente de la Cámara agrícola de todas las Rusias, afirmaba en 1920: «El bolchevismo es un producto alemán, importado en Rusia por Alemania, que se ha servido de él como de un veneno para contaminar a la población rusa y destruir de esa manera innoble ese gran país, al que no ha podido derrotar con las armas». Jean Maxe llegaba a las mismas conclusiones en su obra *De Zimmerwald al bolchevismo, o el triunfo del marxismo pangermanista*. «El bolchevismo es un ingenio bélico de los alemanes... El servicio de información alemán ha creado todas las piezas del gobierno bolchevique... No hay discusión en que Lenin y Trotsky han usurpado la dictadura mediante los alemanes».[78] Y el alemán Eduard Bernstein, dirigente socialdemócrata y padre del revisionismo, se encargaba de especificar cómo se había llevado a cabo esta operación al afirmar en un artículo de *Vorwärts* del 14 de enero de 1921, que el dinero facilitado por su país a los bolcheviques pasaba de los cincuenta millones de marcos-oro.

En publicaciones relativamente recientes se siguen vertiendo las mismas acusaciones y en ese sentido podemos decir que la polémica sigue viva. La historiadora francesa Carrère d'Encausse, de marcada ideología conservadora, escribe: «Una explicación parcial, pero necesaria, (de porqué los bolcheviques no tomaron el poder en julio de 1917) reside en las revelaciones sobre la traición de Lenin… El 4 de julio Kérensky ha dado orden de difundir los documentos que la demuestran».[79]

La vuelta del dirigente bolchevique a través de Alemania en un tren alemán y la financiación de su partido con fondos del Imperio germánico, han sido los dos temas que han alimentado la polémica. No obstante, la

cuestión del retorno de Lenin a través de Alemania ha ofrecido siempre poco margen a la calumnia. El dirigente bolchevique, como otros socialistas internacionalistas europeos, estaba en contra de la guerra. La revolución que había comenzado en febrero exigía su presencia en el lugar de los acontecimientos, pero los aliados no estaban interesados en el regreso de un revolucionario partidario de la paz a ultranza y pusieron todos los obstáculos posibles. Por el contrario a los alemanes les interesaba facilitarla, y Lenin no lo dudó. Los partidarios de «la guerra hasta la victoria final» y los «patriotas» nunca justificarán la postura de Lenin ante el conflicto bélico y lo seguirán considerando siempre un «traidor». Este debate ha girado en torno a estas dos posturas claramente ideológicas y los hechos sobre el famoso «vagón sellado» están ya suficientemente aclarados hoy y no ofrecen dudas para nadie.

La absurda acusación de que Lenin era un agente alemán se ha ido desvaneciendo con el paso del tiempo y en el presente nadie se atreve a sostenerla, prefiriendo otro tipo de descalificaciones sobre el dirigente bolchevique. Sin embargo la tesis de que el dinero alemán fue lo que facilitó el triunfo de la revolución sigue latente y continúa siendo objeto de controversia.

Lo que no se puede negar es que Alemania, como el resto de contendientes, invirtió importantes sumas de dinero para alcanzar diferentes objetivos que favorecieran su victoria. Uno de esos objetivos era lograr que Rusia, por su delicada situación interior, terminara por firmar una paz por separado con las potencias centrales. Esa paz podía venir por dos vías muy distintas. Podía firmarla el mismo gobierno zarista presionado por el descontento frente a una guerra que se prolongaba y ponía en peligro la integridad del territorio y a la misma autocracia, o podía sobrevenir por una situación revolucionaria en la que el nuevo poder decidiese firmar la paz. Los alemanes barajaron ambas posibilidades, aunque en principio la más factible parecía ser la vía revolucionaria, por eso decidieron invertir importantes sumas para financiar a grupos hostiles al gobierno zarista.

Cuánto dinero invirtió el gobierno alemán en este tipo de operaciones no se sabe con exactitud pero desde la década de los años veinte se ha barajado la cifra de cincuenta millones de marcos-oro, la misma que apuntaba Bernstein en el artículo que antes hemos mencionado. Esa cantidad se conoció a raíz de una pregunta parlamentaria que formuló por aquellas fechas

el diputado del Partido Radical Socialdemócrata Independiente Bernhard Dwell de Zeitz. Que presentó una interpelación al gobierno sobre la cuestión. El Ministerio de Asuntos Exteriores, a quien la pregunta le resultaba incómoda en vista a las buenas relaciones que deseaba establecer con la Unión Soviética, respondió que, «según datos del país», el Departamento del Tesoro del Reich había facilitado en 1917, un total de 45 millones de marcos, «para propaganda rusa» bajo las referencias AS 1021, 1295, 4181 y 4209. «Se desconoce aquí la utilización que se hizo de estos medios».[80] Como es lógico, el Ministerio de Asuntos Exteriores sacaba tales «medios» de los fondos reservados del Departamento del Tesoro.

Admitiendo esta cantidad como aproximada, lo relevante es saber cómo se canalizaban esos fondos y hacia quien iban dirigidos, y es aquí donde aparecen en nuestra historia dos personajes muy distintos: Alexander Kesküla y Alexander Helphand, más conocido por el seudónimo «Parvus».

El primero era un nacionalista estonio que luchaba por lograr la independencia de su país del Imperio ruso. Kesküla se puso en contacto con las autoridades alemanas al comenzar la Gran Guerra con la finalidad de obtener financiación para sus planes, asegurando que sus contactos con exiliados rusos podían ser de gran utilidad. Mitad idealista mitad intrigante, logró determinadas cantidades de dinero cuyo destino final se desconoce. Helphand «Parvus» era un marxista que había participado en la Revolución de 1905, represaliado por las autoridades zaristas había partido para el exilio donde amasó una considerable fortuna dedicándose a actividades comerciales, al tiempo que colaboraba con la socialdemocracia alemana como teórico y publicista. Al estallar la guerra se ofreció al gobierno alemán para fomentar la revolución en Rusia, solicitándole importantes sumas que canalizaría a través de una empresa que había fundado en Dinamarca.

Estos dos personajes conocieron a Lenin y de su relación con el dirigente bolchevique nace la teoría de la financiación alemana de la revolución.

En febrero de 1915 Kesküla viajó a Berna, donde entonces residía Lenin, con el que entró en contacto. En el otoño de ese mismo año, el estoniano, se presento en la embajada alemana asegurando poseer un documento de extrema importancia en el que se revelaban los planes de los bolcheviques para firmar la paz con Alemania si llegaban al poder. Realmente lo que los archivos revelan es un informe redactado por el embajador

von Romberg anunciando que Kesküla había «logrado descubrir las condiciones que los revolucionarios rusos contemplan para concluir la paz con nosotros en caso de que la revolución tenga éxito».[81] Estas llamadas condiciones son el resumen de un artículo que Lenin publicó por aquellas fechas en *Sotsial-Demokrat* del 13 de octubre de 1915 con algunos añadidos imaginativos de Kesküla o del mismo Romberg.[82]

El documento apenas merecía la consideración de alto secreto que le dieron los alemanes. Lo que parece evidente es que Kesküla, cuyo contacto real con Lenin fue breve e intranscendente, se valió del mismo para obtener algunas sumas de dinero que nunca fueron muy significativas. Sin embargo, Parvus, que se movía en otros ambientes y gustaba del lujo, no se recató en cuanto tuvo la primera oportunidad, en pedir veinte millones de rublos para sufragar la revolución en Rusia.

Parvus ofreció financiación a Lenin en 1915 pero el dirigente bolchevique rechazó toda ayuda económica proveniente del millonario. Este dato queda confirmado por la precaria situación en que se encontraba el matrimonio Lenin en el momento en que estalló la revolución de febrero. Fue entonces cuando Parvus juzgó oportuno volver a tentar al revolucionario ofreciéndole la posibilidad de costear el viaje de retorno a Rusia. El millonario, envió a su socio Georg Sklarz a Zurich con el encargo de comunicar a Lenin que él, Parvus, correría con los gastos del viaje. Lenin quedó desconcertado y exclamó: «¿Por quién me toma esta escoria del capitalismo»?

Tras la Segunda Guerra Mundial se abrieron los archivos secretos del ministerio alemán de asuntos exteriores. Fue entonces cuando historiadores occidentales como Zeman[83] publicaron documentos relativos a los intentos alemanes para llevar la revolución a Rusia. Las conclusiones de Zeman fueron que no había ninguna evidencia de que Lenin hubiera entrado en contacto directo con cualquiera de las agencias oficiales alemanas, en cambio dejaba deslizar la duda de que hubiera recibido financiación a través de intermediarios como Alexander Kesküla o Parvus.

La vía de Parvus fue la que sirvió para orquestar la campaña contra los bolcheviques desatada a raíz de los acontecimientos de julio de 1917. Realmente el origen de la calumnia se remontaba a mayo del mismo año, cuando el socialista francés y Ministro para las cuestiones del Ejército, Albert Thomas, se trasladó a Petrogrado para incitar el espíritu de lucha del Ejército

ruso por medio de enardecidos discursos, pero además de hacer eso creyó útil que la misión militar francesa se comprometiera con el mando ruso en investigar y descubrir las pretendidas subvenciones alemanas que Lenin recibía como agente del enemigo. El gobierno provisional dio pábulo a las sospechas y formó una comisión secreta para indagar sobre el tema, formada por los ministros de Finanzas, Justicia y Guerra.

Un mes antes el servicio de inteligencia ruso había interrogado al alférez Ermolenko, del Regimiento de Cazadores siberianos, que antes de la guerra había sido agente de la policía secreta zarista. Al iniciarse el conflicto Ermolenko se había pasado a los alemanes y había accedido a hacer de espía en los campos de prisioneros de guerra rusos. En 1917 los alemanes le infiltraron en Ucrania, para que realizara actos de sabotaje y espionaje detrás de las líneas rusas. Sin embargo, el agente se apresuró a informar a las autoridades rusas de su misión, y declaró a los jefes del servicio secreto que dos oficiales del Estado Mayor alemán llamados Schiditzki y Lübbers le habían puesto al corriente de su misión y le habían comentado que Lenin trabajaba para ellos. La declaración de Ermolenko era un completo absurdo y con posterioridad no se pudo identificar ningún oficial de Estado Mayor alemán llamado Schiditzki o Lübbers.

En principio no se dio crédito a semejante acusación pero en los primeros días de julio, cuando multitudinarias manifestaciones estremecieron la ciudad de Petrogrado, interesó que las absurdas acusaciones de Ermolenko parecieran plausibles. Había motivos sobrados por parte del gobierno para creer, o hacer creer, en la existencia de una conspiración bolchevique. Ermolenko fue trasladado a la capital y aunque no pudo presentar más pruebas, hubo otros que sí las aportaron. El capitán Pierre Laurent, del servicio de inteligencia francés en Petrogrado, había facilitado al gobierno Provisional, el 21 de junio, copia de catorce telegramas interceptados entre Petrogrado y Estocolmo, cruzados por distintos personajes, llamados: Mezeslaw Koslowsky, Yakov Ganecky, Alexandra Kollontai, y un tal Sumenson. Algunas semanas después Laurent entregó copias de otros quince telegramas. Los textos, hablaban de éxitos obtenidos en empresas no precisadas y pedían instrucciones para conseguir o depositar fondos.

Con este material y la aprobación del Ministerio de Justicia, dos antiguos revolucionarios, enemigos de Lenin, el ex-diputado de la II Duma Grigory Alexeevich Alexinski y Vasily Semenovich Pankrátov, redactaron una

carta que debía llegar a conocimiento de un grupo de periodistas en Petrogrado. En ella denunciaban que los alemanes enviaban dinero e instrucciones a Lenin a través de Parvus y Ganecky que residían en Estocolmo. Que allí ambos estaban en contacto con el bolchevique Mezeslaw Koslowsky y con el apoderado de Ganecky, llamado Sumenson. Que Koslowsky era el punto de arranque principal para los envíos de dinero, que desde Berlín iban a la sociedad de Descuento y al Banco Nya en Estocolmo y de allí pasaban a un banco de Petrogrado donde Koslowsky poseía una cuenta de dos millones de rublos. Los redactores de este «informe» no llegaron a enterarse de que Sumenson era una mujer llamada Yevgeniya Sumenson, y de que Parvus residía en Copenhague y no en Estocolmo.

La falsificación era tan burda que inicialmente el gobierno no se decidió acusar a Lenin, y los documentos quedaron en manos del Ministro de justicia, Pereverzev. Mientras Kérensky estaba en el frente, el 3 de julio —primer día del levantamiento— Pereverzev decidió por su cuenta publicar el informe. Pero el Ejecutivo del soviet protestó inmediatamente diciendo que eso era un chantaje político y se las arregló para convencer a los principales periódicos de que no pusieran en circulación semejante denuncia. Hasta Tsereteli, totalmente opuesto a la política bolchevique, contribuyó a bloquear el caso para que no viera la luz. Toda la prensa lo silenció a petición del soviet, excepción hecha de *Zhivoe slovo*, una gaceta de extrema derecha, que el 4 de julio apareció con un artículo titulado: «Espías: Lenin, Ganecky y Cía». Esta publicación, leída en todas partes, produjo un efecto desastroso y contribuyó a la desmovilización.

Sobre este asunto tenemos también el testimonio de Kérensky. Según él, al divulgar los resultados de la investigación con precipitación, Pereverzev permitió a Ganecky, que iba de camino hacia Rusia «con documentos decisivos», volver sobre sus pasos. Años después, el mismo Kérensky, se lamentaba de que el gobierno soviético no hubiera abierto sus archivos secretos para poder dilucidar de modo definitivo el asunto, lo que según él habría supuesto: «destruir el férreo régimen totalitario y permitir a Rusia volver a la senda de la democracia».[84] Hoy, que esos archivos se han abierto, no han aportado nada sobre la pretendida conjura germano-bolchevique.

Lo que dio como resultado la investigación oficial abierta por el gobierno provisional a raíz de las jornadas de julio, fue que el antiguo jefe de Seguridad de la capital y el jefe de la Sección de Contraespionaje de la región

militar de Petrogrado declararon al juez de instrucción que nada sabían, ni habían sabido, acerca de los contactos de Lenin con el Alto Estado Mayor alemán.

No obstante se comprobó que la señora Sumenson hacía frecuentes visitas al Banco Siberiano de Petrogrado, donde poseía una abultada cuenta. Luego se averiguó que todo el dinero le llegaba transferido por Ganecky desde el Banco Nya de Estocolmo. Detenida a raíz de la sublevación de julio, se hallaron en su domicilio cartas acreditativas de que el dinero que le enviaba Ganecky desde Estocolmo era el precio de ciertos suministros de material médico, jeringuillas, termómetros, preservativos y otros, aunque la propia interesada declaró que no estaba metida en negocios de ese género.

Al ser detenido en julio de 1917, Mezeslaw Koslowsky declaró que carecía de todo fundamento la acusación de que estaba en estrecho contacto con Ganecky. Pero en una investigación preliminar admitió haber recibido sumas de dinero procedentes del extranjero, lo que explicó confesando que la señora Sumenson, Ganecky (también conocido como Furstenberg o Hanecki) y él habían hecho juntos algunos negocios de contrabando de artículos farmacéuticos en Rusia durante la guerra, confesión que, por supuesto, no respaldó la señora Sumenson, que prefería verse envuelta en una trama política de resultado incierto que ante una acusación por contrabando contemplado en el código penal.

Es cierto que Ganecky era un hábil hombre de negocios que apoyaba a los bolcheviques y les proporcionaba fondos. Los negocios a través de los cuales Ganecky hacía dinero en ocasiones eran poco claros, pero en ningún caso se pudo demostrar que recibiera ese dinero del gobierno alemán, y mucho menos que Lenin fuera un agente al servicio de los alemanes. Lenin, que escapó a la policía en julio, negó haber tratado cuestiones de dinero con Koslowsky o Ganecky. El periódico bolchevique *Rabochi i Soldat* publicaba el 26 de julio estas palabras suyas: «No es cierto que Ganecky interviniese personalmente para sacarme de la cárcel en Austria... Es mentira que yo mantuviese relaciones con Parvus. Nuestro periódico *Sotsial-Demokrat*, nada más aparecer el primer número de su revista *Die Glocke*, le tildó de renegado, de Plehanov alemán... El fiscal basa sus acusaciones en el hecho de que Parvus está relacionado con Ganecky, y Ganecky lo está con Lenin; pero la argucia es pura pillería, pues todo el mundo sabe que Ganecky tenía negocios

lucrativos con Parvus, pero nosotros no los tenemos con Ganecky. En este aspecto puramente mercantil, Ganecky sólo era un empleado de Parvus.[85]

Trotsky dedicó un largo capítulo de su *Historia de la Revolución Rusa*, bajo el título de «El mes de la gran calumnia»,[86] a negar que los bolcheviques hubieran recibido dinero de procedencia alemana; pero su argumentación se reduce a refutar unas cuantas pruebas presentadas por agentes subalternos del servicio de inteligencia, o los rumores difundidos por la prensa reaccionaria de 1917.

Pero, en 1923, los soviéticos publicaron una colección de cartas de Lenin, en una de ellas fechada en junio de 1917, aparecía la frase «he recibido el dinero (2000) de Koslowsky». El dato no paso desapercibido a algunos biógrafos de Lenin, como el ex -menchevique David Schub,[87] que puso de nuevo en circulación la acusación de la financiación alemana. Desde entonces, la tesis del dinero alemán, ha sido ampliamente difundida y ampliada por historiadores y publicistas contrarios a la Revolución bolchevique. Así, Alan Moorehead, afirma: «Kesküla y Lenin llegaron a un cierto entendimiento y casi con toda seguridad hubo dinero por en medio».[88] Las mismas o parecidas suposiciones se repiten en numerosas publicaciones. Katkov en su obra *Russia 1917: The February Revolution* escribe que Lenin tenía necesidad de ayuda financiera antes de octubre y fue así como el gobierno alemán trató de ayudarle, con o sin su conocimiento.[89]

Georges Bonnin,[90] que investigó el asunto, afirma que nada demuestra que fueran los bolcheviques quienes recibieran las sumas que los alemanes admitían haber invertido en las operaciones de desestabilización del régimen zarista, sumas que como dice Ferro[91] fueron muy reducidas antes de octubre de 1917. Así, entre los cuarenta millones barajados por Zeman, Katkov, y otros, y los 2000 rublos mencionados por Lenin, que no se sabe si eran de procedencia alemana, hay mucha diferencia.

Es preciso reconocer que el complot germano-soviético, tan evidente para algunos, no fue más que una hipótesis nunca demostrada. Parece, no obstante, que algunos miembros del partido, Ganecky, Koslowsky y otros menos conocidos, se aprovecharon de la guerra y de la neutralidad sueca para llevar a cabo un fructífero tráfico de contrabando. Este comercio ilícito al que se dedicaban, al margen de sus actividades políticas, fue lo que permitió elaborar la teoría de la financiación alemana.

Pero como dice muy bien el historiador norteamericano Alfred Senn «Al revisar el trabajo de Scharlau y Zeman,[92] Leo van Rossum[93] advierte una interpretación que tiende a explicar las grandes revoluciones sociales en términos conspirativos. Recibieran los bolcheviques dinero alemán o no, la revolución de Octubre sigue siendo un hecho histórico que debe ser estudiado en relación a una época, no como una conspiración».[94]

El papel de Trotsky en la Revolución de octubre

Algunos debates que alimentaron la polémica durante años decaen, por distintas razones, con el paso del tiempo. El que planteamos aquí es uno de ellos, dado que actualmente son pocos los que siguen defendiendo una de las posturas que se esgrimieron en su momento. No obstante, pensamos que es interesante traerlo a colación por dos razones de orden distinto. La primera es que hace referencia al papel del sujeto particular en la historia de los grandes acontecimientos. La otra razón es que nos permite enjuiciar hasta qué punto la historiografía soviética se empeñó en falsear y negar determinados hechos de la revolución.

El papel del individuo en la historia es uno de los temas más resbaladizos a los que se enfrenta el historiador. Por un lado, la historia al uso, sigue construyéndose en muchos casos entorno a la figura de sujetos singulares, de «héroes», como los denomino el historiador británico Thomas Carlyle, que llegó a escribir: «La democracia es la desesperación de no encontrar héroes que nos dirijan». Hemos de reconocer que para el gran público la historia se vertebra y se reduce a grandes nombres: Julio Cesar, Jesús, Mahoma, Napoleón, Stalin… Frente a esto el marxismo propone una lectura no sólo distinta sino opuesta.

Gueorgui Plehanov ya teorizó estas ideas a finales del siglo XIX. Para este marxista ruso: «Los individuos pueden influir en los destinos de la sociedad. A veces, su influencia llega a ser muy considerable, pero tanto la posibilidad misma de esta influencia como sus proporciones son determinadas por la organización de la sociedad, por la correlación de las fuerzas que en ella actúan. El carácter del individuo constituye un factor del desarrollo social sólo allí, sólo entonces y exclusivamente en el grado en que lo permiten las relaciones sociales… Un gran hombre lo es no porque sus particularidades individuales impriman una fisonomía individual a los grandes acontecimientos históricos, sino porque está dotado de particularidades que le convierten en el individuo más capaz de servir a las grandes necesidades sociales de su época».[95]

Resulta evidente que fenómenos como el fascismo o el estalinismo no responden, ni descansan, sobre la personalidad de sujetos particulares, aunque algunos personajes como Mussolini o Hitler pueden haber influido de distintas formas en esos fenómenos político-sociales. Lo que resulta para-

dójico es que, siendo así, y teniendo los marxistas tan claro el papel del individuo en la historia, muchos que se consideran como tales hayan adoptado posturas tan distintas a las teorizadas. El ejemplo más claro es la sacralización de la figura de Lenin en el proceso revolucionario, que culminó, en época temprana, con el embalsamamiento de su cadáver. Este contrasentido, entre considerar a las clases sociales protagonistas de la historia y exaltar hasta el endiosamiento a los dirigentes, resulta difícil de digerir en un análisis racional de los hechos. El dirigente desempeñará un papel, si se quiere importante, pero siempre estará determinado por las circunstancias políticas, económicas y sociales, y el Lenin que pensaba no llegar a ver la revolución es el mejor ejemplo.

A despecho de esto, la revolución rusa considerada en su conjunto alumbró una serie de «héroes» que alimentaron las pasiones durante décadas. Pero como frente a cualquier héroe tiene que haber un villano al que debe enfrentarse, Trotsky se convirtió, a partir de un momento determinado y hasta el final de la Unión Soviética, en ese villano.

Desde el comienzo de la década de los 30 del siglo XX Trotsky fue el traidor que acrisolaba todas las maldades de la contrarrevolución en las mismas filas del movimiento comunista. Hasta el XX Congreso del PCUS y el famoso informe secreto de Kruschev, su figura y la de sus partidarios fue desacreditada, despreciada e incluso físicamente eliminada por el comunismo oficial. Con la desestalinización no mejoraron las cosas, ya que a Trotsky no le alcanzó la rehabilitación que otros bolcheviques de primera hora si tuvieron.

En las historias «oficiales» de la revolución o no se le mencionaba o se aludía a él para poner de relieve sus discrepancias con Lenin o las actuaciones que según sus críticos le acreditaban como un traidor consumado y falaz enemigo del proletariado. Así, en Octubre, Trotsky habría hecho todo lo posible por oponerse a la toma del poder sin llegar a jugar ningún papel relevante.

En la *Historia de la gran Revolución Socialista de Octubre*, se puede leer: «A las 2 de la tarde del 24 de octubre, se celebró una reunión del grupo bolchevique en el II Congreso de los Soviets. El informe sobre el momento actual corrió a cargo de Trotsky, quien se había pronunciado reiteradamente contra el comienzo de la insurrección antes de inaugurarse el Congreso de los Soviets; en esta reunión seguía defendiendo su posición.

A las 7 de la tarde del mismo día, se celebró la sesión del soviet de Petrogrado, en la que Trotsky declaró una vez más que la insurrección en vísperas del Congreso «no entraba en nuestros planes». Semejantes declaraciones en un momento tan crítico desorientaban las filas de obreros y soldados, listos para iniciar el combate. Tanto en esta cuestión como en otras, Trotsky coincidía, en realidad, con los puntos de vista de Kámenev y Zinóviev, quienes negaban la posibilidad del triunfo de la revolución socialista en Rusia y se pronunciaban contra la propia insurrección armada».[96]

En otra historia de semejantes características a la anterior se repite la misma versión. «Pero incluso en aquellos momentos, cuando la supremacía de las fuerzas de la revolución era evidente, los oportunistas siguieron insistiendo en su posición capituladora y propusieron no apresurar la insurrección hasta que se reuniese el Congreso de los Soviets. Propuesta análoga fue hecha por Trotsky en el soviet de Petrogrado, donde contrapuso su línea, enfilada a hacer abortar la insurrección, a la línea leninista aprobada por el Comité Central».[97]

De hecho, para dar fuerza a estas versiones que negaban a Trotsky cualquier papel activo en la revolución de octubre y lo presentaban como un traidor cuya influencia se iba a extender a lo largo del tiempo, surgió en la Unión Soviética todo un género de literatura especializada. Veamos un ejemplo.

«Aun el 24 de octubre, cuando la insurrección de hecho había comenzado, Trotsky se pronunció contra ella en la reunión de la minoría bolchevique del II Congreso de los Soviets. "La detención del gobierno Provisional —aseveraba— no está en el orden del día como una tarea independiente. Si el Congreso hubiese creado el poder, y Kérensky no se le hubiera supeditado, sería más bien un problema policíaco que político".

Lenin refutó enérgicamente semejantes concepciones. En la carta a los miembros del CC escribía: "Poniendo en ello todas mis fuerzas, quiero convencer a los camaradas de que hoy todo está pendiente de un hilo, de que en el orden del día figuran cuestiones que no pueden resolverse por medio de conferencias, ni de congresos (aunque sean incluso congresos de los soviets), sino únicamente por los pueblos, por las masas, por medio de la lucha de las masas armadas".

Los falsificadores eluden con empeño estos hechos. Han preferido decir de boquilla que Trotsky encabezó el Comité Militar Revolucionario.

Como se ve de los documentos del Comité Militar Revolucionario de Petrogrado, Trotsky no tomó parte activa en su labor.

Así pues, la insurrección armada de Octubre se operó, en primer lugar, a despecho de los intentos de Trotsky de hacer pasar la revolución a los rieles del parlamentarismo burgués y, en segundo lugar, sin su aporte más o menos notable».[98]

Pero la historia no siempre había sido así. Un año después de la revolución Stalin escribía: «Todo el trabajo de la organización práctica de la insurrección se efectuó bajo la dirección inmediata del presidente del soviet de Petrogrado, el camarada Trotsky. Se puede decir con toda seguridad que en el paso de la guarnición al lado del soviet y en el trabajo insurreccional del CMR el partido está en deuda en primer lugar y sobre todo con el camarada Trotsky».

Algunos años después, Stalin ya atemperaba sus elogios y decía: «estoy lejos de negar la indudable importancia del papel del camarada Trotsky en la revolución. Pero hay que decir que Trotsky no sabía y no podía jugar ningún papel especial en la insurrección de octubre, ya que como presidente del soviet de Petrogrado sólo transmitía la voluntad de las autoridades del partido que dirigían al camarada Trotsky a cada paso».[99]

Estos pasajes fueron, naturalmente, suprimidos durante el apogeo de Stalin, pero después de la desestalinización en 1956 los historiadores soviéticos los resucitaron, pero ahora como prueba de uno de los errores de Stalin, que era haber sobreestimado a Trotsky.

Las acusaciones precisas sobre el papel desempeñado por Trotsky durante la insurrección se concretaban en que durante la reunión del 15 de septiembre del Comité Central, Trotsky propuso el aplazamiento de la insurrección hasta la apertura del II Congreso de los Soviets, mientras que Lenin había escrito a finales de septiembre: «Hay entre nosotros, en el Comité Central y en los medios directivos del partido, una corriente de opinión favorable a esperar al Congreso de los Soviets, y hostil a la toma inmediata del poder, hostil a la insurrección inmediata. Es preciso vencer esta corriente de opinión».

A esto hay que sumar que Trotsky pronunció varias veces ante el soviet de Petrogrado discursos en los que aseguraba que no se estaba fraguando

ninguna insurrección, sino que el soviet sólo se preparaba para hacer frente a cualquier ataque de la «contrarrevolución».

Lo cierto es que Lenin y Trotsky diferían en cómo organizar la toma del poder. La discrepancia se centraba en si la insurrección debía ser anterior o no a la apertura del II Congreso de los Soviets. Lenin, en sus cartas de septiembre, quería fijar la fecha de la insurrección antes de la reunión del Congreso, únicamente por razones cronológicas. En aquel momento, el TSIK no había determinado aún la fecha exacta en que se celebraría la primera sesión del II Congreso, y Lenin temía que los mencheviques y los SR, que eran mayoría en el comité ejecutivo de este organismo, aplazaran constantemente la fecha de apertura de un Congreso que todo hacía prever sería bolchevique, o por lo menos bolchevizante. Por eso en la carta titulada «La crisis está madura», escrita el 29 de septiembre y publicada en el diario *Rabotchi Put* del 7 de octubre, Lenin escribía: «El gran momento de la revolución ha llegado... Los bolcheviques tienen ahora segura la victoria de la insurrección... Esperar al Congreso de los Soviets sería una idiotez completa y una traición completa».

Trotsky, que conocía la vida política de la capital mucho mejor que el jefe bolchevique, aislado de la realidad rusa en su exilio finlandés, estimaba que la presión de la mayoría bolchevique en el seno de los soviets y la del soviet de Petrogrado, obligarían al TSIK a convocar el II Congreso para una fecha muy próxima, lo que acabó sucediendo, ya que la insurrección y la reunión del Congreso coincidieron. En realidad aquélla antecedió en unas horas a ésta.

Así pues, la discrepancia entre Lenin y Trotsky sería mínima, ya que los dos estaban de acuerdo en lo esencial: la insurrección debía producirse lo más pronto posible. Lo cierto es que en la reunión del Comité Central del 10 de octubre, en la que se decidió poner en marcha la insurrección, sólo Kámenev y Zinóviev votaron en contra de la moción presentada por Lenin. Los votos a favor fueron diez, entre ellos el de Trotsky.

No obstante, Lenin desconfiaba enormemente del legalismo parlamentario, tanto burgués como proletario, por eso el esquema cronológico ideal para él era: insurrección armada, reunión del II Congreso, convalidación por el Congreso del éxito de la revolución, mientras que para Trotsky, la secuencia de la revolución debía ser la siguiente: reunión del II Congreso; el

II Congreso se apodera del poder y establece el régimen soviético; insurrección en el caso en que el nuevo régimen esté amenazado.

Las intervenciones que tuvo Trotsky en el soviet de Petrogrado interpretadas por los historiadores soviéticos como una clara manifestación de la oposición del dirigente a la insurrección hay que entenderlas en el contexto en que se produjeron. En el soviet de Petrogrado se hallaban también mencheviques y socialrevolucionarios, que el 18 de octubre, preguntaron a Trotsky sobre los rumores que corrían a propósito de una rebelión organizada por los bolcheviques y del reparto de armas que Trotsky había realizado entre la Guardia Roja. Su respuesta fue una obra maestra de diplomacia:

«Los acuerdos tomados por el soviet de Petrogrado se hacen públicos para conocimiento general. El soviet es una institución elegida; cada delegado está obligado a dar cuenta a los trabajadores y soldados que lo han elegido. Este Parlamento revolucionario no puede adoptar resoluciones de las que los trabajadores queden sin conocimiento. Nosotros no ocultamos nada. Yo declaro en nombre del soviet que no hemos tomado acuerdos sobre acción armada alguna».

Esto incluso era verdad. Los diputados del soviet no habían adoptado ninguna resolución relativa al desencadenamiento de un alzamiento. Pero no era menos cierto que ya el 16 de octubre los regimientos acuartelados en Petrogrado habían declarado, bajo la influencia de Trotsky, que no estaban dispuestos a obedecer las órdenes de marcha de Kérensky y que permanecerían en la capital para defenderla de los enemigos interiores y exteriores «hasta la última gota de su sangre». También, aquel mismo día, y en calidad de presidente del soviet de Petrogrado, Trotsky había firmado una orden para que se entregasen 5000 fusiles a la Guardia Roja, orden que había sido ejecutada sin réplica.

Trotsky sabía que en aquel póker político, el primero que disparase por no dominar los nervios tendría al pueblo en contra. Finalmente fue Kérensky el primero en perderlos y mandó clausurar el Rabotchi Punt. Fue entonces cuando Trotsky hizo de la rebelión un acto de autodefensa contra los abusos del gobierno, en una maniobra que permitía a los bolcheviques envolver su acción en el manto de una moral revolucionaria. Así, de la noche a la mañana el gobierno se había convertido en una «conjura contrarrevo-

lucionaria». Tal fue la señal para el asalto final. En la noche del 25 de octubre se ejecutó la toma del poder según los planes elaborados por Trotsky.

Los análisis de Robert Daniels en su obra *Red October*, y de J.-J. Marie, en *Le Comité militaire révolutionnaire de Petrograd et son président*,[100] pusieron hace ya mucho tiempo fin a la cuestión. Tal vez sólo quedara como residuo de la controversia que en el espíritu de Trotsky la guía de los bolcheviques en la toma del poder debían ser los soviets, en tanto que para Lenin esa guía debía ser el partido.

No obstante, en ese hito crucial, la figura de Trotsky e incluso la del mismo Lenin, nada hubieran supuesto sin un amplio plantel de hombre y mujeres audaces y de enorme capacidad que, en unas circunstancias excepcionales, supieron canalizar el sentir de amplias capas de la sociedad rusa en aquel momento histórico.

Notas

[1] Laqueur W. (1967): *The fate of the Revolution. Interpretations of soviet History*, The Macmillan Company, New York.

[2] Pokrovski M. (1977): *Historia de Rusia*, Akal, Madrid.

[3] AA VV, (1938/1976): *Historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la URSS. Compendio redactado por una comisión del Comité Central del PCUS de la URSS, aprobado en 1938*, 2 vols. Emiliano Escolar Editor, Madrid, págs. 176 y 233-234.

[4] Citado en Medvedev, R. A. (1977): *Que juzgue la historia*, Destino, Barcelona, págs. 531.

[5] Kruschev, N. (1956/1977): *Informe secreto sobre Stalin al XX Congreso del PCUS*, Cuadernos Taller de sociología, Madrid.

[6] Pankratova, A. M (1976): *Los consejos de fábrica en la Rusia de 1917*, Anagrama, Barcelona.

[7] Burdzhalov, E. N. (1967/1987): *Russia's. Second Revolution. The Februry 1917 Uprising in Petrograd*, Indiana University Press, Bloomington-Indianapolis.

[8] Luxemburgo, R. (1974): *Obras escogidas*, ERA, Mexico; vol. 1, págs. 191-193.

[9] Pannekoek, A. (1975): *Escritos sobre los consejos obreros*, Zero ZYX, Madrid.

[10] Chamberlin, W. H. (1930/1967): *Storia della Rivoluzione russa*, 3 vols., Il Saggiatore, Milano.

[11] Sadoul, J. (1919/1971): *Notes sur la révolution bolchevique. Octubre 1917- janvier 1919*, Maspero, Paris.

[12] Serge, V. (1930/1972): *El año 1 de la revolucion rusa*, Siglo XXI, Madrid.

[13] Reed, J. (1919/1974): *Diez días que estremecieron al mundo*, Akal, Madrid.

[14] De Chessin, S. (1921): *L'Apocalypse russe: la révolution bolchevique*.

Plon, París; MELGUNOV, S. (1927/1975): *Red Terror in Russia*, Hyperion *Press,* Connecticut.

[15] BERDIÁYEV N. (1927): *Un Nouveau Moyen Âge Réflexions sur les déstinées de la Russie et de l'Europe*, Plon, Paris.

[16] RUSSELL B. (1920/1969): *Teoría y práctica del bolchevismo*. Ariel, Barcelona.

[17] MAVOR, J. (1928): *The Russian Revolution*, MacMillan Co., New York.

[18] GURIAN W. (1932/1963): *Bolshevism, an introduction to soviet communism*, University of Notre Dame Press, Notre Dame.

[19] PIPES, R. (1966): *El proceso de integración de la Unión Soviética*, Troquel. Buenos Aires.

[20] CONQUEST, R. (1974): *El Gran Terror*, Caralt, Barcelona.

[21] SCHAPIRO, L. (1957): *Les origins de l'absolutisme communiste. Les bolcheviks et l'opposition 1917-1922*, Les iles d'or, Paris; (1970): *The Communist Party of the soviet Union*, Eyre & Spottiswoo, London; (1967): *gobierno y administración en la Unión Sovietica*, Oikos-tau, Barcelona.

[22] CARR, E.H. (1973): *La Revolución Bolchevique 1917-1923*, 3 vols., Alianza Editorial, Madrid.

[23] DEUTSCHER, I. (1967): *La revolución inconclusa. 50 años de historia soviética (1917-1967)***.** ERA, México.

[24] MARCUSE, H. (1969): *El marxismo soviético*, Alianza Editorial, Madrid, págs. 195-196.

[25] MALIA*,* M. (1990): *Comprender la Revolución Rusa***,** Ediciones Rialp, Madrid.

[26] MEDVEDEV, R. A. (1977): *Que juzgue la historia*, Destino, Barcelona, págs. 589-596.

[27] TUCKER, R. (1990): *Stalin in Power: The Revolution from Above, 1928-1941*, Norton & Company, New York, págs. 15-16.

[28] LENIN, V. I. U. (1917/1986): *Obras Completas*, Progreso, Moscú,

Tomo XXXVI, pág. 82.

[29] Citado en CARBONELL, Ch. O. (1968): *El gran Octubre ruso*, Guadarrama, Madrid, pág. 19.

[30] PONOMARIOV et alii. (1980): *Compendio de historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*, Progreso, Moscú, págs. 124-125.

[31] BLOK, A., (1970): *Blok. Poemas*, Alberto Corazón, págs. 105-108.

[32] CARBONELL, Ch. O. (1968): Opus cit. pág. 25.

[33] Ibid. pág. 38.

[34] ARALDI, V. (1973): *URSS: Medio siglo de represión*, Unión Editorial, Madrid, pág. 9.

[35] TUCKER, R. (1969): *Trayectoria de la revolución comunista (1917-1967)* en *La Unión Soviética (50 años de comunismo)* Compilado por London, K., Monte Ávila Editores, Caracas, págs. 15-16.

[36] JELEN, Ch. (1985): *La ceguera voluntaria. Los socialistas y el nacimiento del mito soviético*, Planeta Barcelona, pág. 19.

[37] BRZEZINSKI, Z. (1989): *El gran fracaso. Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo XX*, Maeva Lasser Ediciones, Madrid, págs. 15 y 25

[38] FURET, F. (1995): *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, FCE, México.

[39] ANDERSON, P. (1997): *Los fines de la historia*, Anagrama, Barcelona, pág. 161.

[40] CARR, E. H., (1970): *1917 Antes y después*, Anagrama, Barcelona, pág. 44.

[41] ROSTOW, W. (1961): *Las etapas del crecimiento económico*, Fondo de Cultura Económica, México.

[42] GERSCHENKRON, A. (1970): *Atraso económico e industrialización*, Ariel, Barcelona.

[43] KEMP, T. (1974): *La Revolución Industrial en la Europa del siglo XIX*, Fontanella, Barcelona.

[44] BAIROCH, P. (1964): *Revolución Industrial y subdesarrollo*, Siglo XXI, Madrid.

[45] HAIMSON, L. H. (1957): *The Russian Marxists* & *The Origins of Bolshevism*, Harvard University Press, London.

[46] KOENKER, D. y ROSENBERG, W. (1989): *Strikes and Revolution in Russia, 1917*, Princeton University Press, Princeton, págs. 44-45.

[47] SERVICE, R. (1997): *A history of twentieth-century Russia*, Harvard University Press, London, págs. 18 y 22.

[48] TROTSKY, L. (1932/1973): *La Revolución rusa*, ZYX, Madrid, vol. 1, pág. 16.

[49] LENIN, V. I. U. (1917/1986): Opus cit., Tomo. XXX, pág. 334.

[50] SUKHANOV (Sujanov), N. (1927/1970): *La Revolución Rusa*, Caralt, Barcelona, pág. 23.

[51] Citado en AVRICH, P., (1974): *Los anarquistas rusos*, Alianza, Madrid, pág. 127.

[52] VOLIN (1943?/1977): *La Revolución desconocida*, Campo abierto, Madrid, vol. 1, pág. 89.

[53] AA VV (1938/1976): Opus cit. vol. 1, pág. 243-244.

[54] BURDZHALOV, E., (1967/1987): Opus cit. págs. 135 y siguientes.

[55] BRAC, V.S. y SHUBIN, A. V., (2007): *Masones y la revolución de febrero de 1917* (Масоны и Февральская революция 1917 года), Jauza Press, Moscú.

[56] LAZO, A., (1975): *La Revolución rusa en el diario ABC de la época*, Universidad de Sevilla, Sevilla, págs. 11-12.

[57] KATKOV, G., (1967): *Russia 1917: The February Revolution,* The Fontana Library, London, págs. 337-354.

[58] Ibid. pág. 348.

[59] TROTSKY, L. (1932/1973): Opus cit.

[60] YANOWITZ, J. «February's forgotten vanguard. The myth of Russia's

spontaneous revolution» *International Socialist Review*, nº 75, enero-febrero de 2011.

61 MANDEL, D. (1983): *The Petrograd Workers and the Fall of the Old Regime: From the February Revolution to the July Days, 1917,* Macmillan, London.

62 MELANCON, M. «Rethinking Russia's February Revolution: Anonymous Spontaneity or Socialist Agency?», *Carl Beck Papers in Russian and East European Studies*, nº 1408, junio de 2000.

63 FIGES, O. (2010): *La Revolución rusa (1821-1924) La tragedia de un pueblo*, Edhasa, Barcelona.

64 KOCHAN, L. (1968): *Rusia en revolución (1890-1918)*, Alianza, Madrid.

65 MELOTTI, U. (1965): *Revolución y sociedad*, FCE, México, pág. 20.

66 CARBONELL, Ch. O. (1968): Opus cit. págs. 38-39.

67 FAINSOD, M. (1990): *How the soviet Union is Governed*, Harvard University Press.

68 SCHAPIRO, L. (1967): *gobierno y administración en la Unión Soviética*, Oikos-Tau, Barcelona, págs. 34-36

69 CHAMBERLIN, W. H., (1930/1967): Opus. cit., vol. 2, págs. 19 y 46-49

70 MALAPARTE, C. (1931/1960): *Técnica del golpe de Estado*, Plaza & Janes, Barcelona.

71 VOLIN, (1943?/1977): Opus cit. pág. 196.

72 RHYSS, W. A. (1930): *A travers la Revolution Russe*, Gallimard, Paris, pág. 176

73 IOFFE, G. (1990): «¿Por qué la revolución de febrero? ¿Por qué la revolución de octubre?», en *Las Revoluciones y reformas en la Historia universal*, Academia de Ciencias de la URSS, Nauka, Moscú, págs. 169-187.

74 DAUNOU, P. (1819): *Essai sur les garanties individuelles que réclame l'*

état actuel de la société , Chez Foulon et Comp. Paris, pág 137

[75] STALIN, J. (1946/1984): *Obras*, Tomo. III, Vanguardia Obrera, Madrid, págs. 241-248.

[76] FERRO, M. (1976): *La Révolution de 1917. Octobre. Naissance d'une société*, Aubier, Paris, págs. 429-438.

[77] ANWEILER, O, (1975): *Los soviets en Rusia*, Z, ZYX, Madrid.

[78] CARBONELL, Ch. O. (1968): Opus cit., pág. 44.

[79] CARRERE d'ANCAUSSE, H., (1999): *Lenin*, Espasa, Madrid, pág. 198.

[80] GÖRLITZ, W. (1977): *La compra del poder*, Dopesa, pág. 120.

[81] SENN, A. E.: «The Myth of German Money during the First World War», *soviet Studies*, vol. XXVIII, nº. 1, enero 1976, págs. 83-90

[82] LENIN, V. I. U. (1917/1986): Opus cit., Tomo XXVII, págs. 39-45

[83] ZEMAN, A. B. (1958): *Germany and the Revolution in Russia, 1915-1918: Documents from the Archives of the German Foreign Ministry*, Oxford University Press, London.

[84] KÉRENSKY, A., (1967): *Memorias*, Caralt, Barcelona, pág. 327.

[85] LENIN, V. I. U. (1917/1986): Opus cit. Tomo. XXXIV, págs. 24-35.

[86] TROTSKY, L., (1932/1973): Opus cit. págs. 72-95.

[87] SHUB, D., (1948/1966): *Lenin (2) 1917-1924*, Alianza, Madrid, págs. 326-335.

[88] MOOREHEAD, A., (1958): *La Revolución rusa*, Destino, Barcelona, pág.140.

[89] KATKOV, G., (1967): Opus cit., págs. 130-139.

[90] BONIN, G. «Les Bolchéviques et l'argent allemand pendant la guerre» *Revue historique*, nº 473, 1965, págs. 457-68.

[91] FERRO, M., (1967): *La Revolution russe 1917*, Flamarion, Paris, pág. 163.

[92] SCHARLAU, W. y ZEMAN Z. A. (1964): *Freibeuter der Revolution. Parvus-Helphand: eine politische Biographie*. Verlag Wissenschaft und Politik, Köln.

[93] VAN ROSSUM, L. (1967): «À propos d'une biographie de Parvus». Cahiers du monde russe et soviétique. vol. 8, n° 2, págs. 244-263.

[94] SENN, A. E. (1967): Opus cit. pág. 90

[95] PLEJANOV, G., (1898/1974): *El papel del individuo en la historia*, Grijalbo, Barcelona, págs. 58-66.

[96] SÓBELEV, P. et alii. (1977): *Historia de la gran Revolución Socialista de Octubre,* Progreso, Moscú, págs. 190-191.

[97] GÓLIKOV, G. et alii. (1976): *Historia de la gran Revolución Socialista de Octubre*, Castellote Editores, Madrid, pág. 146.

[98] BÁSMANOV, M. (1973): *La esencia antirrevolucionaria del trotskismo contemporáneo*, Progreso, Moscú, pág. 50.

[99] DANIELS, R. (1967): *Red October. The bolshevik Revolution of 1917*, Charles Scribner's Sons, New York, págs. 217 y 220.

[100] MARIE, J.-J. (1967): «Le Comité militaire révolutionnaire du soviet de Petrograd et son président», Cahiers du monde russe et soviétique, vol. 8 nº 2 págs. 189-204.

Bibliografía

La producción bibliográfica sobre el tema es enorme y se escapa a nuestra intención y conocimientos dar cuenta de la misma. Por eso, las obras referidas a continuación no abrigan otro propósito que orientar a un lector interesado que quiera profundizar, o contrastar, lo que en este libro se expone.

No obstante, quien desee asomarse a una bibliografía más exhaustiva puede consultar la que figura en los dos libros del especialista francés Marc Ferro que citamos a continuación: **Ferro**, M. (1975): *La revolución de 1917: (La caída del zarismo y los orígenes de octubre)*, Laia, Barcelona; y (1976): *La révolution de 1917. (Octobre naissance d'une société)*, Aubier, Paris. En estos dos volúmenes se encontrarán, agrupadas temáticamente, más de setecientas citas bibliográficas que abarcan lo fundamental de lo publicado hasta finales de la década de los setenta del siglo pasado. Esa información se puede completar con las referencias que aparecen en el libro de Orlando Figes, citado más adelante, que recoge las publicaciones relevantes aparecidas hasta el final de la centuria.

Sobre las interpretaciones historiográficas del hecho, lo editado hasta el momento, —que resulte accesible al gran público— es más bien poco, ya que muchas reflexiones aparecen en artículos de revistas especializadas y no en obras de conjunto. No obstante, mencionaremos dos de estos artículos. El primero, por ser su autor uno de los historiadores marxistas más conocidos de las últimas décadas: Eric **Hobsbawm**, «*Can We Write the History of the Russian Revolution*?» en *On History*, London, 1997, págs. 241-52. El otro, sirve de contrapunto al viejo Hobsbawm, y es el de Kevin **Murphy** «*Can we write the history of the Russian Revolution?*» aparecido en el nº 116 de *International Socialism* de septiembre de 2007.

Publicados como libros, deberemos contentarnos con citar tres clásicos sobre el tema que, en algún caso, tienen una considerable antigüedad. **Laqueur** W. (1967): *The fate of the Revolution. Interpretations of Soviet History*, The Macmillan Company, New York, sigue siendo una referencia y contiene una bibliografía que puede ser útil. En **Carbonell**, Ch. O. (1968): *El gran Octubre ruso*, Guadarrama, Madrid, encontramos unos capítulos centrados en controversias e interpretaciones que resultan interesantes, mientras que en **Malia**, M. (1990): *Comprender la Revolución Rusa*,

Ediciones Rialp, Madrid, la obra de este autor, desde una óptica conservadora, promete por su título más de lo que sus páginas ofrecen.

Un instrumento que puede resultar útil para orientarse sobre los actores personales políticos o sociales de la historia de la revolución es el diccionario *Dictionary of the Russian Revolution*, (1989), Coor. Robert Devlin y George Jackson, Greenwood Publishing Group, Westport. La obra recoge la biografía de los principales protagonistas, junto a toda una serie de voces sobre instituciones, organismos, períodos etc., cada una de ellas con una sucinta bibliografía. Resulta algo irregular y dista mucho de ser exhaustiva.

Para completar el apartado biográfico relativo a los bolcheviques también se puede consultar: **Haupt**, G. y **Marie**, J.J. (1972): *Los bolcheviques*, ERA, México. Esta obra reúne apuntes autobiográficos de los principales dirigentes bolcheviques hasta el año 1927 insertos en la Enciclopedia Granat, una especie de enciclopedia Espasa muy popular en la Rusia de finales del XIX, adaptada por los soviéticos. Los autores de la selección completan los distintos artículos hasta llegar al final de la vida de los biografiados, y añaden otros que no aparecían en la Granat.

Las historias del Partido Comunista contemplan los antecedentes históricos, —como fracción bolchevique— del PSDOR y abordan los acontecimientos revolucionarios del año 1917, pero lo hacen con una cierta concisión. En el caso de las historias escritas en occidente se suele prestar mucho más espacio y extensión a los periodos posteriores, centrándose en las disensiones internas y en el origen de la autocracia estalinista. Sin embargo, conviene conocer alguna de estas obras.

Ponomariov et alii. (1980): *Compendio de historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*, Progreso, Moscú, es uno de los últimos compendios oficiales publicados en la Unión Soviética y presenta todos los defectos de las versiones «oficiales» tras la desestalinización. Resulta curioso consultarla como elemento de contraste.

Las dos obras clásicas sobre la historia del partido de factura no soviética son: **Schapiro**, L. (1970): *The Communist Party of the Soviet Union*, Eyre & Spottiswoo, London; y **Broué**, P. (1974): *El partido bolchevique*, Ayuso, Madrid. Son dos obras rigurosas pero de enfoque diametralmente distinto. La primera está escrita por un especialista estadounidense con una

orientación muy crítica y claramente liberal, mientras que la segunda es el trabajo de un historiador francés de ideología trotskista que enjuicia los hechos de modo distinto. La revolución fue un logro indiscutible y en ella el partido de Lenin desempeñó un papel fundamental, la desviación de esta trayectoria se produjo a la muerte de este dirigente y como resultado de toda una serie de factores que Broué señala sin extenderse en ellos, pero que resultan verosímiles como explicación.

Una actualización sobre el tema nos la ofrece: **SERVICE**, R. (1979): *The Bolshevik Party in Revolution: A Study in Organisational Change, 1917-1923*, Barnes Noble Books, Nueva York; en la que el autor hace hincapié en las limitaciones en el liderazgo de los bolcheviques. El partido de 1917 a 1919, era muy distinto del partido burocratizado de la década de 1930. La imagen tradicional de un partido a las órdenes ciegas de un secretario general, mantenida hasta entonces por la mayor parte de la historiografía occidental, es producto de la Guerra Fría y de obras como la de Leonard Schapiro.

Las biografías de Lenin son abundantísimas y Laqueur les dedica todo un capítulo en su obra antes citada, que se puede completar con un artículo de Paul Le Blanc aparecido en el nº 86 de *International Socialist Review*, en noviembre de 2012, en el que comenta los trabajos más recientes. Sin embargo, creemos que ninguna de las muchas escritas hasta ahora tiene la profundidad y solidez que el personaje merece. Aquí nos limitaremos a citar tres de ellas. **CARRERE d'ANCAUSSE**, H., (1999): *Lenin*, Espasa, Madrid, nos ofrece un retrato crítico y típico del dirigente revolucionario. Hecha con rigor desde un enfoque conservador, Carrere d'Ancausse se centra en destacar la naturaleza obsesiva de Lenin y su autoritarismo. Su lectura nos sirve para apreciar el arquetipo sobre la figura del dirigente elaborado por la publicística y la investigación de lo que podríamos denominar: «las derechas».

El contrapunto a la anterior es una obra, ya antigua, de **WALTER**, G. (1973): *Lenin*, Grijalbo, Barcelona. Este historiador francés, especialista en Revolución Francesa, realiza un trabajo sólidamente construido y sinceramente favorable sobre la vida de Lenin. En el libro se soslayan algunas cuestiones polémicas, por ejemplo las referidas a financiación de los bolcheviques, y adopta un punto de vista del comunismo «oficial» sobre distintos temas. A pesar de todo, es una buena biografía en general,

precisa y detallista, que proyecta una imagen laudatoria sin llegar a caer en la hagiografía.

En tercer lugar mencionaremos a un autor americano que ha abordado este tema en dos obras muy distintas. Robert Service comenzó a escribir a mediados de los 80 del siglo pasado una monumental biografía de Lenin en tres volúmenes, de los cuales, el segundo, correspondería al periodo que abordamos en este libro: *Lenin A Political Life. Worlds in Collision*, Macmillan, London (1995). Era un intento académico por realizar una biografía del personaje desde la «objetividad» liberal, y en cierta medida lo lograba. Sin embargo, algunos años después, tras el desplome de la Unión Soviética, Service escribe otra biografía de Lenin, ésta mucho más concisa, que es la traducida al castellano: **Service**, R. (2010): *Lenin*: *Una Biografía*, Siglo XXI, Madrid. En esta ocasión, Service, posiblemente influido por el devenir de los acontecimientos, nos muestra al Lenin de siempre visto por sus críticos: manipulador, persiguiendo siempre sus fines y precursor del estalinismo.

Más suerte tiene Trotsky con su biógrafo Issac Deutscher, un marxista próximo al trotskismo, autor de una magnífica biografía del dirigente revolucionario, que puede ser tenida como modelo en el género, al encuadrar la vida del personaje en un fresco de su tiempo que ofrece mucho más que lo que suelen dar las biografías al uso. De los tres tomos que componen esta obra destacable, el primero de ellos abarca el período que aquí tratamos: **Deutscher**, I. (1969): *Trotsky. El profeta armado*, Era, Mexico.

Una buena biografía sobre Stalin es la del historiador trotskista Jean Jacques **Marie** (2003): *Stalin*, Palabra, Madrid. Más allá de las críticas que se pueden hacer a la política del autócrata cuando ocupó el poder, Marie reconoce el papel que Stalin desempeñó durante la revolución de 1917.

Otro tipo de materiales que el lector interesado puede consultar sobre los acontecimientos revolucionarios en Rusia durante ese año crucial es el iconográfico. Muchas de las obras ya citadas incluyen imágenes sobre el tema pero mencionaremos algunas que dedican una especial atención a este aspecto. En primer lugar la de **Nenarókov**, A. (1987): *Historia ilustrada de la Gran Revolución Socialista de Octubre*, Progreso, Moscú. Una

de las obras oficiales del régimen soviético, impresa en papel cuche de buena calidad, presenta una galería de material heterogéneo (fotografías, carteles, octavillas, pinturas y hasta dibujos infantiles). Uno de los problemas que se detecta es el retoque fotográfico al que se solían someter las fotografías en este tipo de publicaciones. No nos referimos a modificaciones dictadas por la censura, sino a la tosquedad con la que se intentaban mejorar la calidad de las viejas placas o clichés.

En la obra de **Boffa**, G. (1967): *La Revolución Rusa* (2 Tomos), Era, Mexico, encontramos una buena selección de imágenes con una factura en la reproducción muy aceptable. De todas las obras de conjunto sobre el tema es, posiblemente, la que ofrece el mejor repertorio.

Un libro especial sobre el tema es el de **King**, D. (2009): *Sous le signe de l'étoile rouge. Une histoire visuelle de l'Union Soviétique de février 1917 à la mort de Staline*, Gallimard, Paris. Se trata de una publicación de gran formato (24x29 cm) que ofrece una serie de reproducciones (550 imágenes) de tamaño considerable y magnifica calidad, impresas de modo esmerado en buen papel y cuidando el color en aquellas que lo tienen en el original. Los dos únicos defectos son: que contiene muy pocas imágenes del período del que nos ocupamos, y que realmente no se puede considerar una «historia visual» de la URSS, ni siquiera en los años que reza el título.

En cuanto al material filmográfico, al que ha prestado especial atención el estudioso Marc Ferro, nos limitaremos a mencionar dos producciones relativamente recientes que ofrecen interpretaciones contrapuestas. **Ellos se atrevieron,** Documental realizado por la productora argentina Contraimagen y el Instituto del Pensamiento Socialista Karl Marx (2007). En 120 minutos, nos brinda una imagen entusiasta, desde una óptica marxista, del acontecimiento revolucionario. Este documental está construido, básicamente, con filmaciones de la época y merecen destacarse algunas, más bien raras, que no suelen aparecer en producciones parecidas, como son los dibujos animados anticapitalistas de factura soviética.

La revolución rusa en color. Documental realizado por la televisión británica Channel Five (2005), 120 minutos, es una recreación dramatizada a la que se empalman archivos de la época coloreados

recientemente y breves explicaciones de historiadores británicos sobre el asunto. El documental se centra en los marineros de la base naval de Kronstadt, que en 1917 apoyaron la causa revolucionaria con entusiasmo. Este enfoque permite denunciar la represión de la que fueron objeto en 1921 por parte de los bolcheviques. Este recurso, ya antiguo, tiene como objeto criticar a Lenin como el artífice de un estado policial brutal. Realmente los autores del documental adoptan desde el principio una óptica liberal, pretendiendo hacer creer al espectador que la auténtica democracia que parece defender la producción televisiva era la consejista.

Los documentos y testimonios escritos de la época son abundantísimos. En muchas de las obras de carácter general que se citan en esta bibliografía aparecen distintos textos documentales reproducidos total o parcialmente, por ejemplo en la de Nenarókov, que alterna imágenes con fragmentos de todo tipo de documentos: oficiales, periodísticos, etc. No obstante, existe una recopilación mamotretica en tres volúmenes y casi dos mil páginas de lo producido por el Gobierno Provisional, publicada en inglés: **Browder**, R. P. y **Kerensky**, A. (1961): *The Russian Provisional Government, 1917*, Stanford University Press, Stanford. Mucho más interesante resulta la recopilación hecha por **Bunyan**, J. y **Fisher**, H. H. (1934): *The Bolshevik Revolution, 1917-1918: Documents and Materials*, Stanford Univ Pr, Calif. London, que incluye decretos, manifiestos, documentos y artículos de prensa desde los últimos días del Gobierno Provisional hasta los inicios de la guerra civil.

Una obra narrativa de un testigo presencial de los hechos en Petrogrado, es la escrita por Claude Anet, seudónimo de Jean Schopfer, corresponsal del *Petit Parisien* en la capital para cubrir la actualidad política y militar. En ella, Anet, sabe transmitir el entusiasmo de las gentes de la calle ante lo que está ocurriendo, pero se posiciona por la continuación de Rusia en la guerra y es hostil a los bolcheviques a los que denomina *maximalistes*.

Anet, C. (1919): *La Revolution Russe: a Petrograd Et Aux Armees (Mars-Mai 1917)*, Tomo 2. *La Revolution Russe: Grandeur et decadence d'Alexandre Feodorovich Kerenski; L'Affaire Kornilof, Le grand jour et le coup d'etat maximaliste. Juin-Novembre 1917*, Payot & Cie, Paris. Existe una versión moderna de esta obra en un solo tomo, publicada en París por la editorial Phébus en 2007.

La gran crónica de la revolución es la escrita por Suhanov, en siete volúmenes, y publicada en la Unión Soviética en 1922. El historiador norteamericano Joel Carmichael realizó una edición abreviada de esos siete volúmenes que se tradujo al castellano como: **Sukhanof**, N. (1970): *La revolucion Rusa (1917)*, Caralt, Barcelona. También existe una versión completa de la misma en italiano: **Suchanov**, N. (1967): *Cronache della rivoluzione russa* (2 Vol.) Riuniti, Roma. La obra de este menchevique internacionalista, seguidor de Martov y miembro del Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, es un testimonio inapreciable sobre lo que ocurrió en esos meses cruciales, desde la revolución de febrero hasta la toma del poder por los bolcheviques, ya que Suhanov fue testigo directo y protagonista de muchos de los hechos relevantes, excepto del que se produjo en su mismo domicilio la noche del 10 de octubre sin que él lo supiera, pero con permiso de su esposa, y en la que reunido el CC del partido bolchevique, se decidió activar la toma del poder.

La obra de Suhanov fue elogiada por Lenin y junto con la de Reed figuró como las historias recomendadas desde el mismo Estado soviético en sus inicios. Joel Carmichael, el traductor de Suhanov, escribió una breve historia de la revolución, que fue publicada en castellano, en la que sintetiza con corrección lo acontecido. **Carmichael**, J. (1967): *Historia de la Revolución Rusa*, Cid, Madrid.

Las dos crónicas ya citadas abarcan desde febrero a octubre, sin embargo la de Albert Rhys Williams se inicia en el otoño de 1917. Este estadounidense, enviado a Rusia por el *New York Post*, viajó a Petrogrado para informar sobre la revolución durante el verano de ese año, y se dedicó a recorrer el país reuniendo opiniones de diversos sectores del pueblo ruso. En el otoño, retornó a la capital y se unió a su compatriota, y también periodista, John Reed, tomando notas para una crónica de la revolución que publicó años después, y de la que damos referencia en su traducción francesa. **Rhyss**, W. A. (1930): *A travers la Revolution Russe*, Gallimard, Paris.

John Reed se anticipó a Albert Rhys en la publicación de su libro *Diez días que estremecieron el mundo* o *Diez días que conmovieron al mundo*, ya que vio la luz en 1919. En esta obra, el periodista americano, narra los acontecimientos de Octubre en clave de reportaje. Reed había llegado a Petrogrado en septiembre, y su trabajo, muy apreciado por Lenin, que prologó su primera edición, ha sido uno de los testimonios más difun-

didos sobre el acontecimiento. **Reed**, J. (1974): *Diez días que estremecieron al mundo*, Akal, Madrid.

Una naturaleza distinta tienen los escritos elaborados por los actores de los sucesos que se historian. Aquí nos limitaremos a citar aquellos que son más relevantes y accesibles a todo el mundo. Los tomos XXXI al XXXIV de la Obras Completas de Lenin (**Lenin**, V. I. U. (1917/1986): *Obras Completas*, Progreso, Moscú) reúnen todos los escritos que se conservan del secretario general de la fracción bolchevique del PSDOR en las fechas en las que hemos delimitado nuestro trabajo, aunque el tomo XXXIII está consagrado íntegramente a la obra «El Estado y la revolución».

No tiene el mismo rigor el Tomo III de las obras de Stalin (**Stalin**, J. (1946/1984): *Obras*, Vanguardia Obrera, Madrid), que publicado durante el apogeo del autócrata sufrió su propia censura, eliminando de él algunos escritos que no encajaban con el relato oficial que había construido Stalin sobre los hechos. No obstante se recopilan distintos artículos que pueden tener interés.

Las obras de Trotsky, escritas en ruso, no han tenido la suerte de ser traducidas. En 1923 se inició en la URSS la publicación de las mismas, pero fue interrumpida en 1927, estando prevista la aparición de veintitrés volúmenes. En las bibliotecas occidentales sobrevivieron 12 volúmenes de los 15 libros publicados desde 1924 hasta 1927. Muy pocas bibliotecas tienen el conjunto completo de los 12 volúmenes, y estos libros son hoy de una rareza bibliográfica extrema. En el tomo III, publicado en dos partes y correspondiente al año 1917, aparecen: *Ot Fevralia do Oktiabria* y *Ot Oktiabria do Bresta*, ambos editados en 1924. En este volumen, Trotsky se ocupa de los acontecimientos de 1917, y la mayor parte de los escritos, discursos, etc. muestran al autor como un excepcional agitador y orador, según citan otras fuentes como la de su biógrafo Issac Deutscher. El único texto fácil de consultar es: *Las lecciones de Octubre* (Trotsky, L. (1976): *Obras escogidas*, Tomo I, Fundamentos, Madrid), ensayo que añadió en la primera parte de la obra y que es un ataque mordaz a sus entonces rivales en el interior del partido.

Sobre la toma del poder en octubre los soviéticos publicaron, ahora hace cincuenta años, una antología de relatos de los principales protagonistas

«oficiales» —por aquel entonces— de los acontecimientos, como: Podvojsky, Búbnov, Flerovsky, Mehonošin, Antonov-Ovseenko y otros, algunos de ellos rescatados del infierno de los «herejes» al que los había condenado el estalinismo. Incluye también el relato del ministro de justicia Maliantovich narrando como vivió la detención del Gobierno Kerensky. La obra fue traducida a distintos idiomas, en inglés se tituló: *Petrograd, October 1917. Reminiscences*, Moscow, 1957.

Por último citaremos en este apartado una curiosidad: *Los bolcheviques y la Revolución de Octubre. Actas del Comité Central del Partido Obrero Social Demócrata Ruso (bolchevique). Agosto de 1917 a febrero de 1918* (1972): Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba (Argentina). En esta obra se puede consultar el Acta nº 25, correspondiente al 10 de octubre donde se recoge el debate y el resultado de la votación sobre la toma del poder.

Muchos otros protagonistas de la revolución escribieron memorias o recuerdos, unas más fáciles de conseguir y consultar que otras, pero nos limitaremos a mencionar solamente una: **Kerenski**, A. (1967): *Memorias*, Caralt, Barcelona.

Las obras de conjunto sobre el proceso revolucionario, abarcando períodos distintos, son muy numerosas y sólo mencionaremos algunas.

Comenzaremos citando tres libritos de bolsillo que sintetizan correctamente el hecho. **Carr**, E. H. (1981): *La Revolución rusa, de Lenin a Stalin, 1917-1929*, Alianza, Madrid, es el resumen que realizó este historiador británico de ideología liberal pero profundo conocedor del tema, sobre el que escribió una monumental obra en tres volúmenes. La síntesis mencionada sirve perfectamente para informarse sobre lo esencial. Christopher Hill, historiador marxista, también de origen británico, y especialista en la revolución inglesa del siglo XVII, escribió asimismo un pequeño compendio; **Hill**, Ch. (1971): *La Revolución Rusa*, Ariel, Barcelona, que cumple perfectamente la misión de lectura introductoria. No obstante, la más didáctica de las tres obras que estamos mencionando es la escrita por **Coquin, F.-X.** (1970): *La révolution russe*, Presses Universitaires de France - *Que sais-je* ?, Paris; concisa y precisa tiene todas las virtudes de esta magnífica colección.

De entre las obras que por la antigüedad de su publicación podemos considerar «clásicas», sólo citaremos dos. **Trotsky**, L. (1932/1973): *La*

Revolución rusa (2 vol.), ZYX, Madrid, es la visión personal de uno de los grandes protagonistas escrita de modo brillante, —con una muy buena traducción al castellano de Andreu Nin— tiene pasajes verdaderamente magníficos, aunque presenta también todas las limitaciones que podamos imaginar.

La que nosotros consideramos sigue siendo la mejor historia de conjunto a pesar del tiempo transcurrido desde su redacción es la de Chamberlin, que citamos en edición italiana: **Chamberlin** W. H. (1930/1967): *Storia della Rivoluzione russa*, 3 vols., Il Saggiatore, Milano. Abarca hasta el final de la guerra civil y ofrece una narración ponderada del desarrollo de los acontecimientos.

Entorno al cincuenta aniversario de la revolución aparecieron muchas obras destinadas al gran público algunas traducidas al castellano. **Liebman**, M. (1969): *Enigmas de la revolución rusa*, Daimon, Madrid. Es la obra, de un marxista belga, cuyo título original era: *La révolution russe. Origines, étapes et signification de la victoire bolchevique*, pero por razones editoriales de la España de entonces apareció como hemos citado, siendo el único enigma que el libro plantea: su título en castellano. Es una buena obra de conjunto aunque hay algunos acontecimientos que son abordados de modo muy somero, como por ejemplo el golpe de Kornilov.

Ollivier, J. P. (1967) *¿Cuándo amanecerá tovarich? Historia de la Revolución de Octubre y de sus antecedentes*, Plaza y Janés, Barcelona, fue un libro que tuvo una gran difusión en su momento. Su mayor virtud es el estar narrado en tono periodístico. Arranca con los inicios del movimiento revolucionario en la Rusia del XIX, pero presenta lagunas y algunos errores, aunque sigue siendo un relato vivaz y ameno.

La *Historia de la gran Revolución Socialista de octubre* (1976): **Golikov, Petrov, Chebaevski, Farsobin, Osipova** y **Dmitrenco**, Castellote., Madrid, es una de las historias «oficiales» de la revolución, aporta abundante aparato crítico citando estudios monográficos de autores soviéticos. Desborda el marco de Petrogrado y Moscú en el que suelen centrarse la mayor parte de las obras, mencionando de modo sucinto como se desarrollaron los acontecimientos en otros puntos de Rusia.

Con una narración amena que intenta aproximarnos a las vivencias de la gente corriente, el libro de **Figes**, O, (2010): *La Revolución Rusa 1891-19124- La tragedia de un pueblo*, Edhasa, Barcelona, es la última gran obra

aparecida en castellano sobre el tema. Alabado por el viejo Hobsbawm, este libro puede que refleje, como ningún otro de los recientes, el impacto en la historiografía del desplome de la URSS.

Figes considera que la toma del poder por los bolcheviques fue un error y lo que eso puso en marcha tuvo un fin lógico: no podía sino fracasar. Octubre fue un *coup d'État* sin ningún apoyo de las masas. La mayoría de los delegados del Soviet panruso «eran demasiado ignorantes para comprender lo que estaban haciendo» al apoyar las propuestas de los bolcheviques.

Quienes tomaron el Palacio de Invierno al saquear las bodegas se convirtieron en «turbas borrachas que se entregaron al vandalismo». «La sublevación estaba condenada a descender al caos… por que la toma del poder en sí misma, como un acto violento, estimuló tales acciones en la muchedumbre».

Los participantes de esta violencia colectiva no era la clase obrera, los obreros de Petrogrado participaron poco, fueron las víctimas del hundimiento de esa clase y de la devastación de los años de guerra: desempleados, refugiados, soldados y marinos que se habían congregado en las ciudades, bandidos y criminales liberados, trabajadores sin especializar procedentes del campo… Así pues, para este autor, no fue el proletariado quien protagonizó Octubre sino el lumpen. «Tras haberse asegurado la dictadura de su partido Lenin se volcó a continuación en la tarea de asegurar su propia dictadura sobre el partido mismo».

La conclusión del enorme tomo de Figes es que «después de un siglo dominado por los totalitarismos gemelos del comunismo y el fascismo, sólo se puede esperar que se haya aprendido esta lección». En definitiva, esta obra se puede ser considerar como el epítome de la interpretación neoliberal sobre la revolución.

Concluyamos con algunos títulos que abordan diferentes fases del proceso revolucionario. La crisis del zarismo fue analizada con detalle por tres obras que podríamos considerar clásicas.

Seton-Watson H. (1955): *La decadencia de la Rusia imperial 1855-1914*, Guarania, México, sigue siendo, a pesar de su antigüedad, un libro magnífico analiza los principales aspectos de la evolución política, económica y social de Rusia desde mediados del siglo XIX. Sin duda requiere de

actualizaciones, aún así sigue siendo útil. Centrada en el reinado de Nicolás II está la obra de **Pares**, Bernard (2001): *The Fall of the Russian Monarchy* : *A Study of the Evidence*, Phoenix Press). Enviado a Rusia por el gobierno británico durante la Gran Guerra, este historiador de ideología liberal-conservadora, nos ofrece una visión de los acontecimientos fundamentalmente política, descuidando otros aspectos. Muy bien relacionado con los liberales rusos, Pares terminó colaborando con los «blancos» durante la Guerra Civil. No obstante, su obra refleja acertadamente la descomposición de la corte imperial y la inoperancia del ejército ruso durante el conflicto. El libro de **Florinsky**, Michael T. (1931/1979): *End of the Russian Empire*, Editorial: Collier Books, New York, se centra en la fase final del proceso. En una obra breve, pero bien construida, va repasando, capítulo a capítulo, todos los sectores y aspectos de la sociedad rusa en vísperas de la crisis revolucionaria (la Corte, la oposición liberal, el ejército, el marasmo económico, etc.).

Una buena biografía sobre Nicolás II es la de **Ferro**, M. (1990/2009): *Nicolás II*, Fondo de Cultura Económica, Madrid. Recoge muchos de los incidentes anecdóticos que suelen caracterizar a este tipo de literatura, pero los enmarca en un telón de fondo estructural que es lo verdaderamente relevante, aunque dada su fecha de redacción no incluye los últimos hallazgos sobre el destino final de la familia Romanov.

Sobre la vida de la nobleza rusa en los últimos años del zarismo hay decenas de relatos; uno que puede servir para recrear ese mundo es **Yusupof**, F. (1962): *El esplendor perdido*, Plaza & Janes, Barcelona. Su autor, uno de los asesinos de Rasputín, y miembro consorte de la familia imperial, nos cuenta la que se supone es la última versión del crimen, de las distintas que ofreció el príncipe a lo largo de su vida. Sin embargo, lo más interesante del libro es poder entrever cómo vivía y pensaba una de las grandes familias de la Rusia zarista.

Un libro interesante para enmarcar los acontecimientos revolucionarios en la capital del Imperio es el de **Bater**, James H. (1976): *St Petersburg: Industrialization and change (Studies in urban history)*, McGill-Queen's University Press, Montreal. Se trata de un estudio sobre el desarrollo urbano de la ciudad en la fase de crecimiento industrial de la misma, pero sus páginas ofrecen más de lo que podríamos pedir a un trabajo de ese tipo, aportando abundante información sobre otros muchos aspectos relacionándolos con el urbanismo.

La revolución de febrero cuenta con dos obras clásicas hasta hoy no superadas: **Burdzhalov**, E. N. (1967/1987): *Russia's. Second Revolution. The Februry 1917 Uprising in Petrograd*, Indiana University Press, Bloomington-Indianapolis, y **Hasegawa**, Tsuyoshi (1980): *The February Revolution: Petrograd, 1917*, University of Washington Press, Washington. La primera es obra del más eminente historiador soviético sobre el tema de la segunda mitad del siglo XX. La segunda, escrita por un especialista japonés, es de amena lectura y recoge las incidencias del proceso día a día y con minucioso detalle.

Sobre las «jornadas de julio» y el golpe de Kornilov sigue siendo referencia obligada el libro de **Rabinowitch**, Alexander (1991): *Prelude to Revolution: The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising*, Indiana University Press.

Para finalizar citaremos una obra de referencia para abordar la revolución de octubre: **Daniels**, R. V. (1967): *Red October: the Bolshevik Revolution of 1917*, Scribner, New York. Este libro, a pesar de tener cincuenta años, sigue siendo un estudio fundamental sobre ese acontecimiento. Daniels analiza acertadamente la confusión reinante y el proceso de persuasión que tuvo que desarrollar Lenin sobre la dirección del partido que terminó desembocando en la insurrección. El autor rechaza la idea de que los hechos, tal y como ocurrieron en aquel momento, condujeran inevitablemente a una «dictadura totalitaria», rompiendo así con la interpretación preponderante que imperaba entre los estudiosos americanos cuando Daniels escribió su libro. La huella de este especialista en el mundo eslavo se deja sentir en trabajos más recientes del ámbito universitario estadounidense, como por ejemplo el de Duco Heijs (2014): *Interpreting October: How did the Bolsheviks come to power? An analysis of the role of the Military Revolutionary Committee in the Bolshevik seizure of power on October 25, 1917*.

Apuntes Biográficos



Alekseev, Mihail (Алексеев, Михаил) (1857-1918)

Participó en las guerras Ruso-Turca (1877-1878) y Ruso-Japonesa (1904-1905). Durante la Primera Guerra Mundial, en la primavera de 1915 efectuó la retirada de los ejércitos rusos en el este a través de Polonia y Lituania bajo la presión constante del enemigo. Fue comandante en jefe de los ejércitos del frente del Noroeste. En la revolución de febrero, abogó por la abdicación de Nicolás II, su postura contribuyó a la aceptación del hecho por parte del Zar. Después de la toma del poder por los bolcheviques participó de modo activo en ejército blanco.



Antonov-Ovseenko, Vladimir (Антонов-Овсеенко, Владимир) (1884-1938)

Bolchevique desde 1903, era miembro de una familia de militares. Participó en la Revolución de 1905, siendo sentenciado a muerte, pero se le conmutó la pena por el exilio. Fue una sobresaliente figura del CMR en la preparación de la insurrección bolchevique de octubre.

Miembro de la oposición trotskista entre 1923 y 1928.

Enviado a España por el Gobierno soviético como cónsul en Barcelona durante la Guerra Civil española a su vuelta a Rusia fue víctima del terror estalinista.



Armand, Inessa (1874–1920)

Nacida en París, hija de actores, se casó con un rico industrial ruso, pero desde 1903 militó en el PSDOR. Detenida y deportada, huyo de Rusia y se exilió en París.

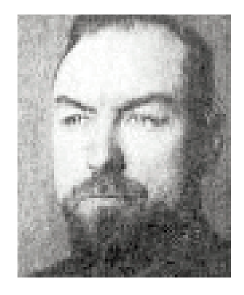
Durante la Gran Guerra apoyó a Lenin en la fundación de una escuela de formación marxista en Longjumeau (Francia). En 1915, Armand se mudó a Suiza y organizó allí la Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, opuesta a la guerra.

Al estallar la revolución volvió con Lenin en el tren alemán que devolvió a algunos exiliados a su país. Ocupo distintos cargos en el nuevo régimen soviético.



Avksentiev, Nikolai (Авксентьев, Николай) (1878-1943)

Dirigente del Partido Socialrevolucionario. Apoyó la revolución de febrero, desempeñando diversos cargos en la Duma, el Soviet de Petrogrado y el Gobierno Provisional. Formó parte del ala derecha de su partido, que favorecía a Kerensky y contaba con las simpatías de las embajadas aliadas, otorgando gran importancia a la coalición con las fuerzas burguesas. Tras la revolución de octubre se exilió en París.



Blagonravov, Georgy (Благонравов, Георгий) (1896-1938)

En 1915 fue reclutado por el ejército. Después de estudiar en la escuela militar obtuvo el grado de alférez. En marzo de 1917 se unió al POSDR (b). En el I Congreso de los Soviets, fue elegido miembro del Comité Ejecutivo Central , donde trabajó como secretario de la fracción bolchevique.Tomó parte activa en el levantamiento armado de octubre en Petrogrado.

En 1938 fue víctima del terror estalinista.



Belyšev Alexander (Белышев Александр) (1893-1974)

De 1909-1913 Estudió en la Escuela Técnica Maltsev. Trabajó como mecánico en una fábrica textil en Nerehta Comenzó su servicio como marinero en la Flota del Báltico en 1913. En marzo de 1917 se unió al POSDR (b), fue elegido representante del crucero *Aurora* en el Centrobalt.

El 25 de octubre de 1917, se hizo con el mando del crucero y ordenó el disparo, que fue la señal para el ataque al Palacio de Invierno.



Berzin, Yan (Берзин, Ян) (1889-1938)

Se llamaba Pēteris Ķuzis y se unió al PSDO Letón en 1902. En la Primera Guerra Mundial desertó, participando en la Conferencia de Zimmerwald. Trabajó como mecánico en las fábricas de Petrogrado y participó activamente en la revolución de febrero.

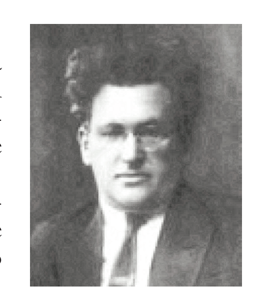
Durante la revolución de octubre fue miembro de los comités del partido bolchevique de Vyborg y Petrogrado, siendo un hombre próximo a Trotsky.

En 1938 fue víctima del terror estalinista.

Bogdanov, Boris (Богданов, Борис) (1884-1960)

Desde 1904 participó activamente en la creación de la organización estudiantil revolucionaria del PSDOR. En 1906 se trasladó a San Petersburgo para organizar el movimiento obrero en el distrito de Narva. Un año después fue elegido miembro del CC menchevique del PSDOR.

La revolución lo sacó de la cárcel. Fue uno de los organizadores y líderes del Soviet de Petrogrado. Participante activo en la lucha contra Kornilov. En 1918 fue detenido por los bolcheviques.



Bonch-Bruevich, Vladimir (Бонч-Бруевич, Владимир) (1873-1955)

Proveniente de la nobleza rural, ingresó en las filas de Unión de Trabajadores de Moscú. En su exilio de Suiza trabajó en la redacción de *Iskra*, y en 1905 participó en el levantamiento armado en San Petersburgo organizando los depósitos de armas. En 1917 era miembro del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado. Desempeñó el cargo de secretario personal de Lenin y fue de los que se opuso más firmemente a la momificación del dirigente.



Brusílov, Aleksei (Брусилов, Алексей) (1853-1926)

En febrero de 1917 apoyó la abdicación de Nicolás II, pero era un ferviente partidario de continuar la guerra. Fue nombrado comandante en jefe para substituir al General Alekseev. Después del fracaso de la ofensiva de julio fue reemplazado por el General Kornilov.

Tras la toma del poder por los bolcheviques fue nombrado comandante en jefe de todas las fuerzas armadas de la República Soviética y garantizó la amnistía a todos los oficiales que apoyaran el poder soviético.



Búbnov, Andrei (Бубнов, Андрей) (1883-1938?)

Siendo estudiante se unió al PSDOR (b). En los años siguientes fue arrestado hasta trece veces. Tras la revolución de febrero de 1917 fue elegido miembro del politburó del Partido. En Petrogrado se integró en el CMR siendo uno de los encargados de la organización de la revolución de octubre. Después de la Guerra Civil, formó parte de la Oposición de Izquierdas. Arrestado bajo el cargo de traición al pueblo soviético, posiblemente se convirtió en una víctima del terror estalinista.





Buharin, Nikolai (Бухарин, Николай) (1888-1938)

Nacido en una familia de clase media de Moscú. Ingresó en el PSDOR (b) durante la Revolución de 1905. Veterano bolchevique, formó parte del politburó hasta 1929, siendo considerado el teórico oficial del comunismo soviético. Miembro de la efímera Oposición de Izquierdas, se opuso al Tratado de Brest-Litovsk. En 1937, acusado de organizar un golpe de Estado contra el gobierno, fue juzgado y condenado, convirtiéndose en víctima del terror estalinista.



Chernov, Vladimir, alias *Victor* (Чернов, Владимир) (1876-1952)

Activista en el movimiento revolucionario ruso desde 1893. Fundador del partido Socialrevolucionario (SR) y su principal teórico.

Después de la revolución de febrero fue Ministro de Agricultura en la primera y segunda coalición del Gobierno Provisional. En su partido fue un centrista, defendiendo un gobierno de unidad socialista. Después de la revolución de octubre emigró a EE UU.



Chkheidze, Nikolai, alias *Karlo* (Чхеидзе, Николай) (1864-1926)

Impulsor del marxismo en Georgia en la década de 1890, y menchevique muy respetado. Tras la revolución de febrero fue elegido presidente del Soviet de Petrogrado. Apoyó al Gobierno Provisional respaldando su política «defensista». Se opuso a los bolcheviques y en septiembre de 1917 presidió la Conferencia Democrática. Se hallaba en Georgia durante la revolución de octubre y decidió no regresar a la capital.



Chudnovsky, Grigory (Чудновский, Григорий) (1894-1918)

Socialdemócrata e internacionalista, volvió de América con Trotsky. Miembro del partido bolchevique desde 1917. En junio de 1917 fue reclutado y durante la contraofensiva de julio del ejército alemán fue herido. Delegado del CMR en el Regimiento Preobrazhensky. Desempeñó un papel importante en la toma del Palacio de Invierno por los bolcheviques y posteriormente se le nombró primer Administrador del Palacio de Invierno.



Dan, Fedor, alias *Gurvich* (Дан, Фёдор) (1871-1947)

Médico de profesión, se unió en 1896 al movimiento socialdemócrata de San Petersburgo. Fue un colaborador activo del periódico *Iskra*. Después, miembro permanente del Comité Central menchevique. Figura central en apoyo al Gobierno Provisional hasta la insurrección de octubre.

Se exilio en 1922, aunque terminó rompiendo con la mayoría oficial menchevique por su simpatía hacia el régimen soviético.



Daškevich, Petr (Дашкевич, Пётр) (1888-1938)

Graduado en Filosofía, en 1910 se incorporó al POSDR (b). Uno de los líderes de la Organización Militar del Comité bolchevique de San Petersburgo.

En julio de 1917 fue detenido por el Gobierno Provisional. Durante el levantamiento armado de octubre fue miembro del Comité Militar Revolucionario de Petrogrado, y participó en la captura del Palacio de Invierno. En 1938 fue víctima del terror estalinista.



Dybenko, Pavel (Дыбенко, Павел) (1889-1938)

Nació en una familia de campesinos ucranianos. En 1912, se afilió al partido bolchevique y en 1915 fue detenido por el motín del barco *Emperador Pavel* I. Liberado durante la revolución de febrero, fue miembro del Soviet de Helsingsfors (Helsinki), y jefe del Centrobalt donde jugó un papel muy importante en la revolución de octubre. En 1938 fue arrestado y se declaró culpable de participar en una conspiración militar-fascista trotskista antisoviética convirtiéndose en víctima del terror estalinista.



Dzerzhinsky, Feliks (Дзержинский, Феликс) (1877-1926)

Aristócrata de origen polaco. En 1895 se unió al Partido Socialdemócrata de Lituania y fue expulsado de la escuela, por «distribuir propaganda subversiva» y «hablar polaco».

Pasó gran parte de su vida en la cárcel. En 1903 se hizo bolchevique y participó en Revolución de 1905. En octubre de 1917 formó parte del CMR de Petrogrado. Luego organizó la Checa (Policía política y contraespionaje), labor que cumplió de modo eficaz e implacable.



EGOROVA Yevgenia (Егорова, Евгения) (nombre real: Lepine Marta Elia) (1892-1938)

Secretaria del comité del POSDR (b) en el distrito de Vyborg, conocida como «el camarada Jack». Contribuyó a la impresión del periódico *Pravda* en la ilegalidad. Tomó parte en la recepción de Lenin en la Estación de Finlandia. Tras los acontecimientos de julio encontró un refugio para Lenin en casa de su amiga Fofanova. Ocupó distintos cargos de responsabilidad y fue condecorada con la Orden de Lenin. Arrestada en 1938 fue víctima del terror estalinista.



ENGELGARDT, Boris (Энгельгардт, Борис) (1877-1962)

El primer comandante del Petrogrado revolucionario durante la revolución de febrero.

Desde abril de 1917, trabajó en la Comisión Militar bajo la presidencia del general Polivanov. En el verano de 1918 se escapó de Petrogrado tras el asesinato de Uritsky.

En el exilio en Francia, trabajó como taxista, y luego en Letonia, fue entrenador de atletismo. Tras la anexión de las repúblicas bálticas por la URSS, volvió al exilio.



FILONENKO, Maximilian (Филоненко, Максимилиан) (1885-1960)

Hijo de un ingeniero ferroviario, en 1914 era subteniente. Después de la revolución de febrero fue Comisionado en el VIII Ejército, con Kornilov. Antes del golpe de Kornilov trató de llegar a un compromiso entre Kornilov y Kerensky.

Después de la toma del poder bolchevique conspiró contra el poder soviético. Se exilio en París. En 1924, fue expulsado de Francia por fraude financiero.



FLEROVSKY, Ivan (Флеровский, Иван) (1888-1959)

Miembro del POSDR desde 1905. Exiliado en Arkhangelsk y después de unos años en la región de Irkutsk. Regresó después de la revolución de febrero para trabajar en el Comité del POSDR (b) en Kronstadt .

Fue miembro del Soviet de Petrogrado y durante la revolución de octubre del CMR como Comisario Jefe de la Flota del Báltico. En los años 20 y 30 fue el editor de varios periódicos y revistas soviéticas, y director de la agencia TASS.

Fofanova, Margarita (Фофанова, Маргарита) (1883-1976)

Llevó a cabo actividades revolucionarias en Perm, Simferopol, y Ufa. En 1910 se instaló en San Petersburgo, donde estudió agronomía. En 1917 fue diputada del Soviet de Petrogrado. En octubre, acogió en su apartamento 1/92 de la calle Serdobolskaya, piso 41, al perseguido Lenin. Fue uno de los enlaces entre Lenin y el CC en vísperas de la revolución de octubre.



Frunze, Mihail (Фрунзе, Михаил) (1885-1925)

Se unió al PSDOR (b) y participó en la Revolución de 1905. Fue detenido y hecho prisionero durante una larga temporada, pero escapó y bajo nombre falso ingreso en el Ejército.

Implicado en el trabajo miliar, lucho durante 1917 en Moscú. Alcanzo un puesto en el CC del Partido Comunista en 1921 y en 1925, fue elegido presidente del Consejo Militar Revolucionario en sustitución de Trotsky. Murió ese mismo año durante una operación estomacal.



Ganecky, Yakov (Ганецкий, Яков), también conocido como Jakub Fürstenberg (1879-1937)

Viejo bolchevique y estrecho colaborador de Lenin. Famoso como uno de los «magos financieros» de la organización.

Después de la revolución octubre fue representante comercial y embajador en Letonia. Su último cargo fue el de director del Museo de la Revolución de la URSS.

Detenido en 1937 fue víctima del terror estalinista.



Goldenberg, Joseph (Гольденберг, Иосиф) (1873-1922)

Bolchevique desde 1903, estudió en París ciencias físicas y matemáticas. Desde 1902 a 1905 trabajó en la organización socialdemócrata de Saratov. Miembro de la oficina rusa del CC durante la Gran Guerra, mantuvo posturas próximas a los mencheviques internacionalistas, pero en 1920 volvió a ingresar en el partido bolchevique donde fue nombrado Secretario de desarrollo. Murió en 1922 de un ataque al corazón.





Golitsyn, Nikolai (Голицын, Николай) (1850-1925)

Recomendado por la zarina fue nombrado presidente del Consejo de Ministros en diciembre de 1916. Defendió el diálogo con la Duma y solicitó al emperador Nicolás II el cese del Ministro del Interior Protopopov.

Al inicio de la revolución de febrero, las funciones del gobierno fueron tomadas por el Comité Provisional de la Duma del Estado, y el Príncipe Golitsyn fue detenido junto con los otros ministros el 23 de febrero (13 de marzo) del año 1917.



Gorky, Maxim (Горький, Максим) (1868-1936)

Seudónimo del escritor Aleksei Pechkov, que nació en Novgorod, y adoptó tal seudónimo, que en ruso significa «amargo». Huérfano en la infancia, gracias al apoyo del escritor Korolenko pudo estudiar. Como intelectual, tomó parte en la Revolución de 1905.

En 1917 publicaba el diario *Nóvaya Zhizn*. Amigo y partidario de Lenin, le horrorizaba que se debiera recurrir a la violencia, lo que le alejó de las filas del bolchevismo.



Gots, Avram (Гоц, Абрам) (1882-1940?)

Nacido en una familia burguesa, estudió en la Universidad de Berlín. Miembro del Partido Socialrevolucionario (SR) desde 1906. En marzo de 1917, se trasladó a Petrogrado, y fue uno de los líderes del Soviet. En 1920, fue arrestado por actividades antisoviéticas y deportado durante 3 años en Ulyanovsk.

En 1939 fue detenido de nuevo y condenado a 25 años de prisión. Murió en Kraslag.



Gutchkov, Alexander (Гучков, Александр) (1862-1936)

Rico capitalista moscovita, monárquico y jefe del partido Octubrista, aunque participó en la llamada «revolución de palacio» que la revolución de febrero abortó.

Ministro de defensa en el primer Gobierno Provisional lo sustituyó Aleksander Kerensky.

Financió la propaganda que apoyaba al general Kornilov en su golpe de Estado, y participó de modo activo en la contrarrevolución, hasta exiliarse en 1919.

Gvozdev, Kuzma (Гвоздев, Кузьма) (1882-¿?)



Miembro del Partido Socialrevolucionario (SR), en 1905 dirigió la huelga de los ferroviarios, por lo que fue exiliado a Astrakhan. Después de su liberación presidió la Unión de Trabajadores del Metal. En la guerra fue Presidente del Grupo de Trabajo Militar-Industrial, y después de febrero formó parte del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, llegando a ser Ministro de Trabajo con el Gobierno Provisional. En 1931 fue encarcelado hasta 1956.

Ilin, Alexander, alias *Zhenevsky* (Ильин Александр, *Зхеневскы*) (1894-1941)



Exiliado en Zurich, pertenecía a la vieja guardia bolchevique y participó activamente en la revolución trabajando en la prensa revolucionaria y en tareas militares durante la revolución de octubre

Fue también un gran ajedrecista, fundador de la Escuela de Ajedrez soviética. Sus relaciones con miembros de la oposición le valieron la animadversión de Stalin.

Ioffe, Adolph (Иоффе, Адольф) (1883-1927)



Nació en una familia adinerada. Socialdemócrata desde 1903. Tomó parte activa en la Revolución de 1905. En 1917 se unió a Trotsky, que acababa de regresar del extranjero. En VI Congreso del Partido Bolchevique fue elegido miembro (sin derecho a voto) del CC. Dirigió la facción bolchevique en la Duma de Petrogrado (el gobierno de la ciudad) y fue nombrado miembro del Preparlamento. Participó en el CMR de la capital. Brillante diplomático, fue hasta su suicidio, correligionario de Trotsky.

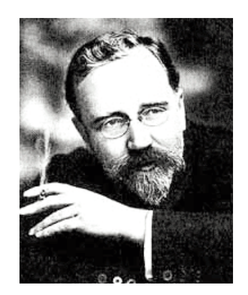
Ivanov, Nikolai (Иванов, Николай) (1851-1919)



General de artillería con fama de autoritario, al que en la revolución de febrero el Emperador le encomendó garantizar la seguridad de la familia imperial y, como comandante del distrito militar de Petrogrado con poderes dictatoriales, aplastar el levantamiento en la ciudad. Pero la deserción de las tropas que comandaba le impidieron llevar a término su misión. Después de la revolución de octubre, se unió al movimiento blanco en sur de Rusia. Murió de fiebres tifoideas.



Kalinin, Mihail (Калинин, Михаил) (1875-1946)
Nació en el seno de una familia campesina, se trasladó en 1893 a San Petersburgo a trabajar como obrero industrial, afiliándose al PSDOR en 1898. En 1912 ingresó en el CC de la fracción bolchevique del partido, y en 1917, antes de la instauración del poder de los soviets, fue elegido para la Duma distrital de Petrogrado. En 1922 fue uno de los cuatro fundadores de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) en representación de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia.



Kámenev, Lev, alias *Rosenfeld* (Каменев, Лев) (1883-1936)
Bolchevique desde 1903, sufrió prisión y destierro en varias ocasiones. Fue uno de los colaboradores más íntimos de Lenin. Figura central en todo el proceso revolucionario. De 1917 a 1927 fue miembro del CC bolchevique, y en 1918 presidió el Soviet de Moscú. Participó en varios movimientos de oposición. Después de la muerte de Lenin se unió a Zinoviev y Stalin contra Trotsky. En 1936 acabó siendo expulsado del partido. Acusado de conspirar contra el régimen soviético, fue víctima del terror estalinista.



Kaûrov, Benyamin (Каюров, Бенджамин) (1876-1936)
Trabajador en San Petersburgo se unió al PSDOR en 1900, y a la facción bolchevique en 1903. En la revolución de febrero, estaba trabajando en la fábrica Erikson del distrito de Vyborg. Cuando Lenin se vio obligado a esconderse durante las «Jornadas de julio», el primer lugar fue el apartamento de Kaûrov.
En 1932, fue expulsado del Partido Comunista y en 1936 se convirtió en víctima del terror estalinista.



Kérensky, Alexander (Керенский, Александр) (1881-1970)
Empezó su carrera política como diputado de la Duma de Petrogrado en el año 1912. Líder de los Trudovikes (Laboristas) en la IV Duma del Estado. Después de febrero fue ministro de Justicia, de Defensa y Primer Ministro. Partidario de continuar la lucha al lado de los aliados, con el triunfo de los bolcheviques en octubre, huyó de Petrogrado a los Estados Unidos.



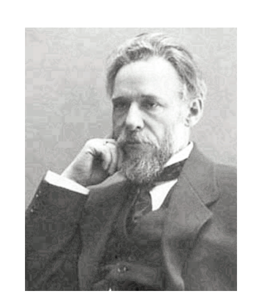
Khabalov, Sergei (Хабалов, Сергей) (1858-1924)

General de origen noble. En junio de 1916 fue nombrado primer oficial a cargo de las fuerzas del Distrito Militar de Petrogrado, y en febrero de 1917, se le nombró comandante. Durante la revolución de febrero intentó reprimir la insurrección, pero sus tropas se negaron a cumplir sus órdenes. Fue arrestado y encarcelado en la Fortaleza Pedro y Pablo, pero en octubre de 1917, se retiraron los cargos y emigró.



Kirpichnikov, Timofei (Кирпичников, Тимофей) (1892 -1918)

De familia campesina, llegó a ser sargento mayor del batallón de reserva del Regimiento Volinsky. En la mañana del 27 de febrero de 1917 planteó a sus subordinados sumarse a la revuelta ciudadana, negándose a participar en la represión. El Gobierno Provisional le ascendido a alférez y su regimiento lo eligió para el Soviet de Petrogrado. Después de la revolución de octubre trató de unirse al general Kornilov, pero al darse a conocer lo fusilaron.



Kiškin, Nikolai (Кишкин, Николай) (1864-1930)

Líder del Partido Democrático Constitucional (Kadete). Ministro con el Gobierno Provisional (1917). Durante la revolución de octubre fue el encargado del orden en Petrogrado; intentó organizar la resistencia a los bolcheviques. Junto con otros ministros, fue detenido después de la captura del Palacio de Invierno y encarcelado en la fortaleza Pedro y Pablo de la que salió en la primavera de 1918.



Kollontai, Alexandra (Коллонтай, Александра) (1872-1952)

Casada con el coronel Kollontai, se afilió al grupo leninista y emigró al extranjero. Regresó a Rusia poco antes que Lenin. Participó en la sublevación de los marinos de Kronstadt y se casó con Dybenko. Decidida feminista, fue Comisaria del Pueblo para asuntos sociales y embajadora en México (1923), Noruega y Suecia (1930). En 1943 se retiró a la vida privada aunque siempre fue fiel a sus ideas revolucionarias.



Konoválov, Alexander (Коновалов, Александр) (1875-1948)

Empresario y político miembro del partido kadete. Era uno de los más grandes propietarios de manufacturas textiles de Rusia. Fue miembro del Bloque Progresista en la IV Duma. Durante la guerra fue vicepresidente del Comité Militar-Industrial y, después de la revolución de febrero, ministro de Comercio e Industria del nuevo Gobierno Provisional. Tras la revolución de octubre, emigró a Francia.



Kornilov, Lavr (Корнилов, Лавр) (1870-1918)

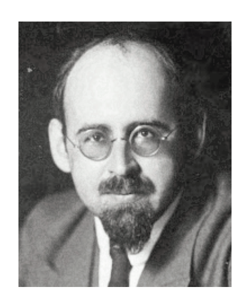
General cosaco; durante la guerra mandó las fuerzas rusas en Galitzia y sucedió a Khabalov en el mando del distrito militar de Petrogrado, pero tuvo que cesar tras las manifestaciones de abril por querer ejercer la represión.

En septiembre de 1917 intentó establecer una dictadura militar, pero fue frenado en sus intentos por la movilización de los bolcheviques. Murió en el Cáucaso peleando en las filas de la contrarrevolución.



Krasnov, Petr (Краснов, Пётр) (1869- 1947)

Atamán cosaco, teniente-general (desde el 1917) y líder de los cosacos del Don. Con la revolución de febrero fue favorable a la monarquía. Participó en el golpe de Kornilov. En octubre ofreció apoyo a Kerensky, manifestando: «con el mismo diablo pero en contra de los bolcheviques». El intento contrarrevolucionario de Krasnov y Kerensky se frustro. Kerensky se dio a la fuga y Krasnov fue apresado por los bolcheviques pero posteriormente fue dejado en libertad.



Krestinsky, Nikolai (Крестинский, Николай) (1883-1938)

Se afilió al PSDOR (b) en 1903. Tras la revolución de febrero demostró ser un organizador capaz y fue elegido miembro del CC en agosto de 1917. En 1919 formó parte del Politburó. Trabajó como diplomático hasta 1937 cuando fue arrestado durante la «Gran Purga». Enjuiciado (como parte del Juicio de los Veintiuno) en marzo de 1938 se convirtió en víctima del terror estalinista.

Krylenko, Nikolai (Крыленко, Николай) (1885-1938)



En 1904 se unió al POSDR (b). En la Revolución de 1905 fue miembro de la Organización Militar del Comité de San Petersburgo. Detenido varias veces estuvo en el exilio. Miembro del Comité Militar del partido, en la revolución de octubre participó en la ocupación de los lugares más importantes de la ciudad. Detenido en 1938 y acusado de pertenecer a una organización antisoviética fue víctima del terror estalinista.

Krymov, Alexander (Крымов, Александр) (1871-1917)



General ruso, miembros de la conspiración que preparó el golpe del general Kornilov en el verano de 1917. Se le confió la misión represiva en la capital al mando del III Cuerpo de Caballería, que se desplazó de Mohilev en dirección a Petrogrado.

Fracasado el golpe acudió a parlamentar con Kerensky que lo puso en situación de arresto. Tras la entrevista Krimov se pegó un tiro.

Krupskaia, Nadezna (Крупская, Надежда) (1869-1939)



Luchadora revolucionaria y esposa de Lenin, con el que contrajo matrimonio ortodoxo, en 1898, para poder acompañarle al exilio siberiano. Colaboró siempre en todas las actividades del dirigente.

En febrero y octubre de 1917 desempeñó distintas funciones en el partido. Después de la muerte de Vladimir Ilich Ulianov (1924) ejerció gran influencia en la educación de la juventud soviética.

Kutepov, Alexander (Кутепов, Александр) (1882-1930)



Coronel del Regimiento Preobrazhensky de permiso en Petrogrado durante la revolución de febrero, intentó organizar la resistencia frente al movimiento popular pero terminó escondiéndose. Después de octubre, ya exiliado en París, fue Presidente de Unión Militar Rusa (ROVS), organización que luchaba con métodos terroristas. En enero de 1930 fue secuestrado por agentes de la inteligencia soviética en París y desapareció sin dejar rastro.



Laševich, Mihail (Лашевич, Михаил) (1884-1928)

Nacido en una familia de comerciantes. En 1901 se unió al POSDR. En 1915 fue reclutado siendo herido dos veces, fue ascendido a oficial.

En el partido bolchevique, Laševich argumentó en contra de una insurrección inmediata en octubre. No obstante, participó activamente en el levantamiento armado y dirigió un destacamento de soldados y marineros en la captura de Telégrafo, Correos, el Banco del Estado y la Escuela Militar de Pavlovsky.



Lacis, Martin (Лацис, Мартын) (1888-1938)

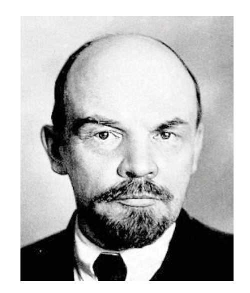
Miembro del Partido bolchevique desde 1905, participó en la revolución. En agosto de 1915 fue detenido por organizar una imprenta clandestina y exiliado a la provincia de Irkutsk, pero huyó a Petrogrado y se convirtió en miembro del Comité de la ciudad. En octubre formó parte del CMR y fue uno de los organizadores de la Guardia Roja, y el responsable del distrito de Vyborg durante la insurrección. En 1937 fue detenido y cayó víctima del terror estalinista.



Lazimir, Pavel (Лазимир, Павел) (1891-1920)

El hijo de un soldado se afilió al partido SR. Después de la revolución de febrero fue elegido para el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado como presidente de la sección militar. Perteneció al ala izquierda de su partido que colaboraba con los bolcheviques.

Fue elegido el primer presidente del CMR de Petrogrado. Después de la revolución de octubre fue miembro de la junta del Comisariado del Pueblo para Asuntos Militares.



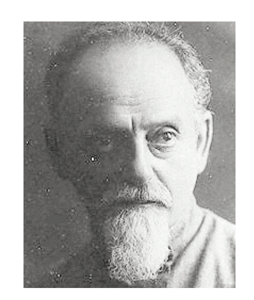
Lenin, Vladimir Ulianov (Ленин) Владимир Ульянов) (1870-1924)

Nació en Simbirsk, graduado en Derecho en la Universidad de San Petersburgo, comenzó su propaganda revolucionaria en 1894. Apresado en 1895 y desterrado a Siberia. Cumplida su pena se exilió en Suiza (1900) donde dirigió *Iskra* (*La Chispa*). En el congreso del PSDOR de 1903 encabezó la fracción bolchevique. Denunció las debilidades de la Internacional Socialista y señaló el carácter imperialista de la Primera Guerra Mundial.

Principal arquitecto, junto con Trotsky, de la insurrección bolchevique de octubre de 1917, asumió la dirección revolucionaria y firmó la paz con los alemanes en Brest-Litovsk (1918), sacando así a Rusia del conflicto.

En 1921, ante la crisis económica existente introdujo reformas radicales en la economía soviética con la NEP (Nueva Política Económica).

Cabeza indiscutible del régimen del soviético, murió en Gorky el 21 de enero de 1924.



LIBER, Mihail (Либер, Михаил) (1880-1937)

Líder del Partido Socialista Judío (Bund). También desempeñó un papel en el POSDR como miembro de la fracción menchevique. Después de la revolución de febrero formó parte del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado. En julio, era partidario de la represión armada frente a las manifestaciones de las que hacía responsables a los bolcheviques. Se opuso a la revolución de octubre. En 1937 fue arrestado por la NKVD convirtiéndose en víctima del terror estalinista.



LUNACHARSKY, Anatoly (Луначарский, Анатолий) (1875-1933)

Se convirtió en marxista a la edad de quince años y se unió al PSDOR. Tras el estallido de la guerra adoptó una posición internacionalista. Después de la revolución de febrero volvió a Rusia y, al igual que otros socialdemócratas internacionalistas que regresaban, se unió a la *Mezhraionka* (Interdistritos) antes de que se fusionara con los bolcheviques en julio-agosto 1917. La mayor parte de su labor se desarrollo en el ámbito de la cultura.

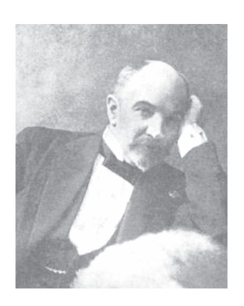


LVOV, Georgy (Львов, Георгий) (1872-1925)

Político liberal ruso y gran terrateniente. Pertenecía a una de las más antiguas familias de la aristocracia rusa y estaba afiliado al partido kadete. Desde 1916 su nombre apareció en muchas listas de miembros para formar un «ministerio responsable» o un «ministerio de confianza».

Miembro del Comité provisional de la Duma; presidió el primer Gobierno Provisional. Dimitió a raiz de las «Jornadas de julio».

Tras el triunfo bolchevique se exilió en París.



Malântovich, Pavel (Малянтович, Павел) (1869- 1940)

Abogado laboralista próximo a los mencheviques. En septiembre de 1917, se convirtió en ministro de Justicia del Gobierno Provisional y firmó la orden de arresto de Lenin.

Escribió un relato sobre los últimos momentos del Gobierno Provisional en octubre, narrando la caída del Palacio de Invierno. Colaboró con el régimen soviético, pero en 1939 se negó a reconocer actividades contrarrevolucionarias convirtiéndose en víctima del terror estalinista.



Mártov, Ûlich, alías *Tsederbaum* (Мартов, Юлий) (1873-1923)

Fundador, junto con Lenin, de la Unión de Combate para la Emancipación de la Clase Trabajadora de San Petersburgo en 1895, y colaborador íntimo de Lenin hasta la división menchevique-bolchevique en 1903; luego, líder de los mencheviques internacionalistas. Considerado un intelectual descollante en el movimiento revolucionario ruso.



Mehonošin, Konstantin (Мехоношин, Константин) (1889-1938)

Ingresó en el ejército en 1915 como soldado raso. Después de la revolución de febrero de 1917, fue delegado del Soviet de Petrogrado por su regimiento, y miembro de la Organización Militar del POSDR (b). En julio de 1917 fue detenido por el Gobierno Provisional y encarcelado en la prisión de Kresty. Puesto en libertad en octubre, participo de modo activo en la insurrección. En 1937 se convirtió víctima del terror estalinista.



Milûtin, Nikolai (Милютин, Николай) (1889-1942)

En 1908, ingresó en el POSDR (b). En los años 1914-1915 era Secretario de la Caja del Seguro de Salud de la fábrica Putilov. En 1916 se alistó en el ejército, donde continuó su trabajo revolucionario. Miembro del Soviet de Petrogrado, durante el golpe de Kornilov mandó la Guardia Roja del distrito de Moscú-Narva defendiendo los accesos a Petrogrado. En octubre condujo un destacamento de guardias rojos y tomó parte en el asalto al Palacio de Invierno.

Milûkov, Pavel (Милюков, Павел) (1859-1943)

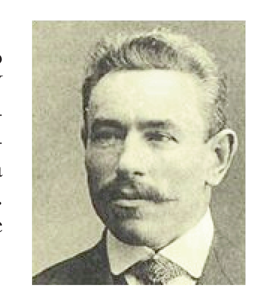


Profesor de historia, líder y fundador del partido kadete, fue miembro de la III y IV Dumas.

Después de la revolución de febrero se opuso a la aplicación de reformas sociales y políticas hasta que terminase la contienda.

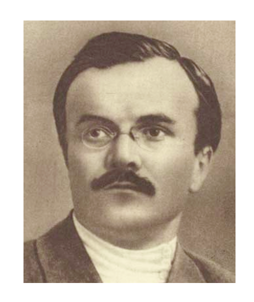
Ministro de exteriores en el primer Gobierno Provisional, después de octubre luchó enérgicamente contra los bolcheviques, pero terminó exiliándose a París.

Muranov, Matvei (Муранов, Матвей) (1873-1959)



De familia campesina trabajó en el ferrocarril. Se unió POSDR (b) en 1904. En 1912 fue elegido para la IV Duma por la ciudad de Jarkov. Detenido en 1914, expulsado de la Duma y llevado a juicio con el cargo de alta traición al no apoyar la guerra. En febrero regresó a Petrogrado y se incorporó a la editorial del *Pravda*. Durante las luchas en el partido de la década de 1920, fue aliado de Stalin y sobrevivió a la «Gran Purga».

Mólotov, Vâcheslav (Молотов, Вячеслав) (1890-1986)

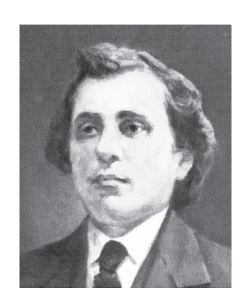


Se unió al POSDR (b) en 1906, y se convirtió en miembro del Comité de Petrogrado en 1916. En febrero, era uno de los pocos cuadros bolcheviques que estaban en la capital. Bajo su dirección *Pravda* se opuso al Gobierno Provisional. Cuando Stalin regresó del exilio revirtió la línea del periódico, a pesar de ello, Molotov se convirtió en un protegido y estrecho colaborador de Stalin, una alianza a la que debe su fama posterior. Fue también miembro del CMR que planeó la revolución de octubre.

Nekrasov, Nikolai (Некрасов, Николай) (1871-1940)



Ayudó a fundar el Partido Democrático Constitucional (kadete). Fue elegido miembro de la III y IV Dumas. En 1916, empezó a conspirar con el «octubrista» Alexander Gutchkov y con el empresario Terechenko para obligar al zar Nicolás a abdicar. Miembro del Comité Provisional de la Duma, tras la revolución de febrero abogó por la inclusión de socialistas moderados (mencheviques y socialrevolucionarios) en el gobierno.



Nevsky, Vladimir (Невский, Владимир) (1876-1937)
Desplegó actividad revolucionaria desde temprana edad. En 1904, logró obtener un pasaporte y se fue a Ginebra, donde se unió a la colonia de bolcheviques. En marzo de 1917, junto con Podvojsky se encargó de la Organización Militar del POSDR (b). En octubre, fue miembro del CMR de Petrogrado y dirigió, con Bubnov, la toma de las estaciones de ferrocarril. Después de la revolución, perteneció a la Oposición Obrera. En 1937 se convirtió víctima del terror estalinista.



Nicolás II, Romanov (Николая II, Романовых) (1868-1918)
Zar desde 1894, pretendió gobernar el Imperio ruso desde la autocracia absolutista. En 1905, la revuelta popular le obligó a otorgar una psudoconstitución. Su alianza con la Entente en la Gran Guerra y la marcha del conflicto agudizaron las tensiones, a lo que vino a sumarse la influencia que ejercía sobre él y su esposa, el charlatán Rasputín. Con la revolución de febrero abdicó. Fue ejecutado con toda su familia en junio de 1918.

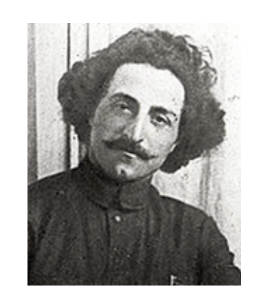


Nogin, Viktor (Ногин, Виктор) (1878-1924)
En 1898 se afilió al POSDR. Fue arrestado y exiliado varias veces. Era considerado un «conciliador». Fue miembro del Comité Provisional durante la lucha contra el fallido golpe de Estado del general Kornilov en Petrogrado. Como presidente del CMR de Moscú, trató de alcanzar una transferencia pacífica y sin derramamiento de sangre del poder a los bolcheviques. Abogó por la creación de un gobierno de coalición que involucrara a todos los partidos socialistas.



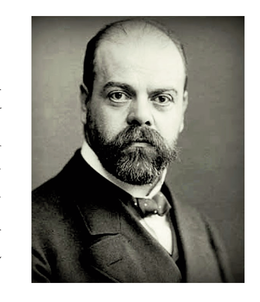
Olminsky, Mihail (Ольминский, Михаил) (1863-1933)
En 1884 se afilió a la Unión de la Juventud y un año después fue detenido. En 1898 entró en el PSDOR y en febrero de 1904, se trasladó a Suiza, donde se unió a los bolcheviques. Al final de 1905, regresó a San Petersburgo como periodista en varias publicaciones bolcheviques. Después de febrero trabajó en *Pravda*. Presidente de la sociedad de viejos Bolcheviques a partir la 1922 murió en 1933 y está enterrado en la Plaza Roja cerca del muro del Kremlin.

Ordžonikidz, Grigory (Орджоникидз, Григорий) (1886-1937)



Médico georgiano arrestado por tráfico de armas, trabajó junto a Stalin en Baku. Exiliado en París estudió en la Escuela del Partido que Lenin estableció en las cercanías de la capital francesa. En 1912, fue elegido miembro del CC. En junio de 1917 regresó a Petrogrado, y fue miembro del Comité Local del POSDR (b) y del Comité Ejecutivo del Soviet. Participó activamente en la revolución de octubre de 1917.

Parvus, Alexander (su verdadero apellido era Helfand) (1869-1924)



Marxista cosmopolita, que gozó de una gran reputación en el movimiento ruso y alemán a causa de su erudición y brillantez. Con los negocios amasó una fortuna. Fue el creador de una teoría desarrollada por Trotsky, que establecía la inevitabilidad del paso de Rusia de una fase precapitalista de desarrollo directamente al socialismo. En forma más elaborada, esto se convirtió en la teoría de la «revolución permanente» de Trotsky.

Pereverzev, Pavel (Переверзев Павел) (1871-1944)



Hijo de un consejero de Estado, estudió Derecho en San Petersburgo. Exiliado se unió a los socialrevolucionarios (SR). En 1915 fue uno de los abogados defensores del grupo bolchevique en la IV Duma. Después de la revolución de febrero fue nombrado Ministro de Justicia. En julio de 1917 ordenó publicar acusaciones que tachaban a Lenin de agente alemán. Después de eso Pereverzev renunció y se fue al frente con una unidad sanitaria.

Platten, Fritz (1883-1942)



Nacido en Suiza, en 1904 viajó a Rusia y estuvo presente durante la Revolución de 1905. Arrestado en Riga, pasó varios años en la cárcel y volvió a Suiza en 1908. Se afilió al Partido Socialista Suizo en 1911. Después del colapso de la Segunda Internacional, se adhirió al Movimiento de Zimmerwald. Organizó el regreso de Lenin a Rusia, cruzando Alemania en el «vagón sellado». Estuvo estrechamente vinculado al dirigente bolchevique.



Plehanov, Georgy (Плеханов, Георгий) (1857-1918)

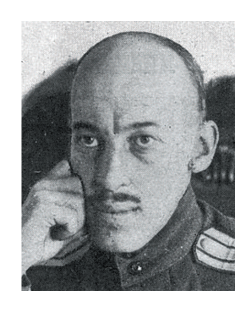
Considerado como el padre del marxismo ruso, fundó el PSDOR y en 1880 pasó al exilio. En Ginebra colaboró con Lenin en la dirección y redacción de *Iskra* (1890). Tras la ruptura entre mencheviques y bolcheviques combatió a Lenin y a sus partidarios.

Dirigente simbólico de la fracción menchevique durante la revolución de 1917 fue un «defensista» partidario de continuar la guerra y muy hostil a la insurrección bolchevique de octubre.



Podvojsky, Nikolai (Подвойский, Николай) (1880-1948)

Miembro del PSDOR (b) durante la Revolución de 1905. Fue fundador en 1913 del diario *Pravda*. Uno de los principales dirigentes en Petrogrado elegido delegado en el Soviet. Rechazó apoyar al Gobierno Provisional antes del regreso de Lenin. Miembro del CMR militar del partido y de los Guardias Rojos. Perteneció a la troika que dirigió el asalto al Palacio de Invierno. Aparece en un cameo de la película *Octubre* de Serguéi Eisenstein.



Polkovnikov, Georgy (Полкоовников, Геооргий) (1883-1918)

Hijo de un oficial cosaco, participó en la guerra Ruso-Japonesa. Desde julio de 1917 mandó 1º Regimiento de cosacos del Amur a las órdenes de Krimov. Durante la revuelta de Kornilov, apoyó al Gobierno Provisional. En septiembre fue nombrado comandante del Distrito Militar de Petrogrado, cargo que ocupaba en la víspera de octubre, pero el Gobierno Provisional lo cesó por «indecisión», reemplazándolo por Bagratuni.



Protopopov, Alexander (Протопопов, Александр) (1866-1918)

Miembro de la alta burguesía, en 1905 se convirtió en el líder de la Duma Estatal por la nobleza. En 1916 fue elegido presidente del Congreso de representantes de la industria del acero. Como ministro del Interior, en la mañana del 27 de febrero de 1917 envió a la Duma el decreto de disolución. De 1915 a 1916 sufrió episodios psicóticos que le llevaron a caminar a cuatro patas. En febrero de 1917 fue detenido.

Purischkévich, Vladimir (Пуришкевич, Владимир) (1870-1920)



Monárquico radical de la extrema derecha. Fue el fundador las Centurias Negras, un grupo de choque que actuaba contra los judíos y la izquierda. Diputado en la II, III y IV Dumas. Asesino de Grigory Rasputin. Después de la revolución de febrero conspiró para restaurar la monarquía. Tras la revolución de octubre, se escondió y trató de organizar un complot para derrocar al gobierno soviético. Murió en 1920 en Novorossiysk de tifus.

Putílov, Aleksei (Путилов, Алексей) (1866-1940)



Industrial, financiero y propietario de la fábrica Putilov en San Petersburgo. Se graduó en la Universidad y desde 1890 desempeñó cargos en la Administración, colaborando con el primer ministro Witte. Tras dejar los cargos públicos se convirtió en uno de los principales capitalistas del país. Después de febrero, presto apoyado al general Kornilov, pero tras el fracaso de su revuelta, dejó Petrogrado. Tras la revolución de octubre sus bienes fueron confiscados por decreto.

Radek, Karl (Радек, Карл) (1885-1939)



Nació en Lemberg, Austria-Hungría (ahora Lviv, en Ucrania) Militó en el socialismo polaco y alemán. Tras el estallido de la guerra se trasladó a Suiza, donde trabajó con Lenin con el que tenía estrechos lazos. Tomó parte en la Conferencia de Zimmerwald. En 1917 fue uno de los pasajeros del «vagón sellado». Tras la revolución de octubre ocupó distintos cargos en el partido y en la III Internacional. Durante la «Gran Purga» se convirtió en víctima del terror estalinista.

Rahia, Ejno (Рахья, Эйно) (1885-1936)



Se unió al PSDOR en 1903, alineándose con la facción bolchevique. Durante la Revolución de 1905 organizó el transporte de armas y la literatura ilegal.

En 1917 preparó la huida de Lenin a Finlandia tras las «Jornadas de julio». Cuando Lenin volvió disfrazado para la toma del poder en octubre, Rahia fue su fiel guardaespaldas. Durante la Guerra Civil Finlandesa, fue uno de los líderes militares más capaces de los Rojos. En 1936 murió de tuberculosis.



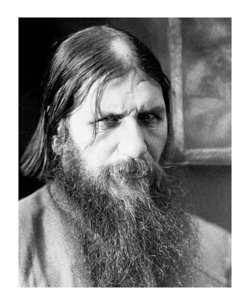
Raskolnikov, Fedor (Раскольников, Фёдор) (1893-1939)

Ingresó en la fracción bolchevique del PSDOR en 1910. En 1917 era vicepresidente del Soviet de los Marinos de Kronstadt, revelándose como un extraordinario jefe militar, fue uno de los dirigentes de las protestas durante las «Jornadas de julio». Apoyó a Trotsky en la disputa sobre el papel de los sindicatos en 1920-1921. Al comenzar las grandes purgas se exilió en Francia. Murió en Niza de una forma sospechosa.



Riabushinskii, Pavel (Риабусхинскии, Павел) (1871-1920)

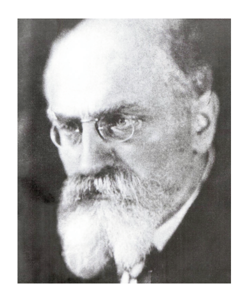
Hombre de negocios y banquero, representante de la dinastía Riabushinskii. En 1916 fue elegido para el Consejo de Estado por los industriales de Moscú. En 1916 contrajo la tuberculosis lo que le obligó a limitar su actividad política y a residir en Crimea, donde le sorprendió la revolución de febrero. En el verano de 1917, fue detenido por apoyar el golpe de Kornilov, pero pronto fue liberado por orden de Kerensky. En 1920 emigró a Francia.



Rasputin, Grigory (Распутин, Григорий) (1871-1916)

Nació en Siberia hijo de un campanero; abandonó a su familia y se trasladó a San Petersburgo. En la Corte ejerció gran influencia sobre el zar y la zarina; intervino en la política eclesiástica y en la del Estado.

Personaje ignorante y libertino que predicaba la necesidad de pecar para poder arrepentirse y ganar el cielo. Fue asesinado en un complot de nobles rusos para librar al país de su influencia.



Riâzanov, David (Рязанов, Давид) (1870-1938)

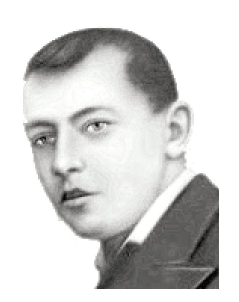
Revolucionario desde la adolescencia, Riazánov aprendió varios idiomas. Mientras estaba exiliado en Suiza, recibió la noticia de la revolución de febrero. De vuelta en Petrogrado, comenzó a escribir para el periódico *Mezhraiontsy*. Fue electo presidente del II Congreso de los Soviets de toda Rusia. Se opuso a la toma armada del poder, pero quedó a cargo del Instituto Marx-Engels. Terminó siendo víctima del terror estalinista.

RODZÂNKO, Mihail (Родзянко, Михаил) (1859 -1924)



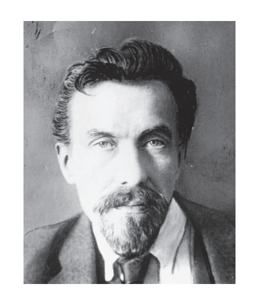
Miembro del Partido Octubrista y presidente de la III y IV Dumas hasta la disolución de este organismo. Presidió el Comité Provisional de la Duma y encabezó las conversaciones que llevaron a la abdicación del zar Nicolás II. Se opuso al mantenimiento del doble poder, compartido entre el Soviet de Petrogrado y el Gobierno Provisional. Deseaba continuar la guerra hasta alcanzar los antiguos objetivos imperialistas en el conflicto.

ROŠAL, Semën (Роша́ль, Семён) (1896-1917)



De familia judía, su padre era un comerciante. En 1914 se incorporó al POSDR. Durante la guerra. Fue enviado a Kronstadt , donde en de marzo de 1917 fue elegido presidente del comité de la ciudad del POSDR (b) y miembro del Comité Ejecutivo del Soviet de Kronstadt. En julio de 1917 fue detenido por el gobierno de Kerensky. En octubre, puesto en libertad, luchó contra las tropas de Kerensky-Krasnov cerca de Petrogrado.

RÝKOV, Aleksei (Рыков, Алексей) (1881-938)



Se afilió al POSDR en 1898 y se unió a su tendencia bolchevique en 1903. Regresó de Siberia a Moscú tras la revolución de febrero y formó parte del comité del partido en la ciudad. Se opuso a las «Tesis de abril». A diferencia de la oficina regional bolchevique, partidaria de la insurrección contra el Gobierno Provisional, Rykov y la dirección del comité moscovita, eran mucho más cautos. Tras la revolución de octubre ocupó cargos de importancia, pero fue víctima del terror estalinista.

SÁVINKOV, Boris (Савинков, Борис) (1879-1925)



Célebre terrorista y uno de los dirigentes de la «Organización de Combate» del Partido Socialrevolucionario (SR). Se convirtió en viceministro de Guerra del Gobierno Provisional. Involucrado en el fallido golpe de Kornilov, fue relevado de su puesto. Combatió al Gobierno soviético apoyando a diversos movimientos contrarrevolucionarios. Llevó una vida de lujo gracias a la apropiación de fondos destinados a las causas políticas que supuestamente defendía.



Šlâpnikov, Alexander (Шляпников, Александр) (1885-1937)

En 1901 ingreso en el PSDOR. Arrestado y encarcelado varias veces. Partió al exilio en 1907, continuando sus actividades revolucionarias en Europa occidental donde servía como enlace entre la dirección del partido y el interior. En 1916 retornó a Rusia y junto con Molotov fue el principal dirigente bolchevique en Petrogrado durante la revolución de febrero. Arrestado en 1935; se le condenó por conspiración, siendo víctima del terror estalinista.



Šulgin, Vasily (Шульгин, Василий) (1878-1976)

Político y publicista monárquico. De origen noble era un terrateniente de la provincia de Volyn. Fue miembro de la II, III y IV Dumas, y uno de sus representantes encargados de recibir la abdicación de manos del zar Nicolás II.

En agosto de 1917 apoyó activamente el golpe de Kornilov. Tras la revolución de octubre fue también uno de los fundadores e ideólogos del movimiento blanco y defensor de la restauración de la monarquía. Simpatizó con el fascismo.



Skobelev, Matvei (Скобелев, Матвей) (1885-1938)

Destacado menchevique en la IV Duma. Con la revolución de febrero de 1917 fue Presidente Adjunto de el TIKS en el primer Congreso de los Soviets (junio de 1917). Ministro de trabajo del gobierno provisional.

Tras la revolución de octubre abrió una oficina privada en Francia para fomentar el comercio con la URSS. En 1922 se afilió al PC (b). Miembro del Comisariado de Comercio Exterior de Rusia, terminó siendo víctima del terror estalinista.



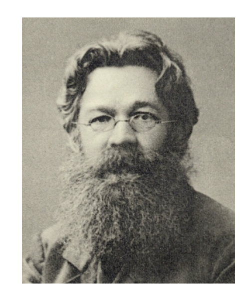
Smilga, Ivar (Смилга, Ивар) (1892-1938)

De origen letón, fue elegido en abril de 1917 miembro del CC del partido bolchevique. Presidente del Comité Regional de los soviets en Finlandia, desempeñó un papel fundamental en los preparativos de la revolución de octubre como confidente de Lenin. Presidente de Centrobalt de 1917 a 1918. Tras la guerra civil formó parte de la Oposición Unificada. En 1929, fue expulsado del Comité Central y luego del Partido Comunista de la Unión Soviética. En 1938 cayó víctima del terror estalinista.



Sokolnikov, Grigory (Сокольников, Григорий) (1888–1939)

Se unió a la facción bolchevique del PSDOR en 1905. Exiliado estudió economía en la Sorbona. Regresó a Rusia en abril de 1917 junto con Lenin en el «vagón sellado». Se convirtió en uno de los líderes bolcheviques de Moscú. Fue miembro del Buró Político del CC del Partido, creado para preparar el levantamiento octubre. Fue miembro del Comité Ejecutivo Central y editor del periódico *Pravda*. En 1937 fue víctima del terror estalinista.



Sokolov, Nikolai (1870-1928) (Соколов, Николай)

Abogado socialdemócrata participó de modo activo en la revolución de febrero. Fue uno de los autores de la famosa «Orden n.º 1» que socavó los fundamentos autoritarios del ejército zarista. Participó también en la Comisión especial de investigación sobre el zarismo formada durante el Gobierno Provisional. Después de la revolución de octubre ocupó distintos cargos en diversas instituciones soviéticas.



Stalin, Joseph Dzhugashvili, (Сталин, Иосиф Виссарионович) (1879-1953)

Nacido en Georgia, fue seminarista en Tiflis. Deportado en Siberia fue un bolchevique «práctico», no teórico de los primeros tiempos, y llegó a ser miembro prominente del CC y director de *Pravda*.

Fue un cuadro activo de la dirección del partido en Petrogrado durante los ocho meses que separan la revolución de febrero, en la que no participó, y la de octubre, en la que desempeñó un discreto papel.

En 1922 ocupó la secretaría general del partido y a la muerte de Lenin (1924) se erigió en dictador supremo, llevando a cabo crueles «purgas» contra sus enemigos políticos.

Instituyó los Planes Quinquenales y la colectivización de la tierra; firmó un pacto de no agresión con Hitler en 1939; asumió la dirección de la guerra en 1943 como mariscal y como generalísimo en 1945; asistió a las reuniones de los grandes jefes aliados en Teherán (1943), Yalta (1945) y Potsdam (1946). Murió en el Kremlin el 5 de marzo de 1953.



STEKLOV, Ûry (Стеклов, Юрий) (1873-1941)

De una familia pequeñoburguesa, se involucró en el movimiento revolucionario en 1888. En 1894 fue arrestado y exiliado. En 1899 huyó al extranjero. Tomó parte en la Revolución de 1905. En 1910, trabajó como profesor en la escuela bolchevique en Longjumeau. Durante la revolución de febrero, fue elegido para el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado. Participó en la revolución de octubre y hasta 1925, fue editor del periódico *Izvestia*.



SUHANOV, Nicolai (Himmer) (Суханов, Николай) (1882-1940?)

Periodista brillante, perteneciente al ala izquierda menchevique y seguidor de Martov, pero casado con una militante bolchevique. Dirigió el diario *Novaya zhizn*, y ayudó a fundar el primer Gobierno Provisional. Fue elegido diputado del Soviet pero discrepó de las «Tesis de Abril» leninistas. Exiliado a Siberia en 1931. Es conocido por ser el autor de *Zapiski o Revolyutsii* (Notas sobre la revolución), obra en siete volúmenes.



SUHANOVA, Galina, de soltera Flakserman (Суханова, Галина) (1888-1958)

Hija y hermana de revolucionarios; a los 17 años se unió al PSDOR (b). En 1908 cumplió dos años de prisión en Samara y deportada durante tres años en Arkhangelsk. Allí se casó con Sukhanov. En su domicilio del Muelle del río Karpov, 32/1, se celebró el 10 de octubre de 1917 la histórica reunión del CC del POSDR (b) en la que se decidió la insurrección armada. La reunión tuvo lugar sin que lo supiera Suhanov.



SVERDLOV, Âkov (Свердлов, Яков) (1885-1919)

Se afilió al PSDOR en 1902 y, después, a su fracción bolchevique. Participó activamente en la Revolución de 1905, en la que se destacó como orador. La mayor parte de su vida la pasó encarcelado o deportado. Tras la revolución de febrero, fue liberado y viajó a Petrogrado. Elegido para al CC del Partido y, como parte del CMR del Soviet de Petrogrado, fue uno de los principales dirigentes de la revolución de octubre. Murió de gripe durante la epidemia de 1919.



Teréschenko, Mihail (Терещенко, Михаил) (1886-1956)

Gran industrial del azúcar, fue diputado en la IV Duma, sin estar afiliado a ningún partido político; conspiró para derrocar al Zar. Ministro de Finanzas del primer gabinete del Gobierno Provisional.

Después ministro de Exteriores favorable a la permanencia de Rusia en la guerra mundial y al mantenimiento de los objetivos imperialistas. Después de octubre financió a la contrarrevolución.



Trotsky, Lev Bronstein, (Троцкий, Лев Бронштейн) (1879-1940)

Hijo de campesinos judíos, desde 1896 conspiró contra el régimen zarista; fue desterrado a Siberia en 1898; escapó a Inglaterra en 1902 donde entró en contacto con Lenin. Regresó a Rusia en 1905 siendo presidente del Soviet de Petrogrado durante la revolución. Al estallar la revolución de febrero se hallaba en Estados Unidos. Se unió á los bolcheviques poco después de su llegada a Rusia.

Figura clave se hizo célebre como brillante escritor, orador y hombre de acción. Su teoría de la inevitabilidad de la toma del poder por el proletariado fue adoptada por Lenin y sirvió como la justificación teórica de la insurrección bolchevique, de la que Trotsky fue el principal organizador.

Creador del Ejército Rojo. Fue apartado del poder por Stalin poco después de la muerte de Lenin, exiliado a Siberia y desterrado de Rusia en 1929. Después de vivir primero en Turquía, luego en Francia y Noruega, llegó a Méjico, donde fue asesinado por un agente de Stalin en 1940.



Tsereteli, Irakli (Церетели, Ираклий) (1881-1959)

De origen georgiano, era miembro del PSDOR en su fracción menchevique. En 1905, fue elegido diputado en la II Duma y se labró fama de buen orador. Tras la revolución de febrero se convirtió en uno de los dirigentes del Soviet de Petrogrado, apoyando al Gobierno Provisional y abogando por la cooperación entre socialistas y burgueses. Tuvo un papel crucial en la formación del último gabinete de coalición, pero se retiró a Georgia poco antes de la revolución de octubre.



Urisky, Moisei (Урицкий, Моисей) (1873-1918)

Abogado y miembro del POSDR en 1898, en 1903 se alineó con los mencheviques. En 1906 fue arrestado y deportado a Vologda. En 1914 emigró a Estocolmo. Después de la revolución de febrero de 1917 regresó a Rusia. En el VI Congreso del POSDR (b) ingresó en el partido y fue elegido miembro del CC, en el VII Congreso. En octubre de 1917 miembro del CMR. En 1918 fue nombrado presidente de la Cheka de Petrogrado, siendo asesinado por un ex kadete: Leonid Kannegiser.



Verkchovsky, Alexander (Верховский, Александр) (1886-1938)

De antigua familia noble en 1905 criticó el uso del ejército en la represión. Jefe en el Estado Mayor apoyó la revolución de febrero y fue elegido para el Soviet de Sebastopol. Afiliado al partido socialrevolucionario, fue ascendido a coronel. Contrario al golpe de Kornilov, Kerensky lo nombró Ministro de la Guerra, pero propuso la paz con Alemania y presentó su renuncia. En 1938 fue víctima del terror estalinista.



Vojtinsky, Vladimir (Войтинский, Владимир) (1885-1960)

Miembro desde 1903 del POSDR (b). En 1905 miembro del Comité de Petersburgo. En 1906-1907 organizador y presidente del Soviet de San Petersburgo de los desempleados. Arrestado fue condenado a trabajos forzados en Siberia. Después de la revolución de febrero rompió con los bolcheviques y militó como menchevique. Después de octubre de 1917 partió al exilio.



Volodarsky, Goldstei Moisei (Володарский, Гольдштейн Моисей) (1891-1918)

Comenzó militando en el Bund (socialistas judíos), posteriormente se afilió al PSDO ucraniano. Tras sufrir deportación emigró a los EE UU donde dirigió un sindicato de sastres, afiliándose al partido socialista. En 1917 regresó a Rusia, y se unió al grupo *Mezhraionka* y fue elegido miembro de la Duma de la ciudad de Petrogrado. Uno de sus mejores oradores y agitadores. En el año 1918 fue asesinado por un socialrevolucionario.

Yusúpov, Felix (Юсупов, Феликс) (1887-1967)



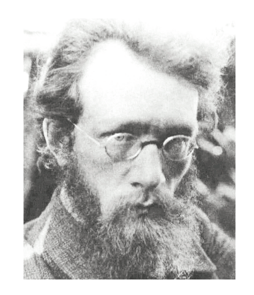
Miembro de la familia imperial por matrimonio, se convirtió en un personaje célebre por su participación en el asesinato de Rasputin en diciembre de 1916, junto con el diputado Vladímir Purichkevich, el gran duque Dmitri Pavlovich Romanov y otros conspiradores. Influido por Purichkevich, que temía los peligros la nefasta influencia del monje sobre Nicolás II, se decidió a planear su eleiminación. Rasputin fue asesinado en el palacio Moika de los Yusupov.

Zalutsky, Petr (Залуцкий, Пётр) (1888-1937)



En 1904 se unió al movimiento socialdemócrata. En 1907 se incorporó al POSDR (b). A partir de 1911 trabajó en la planta Franco-Rusa (San Petersburgo). Miembro del Comité Ejecutivo de San Petersburgo. En 1917, delegado en el Soviet y miembro del CMR. En 1918-1920, comisario político del Ejército Rojo. Desde 1920 miembro de la Oposición de Izquierdas. En 1937 fue condenado a muerte por actividades terroristas contrarrevolucionarias, convirtiéndose en víctima del terror estalinista.

Zenzinov, Vladimir (Зензинов, Владимир) (1880-1953)



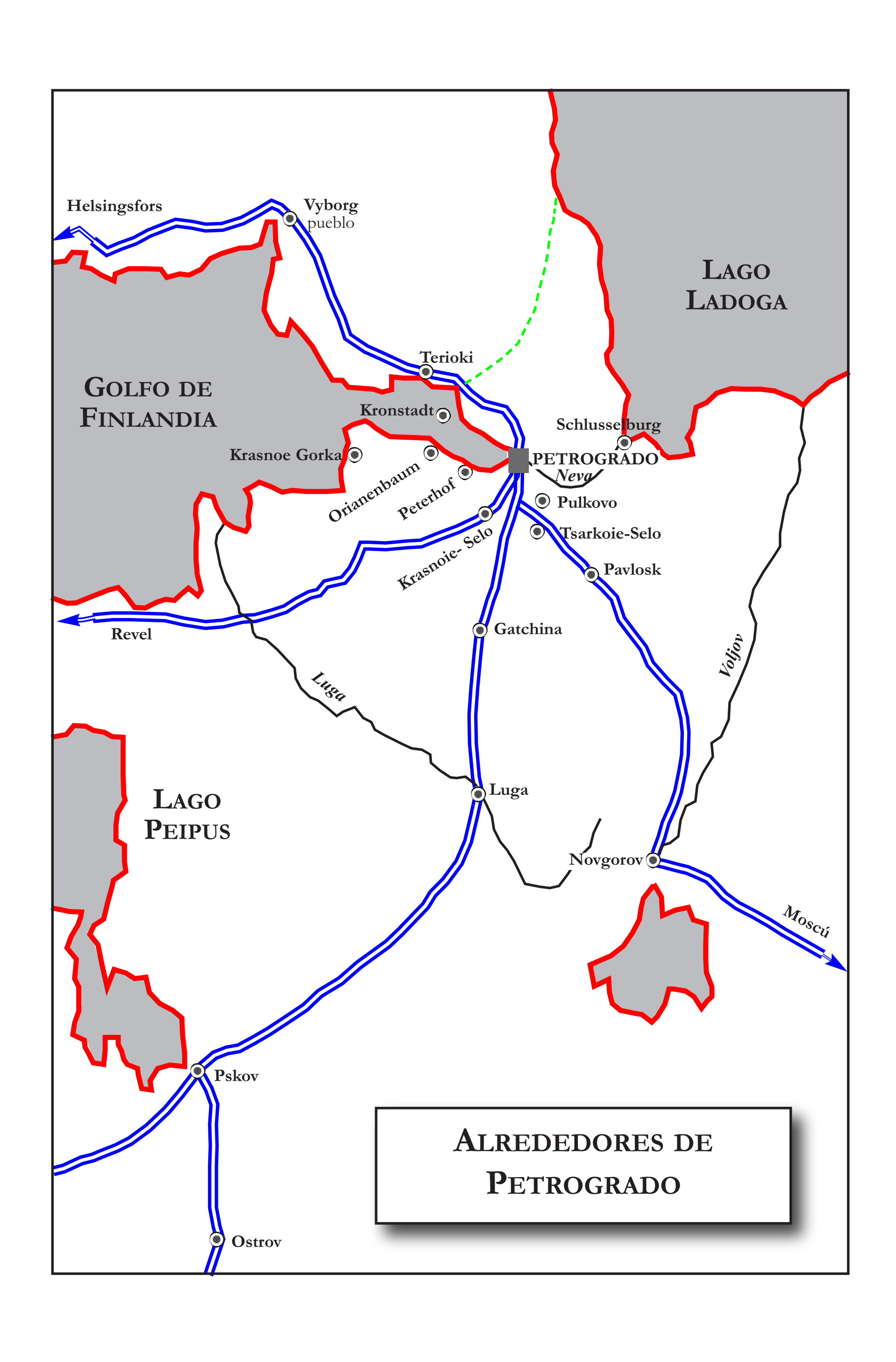
Perteneciente a una familia de comerciantes, estudió en las universidades de Berlín, Halle y Heidelberg. En 1903 se afilió al Partido Socialrevolucionario (SR). Detenido y deportado, participó en la Revolución de 1905 siendo uno de los líderes de la insurrección de diciembre en Moscú. Después de la revolución de febrero de 1917 fue miembro del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado. Se opuso a la revolución de octubre. Exiliado en París y más tarde en Nueva York.

Zinóviev, Grigory (Зиновьев, Григорий) (1883-1936)



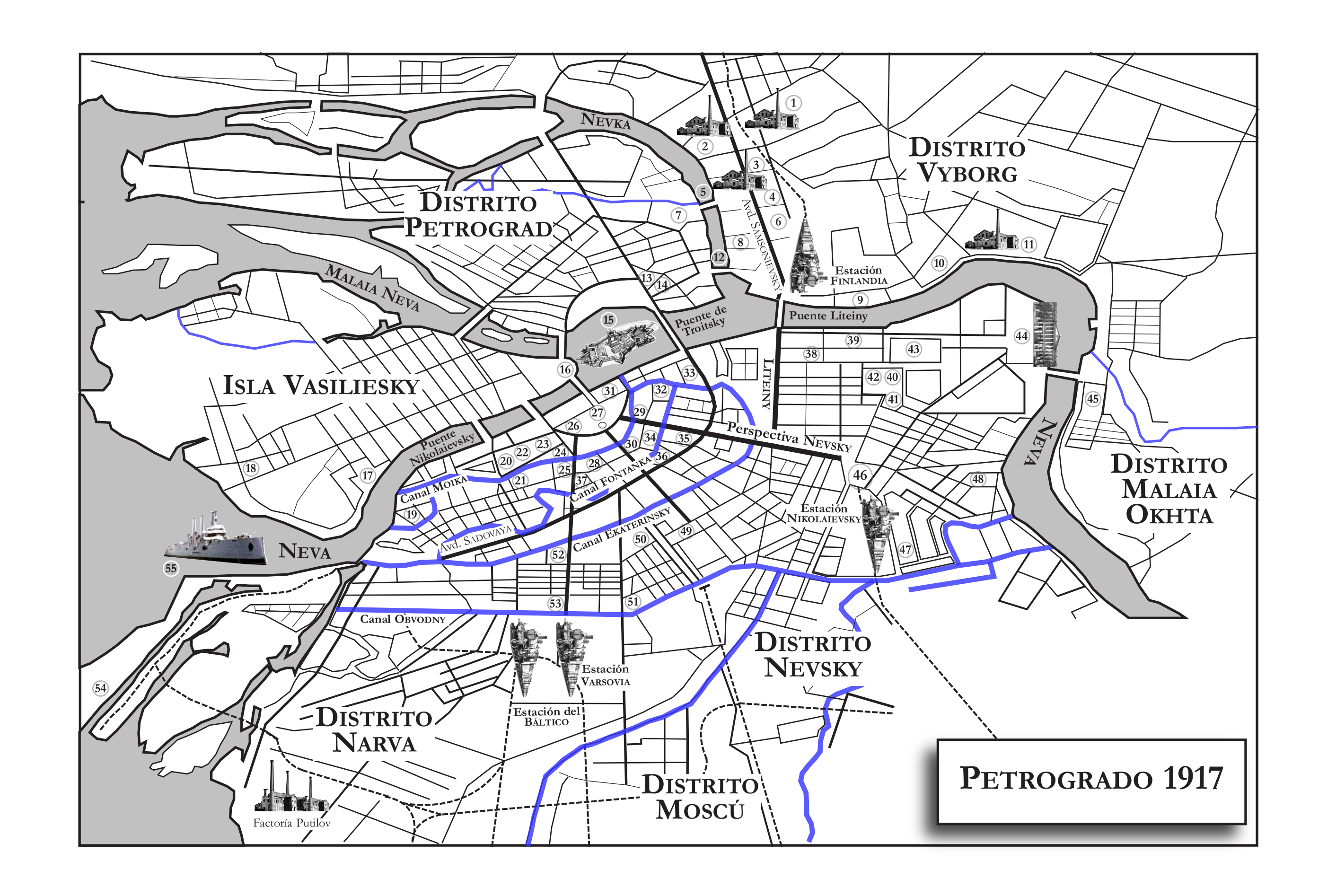
Uno de los colaboradores más íntimos de Lenin. Miembro permanente del CC bolchevique. En 1919 presidió la Internacional Comunista y el Soviet de Petrogrado. Por discrepancias con Stalin, a la muerte de Lenin, fue depuesto de todos sus cargos (1926) y excluido del partido en 1927. Arrestado y juzgado, «confesó» las acusaciones de trotskista y cómplice del asesinato de Kirov, responsable del partido en Leningrado. Terminó siendo víctima del terror estalinista.

Cartografía

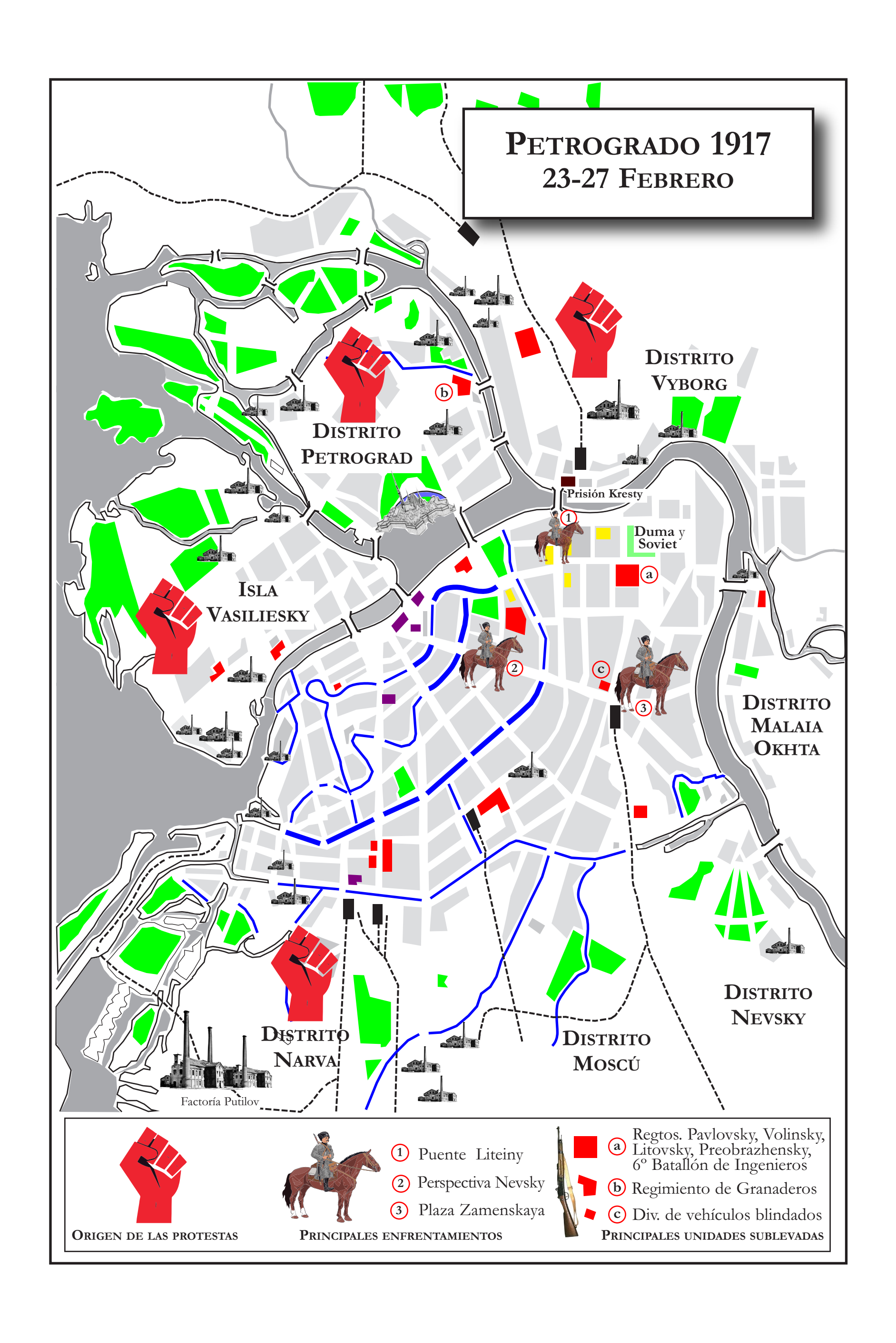

Helsingsfors
Vyborg
pueblo
Lago Ladoga
Terioki
Golfo de Finlandia
Kronstadt
Schlusselburg
Krasnoe Gorka
PETROGRADO
Neva
Orianenbaum
Peterhof
Pulkovo
Tsarkoie-Selo
Krasnoie- Selo
Pavlosk
Revel
Gatchina
Luga
Voljov
Lago Peipus
Luga
Novgorov
Moscú
Pskov
Ostrov
Alrededores de Petrogrado

Referencias del plano de Petrogrado

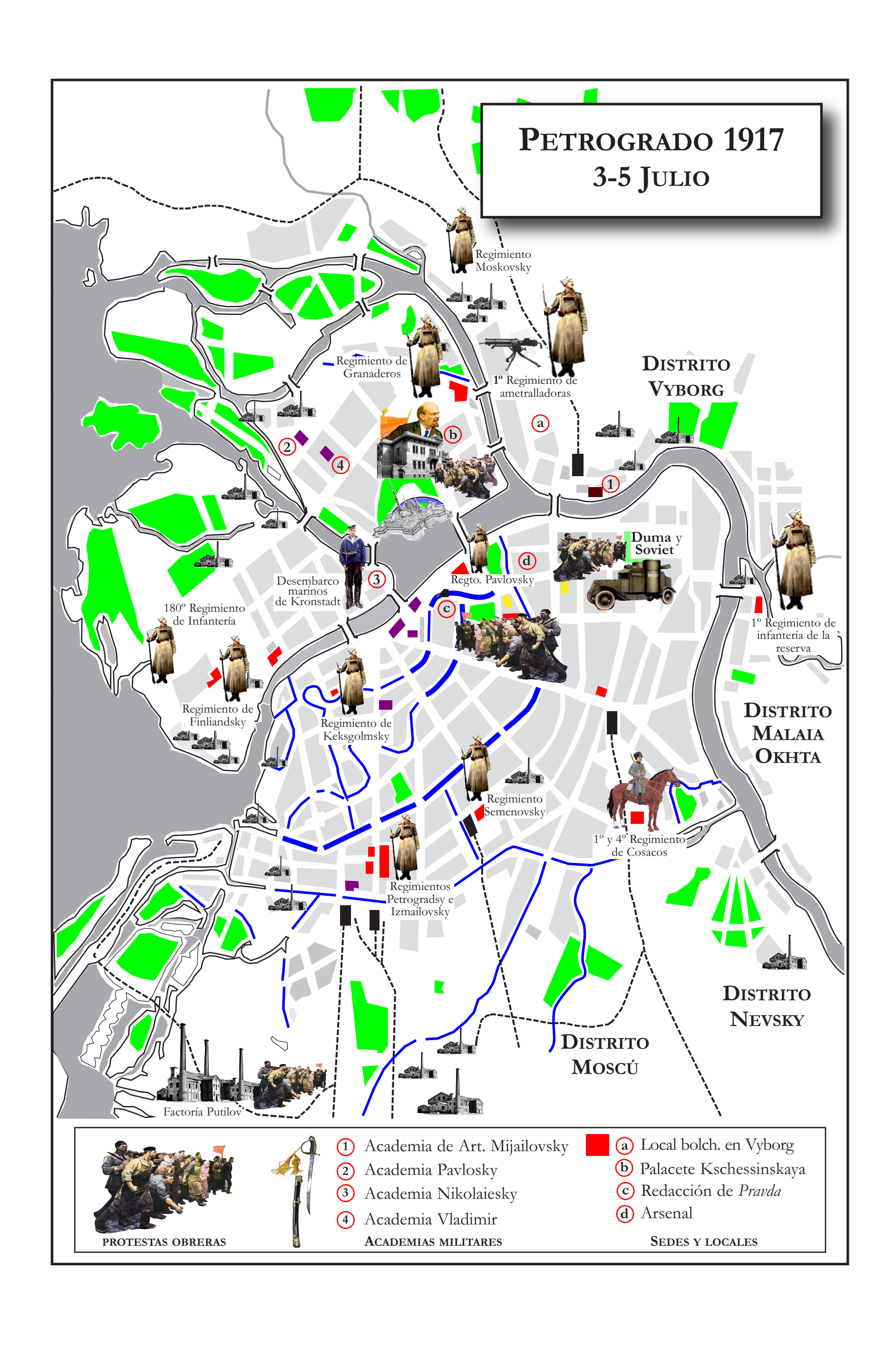
1. Fábrica Russkii Reno
2. Fabrica Novyi Lessner
3. Regimiento Moskovosky
4. Lesnoy VI Congreso Bolchevique
5. Puente Grenadersky
6. 1º Regto. de ametralladoras
7. Regimiento de Granaderos
8. Local Bolchevique de Vyborg
9. Academia de Artillería
10. Prisión Kresty
11. Fabrica Metallist
12. Puente Samsonevsky
13. Circo Moderno
14. Palacio de la Kschessinskaya
15. Fortaleza de Pedro y Pablo
16. La Bolsa
17. Regimiento Filiandisky
18. Regimiento 180 de Infantería
19. Muelle Franco-ruso
20. Segundo destacamento de la flota del Báltico
21. Regimiento Kekgolmsky
22. Central de Telégrafos
23. Central de Correos
24. Palacio Yussupof
25. Ministerio de la Guerra
26. Almirantazgo
27. Plaza del Palacio
28. Catedral de San Isaac
29. Cuartel General
30. Central de Teléfonos
31. Palacio de Invierno
32. Redacción de *Pravda*
33. Regimiento Pavlovsky
34. Catedral de Kazán
35. Duma Municipal
36. Banco del Estado
37. Palacio Mariinsky
38. Regimiento Litovsky
39. 14º Regimiento de Cosacos
40. Regimiento Preobrazhensky
41. 6º Batallón de Ingenieros
42. Regimiento Volinsky
43. Palacio Tauride
44. Instituto Smolny
45. 1º Regimiento de Reserva
46. Plaza Zamenskaya
47. 1º y 4º Regto. de Cosacos
48. Vivienda de Bonch-Bruevich
49. Regimiento Semenovsky
50. Estación electrica
51. Regimiento Egersky
52. Regimiento Petrogradsky
53. Regimiento Izmaislovsky
54. Canal Harbor
55. Crucero *Aurora*



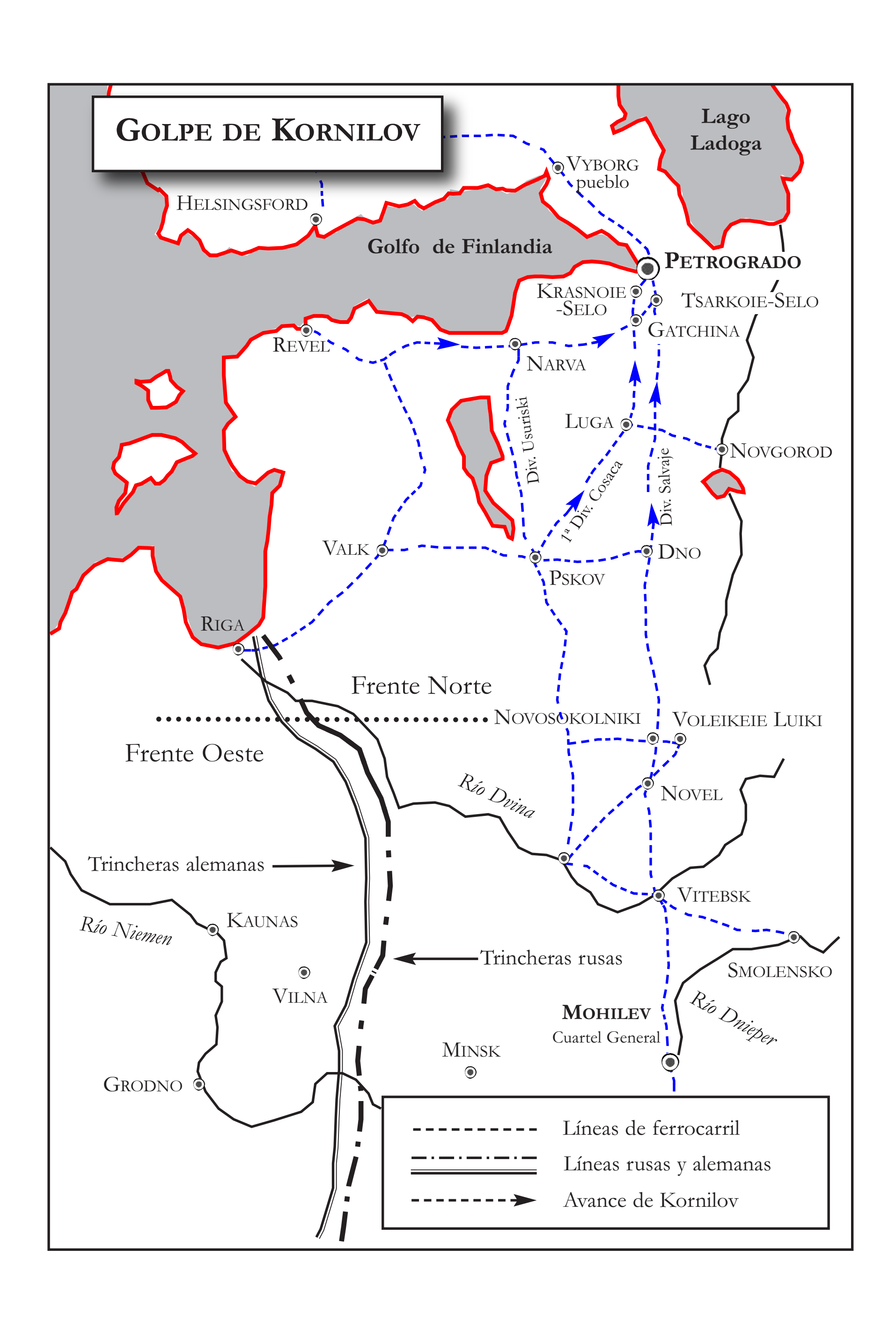
Petrogrado 1917
Distrito Vyborg
Distrito Petrograd
Distrito Malaia Okhta
Distrito Nevsky
Distrito Moscú
Distrito Narva
Isla Vasiliesky
Nevka
Malaia Neva
Neva
Neva
Neva
Avd. Samsonievsky
Estación Finlandia
Puente Liteiny
Puente de Troitsky
Liteiny
Perspectiva Nevsky
Puente Nikolaievsky
Canal Moika
Canal Fontanka
Avd. Sadovaya
Canal Ekaterinsky
Canal Obvodny
Estación Nikolaievsky
Estación Varsovia
Estación del Báltico
Factoría Putilov
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55



Petrogrado 1917
23-27 Febrero
Distrito Vyborg
Distrito Petrograd
Isla Vasiliesky
Prisión Kresty
Duma y Soviet
Distrito Malaia Okhta
Distrito Narva
Factoría Putilov
Distrito Moscú
Distrito Nevsky
Origen de las protestas
1 Puente Liteiny
2 Perspectiva Nevsky
3 Plaza Zamenskaya
Principales enfrentamientos
a Regtos. Pavlovsky, Volinsky, Litovsky, Preobrazhensky, 6º Batallón de Ingenieros
b Regimiento de Granaderos
c Div. de vehículos blindados
Principales unidades sublevadas

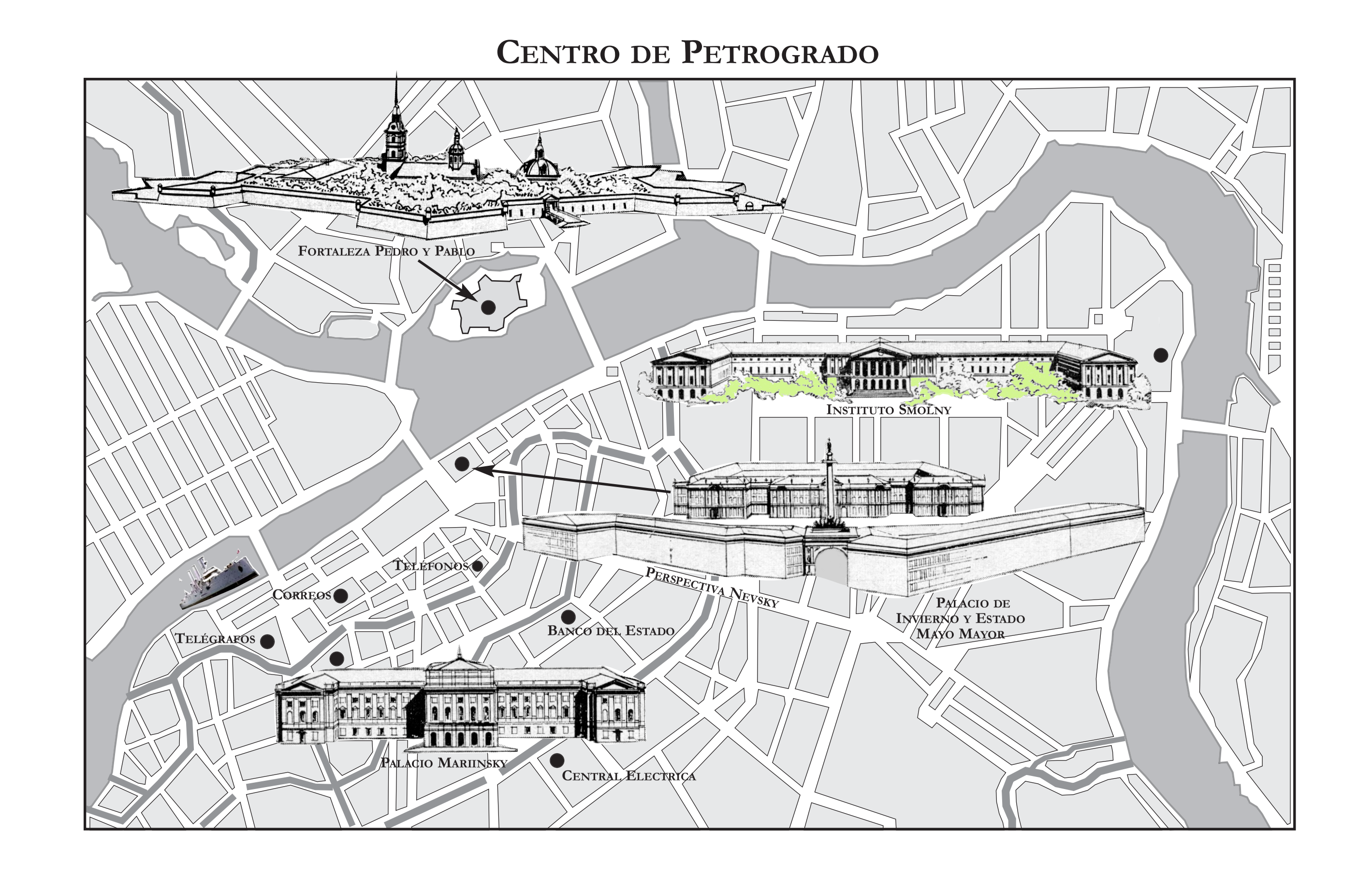


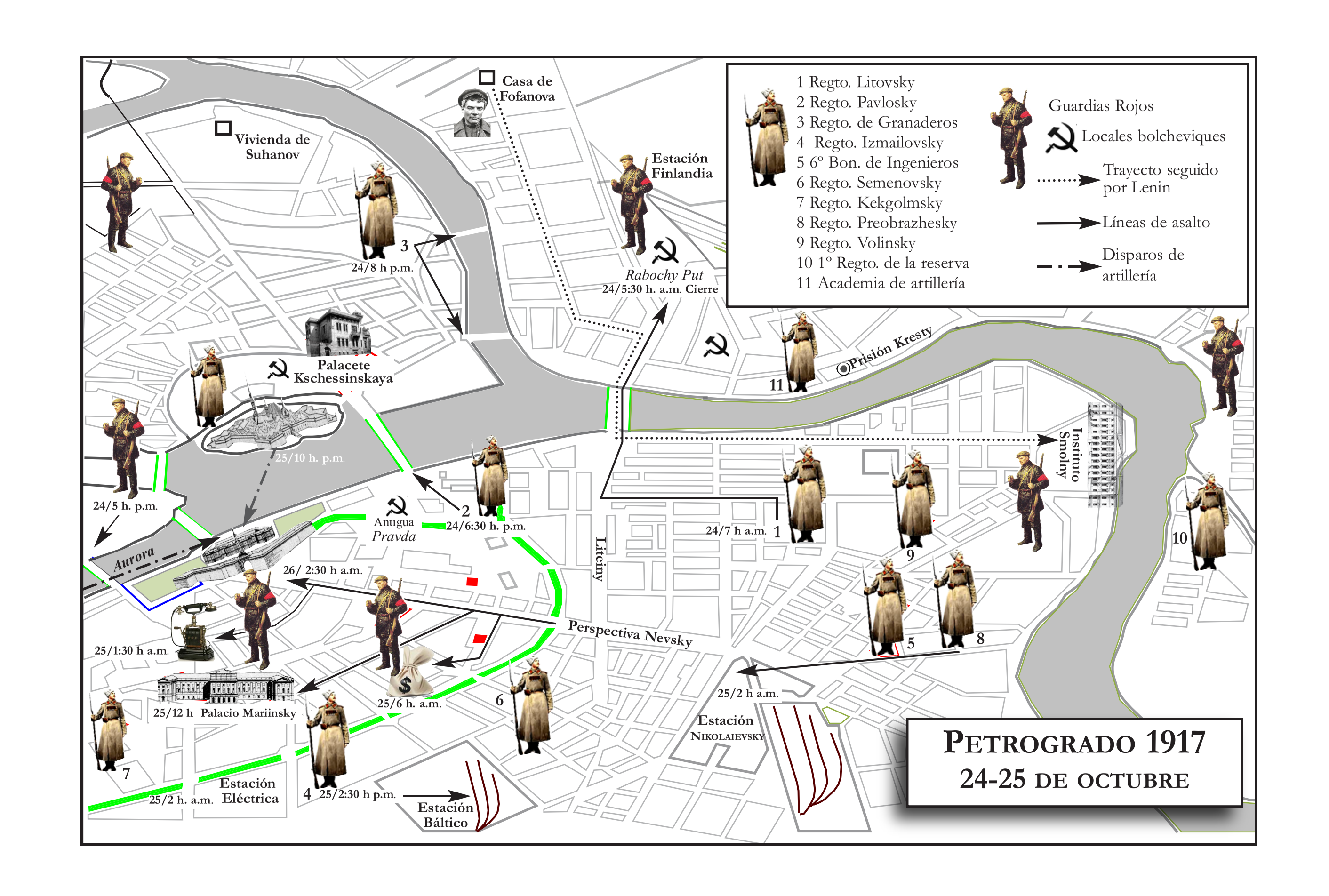
Petrogrado 1917
3-5 Julio
Regimiento Moskovsky
Regimiento de Granaderos
1º Regimiento de ametralladoras
Distrito Vyborg
Desembarco marinos de Kronstadt
Regto. Pavlovsky
Duma y Soviet
180º Regimiento de Infantería
Regimiento de Finliandsky
Regimiento de Keksgolmsky
1º Regimiento de infantería de la reserva
Distrito Malaia Okhta
Regimiento Semenovsky
1º y 4º Regimiento de Cosacos
Regimientos Petrogradsy e Izmailovsky
Distrito Nevsky
Distrito Moscú
Factoría Putilov
1 Academia de Art. Mijailovsky
2 Academia Pavlosky
3 Academia Nikolaiesky
4 Academia Vladimir
a Local bolch. en Vyborg
b Palacete Kschessinskaya
c Redacción de Pravda
d Arsenal
Protestas obreras
Academias militares
Sedes y locales

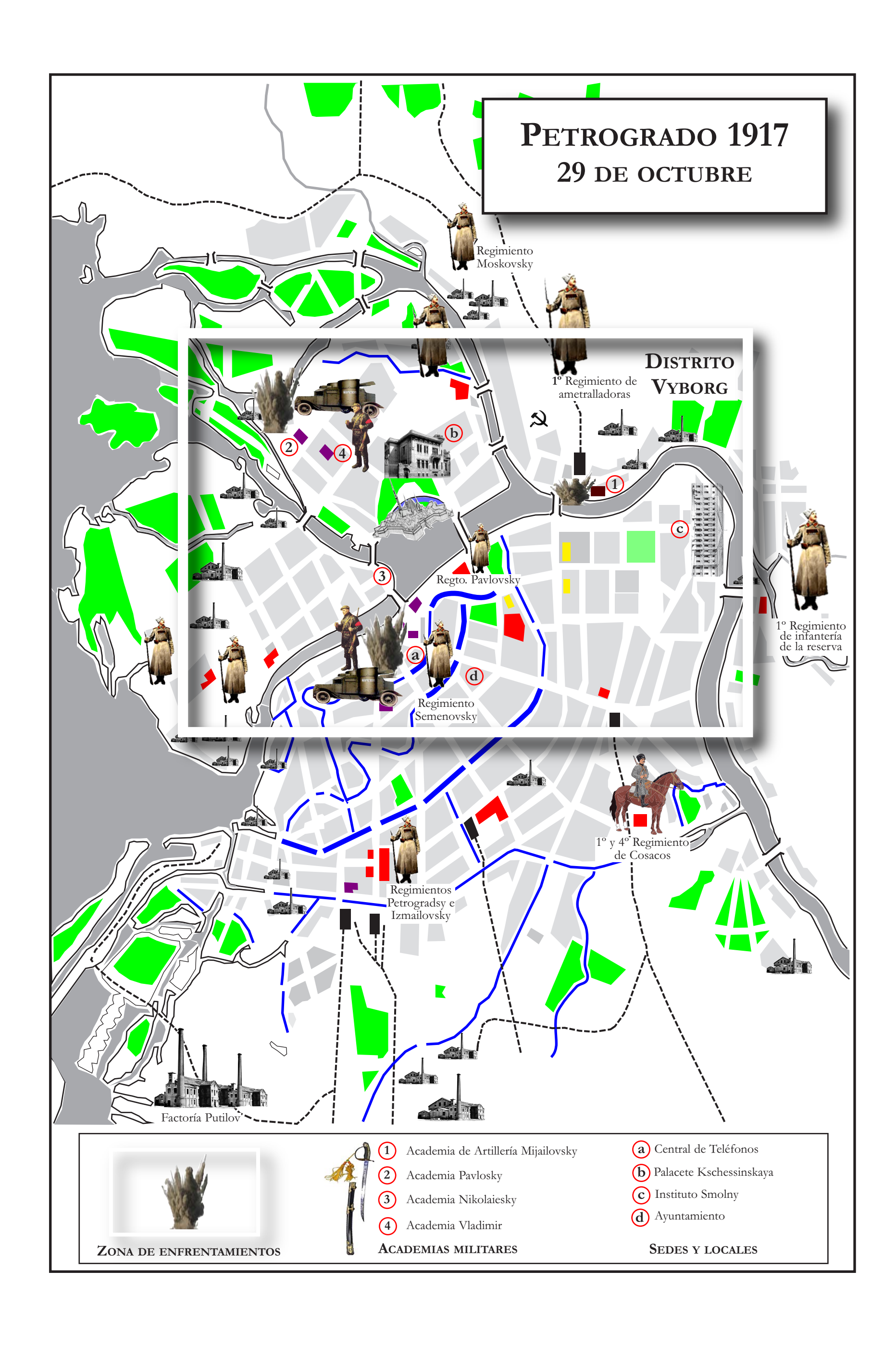


GOLPE DE KORNILOV
Lago Ladoga
VYBORG pueblo
HELSINGFORD
Golfo de Finlandia
PETROGRADO
KRASNOIE -SELO
TSARKOIE-SELO
GATCHINA
REVEL
NARVA
Div. Usuriski
LUGA
NOVGOROD
1ª Div. Cosaca
Div. Salvaje
VALK
DNO
PSKOV
RIGA
Frente Norte
NOVOSOKOLNIKI
VOLEIKEIE LUIKI
Frente Oeste
Río Dvina
NOVEL
Trincheras alemanas
VITEBSK
Río Niemen
KAUNAS
Trincheras rusas
SMOLENSKO
VILNA
MOHILEV
Cuartel General
Río Dnieper
MINSK
GRODNO
Líneas de ferrocarril
Líneas rusas y alemanas
Avance de Kornilov

Centro de Petrogrado

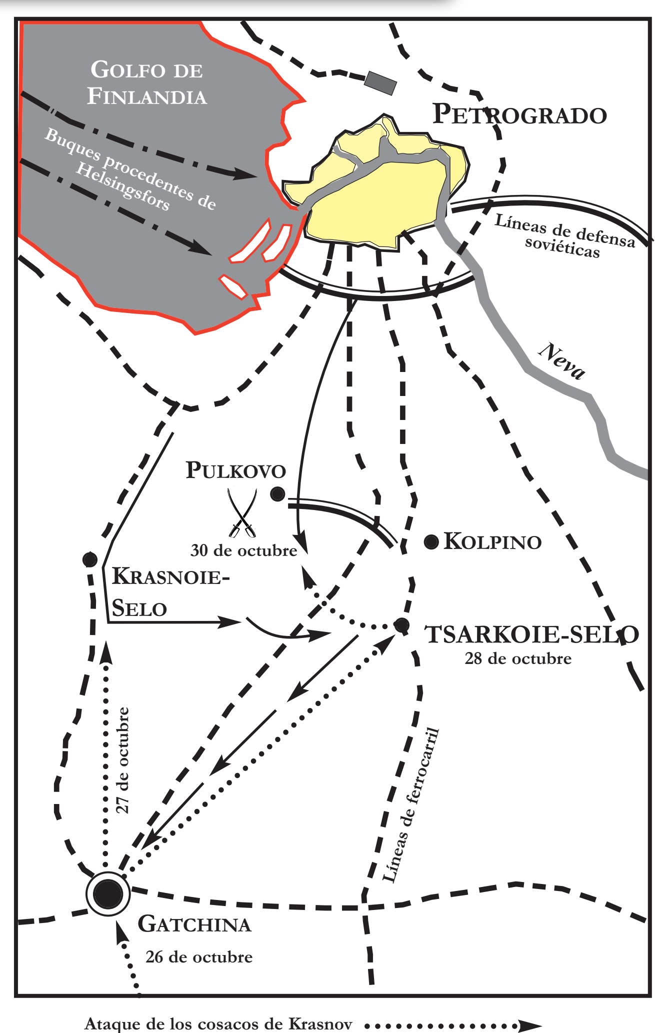


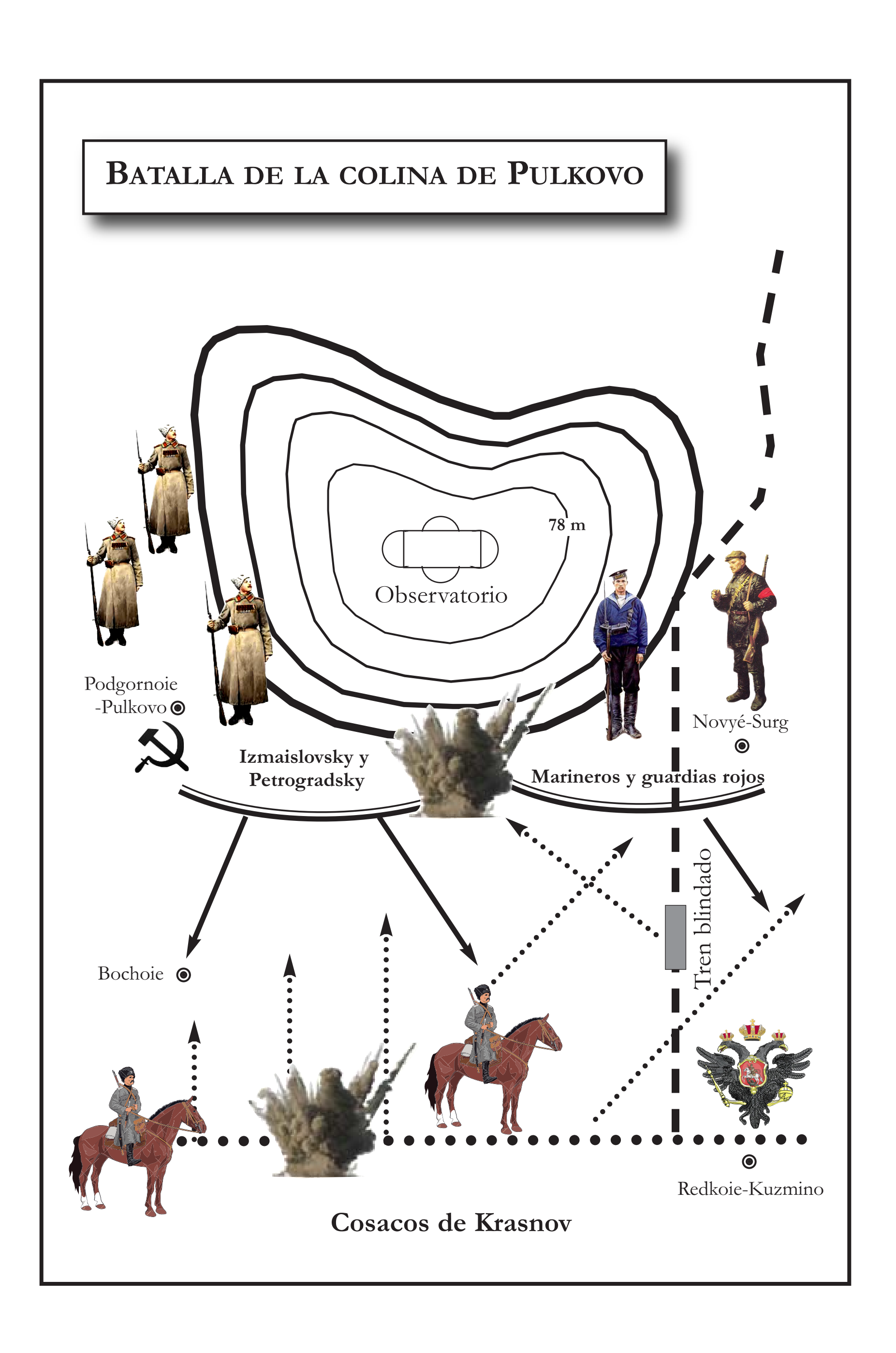

PETROGRADO 1917
24-25 DE OCTUBRE
1 Regto. Litovsky
2 Regto. Pavlosky
3 Regto. de Granaderos
4 Regto. Izmailovsky
5 6º Bon. de Ingenieros
6 Regto. Semenovsky
7 Regto. Kekgolmsky
8 Regto. Preobrazhesky
9 Regto. Volinsky
10 1º Regto. de la reserva
11 Academia de artillería
Guardias Rojos
Locales bolcheviques
Trayecto seguido por Lenin
Líneas de asalto
Disparos de artillería
Casa de Fofanova
Vivienda de Suhanov
Estación Finlandia
Rabochy Put
24/5:30 h. a.m. Cierre
24/8 h p.m.
Palacete Kschessinskaya
Prisión Kresty
Instituto Smolny
25/10 h. p.m.
24/5 h. p.m.
Aurora
Antigua Pravda
24/6:30 h. p.m.
24/7 h a.m.
Liteiny
26/ 2:30 h a.m.
Perspectiva Nevsky
25/1:30 h a.m.
25/6 h. a.m.
25/12 h Palacio Mariinsky
25/2 h a.m.
Estación Nikolaievsky
Estación Eléctrica
25/2 h. a.m.
25/2:30 h p.m.
Estación Báltico



Petrogrado 1917
29 de octubre
Regimiento Moskovsky
Distrito Vyborg
1º Regimiento de ametralladoras
Regto. Pavlovsky
1º Regimiento de infantería de la reserva
Regimiento Semenovsky
1º y 4º Regimiento de Cosacos
Regimientos Petrogradsy e Izmailovsky
Factoría Putilov
Zona de enfrentamientos
1 Academia de Artillería Mijailovsky
2 Academia Pavlosky
3 Academia Nikolaiesky
4 Academia Vladimir
Academias militares
a Central de Teléfonos
b Palacete Kschessinskaya
c Instituto Smolny
d Ayuntamiento
Sedes y locales

El avance de Krasnov




Batalla de la colina de Pulkovo
78 m
Observatorio
Podgornoie
-Pulkovo
Izmaislovsky y
Petrogradsky
Marineros y guardias rojos
Novyé-Surg
Tren blindado
Bochoie
Redkoie-Kuzmino
Cosacos de Krasnov

Índice